



Rodolfo Urbina Burgos

LA VIDA EN CHILOÉ
EN LOS TIEMPOS
DEL FOCÓN

1900 - 1940



UNIVERSIDAD DE
PLAYA ANCHA
EDITORIAL

BIBLIOTECA NACIONAL

Sección Chilena

ubicación 10M (294-27)

Año 2002 C.1

SYS 652731

BIBLIOTECA NACIONAL



1055662

Rodolfo Urbina Burgos es
Doctor en Historia por la
Universidad de Sevilla y
Profesor Titular de Historia de
América en la Universidad
Católica de Valparaíso. Es
Miembro de Número de la
Academia Chilena de la
Historia y de la Academia de
Historia Naval y Marítima de
Chile.



**LA VIDA EN CHILOÉ
EN LOS TIEMPOS DEL FOGÓN
1900-1940**

Rodolfo Urbina Burgos



**UNIVERSIDAD DE
PLAYA ANCHA
EDITORIAL**

© EDITORIAL PUNTÁNGELES

© Rodolfo Urbina Burgos

© LA VIDA EN CHILOÉ EN LOS TIEMPOS DEL FOGÓN
1900-1940

Inscripción N° 130.230

ISBN: 956-7906-86-6

Derechos Reservados

Ediciones de la Editorial de la
Universidad de Playa Ancha
de Ciencias de la Educación.

Casilla 34-V / Fax: 285041

Valparaíso.

Se terminó de imprimir esta PRIMERA EDICIÓN en el mes de
diciembre del año 2002

Diseño de portada: Jaime Gamham.

Ilustración de fogón (trabajo en terreno): Miguel Chaparoff

Diagramación: Osvaldo Moraga

Impresión: Imprenta de la Universidad de Playa Ancha de
Ciencias de la Educación, Valparaíso.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

A mis padres Don Carlos Urbina Blanco (QEPD) y Doña Adelina Burgos Gallegos que llegaron a Castro en 1939 cuando todavía eran visibles los efectos del incendio del centro de la ciudad. A mis hermanos Ernesto, Flor, María Victoria y Medardo. A mis hijas Carmen Paulina y María Ximena.

103 Archivo Histórico de Chile
 104 Archivo del Ministerio del Interior
 105 Archivo Nacional, Fondo de Chile
 106 Archivo del Hospital de la Universidad de la Medicina
 107 Archivo del Hospital de la Escuela de Chile
 108 Archivo de la Escuela de la Iglesia en Chile

Mis agradecimientos a Don Dante Montiel Vera por haberme facilitado importantes documentos para escribir este libro, y al Archivo CHILOÉ de Castro por las facilidades que siempre me dispensó para consultar el rico material que allí se conserva.
 A mi hija María Ximena por su ayuda en el trabajo archivístico, por la transcripción de los manuscritos, y por su constante estímulo. Sin ella, no hubiera sido posible dar forma a este libro.

109 Archivo del Ministerio de Chile
 110 Archivo del Ministerio de Chile
 111 Archivo del Ministerio de Chile
 112 Archivo del Ministerio de Chile
 113 Archivo del Ministerio de Chile
 114 Archivo del Ministerio de Chile
 115 Archivo del Ministerio de Chile
 116 Archivo del Ministerio de Chile
 117 Archivo del Ministerio de Chile
 118 Archivo del Ministerio de Chile

SIGLAS

AMC	Archivo Municipal de Castro
AMI	Archivo del Ministerio del Interior
AN. FV	Archivo Nacional. Fondos Varios
AChHM	Academia Chilena de la Historia de la Medicina
AHMCh	Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile
AHICH	Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile
BACHH	Boletín de la Academia Chilena de la Historia
BAHNMCh	Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile
BMP	Boletín de Minas y Petróleo
BSNM	Boletín de la Sociedad Nacional de Minería
BSFF	Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril
BUCh	Boletín de la Universidad de Chile
CA	Cuadernos de Arquitectura
NHG	Notas Históricas y Geográficas
RChHG	Revista Chilena de Historia y Geografía
RdCh	Revista de Chile
RdUCH	Revista de la Universidad de Chile
REH	Revista de Estudios Históricos
RGChTA	Revista Geográfica de Chile. <i>Terra Australis</i>
RGV	Revista Geográfica de Valparaíso

ÍNDICE

LOS CHILOTOS: IMÁGENES Y ESTEREOTIPOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX	15
I. Imaginario del Archipiélago	15
II. Imagen estereotipada del chilote	20
III. Chilotes: conciencia de sí mismos	23
IV. Actitudes chilotas en defensa de Chiloé	33
V. Anverso y reverso de la medalla	44
UN CORTO VECINDARIO URBANO EN UNA PROVINCIA RURAL	49
I. Un pueblo de meseta y de bordemar	52
II. Ámbito urbano con aspecto de <i>pago</i>	58
III. Calles de barro y noches oscuras	62
IV. Alzada de madera: casas de ricos y pobres	68
V. "Los vecinos se conocen por sus nombres"	80
VI. Modas urbanas e indumentarias rurales	90
GOBIERNO MUNICIPAL, EDUCACIÓN Y SALUD DE LA POBLACIÓN	103
I. Un Municipio sin recursos	103
II. Educación y cultura del vecindario	110
III. La salud y los "médicos de ciudad"	127
EMPLEOS Y OFICIOS EN LA ESCALA SOCIAL URBANA	141
I. Los comerciantes ricos y los de poca monta	141
II. Empleados locales y foráneos	152
III. Ocupaciones manuales y vendedores callejeros	162
IV. Cesantes, malentretidos y pordioseros	176

AMBIENTE URBANO, LUGARES PÚBLICOS Y SOCIABILIDAD	185
I. Vida callejera y color en la Plaza de Abastos	185
II. La sencilla sociabilidad urbana	202
III. Pasatiempos de adolescentes	220
TIEMPOS DE LA POLÍTICA Y DE DISPUTAS CON ANCUD	227
I. La Política y las riñas de periódicos	227
II. Años de disputas: "¡Castro es mejor que Ancud!"	243
1. <i>El tema portuario</i>	244
2. <i>La Escuela de Pilotines</i>	253
3. <i>La capitalidad</i>	258
LOS TIEMPOS DEL DÍA Y TIEMPOS DEL AÑO	263
I. La medida del tiempo	263
II. Los "tiempos" del Calendario	267
III. Los "tiempos santos" de la Iglesia	278
NACER, VIVIR Y MORIR EN LOS TIEMPOS DEL FOGÓN	289
I. Temores y males: herencias de la gentilidad	289
II. El consuelo de la Fe Católica	296
III. Nacer y vivir: "¡Que sea lo que Dios quiera!"	299
IV. "En el mal de muerte no hay médico que acierte"	307
V. "Velorios comidos y bebidos"	313
VI. Funerales de ricos y pobres	317
TIEMPOS DE VIAJAR: VIAJEROS POR TIERRA Y POR MAR	327
I. Viajar por caminos y senderos	327
II. Viajar en tren de Castro a Ancud	339
III. Viajar en goletas y vapores	347
IV. Viajar de los emigrantes	360
V. Viajeros y emigrantes en el Austro	370

INTRODUCCIÓN

La historiografía no se ha ocupado de Chiloé del siglo XX, a pesar del interés que existe hoy por las historias regionales y locales, que, en conjunto, están permitiendo una visión más certera de la evolución histórica del país. De Chiloé, en cambio, no ha habido estudios sobre la centuria anterior, así como todavía no se ha escrito sobre el siglo XIX. La única obra general sigue siendo la *Historia de Chiloé* de Pedro J. Barrientos, publicada en Ancud en 1931 y que abarca desde el siglo XVI hasta las primeras décadas del siglo XX.

Creemos que el historiador podría hallar dimensiones desconocidas de la historia social, económica o de la Iglesia en una provincia que ha tenido un desenvolvimiento histórico tan diferente al resto del país. Una "zona refugio" de la cultura, como seguía siendo hasta hace muy poco, con un modo de vida, una mentalidad, una cultura popular y un concepto de mundo desemejante al de los demás chilenos.

Motivados por estas peculiaridades, nos hemos propuesto abordar las primeras cuatro décadas del siglo XX, teniendo a la ciudad de Castro como punto central de este libro para, a partir de ella, adentrarnos en la vida del Archipiélago por cuanto Castro, a diferencia de Ancud, siempre ha estado más ligada a los archipiélagos del Mar Interior y al sur de la Isla Grande por su posición geográfica y por la idiosincrasia de su gente.

Castro y Chiloé distan hoy respecto de lo que eran a principios del siglo XX, cuando la vida era más difícil, el aislamiento más extremo y la sociedad urbana apenas presentaba fisonomía pueblerina, incluso Ancud, la ciudad más importante del período. Etapa de cultura marítima. Para desplazarse, estaban las goletas y los vapores hasta que el tren vino a revolucionar las comunicaciones inaugurando el tráfico por la tierra adentro; además de pasajeros, llevaba y traía noticias y rumores de una ciudad a otra, alimentando las disputas entre Ancud y Castro en un período marcado por las desavenencias.

Años infaustos por los frecuentes incendios que acababan con

cuadras enteras y que hicieron de los bomberos, héroes reconocidos en toda la Provincia, mientras los vecinos de los pueblos menores defendían sus casas de madera de la irrupción del alevoso enemigo con baldes, *chungas*, lazos y hachas.

Se vivía distante de todo entre 1900 y 1940. La vida era o seguía siendo de enclaustramiento geográfico "intramuros"; las costumbres coloniales estaban vigentes, las creencias y supersticiones acompañaban la vida cotidiana sin mucha diferencia de lo que había sido por siglos.

Nuestra intención es captar toda la gama de colores que ofrece el cuadro de este vivir *sui generis*. Y desde luego, el imaginario que de Chiloé y los chilotes se tenía en el resto del país, y en particular descubrir la ciudad de Castro con su modesta existencia de los primeros años, la cultura popular y la Fe Cristiana, la vida y la muerte, el trabajo diario y la sencilla sociabilidad de la gente, la pobreza general y las ataduras a costumbres y modos de ser pretéritos que no se conciliaban con el progreso que sí se notaba en el país que comenzaba allende el Canal de Chacao y en los territorios australes donde el chilote fijó sus sueños de bienestar. Años de la emigración, que marcaron dramáticamente la época con su alarmante derrame de población que causó en Chiloé efectos adicionales por la desproporción de sexos.

Era un archipiélago de extrañezas. Así parecía cuando era mirado desde el centro del país y así lo veían los visitantes que consideraban a Chiloé "un mundo aparte", o un "aditamento" del territorio nacional, una "cenicienta" que no merecía las atenciones del Gobierno. Pero, había vida, solidaridades, valores, existencia sencilla de gente emparentada por lazos de consanguinidad. Pero también riñas apasionadas por diferencias políticas e inacabables disputas entre Ancud y Castro por la capitalidad de Chiloé durante buena parte del período.

En fin, provincialismo y aislamiento, tradicionalismo y pobreza, catolicismo y superstición. No obstante, eran también palpables las diferencias entre Ancud y Castro, porque aquella era más culta, más refinada y atractiva que ésta, cuando la única posibilidad de educarse estaba en la capital provincial.

Para la realización de este libro hemos consultado fuentes municipales, documentos del Ministerio del Interior que se guardan en el Archivo Nacional, así como memorialistas, testimonios de viajeros, obras clásicas de autores chilotes, bibliografía especializada sobre diversos temas y la prensa de la época de Ancud, Castro y Chonchi.

LOS CHILOTES: IMÁGENES Y ESTEREOTIPOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

I. Imaginario del Archipiélago

Las regiones, como las naciones, suelen ser vistas a través de un prisma que tiene algo de personal y mucho de colectivo. Es el imaginario, aquello de las representaciones, como se notaba a principios de siglo, cuando la capital conocía casi sólo de oídas la vida provinciana. ¿Qué imagen ofrecían la todavía llamada Frontera, Chiloé o el territorio de Magallanes a fines del siglo XIX y principios del XX?, ¿qué evocaban?, ¿qué suponía de cada una el habitante metropolitano?, o, por mejor decir, ¿qué percepción de los extremos tenía el santiaguino corriente cuando la movilidad geográfica desde el centro a las periferias era sólo ocasional?¹. Adhesión, rechazo o, lo que era más común, indiferencia. Paisajes y hombres rurales distantes, generalmente vistos como geografías indómitas y hombres rústicos, antítesis del capitalino: errantes pioneros en la naciente Aysén, colonos magallánicos en el confín del territorio cuando el santiaguino aún no tenía para qué desplazarse ni preocuparse de los bordes australes y mucho menos por el caso de Chiloé, que históricamente ha sido más ajeno que las demás provincias, pues en el tiempo largo ha perdurado la imagen de "mundo" extraño, por remoto, insular, y además mítico, mentalmente asociado a los desconocidos laberintos patagónicos, de mares tempestuosos y de lluvias interminables.

Poco se sabía de Chiloé en los albores del siglo. Casi nada, en verdad. El Dr. Edwin Reed publicó en 1906 un artículo sobre la Isla en el diario *El Chileno* de Santiago después de visitar el Archipiélago el mismo año. "Todo lo que se relaciona con la provincia de Chiloé -dice- es casi totalmente ignorado por el público en general, y aún personas ilustradas de esta capital saben poco o nada de lo que es la naturaleza y la sociedad" chilotas. Antes de salir de Santiago en

¹ Véase el estudio de: De Castro, Constancio, *La Geografía en la vida cotidiana: De los mapas cognitivos al prejuicio regional*, en especial el capítulo Tercero: "Del estereotipo geográfico al prejuicio regional". Ediciones del Serbal, Barcelona, 1997, pp. 151-186.

1905, con destino a Castro, le advirtieron "que aquello era un despoblado, que no halláramos ni donde dormir decentemente...". ¿Dónde creía el santiaguino que estaba Chiloé? Reed dice, respecto de su ubicación geográfica, que un hombre medianamente culto la situaba vagamente "muy al sur, por ahí cerca de Valdivia o Punta Arenas"². No nos sorprende entonces que el mismo año de 1906 el diario ecuatoriano *El Globo* identificara a Chiloé como una villa, y le diera el rango de "capital de la antigua Arauco"³. Tampoco nos sorprende que un vecino de Chonchi se preguntara en 1904: "Más allá de Valdivia ¿se conoce a Chiloé?, ¿cuántos la conocen?" "En el Norte -agregaba- se nos considera como habitantes... de una isla inculta, indigna de los favores del gobierno". El mismo vecino de Chonchi lo pudo comprobar en uno de sus viajes al centro del país. Relata: "se asombró una vez en Chillán una señora a quien fui presentado. ¿Cómo, me dijo, Ud. es chilote?". Y agrega que dicha dama le confesó que había oído decir que "esos eran habitantes salvajes que andan medio desnudos y se mantienen sólo con marisco crudo"⁴.

No era una opinión aislada. En 1888, F. González Barrera alude a la negativa imagen que de los chilotes se fueron formando los chilenos desde la época colonial y que en la fecha en que él escribe "estas gentes apenas si van saliendo de aquel estado de ignorancia supina, en que nos la presenta el fraile español Pedro González de Agüeros"⁵. Poco antes, en 1872, un parlamentario creía que todos los chilotes eran flojos y propuso aplicarles una carga de servicio obligatorio para utilidad pública. Todos los menores de 50 años debían trabajar en la apertura de vías públicas durante cinco días al año. El proyecto era discriminatorio, porque sólo estarían obligados los habitantes de Chiloé. Afortunadamente, otro parlamentario salió en defensa de los isleños, impugnando el proyecto por dejar implícito que se les quería dar el trato de gañanes. Y se preguntaba: "En Chiloé, ¿todos son gañanes? ¿Cuál es el crimen

² *La Cruz del Sur*, Ancud, 20 de enero de 1906.

³ *Ibidem*, 11 de agosto de 1906.

⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 17 de noviembre de 1904.

⁵ González Barrera, F., "El fomento industrial de Chiloé", carta del autor a Guillermo Puelma Tupper, en: *BSFF*, Año II, N° 7, Santiago, julio de 1888, p. 341.

de los habitantes de Chiloé?"⁶.

Hacia 1900 sólo de vez en cuando llegaban a Ancud o a Castro algún funcionario o unos pocos comerciantes que para desplazarse hasta allí debían hacerlo en vapor desde Valparaíso o Talcahuano. Desde Valdivia salía otro vaporcito hasta Ancud. Desde Puerto Montt también, en tiempos de los barquichuelos que tocaban Ancud y desde allí seguían a Castro y portezuelos intermedios cuando los itinerarios dependían del capricho del tiempo y del genio del capitán. Ochenta horas tomaba desplazarse desde Santiago a Chiloé. Los que hacían estos viajes en la frontera de los dos siglos, tenían la impresión de estar experimentando una verdadera aventura porque el viajero, generalmente comerciante ambulante, se armaba y equipaba como para ir a una expedición si lo hacía por tierra por caminos intransitables infestados de ladrones entre el Bio-Bio y Valdivia. A principios de siglo, Chile era Santiago, y la "poderosa capital", como ya la calificaban algunos, no valoraba a las provincias ni había interés de viajar por conocer, excepto los desplazamientos de verano a Valparaíso, la competidora "gringa", como solía llamársela. Los interiores, incluso los más inmediatos a Santiago, sólo representaban la ruralidad con toda la carga peyorativa que contenía el concepto "rural" en la época. A fines del siglo XIX, vivir en Los Ángeles era estar en el confin del mundo. Pedro Ruiz Aldea, que escribe desde esta ciudad sobre la vida provinciana de la segunda mitad de ese siglo, dice que los chilenos del centro hablaban de los del sur "como pueblos ignotos y lejanos, a donde no alcanzaba el influjo de la civilización ni la acción protectora del gobierno", y que los sureños eran "los habitantes de otro hemisferio, a donde no se podía llegar sino a costa de mil riesgos y mil sacrificios pecuniarios". Tan difícil como para el santiaguino viajar al sur, era para los sureños viajar a Santiago. Dice Ruiz Aldea que al que viajaba por el país "se le tenía por un visionario o por embustero, pero si podía probar con documentos y testigos irrecusables que había

⁶ "Odioso impuesto para los habitantes de Chiloé", Editorial El Ferrocarril, Santiago, 20 de julio de 1872, en: Grez Toso, Sergio, *La Cuestión Social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Fuentes para la Historia de la República, Vol. VII, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1995, pp. 241-242.

hecho esta travesía, se le festejaba como si hubiese ido a la China⁷. Los pueblos provincianos eran "el campo" y seguían siendo mirados así a principios del siglo XX. Ahí estaba el mundo del huaso, el ritmo lento de las carretas, los ciclos estacionales de las siembras, matanzas y cosechas, casi como en la Colonia, a pesar de que por entonces ya volaba el tren, vertebrando el país con inéditas líneas de hierro y, a cada trecho, las novísimas estaciones que invitaban a una también nueva sociabilidad.

Chiloé estaba más lejos y era menos que un interior, porque ni siquiera era provincia huasa. Sólo un borde, allí donde comenzaba a desmembrarse la geografía para formar los laberintos de islas y canales. Mirada desde la capital, Chiloé pertenecía efectivamente a esas periferias extremas y, por remota, apenas era concebida como parte de la República. Casi no se hablaba de ella. Cada lugar, aldea o pueblo del Archipiélago no podía ser sino una ínsula minúscula en el imaginario del santiaguino. Los estudiantes liceanos identificaban la Provincia de Chiloé, capital Ancud, porque así estaba señalado en el mapa. Casi nada más. Y, aunque Punta Arenas era el último confin de Chile, parecía, sin embargo, más cercana, más comprensible e identificable que Chiloé en tiempos de las compañías navieras Braun y Blanchard y Menéndez-Behety.

Para los empresarios madereros y armadores de Valparaíso, Chiloé no era sino islas de alerces y cipreses en tiempos en que se hablaba de durmientes y postes para el Ferrocarril. Un inmenso bosque cubría todavía casi toda la Isla Grande sin haber cambiado mucho desde que había visto Darwin en 1836. Una imagen brumosa y vaga ofrecía, además, esa geografía de islas de extraños nombres veliches. El clima acentuaba la impresión de *finisterrae* a ojos de los ocasionales visitantes, como Benedicto Chuaqui, el culto comerciante de origen árabe que recorrió en los años veinte cada rincón poblado del Archipiélago, subrayando el clima hostil y las dificultades de comunicación en contraste con Chile central. "Por las noches -dice- caía sobre las chatas casas de tabla, la lluvia interminable, cuyo rumor, el viento del mar hacía más estruendoso". Para él, -así como para los que visitaron la Provincia en los siglos

⁷ Ruiz Aldea, Pedro, *Tipos y costumbres chilenas*. LOM Ediciones, Santiago, 2000, pp. 21-22

coloniales- Chiloé era "otro mundo" del punto de vista cultural. Y para el chileno también, porque la sola mención de la palabra Chiloé hacía que el inconsciente colectivo se representara islas como si se tratara de antípodas pobladas de seres mitológicos con sus males al acecho, y mucho más para los ocasionales visitantes que llegaban en invierno cuando la escasa luz natural duraba unas pocas horas y la oscuridad comenzaba a las seis de la tarde y con ella la vida junto al fogón con relatos de brujos. La luz eléctrica se conoció sólo en 1918. Chuaqui constató en 1926 que toda la Isla estaba a oscuras, porque "a excepción de Ancud y Castro, -dice- no había luz en las demás aldeas", de modo que "en medio de la lobreguez de las calles, oíase el bronco lamento de las boyas, y a veces de algún pájaro nocturno". Por eso, pensaba que "el espíritu de los chilotes es aficionado a las leyendas extra-terrenales y a creer en casos de brujería"⁸. Para él, el chilote era otra suerte de gente y que allí se vivía "otra vida". En realidad, entre chilotes y chilenos había muy poco en común a principios de siglo.

Hasta la Armada -la mejor conocedora del Archipiélago desde el siglo anterior- expresaba su opinión desfavorable sobre la Provincia en los años veinte. Entre las razones que daba la Marina para no trasladar la Escuela de Pilotines a Castro, como estaba mandado⁹, se apuntaba el insufrible clima de Chiloé, "tan glacial" como... una segunda Siberia", pero agregaba también, el atraso que allí se vivía y la falta de todo. La prensa de Castro no aceptaba en 1923 que se recurriera a los argumentos climáticos, sobre todo tratándose de marinos que, a diferencia de los demás chilenos, eran los que más se movían y mejor conocían el litoral, y se suponía estaban connaturalizados con los climas hostiles. Actitudes como éstas se debían, según los castreños, a que había en el país "una campaña de desprestigio contra nuestra provincia"¹⁰.

El metropolitano tenía un imaginario negativo de las islas. En Chile, las islas siempre han carecido de la visión positiva que si tuvo el europeo cuando imaginó los bordes de la ecumene en el

⁸ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, Segunda Parte: *Imágenes y confidencias*, S.p.i. 1945, p. 205.

⁹ Esta escuela se había fundado en 1890 en Ancud, pero fue trasladada a Talcahuano a causa de los malos mares de Chiloé, y después a Coquimbo donde estaba a la sazón.

¹⁰ *La Voz de Castro*, Castro, diciembre de 1923.

siglo XV. En los chilenos de principios del siglo XX la palabra "isla" no hacía volar la fantasía, no sugería edenes, arcadias o paraísos que pudieran dar cabida a sueños. Primaba el pragmatismo. Para los empresarios de Valparaíso, Chiloé era sólo maderas, lanchones y trabajadores portuarios que parecían connaturalizados con la humildad y la pobreza.

II. Imagen estereotipada del chilote

En la primera mitad del siglo se estereotipaba, por supuesto, se caricaturizaba, exagerando lo que se suponía extraño, subrayando los rasgos más acusados de una sociedad y de una cultura que en el imaginario metropolitano parecían haber quedado como congeladas en el pretérito. Al menos, era una especie de sobreentendido que estaba como encapsulado en imágenes, a veces tan ciertas como erradas. Eran aquellos tópicos o "lugares comunes" de los que habla Ortega y Gasset. Un fondo de verdad, pero al fin y al cabo una caricatura¹¹. El médico Dr. Waldo Brüning relata que en 1932 consultó a sus amigos santiaguinos sobre Chiloé porque tenía intenciones de comenzar su carrera profesional en Castro a instancias de su tío Carlos Schürmann. Dice: "De manera unánime no titubieron en desalentarme. Unos me espetaban: ¿cómo te vas a meter a esa isla tan lejana y desconocida, donde por añadidura llueve todo el año? Otros argumentaban que los médicos encontraban tropiezos en su ejercicio profesional y que debían someterse a toda suerte de privaciones, aún a riesgo de su integridad física"¹². Le dijeron también que por disputas políticas se mataban unos a otros y que los cadáveres quedaban insepultos por días tirados en las calles de Ancud y Castro¹³.

¹¹ Ortega dice: "De esos tópicos que usamos sin repensarlos por nuestra cuenta, a crédito, como el papel moneda, los hay que son grandes verdades y los hay que son grandes necedades. El hombre vulgar no distingue los unos de los otros: cuando se pone a hablar se monta, sin más, en el tópico que pasa, como en un tranvía". Ortega y Gasset, José, *Meditación del pueblo joven*, Ediciones de la Revista de Occidente, 2ª Edición, Madrid, 1966, p. 101.

¹² Brüning Schürmann, Waldo, *Vivencias de un galeno*, Ediciones Graphus, Santiago, 1996, pp. 51 y 52.

¹³ Esto nos recuerda las opiniones de los articulistas estadounidenses de la misma época sobre Hispanoamérica y las pocas esperanzas de lograrse en el mundo de herencia hispana una verdadera democracia, como decían, refiriéndose a la vida política, social y económica de las capitales desde México al sur. Eran los mismos estereotipos. Véase a Hanke, Lewis, *¿Tienen las Américas una Historia común?*, Ed. Diana S.A., México, 1966.

En fin, una imagen negativa, una suerte de "mundo al revés" era Chiloé, mirado desde la capital, un confin del imaginario donde, además, todo lo increíble tenía lugar. Y, a veces de muy arcaicas reminiscencias, como el insólito "Proceso a los Brujos" seguido en Ancud en 1880, inexplicable para la mentalidad urbana, pero que el mismo imaginario del capitalino suponía eran asuntos connaturales a esos apartados isleños vistos como introvertidos, silenciosos y temerosos de las fuerzas ocultas, aferrados como estaban a creencias que venían desde los tiempos de la gentilidad. Chiloé era visto como un mundo de arcaísmos y, además, de extrema precariedad material a principios de siglo. Y no sólo era opinión de los capitalinos y chilenos del centro del país. El sueco Carl Skottsberg, que visitó la Provincia en 1902, decía que "en ningún lugar de Chile se encuentran condiciones tan primitivas o costumbres tan simples como en Chiloé e islas adyacentes"¹⁴. Veinte años después, Benedicto Chuaqui reparaba en "la psicología del isleño... que es en todas partes igual", decía, refiriéndose a las aldeas e islas, y que esta psicología insular se notaba en "el ambiente de retraimiento en que viven", y que se debe, añadía, a que "obedecen a esa fuerza misteriosa de la tierra que impone no sé qué inexplicable mandato a sus vidas"¹⁵.

Chiloé no era sólo de creencias y supersticiones. Eran una cultura y una sociedad antítesis de lo que por entonces eran la cultura y sociedad chilenas. Al menos eso sugería el gentilicio chilote, gentilicio que los visitantes usaban muy a menudo, asociado a pobreza y elementalidad de vida que explicaban como nacidas de la desidia, como se venía diciendo desde el Período Indiano. Ya puede advertirse que pocos elogios había para sus habitantes, pero sí muchos reparos. Alfred Weber, que ponderaba mucho los beneficios que traería la presencia de colonos europeos en la Isla, no dejaba de expresar, por contraste, sus críticas al estado miserable en que vivían los chilotes en la frontera de los dos siglos, no sólo los de las islas menores, sino incluso el vecindario de Ancud, a la sazón la más grande, principal y desarrollada ciudad del Archipiélago.

¹⁴ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia. A narrative of the swedish expedition to Patagonia, Tierra del Fuego and Falkland Islands, 1901-1909*, London, 1911, p. 105.

¹⁵ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 243.

Opiniones como las de Weber no se conciliaban con el orgullo de los isleños por su progresista capital insular, pero corroboraban y perpetuaban la decepcionante imagen que de los chilotes se tenía en el contexto nacional. Pobre cuadro, en verdad, y lleno de prejuicios, prejuicios tan enraizados que quizá no acaban de borrarse todavía hoy, un siglo después de lo que él vio, y, porque así parece ser, Mario Palma Godoy ha escrito sobre *El estigma de ser o no ser chilote*¹⁶ en la actual Punta Arenas.

Tenemos la impresión de que los visitantes de principios de siglo buscaban en Chiloé lo que corroborase el estereotipo del isleño que venía desde mucho antes, es decir, todo aquello que pudiera parecer pintoresco y extraño, de modo que, mientras más opuesto a la vida propiamente urbana, más chilote. Se buscaba que la realidad coincidiera con el imaginario cuyo origen está en el siglo XVII y que seguía llamando la atención de los lectores de la prensa de principios del XX, es decir, las peculiaridades en usos y costumbres y las arcaicas creencias en la *machi*, los brujos, los mitos del *Trauco*, la *Pincoya* o el *Caleuche* y esos isleños descritos como "hombres guatoncitos" como le parecieron al sueco Skottsberg, y, además, gente de otra índole, porque eran "excesivamente tranquilos y tan faltos de ambición", como dice el mismo Skottsberg en 1902¹⁷.

En cuanto a lo de "gente de otra índole", Benedicto Chuaqui repara, por ejemplo, en la carencia de aptitud comercial de los isleños, no los de Ancud o de Castro, pero sí la gente de las aldeas e islas en los años veinte a quienes vio incapaces de percatarse de los engaños de que eran objeto por los comerciantes chilenos que llegaban hasta allí. "Estos -dice Chuaqui- cotizaban un precio por un artículo y si veían que lo pagaban sin chistar, seguían

¹⁶ Palma Godoy, Mario, "El estigma de ser o no ser chilote", en: Revista *Impactos*, N° 6, Año 6, Punta Arenas, noviembre de 1994, pp. 2-6.

¹⁷ Skottsberg, Carl, *The wild of Patagonia...*, op. cit., p. 109. Enrique Zorrilla que visitó Castro en los años sesenta también usa de la caricatura al contrastar el comercio de productos importados con los habitantes de la ciudad, a quienes describe como "hombres calados en sus chombas de lana cruda y boinas desteñidas". Estereotipo. De la vida urbana no dice otra cosa que "una mujer puso en marcha una carreta de pequeñas ruedas de tronco, rumbo a la calle principal que trepaba sobre la colina". Y de esta calle precisa: "Modestísimas vitrinas ofrecían buen surtido de artefactos importados". El contraste queda inmediatamente de manifiesto cuando se pregunta: "¿Pero cómo podían adquirirlos estos modestos leñadores y campesinos y marinos que circulaban en pequeñas carretas y pequeñas embarcaciones?". Zorrilla, Enrique, *América Destemplada*, Editorial Orbe, Buenos Aires, 1967, p. 14.

aumentándolo hasta obtener ganancias que constituían un verdadero abuso". En esto del comercio, los chilotes que vio Chuaqui se comportaban como en el siglo XVIII¹⁸, tanto que admite que él mismo no tuvo reparos en aprovechar esta ventaja... "por la torpeza de ellos para entender la oferta". Alude a un surtido de corbatas que llevaba en su periplo por las aldeas e islas. "Se trataba de una diversidad de dibujos de idéntica calidad. Más, como pretendieron otras mejores, basándose sólo en el precio, adopté -reconoce con cierta vergüenza- el recurso de cotizarle precios distintos y más elevados, por supuesto, por cada dibujo". Y agrega que "así se facilitó notablemente la venta, y los precios fueron aceptados con complacencia"¹⁹.

Así era en los años veinte, es decir, un siglo después que la Provincia fuera incorporada a Chile, de modo que los isleños más distantes de los centros urbanos de la Isla parecían no haber superado lo que describía Lázaro de Ribera en 1782 y lamentaba tanto el gobernador-intendente Francisco Hurtado en 1786, recogido después por Vicuña Mackenna²⁰ y divulgado por Francisco Antonio Encina en su *Historia de Chile* en la que se formaron los estudiantes y la gente culta del país en el siglo XX.

III. Chilotes: conciencia de sí mismos

Obviamente, la imagen que los capitalinos tenían de los chilotes admitía matices. A veces se dejaban escapar impresiones positivas sobre el paisaje, la hospitalidad de su gente, la riqueza mitológica, como en algunas revistas de circulación masiva y ocasionalmente en la prensa, incluso elogiosos artículos²¹. Pero, en general, la prensa capitalina no se refería a Chiloé. No había para qué. Para revistas, como la porteña *Sucesos*, Chiloé no existía o estaba fuera del globo. Los propios chilotes se sentían lejanos y aislados de todo en la primera mitad de siglo. Es cierto que la Provincia había dejado de ser "la popa del mundo" como lo era en los tiempos coloniales.

¹⁸ Urbina Burgos, Rodolfo, *Gobierno y Sociedad en Chiloé Colonial*, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1998, p. 215 y ss.

¹⁹ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 222.

²⁰ Urbina Burgos, Rodolfo, *Gobierno y sociedad...*, op. cit., pp. 239-252.

²¹ Latorre, Mariano, "Elogio a Chiloé", en: *Atenea*, N° 151, Concepción, 1938, pp. 37-47; N° 152, pp. 164-190.

porque desde mediados del XIX las comunicaciones marítimas eran más regulares. No obstante, seguía siendo periferia. Se vivía "orillando el mundo". Esa era la impresión en la Provincia. La insularidad, el clima y la distancia habían marcado la psiquis, acentuando la conciencia de estar en desventaja frente al continente. En esto se estaba como en el siglo XVIII, cuando el chileno - así se le llamaba en el Perú - parecía la antítesis del limeño. Introversión versus extraversion. El limeño de la Colonia cuando llegaba con sus comercios a Chiloé se mostraba más desenvuelto y ostentaba de su pertenencia a la metrópoli del virreinato, como presumían también los ocasionales visitantes chilenos en el siglo XIX después del tratado de Tantauco. En verdad, chilenos y chilotes eran tan desemejantes que el Archipiélago daba la impresión de otro país.

Para los chilotes de principios de siglo -y también después- Chile era "el norte", y esa palabra, así como "nortino", sonaba a positivo²². Obviamente, no era lo mismo ser chilote en Santiago que ser santiaguino en Chiloé. Las actitudes de unos y otros lo confirmaban en toda ocasión. Se opacaba el isleño en la gran urbe, se encumbraba el capitalino en el pequeño pueblo. Por insignificante que fuera, una vez en la Isla, el santiaguino se transformaba en alguien. Este había nacido mirando el país desde el centro. El isleño lo hacía desde el extremo. Centro-periferia. Esas perspectivas

²² Nótese que en Chiloé no se usaban los conceptos Chile y chilenos para referirse a los territorios y habitantes australes. Punta Arenas era, todavía, Magallanes, y magallánicos sus habitantes. Por otra parte, en Chiloé se tenía conciencia de que Chile terminaba en Puerto Montt queriendo significar que hasta allí llegaban las atenciones del Estado. La palabra "Chile" se asoció durante 300 años al país que se extendía entre el Despoblado de Atacama y la Frontera del Bío-Bío. La expansión territorial del siglo XIX fue más rápida que la extensión del concepto nación chilena hacia los nuevos espacios. Los habitantes del sur eran chilenos en la Carta Constitucional, pero preferían llamarse valdivianos, chilotes, araucanos o magallánicos. La nacionalidad chilena se fue asumiendo a paso más lento y sólo vino a ser tal con la vertebración de los nuevos territorios: el ferrocarril y los caminos, las instituciones, la escuela, los símbolos patrios y las políticas integradoras del Estado. Todavía en el siglo XX, los interiores de Aysén tenían fisonomía gaucha en usos y costumbres nacidas de relaciones más estrechas con Argentina, lo mismo que los chilotes. En 1901 *La Cruz del Sur* de Ancud decía que, si bien se viajaba a Chile, "Chiloé y Llanquihue tienen relaciones más fáciles con Argentina que con el resto del país". *La Cruz del Sur*, Ancud, 10 de enero de 1901. Magallanes era una extrema periferia cosmopolita hasta donde la chilenidad se sentía como débil proyección. Chiloé era un apéndice residual de vieja colonización española, casi del todo opuesto a la chilenidad, separada del "Chile Histórico" desde fines del siglo XVI cuando se rebelaron los araucanos y escindieron el nascente reino. A principios del siglo XX eran palpables las desemejanzas.

marcaban las actitudes de unos y otros. Y es que Santiago -como antes Lima- tenía un concepto de sus fronteras que quedó fijado en el tiempo en cuanto que en esos bordes, y además, insulares, situaba el mundo de los prodigios que desafiaban la razón, lo fuera de la realidad, lo inexplicable, lo ininteligible, aunque se aceptara que los chilotes, con sus arcaicas costumbres, su elementalidad de vida, sus incomprensibles mitos, y sus extrañas creencias, eran, también, una modalidad del ser chileno.

Ser chilote en Santiago era más difícil en los tiempos de la "cuestión social", cuando los obreros y los muchos desocupados llevaban una vida arrinconada como pegada a la pared y en actitud de asumir su adversidad con resignado estoicismo. Los isleños en Santiago eran de aquellos provincianos de aspecto inocente en cuya mirada se percibía a simple vista su desarraigo; vivían en la capital, pero se sentían transeúntes en cuanto admitidos, pero no siempre integrados. "Y como se sienten tenidos en menos -dice generalizando el ancuditano Antonio Bórquez Solar- forman... en la capital como otra distinta colectividad". Añade que los chilotes "se consideran extranjeros en su propio país. Ciertamente que esto no debiera ocurrir" "Pero ¿quién tiene la culpa?", se pregunta²³.

Había, por supuesto, chilotes profesionales de reconocido prestigio y posición social en la capital. Pero, en general, llevaban una vida tranquila, medida y respetable. No estaba en la psicología isleña la ostentación ni las exterioridades. Por eso llamaba tanto la atención la actitud soberbia del ancuditano Antonio Bórquez Solar, quien tuvo que soportar antipatías santiaguinas por agresivo e irreverente. No se le perdonaba su franqueza, su ostentación, su ninguna humildad y su afición a hablar demasiado. No era para el santiaguino el prototipo del chilote. El *Diario Popular* se refiere a él como "orador tóxico y letal que no dispensa muerto sin echarle su rociada, haciendo perder a los deudos hasta la esperanza de verlo resucitar en el día del Juicio"²⁴. En 1919, Bórquez Solar decía: "Servil no he sido jamás. Altivo, eso sí. Orgulloso, más todavía. He azotado a todos los lacayos y mi espina dorsal ignora la gimnasia de las

²³ Bórquez Solar, Antonio, *Exégesis del alma de una raza*, citado por Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1914.

²⁴ Reproducido en *La Cruz del Sur*, Ancud, 3 de marzo de 1906.

genuflexiones. De saberlas, hoy sería, tal vez, ministro diplomático". Era un chilote atípico. Pero representaba, quizá, lo que muchos chilotes hubiesen querido ser. Levantar la voz, empinarse ante el patriciado santiaguino. Cuando se pensaba nombrarlo hijo predilecto de Ancud, Bórquez Solar respondió: "Les diré con franqueza que en mi modesto exhibicionismo dicen que aspiro a más que ser hijo predilecto de Ancud, aspiro a la estatua en vida, porque muerto no podría gozar de la apoteosis"²⁵. Efectivamente, Antonio Bórquez Solar era un caso de ostentación que no se conciliaba con la imagen humilde y reservada del isleño. No era un chilote, como sonaba el gentilicio por entonces. La denominación chilote se usaba en sentido peyorativo y a todas luces discriminatoria, como son por lo general, las terminaciones en "ote", según el ancuditano Francisco Cavada. Antes se decía "chiloeno", "chilano" o "chiloense"²⁶. Chilote, en cambio, comenzó a usarse en la frontera de los siglos XVIII y XIX como gentilicio despectivo. "Patronímico rebajante", decía el periódico castreño *La Industria*, en 1906, y sugería erradicar "ese ofensivo nombre"... "Dejemos la chilotada de una vez en el olvido", escribía el articulista²⁷.

Gentilicio desdeñoso con que se humillaba al isleño o lo favorecía poco, porque esta denominación se pronunciaba con el fin de apocar, dice Cavada. Y con el mismo sentido se usaba también entre los mismos chilotes. En efecto, al interior de la Provincia, la palabra chilote calzaba mejor para referirse a los habitantes rurales y al hombre común de los centros urbanos. Un caballero, un rico comerciante o un profesional, no correspondían exactamente al concepto chilote o no se acostumbraba a usarlo para con ellos. Pero, los ancuditanos llamaban despectivamente chilotes a los castreños, del mismo modo como éstos llamaban chilotes a los isleños que llegaban con sus lanchones a la feria. Se usaban giros como "hecho a la chilota" por algo confeccionado a la ligera, como "a la chilota" se decía también por las casas campesinas construidas a la rústica. Entre 1900 y 1940, el concepto efectivamente sonaba

²⁵ *Ibidem*, 21 de marzo de 1919.

²⁶ Una fundamentada explicación puede verse en Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...* op. cit., pp. 260-263.

²⁷ *La Industria*, Castro, 1906

como lo hacía ver la prensa y lo explicaba Francisco Cavada.

Los foráneos más cumplidos preferían omitir el gentilicio. Incluso los escritores que sentían admiración por Chiloé consideraban que el término era injurioso. Benjamín Subercaseaux escribió un ensayo que tituló *Psicología chiloense*, y dice: "Se podría hablar de psicología chilota, pero esto ofendería en grado sumo a los excelentes habitantes de la Isla Grande y Dependencias"²⁸. Y cuando *La Voz de Castro* se dirige a Benjamín Vera en 1926 por haber criticado a los castreños, le pregunta: ¿Es Ud. aristócrata? ¿no es chiloense?"²⁹. Fr. Luis Vidal Mansilla publicó *Relación genealógica de varias familias chiloenses* en su primera edición de Angol, 1911, omitiendo el concepto chilote, incorporado sin embargo en la segunda edición de Santiago, 1995.

Por entonces, en la capital, en Valparaíso, en Magallanes, en todas partes, chilote era sinónimo de ignorancia, rusticidad y mano de obra barata. Llamar a alguien chilote era, en verdad, un insulto. En la Patagonia argentina tenía idéntico significado peyorativo. En Santiago, la empleada doméstica era generalmente "china chilota", fuera o no de Chiloé. Era la imagen, el estereotipo que se tenía del isleño y que evocaba a marino de goleta de sonoro apellido veliche, asociado a brujos y a *invunches*, a gente apagada y extraña, como era la impresión que, en Valparaíso de mediados del siglo XIX, se tenía del chilote trabajador portuario. Hombre bajo, ancho y fuerte, resistente al frío y a las fatigas, pero pobre, introvertido y, por lo mismo, menos dado a la chanza que sus compañeros porteños. Cargaba y descargaba veleros, llevando y trayendo bultos al hombro metido en el agua hasta la cintura. Ese chilote también se divertía en la bohemia del Puerto, pero era de psicología opuesta a la picaresca de la Plaza Echaurren de fines de aquel siglo.

En Chiloé se discutía el asunto. Pesaba el estigma, como pesaba también en los chilotes de la Patagonia chilena y argentina³⁰. La prensa castreña, refiriéndose a Chiloé en 1921, se lamentaba:

²⁸ Subercaseaux, Benjamín, "Psicología chiloense", en: Subercaseaux, Benjamín, *Noticias del ser chileno*, Selección y Prólogo de Alfonso Calderón, Editorial Internacional del Libro (RIL), Santiago, 1998, p. 175.

²⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de diciembre de 1926.

³⁰ Palma Godoy, Mario, "El estigma de ser o no ser chilote", *op. cit.*

“... nadie habla bien de ti, ningún poeta canta a tus bellezas”, y añadía que sus habitantes eran considerados por los chilenos del centro, como “ignorantes” y hasta “semi salvajes”³¹. El mismo periódico criticaba, aunque lo comprendía, que los isleños apenas se alejaban de la Provincia se veían obligados a ocultar su origen insular. “Por lo general -decía la prensa- cualquiera de tus hijos que te deja, aunque sea por unos pocos días, niega y se avergüenza de decir que es oriundo de tus playas”³². Era el “prejuicio de origen”. Pero, el articulista agregaba, sin embargo, que “todos, hasta el más encumbrado millonario gusta de tus corahilas”, aludiendo a las apreciadas papas de la isla que formaban parte de la dieta cotidiana de las familias de la capital y de todo Chile.

Estando en el continente, parecía prudente ocultar su procedencia aún en las vecinas provincias sureñas en los primeros decenios del siglo. El ancuditano Darío Cavada explicaba las razones de esta actitud. Los isleños reniegan de su tierra, dice, pero “no por falta de cariño... sino para evitar los altercados que se originan cada vez que un valdiviano o llanquihuano provoca con pullas más o menos mortificantes al poco bien mirado chilote”³³. La misma impresión tenía un vecino castreño que afirmaba en 1904 que “la generalidad de nuestros provincianos apenas se alejan de su provincia, niegan ser chilotes a fin de evitar las mofas y dichos picarescos de que hacen el blanco si pasan por tales”³⁴.

Pero, el sueco Carl Skottsberg fue testigo, en 1902, de prejuicios que iban más lejos: “Yo escuché -dice- a más de un chileno hablar con rechazo de los chilotes”. A su juicio, actitudes como éstas, eran bastante corrientes, y hasta llega a afirmar que “muchos ni siquiera los consideran con igualdad de derechos ciudadanos”³⁵. Por eso, la prensa castreña decía en 1905 que, para los santiaguinos, los chilotes no eran sino “unos follones malandrines, ignorantes, mezquinos y asquerosos”³⁶. Era mucho decir. Los castreños y los

³¹ *La Voz de Castro*, Castro, 19 de agosto de 1921.

³² *Idem*.

³³ Cavada, Darío, *Vida isleña*, Ancud, 1914, p. 102.

³⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 17 de noviembre de 1904.

³⁵ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia...*, *op. cit.*, p.105.

³⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 20 de julio de 1905.

más cultos ancuditanos eran muy conscientes de opiniones como éstas, pero también de la ninguna importancia que tenía la isla para el Gobierno. Se sentían marginados, "olvidados y exentos de las dádivas proteccionistas" con que la madre capital debía socorrer a sus hijos. "Tanto es -decía un vecino de Castro en 1904- que a veces nos preguntamos ruborizados si Chiloé no forma parte integrante de la República de Chile...o si no tendremos igual derecho que nuestras hermanas del Norte para pedir lo que pueda darnos algún día grandeza y bienestar"³⁷. En Chiloé, se hablaba del "imperialismo santiaguino" y culpaban a los magnates de la capital del lamentable abandono de la Provincia. "El centralismo lo absorbe todo y como los santiaguinos tengan toda clase de comodidades, las provincias que se las arreglen como quieran", se quejaba la prensa castreña en 1919³⁸. En 1925, se lamentaban de que "Nuestro Chiloé [sea] la única provincia de Chile que no atrae la mirada de nuestros gobernantes por estar tan apartada del imperativo centralismo"³⁹. Somos "una simple colonia de la capital", decía la prensa en 1904, porque "nuestro sistema unitario de gobierno se extiende sólo a las provincias comprendidas entre el río Sama y el Canal de Chacao" y, a lo más, como decía un vecino en 1905, Chiloé "ha sido mirado siempre como un apéndice o aditamiento de nuestro territorio". Esta es la causa de que los chilotes hayan forjado la conciencia de su diferencia y del lugar que ocupan en la sociedad chilena. Entre chilotes y chilenos había la misma incomprensión que entre sicilianos e italianos, apunta el francés Phillipe Grenier. Por eso, también, el castreño Jorge Oberreuter, dolido por lo mal mirado que eran, y por la indiferencia de los gobiernos, decía resignado: "Agárrate chilotito con tus uñas"⁴⁰. Los castreños reaccionaban, criticando al gobierno y a los santiaguinos, culpándolos de la pobreza de los chilotes y del desdén con que se les miraba. Un vecino dice que en Santiago "creen, tal vez, con la fe del carbonero que Chiloé es pobre de solemnidad y como a tal la conforman con una migaja para que pueda únicamente sostenerse"⁴¹.

³⁷ *Ibidem*, 15 de septiembre de 1904.

³⁸ *Ibidem*, 19 de junio de 1919.

³⁹ Manifiesto de la Comisión de Prensa del Comité de Castro Pro-Celebración del Centenario de Chiloé, Castro, 2 de agosto de 1925.

⁴⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 27 de octubre de 1904.

⁴¹ *Idem*.

Y agrega que todos esperan que algún día llegue "el día de nuestra redención"⁴².

La historia no se ha ocupado de la "psicología del camuflaje", por medio de la cual los chilotes y otros provincianos eludían el "prejuicio de origen" intentando una rápida aculturación con la ayuda de los "compadres" conocedores de la vida urbana. La migración campo-ciudad en nuestra América testimonia cómo se abandonan rituales, usos, costumbres rurales y prendas tradicionales, para hacerse urbanos, aunque sea a costa de vivir en barriadas de "cabecitas negras", marginados de la ciudad patricia. Si se emigraba, había que aculturarse para parecer capitalinos, porteños o "chilenos", como se decía entonces.

La Provincia ofrecía muy poco. El minifundio era para la mera subsistencia. Salir de Chiloé fue siempre la meta de muchos. Y aunque no era la regla, se puede decir que los apellidos veliches iban a Aysén o Magallanes, y los apellidos españoles a Valparaíso o Santiago, y ambos, al continente inmediato de Osorno, Valdivia, o Puerto Montt, como cuando se estaba construyendo la "Población Modelo" de esta ciudad y se ofrecían sitios a ancuditanos y castreños en tiempos del agente Alejandro Mücke. Muchos se iban. Y, al zarpar el vapor, comenzaban a ocultar su origen, como podían, para luego hacerse portomontinos con la esperanza de elevar un poco su estatus. Obviamente, no se estimaba prudente decir que se era chilote, aunque había excepciones que llamaban la atención, como en 1930 cuando falleció el cura párroco de Puerto Montt Agustín Gallardo Torres. En esa ocasión, el orador destacó en el discurso fúnebre que el citado cura "jamás se avergonzó de llamarse hijo de Chiloé". La frase encerraba obvio significado⁴³. En un discurso pronunciado en 1908 en honor del encumbrado diputado castreño Ignacio García Sierpe, se decía de él: "¡Chilote!, no os avergonzáis como muchos de nuestros paisanos que viven en la capital de que

⁴² *Ibidem*, 29 de septiembre de 1904.

⁴³ *La Cruz del Sur*, Ancud, 21 de septiembre de 1930. Agustín Gallardo nació en Quehue, en 1871. Sus padres fueron Juan de la Cruz Gallardo y Zaragoza Torres. Tomó el hábito franciscano en el Colegio de Castro en 1880 y se ordenó sacerdote en Santiago, en 1898. En 1905 se secularizó. Sirvió en las parroquias de Quemchi, Tenaún, Achao y Puerto Montt. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos de personas y familias de Chiloé insular*, Editorial Nascimento, Santiago, 1934, pp. 217-218.

se os nombre con este honroso título". Y añadía el orador: "¿Qué pueril concepto es el que informa a los que se creen humillados por haberse mecido en la cuna de su infancia bajo el follaje sombrío de los gigantes árboles de esta encantada isla?"⁴⁴.

Frases como éstas se oían en los clubes Conservador y Radical de Castro o de Ancud, donde sobaban los oradores y las palabras más positivas sobre la "Tierra Santa", como llamaban a Chiloé. Se amaba al terruño, pero con dolor punzante. Y es que por los cauces más profundos de la psiquis se anidaba el complejo isleño. Los europeos que vivían principalmente en Ancud solían poner en el tapete aspectos negativos del ser chilote criticando, por ejemplo, el conformismo, la indiferencia por las comodidades y la carencia de espíritu de empresa, siendo lo primero, según todos, la razón de la postración económica de Chiloé. En fin, la "falta de ambición" que veía el sueco Skottsberg en 1902⁴⁵ o el "desgano" y "la falta de proyectos" que criticaba el ancuditano Francisco Cavada en 1913, quien depositaba toda esperanza en el Regimiento *Chiloé* recién instalado en Ancud, porque podría, tal vez, formar "hombres útiles mediante la disciplina militar", decía.

Así se miraba al chilote del pueblo. Cuando en los años cuarenta muchos magallánicos de origen extranjero abandonaban Punta Arenas para radicarse en el centro del país, otros chilenos llegaban a ocupar su lugar. Suponemos que Mateo Martinic se refiere a los chilotes cuando dice que los nuevos llegados mostraban "diversa disposición anímica - que - al incorporarse contribuyeron a debilitar de modo paulatino la homogeneidad social regional"⁴⁶.

Parecía que, efectivamente, nada rescatable había en el isleño. Ni siquiera se salvaban de las críticas las familias patricias de vieja estirpe española de la élite social de Ancud y de Castro. El citado Dr. Reed, que estuvo en Chiloé en 1905 y 1906, afirmaba que en estos pueblos no había "gente decente". El periódico *La Cruz del Sur* de Ancud se sintió ofendido, y con razón. El Dr. Reed quiso

⁴⁴ *El Sur de Chiloé*, Castro, 29 de enero de 1908.

⁴⁵ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia...* op. cit., p.109.

⁴⁶ Martinic Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Ediciones de la Universidad de Magallanes, Tomo II, Punta Arenas, 1992, p. 1116.

justificarse: "Nunca hemos dicho ni en broma, ni siquiera lo hemos pensado que en Chiloé no existan familias honorables; nos consta que las hay y bastante distinguidas". Pero, agregaba que "ese grupo de familias honorables va reduciéndose a un círculo bastante pequeño". Terminaba diciendo que las mismas familias que abandonaban Chiloé fundaban su decisión en que "aquello ya no era para vivir"⁴⁷.

Pero, la mirada continental no era sino el primer eslabón de la cadena de prejuicios que se proyectaban también al interior de Chiloé. El ancuditano de principios de siglo miraba a los castreños con el mismo desdén. Aquéllos presumían de ilustrados frente a los que consideraban burdos castreños distantes "88 kms. de la civilización", como decían hasta los años sesenta. La civilización era Ancud. Y era cierto. La prensa de Castro reconocía en los años treinta la cultura intelectual y el mayor refinamiento social que se vivía en la capital insular, lamentándose de que en Castro no hubiera gente culta, y que los pocos instruidos y con pulimiento social fueran foráneos residentes. Incluso los chilotes acaudalados subrayaban sus diferencias respecto del común, como Alejandro Gómez García, que en 1906 quería abrir un banco en Castro y, según la prensa, había dicho: "Traigo la plata suficiente para tapar a todos estos chilotes malditos"⁴⁸.

Los castreños discriminaban, a su vez, por idénticos motivos a los isleños del Mar Interior y a los habitantes de los pueblitos o aldeas de la Isla Grande. En fin, en Chiloé el "viajado" valía más que el que nunca había salido de la Isla, el urbano de Ancud se consideraba con ventajas frente al rural, la cultura intelectual que se respiraba también en Ancud -que incluso llegó a ser la ciudad más culta del sur en los años treinta- era la antítesis de la popular del resto de la Provincia, los apellidos extranjeros de la misma ciudad lucían más que los apellidos españoles, y éstos más que los apellidos veliches. Cada uno con su lugar en la escala jerárquica y en la consideración social. Las desavenencias entre ancuditanos y castreños contenían no pocos de estos prejuicios que se exteriorizaban en las cotidianas riñas entre ambos pueblos, reflejo.

⁴⁷ *La Cruz del Sur*, Ancud, 28 de julio de 1906.

⁴⁸ *Ibidem*, 10 de febrero de 1906.

a su vez, de cómo miraba la capital a los interiores.

IV. Actitudes chilotas en defensa de Chiloé

Chiloé era, a todas luces, la "cenicienta" de Chile por ser la más pobre de las provincias, la más distante y la menos integrada. Era, en verdad, una "cuasi nación", como la calificó Alonso Ovalle en el siglo XVII y, a principios del XX, todavía seguía siéndolo por ser en todo *sui generis* y disímil respecto de las demás provincias. Así lo sentían los chilotas, como lo había constatado también Darwin en el XIX y había sido reiterado por los visitantes del mismo siglo, cuando los isleños seguían aferrados a la idea de monarquía⁴⁹. En 1925, la prensa llamaba a los chilotas a unirse para levantar la voz ante el gobierno: "¡Hijos de Chiloé!, el reloj del tiempo ha marcado la hora de prueba, la Provincia abandonada por la indiferencia gubernativa pide a vosotros sus hijos amantes y cariñosos un esfuerzo supremo... hagamos valer ante el Gobierno y la opinión pública nuestros anhelos de progreso y bienestar... No es posible que por más tiempo permanezcamos en el mutismo, cómplice de nuestra estagnación, hagámonos oír, pidamos todos juntos; solos nada conseguimos, nuestras voces aisladas y vibrantes impregnadas de entusiasmo y amor al terruño se perderían... unidas nuestras voces armoniosas y potentes interpretarán ellas el sentir de todos"⁵⁰. Sólo deseos. La Provincia había sido siempre postergada y siempre incomprendida. El castreño Manuel Díaz Bórquez⁵¹ se sentía desalentado en 1930: "Hemos luchado contra la incompreensión

⁴⁹ Los chilotas temporeros, por ejemplo, no podían sentirse connacionales con los demás magallánicos porque eran palpables las diferencias. Por eso, "a cualquiera de ellos que se le pregunte si es chileno, contesta que es de Chiloé", dice Fernando Eduardo, en 1915. Y agrega: "Y la mayoría, aún los de la clase más alta, piensa todavía en el general Quintanilla". Eduardo, Fernando, *Memoria del Gobernador de Magallanes*, 24 de septiembre de 1915, citado por Díaz Bahamonde, José, "Expansión Regional, vida urbana y sujeto popular. Panorama de Magallanes y Punta Arenas, 1877-1920", en: *BACHH*, N° 105, Santiago, 1995, p. 27.

⁵⁰ Carlos Maldonado, Sixto Barrientos y Juan Gutiérrez, Manifiesto de la Comisión de Prensa del Comité de Castro Pro-Celebración del Centenario de Chiloé, *La Cruz del Sur*, Ancud, 2 de agosto de 1925.

⁵¹ Manuel Díaz Bórquez nació en Castro el 4 de septiembre de 1884. Estudió en el Liceo y Seminario de Ancud. Casó con Carmela Cárdenas Díaz. Dos veces candidato a diputado por Chiloé. Fue director y propietario del periódico *La Industria*, de Castro. Sus padres eran Patricio Díaz Sánchez e Isabel Bórquez Henríquez.

-escribía- pero no la hemos vencido, pues aún seguimos siendo cosa". Y se preguntaba: "¿Cuál es nuestra culpa para ser tratados así? Una sola... que somos pobres", concluía⁵².

En los años veinte se inició en Ancud un serio esfuerzo por dignificar al chilote. Al menos en la capital de Chiloé estaban los más destacados hombres de letras y las mejores plumas, entre los que sobresalían los hermanos Darío y Francisco Cavada. Darío había comenzado a escribir sobre Chiloé a fines del siglo XIX y Francisco a principios del siguiente. El objetivo de ambos era difundir la realidad del Archipiélago, desvirtuar las erradas opiniones que se emitían sobre la Isla y combatir "esa especie de casi instintivo desdén" con que se miraba al chilote. Por entonces, el Congreso Nacional calificaba a Chiloé como "la cola del Cóndor" y, para poner las cosas en su lugar, se sumó a ellos Pedro José Barrientos, también ancuditano, que publicó su *Historia de Chiloé*, cuya primera tirada apareció en Ancud en 1931.

El citado Manuel Díaz Bórquez hacía lo propio desde Castro. Intentaba estimular al chilote, hablando de la dignidad insular y llamando a todos los intelectuales de la Provincia a levantar la voz de protesta para mediante una "campana vigorosa de opinión abrir en la conciencia nacional un surco hondo, bien hondo, para sepultar la incomprensión que nos ahoga"⁵³. En esta campana se comprometió también José Bosch⁵⁴, para quien las negativas opiniones sobre Chiloé y los chilotes se debía al desconocimiento de las virtudes isleñas. "Seamos francos -dice Bosch-, no han sabido corresponder a la nobleza de su carácter, a la hospitalidad de sus hogares, a su espíritu eminentemente humanitario"⁵⁵.

Estas y otras plumas chilotas y foráneas intentaban demostrar

⁵² Díaz Bórquez, Manuel a Francisco Cavada. Castro, 3 de noviembre de 1930, en: Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 11-16.

⁵³ Manuel Díaz Bórquez nunca escribió un libro. Sus opiniones están contenidas en cartas a sus amigos y en la prensa de Castro y Ancud sobre temas relativos a problemas sociales y económicos de Chiloé. Quizá haya sido la mejor pluma de la Provincia en los años treinta. Tenía el don de la palabra y "brillante y bien cortada pluma", dice Francisco Cavada.

⁵⁴ Antonio José Bosch era periodista. Prestó servicios como redactor en *El Llanquihue* y *El Correo del Sur*.

⁵⁵ Bosch, José, en: Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 186.

que la vida simple era también buena⁵⁶. Por entonces se reconocía aquello de "almas domésticas", al decir de Benjamín Subercaseaux; de la psicología local y de la vida "puertas adentro" con sus historias mínimas que nunca afloraron a la vida nacional; ese mundo como en familia donde se repetían los mismos apellidos y donde todos se conocían por sus nombres. En un ambiente así, la vida tenía que ser más humana, la solidaridad también, por la común conciencia de pertenecer a esa patria chica, la misma curiosidad frente al exterior, la misma hospitalidad para con el foráneo, pero también la misma conciencia de desventaja frente a las demás provincias, incluso con su vecina Llanquihue.

Pero fue Francisco Cavada quien hizo el esfuerzo mayor. Logró recopilar más de 300 nombres de ilustres chilotes para demostrar que la provincia no era la región mediocre que se suponía. En 1934 publicó sus *Apuntes biográficos de personas y familias de Chiloé Insular*. Cavada se fijó como objetivo desvirtuar la errada opinión de ser los isleños una masa de gente ignorante, de hábitos primitivos y carentes de voluntad para emanciparse de la postración económica. Su deseo lo expresaba así: "Tiempo hace que empezó a germinar en nuestro espíritu una idea que, apoderándose cada día más de nuestro pensamiento, nos ha conducido a términos de no saber ya si poder contenerla dentro de nosotros, siéndonos preciso sacarla a luz, darle realidad, forma exterior y sensible". Se propuso hacer "justicia reparadora" para esos "seres humildes que sirvieron a su patria en medio de una vida modesta y oscura", y subrayar "sus buenas acciones, su trabajo honrado y tesonero, su ciencia y su virtud, que no tuvieron tal vez más testigos que Dios y los suyos", y rescatar a través de ellos "nuestras antiguas virtudes". Reconocía, sin embargo, que no había entre los chilotes "esos hombres superiores, esas cumbres humanas que brillan hasta el día de hoy con destellos de genio", pero que abundaban, en cambio, los "seres modestos que trabajan y trabajan sin que les arreche la conciencia de su pequeñez o debilidad"⁵⁷.

⁵⁶ Darío Cavada escribió como contribución al Centenario de Chiloé sobre la vida sencilla del chilote. Cavada, Darío, *Centenario de Chiloé, 1826-1926. Tipos, bosquejos y leyendas insulares*, Impr. Gutenberg, Los Ángeles, 1926.

⁵⁷ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 1.

Por sus páginas desfilan los nombres más destacados a nivel nacional. Abundan los Álvarez, Andrade, Cárdenas, Barrientos, Cavada, Díaz, Elgueta, Henríquez, Gallardo, Garay, García, Gómez, Mansilla, Muñoz, Oyarzún, Vera y otros distinguidos chilotes residentes en Valparaíso o Santiago. Se mencionan médicos, ingenieros, abogados, marinos famosos y, entre ellos, hasta héroes nacionales, curas seculares y religiosos regulares de distintas órdenes, políticos, autoridades locales, algunos industriales, acaudalados comerciantes de Ancud, Castro y Chonchi, pero también un número importante de sólo sencillas y honradas personas repartidas por todos los pueblos e islas del Archipiélago⁵⁸. Por entonces había tantos profesores -cuando ser maestro se apreciaba verdaderamente en la Provincia- que Arturo Mutizábal y Nicanor Bahamonde Vidal afirmaban en 1926 que la cuarta parte del profesorado primario de Chile era de origen chilote. Eran tiempos en que Chiloé, a pesar de todo, era una de las provincias más alfabetizadas del país, lo que no era poco decir⁵⁹.

Los isleños más destacados residían fuera de la Isla, como venía siendo desde el siglo anterior. Braulio Moreno⁶⁰ dice que "en un tiempo la sociedad de Valparaíso se componía en gran parte de familias de Chiloé, que ocupaban en esa metrópoli puestos de importancia. Los Sánchez, los Navarro, los Velásquez, los Guzmán, los Hurtado, los Oresquis, los Godomar, los Riveros, los Garrao, etc., unos eran armadores, otros marinos, jefes de oficina, diputados, comerciantes, industriales, etc. Era el tiempo en que el negocio de la madera de Chiloé se extendía por toda la costa de América", dice Moreno refiriéndose al siglo XIX⁶¹. En Valparaíso, se formaban los

⁵⁸ *Idem.*

⁵⁹ Schwarzenberg, Jorge, y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica e Histórica del Archipiélago de Chiloé*. Wissenschaftliches Archiv von Chile, Concepción, 1926, p. 95. Schwarzenberg y Mutizábal escribieron sobre la Provincia como contribución a la celebración de los cien años de incorporación de Chiloé a Chile. La obra era anunciada por *La Cruz de Sur* de Ancud el 21 de agosto de 1925. En la Dedicatoria del libro se nota el amor a Chiloé: "La marina, el profesorado, la medicina, la abogacía, el sacerdocio, la poesía, la lingüística, han tenido en los chilotes a representantes eximios, orgullo de su tierra y honra de su patria", dice Mutizábal en 1926.

⁶⁰ Braulio Moreno nació en Ancud en 1853. Fueron sus padres Francisco Moreno González y Amalia Velásquez. Se tituló de abogado en 1874. Cónsul General de Ecuador en Chile en 1878, fue Juez de Letras del Callao durante la ocupación chilena en 1883. Ministro de la Corte Suprema desde 1917. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 30-34.

⁶¹ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 33.

Oficiales de la Armada. Desde el Almirante Galvarino Riveros Cárdenas, una larga lista de altos oficiales navales oriundos de Chiloé hicieron su vida en Valparaíso y dieron al país importantes nombres en las también altas esferas del Gobierno, como el Almirante y Ministro de Marina Braulio Bahamonde o el Vicealmirante y Ministro de Educación Manuel Quintana Oyarzún⁶².

Sin embargo, se lamentaba Francisco Cavada porque sólo reunió 300 nombres entre los miles que podían figurar. Al finalizar su obra, se mostraba desalentado por la falta de interés con que fue acogida la idea por la mayor parte de sus coterráneos. "Esta indiferencia -dice- quedó bien de manifiesto en el hecho de que ni la tercera parte de los que recibieron nuestra circular se dignaron darle contestación"⁶³.

A pesar de la positiva valoración que, por lo general, se tenía de la colonización con europeos y del desdén con que se miraba a los criollos desde el Bío-Bío al sur, había espíritus regionalistas que reconocían en la vida local algunas virtudes que no querían ver los chilenos europeístas. Entre los aspectos positivos, los escritores chilotes y algunos foráneos subrayaban, en primer lugar, la *sui generis* realidad biológico - cultural de Chiloé, más homogénea que en otras regiones, precisamente por ser más criolla. "Unidad nacional mejor diseñada que la del resto del país", dice Francisco Cavada; una "cuasi nación", como se dijo alguna vez, y con carácter local. Una provincia que se había hecho en el aislamiento después del levantamiento indígena de 1598 y con un ininterrumpido mestizaje

⁶² Manuel Quintana Oyarzún nació en Achao el 7 de agosto de 1905. Sus padres fueron Sebastián Quintana Cárdenas y Rosario Oyarzún Ruiz. A los 13 años ingresó a la Escuela Naval. En 1924, Guardiamarina en viaje de instrucción. Desde entonces, una distinguida carrera le permitió llegar a Contralmirante en 1952. Fue Director de la Academia de Guerra Naval (1950) y profesor de la Cátedra de Estrategia y Táctica; Comandante del acorazado *Almirante Latorre* (1952), Jefe del Estado Mayor de la Armada (1952), Comandante en Jefe de la 1ª Zona Naval (1959), Ministro de Educación (1957). Fue distinguido como "Ciudadano Ilustre de Valparaíso" en 1987. Como Ministro de Educación dispuso la construcción de 31 escuelas rurales en Chiloé y una Escuela Hogar en Achao. Casó con Carmen Edith Villar Stiglioh en 1923, con quien tuvo cuatro hijos: Carmen Edith (catequista), Carlos René (doctor en Medicina), Manuel Fernando (médico psiquiatra) y María Soledad (profesora y abogada). Quintana Oyarzún, Manuel, *Recuerdos de mi actuación profesional y pública. Escritos en mi hogar*, Viña del Mar, 1988 (Inédito).

⁶³ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 8.

racial y cultural hispano-veliche *intramuros* y, por lo mismo, casi sin elementos foráneos, dio origen a una sociedad de rasgos muy originales más allá de las diferencias entre el cultivado y el hombre común o entre el urbano y el rural. En conjunto, era un mismo modo de ser que los identificaba como tales. No faltaron los que valoraban esta homogeneidad, como Nicolás Palacios, que la ponía de relieve y digna de ser apreciada. "Forma el chilote -dice- una agrupación regional más uniforme que las del resto del país". Para él, Chiloé era una unidad social y cultural más concreta, es decir, un "mundo" provincial de rasgos peculiares que, a su juicio, "el Estado debía esmerarse en conservar y robustecer"⁶⁴.

Los castreños expresaban lo mismo y en parecidos términos en 1934. En un *Memorial* dirigido al Ministerio del Interior ponían énfasis en "los intereses comunes bien definidos de los campesinos chilotes" y de su diferencia respecto de "otros conglomerados que conforman la vida económica y social del resto de la República". Y agregaban los vecinos que "la configuración netamente insular que la naturaleza ha impreso a esta región... acentúa con mayor relieve aún, ese sello característico, propio del alma colectiva chilota"⁶⁵. Los castreños querían demostrar que Chiloé como entidad geográfica, biológica y cultural diferente, no debía estar unida a Llanquihue como lo estaba por entonces⁶⁶.

La Provincia era hogar del hombre común, humilde y bien dispuesto. Francisco Cavada se ocupa de él, del hombre del pueblo, la *plebs* de los latinos, precisando que le interesa el campesino, el obrero, el gañán, y no la gente ilustrada de Chiloé porque, a su juicio, la población culta de la Provincia presenta "caracteres, creencias y costumbres [que] no difieren del tipo común de nuestra raza y nacionalidad"⁶⁷. Se

⁶⁴ Nicolás Palacios en carta a Antonio Bórquez Solar, en: Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes. Estudios de folklore y lingüística - de la Provincia de Chiloé, República de Chile - acompañados de un vocabulario de chilotismos y precedidos de una breve reseña histórica del Archipiélago*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1914, pp. 79-80. Este trabajo se publicó también en la *RChHG*, números 7 al 14.

⁶⁵ Montiel, Felipe, Luis Espinoza, Carlos Wöhlke, Guillermo Haro, Manuel García y Luis Uribe, *Memorial que los habitantes del Departamento de Castro por intermedio del Comité Pro-restauración de la Provincia de Chiloé, elevan a la consideración del Sr. Ministro del Interior*, Imprenta y Librería Márquez, Castro, 1934.

⁶⁶ Parecidos argumentos se esgrimen hoy cuando se habla de la Décima Región de Los Lagos, de la que a todas luces Chiloé forma parte artificial.

⁶⁷ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 70.

reconocía en el chilote popular la ausencia de toda actitud hostil frente al empresariado, aspecto, a veces, esgrimido como una ventaja frente al trabajador continental. Algunos foráneos llegaron a hablar de Chiloé como de "la reserva de la patria", como creía sinceramente Víctor Domingo Silva. Porque tras la humilde apariencia del isleño, como decían otros, se reconocía un alma grande, una voluntad firme, una predisposición al trabajo sufrido sin reclamar por sus bajos salarios, y una notable disciplina en cumplir puntual y respetuosamente con sus obligaciones cuando estaba lejos de su tierra, en el centro del país, allá en Magallanes o en la Patagonia argentina. En los tiempos de la "cuestión social" y del anarquismo reinante en las ciudades del centro y Norte Grande, la prensa castreña valoraba la actitud responsable del obrero isleño como un mérito que lo distinguía respecto de su congénere continental. El chilote, decía el periódico *La Industria*, de Castro, en 1906, "es suficientemente esforzado para trabajar sin desfallecimiento durante seis días de la semana, harto sobrio para evitarse los estímulos del licor mientras trabaja, y para mantenerse durante temporadas [de] dos meses sin otra alimentación que harina tostada". Agregaba que era "sumiso en el deber y a sus compromisos para no ser lunero, ni concertar huelgas que tanto perjudican a la industria del centro del país"⁶⁸. En 1931, el obrero chilote era descrito casi en los mismos términos. "Tranquilo y morigerado. Sabe respetarse y respetar a los demás. Mantiénese en su trabajo sin ocuparse en disturbios ni huelgas", dice Pedro José Barrientos⁶⁹.

Benjamín Subercaseaux, que fue tan agudo para ver los defectos del chileno, y que se hiciera merecedor de tantas críticas por lo mismo⁷⁰, no escatimaba elogios al chilote. Visitó Chiloé en 1930, y lo vio como "un Chile aparte". Conoció al chilote popular, compartió con él, y hasta hizo algunos alcances sobre el trabajador portuario de Castro. Reconoció en el isleño a otra suerte de chileno. Lo describe como bajito, activo, sonriente, buen marino, amigo de la paz. Es "una especie de Indonesio, a mi modo de ver", dice. Y agrega: "Es lo mejor que tenemos en materia de raza homogénea, moral y eficiente". Incluso llega a decir, con alguna exageración, "¡Qué agradable país

⁶⁸ *La Industria*, Castro, 16 de septiembre de 1906.

⁶⁹ Barrientos Díaz, Pedro José, *Historia de Chiloé*, Editorial Andujar, Santiago, 1997, p. 230.

⁷⁰ *Zig-Zag*, Santiago, 6 de diciembre de 1952, en: Subercaseaux, Benjamín, *Noticias del ser chileno*, op. cit.

sería el Chile Central si estuviera poblado solamente por chilotes!"⁷¹.

Quizá Subercaseaux haya estado pensando en virtudes como responsabilidad, obediencia y humildad como rasgos distintivos del chilote. Pero se subrayaba más la moralidad. Al menos para algunos, esa era una característica importante que diferenciaba al isleño de toda condición social, respecto de los demás chilenos. Nicolás Palacios afirmaba precisamente que el chilote era "superior a sus demás compañeros en moralidad". Era tajante en su juicio, tanto como Subercaseaux. ¿Exageraban?. Parece que no. Además, todos o casi todos coincidían en que Chiloé era un pueblo bueno y pacífico. O, en por lo menos, el pueblo menos agresivo de Chile. En la Provincia casi no se conocían los crímenes y, aunque de vez en cuando los había, eran achacados a *males tirados*, es decir, brujerías, que no por eso eran muertes menos condenables. *Lo corriente* eran las riñas políticas, como el famoso duelo que en Castro causó la muerte del diputado Guillermo Eyzaguirre Rouse y que llenó de titulares la prensa santiaguina en 1915. Pero, eran excepciones. Hasta en los parajes más retirados se podía vivir sin temor a los asaltos, un mundo de diferencia con Valparaíso por la misma época, cuando la muerte era cotidiana en los oscuros callejones del Puerto. Por eso, el ancuditano Antonio Bórquez Solar estaba convencido, y con razón, de que "el alma chilota carece del instinto criminoso que es tan frecuente en otras psicologías regionales". Cita el único caso de asesinato cometido por Nahuelguén en las soledades de las Guaitecas. Excepto eso, y el centenar de crímenes cometidos, también en las mismas islas, por el famoso Ñancupel, ajusticiado en Castro a fines del siglo XIX, "los delitos -dice Bórquez Solar, dejándose llevar por su amor a Chiloé- no pasan de ser meras fechorías como algún hurto". Añade que en las cárceles "los presos... no necesitan ni grillos, ni muros, ni cerrojos, ni guardianes"⁷².

Es verdad que poco tenía que hacer la policía, aunque Bórquez Solar no es del todo objetivo, porque silencia las, a veces, sangrientas disputas entre conservadores y radicales. Lo que rescatamos sí, es

⁷¹ Subercaseaux, Benjamín, *Chile, o una loca geografía*, Editorial Universitaria, Undécima edición, Santiago, 1995, p. 223. (Originalmente publicada por Empresa Ercilla en 1940).

⁷² Bórquez Solar, Antonio, *Exégesis del alma de una raza*, en: Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 77.

la impresión de pueblo pacífico que tuvieron casi todos los foráneos desde el siglo XVII en adelante. Benedicto Chuaqui, que visitó cada villorrio o isla de la Provincia en los años veinte, lo corrobora. "En Chiloé -dice- no existe la delincuencia: ni de robos, ni asesinatos se oye jamás hablar allí". Y agrega: "Entre sus islas, estrechadas por el cinturón azul y movedizo de las aguas, el chilote vive como en un remanso del tiempo". Chuaqui quedó positivamente impresionado de la hospitalidad y seguridad que halló en cada escondido y remoto lugar del interior del Archipiélago, y admirado exclama: "¡Cuántas fueron las ocasiones en que viajé por parajes solitarios, llevando encima miles de pesos, sin que a nadie se le ocurriera atentar contra mí, ni se le pasara por la mente robarme!". Y agrega: "Todos sabían que yo era portador de esas sumas de dinero, pues no existía, en parte alguna, oficinas bancarias en donde depositarlas"⁷³. Por la misma época, el Gobernador de Castro informaba al Ministro del Interior sobre el "temperamento tranquilo" y las "buenas costumbres" de los habitantes del Departamento de Castro, por lo que siempre "el orden público ha sido y es respetado"⁷⁴. En 1904 había sólo 264 reos encarcelados, lo que representaba el 0,2% de la población de la Provincia y era el más bajo del país⁷⁵.

Honradez y honestidad de vida. Desde los siglos coloniales se venían señalando estos rasgos positivos del chilote, como el cumplimiento de compromisos contraídos y el sentido que para el isleño tenía la palabra empeñada, a pesar del flagrante abuso de que era objeto cuando los peruanos levantaban feria en el puerto de San Carlos de Ancud en el siglo XVIII. El citado Chuaqui se dio cuenta de que podía vender en un paraje cualquiera al fiado, seguir su camino y pasar a recoger el dinero al regreso. Dice que nadie

⁷³ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., pp. 245, 273. Chiloé era un remanso de paz que podía ser alterado en los años veinte cuando se hablaba de la crisis salitrera, de los cesantes del Norte y de la posibilidad de enviarlos a realizar obras camineras al Archipiélago. La noticia causó inquietud en la Provincia. La prensa de Castro decía: "Obreros cesantes donde también abundan los pícaros y canallas. ¿Qué diríamos en Chiloé si mandaran de esos individuos incorregibles? ¿Qué alarma causarían en la pacífica gente de nuestros campos que llevan una vida tranquila y honrada?", *La Voz de Castro*, Castro, 2 de septiembre de 1921.

⁷⁴ Correspondencia del Gobernador de Castro al Ministro del Interior, 1928, AMI, Vol. 92.

⁷⁵ Sinopsis Estadística y Geográfica de la República de Chile, 1904, Imprenta Cervantes, Santiago, 1906, p. 277.

dejó de cumplir, porque de inmediato tuvo la "absoluta seguridad de que los compromisos contraídos serían cubiertos religiosamente en su oportunidad", no obstante que las operaciones se hacían sin documentos. Se admiraba de que sólo bastase la palabra para cumplir, pero advertía también que las más regulares comunicaciones con el resto del país estaban produciendo ya ciertos cambios en este punto, de modo que el isleño, reaccionando contra los engaños de que era objeto por comerciantes chilenos, solía pagar con la misma moneda. "Poco a poco, dice Chuaqui, los que llegaban del norte comenzaban a malear el buen espíritu de esta gente"⁷⁶.

La sociedad chilota no se definía por el progreso material, ni por el desarrollo. Se subrayaba, en cambio, que los conceptos de matrimonio y familia conservaban todo su significado, las separaciones eran casi inexistentes y las familias grandes y unidas⁷⁷. Se reconocía en las mujeres la fidelidad al esposo, tal vez más palpable cuando el marido estaba ausente, a veces, por años en la Patagonia o embarcado en quizá qué mares del mundo. Situaciones como éstas se vivían en las familias de las aldeas e islas. Cuando el hombre emigraba, la mujer se hacía cargo de la casa. Mujeres resignadas. Estaban educadas para esperar pacientemente a sus hombres que partían con incierto retorno, como dice Enrique Zorrilla. Madres que preparaban a sus hijos para, por ausencia del padre, dirigir y proteger a la familia. Así era en los archipiélagos del Mar Interior. El mismo Zorrilla vio que estas mamás "son... las que han convertido esos niños en dioses perpetuadores del recuerdo paternal y del macho ausente" que se fue a la aventura, "sin otro recurso que su tremenda vitalidad a conquistar la Patagonia Chilena y Argentina y la Tierra del Fuego"⁷⁸. No obstante, había prejuicios que venían desde la Colonia. En los estratos más elevados de la sociedad procuraban casarse entre iguales y evitar manchar el honor de la familia. De ahí las "dispensas matrimoniales" para casarse entre parientes, incluso en grados no permitidos por el Derecho Canónico. En estos casos, se tomaban en cuenta razones de diferencia social, cultural y étnica para conceder la "dispensa", o

⁷⁶ *Ibidem*.

⁷⁷ Barrientos Díaz, Pedro José, *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 230.

⁷⁸ Zorrilla, Enrique, *América Destemplada*, op. cit., pp. 14-15.

“no haber en el pueblo, por la estrechez o pequeñez del lugar de los contrayentes, cuando es causa de que la mujer no encuentre en él un esposo que no sea consanguíneo o afin suyo en grado dirimente, o si se encuentra en desventaja en razón... de costumbres, genio, indole u otras circunstancias”, se dice en 1851, pero a veces también por diferencias económicas cuando el hombre “es tan pobre para contraer el enlace que le sea desventajoso” a la novia, o “cuando por edad de la mujer, es decir, que ha cumplido ya 24 años, y deseando casarse no se le ha proporcionado un enlace con individuo no pariente”, entonces se daba la solicitada dispensa, como era corriente en el siglo XIX y principios del XX⁷⁹.

Eso explica, también, la endogamia y los apellidos repetidos: Barrientos Barrientos, Andrade Andrade o Bahamonde Bahamonde y otros que tanto abundan en los enlaces matrimoniales entre familias chilotas. Sin embargo, no han faltado quienes han visto en la endogamia isleña las causas que han llevado a la degeneración de la raza⁸⁰.

Fidelidad de la esposa, licencias para el esposo en las aventuras amorosas. Y aunque las disoluciones matrimoniales eran escasas, cuando sucedían era el hombre el que tomaba la iniciativa, a veces, sin manifestarlo expresamente. Sólo que en uno de sus viajes estacionales al sur, tomaba la decisión de quedarse allá y no regresaba más, dejando que el tiempo se hiciera cargo de diluir los vínculos familiares. Pero, una separación formal en el mismo pueblo donde todos lo conocían, además de inusual, era muy mal vista, lo que no quiere decir que no se hayan tolerado las licencias masculinas. Del hombre eran las libertades. Por eso el alto número de hijos ilegítimos que en 1944 representaban el 22,4%⁸¹, cuando las mujeres superaban a los hombres y había 1.746 empleadas domésticas y demás servidumbre en 1940⁸², casi siempre a merced de sus patronos.

El aislamiento acentuaba también otro rasgo positivo del chilote:

⁷⁹ Retamal, Fernando, *El Primer Sínodo Chileno de la Época Republicana, Ancud, 1851*, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983, pp. 90-91.

⁸⁰ Véase también a Philippe Grenier, *Chiloé et les chilotes*, Edisud, Aix en Provence, 1984.

⁸¹ Anuario DIC (Dirección General de Información y Cultura), Santiago, 1946, p. 289.

⁸² *Ibidem*, p. 290.

la hospitalidad para con el foráneo, actitud que iba aparejada con la curiosidad. Cavada dice no sin razón que "las personas que llegan allá del continente tienen ocasión de comprobar ese aserto a cada paso. Las familias le reciben con cariño, les invitan a la mesa y le brindan su tertulia sencilla, patriarcal y modesta, pero profundamente afectuosa, tanto que parece procurar a toda costa rodear al forastero de su misma atmósfera familiar para hacerle olvidar la que ha dejado allá distante en el paterno hogar"⁸³.

O para recordar a los chilotes que regresaban de visita después de larga ausencia, que en el pequeño pueblo de la Isla estaba más a flor de piel el cariñoso afecto que no dispensaban las grandes ciudades. Manuel Quintana Oyarzún recuerda que en su viaje de instrucción como Guardiamarina a bordo del crucero *Blanco Encalada* en 1924, pasó por Achao, y "el Comandante, recordando que yo era de allí, dispuso recalar a dicho puerto, dándome 2 horas de permiso. Mi pueblo natal -recuerda- me acogió con verdadero alborozo, toda la población se volcó para admirar el buque y estrecharme con cariñosos abrazos. No recuerdo haber recibido en tan breve tiempo tantas muestras de afecto y de cariño. Ello provocó la admiración en el personal del buque, que con anteojos presencié la escena"⁸⁴.

V. Anverso y reverso de la medalla

En la defensa de Chiloé, había amor por la tierra más allá de todo análisis objetivo. Se valoraba la humildad, la sencillez, la religiosidad y la hospitalidad de su gente, la vida insular como "patriarcal e igualitaria", formada por una sociedad de sencillos labradores donde las jovencitas eran de bella apariencia, laboriosas y robustas; en fin, Chiloé era una especie de "Arcadia de los poetas". Para los escritores "allí todo parece ser muy próximo a la igualdad". Ponderan la tierra de clima sano, la gente honesta y valoran como positivo de aquellos años la inexistencia de médicos, de abogados y la ausencia de todo peligro. La imagen es edificante. Es el país de la

⁸³ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., pp. 78-79.

⁸⁴ Quintana Oyarzún, Manuel, *Recuerdos de mi actuación profesional y pública...*, op. cit., p. 14.

simplicidad, de la humildad, de la digna pobreza de su gente y donde el paisaje se ofrece "armoniosamente dulce". Tierra verde, parcelas minúsculas, paisaje riente, construcciones ligeras dispersas por la campiña como en el Norte de Europa (nunca se alude a alguna similitud con regiones americanas, sino con Europa y, en especial, Galicia o el sur de Inglaterra) donde todo chilote es propietario, vive tranquilo, no apetece más de lo que tiene y no conoce los problemas sociales. Imágenes como éstas resultan idílicas, tanto como la que describe Max Báez cuando dice: "Cada individuo tiene aquí cinco, diez, quince o más cuadras de terreno cerrados por fosos, cercos de varas o por alambre... Esta propiedad mantiene una o dos vacas, una veintena de ovejas, algunos cerdos, etc., y siembra de diez hasta setenta chiguas de papa, de cuatro hasta veinte chiguas de trigo, un poco de linaza, habas, arvejas, etc. y reserva un retazo cerca de la casa para árboles frutales y hortalizas"⁸⁵.

Según estas imágenes, los chilotes tenían lo necesario para vivir y nadie aspiraba a más; se vivía contento con lo que Dios les daba, no había hambrunas, la tierra era generosa con las papas, y el mar y la playa, generosos con los pescados y mariscos. En cuadros como éstos, no era comprensible el campesino sin tierra, sin el manzanal para la chicha, o sin las gallinas y los chanchos para el consumo anual. Era la independencia, la autosuficiencia, la libertad y la solidaridad de la *minga* y el *medán*. Imágenes tan idílicas que cabría preguntarse si existe otro lugar en el mundo donde se reúnan tantos factores positivos para la vida humana.

Pero, la visión positiva era sólo una cara de la medalla. El reverso de ella reflejaba el rostro más real de Chiloé: la indiferencia por el progreso material y la pobreza, el conformismo y la cultura popular asociada a las supersticiones, eran ataduras vernaculares del pueblo, difíciles de erradicar. Francisco Cavada alude a estas limitaciones y se lamenta, lo mismo que Schwarzenberg y Mutizábal, y aunque en ellos lo sustantivo es resaltar virtudes, reconocen que la cultura popular insular compromete el desarrollo económico cuando reparan en la miseria, las condiciones sanitarias, los hábitos y las costumbres como lastres, lo mismo que Waldo Brüning, quien

⁸⁵ Báez, Max, "Descripción de la Provincia de Chiloé", citado en: *La Voz de Castro*, Castro, 14 de agosto de 1925.

llega a decir que al entrar a una casa de gente pobre le pareció retornar a la prehistoria. Era un punto de vista opuesto al de Max Báez.

El gobierno era el "Papá Fisco". Se le pedían inversiones en caminos, escuelas, muelles que el Estado omitía dar a Chiloé. Pero no siempre se asumía que el progreso de la Provincia debía estar en el esfuerzo de los mismos chilotes, que para avanzar era preciso abandonar algunos hábitos que no se conciliaban con el desarrollo y que era necesario ser más hospitalario con los cambios. El progreso deseado tenía ese costo⁸⁶. El observador imparcial se podía maravillar de las originalidades culturales de la Provincia, pero sólo como expresión de lo folclórico y como una vida al margen de la historia.

Chiloé veía pasar el progreso ante sus ojos. Ahí estaba Puerto Montt, que crecía velozmente y en su andar iba despojando a Ancud de todo lo que los ancuditanos no sabían defender; o Punta Arenas, que de humilde colonia pasó a ciudad ante la mirada de ancuditanos y castreños que no podían avanzar a la misma velocidad y veían, incluso, perder su población en beneficio de aquellas ciudades. Cuando asomaba el siglo XX Ancud había decaído mucho y Castro no era sino una aldea. Por entonces, poco se podía esperar del futuro.

Lo negativo superaba a lo positivo en los escritores de la época. Cavada, en otro de sus libros, subraya el fatalismo como una de las características del chilote popular que deja su vida en manos del "destino" que lo aguarda casi siempre con dificultades. "¡Que sea lo que Dios quiera!" es testimonio de que el isleño no provoca los acontecimientos, sino que espera resignado lo que va a venir, como si fuera una víctima de un destino que no puede eludir. "¡Estará de Dios no más!". De ahí su carácter contemplativo, observador e introvertido, como si viviera sólo volcado a su mundo interior. Cavada repara además, en lo tardío que es para expresar sus sentimientos. Por otra parte, su resignación explicaría la ninguna iniciativa para organizar movimientos populares, ni disposición para hacer oír su voz de protesta frente a políticas injustas.

⁸⁶ Bécquer Mansilla, Cornelia, *Condiciones en que vive el pueblo de Chiloé, causas que han impedido el progreso del pequeño agricultor y el papel que le corresponde a las escuelas en su mejoramiento*. Memoria, Escuela Normal de Ancud, 1934.

Se le describe como naturalmente reservado, lo que se hace más notorio cuando está ausente de su tierra, y parece no llegar a conocer nunca bien a sus compañeros chilenos, ni su personalidad le permite integrarse a ellos. Habla poco y se expresa mal. Carece de la chispa, picardía y exterioridades de otros trabajadores manuales, como si el clima lo hiciera más apagado y gris. Cavada dice que es más filósofo que orador, más poeta que narrador, que "sabe más sentir y soñar que hablar y referir". En general, el isleño parece melancólico, con una "mística inclinación al silencio y a la soledad", y supersticioso, porque ve seres maléficos por todas partes y siente temor por lo sobrenatural. Pero es religioso de sincera piedad y su vida cotidiana la lleva con ingenua sencillez.

En fin, el chilote ha sido objeto de las apreciaciones más contradictorias respecto de su carácter. Pero no ha sido fácil adentrarse en su mundo. A veces, sólo se aprecia la superficie y no se repara en lo que esconden las capas más profundas de la psiquis. Cavada, queriendo dar cuenta del isleño, se refiere a las cualidades y dice que en Chiloé, como en todas partes, "hay vicios y virtudes, patriotismo y venalidad, abnegación y egoísmo, en una palabra: todo ese conjunto de elevación y miseria, de grandeza y abyección que forma el fondo del corazón humano en cualquier país o clima de la tierra que habite"⁸⁷.

No obstante, esas virtudes y defectos están presentes en todos los pueblos y poco dicen sobre el carácter chilote, más rebelde a la observación que la suma de cualidades y defectos, porque las tendencias más hondas son las que se hallan en estado difuso, y por lo mismo, casi invisibles. Dar cuenta de lo chilote es un tema de sensibilidad, tal vez de penetración intuitiva que suele ser más certera que la lógica, más que la fría descripción y más que la mera definición. Importan, por supuesto, la etnia, el mestizaje, la historia, el marco geográfico, la economía, que influyen en la formación y evolución del ser chilote. Pero sigue siendo insuficiente. Allí está la vida enclaustrada que por entonces llevaba trescientos años, la repetición de imágenes y, con ello, las actitudes, la mentalidad, la conciencia de ser, que finalmente hacen esa suerte de "nación" chilota, porque la nación es más que nada un hecho psicológico.

⁸⁷ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 69.

UN CORTO VECINDARIO URBANO EN UNA PROVINCIA RURAL

Durante los primeros cuarenta años del siglo XX, Chiloé era la provincia más ruralizada del país, tal como había sido en el XIX y como será después. De sus 87.000 habitantes en 1907, 82.000 vivían dispersos por los campos o agrupados en caseríos, aldeas o pequeños pueblos distribuidos en tres departamentos de distinta superficie y desigualmente poblados: Ancud con 28.183 habitantes en 1920, Castro con 63.633 y Quinchao con 18.532 habitantes el mismo año. La superficie provincial era de 18.074 kms², lo que en 1920 significaba una densidad de 4,9 hab/km².

De los tres departamentos, Castro era el de más vigoroso crecimiento demográfico. De 26.614 habitantes en 1865 pasó a 63.633 en 1920, Ancud subió de 21.008 a 28.183 y Quinchao aumentó de 11.400 a 18.532 en el mismo período⁸⁸.

El crecimiento de la población provincial era relativamente dinámico, como se dice en el Censo de 1907, porque aunque nacían menos que en otras provincias, morían también menos. En 1910, por ejemplo, hubo 632 matrimonios, 3.983 nacimientos y 2.263 defunciones, aunque quince años más tarde casi todas las cifras eran inferiores. En 1925, los matrimonios fueron 572, es decir, el 4,8% de la población, porcentaje sólo superior a Curicó, esta última con el 4,6%. El mismo año hubo 3.554 nacimientos, es decir, el 29,9%, la más baja natalidad del país, mientras que las defunciones fueron 2.408, cifra que representaba la más baja mortalidad después de Magallanes, ésta última con el 20,1%. Los nacidos muertos sumaron 121, y 909 los fallecidos menores de 1 año, entre ambos, el 1,0% de la población, también la más baja del país. Le seguía Valdivia con el 1,1%⁸⁹. En 1936, los matrimonios fueron 1.466, los nacimientos 7.379 y las defunciones 4.513.

Durante el período, los nacimientos siempre superaron a las

⁸⁸ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1925, Imprenta Universo, Santiago, 1926, p. 9.

⁸⁹ *Ibidem*, pp. 24, 26-27.

defunciones en más de mil personas anualmente, aunque hubo años en que el saldo a favor fue menos significativo, como en 1921 y 1923. Entre 1908 y 1925, la cifra más alta de exceso de nacimientos sobre las defunciones corresponde a 1910 con 1.720 personas⁹⁰, y la más baja en 1921 con sólo 501.

Un saldo a favor. Sin embargo, las cifras finales terminaban siendo sólo modestas a causa del derrame de población por emigración y, por lo mismo, con años de retroceso demográfico, como en 1930. En 1907, la población de la Provincia era de 87.595, subió a 109.337 en 1920, bajó a 92.067 en 1930 y subió a 101.706 en 1940, sin recuperar la cifra de 1920.

Del total de población provincial sólo el 7,3% era urbana en 1895, el 7,0% en 1907, el 7,7% en 1920 y el 12% en 1940, porcentajes que dan cuenta de la más baja población urbana del país durante el período, seguido de Arauco con el 19% en 1920. En 1907, 6.238 habitantes eran considerados urbanos: 3.424 en Ancud, 1.243 en Castro, y 1.571 en Achao, esta última en 1910. En 1940 los urbanos habían aumentado a 12.675, cuando la población rural era de 89.031 habitantes.

Hasta los años treinta, la población urbana no sobrepasaba el 10%. De los tres centros urbanos, sólo Castro mostraba cierto aumento demográfico, en tanto que Ancud y Achao sufrieron detención, la primera, y retroceso, la segunda, ambas afectadas por la emigración. En 1895, Ancud había alcanzado su mayor desarrollo demográfico con 5.042 habitantes, el doble que Puerto Montt, que contaba con 2.787 en 1897, y una vez y media más que Punta Arenas, ésta última con 3.227 habitantes en 1895. Pero, en 1907 la población ancuditana había descendido a 3.424, parcialmente recuperada en los años siguientes, sobrepasando los 4.000 para descender a 3.341 en 1930 y volver a recuperarse en 1940 con 4.078 habitantes. En 1927, Puerto Montt le había arrebatado la capitalidad, hasta 1939 en que el rango de capital provincial volvió a Ancud.

Entre 1900 y 1940, Castro tuvo un comportamiento demográfico

⁹⁰ *Ibidem*, Año 1911, Movimiento de Población, Imprenta Universo, Santiago, 1913, p. 24.

ligeramente distinto. Era sólo un pueblo de 1.660 habitantes en 1895 para descender a 1.200 en 1907, fecha ésta última que marcó el inicio de un crecimiento, aunque modesto, hasta superar los 4.000 habitantes en 1940. No se observan en Castro del siglo XX periodos de retroceso poblacional importantes, a pesar de haber sido afectada por la emigración como todo Chiloé. Sin embargo, el aumento de un centenar de personas al año durante buena parte del período demuestra la débil vitalidad demográfica de la ciudad.

POBLACIÓN URBANA: 1907-1940

	ANCUD	CASTRO
1907	3.424	1.243
1920	4.295	2.711
1921	4.362	2.824
1922	4.429	2.937
1923	4.496	3.050
1924	4.563	3.163
1925	4.630	3.276 ⁹¹
1930	3.341	3.181
1940	4.078	4.781

No podían desarrollarse mucho las dos ciudades por falta de expectativas y ausencia de industrias. La pobreza era generalizada y más acentuada en ciertos períodos. La única respuesta posible era la emigración. La pérdida de la capitalidad fue consecuencia del decaimiento y causa, al mismo tiempo, del más dramático retroceso poblacional de Ancud que, además de Punta Arenas, benefició a Puerto Montt y en parte a Castro. Y si Castro tuvo un crecimiento débil, pero sostenido, fue a la postre tan modesto que en cuarenta años ganó sólo 3.000 habitantes en cifras redondas, pero suficiente para pretender la primacía en Chiloé. No obstante, si se han de considerar las jerarquías urbanas durante el período, fue Ancud la que logró conservar la preeminencia y recuperar la capitalidad, relegando a Castro a la condición de sufragánea que

⁹¹ Censo de 1925, Anuario Estadístico de Chile, Vol. I, Demografía, Imprenta Universo, Santiago, 1926, pp. 12-13.

venía teniendo desde el siglo XIX, a pesar de exhibir la misma población que aquélla al momento en que el gobierno tomó la decisión de devolver la capital a Ancud y separar a Llanquihue de Chiloé.

I. Un pueblo de meseta y de bordemar

Si Chiloé parecía no tener significación en el contexto nacional a principios del siglo XX ni merecía conservar su autonomía provincial, tanto que en 1927 fue unida a Llanquihue, mucho menos importancia podía tener Castro en la primera década, cuando su humilde apariencia pueblerina iba de la mano con su anonimato. Casi por milagro, había permanecido poblado por más de tres siglos. En 1900, unas pocas familias se aferraban a él para dar al pueblo algo de vida, aunque repetitiva y tediosa. Era un millar de habitantes sin horizontes que hacían de Castro una simple aldea gris comparada con la más próspera y poblada ciudad de Ancud, que con sus 3.424 habitantes en 1907, era mirada desde el interior de Chiloé como la vecina soberbia y pretenciosa.

Desde el centro del país, Castro no podía parecer sino un lugar remoto - como todo Chiloé- en el recoveco de la costa austral, o algo parecido a las "comarcas cerradas", aquellas donde se atrincheran las culturas que, por enclaustradas, son consideradas extrañas. Parecía "el último rincón del mundo", como lo había sido en la Colonia, porque como "el postrer lugar poblado de españoles" había quedado fijado en el imaginario colectivo chileno. Un mundo aislado comparado con otras ciudades de entonces, que por mejor comunicadas eran más abiertas a las influencias nacidas de la humana correspondencia. Castro, a diferencia de su vecina Puerto Montt, incluso de Ancud, vivía *intramuros* en los primeros quince años del siglo, repitiendo un modo de ser que más parecía retazo de otros tiempos, como lo eran también las demás aldeas e islas del Archipiélago. No era extraño, entonces, que en las ocasionales alusiones de la prensa capitalina, la llamaran "isla de Castro", y hasta los ancuditanos se refirieran a los castreños como "chilotes del interior, faltos de trato social"⁹².

⁹² *La Voz de Castro*, Castro, 2 de agosto de 1912.

Sólo entre 1915 y 1930 pudo Castro romper el aislamiento e incorporarse a los circuitos comerciales nacionales. De ciudad aislada -pueblo, en verdad- pasó a ser un activo puerto, notorio ya en los años treinta, punto obligado del tráfico marítimo entre la novísima Puerto Montt y la austral Punta Arenas.

El pueblo se liberó de sus ataduras, abandonó su enclaustramiento, incrementó su comercio, pero la población comarcana acentuó su tendencia migratoria a causa de la cesantía, la excesiva subdivisión de la propiedad rural y la total ausencia de actividad industrial. Dentro de este contexto, y a pesar de su relativa incorporación al resto del país, Castro tuvo apenas un moderado crecimiento demográfico, insuficiente para mejorar su sencilla imagen urbana y su rango de pueblo, pero bastante como para igualarse, al menos en población, a su vecina Ancud en la tercera década del siglo.

Entre 1900 y 1930, cambió varias veces de fisonomía a causa de los incendios. Pero nunca dejó de ser un pueblo de madera, como todos los de Chiloé. Períodos de renovación, seguidos de largos años de completo decaimiento urbanístico cuando el fuego destruía cuadras enteras. La mismas pulsaciones en lo demográfico, con épocas de cierto incremento y épocas de estancamiento poblacional. El desgano era la tónica en los años infaustos, cuando, además de los incendios, llegaban las epidemias y con ellas la muerte.

La imagen que ofrecía era la de un pueblo opaco, sobre todo en invierno: grises las casas mojadas y musgosas, grises las calles barroas, grises las gentes envueltas en vestuario gris. En verano, cambiaba su rostro con torrentes de luz. Entonces, ofrecía todas las gamas de colores y la singular belleza de su emplazamiento.

Cuando asomaba el siglo XX, el pueblo de Castro no era sino una aldea. Se componía de dos sectores urbanísticamente diferentes: Castro Alto, correspondiente al sitio histórico de trazado regular con calles rectas "tiradas a cordel", cortadas en ángulos de 90° y emplazado en la misma meseta a 30 metros sobre el nivel del mar que eligiera su fundador, Martín Ruiz de Gamboa en 1567. Espacio ordenado y racional, dividido en 16 manzanas en cuadro en 1900, una de las cuales ocupaba la Plaza Mayor, cuyo tamaño se

consideraba excesivo para la corta superficie que ocupaba el pueblo por entonces. Roberto Maldonado, que visitó Castro en 1897, lo describe así: "De la plaza parten varias calles rectas que corren respectivamente de Norte a Sur y de Este a Oeste y muchas otras transversales que imprimen a la ciudad el aspecto de tal"⁹³.

Sin embargo, presentaba un poblamiento desigual. En 1912, la mayor densidad se concentraba en la sección sur de la planta urbana, entre la Plazuela Antonio Henríquez y calle Serrano y entre Blanco y Latorre, área ésta, la mejor dotada del punto de vista arquitectónico con edificios significativos como la iglesia y el Convento de la Orden Franciscana, en el costado norte de la Plaza; la iglesia parroquial del Apóstol Santiago y el edificio del Cuerpo de Bomberos, al oeste de ella; un hotel, una botica y otras casas al este; y casas y casonas particulares de regular decencia, al sur. Hacia el centro y norte de la meseta, en cambio, el poblamiento era raleado dando la impresión de un *pago* parcelado en cuadras con pocas construcciones, en su mayoría modestas. No obstante, toda la meseta era concebida como ámbito del pueblo, aunque no estuviera totalmente poblada ni estructurada en calles. Otra cosa era el límite oficial. En 1938, cuando Castro había superado su aspecto de pueblo y adquirido dimensión de ciudad (al menos a escala provincial), los límites urbanos seguían fijándose en relación con las casas y los nombres de sus moradores. Así, por ejemplo, el límite norte estaba señalado en las casas de "Juan Bórquez García y José Hernández Álvarez", precisión que, sin embargo, sólo podía tener sentido para los castreños y no para el Ministerio del Interior que lo solicitaba⁹⁴.

En cualquier caso, se tenía un imaginario del ámbito urbano⁹⁵

⁹³ Maldonado, Roberto, *Reconocimiento de las costas O. y S. de Chiloé entre Cocotué y Cogomó, por el capitán Roberto Maldonado en los años 1895-1897*, p. 238.

⁹⁴ Circular N° 18 de 31 de mayo de 1938 del Ministerio del Interior, pidiendo antecedentes para fijar los límites urbanos de la comuna, y respuesta municipal. Sesión 5ª ordinaria, Castro, 10 de agosto de 1938, Archivo Municipal de Castro (en adelante AMC), p. 240.

⁹⁵ Imaginabilidad, legibilidad, elementos de la ciudad y forma urbana pueden verse en Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona, 4ª Edición, 1998. Sobre el sentimiento afectivo entre comunidad y espacio urbano, véase a Gallestegui Vega, Joaquín, "Geografía e identidad territorial", en: *NHG*, N° 11, Facultad de Humanidades, Departamento de Filosofía y Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha de Ciencia de la Educación, Valparaíso, 2000, pp. 193-222.

que comprendía, además de toda la meseta, los sectores de orilla conformados por las calles Lillo y Pedro Montt. Sin embargo, otros barrios costaneros nacidos en los años veinte, como Punta de Chonos y Ten-Ten, además del barrio Gamboa -este último de vieja data y allende el río del mismo nombre- eran sectores periféricos adosados, pero no integrados a la ciudad. En el imaginario del ámbito propiamente urbano, los nombres de las calles eran menos referenciales que los nombres de los vecinos. En 1937 el Municipio ordenaba rebajar la calle Blanco "desde la esquina de don Alberto Andrade hasta el almacén La Riojana"; o ripliar la calle San Martín "hasta la propiedad de don Santiago Subiabre", se decía en 1934; precisiones que sólo eran inteligibles para el habitante de un pueblo cuyas calles no tenían nombres visibles, pero sí quién era cada cual. Por eso, sólo en Castro podía tener sentido la precisión "desde la acera donde vive el profesor Manuel García Gómez hasta la propiedad de don Luciano Pérez", o "desde la esquina Kamann hasta la propiedad de las señoritas García", etc. No obstante, indicaciones como éstas que valían para el ámbito de la meseta, no serían comprensibles si se refirieran a los sectores periféricos ultra Gamboa o ultra Tejar, porque los vecinos de los márgenes, por anónimos, no eran puntos de referencia⁹⁶.

El segundo sector era Castro Bajo, que correspondía al borde costero situado al sureste del pueblo. Se le identificaba así hasta los años veinte. Era apenas un rincón, pero con la categoría de barrio integrado y emplazado en la confluencia de las calles Pedro Montt, Blanco y Lillo⁹⁷, esta última con su hilera de casas sobre pilotes que desde 1918⁹⁸ se extendían por allí, acomodándose a la marina antes que los otros sectores costaneros comenzaran a emerger hacia el norte a un costado de la línea del ferrocarril.

Castro Bajo era barrio de traza irregular. No obstante, representaba el sector más activo y al mismo tiempo, el rostro más

⁹⁶ Sesiones 1932, 1934, 1937, AMC, pp. 230, 286, 68-69.

⁹⁷ Se llamaba José Ramón Lillo. Los vecinos solicitaban se cambiara su nombre por calle Eusebio Lillo. La petición está fechada el 15 de enero de 1908.

⁹⁸ La ocupación del borde costero fue aprobada por el Gobierno por Decreto-Ley 2092 del 14 de agosto de 1918 previa solicitud de concesión fiscal. Estado de las casas de calle Lillo, Sesión 13ª Ordinaria, Castro, 2 de agosto de 1930, AMC, p. 3-4.

tradicional del pueblo en cuanto vinculado a la bahía y vida de puerto, como lo eran también todas las aldeas chilotas del período, cuando el comercio y la comunicación no tenían otro camino que el mar, siendo la feria o "La Playa" en el decir popular, sita en el corazón del sector, el punto de los intercambios y del encuentro social, mientras que la calle Blanco, que servía de unión entre dicha orilla y la meseta, era la arteria comercial y principal del pueblo.

Hasta los años veinte, se distinguían dos ámbitos de orilla, cada uno con funciones diferentes: Lillo, como la segunda calle comercial después de Blanco, concentraba la actividad de ciudadanos e isleños en torno al mercado público y la feria del mar, mientras que Avenida Pedro Montt, beneficiada con el malecón que le dio anchura suficiente desde 1913, y que lindaba con Lillo, capitalizaba la actividad de la Estación de Ferrocarriles y del muelle de pasajeros. Todo el movimiento ciudadano se generaba en ambas arterias, y en Blanco, a pesar de su gradiente.

Entre Castro Alto y el borde costero, una escarpada ladera casi despoblada a causa de la pronunciada pendiente, rodeaba la meseta por todos sus costados, excepto el sector noroeste que, más o menos llano, comunicaba el pueblo con los terrenos adyacentes que desde muy antaño venían llamándose "La Chacra". En los demás costados de la barranca, seis calles o callejuelas se precipitaban a la marina con pocas casas a principios de siglo, excepto la formal calle Blanco y la menos delineada "El Tejar". Las otras eran la extrema "bajada Portales" (o "bajada Gamboa" en el decir popular), situada al suroeste y que servía de acceso al puente Gamboa y al barrio bordemarino del mismo nombre; la "bajada Ramírez, que permitía el acceso al puerto, situada al oriente; y al norte, la "bajada Magallanes" (posteriormente prolongación de calle O'Higgins), acceso a Ten-Ten en los años veinte, cuando se estaban poblando los extramuros del pueblo hasta las cercanías del "Puente de Tierra", gracias al malecón de rellenos. La otra era la citada "El Tejar", por la que se ingresaba a la ciudad desde el norte.

Los conceptos Castro Alto y Castro Bajo fueron tomando otro sentido con el tiempo. Subsistió la denominación "abajo", pero como sinónimo de "centro" de la ciudad, con comprensión de Lillo, Pedro Montt hasta la Estación de Ferrocarriles, además de Blanco, pero

también las calles de la meseta adyacentes a la Plaza de Armas, alterando así su contenido originario. "Ir para abajo", "gente de abajo", eran modos de referirse a la zona urbana preferencial donde vivía la "gente bien", sector de las calles del comercio y de la administración, arterias por donde circulaba el vecindario. "Abajo", sin embargo, no incluía los nuevos barrios periféricos de orilla situados al norte y al sur, como Pedro Aguirre Cerda, por ejemplo, que siendo calle ribereña no era comprendida en el término "abajo" por popular y periférica. Mientras tanto, el concepto "arriba" aludía a los sectores secundarios y populares de la traza urbana, desde la Plaza hacia el norte, incluso los barrios periféricos de Chonos y Ten-Ten que siendo orilleros estaban incluidos en el concepto "arriba". En fin, un "arriba" y un "abajo" que permitían identificar el medio urbano en dos dimensiones referenciales. "Abajo", el comercio, el centro cívico, con las construcciones más significativas y las calles residenciales del vecindario más importante. "Arriba", los sectores sociales medios y ámbito del vecino común.

En conjunto, Castro del período 1900-1930 se extendía entre las calles de la Marina, por el este (que pasó a llamarse Avda. Pedro Montt), hasta calle Freire, por el oeste, y desde la Calle Nueva (después llamada Aguirre Cerda), por el sur, hasta Sargento Aldea por el norte. Excepto las calles de orilla, la traza del pueblo parecía un damero perfecto, con cinco cuadras de este a oeste (desde Serrano a Freire) y seis de norte a sur (desde Chacabuco hasta Sargento Aldea). Por entonces, el trazado de cuadrícula ocupaba la mitad sur de la meseta; eran sus calles principales, Gamboa y Blanco, orientadas de oeste a este, porque por ellas era el tránsito diario de casi toda la población, y porque en ellas estaban los nodos o puntos estratégicos, edificios emblemáticos, como casas e iglesias, o lugares de sociabilidad, como la plaza o las esquinas donde se reunía la gente, conformando un eje o columna vertebral del pueblo que unía la Plazuela Henríquez con la Marina y en cuyo trayecto había en 1889 16 casas en calle Gamboa, 11 en la Plaza de Armas y 29 en calle Blanco⁹⁹.

⁹⁹ Rol de Avalúos de las propiedades urbanas de la ciudad de Castro, hecho por la Comisión que suscribe en conformidad a la ley del 28 de julio de 1888, en: *El Archipiélago*, Castro, 6 de febrero de 1889, N° 13, Año I, pp. 1-2.

Pero, en los años treinta se extendió la planta, ocupando con sus calles toda la meseta, como Balmaceda en el sur, prolongación de O'Higgins, apertura de Gabriela Mistral y Magallanes, en el norte; prolongación de Freire y apertura de Caupolicán, en el noroeste, mientras que hacia el este se abrieron las calles Luis Espinoza e Ignacio García Sierpe, cuando la población de la ciudad se acercaba a los 4.000 habitantes, cuya alzada se observa en algunas fotos anteriores a 1936 tomadas por Gilberto Provoste¹⁰⁰. Las nuevas calles conservaron estrictamente la dirección y anchura tradicionales (excepto las dos últimas condicionadas por la topografía del terreno en pendiente), manteniendo el diseño reticulado y ofreciendo con ello una imagen formal, mientras su alzada mejoraba también respecto de principios de siglo. Pero la misma expansión urbana alteró el histórico eje este-oeste, porque después del incendio de calle Gamboa, en 1936, y de Latorre, San Martín, Serrano y Sotomayor, en 1937, la línea de mayor tráfico se orientó de norte a sur, ahora por calle San Martín, conservando el antiguo eje este-oeste sólo en calle Blanco con el punto de quiebre en la Plaza de Armas, esta última definitivamente consolidada como ámbito de significación social.

En el trazado de parrilla estaba la identidad de Castro en el contexto provincial, trazado antítesis de las sinuosidades del Archipiélago y de las plantas irregulares de los pueblos de la Provincia, como Ancud, que, sin embargo, tenía el encanto de sus calles laberínticas acomodadas sobre una topografía ondulada y donde la sorpresa jugaba un papel positivo que es, por lo general, el atractivo de las calles caprichosas¹⁰¹. Castro parecía más fría, pero más racional¹⁰².

II. Ámbito urbano con aspecto de pago

Sin embargo, el proceso de ocupación del espacio fundacional

¹⁰⁰ Provoste es la memoria de Castro. Sus "postales" han sido incluidas en diversas publicaciones sobre la ciudad y ha merecido homenajes de los castreños. Mansilla Cárcamo, Liro, *Gilberto Provoste. Fotografía: Testimonio de la vida chilota*, en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 9, Castro, 1988, pp. 7-9.

¹⁰¹ Vera, Miguel, *Ancud, ensayo de Geografía Urbana*, Memoria, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1964.

¹⁰² Otros aspectos en Macías V., Osvaldo, *Ciudad de Castro: ensayo de Geografía Urbana*, Memoria, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1960.

había sido tan lento que hubo épocas del siglo XIX en que Castro se reducía casi sólo a la orilla y con apenas 400 habitantes en 1850. En los años ochenta, contaba con un millar, pero el aspecto general del pueblo en los años noventa del siglo decimonónico era pobre, aunque ligeramente mejor que a mediados de la misma centuria a juzgar por las impresiones que de la arquitectura de sus casas tuvo Roberto Maldonado en 1897. "Un verdadero contraste -dice- con las antiguas descripciones que hay escrita de ellas"¹⁰³. No obstante, el conjunto urbano le pareció sólo "un caserío". Los repetidos incendios eran causa del escaso progreso urbanístico. Muchas buenas casas se perdían y los damnificados, en lugar de reconstruirlas, preferían abandonar el pueblo. Un gran incendio consumió un tercio de Castro en 1895¹⁰⁴, cuando contaba con 1.500 habitantes y 190 casas. Entre esa fecha y 1900 la población se redujo en 300 personas, y en 1902 todo el pueblo se veía silencioso y triste, luego que otro incendio consumió la iglesia franciscana, el convento y 23 casas. Ese año lo visitó el viajero sueco Carl Skottsberg. Dice que "la ciudad deja una impresión miserable con sus casas decaídas y calles descuidadas"¹⁰⁵. Idéntica imagen seis años más tarde, cuando en 1908, un castreño de regreso después de años de ausencia dice: "Al llegar a Castro una ola de tristeza bañó nuestro corazón... al contemplar desde lejos un campo desolado... Castro, un pueblo tan viejo y trabajador reducido hoy en su mayor parte a un campo de soledad"¹⁰⁶.

Casas de madera, sencillas, generalmente de un piso, con techos muy inclinados y distribuidas preferentemente a lo largo de las calles Gamboa, Blanco y Lillo, porque si bien el pueblo tenía sus calles trazadas, estaban tan escasamente pobladas, que la mayor parte de sus cuadras daban la impresión de parcelas rurales, entre ellas la de los franciscanos, que tenían un gran patio perteneciente al convento, extendido a lo largo de dos cuadras desde la Plaza de Armas hacia al norte. Maldonado lo llama "finca" en 1895 y dice que en él había "hermosos jardines, plantaciones de hortalizas y

¹⁰³ Maldonado, Roberto, *Reconocimiento...*, op. cit., p. 177.

¹⁰⁴ Véase a Montiel, Dante, *Bosquejo histórico. Centenario del Cuerpo de Bomberos de Castro, 1896-1996*, s.p.i., p. 29.

¹⁰⁵ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia...*, op. cit., p. 109.

¹⁰⁶ *El Sur de Chiloé*, Castro, 6 de febrero de 1908.

árboles frutales"¹⁰⁷. Ofrecía efectivamente la impresión de un campo alojado en la traza urbana entre las calles O'Higgins y San Martín y entre la Plaza y calle Ramírez, como eran también todas las manzanas hacia el norte, mostrando por igual una fisonomía rural todavía en los años veinte, e incluso en 1930. Cuando Benjamín Subercaseaux visitó la ciudad en los años treinta, dice que "desde la Plaza se veían grandes papales que se extendían hasta el límite de la mirada"¹⁰⁸. Mucho más campestre era desde calle Sargento Aldea hacia el norte, porque el espacio estaba dividido en varias propiedades rústicas o "pampas" a veces cercadas, algunas cultivadas y otras arboladas de manzanos y ciruelos. Entre todas las calles dispuestas de sur a norte, San Martín era la única que se prolongaba a todo lo largo de la meseta hasta El Tejar, pero su aspecto era, más que calle, el de un camino rural, porque sus pocas casas parecían apenas detalles a la vera de los predios.

A excepción de Gamboa, Plaza de Armas, Blanco y Serrano, que concentraban la mayor parte de la población en unas 140 casas en 1889, todo el resto del pueblo contaba sólo con 54 casas por la misma fecha¹⁰⁹. Los incendios de 1895 y 1902 acabaron con muchas de las situadas en las calles centrales. Entre 1900 y 1909 casi no se construía. "En Castro - dice la prensa local en 1906 - no hay un propietario, por acaudalado y emprendedor que sea, que trate de edificar, haciendo así dos beneficios, el suyo personal y el embellecimiento de la ciudad"¹¹⁰. El temor era perderlo todo en el próximo incendio. Pero, la falta de viviendas hacía subir los arriendos y los seguros. Entre las pocas casas nuevas se citan las de Ignacio Díaz y Francisco Solano Pacheco, ambas construidas en calle Thompson en 1909.

Pero, desde 1915, el número de casas comenzó a aumentar junto con cierto repunte demográfico. La presión por adquirir sitios

¹⁰⁷ Maldonado, Roberto, *Reconocimiento...*, op. cit.

¹⁰⁸ Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, op. cit., p. 226.

¹⁰⁹ Rol de Avalúos de 1889. Comprende solamente las propiedades no exentas, en: *El Archipiélago*, Castro, 6 de febrero de 1889, N° 13, Año I, pp. 1-2.

¹¹⁰ *La Industria*, Castro, 23 de diciembre de 1906. La prensa dice ese año: Nadie edifica por temor a los incendios. Tal vez por la destrucción de Valparaíso, se teme también a los terremotos y "Chiloé se hundirá en el océano y se perderá la casa, la madera, los clavos, los vidrios, la macilla, el papel".

explica que los Padres Franciscanos decidieran poner en venta la cuadra entre las calles Sotomayor y Ramírez, y entre O'Higgins y San Martín, en 1916¹¹¹, y que Belisario Bahamonde hiciera lo propio con sus terrenos de calle Freire, en 1918¹¹², calle que comenzó a poblarse en su costado oriente. Más notoria fue la edificación en los años veinte, década en que Castro mostraba su mejor aspecto en lo que llevaba corrido el siglo. Se construía más y mejor en las calles centrales y deben haber quedado perpetuadas en las postales que en 1921 se vendían en la tienda de Bernardino Triviño. Pero, como mayoritariamente el vecindario era gente humilde y sin recursos, en vastos sectores del pueblo predominaban las casas viejas y de arquitectura poco atractiva, como en los años treinta en las calles Portales, "bajada" Gamboa, Freire, Sargento Aldea, extremo norte de San Martín, Los Carrera, Chacabuco, algunas casas de Serrano y sobre todo en las riberas del noreste, norte y suroeste, donde ya se veían viviendas levantadas precariamente sobre "lumillas" hincadas en la playa. Sus fachadas de apariencia pobre, así como sus partes traseras que miraban al mar, hacían que éstas y las casas humildes situadas en las calles secundarias de la meseta fueran calificadas de insalubres o de simples ranchos donde vivía la gente en cuartos sin ventilación ni agua, o "cuartuchos" que servían de dormitorio, cocina y sala de estar, casas que en conjunto daban la impresión de "aldeas abandonadas", decía la prensa castreña en 1931¹¹³, cuando se hacían esfuerzos por hacer a Castro un poco más agradable del punto de vista estético. Por eso, el Municipio ordenaba de cuando en cuando pintar las casas, como lo ordenó para las Fiestas Patrias de 1927¹¹⁴, pero, salvo excepciones, eran ordenanzas incumplidas. La única nota de color en el gris contexto la ponían los carteles murales impresos en planchas de metal como propaganda de la *Compañía Chilena de Tabacos* y de la *British American Tobacco*, que se veían en frontis de casas y tiendas de la ciudad en 1932¹¹⁵.

Aunque el pueblo había crecido y aumentado su vecindario a 3.181 habitantes en 1930, las casas carecían de numeración en

¹¹¹ *La Voz de Castro*, Castro, 1916.

¹¹² *Idem*, 1918.

¹¹³ *Idem*, 11 de agosto de 1927.

¹¹⁴ *Idem*.

¹¹⁵ Intendencia de Chiloé, 1932, AMI, Libro 14.

sus frontis, porque los vecinos seguían siendo los puntos de referencia, y no obstante que en los años veinte se habían puesto placas en las puertas, desaparecieron después sin cumplir el servicio que se esperaba, tanto que en 1935 el gobernador solicitaba al Municipio estudiar un proyecto suyo presentado a la Alcaldía sobre la numeración de las casas. Se le respondió que no se estimaba necesario. Las calles tampoco tenían nombres visibles y la gente no las llamaba por sus nombres sino "la calle de don Matías", porque así se llamaba el vecino principal. La numeración sólo se tomó con seriedad cuando las compañías aseguradoras vieron inconvenientes para pagar a los damnificados a raíz del incendio de 1936, en razón de no saberse la numeración que tenían las casas aseguradas consumidas por el fuego.

Entre 1900 y 1913, no se notaban grandes diferencias entre los pueblos de Castro y Chonchi en arquitectura, tamaño o población, pero sí en trazado, jerarquía administrativa y actividad comercial. Castro, como capital del Departamento de su nombre, era el segundo centro urbano de Chiloé después de Ancud, cuando esta última, con sus 4.000 habitantes en 1912, fungía de capital provincial, aunque sin ese espíritu de progreso que llevaban en su frente las demás capitales de la República, como sentenciaba Alfredo Weber en 1902¹¹⁶.

III. Calles de barro y noches oscuras

Cuando Weber se refería a Ancud en términos poco esperanzadores, Castro mostraba todas las lacras de la miseria por su abandono, por su pobreza y por su suciedad, aunque mirado desde el mar ofrecía una vista agradable. Uno de los principales problemas dice relación con la existencia de sitios eriazos, principalmente en la porción central y norte de la traza urbana, donde tales sitios solían carecer de cercos hacia la calle por donde entraban y salían los animales. Otra preocupación giraba en torno al estado lamentable de las calles, especialmente en invierno. Desde

¹¹⁶ Weber, Alfredo, *Chiloé, su estado actual, su colonización y su porvenir*, Santiago, Imprenta Mejía, 1903.

1904, la prensa no cesaba de criticar la ninguna preocupación del vecindario por el ornato y aseo de las aceras que se veían cubiertas de cicutas y romazas, cercos descuidados, basura y pozas por todas partes. No había iluminación en las calles, ni en la Plaza. Las más trajinadas calles Blanco y Lillo, si bien se mantenían despejadas de malezas, las cubría un perenne barro, como todas las demás. Pero, excepto a la prensa, a nadie llamaban mayormente la atención la basura, los chanchos y los *guarros* en las calles del pueblo, particularmente en la Plaza de Armas, donde todos los defectos se hacían más visibles. En 1905, los vecinos más viajados y exigentes sentían "vergüenza y compasión" por el "lamentable estado de abandono y desaseo", tanto que "la más pequeña aldea de cualquier otra provincia no se ve en situación tan triste". Un vecino se lamentaba del aspecto de Castro el mismo año: "Paréceme oírles -dice, refiriéndose a los ocasionales visitantes- que se figuran hallarse en los barrios de Constantinopla o del Asia habitados por judíos"¹¹⁷.

El barro y el agua afeaban las calles, se convertían en barreras para el comercio e impedían la sociabilidad, porque en invierno el pueblo se transformaba en un gran lodazal. Las pozas o "lagunas" se formaban en todas las calles de la meseta y en las de orilla a causa de infinidad de desniveles, especialmente en las esquinas y a lo largo de las cunetas, inundando igualmente calzadas y aceras. La prensa se quejaba en 1907 de la omisión y el ningún cuidado del vecindario y Municipio por despejar los cauces que permanecían eternamente tapados con la basura acumulada por años, impidiendo el escurrimiento de las aguas, especialmente en las acequias de las arterias centrales "que pasan por calle Gamboa y Plaza Prat [que]

¹¹⁷ *La Voz de Castro*, Castro, 26 de enero de 1905. No exageraba la prensa castreña. Pero Castro, aunque muy precario, no difería tanto en aseo y calles misérrimas respecto de Ancud y de otras ciudades de provincia de la época, incluso de la porteña Almendral de Valparaíso. Urbina Carrasco, María Ximena, *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920. Fisonomía y percepción de una vivienda popular urbana*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 2002, o de los cerros de la misma ciudad, cuyas callejuelas sobre las quebradas mostraban un aspecto miserable, o las calles y casas de la ciudad de Quillota, que entre 1900 y 1915 no estaban en mejor pie que Castro. Urrutia Lizana, Carolina, *La vida cotidiana en Quillota a través de la prensa: 1900-1915*, Tesis Historia, Universidad Católica de Valparaíso, 2002 (Inédita).

se encuentran llenas de pasto y basuras"¹¹⁸.

Además, hasta 1916 el pueblo carecía de instalaciones de agua potable. El vecindario debía abastecerse del vital elemento en los arroyos y vertientes existentes en distintos puntos de la barranca, para llenar sus *chungas* y baldes. Era la actividad cotidiana más importante que comprometía a todos, pobres y ricos. Pero allí mismo donde se sacaba el agua, las mujeres más humildes lavaban la ropa o pelaban gallinas, lo que daba origen a epidemias por el agua contaminada. Desde 1916, se pudo contar con cañerías. Pero el proceso fue lento. Primero se instalaron en las calles centrales, más tarde en las periféricas. En los años treinta, todavía no había regular abastecimiento en los barrios de orilla del extremo norte. En su lugar estaban los pilones.

La luz eléctrica era otro problema. En 1917, se inauguró el tranque en el río Gamboa y con él el alumbrado. El mismo año se volvió a las velas y farolitos por derrumbe de la represa. Restablecido el sistema, se dotó de luz eléctrica a todo el pueblo en los años veinte. No obstante, el servicio nunca estuvo en buen pie. La luz fue débil y racionada durante el período 1917-1940; la mala postación en las calles y pocas ampolletas no permitían orientarse por la noche. Punta de Chonos y Ultra Tejar carecían de luz en las calles en los años treinta, y en todo el pueblo no había más de 60 ampolletas para el alumbrado público en la misma década. Los conflictos entre el Municipio y la Empresa Eléctrica de Carlos Emilio Barrientos¹¹⁹ marcaron el período y la falta de luz de mediana potencia impedía instalar la más modesta industria, no se oía bien la radio y las películas del cine se veían opacas y se oían gangosas, desde que se inauguró el cine sonoro a fines de los treinta.

Por la falta de luz, se suspendía casi toda actividad callejera en las noches, excepto en verano. Por su parte, las estaciones del año condicionaban la vida callejera durante el día. El barro era el

¹¹⁸ *El Sur de Chiloé*, Castro, diciembre de 1907.

¹¹⁹ Carlos Emilio Barrientos nació en 1870. Sus padres fueron Vital Barrientos y Margarita Barrientos. Era uno de los hombres más acaudalados de Chiloé, dueño de las empresas eléctricas de Castro y Chonchi. Se le describe como "de carácter modesto y tranquilo". Su hijo Carlos 2º Barrientos se hizo cargo de la empresa eléctrica de Castro. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 258.

inconveniente mayor para los peatones porque transitaban hundidos en el fango. En calles como éstas, no era adjetivo el tipo de calzado que había que usar para caminar por pozas y barrizales. Las botas, los zapatones de "caña", o los pies descalzos de la gente pobre eran respuestas al exceso de agua y lodo. La Avenida Pedro Montt era el ejemplo extremo de estos inconvenientes. Estaba intransitable desde 1913, a pesar de ser una de las más concurridas porque por allí entraban y salían los pasajeros por ferrocarril y por mar. Los que desembarcaban en el muelle debían cruzar un perenne "pantano" al "apa" de hombres descalzos que se ocupaban precisamente de esa tarea, y lo mismo se hacía para pasar desde la Estación de Ferrocarriles al Muelle. Cuando en 1935 se pavimentó con cemento la acera poniente de Pedro Montt, no se hizo lo mismo con el *atravesado* o vereda transversal entre ambas aceras, como estaba contemplado en respuesta a los reclamos de los viajeros. Mientras la gente humilde de pies descalzos estaba connaturalizada con el barro y el agua, y los niños de toda condición chapoteaban en las pozas y descalzos iban a la escuela, las señoras y caballeros castreños, así como los viajeros, debían tener cuidado con el calzado para no perderlo succionado por el barro. Había calles tan intransitables que "no se podía andar ni a caballo", decía el periódico castreño en 1913¹²⁰, y calles en pendiente que se convertían en ríos, como Blanco y El Tejar, socavadas todos los inviernos, y que impedían el tráfico de jinetes o carreteros a causa de las profundas grietas. En cualquier caso, debido al barro en la pendiente, el tráfico de peatones no estaba exento de los peligros adicionales, como los resbalones y caídas, la nota común en calle Blanco. De ahí los esfuerzos por suavizar la gradiente, -esfuerzos que se prolongaron desde 1920 hasta 1940-, así como empedrar la calzada y pavimentar con cemento las veredas.

No eran calles acogedoras. Excepto la rectitud, con el consiguiente orden y simetría urbanas, no eran lugares hospitalarios con los transeúntes la mayor parte del año. Por eso se esperaba impacientemente el verano, estación en que se secaba el barro, desaparecían las pozas, toda la ciudad se volvía amena y las calles se animaban, a pesar de la ninguna separación entre aceras y

¹²⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 4 de julio de 1913.

calzadas en la mayor parte de Castro. Las aceras se veían cubiertas de malezas en primavera y verano, como lo estaban las calles situadas en los márgenes, especialmente Freire y Sargento Aldea, no obstante que el Municipio ordenaba a los vecinos despejar su frente y marcar la acera con el *gualato*. En invierno, los barrizales y las pozas volvían a hacer desaparecer toda línea divisoria, excepto en algunas calles centrales como aquellas que, en cortos tramos, exhibían veredas *planchadas*, como se decía, por pavimentadas de tablones dispuestos transversalmente para comodidad de los peatones. Pero la comodidad no podía durar mucho. Con el tiempo, la madera se arqueaba o destablaba, favoreciendo los tropezones y caídas. Aunque la calle Blanco era la principal porque allí se concentraba el comercio, presentaba los mayores inconvenientes, y casi todos los pobres recursos municipales se invertían en su reparación. Pedro J. Barrientos, que escribe en 1931, al referirse a ella dice que "constituyó por mucho tiempo un verdadero obstáculo para el comercio, a causa de su gran declive. En la forma como se habían constituido allí las propiedades, no quedaba otro remedio que hacer un corte desde la plaza, rebajando la calzada y aceras cuanto fue posible a fin de facilitar el movimiento, no sólo de peatones, sino también de los vehículos", es decir, de las carretas¹²¹. Por su extrema pendiente, los ancuditanos la ponían de ejemplo de la inferioridad de Castro respecto de Ancud.

En 1920 se rebajó el empalme con Pedro Montt, y el mismo año se pavimentó con cemento su vereda norte que más tarde se unió con la vereda poniente de Avenida Pedro Montt, pavimentada también, pudiendo el viajero bajar del tren y caminar por veredas limpias desde la misma Estación hasta la Plaza de Armas. Fue el logro más significativo de lo que llevaba corrido el siglo en materia de veredas. Pero, las acequias constituían el otro problema que consumía los recursos municipales. En los años veinte y treinta, las cunetas divisorias de las calles principales y las de pendiente se construían, reconstruían o reparaban en marzo o abril para afrontar el invierno. El Municipio ordenaba la construcción de canaletas de madera para el escurrimiento de las aguas que en la Plaza y calle Blanco tenían más de 1 metro de ancho y 30 cms. de

¹²¹ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 250.

profundidad. El trabajo se repetía todos los años, porque pronto la madera se deterioraba, o las malezas y basuras se acumulaban, tapando las cunetas y originando pozas. Sobre algunas cunetas, como en calle Blanco y contornos de la Plaza de Armas, era necesario poner puentecillos de madera para los peatones, debido a la anchura y profundidad del cauce. Junto con las veredas y cunetas, el Municipio ripiaba una o dos calles en la estación de otoño de los años treinta, usando "huevillo" o piedra de río, a veces también "cascajo de playa", bajo la responsabilidad de un contratista que ponía el material y la mano de obra, supervigilado por inspectores municipales. Las obras comprendían ripiado de calzadas con lomo de toro de 15 cms. en el centro de ellas, cunetas de zanja o de madera, y canaletas de madera que cruzaban las esquinas bajo la superficie de las calzadas. Las maderas las entregaban varios madereros locales, previa propuestas públicas. Era la actividad principal del otoño, la estación de las palas, picotas, chuzos, de obreros y carreteros¹²².

¹²² Un viajero que llega a Castro deja su impresión sobre la ciudad en 1921. "Este hermoso puerto cuenta con una hermosa bahía que a la distancia presenta un cuadro admirable que hace formarse en la imaginación del viajero la idea de que el pueblo que se alza más allá es igualmente hermoso y bien tenido". Sin embargo, al desembarcar y conocer sus calles, se decepciona. "Mi primera impresión al salir a la calle fue de desagrado, al ver que la que pasa frente al hotel, que es la más central del pueblo, está en completo abandono. Hay verdaderos pantanos formados por las aguas lluvias detenidas y por la de los desagües de las casas particulares que desembocan a la calle en la forma más rudimentaria: vaporosas, unas, oscuras, otras, y mal olientes, la mayoría, y junto al barro y los charcos de agua se ven las basuras que se arrojan desde las tiendas vecinas". No escapa a su atención que las aceras se confunden con las calzadas, que tanto en unas como en otras trafican libremente los caballos y las carretas, que no se notan las cunetas, y que "la entrada a esta calle por el lado del mar—dice refiriéndose a Blanco—es fea por su conformación y peligrosa por el tráfico. En varias casas se ven originales y ruinosas entradas que obstruyen el camino que debiera ocupar una buena acera. En la mayoría de las demás, hay cajones que sirven de gradas para alcanzar el umbral de las puertas que está a muchas pulgadas del nivel de la vereda". Llama su atención la extrema pendiente de esta calle y por su misma inclinación "la aprovechan admirablemente como buenos físicos, para mandar barriles y tambores a la playa sin que el peón haga el menor esfuerzo y sin preocuparse de atropellar a alguien". Se admira de la amplitud de la meseta y cree que es "capaz de guardar tres o cuatro veces más edificación que la actual". Se maravilla del paisaje, señalando que "sus alrededores son de una encantadora hermosura y pocas ciudades pueden enorgullecerse de la espléndida y tranquila bahía con sus verdes y cultivados lomajes que se extienden al alcance del brazo humano". Respecto de su comercio, dice que "el desarrollo y movimiento comercial hace de Castro el primer centro de la Provincia", y de la arquitectura opina que "es pintoresca en su estilo, en general en los barrios nuevos y sólo le falta un poco de lavado y de pintura y el cambio de los encatrados y cajones por cómodas entradas que no obstruyan la vereda". *La Verdad*, Castro, Año I, N° 12, 25 de agosto de 1921.

IV. Alzada de madera: casas de ricos y pobres

A pesar del pobre aspecto material que exhibía Castro en los primeros quince años del siglo, podía enorgullecerse de contar con la iglesia San Francisco, que pasó a ser el símbolo de la ciudad desde los años diez en adelante por ser el segundo templo más alto y bello de Chiloé después de la catedral de Ancud. Otras casas y casonas levantadas en los años veinte y treinta mejoraron mucho el aspecto del sector céntrico, mientras el resto del pueblo presentaba un rostro de excesiva sencillez.

Otra cosa era la vida hogareña por su calidez, amparo y refugio de los inviernos, solaz de la familia que a veces era grande, porque incluía a los abuelos. Se vivía en casas de madera, cuya distribución interior estaba diseñada para protegerse del frío ambiente externo. Para la calefacción, la leña. La casa grande, mediana o pequeña testimoniaba la condición social y económica de sus moradores. Las había de dos pisos en las calles Blanco e Irarrázaval, con sus bajos para tiendas y negocios, y altos para habitaciones. Y de dos pisos también en calle Gamboa y en el costado sur de la Plaza de Armas. El resto del pueblo estaba formado, en su mayor parte, por casas de un piso, generalmente con un agregado al fondo que cumplía la función de cocina con puerta independiente para el ingreso de la leña y el agua cuando ésta había que acarrearla desde las vertientes.

Las mejores de Castro en 1913, como la de Matías Elorrieta, en calle Blanco, la de Antonio Gómez en la misma calle, o la de Francisco Gómez en la acera sur de la Plaza, valían 30.000 pesos ese año. La casa de Juan Garay, en Serrano, estaba avaluada en 25.000 pesos, lo mismo que la de Antonio Andrade, en Blanco, y la de Carlos Barrientos, en Latorre. David Barrientos, Manuel Oyarzún y Damián García tenían sus casas en Blanco y estaban tasadas en 20.000 pesos cada una. En calle Serrano había cuatro casas de cierto costo: la de David Gómez, la de Antonio García, la de Manuel Subiabre y la de Belisario Bahamonde, todas de 18.000 pesos. En San Martín, la principal valía 15.000 pesos y era propiedad de Manuel García. En Ramírez con Pedro Montt estaba la de Roberto Christie, tasada en 15.000 pesos, lo mismo que las de Adolfo Montiel y Guillermo Haro, ambas en calle Gamboa. En Thompson, la de Daniel Gómez

valía igualmente 15.000 pesos, el mismo año 1913.

El valor de estas propiedades sólo tiene sentido si lo comparamos con el precio de las casas más sencillas, cuya tasación oscilaba entre 2.000 y 4.000 pesos de la época. Sin embargo, del valor de las propiedades no podemos inferir características arquitectónicas. Las casas de costo promedio llegaban a 10.000 pesos. Las de mayor valor estaban en las calles centrales adyacentes a la Plaza, especialmente en calle Blanco. Excepcionalmente, una casa de mayor costo podía verse en arterias periféricas, como la de Pilar Mercado en el barrio Gamboa al otro lado del río, avaluada en 20.000 pesos en 1913, o como una de Daniel Gómez en el barrio Ten-Ten, tasada en 10.000 pesos, o la de Alejandro Bórquez, sita en Nercón, avaluada en 15.000 pesos el mismo año.

Las casas de calle Blanco e Irarrázaval eran, por lo general, grandes, y algunas bastante bellas desde el punto de vista arquitectónico, a juzgar por las fotografías anteriores a 1936, lo mismo que las de los costados sur y poniente de la Plaza, en especial el edificio de Bomberos. Las calles Thompson, Serrano, Latorre y Gamboa eran, después de Blanco, las más presentables por su alzada, con casonas como la citada de Daniel Gómez en Thompson, que el mismo año 1913 acogía la sucursal del *Banco de Punta Arenas*. Casona también era la de Vicente Paredes, frente a la Plaza, arrendada para hotel por la misma fecha. Se consideraba grande una casa de 30x40 metros, de dos pisos y con capacidad de diez piezas. La casa de Hermenegilda Barrientos, sita en Blanco, tenía 24 varas de largo por 10 de ancho en un sitio de 24 varas de frente por 30 de fondo, o la de Matías Elorrieta en los años veinte, calificada de "edificio espacioso", de dos pisos y ocupado por el *Hotel Magallanes*, de su propiedad. En 1913, Teodoro 2º Kamann construyó un buen edificio en Blanco esquina Serrano, destinado a la droguería y botica que poseía con su socio Luis Espinoza, edificio calificado como uno de los mejores de Castro.

Entre las que pagaban impuesto, es decir, las tasadas en 2.000 pesos o más, había 5 en Lillo en 1913, 29 en Blanco, 7 en Thompson, 28 en Serrano, 10 en Plaza Prat, 12 en Latorre, 5 en Sotomayor, 3 en Ramírez, 20 en San Martín, 16 en calle Gamboa, 7 en la Plazuela Henríquez. De las tasadas en menos de 2.000 pesos, había 35 en

diversas calles de la traza regular, 52 en el suburbio de Ten-Ten, 16 en el barrio Gamboa allende el río y 24 en Nercón, ya fuera del radio urbano, entre otras¹²³, sin contar con la infinidad de ranchos, cuchitriles y demás casitas pobres.

Las casas de mayor valor en 1917 eran las de Juan Barrientos, en Av. Pedro Montt, la de José Manuel García, en San Martín con Sargento Aldea, la de Bernardino Triviño, en Portales, la de Antonio Gómez Pereira, en Blanco con Serrano, y otra de Bernardino Triviño, en Blanco, la de Antonio Gómez, también en Blanco, en fin, la casa de Juan Gómez Bórquez, en Lillo¹²⁴, entre otras. Las tasaciones consideran sólo la construcción y no, por supuesto, el mobiliario. Cuando en 1912, un incendio consumió la casa de Pedro Mansilla Velásquez con todo adentro, supuso una pérdida de 150.000 pesos¹²⁵. Tómese en cuenta que una bomba alemana importada en 1925 significó la suma de 14.000 pesos. En el Rol de Avalúos de 1934, las casas de mayor costo oscilan entre 26 y 32.000 pesos.

Una casa grande en 1932 era el *Hotel Plaza*, en el costado sur de la plaza: "Contaba con 12 dormitorios entre grandes y pequeños. Los amplios corredores - dice Brüning - se encontraban ubicados en el primer piso, a la derecha de la puerta principal de entrada. A mano izquierda había un gran bar bien provisto de todo tipo de licores y siempre repleto... de una frondosa clientela. El hotel disponía, además, de varias piezas desocupadas que daban por una puerta lateral a otra calle, y en la parte trasera del terreno, otras dependencias... Carecía, en cambio, de sala de estar o de reuniones, indispensable para la recreación de los huéspedes... El comedor era amplio, con capacidad para unas veinticinco mesas, y sus grandes ventanales daban directamente a la plaza, otorgando una muy buena luminosidad al local"¹²⁶.

Todas las casas de Castro eran de madera. Algunas tenían revestimiento de fierro galvanizado, cubiertas zincadas y tejuelas de alerce. En los años treinta solían ostentar mini-frontones de estilo

¹²³ Rol de Avalúos de las propiedades sujetas al pago del impuesto de haberes. Comuna de Castro, 1913, en: *La Voz de Castro*, Castro, 16 de septiembre de 1913.

¹²⁴ Rol de Avalúos de 1917, en: *La Voz de Castro*, Castro, 20 de abril de 1917.

¹²⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1913.

¹²⁶ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 58.

neoclásico en puertas y ventanas. Estas últimas eran de batir y de guillotina. Se usaban también barrotes de fierro en las ventanas del primer piso. Abundaban los balcones, soberados, cornisas, balaustradas, penachos centrales y torrecillas¹²⁷.

La mayor rapidez constructiva se inició en 1916, y en 1919, el progreso era ya evidente. La prensa castreña decía ese año: "Se nota un interés muy grande por la edificación... lo que demuestra el progreso material que adquiere cada día la población"¹²⁸. Casas más grandes y más hermosas, como la que levantó Andrade-Oberreuter y Cía. frente al Mercado Público, o las dos que construyó Bernardino Triviño: una en Blanco y otra en Lillo, de dos pisos, la de Juan Bórquez, en Esmeralda, o la de José Gallardo, en Los Carrera, todas de dos pisos, en contraste con las tres que tenía Francisco Barrientos en El Tejar, bastante más humildes por ser calle periférica, y destinadas a arrendamiento. Entre las nuevas, sobresalían la casa de Carlos Rizzardini en Blanco, frente al *Banco de Chile y Argentina* (ex *Punta Arenas*) de dos pisos y descrita, como "bonito edificio", y la casa de Carlos Wöhlke, en O'Higgins, de dos pisos¹²⁹.

Otra interesante era la de Ignacio Díaz, en Thompson, frente al *Club Social*. Allí se instaló el *Club Radical* en 1920. Contaba con una sala de sesiones de 12x12 metros, luz eléctrica, galería con vista al mar, piezas de alojados, comedor, salón de lectura y sala de billares. Por su parte, Alberto Andrade construyó en 1922 una casa de dos pisos en Blanco esquina Esmeralda, tal vez, una de las más hermosas de la ciudad¹³⁰. Carlos Rizzardini levantó otra, también de dos pisos, en Esmeralda esquina Chacabuco y que fue ocupada por el *Hotel Royal* de Jessie de Stranger el mismo año. La familia Águila Pacheco construyó en Serrano una casa de arquitectura moderna y que la prensa califica como "la más hermosa de Chiloé". Todo esto en 1922¹³¹. No se mencionan las numerosas casas

¹²⁷ Cerda Bintrup, Gonzalo; Fox, Hans; Urbina, Medardo y Urbina, Rodolfo, "Castro, 1930-1960", en: *Arquitecturas del Sur*, N° 12, número especial. Concepción, Universidad del Bío Bío, 1988, p. 30.

¹²⁸ *La Voz de Castro*, Castro, 20 de febrero de 1919.

¹²⁹ *Idem*.

¹³⁰ *Ibidem*, 5 de mayo de 1922.

¹³¹ *Ibidem*.

sencillas que se estaban construyendo por entonces, ignorándose, por lo mismo, los nombres de sus propietarios¹³². El mayor número de propiedades pertenecía al *Banco de Chile y Argentina*. Poseía casas en calles Gamboa, Chacabuco, Los Carrera, Esmeralda y frente a la Plaza Prat¹³³.

En general, las calles centrales presentaban un rostro relativamente decente en los años treinta. Allí estaban las mejores fachadas, como en calle Gamboa antes del incendio de 1936. En esta última, Roberto Andrade vendía dos casas en 1934: una de dos pisos, 9 piezas, 8 varas de frente por 36 de fondo y techada de fierro. La otra era de dos pisos y 16 piezas¹³⁴. Pero, entre las casas que sobresalían por su arquitectura en los años treinta, estaba la de Félix Díaz Bórquez en la esquina de Thompson con Chacabuco¹³⁵.

Las casas de los vecinos pudientes eran de amplitud suficiente para una familia numerosa y dividida en cuartos individuales, incluso para visitas, y dotados de las sencillas comodidades de la época. Pero, las viviendas más humildes, como las construidas sobre pilotes a la vera del mar, eran, por lo común, rudimentarias, estrechas e incómodas, así como las casas ruinosas de algunos sectores de la traza urbana, y los simples ranchos bastante corrientes en los primeros veinte años del siglo, donde se apiñaba la familia en una sola pieza. En 1938, se ordenó la demolición de varias casas ruinosas, como la de Manuel Alarcón, ocupada por José Lizama, en calle Gamboa; la ocupada por Elena Montiel González, también en calle Gamboa; la de Graciela Gómez, en San Martín, y la de Manuel Avendaño, ocupada por Alfredo Soto Toledo, en calle Los Carrera esquina Ramírez. Todas ellas estaban en tan mal estado que eran un peligro para los transeúntes¹³⁶.

Algunos visitantes se sorprendían de la miseria de las humildes viviendas urbanas que no diferían respecto de los más elementales ranchos campesinos. En ellas, la cocina era toda la casa, con el

¹³² *Ibidem*.

¹³³ Rol de Avalúos de la Comuna de Castro, Subdelegación 4, Urbana, 1924, en: *La Voz de Castro*, Castro, 4 de abril de 1924.

¹³⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 3 de febrero de 1934.

¹³⁵ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 101.

¹³⁶ Oficio del Director de Obras sobre demolición de casas viejas, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 10 de octubre de 1938, AMC, pp. 261-262.

cielo de *llangue*, o envigado que se cubría de varas por encima, y servía para ahumar pescados, mariscos y carnes. En la cocina estaba también el *hurón*, o cierra de tablas para guardar papas. Junto a la estufa a leña, o sólo el fogón, una mesa sin mantel y las bancas o sillas que invitaban a la conversación. Waldo Brüning vio casas parecidas en los campos, y las escenas de la vida cotidiana, la pobreza material, las incomodidades y el ningún refinamiento le permiten decir que allí "el forastero experimenta la sensación de traspasar las barreras del tiempo y caer en los comienzos de la prehistoria humana"¹³⁷. Tal vez el sueco Carl Skottsberg vio casas como éstas en 1902. Las describe así: "Las casas que encontramos a nuestro paso eran sucias chozas con muchos niños en su interior; nunca un mantel, un florero o cortina, ningún esfuerzo por hacer la habitación más agradable". Por eso dice: "El chilote no parece tener mucha preocupación por este tipo de cosas"¹³⁸. Treinta años más tarde se notaban algunos progresos. En 1931, Pedro J. Barrientos dice que "en los campos la habitación ya no es lo que fue en otra época. Desaparecen gradualmente las antiguas chozas pajizas y se levantan en su reemplazo casitas de aspecto moderno, de suelo entablado, pintadas, con piezas independientes y suficientes ventanas para el aire y la luz".¹³⁹

Cocina con piso de tierra era equivalente a decir "cocina-fogón" sin chimenea, de modo que el humo invadía la pieza o salía por la ventana. El humo era ciertamente un problema que, sin embargo, se resolvía en los campos, construyendo la casa con su frente hacia el sur, y como el viento sopla regularmente desde el norte, desalojaba el humo que emanaba del fogón. Si el piso era de tablas, admitía estufa o cocina de fierro que en los años treinta fabricaba Carlos Wöhlke y vendía en su ferretería y mercería. Eran, tal vez, las más comunes de la ciudad. Las familias más acomodadas podían lucir cocinas marca *Senking* que distribuía Mertens Roepke, de Valdivia, en 1915. En cualquier caso, de la cocina de fierro salía el caño hasta asomarse sobre el techo o a través de un agujero en la ventana, con salida al patio, y como en la misma pieza de cocina estaba el

¹³⁷ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 77.

¹³⁸ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia...*, op. cit., p. 104.

¹³⁹ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 229.

brasero y la ropa tendida, siempre era allí donde se originaban los incendios.

Muchos de los ranchos urbanos de principios de siglo no eran diferentes a las más pobres viviendas rurales. El techo de tejuelas y en algunos casos de paja, sin abertura para la salida del humo, o con caño de latón, el piso de tablas o de tierra, y las ventanas, a veces, sin vidrios, como eran, por lo general, las de las familias con menos recursos. Lo corriente eran los techos de madera de tenio o avellano, ocasionalmente de alerce, más difícil de adquirir por su escasez y mayor precio. Las paredes se hacían de laurel y, por lo mismo, de poca duración. Y como los vidrios eran caros y de difícil transporte, en las ventanas se ponían balaustres de madera.

Hasta 1936, no se usaba en casas de ricos y pobres otro material que no fuera la madera. Desde ese año en adelante, y por temor a los incendios, comenzó a construirse con cemento en el sector comercial, alterando, además, la fisonomía arquitectónica del pueblo. Sin embargo, las de material sólido eran la excepción dentro de un contexto urbano enmaderado con casas de tablas, generalmente dispuestas horizontalmente, altos techos de tejuelas, y en ocasiones, un "mirador", como segundo piso, sobresalía frente a la calle.

A excepción de las grandes casonas del sector comercial, que a principios de siglo mostraban influencias foráneas características de los puertos, con fachadas de cierta elegancia y uso de fierro y latón¹⁴⁰, las viviendas corrientes de Castro respondían al estilo tradicional de la Provincia. Las construían sus propios dueños, sin planos, y poca diferencia de estilos. Su arquitectura obedecía a un patrón común, poco atractivo a juzgar por las opiniones de los visitantes. Su distribución interior era también sencilla y repetida desde antaño. La puerta principal comunicaba a un pasillo que se prolongaba a todo lo largo de la casa hacia el fondo. A ambos lados se distribuían, primero el salón, a un costado, y el comedor, al otro, ambos con ventana a la calle. Luego, los dormitorios de los padres, y al frente, los de los hijos. Mirando al patio estaba la cocina, amplia y acogedora, testimoniando ser la pieza principal donde transcurría

¹⁴⁰ Véase, Anguita, López, Modiano, Zachetto, *Casas de Chiloé*, Santiago, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, 1980.

la vida familiar o, en su lugar, una pequeña construcción anexa, o cocina-fogón, costumbre tradicional de los vecinos más modestos. En el entretecho de la casa principal, o "casa grande" de dos aguas para diferenciarla de la cocina-fogón o "mediagua", se habilitaba un cuarto o pieza para guardar sacos de papas, baúles, herramientas y otros objetos, o para destinarla a cuarto de visitas, con el nombre de *soberado*.

La casa sufría modificaciones en la medida que aumentaba la familia: añadiduras, división de piezas, diversas construcciones anexas. La mediagua-fogón era el primer agregado. Más tarde, una pequeña casita en el patio para albergar al hijo recién casado o a los abuelos daba origen a un conjunto habitacional privado de la familia que, reunida en el mismo sitio, estrechaba el patio. La madera envejecía pronto por el agua, el musgo; las debilidades naturales por el modo elemental de construirlas, y la pudrición de vigas a causa de la humedad, obligaban a las continuas reparaciones y alteraciones del original. Las reparaciones más frecuentes eran techos y fachadas, puertas y ventanas, mientras que para construir se esperaba la estación estival, aprovechando el buen tiempo. Se levantaba el esqueleto y se techaba antes de las lluvias. Luego se procedía a forrar y a terminar la casa por dentro. Invariablemente, se seguía este procedimiento condicionado por el tiempo. Pero, con excepción de algunas del centro de la ciudad, las casas eran sencillas por fuera y por dentro.

Se vivía en la cocina la mayor parte del día, porque además cumplía la función de sala de estar y comedor. Ésta estaba más relacionada con el patio que con el resto de las habitaciones, excepto con los dormitorios. Una puerta de dos hojas, una superior y otra inferior, permitía la oxigenación a través de la primera, abierta, mientras que la segunda se mantenía cerrada para evitar la entrada de cerdos y gallinas. En invierno, todo se hacía allí junto a la estufa y brasero, en un ambiente cálido y con permanente olor a frituras hasta el anochecer, en que la luz de la vela, los cuentos y las oraciones ponían fin a la jornada.

El mobiliario hogareño era austero. Sillas, mesas, banquetas, estantes o escaparates para la vajilla, roperos, baúles, y otros muebles rústicos que en las casas más sencillas solían ser

fabricados por el mismo jefe de hogar en el taller de carpintería. Así se resolvían las necesidades cuando a principios de siglo no había mueblerías formales ni tiendas especializadas. Por eso, los carpinteros fabricaban muebles para sí o para terceros, y lo que era más corriente, puertas y ventanas a la medida, incluso artículos menores, como artesas, bateas, *chungas* y juguetes para los niños. En cambio, las familias acomodadas lucían mobiliario moderno adquirido en el centro del país o en Valdivia, mesas, sillas, sillones, roperos, pero también vajilla importada, lámparas, espejos, alfombras, cuadros, artículos de porcelana y, a veces también, piano, todo lo cual decoraba principalmente el salón y el comedor.

En general, las cortinas eran confeccionadas por la madre o las hijas, lo mismo que la ropa de cama, como sábanas y fundas. Las cubrecamas de lana las fabricaban las mujeres del campo, igual que los choapiños de vivos colores, y frazadas. Los colchones solían hacerse en casa con la ayuda de la sirvienta. La lana cruda se cardaba, lavaba y secaba al sol en la estación de verano y se armaba el colchón. Además de la vajilla de loza, en todas las casas de ricos y pobres eran corrientes los platos de madera y cucharones de uso diario hechos por artesanos rurales para revolver las ollas.

Las paredes de las piezas mostraban alguna modesta decoración. En las casas sencillas solían verse recortes de revistas, cruces colgadas o imágenes cristianas "de fábrica". A veces, en un rincón y sobre un pedestal a modo de altar, la figura de algún *poderoso*, a pesar de la prohibición, testimoniaba el lugar destinado al rezo del Rosario, promesas y penitencias, propio de la religiosidad doméstica de Chiloé. En ocasiones, fotografías pegadas a la pared, y en las casas pudientes, cuadros de diversos motivos enmarcados en madera. Pero, en los simples bohíos como los que se veían en la traza urbana, al interior de las cuadras, más adentro de la línea de edificación en los años treinta, y que no eran muy diferentes a las casas pobres de los pueblos y aldeas de la Provincia, cualquier decoración o arreglo con algo de estética, flores, cuadros u otro adorno era imposible de hallar por no avenirse con el modo de vivir. Chuaqui describe una casa pobre de Achao en los años veinte. La califica de "rancho típico de Chiloé". Pertenecía a un zapatero remendón, y dice que "toda la mísera construcción era de madera.

El piso de tierra, húmedo y desigual. Por ventana, un hueco rectangular sobre el cual cae otro rectángulo de madera que nunca calza bien ya sea porque las bisagras que la sostienen están rotas por el moho, o porque el carpintero no tomó bien las medidas". Y respecto de su interior agrega: "En la húmeda oscuridad, una cama en un rincón. Sobre las paredes de tabiques mal ensambladas, había unas estampas sacadas de una revista, que aleteaban angustiadas cuando la puerta se abría. Veíase un par de sillas destripadas y una mesa que hacía prodigios para no caerse, y junto al rectángulo de luz, un banco de zapatero, y al lado una paila con agua oscura, donde se moja la suela para poder batirla"¹⁴¹.

Casas como éstas eran ejemplos extremos, pues el promedio mostraba "aceptable nivel de habitabilidad tanto en su amplitud como por la calidad de los materiales empleados en su construcción", dice Waldo Brüning, en 1932. El mismo año describe una casa de Chonchi, de mediana comodidad. Sobre el salón dice: "Un recinto alhajado con buen mobiliario, confeccionado con maderas autóctonas, pulcramente tallados por expertos artifices chilotes, dos grandes y policromos tapices, algunos choapinos tejidos a la usanza insular y diversos cuadros, unos familiares y otros típicos de marinos de la región". El resto de la casa era así: "A un lado del salón estaba ubicado el dormitorio de la dueña de casa, y al otro costado, una escalera conducía al desván, en el segundo piso, donde se encontraba el dormitorio de su nieta, también cómodo y bien amueblado"¹⁴².

El salón más tradicional de las casas de Castro estaba compuesto de sillas apoyadas en las paredes y una mesa redonda al centro, generalmente con mantel blanco tejido a crochet sobre el cual se ponía un macetero con flores y porta-retratos de la familia. En las paredes pintadas o empapeladas se veían cuadros de distintos motivos y una cruz o una imagen sagrada en algún ángulo de la habitación. Invariablemente había choapinos sobre el piso.

El uso del salón era sólo ocasional. Cobraba vida con motivo de visitas o celebraciones familiares. Regularmente permanecía

¹⁴¹ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 225.

¹⁴² Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 270.

cerrado y olía a humedad, lo mismo que el comedor. Este estaba generalmente compuesto de una mesa grande y larga, las sillas y el *tranche* donde se guardaba la vajilla reservada sólo para ciertas ocasiones y los licores preparados en casa. En las paredes, algunos cuadros. Tanto el salón como el comedor tenían ventana a la calle, y cubierta con cortinas, las mejores de la casa.

La pieza de baño sólo existía en las casas de familias acomodadas. Lo normal en las demás era el lavatorio, la jarra con agua, un espejo y una mesita pegada a la pared del dormitorio para el uso diario. En las casas de pobres, un pequeño espejito redondo colgaba de la pared de la cocina. La bañera enlozada era exclusiva de los vecinos de mejor pasar, en tanto la artesa de madera o batea sita en un cuarto aparte era el modo común de los demás donde se bañaba la familia llenándola con varias ollas o *chungas* con agua caliente conducida desde la cocina, o sólo el lavatorio para asearse por partes, usando para ello la jarra con agua y una toalla mojada y jabonada.

La madre, las hijas mayores o la empleada doméstica lavaban la ropa en la batea y colgaban las prendas en un cordel dentro de la misma cocina, en invierno, o en el patio, en verano. Por las tardes, las madres cosían, zurcían o tejían, mientras la familia se entretenía con los temas del día en amenas y prolongadas charlas. Cuando había piano, la madre o las hijas tocaban al crepúsculo y cantaban a veces en el salón, iluminado con luz a parafina o gas acetileno o luz eléctrica en los años veinte, especialmente con ocasión de visitas.

Labores diarias eran el acarreo del agua desde la vertiente más próxima, ocupación a cargo de los niños o de la sirvienta antes que se contara con agua potable con cañerías a domicilio. Ocasionalmente, las familias pudientes se servían de mozos aguateros. El día comenzaba con el encendido del fogón de la mediagua o la estufa a leña. Los palos se guardaban en la bodega, convenientemente cortados, y los niños los conducían por brazadas dos o más veces al día. El carbón para el brasero de invierno era ofrecido por los carboneros en sacos o se compraba en "La Playa" por almudes. El fuego de la cocina a leña se mantenía siempre encendido para preparar las cuatro comidas del día y para la calefacción del hogar. El agua se conservaba en varias chungas

para cocinar, aseo personal y lavado de la ropa en la artesa de madera que en invierno ocupaba un lugar en la cocina y en verano se instalaba en el patio.

Las tareas del hogar no se diferenciaban de las propias del patio. Allí estaba la mediagua-fogón, el *caedizo* destinado al *alojo* de algún ganadillo menor, pero también para guardar papas, herramientas y leña cortada. El patio era, además, el ámbito del gallinero, la *casita* o *guáter* antes del alcantarillado y, ocasionalmente, la pesebrera del caballo con entretecho para guardar la paja. Y en el patio también estaba el chiquero para uno o más chanchos. Darío Cavada, que describe la vida del campo en los albores del siglo, considera el chiquero como "imprescindible" y lo mismo en Castro, a pesar de las ordenanzas municipales y el control de sanidad. "En el chiquero, los puercos yacen en confuso montón sobre camas de paja ratonera, entre los dornajos que hacen de comederos, que son un tronco de árbol, ahondado a hachazos, para recibir y contener las cuchipoñis hervidas con los desperdicios de la cocina"¹⁴³, dice Cavada refiriéndose a las casas rurales. El resto del patio urbano estaba ocupado por el almácigo de perejil, zanahorias, lechugas, coles, etc., protegido por un *quincho* para evitar la entrada de los animales, y bien poblado de manzanos, guindos o ciruelos.

Las mujeres laboraban entre la cocina y el patio para los distintos menesteres: lavado y secado de la ropa en el cordel, alimentación de las gallinas y los cerdos, aseo de los chiqueros, cuidado de la huerta, recogida de papas para el almuerzo, etc., mientras el hombre trabajaba en el taller de carpintería y cuidaba el caballo en la pesebrera, donde solía guardar las raquetas, escobillones, tijeras, así como los aperos de montar¹⁴⁴.

Sin patio, la economía hogareña no hubiera sido cuasi autosuficiente, como lo era, y la vida hogareña hubiera quedado constreñida al ámbito de las habitaciones. En los años veinte, las labores del patio eran las propias de la economía rural, reeditada en el pueblo mientras la densidad demográfica lo permitió, pero

¹⁴³ Cavada, Darío, *Vida Isleña*, Ancud, 1914, pp. 41-42.

¹⁴⁴ Véase Urbina Burgos, Rodolfo, *La vida cotidiana en un pueblo de Chiloé. Castro, 1940-1960*, Iártote Editorial, Viña del Mar, 1990.

restringida después cuando el crecimiento de la población obligó a dividir los patios y a introducir casas en el interior de las cuadras, mientras las disposiciones municipales sobre tenencia de cerdos y chiqueros se imponían. Poco a poco, la vida familiar de mediados de siglo se fue reduciendo al interior de la casa de dos aguas con cocina y baño instalados, con el consiguiente abandono de la *mediagua-fogón*, a la par que el patio perdía su antigua significación.

V. "Los vecinos se conocen por sus nombres"

La gente se conocía por sus nombres o se conocía "de vista"; se sabía de sus familias y se sabía de sus casas. No era posible el anonimato. La gente más humilde era identificada por sus apodos, por alguna peculiaridad y hasta por sus prendas de vestir. Nadie ignoraba a los vecinos y vecinas importantes, los "don" y las "doñas", reconocidos por sus nombres de pila y sus dos apellidos, y respetados por su fortuna o por su estatus, como se reconocía también a los curas, al alcalde, al médico, o al gobernador, tanto en su vida pública como en su vida privada. Y al menos en esto de saber quién era cada cual, la vida privada siempre parecía estar en la frontera con lo público.

La existencia pueblerina siempre ha sido así. Se notaba más en los barrios modestos, como en las casas sobre pilotes de calle Lillo, Gamboa allende el río, y las casas de orilla que estaban naciendo a lo largo de la línea férrea en los años veinte, donde la privacidad era de público conocimiento entre los vecinos de cada sector. La puerta de la casa permanecía semiabierta, como invitando a entrar sin llamar. Lo hacían cotidianamente los vecinos tras el comentario y los niños en sus juegos. En las noches, sólo se juntaba la puerta o se cerraba con tranquilla para evitar la entrada de la lluvia y el viento, que no de ladrones.

Lo mismo ocurría en Ancud, donde, a veces, hasta los negocios permanecían toda la noche con las puertas "juntas". La prensa llamaba la atención sobre la excesiva confianza o "el descuido en que incurren con mucha frecuencia de dejar abiertas las puertas de las casas durante la noche... Tenemos conocimiento - dice la prensa en 1913 - que en la madrugada de hoy solamente, la policía

encontró abiertas cuatro casas, entre ellas, una de comercio"¹⁴⁵.

La vida era así. Tranquila y sin temor. Cerrojos y llaves casi no tenían uso por innecesarios, y la misma despreocupación había por los patios dentro de la traza urbana, los que permanecían con innumerables aberturas en los cercos por donde trajinaban libremente cerdos y gallinas de distintos dueños. No había necesidad de aislarse para asegurar la privacidad con altas rejas de fierro o recios muros de cemento como se veía en otras ciudades chilenas.

Se sabía cómo llevaba su vida cada cual, o se especulaba. La calle era de caras conocidas y repetidas porque todos se veían a diario: el caballero, el cura o el carretero. Los niños de barrio eran identificados por el nombre de la madre: "el chico de la Berta" o "la Julita de la María", un modo de identificar con sabor a pueblo. Se sabía quién se iba a Magallanes y quién regresaba, así como no se ignoraban los casamientos, bautizos o Primera Comunión dentro de los respectivos barrios. En el centro de la ciudad, el foráneo era reconocido por sus gestos y manera de ser diferentes. Cuando llegaba un extraño al pueblo despertaba curiosidad; se indagaba sobre su persona, se le escudriñaba, y a los pocos días el vecindario sabía quién era, de dónde venía y a qué.

La pequeñez de la ciudad y el aislamiento explican la vida *intramuros*, cuando Castro tenía el aspecto de burgo y todo se desenvolvía al interior de sus imaginarias murallas. Pero sin fuentes de trabajo y, por lo mismo, incapaz de retener su población que, cuando podía, salía por ese "puente levadizo" que era el puerto. Los hombres ricos y los profesionales estaban un tiempo breve y se iban. Lo mismo sucedía con los más pobres. Se vivía con las maletas prestas. El tono de la existencia era como de campamento. Parecía que se estaba "por mientras" y que en el momento menos pensado se despoblaría todo, porque cualquier proyecto de vida se situaba fuera del pueblo. Se soñaba con salir a bordo de un vapor grande.

No había fábricas, ni se conocía el ulular de las sirenas para llamar a los obreros como en otras ciudades del país, ni había antes de los años treinta actividad sindical que con alguna huelga o

¹⁴⁵ La Cruz del Sur, Ancud, 26 de julio de 1913.

protesta callejera alterase el tedio de la vida cotidiana. Había sí, comerciantes de mediana y poca monta y algún millonario; preceptores, curas y frailes con sotana, vendedores playeros con sus almudes, empleadas domésticas, herreros, deshollinadores, picadores de leña, cuando la vida se daba por buena si se tenía una ocupación por humilde que fuera y se merecía el aprecio de la gente. Época en que los pocos empleados públicos o particulares cumplían la jornada laboral en dos turnos tranquilos y pausados, separados por el mediodía sin ausentarse del hogar más de lo preciso cuando la oficina se cerraba a las 12 para almorzar en casa. Años del empleado de Correos, del vendedor ambulante, del cargador portuario, del carpintero, y de la mujer sencilla que cocinaba para la venta, lavaba y planchaba para terceros, y de los niños que combinaban el juego callejero con el cuidado de los chanchos o servían en los mandados después de la jornada escolar o ayudaban al padre en el taller de carpintería para heredar el oficio. El esfuerzo de toda la familia se veía también en el pequeño negocio, donde la mujer secundaba al marido en llevar las cuentas, las hijas atendían el mostrador y los niños ordenaban la mercadería que descargaban las carretas. Una "unidad doméstica" o conjunto de personas que habitaban una misma casa con tareas específicas. Así se ganaba la vida, cuando Castro tenía 200 familias en 1900 y 400 en 1920.

Pero había jerarquías: personas principales, de estratos medios y modestas. Para los de mejor condición social, aquéllos que vivían en casas grandes, casi señoriales de calle Blanco antes de 1936, la vida privada se intentaba fuese precisamente privacidad. Recibían con cierta formalidad a las visitas en el salón decorado para tal fin, como antesala del resto del hogar. No era como en las casas del común donde para las visitas no había ceremonial alguno. Se los hacía pasar a la cocina y se les ofrecía café *Ciclón* y churrascos cuando la cocina era, a veces, toda la casa.

Y es que, en los barrios populares, la vida privada no podía ser tal y, mucho menos, cuando en la casa se hacían trabajos para terceros. La costurera cosía en casa, recibía a las clientas para las pruebas en la misma pieza del dormitorio donde tenía su taller, o en la sala de estar donde instalaba la máquina de coser y el espejo. Lo mismo en casa del zapatero remendón, donde trabajo y vida

privada se confundían, como se confundía en la carnicería cuando ésta estaba en el mismo hogar, separada sólo por una puerta interior, o como en el pequeño baratillo acomodado en la pieza que miraba a la calle.

En situaciones como las descritas era difícil separar el tiempo propio del tiempo dedicado al trabajo. Tampoco podía ser propio el tiempo de la empleada doméstica que trabajaba en casa de su patrona puertas adentro. Ni tiempo propio ni privacidad. Su cuarto en la casa principal o en la *mediagua*, generalmente sin llave para aislarse a la hora de dormir, carecía de comodidad para guardar sus pertenencias. Su ropa sobre la cama; su dinero, cartas o joyas en algún bolsillo. El único tiempo propio era el día libre.

En las casas más pobres, el espacio propio era inexistente. La estrechez, la incomodidad, la falta de luz atentaba contra la privacidad individual. En la cocina, que solía ser la única pieza, se cocinaba, se amamantaba la guagua y se hacían las tareas a la luz de la vela. Tal vez allí mismo estaba la abuela enferma acostada en el diván junto al brasero. No era extraño que hubiera menos camas que las necesarias, atentando contra la intimidad conyugal o la privacidad de la hija adolescente. Por eso, la vida transcurría también en la puerta de calle, buscando la oxigenación, la noticia o el pololeo. La puerta semiabierta era una tenue frontera entre lo privado familiar y lo público.

Un modo de vida condicionado por la pobreza y la cultura popular, antítesis de la comodidad de las casas y hábitos de los vecinos pudientes, y mucho más con las nuevas construcciones de cemento de fines de los treinta y principios de los cuarenta, que acentuaron la privacidad de la élite. Casas de fachadas continuas con negocios abajo, ahora protegidos con rejas metálicas, y el hogar arriba, lejos de las miradas curiosas. Mientras lo público se vivía en la tienda donde el comerciante se relacionaba con la clientela, lo privado estaba escaleras arriba, en el hogar, ámbito de la mujer y la familia, cuando las doñas eran sumisas a la autoridad del marido y los conflictos por celos no traspasaban los umbrales de la casa de cemento que ocultó los gritos y las riñas, en contraste con los barrios populares donde las peleas conyugales eran a viva voz a la vista de todos, comprometiendo al vecindario. Los hombres ricos, al tiempo

que sentían necesidad de ocultarse en el ámbito privado, protegiéndose de la mirada de los demás, procuraban distinguirse en el ámbito público ostentando su estatus. El acaudalado pudo elegir el tipo de casa que quería para habitar de acuerdo al tipo de vida que quería vivir, porque en los años veinte el pueblo consolidó su estructuración en barrios "preferentes", como eran las calles Blanco, Gamboa, Serrano, Thompson y Latorre, habitadas por vecinos de mejor pasar. Allí la vida se desenvolvía entre iguales, y sus moradores eran, en general, mirados con más respeto y estima, o curiosidad, como los vecinos de algunas casas que estaban rodeadas de cierto misterio por ser ámbitos cerrados donde nadie sabía qué sucedía en su interior. ¿Quién podía saber qué ocurría en "El Castillo" del Pasaje Díaz?

No eran como las casas relativamente "abiertas" de los barrios modestos, cuyas relaciones con el vecindario eran más espontáneas y sin recato ni disimulo. En cambio, las señoritas de "buena familia", mostraban en público actitudes más mesuradas, estudiadas y reservadas respecto de la privacidad de su hogar. Había razones para temer a las murmuraciones, porque el pueblo lo que no veía lo inventaba o lo que sabía lo exageraba, y aunque los caballeros se ocultaban en sus casas, no por ello escapaban a los comentarios o simples rumores que si eran sabrosos por escandalosos, luego lo publicaba la prensa, obligando al afectado a salir en defensa de su honor, utilizando el mismo periódico.

No era muy diferente en los demás pueblos de la Provincia, incluso en Ancud, donde los hábitos de la población, no obstante su importancia administrativa y mayor tamaño, eran los propios de las sociedades aisladas donde la copucha era cotidiana. La prensa ancuditana llamaba en 1913 a abandonar "los inveterados chismes que muchos infelices saborean aún con fruición; las pequeñeces y miserias de la vida que perturban todo orden social; las negras envidias que agrian el carácter y pervierten el criterio, y muchos otros vicios de que adolece toda sociedad cuyos miembros viven aislados y recelosos unos de otros...., más hablan a favor de un pueblo las buenas costumbres, un atrayente y culto trato social que veinte chimeneas y cincuenta cantinas"¹⁴⁶.

¹⁴⁶ *Ibidem*, 7 de mayo de 1913.

Había que protegerse. El vecino importante era reservado sobre su privacidad hogareña, su riqueza o sus aventuras amorosas, pero deseaba ser considerado por su estatus social, su influencia política o su nivel intelectual. El pueblo le reconocía méritos, lo respetaba y admiraba, pero también lo envidiaba y pelaba, porque toda la corta población estaba dividida en bandos políticos que se valían de todos los medios para elogiar a sus partidarios y enlodar a los contrarios, averiguando cuanto podía sobre algún desliz en la vida privada de los vecinos principales.

Las empleadas domésticas eran las que conocían más de cerca las intimidades de sus patrones. Por esa vía, la vida cotidiana del hogar era conocida en todo el pueblo, o eso se suponía. De ahí los consejos, recomendaciones y amenazas a las sirvientas para mantener la boca cerrada. Pero, con el despido, la boca se volvía loca cuando el nuevo patrón mostraba interés por las privacidades del anterior. Así no podía haber secretos en el pueblo.

Se hurgaba la casa del vecino decente, rico y distante. Había curiosidad por saber qué hacía puertas adentro. Tal vez esas puertas escondían desavenencias y conflictos vergonzosos. El padre de la guagua de la sirvienta pudiera, tal vez, ser el mismo dueño de casa, posibilidad que pasaba a ser cierta cuando se hacía *vox populi*. Un modo de vivir de pueblo chico. El caballero podía no ser tal. Quizá sólo aparentaba, porque se suponía que la familia escondía conflictos. Entonces la vida del rico podía ser tan miserable como la del pobre. Desaparecían las distancias al menos en esto. La vida opaca del pueblo necesitaba de estímulos y disfrutaba con el rumor de torpezas, vulgaridades o inmoralidades en casa del vecino "palogruoso". De ahí, las inmolaciones de que eran víctimas el caballero estirado, el alcalde o el gobernador. Al borracho pobre y vulgar que castigaba a diario a su mujer se le podía reprochar a viva voz. Al rico, se le demolía con cuchicheos bajitos que, no obstante, se oían en toda la ciudad. Había que saber cuán privadas podían ser las privacidades para evitar estar en boca de la gente, como recomienda el Dr. Waldo Brüning, después de haber cometido el error de pasar la noche en un prostíbulo¹⁴⁷.

¹⁴⁷ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 209.

Pero, en general, el castreño y todos los chilotes creían en la familia. En los sectores sociales altos no se podía concebir niños sin padres. Los niños "guachitos" de los sectores populares eran mirados con compasión y se suponía que nada bueno se podía esperar de ellos cuando llegaran a adultos. Los hijos "de familia" honraban a sus padres y respetaban a los "mayores" de toda condición social. Las madres consideraban pecado hablar de sexo, cuidaban y vigilaban el comportamiento de los hijos adolescentes, cuyas aventuras amorosas manchaban el honor de la familia. El pololeo callejero era mal visto y se era especialmente estricto con las niñas. Se vigilaba la moral. *La Cruz del Sur* decía en 1913 que "la mujer polola no es buena mujer, ni podría ser buena esposa, carecería... de ascendiente sobre los suyos para educarlos". El pololeo es "el juguete de la juventud vacía y ociosa". Mujeres como éstas "prostituyen el amor... Todos huyen de la mujer callejera y nadie se casa con una mujer polola. Son como las flores que han perdido su perfume y como un templo sin santuario"¹⁴⁸. La prensa católica sentenciaba: "Los pueblos son verdaderamente civilizados cuando son verdaderamente morales. Moralidad es regla cierta para practicar la virtud y evitar el vicio"¹⁴⁹. Así era en los sectores más conservadores de la sociedad castreña y ancuditana, donde los conceptos matrimonio y familia valían verdaderamente¹⁵⁰ y se privilegiaban los valores antes que el conocimiento. Francisco Cavada critica el frío pragmatismo que asomaba en las ciudades del centro del país hacia 1914, y apunta, en cambio, que "las madres chilotas... preferían para sus hijos las galas de los encantos de la virtud al brillo, falso muchas veces, de la moderna educación". Y añade: "¡Así es como, a pesar del desdén con que se le mira, se mantiene todavía encendido en este pueblo sencillo y sobrio, el fuego de nuestras antiguas virtudes domésticas".

Los padres preparaban a sus hijas para ser buenas esposas, para saber elegir maridos virtuosos, honrados y con buen pasar. Las niñas debían saber de moralidad, fidelidad y tener educación religiosa, pero también saber "coser, planchar, bordar, hacer

¹⁴⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 23 de abril de 1913.

¹⁴⁹ *Ibidem*, 14 de enero de 1913.

¹⁵⁰ Barrientos Díaz, Pedro, *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 230.

calcetas, vestidos, guisar y ser buenas reposteras, saber comprar y economizar, tocar el piano, la guitarra y saber pintar¹⁵¹. En fin, saber comportarse como mujer. Benedicto Chuaqui vio en los villorrios del interior "adolescencia sin malicia", jovencitas aldeanas de "maravillosa sencillez". En todas partes de Chiloé, vio "excelentes dueñas de casa", donde "la vida [es] tranquila y alejada de toda agitación mundana"¹⁵², y Pedro J. Barrientos dice que en Chiloé "la juventud conserva el santo rubor"¹⁵³. Así era en tiempos en que la sociedad giraba en torno a la Iglesia bajo la severa mirada del obispo, cuando la feligresía era conducida por el camino de la Fe a través de *La Cruz del Sur*, de Ancud, que publicaba sin pausa las obligaciones del católico, incluyendo el calendario anual de los ayunos y abstinencias, como era en los años treinta, en tiempos del Obispo Abraham Aguilera.

En lo religioso, todos eran católicos con un alto número de devotos practicantes y misa semanal, aunque en las familias de primera distinción asistir a misa tenía, además, mucho de acto social. Sólo había un pequeño porcentaje de ateos o incrédulos. Los pocos masones que había en los años veinte, tanto en Castro como en Ancud, eran las excepciones en una sociedad mayoritariamente católica y temerosa de Dios. Se creía en la realidad del alma, en el pecado, en la vida después de la muerte y en la presencia del demonio. Más cumplidoras las mujeres que los hombres, sentían la religión como un consuelo para los pesares de la vida, y en los momentos de angustia hallaban en la oración las fuerzas necesarias para sobreponerse. Las madres valoraban la importancia de la enseñanza de la religión para sus hijos y se enorgullecían cuando alguno sentía vocación por las sotanas. Un hijo cura o fraile era una bendición de Dios.

La confesión semanal era el modo de exculpar los pecados. Se deseaba estar preparado para cuando la muerte lo sorprendiera, pero, al parecer, se confesaban más mujeres que hombres y más niños que adultos. Y aunque la confesión era un secreto que se sabía no sería divulgado, los hombres recelaban de confiar sus

¹⁵¹ *La Voz de Castro*, Castro, 1º de septiembre de 1904.

¹⁵² Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., pp. 207-208.

¹⁵³ Barrientos Díaz, Pedro, *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 230.

intimidades a ciertos curas reconocidos como de tendencia política opuesta.

La mujer era de la casa. Su papel era cuidar y enseñar a los hijos los valores de la familia y atender al marido. En general, la mujer casada no desarrollaba labores fuera del hogar, y su vida social estaba circunscrita a su entorno inmediato, excepto las esposas de funcionarios de mayor rango que solían integrar sociedades de beneficencia y organizar actos sociales para tal fin.

Pero no era bien visto que participara en política, o tuviera costumbres liberales. La mujer decente debía cuidarse de ser objeto de comentarios respecto de su vida. Por eso, el periódico católico se refería negativamente a mujeres librepensadoras como la española Belén de Sárraga, a quien *La Cruz del Sur* calificaba en 1913 de "política anárquica... indecente mujerzuela... separada ya de siete maridos"¹⁵⁴. Ejemplos como éstos no debían tener imitadoras.

Las pocas mujeres que por su profesión trabajaban fuera del hogar, eran las profesoras, las auxiliares de Hospital y alguna jefa de oficina. Otras, como las matronas, en los años veinte y treinta eran, generalmente foráneas, con un concepto menos tradicional de la vida.

En fin, una sociedad católica y moralista, pero refugiada en tradiciones que no se conciliaban bien con los tiempos, sociedad castraña de escasa visión de mundo, con un concepto particularista de la existencia y prisionera de supersticiones que llevaban siglos. Las personas cultas se contaban con los dedos de la mano; las pocas lecturas giraban en torno de la Fe, y la prensa católica advertía sobre los peligros de la literatura liberal y los artículos de la prensa firmados por redactores ateos. Lecturas paganas eran "esas novelas impúdicas, esas revistas que llaman ilustradas y que con sus láminas y grabados encienden las pasiones, anidan pensamientos de torpezas, ofuscan el entendimiento y endurecen el corazón", o "esa multitud de periódicos que con el pretexto de información, son escuelas de costumbres corrompidas, de infames enseñanzas que después se traducen en lágrimas y miserias, en ruina de las familias, y en honda perturbación para los pueblos", decía *La Cruz del Sur* en 1913¹⁵⁵, al parecer, refiriéndose, sin expresarlo, a *La Voz de Castro*.

¹⁵⁴ *La Cruz del Sur*, Ancud, 9 de abril de 1913.

¹⁵⁵ *Ibidem*, 7 de mayo de 1913.

Las familias pudientes y educadas tenían menos hijos que las de los estratos populares. Se prefería los hijos varones antes que a las mujeres. Buscando al varoncito, crecían las familias en los sectores pobres, a pesar de la mortalidad infantil que alcanzaba al 24,2% en 1944 (6,1% más elevada que el promedio del país que era de 18,1%)¹⁵⁶ a causa de la insalubridad de la casa sobre pilotes, de la estrechez de la misma, del agua contaminada de vertientes antes que se instalara la de cañería, de la costumbre inveterada de dar a luz con partera y de la medicina popular de la *meica* y el curandero. Con todo, 292 madres tenían más de 10 hijos en la Provincia el año 1936¹⁵⁷.

Vecinos principales algo cultivados, vecinos de sectores medios menos instruidos, y un vasto sector pobre iletrado. Entre todos era, tal vez, el castreño popular el que representaba mejor al chilote tradicional que nutría el imaginario que se tenía de Castro. Una mezcla de cristiano, pagano y fatalista; solidario, respetuoso y dócil; sufrido, mundano, machista, incumplidor e inconstante. El habitante común pintó el rostro de aquel Castro modesto de los primeros treinta años del siglo XX, debatiéndose entre el trabajo ocasional, el solaz de la cantina y los sueños de emigrar a Magallanes.

La vida para él no estaba sujeta a reglas. Se levantaba con los ojos puestos en el bar para evadirse de la realidad. La cotidiana presencia callejera de hombres borrachos eran cuadros normales, y pocas veces la ebriedad a la vista de todos merecía los reproches del vecindario. "Con un cañazo en el cuerpo se trabaja mejor", se oía decir en el puerto, donde las escenas de hombres jóvenes empinando el codo a intervalos muy breves eran habituales en cualquier faena en el muelle, en la Estación, en "La Playa" o en la calle, donde el trago de vino se repetía tras cada pequeño esfuerzo. En todo Chiloé se veía lo mismo. En 1936 hubo 1.966 hombres y 38 mujeres presos por ebriedad¹⁵⁸.

¹⁵⁶ Anuario DIC, Santiago, 1946, p. 289.

¹⁵⁷ Anuario Estadístico de Chile. Año 1936. Vol. I, Demografía y Asistencia Social, *op. cit.*

¹⁵⁸ *Ibidem*, Vol. II, Política, Administración, Justicia y Educación, p. 51.

VI. Modas urbanas e indumentarias rurales

En Ancud se veían más caballeros y señoritas de aspecto distinguido. Ellos y ellas estilaban vestirse mejor que el vecindario de Castro, aunque no mucho más. Las adolescentes ancuditanas se preocupaban de las modas, aprendían a tocar el piano, a comportarse con modales refinados, a prepararse para el matrimonio, a recibir visitas, y a tratar a los mayores, como era la educación en el Colegio Inmaculada Concepción, donde lo esencial de la enseñanza eran las virtudes hogareñas y los valores morales¹⁵⁹.

En Castro era todo más simple, más gris en modas y menos refinado en modales. Un pueblo vestido de negros, azules, cafés y marengos. Ningún asomo de alegría. Sólo la corbata era de colores en los más pretenciosos. El poncho más corriente era de lana cruda sin un adorno o franja que pudiera testimoniar un poco de vanidad masculina. Hasta los pañuelos eran oscuros: lacres, granates, lirios, negros, azules y cafés, colores "adecuados para el sur", decía la propaganda en 1904. Se usaban las bayetas marca *Edwards* en 1906. Las mantas "de Castilla" eran bastante comunes en 1915. Se compraban en los negocios de calle Lillo. Mantas negras de aspecto tétrico. Hombres con manta y sombrero parecían *guarros*, decía la gente. Sin embargo, estos gruesos envoltorios se conciliaban mejor con el clima, y ciertos patriarcas de las islas y pueblos aledaños las usaban cotidianamente.

En Castro llegó a existir un *Club de Trajes*, en 1919, "dedicado al pueblo obrero"¹⁶⁰. Pero, en general, lo que se llevaba era pasado de moda. Si en otras ciudades lo que se apreciaba era la moda breve, de una temporada, entre los castreños primaba el vestuario heterogéneo con prendas de varias épocas. Nada de arte ni de gusto en el vestir. Las costureras repetían los modelos por años. Si algo había que pudiera llamarse moda a principios de siglo, era la ropa ajustada. La falda ceñida por todas partes y larga hasta el suelo, dejando ver las formas del cuerpo, tan ajustada que las mujeres -al menos las más elegantes- sólo podían caminar a pasitos cortos. Y ceñidos también el corsé y, por supuesto, los calzones y refajos. Con el corsé se ajustaba la cintura para estilizar la figura hasta el

¹⁵⁹ Radio Estrella del Mar. *Ancud, testimonio de un siglo que se fue*. Serie Memorias del Archipiélago. Mil voces y un pueblo. Servicio de Comunicaciones Radio Estrella del Mar de Ancud, Imprenta Wesaldi, Temuco, 1999, pp. 223-224.

¹⁶⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 1919.

punto de hacer difícil la respiración. No todas lo usaban, pero como era la prenda más íntima, los varones piropeaban en la calle. ¡Quién fuera corsé!

No siempre se veían bien varones y damas, porque no se combinaban las prendas. A veces, el traje encogía con la primera lluvia. En 1904, la prensa decía que los castreños se paseaban "luciendo sus desmirriados trajes... cuyos anticuados cortes se parecen a aquellos allá por el año 1900 o 1901. Les veréis en abigarrados grupos y ya os hará el cosquilleo inicial de una carcajada, la visión de una gruesa jamona empolvada y sudorosa vestida de marinerito; ya una señorita enclenque y desgarbada que al andar quiebra la cintura rítmicamente con un movimiento de ave de corral; ya un sujetón enfrentado estrictamente a un chaquet de aquellos que permiten al que lo lleva echar mano al revólver sin levantar el faldón. Y ellas, las damas, se pavonean orgullosamente, mostrándose muy ufanas... Y ellos... bien quisieran pavonearse también, pero... es el caso que no puedan hacerlo: usan unos zapatos tan ajustados, hechos en la zapatería de Oliverio". El exagerado articulista termina diciendo: "No sé si habrán reparado Uds. qué rastros del terruño tienen la bárbara creencia que para ser elegante, es menester andar trayendo todo bien prieto"¹⁶¹.

En los años diez y veinte, los caballeros usaban cuellos postizos, como postizas las "pecheras" y los puños. Lucían mejor en domingo con trajes que hacían los sastres Daniel Miranda, Domingo Canales, Francisco Silva, Ignacio y Juan Vergara, en 1913. Pero irremediablemente grises, aunque menos desaliñados que el resto, como en los años treinta, en que el traje negro se combinaba con camisa blanca de cuello de puntas redondeadas, cuando el cuello duro marcaba diferencias.

El sombrero era forzoso entre los vecinos que se preciaban de caballeros. En 1900, eran los de "copa", negros y grises, altos y brillantes, peludos o lisos. Se los llamaba también sombreros "de tubo" o "colero". Cuando llovía, se arruinaban o volaban con el viento, y su dueño detrás. Los había, además, de "copa baja", redondeados y con ala levantada en los costados.

Entre los caballeros -más numerosos en Ancud- abundaban las barbas y bigotes a principios de siglo. Barbas negras, castañas

¹⁶¹ *Ibidem*, 15 de septiembre de 1904.

o canas, bigotes densos levantados en los extremos. Braulio Moreno, de Ancud, lucía así en 1925, cuando tenía unos 70 años. Pascual Álvarez¹⁶² prefería el bigote y barba al estilo "Búfalo Bill" cuando vivía en Valparaíso en la frontera de los dos siglos. Pedro J. Andrade, de Chonchi, en cambio, lucía bigote blanco y caído, en 1915, como lo usaba también José Gregorio Garay, de Ancud, con su bigote negro estilo "Artigas" que le daba un aspecto severo, muy diferente a Francisco J. Oyarzún, de Chonchi, con más barba que bigote. Había que lucir "barbas de caballero", barbas que se cuidaban, visitando de vez en cuando la peluquería para recortárselas o encrespárselas, porque eran más elegantes las crespas que las lisas. Por las barbas desordenadas y demasiado largas se decía tener "las barbas por el suelo".

Había caballeros que sobresalían por su figura y vestuario. Teodoro Kamann tenía aspecto de tudesco. Cabellera blanca, mirada penetrante, bigote y barba breve, corbata anudada sobre el cuello blanco de su camisa, elegante traje negro, chaleco, cadena y reloj. Así se veía cuando vivía en Ancud a comienzos de siglo. Daniel Cavada, ancuditano también, parecía un "dandy". Bigote prusiano levantado en sus extremos y barba breve terminada en punta. De parecida distinción eran Rodolfo Westhoff¹⁶³, de Ancud, y Francisco

¹⁶² Francisco Pascual Álvarez nació en Putemún en 1827. Sus padres fueron Francisco Álvarez Cárcamo y María Henríquez Zafia del Castillo. Fue diputado por Chiloé. Presidente de la Sociedad de Buques y Maderas desde 1871. Como tal "llenó de barracas de maderas las calles Yungay y Chacabuco" de Valparaíso. Era dueño de buques bautizados con nombres de sus hijos e hijas. Filántropo de Valparaíso y miembro de ilustres familias de Chiloé. Su hermana Antonia era casada con el brigadier Antonio de Quintanilla. Francisco murió en Valparaíso a la edad de 43 años.

¹⁶³ Rodolfo Westhoff Cavada nació en Ancud en 1870. Sus padres fueron Felipe Westhoff y Carmen Cavada. Estudió en el Liceo y Seminario de Ancud. Inspector del Liceo y profesor de Historia y Geografía. Teniente en el Regimiento "Chiloé" en 1891. Alcanzó el grado de capitán. Encarcelado en Santiago después de la Revolución de 1891. Director de Colonias en la Provincia de Llanquihue. Alcalde de Ancud. Fundador de los clubes sociales *Chiloé* y *Ancud*. Fundador y redactor del periódico *Pudeto*. Gobernador de Carelmapu (1922-1926). Su padre, Felipe Westhoff, fue Subdelegado Marítimo de Guaitecas. A él pertenece la "Memoria del Subdelegado Marítimo del Archipiélago de los Chonos o Guaitecas", en: *AUCH*, T. XXI, N° 7, Santiago, 1867, pp. 445-450. Hermana de Rodolfo era Elsa Judith Westhoff Cavada. A su muerte, Darío Cavada escribió: "Corona fúnebre a la memoria inolvidable de nuestra querida esposa, madre y abuelita Elsa Judith Westhoff Cavada, fallecida en Valparaíso el 23 de enero de 1938", Imprenta La Económica, Santiago, 1938. Véase Cavada, Darío, *Genealogía de la familia Cavada*.

Lagreze Frick, de Chonchi¹⁶⁴.

En Castro, había quienes usaban trajes a la medida con telas de gabardina o casimir para ir a misa corbateados "de rosa" y con sombreros bien hormados de troupé o paño en los años treinta. Así lucía Augusto Kamann, descrito como "impecable en el vestir" y, a diferencia de la mayoría, "culto y de modales finos [y] gran don de gentes... de gran ascendiente entre las mujeres", dice su amigo el Dr. Waldo Brüning¹⁶⁵. El abogado Félix Díaz, en 1932, cuando tenía unos 35 años, era "alto e impecablemente vestido a la última moda, con un sentador sombrero calañés, una flamante y multicolor corbata de seda, un fino pañuelo blanco que asomaba sus cuatro puntas en el bolsillo chico de la chaqueta e incluso unas llamativas polainas plomas"¹⁶⁶.

Eran ricos e influyentes, como lo era también Augusto Riffart en 1932, cuando tenía unos cincuenta años, descrito como "de baja estatura pero contextura muy fuerte. Con su cara redonda y rosadita en los cachetes, su pelo rubio erizado y ya un tanto raleado, y los lentes ópticos de gruesa armadura que usaba para la miopía, no podía desmentir sus típicos rasgos de buen teutón"¹⁶⁷. Ciriaco Álvarez, en cambio, era de aspecto físico opuesto y, a diferencia de los pijes, carecía de toda pretensión en el vestir. No obstante, impresionaba por su vigor físico, recia personalidad y agilidad mental. Mediana estatura, tez morena, cuello grueso, espaldas anchas, cabello negro y algunas canas, voz sonora, sonrisa amplia y sincera, modales sencillos, modesto en el vestir, camisa abierta sin corbata¹⁶⁸. Francisco Cavada dice que Ciriaco Álvarez tenía "mucho de rey [del ciprés] y con algo de mendigo [por] su habitual modestia en el vestir. Un poncho grueso y un traje y jockey de hidalgo

¹⁶⁴ Francisco Lagreze Frick nació en Melinka en 1873. Sus padres fueron Enrique Lagreze y Clotilde Frick Asenjo. Estudió en la Escuela Militar desde 1888 hasta 1890. Estuvo incorporado al ejército alemán. Formó parte de comisiones militares en el extranjero. Instructor del ejército del Salvador. Intendente interino de Talca, Valparaíso y Antofagasta. Su padre, Enrique, fue socio de Felipe Westhoff, el fundador de Melinka. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 213-215.

¹⁶⁵ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 150.

¹⁶⁶ *Ibidem*, p. 55-56.

¹⁶⁷ *Ibidem*, p. 64.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 212.

regional; unas ojotas de cuero de vacuno eran sus vestiduras de monarca¹⁶⁹. Ciriaco era un hombre rico como pocos y de aspecto pobre como muchos.

Los más caballeros usaban la gomina *American Brady* en 1925, salían a la calle con bastón y se lustraban los zapatos en domingo, el mejor día para los lustrabotas, sobre todo en verano. ¡Una lustraita!, decían, con los ojos puestos en el calzado. En invierno, la lustrada alcanzaba sólo para ir a misa. El resto de la semana se caminaba por el barro y el piso de las casas quedaba imposible con el lodo de botas y zapatos. Por eso, también, la costumbre de *baldear* las piezas.

Época del zapatero remendón. Había 21 de éstos en 1907 en el Departamento de Castro. Se abastecían de materiales en la Suelería de Francisco Birke. Se llamaba zapatería *La Chilotita* y vendía cuero francés, cabritillas, chagres ruso, charol y todo lo necesario para calzar en 1904. En 1909, los cueros llegaban desde Ancud. Allí había una curtiembre de José y Augusto Kreisel y otra de Enrique Trautmann, quienes fabricaban suelas, badanas y toda clase de materiales de talabartería¹⁷⁰. Comercios como éstos siempre hubo dos o tres en Castro, hasta que Augusto van der Stelt monopolizó el rubro en 1927 y siguientes. En su negocio de calle Blanco vendía tacos, suelas, incluso de goma *Avon Continental*, hilo, agujas de zapatero, tachuelas, escobillas y cuanto era necesario para remendar calzado: zapatos, botas de suela de madera, incluso botas chantilly para caballeros.

El zapatero cumplía un importante papel en el pueblo. En Ancud también. Un testimonio dice que se trabajaba con estaquillas de madera dimensionadas. Había de media pulgada, algo así como pedacitos de caña de fósforos con punta, a modo de clavo. El zapatero tenía un martillo que se llamaba *clavador*. En un palo de luma con un alambre acerado, también dimensionado de media pulgada y de una pulgada para preparar la suela, se ponía la estaquilla, luego con el *clavador* se introducía de un golpe, y se cosía el zapato.

¹⁶⁹ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 150.

¹⁷⁰ Radio Estrella del Mar, *Ancud, testimonio...* (Recuerdos de Guillermo Kreisel), op. cit., p. 52.

Contaba con un martillo *batidor*. Este servía para endurecer la suela, moldeada contra una plancha que se ponía en la rodilla del zapatero¹⁷¹. Todos necesitaban del zapatero remendón, porque los zapatos nuevos eran caros y se arruinaban pronto con el agua y el barro. La suela y el taco se cambiaban varias veces durante la vida útil del calzado y, para protegerlo del agua, se enceraban.

Las damas más cursis usaban sombrero, porque mujer decente sin sombrero era como un insulto al buen tono. No era de todos los días, pero hacia 1900 y en ocasiones especiales se podían ver sombreros decorados de encajes, plumas, cintas y flores para lucir en casamientos y banquetes. En los años veinte, las damas de sombreros y figuras estilizadas con vestidos a la moda se veían pasar a bordo de los vapores y en las visitantes foráneas que llegaban al pueblo. Más elegantes que las castreñas eran las mujeres ancuditanas, porque allí las modas y las maneras se acercaban a lo que se estilaba en otras capitales de provincia. El ambiente social de Castro de los primeros veinte años, así como la incomodidad de sus calles, no eran a propósito para el lucimiento personal, ni había para qué usar guantes hasta los codos, "de previl" o de gamuza. Las señoras que llegaban con sus maridos profesionales o simples empleados de oficina, al poco tiempo de estar en el pueblo abandonaban los delicados sombreros, las blusas de *marquissette* o las de *volle linen*, los mantos de seda y los guantes por innecesarios o los reservaban para alguna ocasión especial que se prestara para lucir el sombrero de ala ancha con grandes plumas a lo D'Artagnan. Pero tener sombrero fino sobrecargado de encajes costaba caro. Una fiesta de gala a la que asistían las señoritas "bien", hacía tiritar los bolsillos del papá, aunque tales sombreros podían comprarse "al fiado" en la tienda *La Castreña* de Bernardino Triviño. Y no sólo sombrero. Estas ocasionales fiestas exigían vestido y zapatos nuevos, lo que no era poco decir.

Para las jovencitas y señoras "chic", estaba de moda el lápiz labial *Carmen*, y de moda también los *Polvos del Harem* en rochel, blanco, ocre y rosado, o Flores de Plata o Violeta, polvos *Catty*, *Pompeya*, polvos *Narcisa*, en fin, los *Flor del Amor*, además de las

¹⁷¹ *Ibidem*, (Recuerdos de Raúl Huelco), *op. cit.*, p. 56.

colonias, el jabón *Marsella* y la crema *Forvil*. Y, por supuesto, el cutex natural y de rosa en los años veinte. Y para el cutis no faltaban las *Píldoras del Dr. Williams*, que se recomendaban "para regenerar la sangre" y lograr el rosado de las mejillas. Las chicas más vanidosas se quitaban los vellos con el depilador "del Dr. Martins" en los años veinte y treinta, y para lucir las piernas usaban medias de seda "con flecha" y "sin flecha" o con "flecha calada", incluso medias "de pie francés" y con "talón en punta, o medias *Holeproof* de lana o seda, o las de pura lana "borlón". Las damas más finas agobiaban su cintura con fajas elásticas *Nirvana* para estilizar la figura, aunque más común era usar el ajustado corsé. Las mujeres exigentes eran inseparables del baño con jabón *Rococó*, o *Jabón de Chipre* en los años treinta, cuando no había más que la batea o la tina que llenaban con agua calentada en la cocina en los tiempos de las jarras y lavatorios.

Las señoras se veían mejor presentadas sólo en verano. Usaban zapatos negros o blancos de tacón y pulsera de botón y ojal, carterita minúscula del color que fuera, y coqueto sombrerito de estilo al menos en ciertas damas de la élite. Así iban a misa o al Teatro de los Bomberos en verano, si no llovía, por las calles medianamente secas, porque en invierno cualquier calzado fino quedaba inservible en los barrizales. Tampoco había razón para usar ropa de noche, porque sólo con ocasión de banquetes o bodas relativamente formales solían verse tenidas de acuerdo a la circunstancias.

Pero, la elegancia en vestuario y afeites eran excepcionales, porque, en general el mundo de la moda no existía en situaciones normales. Tampoco el de las formas y maneras refinadas. No era necesario arreglarse para salir a la calle. Tal como estaba la doña, dejaba sus quehaceres caseros para ir al almacén, sin quitarse el delantal y sin otro arreglo que ordenarse un poco el cabello afirmándose los pinches, horquillas y peines de carey, o las diminutas peinetas y broches que regularmente saturaban la cabeza. Si era invierno, se arropaban con un chalón grueso de lana.

Por eso, también, las fachas tan similares. El comer invernal de costillares, *llocos* y *chochocas* eran causa de los talles anchos. El caminar elegante y con gracia tampoco se conciliaba con la elementalidad de las calles de barro y pozas, de aceras desaparejas,

si las había, o veredas de tablones, con todos los apuros que es de imaginar bajo la lluvia. En esos años, desde pequeñas, aprendían a caminar a trancos y a despreocuparse del bien lucir. Los vestidos, blusas y trajes de tonos claros que se veían en las revistas de moda, no se avenían con los inviernos ni con la pobreza del común. Sólo en verano, alguna agraciada jovencita de buena figura se aventuraba a salir con delgadas prendas algo más llamativas, un poco más alegres, y a veces, hasta sensuales. Y, por supuesto, todos volvían a ella sus miradas, como parece haber sido el caso de la "Rubia Alicia" en 1932 o el de aquellas "jóvenes rubias... de llamativa belleza, de lindos ojos azules y cutis envidiables", o como la joven Elena Zamudio, rubia también, según las recuerda el Dr. Brüning¹⁷².

Abundaban las modistas, costureras y sastres, pero no variaba mucho la pinta de los castreños. Los más pobres, incluso los de clase media, no tenían más ropa que la que vestían, y excepcionalmente el traje "dominguero" que sacaban del baúl para ocasiones especiales y con olor a naftalina. Cualquiera abrigo o traje nuevo se comentaba entre los amigos y era motivo de bromas. ¡Remojo, remojo!, decían, al tiempo que salpicaban con un poco de agua el traje recién estrenado. Las fechas claves de los años veinte y treinta para lucir tenidas eran las Fiestas Patrias y Navidad. Y marzo para los chicos, porque era el mes de los mamelucos nuevos para ir al colegio. En los años veinte, los trajes se mandaban a hacer a la sastrería *Chile* de un tal Salazar en calle Lillo y en los treinta donde Neftalí Gómez, que tenía la sastrería *Universo* en calle Blanco. Sastres como éstos hacían trajes a la medida con casimir *Tomé*. Medían con una huincha y marcaban con tiza. Así también los abrigos y los *breches*, aunque, en general, la gente recurría a las composturas y a los *virados* para hacer durar la ropa.

Con los virados, cualquier traje o abrigo duraba décadas, y hasta con su olor característico porque olía a viejo y a fogón, lo mismo que las chombas y ponchos que más fácilmente se impregnaban de humo en la cocina. En esto de andar ahumado, un castreño no se diferenciaba de un isleño. La lluvia y la cocina eran las culpables. Trajes oscuros, ahumados y arrugados. Las mojadas y el secado

¹⁷² Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., pp. 63, 240.

sin pausa los envejecía prematuramente. Hasta los zapatos se veían cuarteados y deformes, porque el agua saturaba y blanqueaba la suela, y el rápido secado en el brasero los dejaba tiesos y partidos. Sin embargo, todos sabían que para evitarlo había que llenar los zapatos con harina de avena por su poder absorbente y en sólo una noche el calzado quedaba seco y no sufría deformación. Los pantalones se veían, por lo general, sin el más breve rastro de la línea del planchado y con rodilleras que parecían bolsas. De ahí el aspecto desaliñado de los castreños y chilotes, excepto los caballeros que para asegurar la elegancia, a pesar de las lluvias, mantenían el pliegue perfecto, recurriendo a la moda de las "puntadas invisibles" para guardar la línea del pantalón, como se estilaba en los años veinte¹⁷³.

La nota distintiva la ponían los visitantes rurales con sus lutos y sus colores en mujeres viejas y jóvenes. También los hombres, porque de oscuro y ahumados llegaban diariamente los visitantes isleños a aportar su pintoresquismo a la ciudad. Eran los *entrantes* y *salientes* de las islas y campos vecinos. Ponchos, botas y *tamangos*, sombreros acampanados, o boinas y ropa de *carro*. Las mujeres invariablemente descalzas y envueltas en lana negra. Pollera, *chompa* y chal era el atuendo de las isleñas. Pollera, blusa, "traje sastre" y calzadas, las mujeres de raigambre española de los pueblos de los alrededores de Castro. Unas y otras con pañuelo de cabeza anudado atrás con las dos puntas colgando sobre la espalda.

Pantalones de *huiñiporra* metidos dentro de gastadas botas de cuero, o simples cueros cubriendo el pie envuelto en medias de lana. Eran imágenes de invierno, cuando las lluvias caían a chorros y los peatones chapotcaban en el barro. Todos los isleños se veían iguales. La costumbre era usar la misma ropa durante el año y se estimaba innecesario o superfluo cambiarse la indumentaria según las circunstancias. Los que llegaban a Castro lo hacían con las mismas prendas con las que mariscaban o hacheaban el monte. Desde que se establecían permanentemente en el pueblo, en cambio, poco a poco se iban acostumbrando a reservar un traje negro como tenida "dominguera". Lo mismo se observaba en los isleños que se

¹⁷³ *La Cruz del Sur*, Ancud, 24 junio de 1925.

avecindaban en Punta Arenas.

En Castro, se embarcaban hombres vestidos de lana cruda: poncho, pantalones anchos hasta media canilla, medias, chomba, "paletó", sombrero y un cuero que recuerda al mocasín. Así salían de las islas y así esperaban el vapor en el muelle. La primera impresión que dejaban en Punta Arenas, era la de hombres rústicos y extraños. Luego venía la adaptación y, con ella, el vestuario ciudadano. Luis Loyola repara en este singular tránsito de rurales a urbanos cuando dice que en Chiloé "la gente usa la ropa que le viene en gana y un buen porcentaje anda a pies pelados o bien con ojotas". Pero agrega que, una vez establecidos en Puerto Natales y con salario seguro en el Yacimiento, "se puede apreciar a los obreros con mucho mejores tenidas en cualquier día de la semana, pues la gente acostumbra a vestir correctamente, al igual que en las grandes ciudades"¹⁷⁴.

Las mujeres que llegaban a Castro tras sus comercios, vestían sólo de negro. El color quedaba reservado para las jóvenes. Fuertes tonos en las adolescentes, con euforia de amarillos, rojos y verdes en sus prendas hechas en casa y teñidas por ellas mismas, o compradas en las tiendas de calle Lillo donde casi toda la ropa que se vendía era por el estilo: polleras, refajos, pañuelos, chales y abrigos para viejas y jóvenes. Abundaban las percalas, franelas, céfiros, lienzos, tocuyos, pero mucho más las lanas "de fábrica" y de confección local. Las campesinas de los alrededores de Ancud en los años treinta y cuarenta apenas se diferenciaban de las demás isleñas. Usaban faldas largas de lana negra, vestido de cintura recogida, blusas cerradas, mangas a medio brazo, refajos tejidos de lana, medias, también de lana, y en ocasiones, zuecos para resguardar el pie de la humedad y el barro.

El pañuelo de cabeza era de uso general en todo Chiloé, pero se veían, también, muchachas de largas trenzas negras que remataban en coquetas cintas blancas o de color, luciendo la cabellera con la plateada partida al medio y diferentes tipos de pinches y horquillas. Adolescentes con coloretos en las mejillas, aretes dorados que conservaban por años y, a fines de los treinta, labios pintados con

¹⁷⁴ Loyola, Luis, *Chilenos en Río Turbio*, S.p.1, 1969, p. 75.

exageración, algún sonador colgajo, pulseras y anillos completaban la feminil gracia, aunque esto era más propio de las isleñas que tenían residencia en la ciudad y habían asimilado el modo urbano de sus patronas.

Las visitantes campesinas que llegaban por el día, hacían sus rituales para acceder a la ciudad, como venía siendo desde la Colonia. Arribaban en sus lanchones, y en la misma playa o embarcadero se calzaban y acicalaban para ponerse a tono con las exigencias ciudadinas. Las escenas de lavarse los pies y ponerse las medias y zapatos se repetían en todos los accesos marítimos y terrestres, incluso en los años cuarenta y cincuenta¹⁷⁵. Una costumbre que no pasaba inadvertida para los castreños. Las mujeres jóvenes solían lucir para la ocasión delantales bordados o vestidos con vuelos. Calzar y vestir así era como un disfraz que formaba parte del ritual que se repetía en cada visita al pueblo. En sus campos, en cambio, el zapato y el vestido, o la pulcritud y el aseo no se conciliaban con las aguas, los barro y los trajines por playas, pampas y montes. Las mujeres campesinas cercanas a Ancud hacían lo mismo. Vestían de negro y los zapatos los llevaban "en una bolsa" mientras se dirigían a la ciudad caminando por las pampas. Antes de ingresar a Ancud, se lavaban los pies en el chorrillo o en el río y se ponían los zapatos¹⁷⁶. Siempre era así. En las fiestas religiosas de las aldeas se veían idénticas escenas.

En los años treinta, se puso de moda la "permanente". Primero las ancuditana y castreñas, con "onduladores automáticos" que en Castro distribuía Fidel Macías. Después, también las campesinas. Tiempos de los rizos grandes y "peinados de ondas" que hacía Adela Salinas en 1939 con aceites importados pero sólo para las damas más pretenciosas. En los años cuarenta, era más común el pelo motudo o "cabeza de pasa", porque gustaba más a las chicas de los alrededores. Desde la goleta a la peluquería y desde ésta a la Plaza para tomarse una fotografía, eran escenas frecuentes en los años cuarenta, cuando las fotos las tomaba Leiva con su cámara de cajón con trípode. En las peluquerías se usaban fierros caldeados al rojo

¹⁷⁵ Urbina Burgos, Rodolfo, *La vida cotidiana...*, op. cit., pp. 33-58.

¹⁷⁶ Radio Estrella del Mar, *Ancud, testimonio...*, op. cit., p. 145.

vivo, para hacer la permanente y el pelo quedaba con olor a quemado por semanas.

Pelos negros, lisos y gruesos salían convertidos en crespos o rulos. En los años treinta, las chicas del campo que residían en Castro, se pintaban las uñas, se aclaraban la cara con polvos, usaban lápiz labial, se ponían crema *Almendrina*, se rociaban con perfume y se quitaban el pañuelo de cabeza para lucir el pelo crespo.

En fin, se podía distinguir a simple vista un caballero de un vecino común, y un isleño de un castreño. Esto era más notorio en las mujeres. Y se distinguían también los negocios de calle Lillo por su especialidad en ropas del gusto de las visitantes isleñas.

GOBIERNO MUNICIPAL, EDUCACIÓN Y SALUD DE LA POBLACIÓN

I. Un Municipio sin recursos

El gobierno de la ciudad correspondía al Municipio, que en 1900 estaba conformado por el alcalde y dos vocales, cuatro vocales en 1933-1934, cinco regidores -así se llamaron desde entonces- en 1936-1937, y seis regidores desde 1938. Eran elegidos por votación popular, luego de lo cual los elegidos elegían, a su vez, y por votación interna, al alcalde titular y al alcalde subrogante, todo lo cual quedaba registrado en el "Acta de Instalación y Constitución de la Ilustre Municipalidad de Castro" y era ratificado más tarde por el Tribunal Calificador de Elecciones con asiento en Ancud, y por Decreto Supremo. En caso de inhabilidad de alguno de los elegidos, se *reemplazaba por otro*, como sucedió en 1938, cuando el Tribunal declaró inhábil a Orlando Alvarado Gómez y asumió en su lugar Emilio Márquez Oyarzún, como regidor. Situaciones parecidas se presentaban en caso de renunciadas, como la presentada por el vocal David Bórquez Pérez, en 1930, reemplazado por Nefthalí Gómez Vidal, cuando era alcalde Lauro Andrade, o como la renuncia del alcalde titular Clodomiro Martínez, en 1936, en cuyo lugar asumió Felipe 2° Montiel.

Los alcaldes del período fueron Manuel Oyarzún en 1904; Bernardino Triviño como suplente en 1905; Ruperto Triviño en 1912 y acompañado de los vocales Santiago Subiabre y Guillermo Haro; José David Barrientos entre 1915 y 1917; Guillermo Haro en 1917; Ruperto Triviño entre 1918 y 1920; Luis Espinoza en 1924, el mismo año que asumió Manuel García; Lauro Andrade entre 1927 y 1934; y Felipe Montiel entre 1936 y 1940.

Para llevar a cabo las distintas tareas, los regidores se organizaban en comisiones. Estas eran la de Hacienda, Aseo y Salubridad, Urbanismo y Obras, Teatro, Deportes y Fiestas Populares, y la Comisión de Tránsito. Cada comisión exponía ante el alcalde y demás regidores los resultados de sus gestiones, ocasión en que se discutían las soluciones y se tomaban acuerdos. Estas eran las *Sesiones Ordinarias* del Municipio, que se celebraban una

vez al mes en una fecha fijada el mismo día de la Instalación y Constitución Municipal. Otras eran las *Sesiones Extraordinarias* convocadas por Decreto para tratar temas específicos relevantes, a las que se invitaba a las autoridades de la ciudad, como el gobernador, jefes de oficinas públicas o empresarios -según el o los temas a tratar- y público en general el que solía repletar la sala que en 1937 tenía el organismo en la misma sede municipal sita en una casa arrendada a Emilio 2° Márquez en calle Portales. Un secretario nombrado por Decreto Municipal tomaba acta de ambas clases de sesiones, como lo hizo Arturo Miranda entre 1926 y 1934.

Las tareas más corrientes eran las relativas a ripiado de calles a través de contratistas, como Pedro Nahuelneri o José Miranda en 1937; la construcción de cunetas de madera, abriendo propuestas públicas para la provisión de tablones, en las cuales que participaban madereros como Roberto Andrade, Santiago 2° Gallardo u Oluf Nielsen Larsen; o el desmalezamiento de soleras, ejecutado por obreros del Municipio a las órdenes de un capataz, como Guillermo González Velásquez, que hacía de tal en 1931, y estaba sometido, a su vez, a la inspección de la Dirección de Obras Municipales, como todos los demás trabajos, función que entre 1930 y 1931 cumplía Enrique Bórquez Oberreuter¹⁷⁷.

En los años treinta, el Municipio debía fijar el ancho de las nuevas calles abiertas y la prolongación de otras, cautelando la conservación del trazado urbano tradicional.

Debía asimismo redactar y hacer cumplir las ordenanzas sobre chiqueros dentro de la traza urbana, sobre chimeneas, limpieza de patios y, en fin, sobre cercos; sostener la "Casa de Salud", ayudar a mantener el Hospital con el 10% de las patentes municipales, pagar las remuneraciones del médico por la atención de indigentes, fijar contribuciones eventuales en beneficio del Cuerpo de Bomberos, mendigos, etc., a lo largo del período 1900-1936, que en el contexto de la época fue relativamente normal si lo comparamos con 1936-1940, en que el Municipio y toda la ciudad tuvieron que soportar los años de destrucción y reconstrucción.

¹⁷⁷ Obras Municipales diversas, Sesión 20 Ordinaria, Castro, 30 de agosto de 1930, AMC, p. 139.

Precisamente, a raíz del incendio de 1936, el Municipio tuvo que hacer frente al desafío de la reconstrucción junto a la "Comisión Pro-Restablecimiento de Castro", creada para tal fin el mismo año, y luego poner en práctica las "Ordenanzas de Construcciones", confeccionadas por la Dirección de Obras Públicas, cautelando el tipo de edificación y la línea de construcción en las calles remodeladas, así como ordenar la demolición de las viviendas ruinosas o insalubres dentro del radio urbano, la expropiación de sitios, etc.

En el ámbito social, el Municipio debía atender los problemas de la vagancia y, en particular, la vagancia infantil, el alcoholismo y la mendicidad, elaborando para ello un "Reglamento de Vagos", así como estudiar iniciativas tendientes a instruir a la juventud y alejarla del vicio, para cuyo fin se tomaban acuerdos como el restablecimiento de la Biblioteca Popular en 1935 y la construcción de un campo deportivo en 1936.

El Municipio debía atender, además, algunas cortas necesidades de los pueblos comarcanos dependientes de su jurisdicción, como Llau-Llao o Rilán, a los que debía dotar de lamparillas y parafina para la iluminación pública, así como atender las urgencias de las escuelas, incluso los desayunos diarios de los alumnos. Por lo tanto, al ámbito propiamente urbano de Castro, que en 1910 contaba con 1.500 habitantes, se sumaban los requerimientos de la población dependiente del Municipio, que ese mismo año era de 13.872 personas.

Sin embargo, la pobreza de la institución municipal le impedía cumplir bien su cometido, pues sus recursos eran muy pocos, comparados con aquellos que disponía el Municipio de Ancud, que por la misma fecha debía atender las necesidades de una población urbana de 4.000 habitantes y de 8.293 en su jurisdicción municipal. En 1900, el Municipio castreño contaba con 162 pesos, mientras que el de Ancud disponía de 6.742, y en 1909 el primero gastaba 3.180 pesos y el segundo 14.405.

GASTOS MUNICIPALES ENTRE 1900 1909

	CASTRO	ANCUD
1900	162 pesos	6.742 pesos
1901	460 "	6.254 "
1902	s.i. "	7.664 "
1903	s.i. "	7.529 "
1904	2.050 "	7.779 "
1905	989 "	s.i. "
1906	674 "	8.299 "
1907	2.050 "	8.766 "
1908	3.852 "	10.806 "
1909	3.180 "	14.405 ¹⁷⁸ "

En relación con el Gobierno Central, era obligación del Municipio enviar al Ministerio del Interior memorias trimestrales de la comuna, que incluían planos y fotografías de la ciudad, para ser incluidas en el *Boletín de Municipalidades de Chile*, como lo pidió el Ministerio en 1930. Debía, asimismo, estar atenta a las leyes que pudieran ser de beneficio para Castro, como la gestión que hizo la Alcaldía para acogerse a la ley sobre pavimentación comunal de 1931, y que mereció la aprobación del Gobierno en 1936, precisando que -de acuerdo a dicha ley- "las dos terceras partes del valor del pavimento de las calzadas y soleras, y el total del costo de las aceras será del cargo de los vecinos"¹⁷⁹. Para poner en ejecución la pavimentación de veredas, el Municipio encargó la obra al contratista Zoilo Barrientos; le completaron 1.000 metros cuadrados en 1939.

La alcaldía era una instancia importante para los vecinos. Se disputaba el cargo de alcalde o el de regidor en este organismo, enarbolando las banderas de las distintas tiendas políticas, en elecciones siempre llenas de colorido local. Sin embargo, parecían más esforzadas las campañas electorales que la disposición o capacidad para atender los problemas de la ciudad. Se puede decir que en el período 1900-1930 el papel del Municipio fue opaco, poco eficiente, y sus miembros, generalmente, sin la preparación o

¹⁷⁸ Anuario Estadístico correspondiente al año de 1909, Imprenta Universo, Santiago, 1910, p. 168.

¹⁷⁹ Vigencia de la Ley 5757 sobre pavimentación, Sesión 1ª Ordinaria, Castro, 10 de enero de 1936, AMC, p. 520.

inteligencia para enfrentar los problemas de una ciudad, que se hallaba en estado lamentable. Hubo sí, excepciones, es decir, alcaldes y regidores que hicieron posible algunos modestos logros a pesar del corto presupuesto y la ninguna contribución del vecindario.

La relación de los alcaldes con la comunidad no siempre era buena. Tenían que moverse dentro de un ambiente político polarizado en bandos antagónicos, particularmente difícil en los años quince y veinte. Si el alcalde era radical, merecía el apoyo de la prensa local, pero si era conservador, el mismo periódico descargaba sobre él furiosas críticas. Al interior del Municipio también había roces cotidianos entre partidarios de uno y otro bando político, lo que entorpecía cualquier gestión, mientras el vecindario no sólo hacía caso omiso con las Ordenanzas, sino que tomaba partido en las desavenencias.

Pero, se disputaba la alcaldía, a pesar de que ocupar el cargo podía significar convertirse en el blanco de toda suerte de rumores, porque el vecindario vivía atento a la gestión del alcalde, de sus dichos y de sus actitudes. A veces, la falta de letras y capacidad no le permitían llegar muy lejos. Los alcaldes Manuel Oyarzún, Ruperto Triviño, José David Barrientos, Guillermo Haro o Lauro Andrade eran comerciantes ricos e influyentes. Otros, como Luis Espinoza o Felipe 2º Montiel, eran, tal vez, más instruidos que acaudalados. Pero, durante todo el período, predominaron los comerciantes de mucha o poca monta, separados entre sí por los partidos políticos que representaban, y comerciantes también los demás integrantes del Municipio, como Bernardino Triviño, en 1905; Santiago Subiabre, en 1912; Juan Barrientos, Tulio Alvarado y Ricardo Peral, en distintas tareas en 1924; Nefalí Gómez, en 1930; Carlos Wöhlke y Alberto Andrade, entre otros, en 1933; Carlos Hein, en 1935; Demetrio Cárdenas y Osvaldo Thielemann, en 1938, y muchos más. Todos vecinos importantes.

Los interminables problemas por el alumbrado público con el empresario Carlos 2º Barrientos, el matadero y el abastecimiento de carne, las matanzas clandestinas, la instalación del agua potable y la extensión de las cañerías a los sectores periféricos, el mercado público, el aseo de la ciudad, etc., eran asuntos que consumían el presupuesto y los problemas no se resolvían o por falta de recursos

o por desidia de la Alcaldía o porque los inspectores municipales no cumplían bien su cometido. Por eso, y a pesar de la ninguna contribución del vecindario, los propios vecinos se quejaban en 1934 que en las calles Thompson, Gamboa, Sargento Aldea y Lillo "no imperan las ordenanzas municipales"¹⁸⁰, y la alcaldía se lamentaba que todo el esfuerzo recaía en el Municipio "sin que los propietarios ayuden en nada a suplir los gastos, lo que hace que casi todo el dinero se invierta en arreglos"¹⁸¹. Durante todo el período, no hubo forma de aplicar las ordenanzas sobre chiqueros ni aseo de patios, ni se pudo hacer cumplir la exigencia sobre chimeneas de cemento, ni uniformar los cierros urbanos, y aunque se limpiaban las cunetas, la imagen de ciudad desaseada y las veredas cubiertas de malezas permaneció durante las cuatro décadas, así como de pueblo gris porque la pintura que de cuando en cuando exigía el Municipio escasamente se cumplía.

Faltaban los recursos, el vecindario no cooperaba, la prensa hacía lo suyo, pero la alcaldía era lenta, de pocas luces y más preocupada de los asuntos políticos que de resolver urgencias. La misma lentitud en responder los requerimientos del gobierno. Las fotos y planos de la ciudad pedidos por el Ministerio del Interior en 1930, no fueron enviados porque el Municipio no contaba con un plano de Castro. En 1931, se reiteró la petición y la Alcaldía prometió contratar a un profesional de planos¹⁸². Sólo en 1934, pudo contar con uno que quedó en manos del Director de Obras Municipales.

Tampoco mostró habilidad en la disputa por la capitalidad en los años treinta, aunque, en esto, la misma incapacidad mostraron las demás autoridades e instituciones castreñas, por la poca aptitud para tratar un asunto tan importante. El Municipio de Ancud y demás autoridades de esa ciudad se movían mejor en Santiago, demostrando tener más roce político que los castreños. Y por la misma razón, la Alcaldía de Castro fue incapaz de convencer al Ejército de instalar una unidad militar en la ciudad, unidad que finalmente la obtuvo también Ancud. Fueron dos importantes

¹⁸⁰ Quejas del vecindario contra el Municipio, Sesión 15ª Ordinaria, Castro, 10 de noviembre de 1938, AMC, p. 343.

¹⁸¹ Estado de algunas calles de la ciudad, Sesión 8ª Ordinaria, Castro, 13 de octubre de 1933, AMC, p. 279.

¹⁸² Deficiencias de la información sobre Castro, Sesión 6ª Ordinaria, Castro, 18 de abril de 1931, AMC, p. 108.

traspiés del Municipio en los años treinta.

En cambio, mucha vitalidad había en los conflictos internos. Es verdad que hubo épocas tranquilas en que los miembros del Municipio pudieron convivir en relativa armonía. Pero, en otras, se transformaba en hervidero de problemas. Desavenencias, actitudes indecorosas, corrupción eran, en ciertos períodos, el pan de cada día. Un observador decía, en 1926, que Castro parecía "una colonia china... por las cosas extrañas que allí suceden"¹⁸³. Y así parecía, porque en la Alcaldía – pero también en la gobernación y oficinas públicas – primaban los conflictos, los "chaqueteos" y las palabras denigratorias. La política era casi siempre la causa. Política y politiqueros, una característica del castreño en los años veinte, y antes, porque Francisco Cavada dice en 1914 que los chilotes son motejados de "politiqueros, empleómanos, perjuros, tinterillos de mala fe"¹⁸⁴. La rotación de personas tampoco favorecía al Municipio, y se debía al vaivén de los partidos. En 1926, se decía que en el Municipio todos subían y bajaban en un abrir y cerrar de ojos: "Los ediles se derrumban, causando la alegría de muchos y la nostalgia de otros; ediles que llegan al Municipio, causando el estupor de los más y la complacencia de los menos". El mismo sistema eleccionario y las Juntas de Vecinos eran la causa de tener el Municipio personas poco aptas para el cargo, porque las elecciones solían recaer en vecinos iletrados que llegaban al cargo con intrigas, deslealtades "y pasiones bastardas de pueblo chico". En todo se veía "saña y altanería", y la consecuencia eran los "tropezos para el progreso local y desconcierto administrativo... sectarismo y baja politiquería que enerva el pensamiento y estagna y ciega la acción renovadora"¹⁸⁵.

Y aunque la prensa no es una buena fuente para conocer la gestión municipal del período, por su parcialidad y su falta de objetividad, era bastante sensata, en cambio, cuando decía que "el gobierno comunal debe recaer en las personas distinguidas por su intelectualidad, preparación y honradez". Pero agregaba, también, que debían elegirse "hombres prácticos y no sentimentales con frases

¹⁸³ *La Voz de Castro*, Castro, 30 de mayo de 1926.

¹⁸⁴ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 76.

¹⁸⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 30 de mayo de 1926.

huecas y estudiadas, porque Castro es una ciudad y no una aldea"¹⁸⁶.

Las dificultades y enemistades políticas entorpecían cualquier gestión; sin embargo, fueron desapareciendo o suavizándose con el tiempo. El período 1930-1940 fue más pacífico al interior del Municipio y entre éste y el vecindario. Además, desde 1936 hubo otras preocupaciones que exigían poner toda la atención, como era la reconstrucción después del incendio del centro de la ciudad. Sólo hubo pequeños conflictos que no alteraron la imagen de mayor armonía que estaba ofreciendo el organismo municipal. El discurso que pronunció el alcalde Felipe 2° Montiel en 1938 con motivo del recibimiento del candidato presidencial Pedro Aguirre Cerda fue quizá el último aunque moderado incidente, y sólo lo mencionamos aquí por tratarse de la persona que sería Presidente de la República. Discurso florido y lleno de loas del alcalde a la ilustre visita radical, como si se tratara del Primer Mandatario, mientras los regidores de derecha fruncían el ceño, expresando disgusto. Emilio Márquez Oyarzún, regidor conservador, criticó al alcalde Montiel por haber declarado a Aguirre Cerda "huésped de honor de la ciudad". Estimaba Márquez que "el citado candidato no tiene ningún mérito para ello", ya que Aguirre Cerda "nada ha hecho por Castro". Agregaba que si se hubiera tratado de otra persona, como se lo manifestó a varios radicales, "aunque sea de la izquierda, como el Sr. Juan Pradenas Muñoz, él con todo gusto se habría adherido en atención que este senador ayudó a Castro cuando se encontraba en desgracia"¹⁸⁷. Fue, en todo caso, un postrer incidente menor, normal en cualquier municipalidad del país.

II. Educación y cultura del vecindario

El Municipio no era ajeno a la educación. De vez en cuando, se preocupaba de sostener la Escuela Nocturna, atendía las escuelas rurales, hacía esfuerzos por estimular la lectura o crear

¹⁸⁶ *Idem*.

¹⁸⁷ Sobre discurso pronunciado por el alcalde Felipe 2° Montiel con motivo de la visita del candidato presidencial Pedro Aguirre Cerda, Sesión 6ª Ordinaria, Castro, 25 de agosto de 1938, AMC, p. 257.

esparcimientos sanos para arrancar a la juventud del ocio, aunque todo esto de forma muy tenue y discontinua. Si había un lugar donde se notaba la educación y la cultura, era en Ancud. Los colegios fiscales y privados de esa ciudad concentraban el mayor número de alumnos y los profesores más calificados servían allí, y de allí también eran los hombres de letras y las mejores plumas de Chiloé, tanto que el período 1900-1940 fue el más significativo de la cultura ancuditana en todo el siglo por sus poetas, literatos e historiadores, como lo fueron los hermanos Darío y Francisco Cavada¹⁸⁸, los hermanos Antonio¹⁸⁹ y Humberto Bórquez Solar¹⁹⁰ o Pedro José Barrientos¹⁹¹, quienes escribieron importantes páginas sobre Ancud, Chiloé y Chile, ayudando a dignificar la cultura local y a enriquecer la cultura nacional.

Pero, nada parecido se veía en el resto de Chiloé. En Castro, a

¹⁸⁸ Darío Cavada nació en Ancud en 1869. Estudió en el Liceo de esa ciudad. En 1889 ingresó al Instituto Pedagógico y se tituló de Profesor de Castellano en 1892. Fue profesor del Liceo de Valdivia en 1906, Rector del Liceo de Ancud, Rector del Liceo de Los Ángeles, Gobernador Suplente de Osorno en 1900. Publicó *Chiloé, Vida Isleña, Última Jornada, Monografía del Liceo de Ancud, Genealogía de la familia Cavada* y otros. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 81-82. Francisco Cavada nació en Ancud. Hermano de Darío. Pbro. Publicó *Naufragios ocurridos en las costas de Chiloé o en sus proximidades desde el año 1555 hasta hoy* (1927), *Chiloé en el Diccionario oficial del idioma* (1932), *Apuntes biográficos de personas y familias de Chiloé Insular* (1934), *Historia Centenaria de la Diócesis de San Carlos de Ancud* (1940), *Vocabulario de provincialismos* (1913), *Chiloé y los chilotes* (1914), entre otras obras.

¹⁸⁹ Antonio Bórquez Solar nació en Ancud en 1872. Estudió en el Liceo de Ancud y en el Instituto Pedagógico. Profesor de Castellano en el Liceo de Los Ángeles en 1897, en el Internado Barros Arana en 1904, en el Instituto Pedagógico en 1924. Periodista profesional en 1897, profesor de Filosofía. Conferenciante oficial de la Universidad. Publicó *La belleza del demonio, La Quintrala* (1912), *La floresta de los leones* (1907), *La gesta de Ercilla, El trovador del archipiélago, Laudatorias épicas de Arauco*, etc. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 37-41.

¹⁹⁰ Humberto Bórquez Solar nació en Ancud en 1882. Estudió en el Liceo de Ancud, Escuela Normal de Valdivia. Fue profesor del Liceo de Hombres de Ancud, Director de la Escuela Normal de Curicó en 1906, profesor de la Escuela Normal José Abelardo Núñez. Publicó *Vida humilde, La vuelta a España* (pieza teatral, 1927), *Ramillete poético* (1910), *Breviario lírico*, (1914). Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 24-27.

¹⁹¹ Pedro José Barrientos nació en Dalcahue en 1867. Sus padres fueron Segundo Barrientos y Ángela Díaz. Estudió en el Liceo de Hombres y Escuela Normal de Ancud, Visitador de escuelas en Ancud, Angol y Santiago. Publicó *Historia de Chile, Historia de América e Historia Universal* en tres tomos por comisión del Gobierno y aprobado por el Consejo, *Historia de Chiloé, Novela Isleña, Gabriela, Antonio, Día insular*. Casó con Candelaria Oyarzún. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 64-65.

pesar de contar con distinguidos docentes a lo largo de las cuatro primeras décadas del siglo, no hubo quienes dejaran algún escrito de importancia, aunque se reconocía su tarea en las aulas de las escuelas primarias del pueblo. No obstante el esfuerzo del profesorado, sólo el 41,5% de los castreños sabía leer y escribir en 1907.

Los profesores castreños eran, obviamente los más instruidos dentro de un contexto cultural elemental hasta 1928, cuando no había más que cuatro escuelas primarias en la ciudad -como informaba el Gobernador de Castro en 1928- y de las cuatro escuelas, tres tenían tres grados de enseñanza y seis años de estudios primarios; en total egresaban cada año 50 niños¹⁹². Un bajo nivel cultural de la población que explica también el gran ascendiente que tenían los profesores en las familias urbanas y campesinas, considerando las 138 escuelas reconocidas por el Gobierno en 1918 en toda la Provincia, de las cuales estaban en servicio 106 rurales en el Departamento de Castro en 1926, y 157 de 1931¹⁹³. Hasta entonces, los profesores se habían formado fuera de la Isla. Las mujeres iban a estudiar a la Escuela Normal de Preceptoras de Puerto Montt, a la de Angol, o a la de Concepción, y los hombres a la Escuela Normal de Valdivia, a la de Chillán o a la de Santiago, lo que tal vez era más notorio en las mujeres, que todos los años anteriores a 1930 postulaban preferentemente a la de Puerto Montt, porque ni Castro ni Ancud merecían todavía su propia Escuela Normal, a pesar de las gestiones iniciadas ante el Gobierno en 1908.

Con todo, no todas las interesadas podían estudiar, por falta de matrícula o carencia de medios económicos, a pesar de reconocerse en 1913 como "un hecho evidente... que la Provincia de Chiloé es la que tiene mayor entusiasmo por la carrera del Magisterio", cuando todo hacía pensar que se crearía una Escuela Normal en Castro porque así lo había prometido el Gobierno y se había destinado un edificio, incluso nombrado "sucesivamente a una y a otra persona para servir la Dirección". Pero, finalmente, el

¹⁹² Del Gobernador de Castro al Intendente de Chiloé, Castro, 4 de abril de 1928. Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Libro 14.

¹⁹³ Montiel, Felipe et al., *Memorial...*, op. cit., p. 9.

Gobierno desistió de dicha Escuela. A falta de ésta, salía todos los años desde Puerto Montt a Chiloé una comisión examinadora, porque en la Provincia "había muchísimas aspirantes" que revelaban "conocimientos sobrados". En 1913, se presentaron 352 postulantes, pero sólo un pequeño porcentaje lograba finalmente ser admitido por falta de becas¹⁹⁴.

Sin embargo, la cultura no era mérito suficientemente importante en un pueblo que se definía por el comercio. Excepto los espíritus más selectos, en general los jóvenes que terminaban sus estudios de Preparatorias, no tenían ni aspiraciones ni incentivos para continuar estudiando. Tampoco había dónde hacerlo, excepto en Ancud, porque ni en Castro ni en ningún otro pueblo de la Provincia había establecimientos de educación secundaria, aunque el Gobernador de Castro decía en 1928 que los 50 niños que egresaban de las cuatro escuelas de la ciudad seguían estudios en los liceos de Ancud y de otras ciudades o en las Escuelas Normales del país. El mismo año 1928, cuando la ciudad contaba con 3.500 habitantes, se creó el Liceo de Niñas de Castro que abrió nuevas expectativas educacionales¹⁹⁵, y en los treinta la Escuela Normal en Ancud, que permitió la formación de profesores primarios rurales sin tener que salir de Chiloé.

Los profesores castreños anteriores a 1930 se esforzaron por educar y pulir al pueblo, incluso formándolo en cultura cívica que tanta falta hacía. No tomaban parte en el sistema local de decisiones, pero como la vida cotidiana de los maestros no podía estar ajena a la política contingente, pudieron ejercer benéfica influencia, sobre todo en las comarcas rurales. Ayudaron, por ejemplo, a crear conciencia contraria al cohecho y, en algunos casos, sus opiniones fueron contrapeso a la autoridad de los caudillos locales. En Castro

¹⁹⁴ *La Cruz del Sur*, Ancud, 14 de enero de 1913.

¹⁹⁵ En 1918 el vecindario estimaba que eran necesarios dos liceos para Castro: uno de hombres y otro de niñas, por estar pidiéndolos "desde hace tantos años el desarrollo industrial que se observa en la ciudad y departamento, y porque la población ha aumentado considerablemente". Así se evitaría que los estudiantes se fueran a Ancud, Puerto Montt y Valdivia. Los vecinos fundaban su petición en los "18.000 niños" de edad escolar. Para lograrlo, ofrecían donar los terrenos al fisco. Sólo se obtuvo el Liceo de Niñas que, sin embargo, desde un comienzo fue mixto. En 1931, este Liceo tenía 214 alumnos, 30 más que en 1930.

destacaron algunos por su prestigio como educadores, por su nivel intelectual o por su condición de personas respetables. Pedro Guglielmi, Toribio Guglielmi, Luis Uribe Díaz o Rómulo Corvalán Delgado¹⁹⁶, o las profesoras Carolina Aguila, Rosalía Alvarado o Victoria García, entre otras, sobresalían en los años veinte, cuando el profesorado tenía su propio periódico con el nombre *La Escuela Común*, desde 1924.

Desde que se creó la Escuela Normal de Ancud, se despertó, como es natural, un mayor interés por la enseñanza y creció también el respeto hacia el profesor. Por entonces, los que seguían la carrera pedagógica pertenecían, en su mayoría, a los sectores medios y altos de la sociedad chilota. Sin embargo, el profesor con mayores aspiraciones e inquietud intelectual no tenía la posibilidad de realización personal en Castro. Los que se titulaban en la Universidad terminaban siendo más valorados en Santiago que en su propia tierra, y generalmente no regresaban. Tampoco Chiloé ofrecía campo para ellos, como no podía haberlo para mentes superiores como Aureliano Oyarzún, que habiendo nacido en Dalcahue llegó a ser una figura científica prominente en el país¹⁹⁷. El profesor castreño Manuel Martínez llegó a ser tan destacado que fue condecorado por el gobierno español en 1930, y Francisco Garay Oyarzún obtuvo el doctorado en Filosofía en 1931. Para éstos y otros, incluso los de sotana, aún cuando amaban su terruño, la cultura intelectual no era suficientemente apreciada en una provincia tan distante de las cosas abstractas y científicas. Por eso también, el prestigioso aunque polémico profesor ancuditano Humberto Bórquez Solar era mejor comprendido y reconocido en la capital.

Excepto los profesores, eran pocos los castreños con algún tinte de cultura intelectual durante el período. Un caso fuera de lo

¹⁹⁶ Rómulo Corvalán era profesor y director de la Escuela N° 1 de Hombres y autor de un *Mapa escolar de la Provincia de Chiloé*, impreso en Santiago en 1921.

¹⁹⁷ Aureliano Oyarzún nació en Dalcahue en 1860. Sus padres fueron Manuel Oyarzún y Micaela Navarro. Se tituló de farmacéutico en 1881. Estuvo en la Guerra del Pacífico en Servicio de Ambulancias. Se perfeccionó en Europa y a su regreso ocupó la cátedra de Patología y Anatomía en la Escuela de Medicina. Asistió al Congreso de Americanistas de 1909 en Buenos Aires y planteó que la cultura aborigen de Chile deriva de la cultura incaica. Se especializó en los estudios paleontológicos, raciales y antropológicos. Estaba casado con Elsa Philippi. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 178.

común era el escocés vecindado Roberto Christie, destacado por su inquietud científica¹⁹⁸. La mayoría de la población se contentaba con saber leer, escribir, sumar y restar. Pero fueron los profesores los que, además de educar a los niños en las aulas, intentaron hacer algo más por elevar el nivel cultural de los castreños, como Francisco Gallardo, quien se esforzó por estimular la lectura, creando en 1907 una Biblioteca Pública que comenzó a prestar servicios en una pieza del Cuartel de Bomberos. Más tarde, otros profesores le dieron forma con el nombre de Biblioteca *Rafael Díaz Lira*, activa en 1925¹⁹⁹. Y el mismo año se inauguró la Escuela Nocturna para mujeres sostenida por el Municipio, para la cual se habilitó una sala en el mismo Cuartel de Bomberos.

No obstante, eran muy escasos los libros que la incipiente biblioteca poseía al principio y menos los interesados en leer por ser cosas tan ajenas a sus preocupaciones habituales. Bibliotecas privadas como las de los hermanos Darío y Francisco Cavada, la de Pedro José Barrientos o la de Carlos Miller, sólo se podían ver en Ancud. Estanterías con libros eran obviamente inexistentes en casas particulares de Castro. El único lugar donde se podía respirar cultura era el convento franciscano, donde había una biblioteca "muy importante en obras antiguas", dice el Intendente en 1928. Pero había otras modestas, como la Biblioteca de la Cárcel y Carabineros, la Biblioteca de la Asociación Femenina y la Biblioteca de la Escuela N°4 de Niñas, aunque todas ellas más de nombre que de volúmenes. Cuando se quiso dotar de ejemplares a la Biblioteca Pública en 1918, por empeño de Leocadio Araya y la *Asociación de Maestros de Castro*, se pidió colaboración al vecindario, pero había tan pocos textos en el pueblo que no pasaron de veinte los títulos donados, lo que testimoniaba un abismante contraste con Ancud, que en 1918 tenía una Biblioteca con 1.056 títulos y 2.885 volúmenes²⁰⁰, y con Puerto

¹⁹⁸ Es autor de un trabajo titulado "El camino de Vuriloche y su importancia para la ganadería de la región austral de Chile", en: AUCH, Tomo 114, Santiago, Imprenta Cervantes, 1904, pp. 97-116. Nació en Escocia. Afamado explorador de la Provincia. En 1913 acompañó al geólogo Juan Felsch. Christie falleció en Castro el 6 de mayo de 1918.

¹⁹⁹ Esta biblioteca estaba cerrada al año siguiente. En 1928 se proyectaba reabrirla. Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Libro 14.

²⁰⁰ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1919, Vol. V, Instrucción, Imprenta Universo, Santiago, 1920, p. 90.

Montt. Cuando éste último era un pueblo de sólo 2.500 habitantes, su biblioteca era visitada por 2.123 lectores en 1854²⁰¹. Allí sí, había interés por el saber o, al menos, curiosidad por la lectura.

En 1915, algunas familias castreñas adquirieron *El tesoro de la juventud* que se editó en 20 tomos, cuando circulaban revistas como *El Hogar* y la *Revista Popular*. Pero no podía ser mucha la variedad, ni muchos los que leían, porque de por medio estaba también el Obispado que aconsejaba no leer aquellos libros que por liberales o anticatólicos eran considerados paganos. Tal vez muchas familias católicas, pudiendo instruirse, no lo hacían para no caer en la tentación de comprometerse con lecturas nocivas o "impúdicas", como se decía en 1913, cuando el mismo Obispado predicaba que "educar es combatir los perversos sentimientos, como instruir es combatir las falsas ideas"²⁰². El temor de la Iglesia era la propaganda de izquierda, aunque la población se mostraba impermeable, porque "por fortuna -dice Pedro J. Barrientos en 1931- las ideas comunistas tan divulgadas en toda suerte de escritos, en Chiloé no prenden o prenden con dificultad"²⁰³. Estas mismas limitaciones regían en Ancud, pero allí el afán de cultivarse superó estas barreras.

En los años veinte, los castreños que leían algo preferían *Historia Sagrada* y obras afines, como vidas de santos. Ocasionalmente, otros temas como biografías de personajes famosos. En el negocio *La Castreña*, de Bernardino Triviño, se ofrecían en 1927 títulos como *Cristóbal Colón*, *El gran capitán*, *George Washington*, *Hernando de Magallanes* o *Hernán Cortés*. Para las mujeres había temas como *Las dos niñas de París*, *La Huerfanita*, *Amada en el dolor*, *Parias del amor*, *Los amores de Rodolfo Valentino* o *Ruinas en flor*.

Después de 1928 y gracias al Liceo, comenzó a observarse en los castreños algún mayor interés por los libros y, en 1939, había ya una cuasi formal "Biblioteca Popular" gracias al esfuerzo del

²⁰¹ Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1980, p. 478. Roberto Maldonado agrega que, en 1899, el Liceo de esa ciudad contaba con una biblioteca de 3.000 volúmenes y el Club Alemán con otra también de 3.000 volúmenes. Maldonado, Roberto, "Viaje de exploración de los archipiélagos de Llanquihue y Chiloé", 1899, en: *AHMCh*, p. 116.

²⁰² *La Cruz del Sur*, Ancud, 5 de febrero de 1913.

²⁰³ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 232.

profesor René Araya, secundado por Juan Antonio Gómez y Dionisio Cárcamo. Atendía en un local en calle Portales esquina O'Higgins, frente al Liceo²⁰⁴, después en otros sitios, y era bastante concurrida en los años cuarenta. Pero, hubo también iniciativas con apoyo extranjero. En 1927 se inauguró en Llau-Llao una Biblioteca Infantil donada por el gobierno mexicano, con el nombre de *Biblioteca José Bernardo Suárez*. Sin embargo, parece que pasó con más pena que gloria.

La cultura no estaba en Castro, a pesar de algunos tímidos logros. La cultura intelectual de Ancud era no sólo superior a todo lo que se podía ver en el resto de la Provincia, sino mejor que en muchas ciudades chilenas de su tamaño. En Castro, en cambio, los hombres medianamente instruidos se contaban con los dedos de la mano. La mayoría escribía mal y hablaba peor. En los años veinte, el español Tomás Meñique criticaba a los castreños por su dicción. Lo mismo pudo constatar Benjamín Subercaseaux cuando visitó Castro, porque no pudo entender qué lengua hablaban los fleteros. Tomás Meñique al criticar a los castreños no se refería sólo al estrato popular, sino a los vecinos de distinta condición social. Casi todos los foráneos reparaban en el extraño e ininteligible castellano, y en particular, señalaban que los chilotes del pueblo hablaban como si tuvieran una papa en la boca, porque atropellaban las palabras. Peor era la dicción en Chonchi. Benedicto Chuaqui quedó sorprendido de lo enredado que hablaban los chonchinos. Una "jerigonza... entrevesada", dice en 1926. Recuerda que, hablando de negocios, un comerciante chonchino trató de decirle que había que contentar a los clientes. Pero lo dijo así: "Osté desculpa, pero hay que contantar a los clayantes". Según Chuaqui, el citado chonchino "tenía una lengua enrevesada (sic) que hacía pronunciar las palabras de la más extraña manera"²⁰⁵. Chuaqui no fue el único que se fijó en la curiosa pronunciación chonchina. Waldo Brüning afirmaba en 1932 que era "gente de acento muy difícil y muy cerrado". Refiere, además, que hablaban gesticulando y casi a gritos, tanto que "podía pensarse que se estaban insultando o peleando". Y agrega que "la mayoría emitía unos extraños sonidos ininteligibles,

²⁰⁴ *La Voz de Castro*, Castro, junio de 1939.

²⁰⁵ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 268.

inarticulados y roncós... que semejaban verdaderos gruñidos guturales o bramidos", dice con evidente exageración²⁰⁶. Benjamín Subercaseaux halló que los guaitequeros de Melinka, casi todos chonchinos, hablaban con un acento tan endiablado que no pudo entender una palabra y tuvo que recurrir a las señas para comunicarse²⁰⁷. Para escribir, otro tanto. Se burlaban unos vecinos de otros de su propia ignorancia. Emilio Márquez, que era tipógrafo y dueño de una buena imprenta, decía, en 1926, que el vecino Carlos Wöhlke no sabía distinguir una C de una S, y que sus cartas eran casi ilegibles. No era extraño. Parecidas críticas hacia *La Cruz del Sur* de Ancud a los redactores de *La Voz de Castro*²⁰⁸, pues la ortografía se usaba al arbitrio de cada uno, pero había también errores involuntarios que hacían reír al vecindario. En 1927, el periódico castreño en lugar de escribir "por falta de espacio", escribió "por falta de aprecio... no publicamos la Memoria de la Liga de los Estudiantes Pobres"²⁰⁹. No sólo causaba risa. En un ambiente excesivamente politizado, no faltaron los que acusaron a Ruperto Triviño, dueño de la prensa local, no de un error involuntario, sino de una manifiesta discriminación hacia dichos estudiantes pobres.

A veces, las críticas iban más lejos. La prensa ancuditana, por ejemplo, apuntaba a la falta de luces de los castreños, al afirmar que el vecindario era incapaz de discernir o hacer deducciones lógicas, de modo que cualquier texto escrito resultaba incomprendible para la ninguna cultura de esos habitantes, decía en 1913, pero añadía también que los redactores de la prensa castreña hacían "mal hilvanados artículos"²¹⁰, o escritos que "no harían honor a un alumno de preparatorias"²¹¹. Parecidas opiniones expresaba *La Cruz del Sur*, de Ancud, sobre el periódico *El Pueblo*, de Calbuco²¹².

²⁰⁶ Brünig, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 238.

²⁰⁷ Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, op. cit., p. 232.

²⁰⁸ Nótese que el Jefe de Redacción de la prensa ancuditana en 1906 era el prestigioso profesor Pedro J. Barrientos, al mismo tiempo que Visitador de Escuelas. Para ese entonces ya había escrito *Elementos de la Historia de Chile* para uso en la educación primaria. Más tarde publicará *Compendio de Historia de América* (1913) e *Historia de Chiloé* (1931).

²⁰⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de junio de 1927.

²¹⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 5 de marzo de 1913.

²¹¹ *Ibidem*, 12 de marzo de 1913.

²¹² *Ibidem*, 2 de abril de 1913.

Había mucho por hacer en la educación y pulimiento de la gente. El punto de partida estaba, obviamente, en las escuelas. Pero, los profesores no siempre formaban parte del Municipio o del gobierno departamental o provincial. En general, estaban más cerca del castreño y del chilote común que de las autoridades y comerciantes influyentes. Cumplían su labor en las escuelas que en los años veinte no eran sino casas viejas que se llovían por todas partes, porque el Gobierno creaba, pero no construía establecimientos educacionales. Las escuelas que había en los campos y aldeas, se debían al empeño de los propios padres, porque el gobierno exigía que la construcción y las reparaciones corriesen por cuenta de los interesados. Un vecino se quejaba en 1904: "No veo -decía- por qué obligar, ni siquiera indirectamente, a padres de familia a dar un centavo para composturas de escuelas, y más, edificios que ellos mismos han cedido, y en los cuales el Fisco no paga arriendo alguno²¹³. Ese año había 108 escuelas en la Provincia: 27 de hombres, 12 de niñas y 69 mixtas. En total, se contaba con 162 salas y 4.059 bancos. Sólo en 1905, comenzó el Estado a aportar algún dinero para tal fin, pero a todas luces insuficiente porque la mayoría eran sólo modestas casitas con una o dos salas, a veces francamente ruinosas, de apariencia triste, sin ninguna comodidad y desaseadas, y a pesar del esfuerzo de los profesores, presentaban un cuadro deprimente. De las 108 escuelas que había en 1907, 85 funcionaban en locales públicos y 23 en locales privados. De las 74 escuelas del Departamento de Castro en 1909, 58 eran edificios fiscales, 15 casas arrendadas y una cedida²¹⁴. En 1919, de las 4 escuelas urbanas de Castro, dos estaban en casas de propiedad fiscal y dos en locales arrendados, mientras que de las 101 escuelas rurales, 13 ocupaban locales cedidos²¹⁵. En 1922, el Departamento de Castro tenía una población escolar de 11.711 niños: 6.041 hombres y 5.670 niñas, de 6 a 16 años, que asistían a las 106 escuelas existentes. En 1926 estaban distribuidas así: 19 escuelas en la jurisdicción de Chonchi, 11 en la de Puqueldón, 8 en la de Chelín, 17 en la de Queilén y 15 en la de Quellón. Además, en el

²¹³ *La Voz de Castro*, Castro, 13 de octubre de 1904.

²¹⁴ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1909, Tomo I, Imprenta Universo, Santiago, 1910, p. 303.

²¹⁵ *Ibidem*, Vol. 5, Instrucción, Año 1919, *op. cit.*, p. 4.

Departamento de Quinchao había 48 escuelas, de las cuales 13 estaban en la jurisdicción de Achao, 12 en la de Curaco y 23 en la de Quenac. En el Departamento de Ancud había otras 51 escuelas. La mayoría de las escuelas de la Provincia eran de propiedad fiscal, algunas subvencionadas y otras particulares. En el Departamento de Castro servían 191 profesores y 90 en el de Quinchao, el mismo año de 1926²¹⁶. No obstante el crecido número de escuelas, se estimaba que faltaban otras 30 en la Provincia, cuando la población escolar del Departamento de Castro llegaba a 12.000 niños en 1930.

Si las escuelas rurales eran pobres, no eran mejores las urbanas. En 1935, la Escuela Superior N° 1 de Castro, ocupaba "una casa simple, de madera, con un pasillo al medio, una entrada con puerta de dos hojas y un sitio de 50m x 30m aproximadamente. Al fondo del patio, había un galpón que incluía seis *waters* para los alumnos y uno para el personal". En el recreo, los niños jugaban a las bolitas, a las barras o al "caballito de bronce". La mayoría asistía a pies descalzos y en la escuela recibían la merienda consistente en ulpo de leche con harina tostada²¹⁷.

En 1926, Jorge Scharzenberg y Arturo Mutizábal describían así el estado material de ellas: "Casi todas o la mayoría de las escuelas de la Provincia funcionan en edificios ruinosos, mal contruidos y antihigiénicos, en que fácilmente se comprende que los alumnos y profesores contraen las más graves dolencias y enfermedades. No es posible pintar gráficamente el estado desastroso en que se hallan los edificios fiscales y particulares en que funcionan las escuelas de Chiloé". Agregan que todo esto se debía a dos causas: "en primer lugar, que desde hace muchos años, no se consultan fondos para reparaciones de locales, y luego

²¹⁶ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., pp. 96-99.

²¹⁷ "Conversaciones con Mañuquito", en: *Revista Surcos, Primer Centenario, Escuela D - N° 922 "Luis Uribe Díaz"*, Castro, 1886-1896. Urbina Burgos, Medardo (editor), Concepción, 1986, pp. 20-21. Había que esperar hasta 1941, cuando gobiernos más comprometidos con la educación tomen la iniciativa de construir escuelas urbanas con todas las comodidades como se hizo en Castro. Más tarde, en los años cincuenta, un Ministro de Educación, como Manuel Quintana Oyarzún, chilote de Achao, dotó a la Provincia de 31 escuelas rurales. Quintana Oyarzún, Manuel, *Recuerdos de mi actuación profesional y pública...*, op. cit., pp. 103 y ss.

después, que los cánones de arrendamiento que se acuerdan para este servicio son sencillamente ridículos. La mayoría de las casas arrendadas reciben 10, 15 ó 20 pesos mensuales por arrendamiento²¹⁸.

Pero, los profesores titulados en las Escuelas Normales no siempre regresaban a servir en Chiloé, y preferían muchas veces anteponer al amor por su tierra el mejor ambiente y la comprensión que hallaban en otras ciudades y pueblos del país. Arturo Mutizábal afirmaba en 1926 que la cuarta parte del profesorado de Chile era de origen chilote²¹⁹. Antes, en la frontera de los dos siglos, se decía que todos los profesores de Valdivia eran de la Provincia de Chiloé. En cambio, en el mismo Chiloé las áreas rurales no siempre contaban con profesores titulados, especialmente a principios de siglo, lo que redundaba en la ignorancia general de la población. En 1907, cuando el Departamento de Castro contaba con 45.000 habitantes, el 64% no sabía leer ni escribir²²⁰, es decir, 28.791 personas eran calificadas de analfabetas, lo que era particularmente notorio al sur del Departamento. En 1904 no había escuelas en Compu, Paildad, Chadmo y Chaiguao, un contraste con la ciudad de Ancud, donde el 70,9% sabía leer y escribir en 1907, cuando esa ciudad tenía 3.424 habitantes²²¹. Pero hacia los años veinte los progresos eran tan evidentes que Chiloé pasó a ser una de las provincias más alfabetizadas de Chile, y Mutizábal llega a decir en 1926 que "no hay una sola provincia en el país en que haya menos analfabetos que en Chiloé"²²². Se sorprende el historiador Jean Pierre Blancpain, porque "el nombre de chilote, un siglo atrás - escribe en 1974 - era sinónimo de miseria, reivindicación, víctima de la burocracia santiaguina... rebeldes a toda actividad, postrados en una miseria psicológica y moral". Y, sin embargo, esta precaria situación no se

²¹⁸ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 100.

²¹⁹ *Ibidem*, p. 95.

²²⁰ Censo de la República de Chile, 1907, Imprenta Universo, Santiago, 1908, p. 1.223.

²²¹ *Ibidem*.

²²² Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 95.

conciliaba "con una tasa de alfabetización superior al resto de Chile"²²³. Con todo, de los 1.466 matrimonios celebrados en 1936, se constata que en 934 de ellos, ambos cónyuges sabían leer y escribir; en 331 casos sabía sólo el marido; en 84, sólo la mujer; y en 117 casos, ninguno de los dos²²⁴.

No obstante, mirando más de cerca, durante el período se observan debilidades en materia educacional en las áreas rurales de la Provincia. En los pueblos y parajes solía haber personas del mismo lugar que se desempeñaban como profesores, sin título ni autoridad intelectual, nombrados interinamente por no haber profesores interesados en trabajar en sitios apartados, como venía siendo desde antaño. En 1909, por ejemplo, en el Departamento de Castro había 107 profesores, 74 escuelas y 5.656 escolares. Los profesores eran 59 normalistas (de los cuales 15 eran directores) y 22 interinos²²⁵; estos últimos generalmente eran mujeres que combinaban la atención de los alumnos con sus quehaceres hogareños. En los años veinte, a pesar de los profesores, el resultado no siempre era satisfactorio, aún en parajes cercanos a Castro y Ancud. A veces, la falta de preparación docente se hacía demasiado evidente. En 1928, la Intendencia calificaba a la Directora de la Escuela Fiscal Mixta N° 39 de la Colonia Huillinco de "deficientemente preparada"²²⁶, lo mismo que a la Directora de la Escuela Mixta N° 13 de Caipulli, que ese año era considerada "una nulidad absoluta, poco más que analfabeta"²²⁷, aunque en ambos casos se omite decir si eran o no profesoras tituladas.

Pero eran ejemplos extremos. Tenemos que creer al citado Mutizábal cuando afirma en 1926 que "son relativamente escasas

²²³ La alta alfabetización se esgrimía como el mayor mérito de los chilotes. Cuando un articulista del periódico *La Provincia*, de Ancud, conoció a Ignacio García Sierpe en la Universidad Católica y le preguntó: ¿De dónde es Ud.?, éste le respondió orgulloso y altanero: "Soy chilote". "Y con cariño por la tierra de las islas fantásticas de nuestras regiones australes, me relató las historias de Quellén, Quellón, las hazañas electorales de Puqueldón, la fe de sus hermanos. Por primera vez oí decir: "Chiloé es la tierra chilena donde hay menos analfabetos". *La Provincia*, Ancud, 23 de diciembre de 1924.

²²⁴ Anuario Estadístico de Chile, Año 1936, Vol. I, Demografía y Asistencia Social, op. cit., p. 26.

²²⁵ *Ibidem*, Año 1909, Tomo I, Imprenta Universo, Santiago, 1910, p. 305.

²²⁶ Intendencia de Chiloé, 1928, AN, Vol. 91, folio 400E.

²²⁷ *Idem*.

aquellas escuelas en que se nota poca labor escolar²²⁸. La mayoría de los "maestros" se desempeñaba satisfactoriamente y con mayores responsabilidades que sus colegas de ciudad. Debían velar por el estado material de la escuela comprometiendo a los vecinos en las reparaciones mediante el sistema de *mingas*; tener habilidad para relacionarse con el Municipio para obtener recursos, lidiar con los padres para convencerlos sobre la prioridad de la escuela en un contexto campesino en que tener hijos era incorporarlos desde temprano a la economía del hogar. Desde esta perspectiva, los profesores tenían doble tarea: educar a los niños y modificar los hábitos de la comunidad.

La ruralidad tenía, además, otras desventajas que se hacían ver por entonces. Los niños debían caminar largas distancias para asistir a clases, cruzando pampas, playas, riachuelos y senderos difíciles bajo la lluvia. Y los padres, que eran los que se esforzaban por que hubiese escuelas y hasta donaban los terrenos y construían a su costa, no siempre conciliaban ese esfuerzo con la asistencia de sus hijos a clases. Había escuelas con salas nunca completas y donde las ausencias se consideraban normales. Las razones eran siempre las mismas: enfermedad, mal tiempo, indigencia de los padres, y trabajo en las siembras, cosechas y matanzas. El tema de las ausencias era preocupación entre los profesores, y en la Escuela Normal de Ancud se estudiaba su remedio años más tarde²²⁹. Lo mismo en Castro, donde además de los días festivos, los niños no asistían los días "santos" por costumbre muy arraigada en el pueblo. Por otra parte, y a juzgar por la opinión de los profesores, los escolares campesinos se diferenciaban de los ciudadanos. Eran más taciturnos y mostraban dificultades para aprender. "La mayor parte de los niños del campo -dice en 1920- son rústicos, huraños y reacios, de facultades mentales embrionarias, de vocabulario sumamente pobre, en tanto que los de la ciudad son urbanos, de inteligencia precoz y hablan castellano"²³⁰. De la Escuela N° 19 de

²²⁸ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 100.

²²⁹ Olavarría Guerrero, Rosa, "Ausentismo en Chiloé y modo de combatirlo", Memoria, Escuela Normal de Ancud, 1938.

²³⁰ *Boletín Escolar*, Órgano de la Agrupación de Profesores de Instrucción Primaria de Ancud, Año II, N° 15, Ancud, 15 de diciembre de 1920.

Caipulli se dice en 1928 que "la preparación de los alumnos es completamente mala, salvo uno que se nota ser despierto". Esta escuela tenía una matrícula de 26 alumnos, pero el día de la visita había sólo siete²³¹. Con todo, terminaban aprendiendo a leer y escribir, y en los años veinte se repetía que Chiloé tenía fama de ser "la tierra chilena donde hay menos analfabetos"²³². Sin embargo, la capacidad de leer y escribir solía perderse con el tiempo, cuando adultos, porque los que terminaban sus estudios de preparatorias no volvían a practicar la lectura, a veces, en el resto de su vida, y menos oportunidad tenían de escribir, lo que se traducía en un retorno al analfabetismo por desuso. Otros simplemente nunca tuvieron oportunidad de ir a una escuela. En los años veinte, había pequeñas localidades campesinas, como Paildad, que, teniendo una población de 300 niños, carecía de escuelas. Por esa razón, la población estaba entregada a las mayores supersticiones, como la brujería, que allí monopolizaban el "Rey de Alto Perú" y la "Reina de España". Con todo, en 1920, el Departamento de Ancud contaba con un 66,8% de personas que sabían leer y escribir, una de las comunas más alfabetizadas del país. En Quinchao era el 48,3% y en Castro el 46,1%. En todo Chiloé, los alfabetos eran el 53,7%, cifra que se contaba entre las más altas de Chile²³³.

En 1922, cuando Castro contaba con 2.937 habitantes, había cuatro escuelas públicas. Una era la Escuela Superior de Hombres y otra la Superior de Mujeres, y dos Elementales. Una de las Elementales era la Escuela N° 4 de niñas anexa a la Escuela Superior N° 2. Se des-anexionó y comenzó su periplo. Se trasladó a calle Lillo, más tarde a calle Nueva y después a calle Thompson. Esta escuela contaba con 51 alumnas en 1920, pero en 1922 ya tenía 112, para las cuales había 50 bancos, 5 pizarrones y un galpón que servía de gimnasio²³⁴. En 1925, se trasladó desde calle Thompson al edificio del Cuerpo de Bomberos, cuando era Directora Inés Muñoz de García²³⁵. En toda la ciudad había 500 alumnos en 1922 con

²³¹ Intendencia de Chiloé, AMI, 1928, Vol. 91, folio 400E.

²³² *La Provincia*, Ancud, 20 de diciembre de 1924.

²³³ Censo de la Población de la República de Chile, Año 1920, Imprenta Universo, Santiago, 1925, p. 373.

²³⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 6 de octubre de 1922. Se intentaba estimular el estudio. En 1920, los alumnos más aventajados eran premiados por el Municipio con una Libreta de Ahorros del Banco de Chile y Argentina.

²³⁵ *Ibidem*, 15 de mayo de 1925.

ninguna posibilidad de seguir estudios secundarios en la ciudad, excepto en Ancud, hasta que se creó el Liceo de Niñas de Castro en 1928.

Para entonces, la educación primaria había dado un paso adelante y los profesores cumplían un papel progresivamente valorado en el seno de la sociedad castreña, como Manuel García Pérez, en 1932, o Custodio Gallardo Gallardo, David Barrientos Miranda o Toribio Guglielmi Bórquez, que educaban a los niños de la Escuela N° 1 de Hombres, en 1939, cuando ya era destacado el profesor Facundo Pérez en la Escuela de Nercón, tiempos de Carolina Díaz y Daniel Miranda González, entre otros muchos activos en Castro por esa fecha²³⁶.

En 1930, sólo el 27,1% de los habitantes de la comuna de Castro era analfabeto, mientras que de los 3.101 habitantes urbanos, 939 hombres y 1.073 mujeres sabían leer. Los analfabetos eran 57 hombres y 340 mujeres, es decir, el 5,7% y el 24,1%, respectivamente²³⁷. Se avanzaba. Pedro J. Barrientos daba cuenta en 1931 de los frutos obtenidos por los profesores en las áreas rurales, con positivos "cambios en las costumbres, tanto en el modo de vivir, como en la alimentación. La niña que concurre a la escuela sale con nociones de economía doméstica, cose sus trajes, dibuja, borda, lava, plancha, prepara guisos y dulces, pastas, fiambres, embutidos y otras golosinas de repostería"²³⁸.

La educación ganaba terreno, además, gracias al esfuerzo de algunos maestros, como Luis Uribe Díaz, que miraban a más largo plazo, a pesar de tratarse de una ciudad que se había especializado sólo en comprar y vender. Pero, para entonces, se estaba experimentando un significativo avance cualitativo, porque se podía apreciar que el Liceo comenzaba a remover los arcaicos cimientos de la sociedad, y la cultura iniciaba su callada irrupción para ganarse un espacio. Entre los docentes, ya prestaba sus servicios en el Liceo

²³⁶ Del período son profesores Juan Gutiérrez Velásquez, Gaspar Galindo Vera, Fidel Cárcamo Cárcamo, Carolina Díaz Cárdenas, Antonio Bórquez Pérez, Pedro Bahamonde Vivar, José Andrade, Juan Antonio Bórquez Pérez, entre otros, que sirvieron en la Escuela Superior N° 1, de Hombres, entre 1900 y 1940.

²³⁷ X Censo de la Población, Año 1930, Imprenta Universo, Santiago, 1931, p. 507.

²³⁸ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 231.

Juan Serrat y Frigolà, profesor de Matemáticas y Física, nombrado en 1931. Por otra parte, el deseo de saber se extendió a los obreros que buscaron completar sus estudios en las Escuelas Nocturnas, primero de Mujeres y luego de Hombres con el nombre *José Manuel Balmaceda*, aunque sin continuidad, tal vez, por falta de recursos. En 1938 llegaron a Castro los Padres Salvatorianos para hacerse cargo de la Parroquia, gracias a las gestiones del obispo Ramón Munita, quien los hizo traer desde Alemania. En Castro fundaron la *Escuela San Martín*, que abrió sus aulas a principios de los cuarenta, conocida desde entonces como "Escuela de los Padres Alemanes"²³⁹.

Con todo, la vida estudiantil y la cultura seguían estando en Ancud y en esto radicaba su mayor jerarquía respecto de Castro, a pesar de tener casi la misma población a fines de los treinta. Allí estaban el Seminario Conciliar, el Liceo de Hombres, el Colegio de la Inmaculada Concepción para señoritas, la Escuela Profesional, la Escuela Agrícola y la Escuela Normal. Cualquier castreño o chilote medianamente instruido y más desenvuelto, lo era porque había pasado por las aulas ancuditanas²⁴⁰.

Para los castreños era más difícil superar la educación primaria antes de 1928. Desde ese año en adelante pudieron ingresar al Liceo. Pero los niños de los pueblos y aldeas del interior que concluían la escolaridad se quedaban en las primeras letras. Sólo una minoría ingresaba en los liceos de la Provincia. Incluso los estudiantes castreños tenían dificultades para alejarse de sus familias e ingresar en la Escuela Normal de Ancud cuando había que contar con recursos para pagar pensión. Los padres más humildes pocas veces podían solventar los gastos, porque vivir en pensiones significaba transportar la cama completa, incluso en casas de parientes, aunque

²³⁹ Véase a Urbina Burgos, Rodolfo, *La vida cotidiana en un pueblo de Chiloé...*, op. cit., pp. 79-84.

²⁴⁰ Los colegios católicos ancuditanos eran de buen prestigio. No obstante, tenían sus enemigos en la minoría masona de la Provincia que postulaba la educación laica. Uno de ellos escribía en 1919: "Yo... todo se lo perdonaría a los jesuitas con tal que no se metieran a enseñar. Paso porque prediquen en el centro de África Central; porque se dediquen a civilizar a los bárbaros negros, y cuanto más bárbaros y más negros, mejor; porque cuiden a leprosos y atacados de todas las enfermedades... pero me revuelve las tripas y no puedo sufrir que se dediquen a la enseñanza", *La Cruz del Sur*, Ancud, 24 de octubre de 1919.

con menos gastos y mejor atención. Este era un asunto importante en el caso de las niñas que en los años treinta necesitaban de cuidados especiales. El internado era preferible, pero regularmente proveía sólo techo y comida, esta última de lunes a viernes.

La Escuela Agrícola de Ancud es un buen ejemplo de las dificultades que hallaban los padres. Tenía sólo alumnos internos en 1934. Exigía a sus estudiantes llevar un catre, un colchón, toda la ropa de cama con sus recambios (frazadas, sábanas, almohadas y almohadones con sus fundas), un traje "de salida", dos overoles azules, un par de zapatos con "suela de palo", un sombrero estilo boy-scout, camisas con sus "cuellos", camisetas, calzoncillos, calcetines y pañuelos. Pero, además, un lavatorio y un jarro enlozado, útiles de costura con su costurero, y lápices, plumas y cuadernos²⁴¹. Ante tales exigencia, muchos humildes padres del interior se resignaban a perder la batalla. Las mismas dificultades para los demás internados de los colegios ancuditanos. El internado del Liceo de Niñas de Castro era por el estilo. Exigía traer "catre, cama y demás accesorios", en 1931 y siguientes²⁴², cuando el citado internado ocupaba la propiedad de Leonidas del Canto, en la acera sur de la Plaza Prat.

III. La salud y los "médicos de ciudad"

Si la educación y cultura no estaban en buen pie, la salud y los hábitos de higiene de la población urbana y rural no eran mejores por falta de médicos o por la costumbre de "medicinarse" con la *meica* y el *curandero*. El médico de Castro era nombrado por Decreto de la Dirección General de Beneficencia. Generalmente, cumplía todas las funciones posibles en el pequeño pueblo: médico de Carabineros, de la Municipalidad, del Hospital, y desde los años treinta, médico de la Caja de Seguro Obrero. Acaparaba funciones para hacer rentable su estada. Pero este mismo acaparamiento impedía que pudiera haber más de un médico, porque al segundo no le quedaba nada que asumir, excepto como médico particular.

²⁴¹ *La Voz de Castro*, Castro, febrero de 1934.

²⁴² *Ibidem*, febrero de 1931.

Sólo en 1932 se separaron las tareas y un médico atendía el Seguro Obrero y otro, el cargo hospitalario que incluía el papel de médico sanitario para, como tal, prevenir los brotes epidémicos en un medio periódicamente amenazado por el tifus exantemático.

A principios de siglo había un solo médico. En ocasiones llegaba un doctor para hacerse cargo de tareas específicas, como en 1905 en que Edwin Reed arribó al pueblo para combatir la viruela que afectaba al Departamento de Castro. Estuvo hasta 1906²⁴³. Se le llamaba "médico de colonias" en 1907, "médico de vacunar", o "médico de ciudad y vacunas", cuando Castro contaba con 1.243 habitantes. Eran médicos de estada breve. La mayoría permanecía un año. A veces menos. Pero, en ocasiones hubo hasta dos y tres, como en 1912, cuando sirvieron Manuel Vargas y Arturo Alcayaga. En 1913, el médico era Benjamín Vásquez y el mismo año llegaron los doctores Domingo Rojas Martínez y Guillermo Velasco. En 1914 comenzó a ejercer Juan Bautista Kappes, quien permaneció hasta 1923. Pero durante el período, hubo doctores que sirvieron sin más título que alguna experiencia, o con título extranjero no convalidado en Chile, o sólo médicos "prácticos", como Carlos White en 1904, quien ejerció también en Chonchi el mismo año. De él se decía que "sabía de medicina"²⁴⁴. Junto al Dr. Kappes estaba el Dr. Adrián Valencia en 1915, que se ufanaba de hacer "operaciones delicadísimas". Pero se comentaba que no era médico titulado, por lo que se le exigió presentara su diploma y, como no lo hizo, comenzó a correr el rumor de que el citado doctor nunca había estado en la universidad. En 1916, el vecindario pedía que abandonara el pueblo. Parece que se fue, porque en 1916 pasó un tiempo en que no hubo

²⁴³ El mismo año 1906, el Dr. Reed estaba residiendo en Ancud donde, además, se desempeñaba como profesor de Ciencias Físicas y Naturales en el Liceo de esa ciudad.

²⁴⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 1904. En 1905 se le califica de "médico práctico" y atendía a los varilosos de Vilupulli, Tey, Curahue y Aldachildo. *La Voz de Castro*, Castro, 1905. En 1908 tenía una botica-droguería. *El Sur de Chiloé*, Castro, 1908. En 1912 servía como "médico de ciudad" en reemplazo del Dr. Arturo Alcayaga. *La Voz de Castro*, Castro, octubre de 1912, cargo que ocupó hasta la llegada del Dr. Benjamín Vásquez el mismo año. En 1913 todavía conservaba su botica-droguería, pero no contaba con farmacéutico profesional. *La Voz de Castro*, Castro, enero de 1913. En 1917, White cambió de rubro e instaló "Palitroques Recreo" en calle Gamboa. Carlos White estaba casado con Ana Gesell. *La Voz de Castro*, Castro, 24 de noviembre de 1904.

médico en Castro. Ese año se quejaba la prensa de que hacía un mes que habían asesinado a un tal Geoffrey y no había quien pudiera hacer la autopsia²⁴⁵.

En 1925 el médico de Castro era Carlos Maldonado. El mismo año prestaba servicios el Dr. David Ratinoff. Figuran, además, los doctores José Ausola, en 1925, y Carlos Bize, en 1926. Pero éstos y otros eran de aquellos no permanentes que llegaban periódicamente de visita para atender sólo unos días en el hotel donde se hospedaban. En 1927 se estableció en Castro el Dr. Augusto Riffart, cuya permanencia se prolongó hasta su fallecimiento en 1949 y fue, tal vez, el más importante médico que tuvo la ciudad durante las tres primeras décadas del siglo. Riffart compartió su tarea con el Dr. Waldo Brüning durante un tiempo. Éste último llegó a Castro en 1932 y permaneció hasta 1935. Además de la actividad propia de su profesión, Brüning fue un atento observador de la vida castreña y chilota, en particular, del estado de la salud y de las dificultades de la atención médica en un medio paupérrimo, según consta en sus memorias publicadas en 1996. Brüning se trasladó a Puerto Aysén en 1935 y en Castro quedó el Dr. Riffart para atender una población de más de 3.000 habitantes urbanos y 52.000 en todo el Departamento. Por eso, en 1936, el Municipio consideraba que un solo médico no bastaba para las necesidades sanitarias de la ciudad y para "velar por la salud pública y promover el bienestar general y particular de los habitantes del territorio municipal"²⁴⁶. A ello se debió la llegada del Dr. Alfonso Zumaeta en 1939. Zumaeta fue reemplazado en 1940 por el Dr. René Tapia Salgado, que llegó con su esposa en el vapor *Tenglo* en el verano de ese año para hacerse cargo de la Dirección del Hospital. En 1936 faltaba, además, un dentista de residencia permanente y se pidió que el que atendía a Carabineros de Ancud se radicara en Castro, dando como razones "ser este puerto, punto céntrico de la Isla [y] tener la Comisaría numerosos retenes"²⁴⁷. El Director General de Carabineros, Humberto Arriagada Valdivieso, aceptó las razones y ordenó

²⁴⁵ *La Justicia*, Castro, 1916.

²⁴⁶ Sobre la necesidad de un nuevo médico, Sesión 9ª Ordinaria, Castro, 10 de junio de 1936, AMC, p. 577.

²⁴⁷ Solicitud de un dentista, Sesión 10ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1936, AMC, p. 583.

trasladar la plaza de dentista de Carabineros de Ancud a la 3ª Comisaría de Castro el mismo año de 1936²⁴⁸.

Los médicos de Castro tenían su consultorio particular en el centro del pueblo, generalmente en la misma casa donde vivían, acomodando una pieza con suficiente luz para atender a los pacientes. El Dr. Augusto Riffart, por ejemplo, atendía en calle Thompson, al lado de la casa de Tulio Alvarado, en 1927, y el Dr. Brüning tenía su consultorio "en un edificio recién construido", y distante una cuadra del *Hotel Plaza*. La sala que usaba Brüning era cómoda, de 10 x 10 metros y calificada de "amplia", con mobiliario "sencillo" formado por varias bancas y sillas de madera. La sala lucía las paredes cubiertas de afiches para informar a la población sobre el tema sanitario, especialmente los peligros del piojo, el tifus exantemático, la tuberculosis, la sífilis y las caries dentales. Contaba, además, con una pieza para exámenes, también amplia, amueblada y dotada de un buen material médico. En una pieza anexa tenía el equipo de Rayos X, "sólo para radioscopias", y una lámpara de luz ultravioleta.

No era fácil la labor médica. En la jurisdicción de Castro, la población era en un 90% rural, acostumbrada desde antiguo a *medicinarse con meicas y curanderos*, a suponer que las enfermedades eran originadas por *males tirados*, causados por terceras personas, por lo cual había que recurrir a fórmulas locales para neutralizar los efectos, es decir, llamar al "entendido" o "curioso" y no al médico profesional. Ya se podrán advertir las dificultades que encontraban los facultativos en un medio supersticioso, no sólo en las áreas rurales, sino en el vecindario popular de la ciudad. Además, volaban las pestes y toda suerte de males.

Entre 1900 y 1917, no estaban ausentes las epidemias con su secuela de muerte, a pesar de la barrera contra los contagios que significaba vivir en una isla y, por lo mismo, no alcanzar hasta Chiló las pestilencias que asolaban el país en los comienzos de siglo. Pero las había locales, porque el aseo era casi inexistente en la población

²⁴⁸ Traslado de dentista de Ancud a Castro, Sesión 12ª Ordinaria, Castro, 10 de septiembre de 1936, AMC, p. 9. Hasta entonces los dentistas llegaban de visita a atender por unos días en el hotel donde se hospedaban.

rural y castreña, tanto en las calles como en las casas y patios donde la generalizada existencia de chiqueros atentaba contra el estado sanitario de la ciudad, a lo que se sumaba la basura, cuya evacuación era desconocida hasta 1921.

Así nacían las pandemias, y mucho más a causa del agua de consumo diario, generalmente contaminada antes que se instalara el sistema de cañerías de agua potable en 1917. La vida estaba en perpetuo riesgo por la insalubridad reinante en los sectores sociales más pobres, donde no existía el hábito de aseo corporal, ni de lavado de pelo, ni la muda regular de la ropa interior.

El agua era un problema. La que se usaba era sólo para cocinar y lavar la ropa, y pocas veces para el aseo. El vecindario se abastecía de las vertientes. Para eso estaban las *chungas* en las que los aguateros la distribuían en los negocios y oficinas públicas. Los niños, las empleadas domésticas y las mismas dueñas de casa hacían dos o más acarrees diarios a sus casas. Cada sector urbano de la ciudad tenía su vertiente, y cuatro eran los surtidores más importantes de la ciudad, pero todos calificados de insalubres, porque en ellos se lavaba la ropa al tiempo que se tiraban allí los desperdicios y se sacaba del mismo ensuciado elemento la necesaria para beber y cocinar. La prensa castreña decía en 1908 que todo era inmundo y causa de las enfermedades²⁴⁹, particularmente la vertiente situada en calle Gamboa, descrita el mismo año como "en horrible estado". No obstante, de allí se sacaba el agua para cocinar. Había otros dos surtidores en el barrio Lillo, pero las aguas estaban igualmente contaminadas. Por eso, se advertía al vecindario: "Sepa esa gente que el agua de nuestras acequias no sirve ni siquiera para el baldeo de las habitaciones. Piénsese en cuántas personas lavan ropa, escupen y hasta hacen otras mayores en las acequias"²⁵⁰. Así se originaban las epidemias, como la fiebre tifoidea, como se advertía en 1908, situación que se estimaba grave en 1915.

Una de las vertientes más concurridas era la situada en calle Serrano, a pesar de que sus aguas se escurrían a través de un basural y llegaba a la poza contaminada con los desperdicios en

²⁴⁹ *El Sur de Chiloé*, Castro, diciembre de 1908.

²⁵⁰ *Idem*.

descomposición. Allí, las lavanderas lavaban tanto la ropa como los intestinos de animales antes de cocinarlos. Por eso, también en la misma poza se juntaban los perros. Era, no obstante, el lugar de donde se abastecían las casas del sector. Los riachuelos cantarinos y transparentes sólo se podían encontrar en las laderas situadas hacia el oeste, como los dos que descendían hacia el río Gamboa. Pero periféricos. Uno de ellos era el *Don Justo*, descrito en 1912 como un arroyuelo cercano al río Gamboa²⁵¹. Pero había otros como *El Carmen*, considerado "un basural".

De las vertientes urbanas se surtían los "aguadores" que, además de los baldes y *chungas*, usaban barriles descritos como sumamente sucios, y el médico de ciudad constató que nunca los lavaban, porque los barriles "tienen la boca muy chica", según los aguadores²⁵².

Para resolver el problema, se pedía la instalación del agua potable. Las gestiones habían comenzado en 1896. En 1898, José Koch hizo los estudios y el presupuesto que fueron remitidos a la Dirección General de Obras Públicas²⁵³. En 1905, Koch hizo un nuevo presupuesto, pero siguieron otros estudios que estuvieron concluidos sólo en 1913²⁵⁴, después de haberse intentado aprovechar la fuente *Don Justo*, porque se pensó que los Padres Franciscanos, propietarios de la dicha vertiente, podrían cederla, como lo gestionaba en 1912 el diputado Rafael del Canto. Las obras de instalación de cañerías comenzaron en 1913 y estuvieron a cargo del contratista Miguel Chijani. Se hizo un pozo surtidor en el cerro Millantui, en 1914²⁵⁵. En 1915 se habían extendido algunas cañerías domiciliarias. En 1916 se completó calle Blanco, y en 1917 las primeras tres cuadras de San Martín. Pero ese mismo año todavía no llegaba agua a calle Lillo.

Aunque el agua potable resolvió el problema de las vertientes

²⁵¹ *La Voz de Castro*, Castro, mayo de 1912.

²⁵² Informe médico del Dr. Edwin Reed del 6 de septiembre de 1905, en: *El Sur de Chiloé*, Castro, 17 de junio de 1908.

²⁵³ *La Voz de Castro*, Castro, 1904.

²⁵⁴ Memoria de la Intendencia de Chiloé correspondiente a 1913, en: *La Cruz del Sur*, Añud, 2 de junio de 1913.

²⁵⁵ *La Voz de Castro*, Castro, diciembre de 1914.

contaminadas y con ello los peligros del tifus, no significó, sin embargo, progresos en el aseo personal. Además, los barrios de orilla extendidos hacia el norte desde los años veinte y el sector Gamboa, allende el río, no fueron beneficiados con la red de agua potable y se abastecían de las vertientes todavía a fines de los treinta, de modo que el baño periódico continuó, en general, ausente en la clase popular. Por otra parte, toda la ciudad funcionaba con pozos negros por inexistencia de alcantarillado y Castro tenía un perenne mal olor a pescado en calle Lillo y a pozo séptico en la parte alta. Ayudaban a complicar este cuadro de desaseo y hedores, los riesgos de enfermedades por las matanzas clandestinas de corderos y cerdos, sin control sanitario²⁵⁶ y, en fin, el alcoholismo, que comprometía la salud de buena parte de la población.

Los casos más extremos se veían en los parajes rurales y barrios de orilla de Castro donde la vida parecía más miserable, mayor el hacinamiento sumado a la ignorancia que iba de la mano con la falta de hábitos higiénicos. Idénticos cuadros solían verse en los pueblos y aldeas. Pero había casos más extremos. Según el Dr. Brüning, Melinka era un ejemplo dramático en 1932. Allí, los índices de morbilidad y mortalidad eran extraordinariamente elevados y los casos en estado crítico alcanzaban tal gravedad que no se veían en otras partes. Se desconocían los hábitos higiénicos, el hacinamiento llegaba a ocho personas por pieza. Brüning refiere que la población sumaba 150 habitantes que vivían en 20 casas que califica de estrechas y oscuras "dispuestas en dos hileras a lo largo de una angosta y barroca callejuela casi intransitable". La población carecía de luz y agua potable, y para las necesidades biológicas sólo contaba con tres letrinas a las que acudían todos. Además, vivían encerrados en sus casas la mayor parte del año a causa del clima, de modo que la cocina, el brasero y, con ello, el aire viciado por falta de ventilación, tenían a la población padeciendo varias enfermedades.

El Dr. Waldo Brüning, que pudo conocer de cerca los hábitos de los campesinos del Departamento de Castro, describe así el estado

²⁵⁶ Matanzas clandestinas, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 26 de febrero de 1934, AMC, p. 301, y Sesión 8ª extraordinaria, Castro, 31 de mayo de 1935, AMC, p. 455.

higiénico de la población: "Lastimoso cuadro de subdesarrollo, tanto sanitario como médico... al comienzo de la cuarta década del presente siglo"²⁵⁷. Y lo explica por "la escasez dramática de profesionales -tanto médicos, como dentistas, matronas y farmacéuticos-, la carencia y pobreza de los servicios asistenciales, la incultura... El hacinamiento, la actuación nefasta de machis, brujos y parteras, la reticencia de la población para acudir al médico, la automedicación campesina y, en último término, las tan variables y duras condiciones climáticas, han sido las principales causas que configuraron la desoladora realidad chilota en materia de salubridad"²⁵⁸. Sin médicos, el tracoma era invencible, aún en pueblos vecinos a Castro. En 1916, los tracomosos eran unos dos mil en la jurisdicción de Chonchi. La prensa decía que "daba lástima ver a muchas personas que tenían que ser guiadas a causa de la terrible enfermedad". Y por falta de médico "muchas... pierden la vista o agravan la enfermedad, en muchos casos debido a la asistencia de los *machis* que curan con lo primero que se les ocurre a fin de ganar dinero"²⁵⁹.

No era fácil corregir el modo de vida de los más humildes. Nunca hubo un plan de habitaciones obreras, por ejemplo. Sólo en 1939 se pensó seriamente el asunto. Por otra parte, un médico no era suficiente para hacer frente a tantos males nacidos de las precarias condiciones sanitarias y de otras causas que los chilotes resolvían o creían resolver con brebajes y hierbas de la farmacopea local, especialmente en los pueblos y aldeas.

Fuera de su consultorio particular, el médico debía atender el Hospital y el Dispensario, hacer autopsias e informes médico-legales, visitar periódicamente los prostíbulos, visitar al pueblo de Rilán, así como Queilen, Quellón, Melinka y la "Casa de Socorros" de Curaco de Vélez. En Chonchi había un médico y otro en Achao. Pero el médico de Castro debía desplazarse a todos los pueblos del Departamento, en viajes largos, lentos y difíciles. Si no había otro médico que se quedara en Castro, la ausencia del doctor era sentida por la población. El Dr. Waldo Brüning dice que en 1932 "para cubrir

²⁵⁷ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 75.

²⁵⁸ *Ibidem*, p. 76.

²⁵⁹ *El Cometa*, Chonchi, 2 de septiembre de 1916.

los requerimientos asistenciales en puertos e islas de la costa oriental tenía que movilizarme, por lo general, en bote. Rara vez podía aprovechar un barco de cabotaje de itinerario fijo. Algunos de estos viajes demoraban diez o quince horas, según las condiciones marinas imperantes, y no estaban exentos de peligros por súbitos temporales que solían levantarse y que, a veces, se prolongaban varios días, impidiéndome un pronto regreso²⁶⁰.

Sus visitas a los campos tenían también su lado pintoresco. Los pacientes no pagaban sus honorarios en dinero, sino en huevos, gallinas o papas. Pero así era la vida en Chiloé y el médico debía adaptarse a ello.

Para viajar por tierra, los médicos debían cabalgar. El Dr. Riffart llegó a ser buen jinete y poseía sus propios caballos. En sus visitas a los pueblos y campos debía resolver los problemas usando el ingenio. Para las fracturas, por ejemplo, usaba tablillas de coligües de diversa longitud y las amarraba con cordeles, "a fin de adaptarlas a las características anatómicas de cada paciente". Cuando había que trasladar enfermos a Castro, él mismo construía camillas de madera. Aunque los testimonios nada dicen, es obvio que los enfermos eran trasladados por sus parientes en botes, lanchones o vapores. Si era por tierra, se los conducía al anca del caballo o en carreta. Los enfermos de la ciudad eran conducidos al Hospital en las camillas de la Cruz Roja cubiertos con una lona. En todo Chiloé era igual. En 1936 nacieron 7.379 niños. Sin embargo, sólo el 18,3% nació en hospitales. El resto en casa y en manos de la partera. El 53,4% moría antes de los 10 años y el 58,4% antes de los 20 años. Ese año hubo 4.513 fallecidos en Chiloé, siendo agosto el mes de más altas defunciones y noviembre, el más bajo, con 131 y 72 fallecidos, respectivamente²⁶¹.

No era mucho lo que podía esperar un enfermo en 1900, porque el Hospital carecía de todo lo necesario, excepto la atención que prestaban las monjas franciscanas. Ellas eran el único consuelo para los pacientes cuando el Hospital sólo contaba con algunos

²⁶⁰ Brünig, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 79.

²⁶¹ Anuario Estadístico de Chile, Año 1936. Demografía y Asistencia Social, Imprenta Universo, Santiago, 1937.

medicamentos. Sin embargo, las religiosas sólo estuvieron hasta 1908, año en que decidieron abandonar el pueblo, porque el recinto hospitalario eran tan pobre y estrecho que carecía de habitaciones para ellas y no se disponía de recursos para mejorarlo. Además, dos de las monjas estaban achacosas y enfermas. El 15 de abril de ese año, a las 6 de la mañana, tomaron el vapor y se marcharon sin que nadie las fuera a despedir²⁶².

Desde entonces, el viejo y mal acondicionado hospital quedó en manos de la *Junta de Beneficencia*, precariamente atendido y en mal estado material hasta 1914, en que fue cerrado temporalmente por carecer, además, de instrumental médico y sólo pudo ser reabierto por gestiones realizadas por el diputado Rafael del Canto el mismo año, pero sin el personal calificado para la atención de enfermos. El edificio era materialmente pobre y mal atendido por los empleados durante el largo período en que no contó con la asistencia de monjas. No faltaban los desacuerdos entre la *Junta de Beneficencia* y el médico, lo que repercutía negativamente en los pacientes. En 1917, dicha *Junta* tomó la decisión de prescindir de los servicios del Dr. Kappes y lo reemplazó por el Dr. Pérez Molina. Pero luego restituyó a Kappes, todo lo cual era comentado por el vecindario, que veía en estos roces desavenencias personales perjudiciales para la población. Ese año había tres doctores en la ciudad: Juan Kappes, H. Mujica y el Dr. Pérez Molina, y aunque no se tenía fe en el Hospital, los tres juntos operaron con éxito a Claudina Márquez Cárcamo, luego de tres horas de labor. Un suceso muy comentado.

Hubo que esperar hasta 1926 para que, a instancias del Obispo Abraham Aguilera, llegaran cuatro monjas hospitalarias procedentes de San Carlos²⁶³. Arribaron a Castro en el vapor *Corcovado* el 12 de

²⁶² *El Sur de Chiloé*, Castro, 29 de abril de 1908.

²⁶³ El origen de la "orden" es el beaterio de la ciudad de San Felipe, fundado en 1866 por José Agustín Gómez con el nombre de *Hermanas Hospitalarias de San José* y cuyo fin era atender las Casas de Caridad. En 1888 pasaron a ser congregación diocesana con licencia del Arzobispo Mariano Casanova. El 16 de septiembre de 1902 un grupo fue destinado a San Carlos para la atención del hospital. Allí fundaron otra casa, y en 1903 abrieron un noviciado para pasar a llamarse *Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús*. Desde entonces, la casa central estuvo en San Carlos, extendiéndose a Traiguén, Lebu, Bulnes, Tomé, Cañete, Victoria y Temuco, para atender los hospitales de esos pueblos. Se les llamaba también *Religiosas Pasionarias*. Por su vocación y prestigio, el Obispo de Ancud las llamó a Castro en 1926.

noviembre. Una multitud las recibió en el muelle seguido de un *Te Deum* en la iglesia franciscana²⁶⁴. Hasta entonces, el hospital había estado clausurado, pero fue restablecido el mismo año gracias a su director, Ruperto Triviño, a pesar de la vejez de la construcción.

Tenía capacidad para 60 pacientes en dos salas comunes: una para hombres y otra para mujeres. Había otra de pensionado. En las primeras, se atendía gratuitamente a la gente pobre. La segunda era pagada. La *Sociedad de Beneficencia* y la *Acción Católica Femenina* sostenían, en parte, el hospital, con erogaciones voluntarias de los vecinos o a través de *kermeses* y veladas que se organizaban de vez en cuando para reunir fondos. Ambas organizaciones estaban muy activas en 1927. La *Acción Católica* por ejemplo, tenía su propia casa junto a la iglesia parroquial, mientras la de *Beneficencia* estaba dirigida por personas importantes e influyentes, como David Ratinoff, que formaba parte de la junta administrativa en 1926.

Mejóro algo el viejo hospital con las nuevas monjas de la Congregación San José y con las gestiones de Ruperto Triviño. Un baño enlozado, suficientes sillas, veladores, mesa de comedor, somieres también nuevos, colchones, sábanas, cubrecamas y frazadas, catres de bronce, bacinicas, jarros y lavatorios. La cocina, aunque estaba muy separada de las salas, fue dotada de ollas nuevas, platos, fuentes y demás servicio. La botica del mismo hospital recibió un stock de medicamentos. El viejo edificio mereció la reparación del techo, las piezas se pintaron o empapelaron y el pasadizo de la galería se cubrió con *linoleum*. Antes de terminar el año 1926, sólo faltaba la lavandería, la casa-morgue y los instrumentos de cirugía. El patio se sembró de papas suficientes para un año²⁶⁵, y una habitación del recinto fue destinada a "pieza de los víveres" que las monjas recibían como erogaciones del vecindario. En los años treinta, la maternidad estaba en la misma sala común, y el Pensionado, aparte. En los años treinta, las operaciones quirúrgicas se hacían en la mañana y las curaciones en la tarde.

El 5 de diciembre de 1926, se bendijo solemnemente la capilla

²⁶⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 19 de noviembre de 1926.

²⁶⁵ *Ibidem*, 30 de octubre de 1926.

del hospital con el nombre de *Sagrado Corazón de Jesús*. Contaba con una campana de bronce y un *harmonium*. Y el día 8 del mismo mes, doce niñas hicieron allí su primera comunión después de ser preparadas por la Superiora Sor María Mercedes²⁶⁶. Cada sección del hospital fue igualmente bendecida y bautizada con el nombre de una santa. La botica se llamó *Santa María Ana*, la campana era del *Santa Rosario*, y en 1927 se hizo una gruta donde se puso la imagen de la Virgen del Carmen.

El personal hospitalario contaba con las cuatro monjas dirigidas por la madre superiora, una funcionaria a cargo de la botica, un contador que en 1932 era Temístocles del Canto, un practicante que el mismo año era Alejandro Alvarado, un asistente de pabellón, además del personal que atendía las salas y cumplía con otros menesteres. En total trabajaban allí unas cuarenta personas.

No obstante la gratuidad para la gente pobre, se tenía miedo del hospital, porque se suponía que allí sólo se podía ir a morir. La gente de los alrededores de Castro seguían prefiriendo la automedicación. Y como la enfermedad se soportaba estoicamente y se aceptaba "lo que Dios quiera", eran pocos los pacientes que acudían a él. En 1909, el número de atendidos fue de 213, todos agricultores, carpinteros y sirvientas²⁶⁷, y las enfermedades más frecuentes eran la tuberculosis, el tifus, la bronquitis, los tumores y la sarna. En 1930, por ejemplo, el Hospital atendió sólo 174 enfermos. Distinta actitud mostraban los castreños para las simples curaciones de heridas, composturas de huesos u otras atenciones menores para las que debía acudir al Policlínico que en 1930 prestó atención a 1.259 personas²⁶⁸.

En 1932, el recinto hospitalario estaba rodeado de jardines y disponía de 6 piezas y 50 camas. Por entonces la dirección estaba a cargo de Alfredo Vargas, reemplazado el mismo año por el Dr. Waldo Brünig, cuando hacía de capellán el Padre Felipe Oyarzún. Sin embargo, las monjas tenían tantas imágenes religiosas instaladas, incluso en las ventanas, que las salas permanecían en perenne

²⁶⁶ *Ibidem*, 10 de diciembre de 1926.

²⁶⁷ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1909, Tomo I, Imprenta Universo, Santiago, 1910, p. 802.

²⁶⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 1931.

oscuridad hasta que el Dr. Brüning ordenó retirarlas para que entrara la luz. Carecía de servicios higiénicos "y los pacientes tenían que exonerar el vientre en una letrina cajón ubicada a toda intemperie, a unos cincuenta metros del hospital, en un pequeño montículo"²⁶⁹. Para los que no podían levantarse, bastaban las bacinicas, hasta que el mismo año 1932, se instalaron los servicios higiénicos anexos a cada sala. Pero hubo nuevas tiranteces entre el médico Director y las monjas que terminaron por indisponerlas, y abandonaron Castro en 1939.

El Hospital pertenecía a la *Beneficencia Pública*, pero se mantenía con dificultad con aportes fiscales y particulares. Contaba con un presupuesto de 100.669 pesos en 1936, de los cuales 80.202 pesos eran de aporte fiscal, otros 10.000 pesos por Ley 4054, 200 pesos por donaciones particulares, 517 pesos que aportaba la *Beneficencia* y 9.750 pesos por entradas propias²⁷⁰. Legalmente, le correspondía percibir el 10% de las patentes municipales, pero el Municipio castreño no cumplía con este pago por considerarlo "aporte ilegal"²⁷¹, hasta que en 1939 el nuevo Director del Hospital, Dr. Alfonso Zumaeta, exigió al Municipio cancelar la deuda que por este concepto tenía desde 1936, por tratarse de "fondos necesarios para la habilitación del nuevo hospital"²⁷². El Municipio finalmente accedió, reconociendo que "sin este beneficio, no podrá habilitarse el hospital reparado", precisándose que el dinero "deberá invertirse en la construcción de un edificio destinado a cocina que carece el establecimiento"²⁷³.

En 1939 se inauguró el nuevo hospital que había comenzado a construirse durante el gobierno de Carlos Ibáñez del Campo, con capacidad para 100 camas²⁷⁴. Nuevas monjas llegaron a atenderlo: Sor Ana María, Sor María Inés, Sor María Mercedes y Sor Clara²⁷⁵.

²⁶⁹ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 69.

²⁷⁰ Anuario Estadístico de Chile, Año 1936, Demografía y Asistencia Social, op. cit., p. 112.

²⁷¹ Reparó sobre el pago del 10% de patentes para la Beneficencia Pública, Sesión 8ª Ordinaria, Castro, 25 de noviembre de 1938, AMC, pp. 278-279.

²⁷² Comunicación del Director del Hospital sobre el 10% de patentes, Sesión 5ª Ordinaria, Castro, 25 de abril de 1939, AMC, p. 326.

²⁷³ El Municipio acuerda pagar el 10% de patentes, Sesión 5ª Ordinaria, Castro, 25 de abril de 1939, AMC, p. 326.

²⁷⁴ *La Voz Insular*, Castro, 24 de junio de 1939.

²⁷⁵ *Ibidem*, 1939.

Sin embargo, las religiosas sólo permanecieron hasta 1940 por nuevos desacuerdos con el también nuevo Director del Hospital, Dr. René Tapia²⁷⁶.

En todo el periodo que corre entre 1900 y 1940, nunca pudo estar en buen pie la atención médica. La falta de medicamentos, el mal estado del Hospital, la arraigada idea de que a Castro llegaban doctores poco preparados, sus periódicas ausencias, el temor de quedar en manos del practicante o de inexpertos empleados, etc., hacía que las familias más exigentes miraran siempre hacia los médicos y hospitales del norte. Los doctores, las matronas y el hospital de Ancud eran preferibles, y además los médicos eran conocidos en Castro por sus visitas periódicas, lo mismo que las obstetras, como María G. de Centeno, que atendía en calle Blanco durante unos días o semanas. Otra alternativa eran los médicos y hospitales de Puerto Montt, Osorno y Valdivia. Por necesidades como éstas, se adquirió un avión en 1922²⁷⁷.

El hospital mejor dotado de la Provincia, pero no mucho más, era el de Ancud, con un presupuesto anual de \$143.786 y capacidad para 16 piezas en 1936. Estaba pensado para atender una población de 4.500 habitantes urbanos. El hospital de Achao atendía a 27.225 habitantes del Departamento de Quinchao. El de Curaco de Vélez sólo era "casa de socorros", atendida una vez al mes por el médico de Castro. Tanto el de Achao como el de Curaco no resolvían los problemas de salud, excepto curaciones.

²⁷⁶ *Ibidem*, 4 de mayo de 1940.

²⁷⁷ En 1930 se inauguró el servicio aéreo Santiago-Puerto Montt con prolongación hasta Aysén con un hidroavión, pero sin pasar por Chiloé. Y como era una necesidad, ese mismo año se solicitó, sin éxito, un puerto aéreo para Castro, *La Cruz del Sur*, Ancud, abril de 1930.

EMPLEOS Y OFICIOS EN LA ESCALA SOCIAL URBANA

I. Los comerciantes ricos y los de poca monta

En las primeras tres décadas del siglo XX, no había castreños de riqueza equivalente a la de los ricos hombres de Punta Arenas o Puerto Montt ni mucho menos comparables a los de Valdivia. No obstante, con el comercio lograban algunos una moderada solvencia económica que les permitía llevar una buena pasadía, como era el caso de Antonio Gómez, Samuel Subiabre, José Canobra, Manuel Oyarzún, Jorge Oberreuter, Juan Francisco Gómez, Francisco Birke, Enrique Chatterton, Antonio Yupner, o la Sociedad Barrientos Hnos., entre otros, en 1904²⁷⁸.

Eran vecinos de mejor pasar que los demás, gracias a su mayor iniciativa y espíritu de trabajo, pero distantes en caudal de los comerciantes e industriales de otras partes del país. No era mucho a lo que se podía aspirar en el Chiloé de principios de siglo, pero, además del comercio establecido y la exportación de papas, había otras alternativas como el transporte marítimo y la actividad maderera, tareas relativamente importantes para una época en que todo o casi todo se movía por mar, y por mar también la carga, lo que para los dueños de algunos pequeños vapores resultaba relativamente conveniente. Pero también se exploraban los interiores y las playas en busca de algún recurso natural que no fuera la pesca y la marisca. De allí el gran número de "manifestaciones" mineras que cubren los primeros veinte años. Enrique Chatterton, por ejemplo, descubrió un yacimiento de calcáreos en Rauco, otro de plombajina en La Chacra, suburbios de Castro, y que bautizó *Mina Hermosa*, un tercero de lignita bituminosa en las playas de Quento y que llamó *Mina Elena*, y un cuarto de lo mismo en Ichoac²⁷⁹. Jorge Oberreuter, por su parte, descubrió un yacimiento de calcáreos auríferos en Huiladad, a la que llamó *Mina Victoria Japonesa*²⁸⁰, en tiempos en que el ancuditano Luis Chijani exploraba

²⁷⁸ Matrícula de personas sujetas al pago de patentes de Industrias y profesiones de la Comuna de Castro, 1904, en: *La Voz de Castro*, Castro, 8 de septiembre de 1904.

²⁷⁹ *Ibidem*, 24 de noviembre y 2 de diciembre de 1904.

²⁸⁰ *Ibidem*, enero de 1905.

las playas con el mismo objetivo, y Miguel Huidobro lavaba arenas auríferas en caleta Pumillahue, que más tarde tuvo alguna importancia²⁸¹. Se manifestaban yacimientos de óxido de silice en Quicavi²⁸² y hasta de petróleo y carbón, como lo hicieron en 1912 Oliverio Garay y Daniel Cavada, ambos de Ancud, y Carlos Castro Ruiz y Gustavo Cano, en el margen izquierdo del río Pudeto²⁸³. Por entonces se hacían las primeras exploraciones geológicas²⁸⁴ y pocos conocían el interior de la Isla Grande²⁸⁵ que había recorrido Carl Martín en la segunda mitad del siglo XIX²⁸⁶, donde algunos foráneos pedían concesiones de bosques al Estado y éste las daba con límites imprecisos. Era ésta una riqueza que no beneficiaba ni a castreños ni a chilotes²⁸⁷, así como ninguna riqueza minera tuvo a la postre demasiada importancia, ni siquiera el petróleo, a pesar de que su existencia dio origen a la Sociedad Petrolífera de Manao, activa en 1913. De las demás minas con pomposos nombres, no tenemos testimonios que hayan producido algo digno de tomarse en cuenta, excepto, tal vez, Pumillahue, porque no dieron resultado las arenas auríferas del río Gamboa que quisieron explotar Antonio Perich y Pedro Ostoich, en 1907²⁸⁸ ni se aprovechó la existencia de minas de platino, también en Gamboa, como lo confirmaron Ludovico Dalforno y Alfredo Mühlhausen en 1927²⁸⁹. El oro de Cucao dio más frutos.

²⁸¹ Romero, M., "Informe sobre el yacimiento aurífero de Pumillahue (Chiloé)", en: *BMP*, Santiago, 1932.

²⁸² Manifestado por Alejandro Ondorza y Pedro Riesle, en: *La Cruz del Sur*, Ancud, 30 de abril de 1913.

²⁸³ *La Cruz del Sur*, Ancud, 4 de enero de 1913.

²⁸⁴ Fenner, R. y Silvestre, C., *Informe sobre yacimientos de carbón en Valdivia y Chiloé*, Caja de Fomento Carbonero, Ed. Nascimento, Santiago, 1936. Antes, en 1913, Johannes Felsch publicó "Informe provisorio sobre las exploraciones geológicas de los alrededores de Carelmapu y de la Isla de Chiloé", en: *BSNM*, Año 30, Vol. 25, Santiago, 1913, p. 97. Nordenflycht, Luis, *Informe sobre reconocimiento en las pertenencias de la Compañía aurífera de Cucao (Chiloé) para la Corfo*, 1942. Más tarde, Lotte Weisner publicó "La extracción de oro en las playas de Cucao, Isla Grande de Chiloé", en: *RChHG*, N° 139, Santiago, 1971, pp. 125-161. Sin embargo, los empresarios chilotes nunca aparecen como protagonistas en esta actividad.

²⁸⁵ Falke, Horst, "Una excursión a través de Chiloé central: bosquejos geográficos", en: *RChHG*, N° 81, Santiago, 1934, pp. 269 y ss.

²⁸⁶ Martín, Carl, "Apuntes geográficos sobre el interior de Chiloé", en: *RdCh*, Tomo I, Santiago, 1881, pp. 75-95.

²⁸⁷ Grenier, Philippe, *Chiloé et les chilotes*, op. cit., p. 388.

²⁸⁸ *El Sur de Chiloé*, Castro, 18 de diciembre de 1907.

²⁸⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 17 de octubre de 1927.

La riqueza no llegaba por esa vía, sino por el comercio, que beneficiaba lentamente a unos más que a otros. Las personas más acaudaladas de Castro eran precisamente los comerciantes, y al mismo tiempo, los mayores contribuyentes. En 1912 figuraban como tales Francisco Sierpe, que pagaba en Tesorería 15.000 pesos por ese concepto, lo mismo que Patricio Díaz. Otros eran Guillermo Haro, Francisco Alarcón, Damián García, Antonio Arrizaga y Manuel Subiabre, todos contribuyentes con 12.000 pesos²⁹⁰. En 1913, eran personas consideradas "de caudal" Juan y David Barrientos, Bernardino Triviño, Antonio Gómez Pereira, que figuraban como comerciantes de 1ª clase. Había otros nueve de 2ª clase, 14 de 3ª, calificados de medianos y pequeños comerciantes, y 12 de 4ª clase o "bolicheros" y "despacheros" de poca monta²⁹¹.

En lapsos relativamente breves, aparecían nuevos nombres en las actividades comerciales e industriales y desaparecían otros porque abandonaban el pueblo. Los mayores contribuyentes de 1917 eran Adolfo Montiel, Ruperto Triviño, que iba en ascenso, Roberto Christie, Tulio Alvarado, Guillermo Haro, Ignacio Henríquez y el siempre activo David Barrientos²⁹².

Los comerciantes vieron un mayor porvenir desde 1913, cuando comenzaron a ser más eficientemente abastecidos de mercadería al incorporarse el puerto de Castro a los circuitos comerciales cuyo centro era Valparaíso. Las grandes firmas porteñas tenían agencias en Concepción y Valdivia, desde donde se despachaban los productos manufacturados a Chiloé por la vía marítima. Lo mismo hacían las casas comerciales de Valdivia y Concepción.

Mertens-Roepke, de Valdivia, surtía de abarrotes, ferretería y mercería, lo mismo que *Saelzer-Schwarzenberg*, también de Valdivia. Julio Polanco, de Valparaíso; *Nissen-Fischer*, de Concepción; *Wachmann y Hantelmann*, de Valdivia; *Anwandter y Bendjerdot*, de Valdivia; *Nelly Reccius*, también de Valdivia, entre otras, abastecían de casi todo, especialmente géneros y artículos de zapatería; Victor

²⁹⁰ *Ibidem*, Castro, 1912.

²⁹¹ *Ibidem*, Castro, 1913.

²⁹² Contribuyentes de Castro, 1917, en: *La Voz de Castro*, Castro, 19 de octubre de 1917.

Vogt, de Valdivia, surtía de galletas y chocolates; *Jahnke y Hancke*, de Concepción, enviaba vinos y licores; Luis Ruddloff, la ropa interior, que vendía en su propio negocio en calle Latorre de Castro. Por entonces, Valdivia era la capital comercial e industrial del sur, la mayor ciudad después de Concepción²⁹³.

Castro era sólo un pueblo en 1913. Pero ya contaba con puerto formal con muelle, y se iniciaba la actividad marítima de vapores que antes capitalizaba sólo Ancud. Y aunque ese año contaba con 1.200 habitantes, su comercio era, en proporción, mayor. Tenía una imprenta de 1ª clase perteneciente a Ruperto Triviño; dos boticas: una de Teodoro Kamann y su socio Luis Espinoza, y otra de Carlos White; dos hoteles: uno de Leoncio Aburto y otro de Tomás Meñique; dos agencias de vapores representadas por Juan Barrientos y Roberto Christie; una mueblería de Manuel Montiel; ocho carnicerías de Pedro Gueiquén, Guillermo Calisto, Santiago Gallardo, Antonio Estefó, entre otros; cinco despachos de licores; un almacén de provisiones de Lauro Andrade; una hojalatería de Aníbal González; tres panaderías; una peluquería de Jorge Radich; cinco sastrerías de Daniel Miranda, Domingo Canales, Francisco Silva, Ignacio Vergara y Juan Vergara; ocho zapaterías; treinta baratillos; cuarenta y seis molinos (en toda la jurisdicción); dos barracas de madera: una de Ciriaco Álvarez y otra de Arturo Yunge; un restaurante de 1ª clase de Braulio Sánchez; dos oficinas de abogados: Salvador Castañeda y Angel Pino; una notaría de Gómez García; un médico que por entonces era Benjamín Vásquez; dos agencias de seguros: una de Jorge Oberreuter y otra de Bernardino Triviño²⁹⁴.

Los ricos formaban la burguesía local. Algunos eran de apellidos extranjeros, cuyo número fue aumentando con el tiempo; la mayoría, de apellidos españoles de familias chilotas de vieja tradición en la Isla. Destacaban algunos, además de su fortuna, por su mayor ascendiente, como Ruperto Triviño, Fructuoso Díaz, Teodoro Kamann o David Barrientos. En 1912, sobresalían también Belisario Bahamonde, Manuel Oyarzún Díaz, Oscar Bergeret o Vicente

²⁹³ *La Voz de Castro*, Castro, 1913.

²⁹⁴ Rol de personas gravadas con el Impuesto de Patentes Industriales y Profesionales, 1913, en: *La Voz de Castro*, Castro, 6 de septiembre de 1913.

Paredes, entre otros²⁹⁵, al parecer, no todos comerciantes, pero sí consideradas personas pertenecientes a la élite social.

Los tenderos y almaceneros dinamizaban el comercio, vendiendo al menudeo a chilotes ciudadanos y campesinos o exportando papas y madera al sur y al norte. Sin embargo, a principios de siglo no había un banco donde depositar el dinero, excepto la Caja de Ahorros, sucursal de la de Valdivia, que en 1908 era atendida por Zoila Barrientos, y que en 1917 tenía sus oficinas en calle Blanco. El único banco de Chiloé era el *Banco de Chile* con oficina en Ancud. Los comerciantes castreños guardaban sus caudales en la Caja de Ahorros o en casa, y como era una necesidad, Agustín Gómez García intentó abrir un *Banco Comercial* en 1906²⁹⁶, el mismo año que Camilo 2° Menchaca trataba de organizar otro con el nombre de *Banco Chiloé* con asiento en Ancud, con un capital de 200.000 pesos divididos en 4.000 acciones de 50 pesos cada una. Menchaca contemplaba abrir una sucursal en Castro²⁹⁷. No pasaron de la etapa de proyectos. Sólo en 1913, los castreños pudieron depositar su dinero en el *Banco de Punta Arenas* que abrió sucursal en el pueblo ese año²⁹⁸. Tenía una Sección de Ahorros, recibía dinero en depósito y se podía abrir cuenta corriente y emitir giros²⁹⁹. Desde 1919, pasó a llamarse *Banco de Chile y Argentina*, y como tal editaba semanalmente el periódico *El Ahorro*, cuyo último número salió de la imprenta el 4 de abril de 1920.

La vida de los comerciantes era trabajar para vender y

²⁹⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1912.

²⁹⁶ *La Cruz del Sur*, Ancud, 10 de febrero de 1906. Agustín Gómez García nació en Castro en 1870. Sus padres fueron Francisco Gómez Pérez y María García. Estudió en el Seminario de Ancud y en el Instituto Pedagógico. Fue profesor e inspector en el Seminario de Ancud y enseñó en el Instituto Nacional. Publicó *La novela contemporánea en España, Metodología de la Instrucción Primaria, Tierras Australes, Viaje de un chileno a Magallanes*. Activo político entre 1898 y 1916. Diputado por Chiloé. En 1916 fue acusado de falsificar títulos de propiedad de los Rabudos y de pretender apoderarse de una parte de Chiloé y de Argentina. Falleció en 1929 atropellado por un tranvía en Santiago. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 127-130.

²⁹⁷ *La Cruz del Sur*, Ancud, 3 de febrero de 1906.

²⁹⁸ Ese año llegaron a Castro los sres. Díaz y Contardi enviados por el Banco de Punta Arenas para estudiar la instalación de una sucursal. *La Cruz del Sur*, Ancud, 24 de mayo de 1913. En 1912 había abierto una oficina en Santa Cruz (Argentina), luego otras en Puerto Natales, Valparaíso, San Julián y Río Gallegos, Martinič Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, op. cit., p. 795.

²⁹⁹ *La Justicia*, Castro, 22 de diciembre de 1915.

capitalizar, pero casi nunca para reinvertir en alguna empresa mayor, ni aspirar a vivir con más comodidades que las mínimas. Entre 1910 y 1920, daba la impresión de que la riqueza llegaba con demasiada lentitud, paso a paso, peso a peso. El escaso poder adquisitivo de los castreños, sus gustos, su sencillez de vida, en fin, su pobreza, no permitían al comerciante vender mucho. Sólo cosas baratas de uso corriente para clientes locales o provenientes de los pueblos e islas de la jurisdicción.

Con todo, había más negocios que en Ancud. En 1919, destacaba Andrade-Oberreuter y Cía., en cuyas manos estaban los más importantes negocios, en competencia con los Triviño y con Paluan y Amado. Tulio Alvarado, Francisco Otero, Mateo Miserda Skeich y Santiago Garay se ocupaban de los "Frutos del País", cada uno con su bodega, de las cuales, había diez en la comuna pertenecientes a diversos comerciantes para distintos fines, como papas, madera o guano, este último desde los años veinte. Antonio Gómez, Ramón Canobra y Jorge Yachan eran dueños de tres de las ocho tiendas mejor surtidas en 1919.

Ese año, la comuna de Castro contaba con cuarenta y ocho tiendas y baratillos que pagaban 50 pesos de patente cada uno, tres barracas de madera sin tallar, dos fruterías, dos hoteles, tres droguerías y boticas, tres agencias de vapores (Andrade-Oberreuter, Camilio Segundo Menchaca y Juan Christie), dos imprentas, dos abogados, dos notarios, un constructor y contratista (Andrade-Oberreuter y Cía), un farmacéutico (Luis Espinoza), un dentista (Pacomio Mella), dos herrerías, tres gasfiterías, un aserradero, cuatro carpinterías, dos panaderías, cinco sastrerías, tres peluquerías, un restaurante-cervecería (Manuel Omar), tres almacenes de provisiones, diez bodegas de Frutos del País (Juan Christie, Tulio Alvarado, Francisco Otero, Felipe Covacich, Mateo Miserda, Santiago Serka, Juan Pedro Barriá, Santiago Garay, Pedro Bórquez y Jorge Radich), ocho carnicerías, seis zapaterías, ocho tiendas grandes que pagaban 200 pesos de patente (Antonio Gómez, Juan Barrientos, Bernardino Triviño, Ramón Canobra, David Barrientos, Paluan y Amado, Jorge Yachan y Andrade-Oberreuter y Cía., dieciséis tiendas medianas que pagaban 100 pesos, cuatro depósitos de cerveza, un club social, tres tiendas de mercadería surtida, una empresa u

oficina de vapores nacionales (Olegario Miranda), cuatro "casas de cena" con patente para venta de vino y bebidas alcohólicas³⁰⁰.

Pero el comprar y vender experimentaba altibajos anuales con meses inactivos, porque la emigración temporal y definitiva, que nunca cesaba, incidía en el comercio y los comerciantes. La pobreza general era causa de la salida de muchos castreños al sur con la consiguiente baja en las ventas. La época de la esquila magallánica significaba disminución del comercio durante tres o cuatro y hasta seis meses, seguido de una sobreactividad en marzo y abril cuando los braceros regresaban con sus pagas, que eran cantidades muy significativas, considerando la pobreza general del vecindario. El comerciante castreño esperaba el retorno de estos trabajadores *golondrinas*, porque "en una temporada de cuatro a seis meses ganan y vuelven a sus hogares con unos seis u ocho mil pesos cada uno, suma que sirve para la mantención de sus familias y viene a entonar el comercio de Castro"³⁰¹. Para los bodegueros, la exportación de papas tampoco era regular y permanente. Hubo años, como 1927 en que no había mercado donde poner el producto y, como muchos comerciantes-bodegueros vivían del tubérculo, se quedaban con sus sacos almacenados. Ese año hubo más de 100.000 sacos sin mercado.

Los altibajos en el comercio eran, a su vez, causa de los cambios de nombres en los listados de tenderos y empresarios de la ciudad. En 1929 seguía activo Jorge Yachan y otros antiguos comerciantes, pero aparecían nuevos en distintas actividades, como Oluf Nielsen³⁰², José Krebs, Manuel Latif³⁰³, Nicolás Nadjar, Antonio Malvar, Pascual Loayza, Santiago Gallardo, Wething de Wagner, Zoila Hott y otros³⁰⁴. Sin embargo, parece que no todos eran comerciantes, aunque sabemos que eran personas reputadas de importantes desde

³⁰⁰ Rol de Patentes en conformidad a la Ley 3165, Comuna de Castro, en: *La Voz de Castro*, Castro, 29 de abril de 1919.

³⁰¹ Sobre pasajes y pasajeros a Magallanes. Del Alcalde al Director General del Litoral de Valparaíso, Sesión 4ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1938, AMC, pp. 231-232.

³⁰² La presencia de Oluf Nielsen en Castro data de 1918, pero su prosperidad sólo se manifiesta una década después con su aserradero de la calle Magallanes.

³⁰³ Manuel Latif se casó en Dalcahue con Mercedes Andrade en 1919. *La Cruz del Sur*, Ancud, 27 de agosto de 1919.

³⁰⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 1926.

el punto de vista social. Para entonces también, Ignacio Henríquez se contaba entre los vecinos principales, lo mismo que David Rattinoff, Carlos Hein y Arturo Yunge, éste último considerado acaudalado empresario, dueño de una hacienda en Piruquina³⁰⁵. Otras personas importantes eran Leonidas del Canto, prestigioso abogado, y el recién instalado Félix Díaz Bórquez, abogado también desde 1923, cuando Emilio Márquez era ya conocido tipógrafo con su propia imprenta³⁰⁶ e importante vecino.

Entre los activos, por la misma época, estaban Arturo Antóniz y Juan Garay, Prosperino Barrientos, dueño del *Club Social* en 1927 frente a la Plaza Prat; Juan Bellouza, propietario de un bar en calle Marina; Gisela Pacheco, dueña de un hotel en calle Blanco; en fin, Bertisarin Sartoris y el croata Mateo Miserda, que seguía trabajando calladamente y, a diferencia de los chilotes, ajeno a la política, lo mismo que Pedro Yurac, croata también³⁰⁷.

En los años treinta, entre las personas principales se cuentan, entre otros que venían de antes, Santiago Gallardo, Carlos Wöhlke, Vicente Barria, Rensinghoff-Wilhelm y Cía., David Müller, Fernando Brouse, Gumersindo Serpa, Omar Siate, Antonio Zaror, Augusto van der Stelt, algunos de ellos hacía poco avecindados, dedicados al comercio³⁰⁸ y con negocios en calle Blanco, Irrarázaval y Lillo. Llegaban a ocupar los lugares dejados por otros, cuando la población urbana había sobrepasado los 3.000 habitantes en 1930. Pero, en general, la clientela castreña seguía siendo poco exigente y menos refinada. La demanda de productos era siempre la misma y los comerciantes repetían sus mercaderías baratas todos los años. Ninguna o casi ninguna novedad. Y, por lo mismo, los tenderos no mostraban interés en tener mejor presentados sus negocios, generalmente sin vitrinas, ni ventanas diseñadas para tal efecto.

³⁰⁵ Alemán, originario de Concepción, donde había sido comerciante. "Hombre lleno de iniciativas", dice Carlos Keller, y muy acaudalado gracias a sus plantaciones de pino. Llegó a Chiloé "con la ilusión de ser pionero, descampar selvas, formar pastizales... Así surgió Piruquina, al noroeste de Castro, donde introdujo una raza de vacunos de gran valor: los claveles alemanes", Keller, Carlos, "La popa del Mundo", en: *El Estanquero*, N° 158, Santiago, 4 de enero de 1950, pp. 4 y 32.

³⁰⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 1927.

³⁰⁷ *Idem*.

³⁰⁸ *Ibidem*.

bastando con colgar las prendas en las puertas del negocio. El mobiliario de la tienda era escaso y a la rústica, lo mismo que el mostrador. El dueño era el que vendía, aunque, por lo general, pasaba el día parado en la puerta, esperando al ocasional cliente con las manos en los bolsillos, charlando con los amigos.

Benedicto Chuaqui generaliza, diciendo que las tiendas de Chiloé eran, en 1925, "sucios y sórdidos establecimientos", porque distaban de ser medianamente presentables. El único comerciante que escapa a sus críticas es Miguel Chijani, de Ancud. Dice que su tienda "era un negocio instalado casi con lujo y a él acudía lo mejor de la gente, pues tenía la seguridad de encontrar la mercadería más calificada y cuanto artículo necesitaba"³⁰⁹. Aunque en Ancud había menos negocios que en Castro, los extranjeros eran más numerosos y, a pesar de lo que afirma Chuaqui, con un mayor sentido de la estética en sus tiendas para atender a un público que allí era, también, más exigente. Ricardo Kompatzky, Arnoldo Wolf, Edgard Dreyfus, Gustavo Geidel, Germán Gerding, Juan Vuenin, Amin Juseff y otros se reputaban de principales comerciantes de Ancud, en 1925³¹⁰ y sus establecimientos, si no eran elegantes, al menos no eran "sórdidos".

En 1928, la comuna de Castro contaba con 279 establecimientos comerciales contra 155 de Ancud, y el personal que se ocupaba en estas tareas era de 375 y 210 respectivamente³¹¹. De entre todos los castreños, sólo unos pocos eran comerciantes de 1ª clase y, por su caudal, vecinos principales, considerados "caballeros" por el resto del vecindario. Sin embargo, no se parecían a sus congéneres de otras partes en el estilo de vida. Podríamos decir que, en este punto, un comerciante apenas se diferenciaba de un poblador común. Desde luego que el más burgués de los castreños carecía de automóvil o camión a lo largo de los primeros

³⁰⁹ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 247.

³¹⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, febrero de 1925.

³¹¹ Montiel, Felipe et al., *Memorial...*, op. cit., p. 9. Sin embargo, la cifra que da Montiel parece considera a los empleados, obreros y a los propios comerciantes y sus familias, porque es, a todas luces, demasiado abultada. Según datos censales de 1937, en Ancud había 115 establecimientos comerciales y 250 en Castro que daban ocupación a 24 empleados y 9 obreros, en la primera, y 43 empleados y 33 obreros, en la segunda. Censo Industrial y Comercial, Año 1937. Dirección General de Estadística de Chile, Imprenta Universo, Santiago, 1939.

treinta años. Surtía su negocio fletando carretas y, a veces, cargando él mismo los bultos. Y, aunque las estadísticas ilustran sobre el personal ocupado, sus tiendas eran, generalmente, atendidas por sus mismos dueños, lo que no dejaba de llamar la atención de los visitantes. Waldo Brúning, que estuvo en Castro entre 1932 y 1935, dice que en la ciudad había unos "pocos millonarios que podían contarse con los dedos de una mano". Y los critica, porque pudiendo vivir con más comodidades y hasta con lujo o dejar el trabajo de vender a cargo de un empleado, "atendían en persona el mostrador de sus negocios y vendían hasta una cajetilla de fósforos al más humilde de los chilotos"³¹².

El comerciante promedio no estilaba valerse de secretarios, ayudantes o mozos para los menesteres más mecánicos o manuales, porque todo era resuelto por él mismo, su familia y la empleada doméstica, ayudante infaltable "para todo servicio" como era la costumbre en la Provincia. Pero, a veces se llegaba a extremos. Cuando Benedicto Chuaqui viajaba en un vapor entre Castro y Chonchi, en 1925, dice que llamó su atención la familiaridad con que un hombre de recia complexión y mirada penetrante departía con el capitán. Lo describe así: "Vestía traje raído y seboso, con los zapatos rotos y un jockey o gorro, también bastante sucio. Sin camisa, la cotona que llevaba bajo la chaqueta, no se sabía qué color tenía por lo mugrienta...".

Cuando llegó a Chonchi preguntó por la dirección del negocio de un señor Pinto³¹³, que era el comerciante de más solvencia en la localidad. Un chico le mostró el almacén que era, al mismo tiempo, tienda, abarrotes, mercería, etc. "Entonces... me encontré -prosigue Chuaqui- con aquel mismo individuo que venía a bordo con su traje raído y sucio y con más aspecto de gañán que de persona decente. En ese momento, en camiseta y con los pantalones arremangados hasta las rodillas, se ocupaba de acarrear al hombro una partida de quintales de harina, desde el puente del barco hasta su almacén". Se sorprendió Chuaqui porque, además de ser "el comerciante de mayor solvencia de Chonchi", era "dueño del vapor en el cual yo

³¹² Brúning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 165.

³¹³ Debemos suponer que Chuaqui alteró el apellido del vecino de Chonchi.

acababa de llegar", dice.

Más tarde le explicaron que no se trataba de un avaro, como podría pensarse, sino "de un hombre que se había formado de esta ruda manera". Y, aunque ya era una persona acaudalada, "no se sentía bien si no trabajaba él mismo en la forma que lo hacía cuando comenzó". Para Chuaqui, el comerciante chonchino era "un tipo curioso... pues sus medios le permitían pagar aquellos pesados trabajos que él efectuaba, sin diferenciarse de los peones o cargadores del muelle"³¹⁴.

En todos los pequeños pueblos podían verse casos parecidos, y hasta en la misma comercial calle Blanco, de Castro, los medianos y pequeños comerciantes combinaban el trabajo del mostrador con el barrer la calle y cargar sacos y cajones para ahorrarse gastos.

Sólo unos pocos comerciantes o profesionales vivían mejor. Algunos se relacionaban con cierta frecuencia con sus congéneres de Puerto Montt, Valdivia, Concepción, Valparaíso y Santiago, mostraban formas más pulidas y disfrutaban de la sociabilidad de "gente bien". Durante el período eran reputados de refinados y acaudalados Alberto Andrade, Roberto Andrade, este último representante de las Compañías de Seguros *Resguardo, Nord Deutsche, La Esmeralda, Chile*, y la *Mutual de la Armada*, en 1924; Alfredo Vargas, Guillermo Muñoz Christie e Ignacio García Sierpe. No todos comerciantes. Otros eran los Triviño, que tuvieron una presencia más estable y permanente en el quehacer cotidiano. Bernardino Triviño era de los más prósperos, conocidos y respetados dentro y fuera de la Provincia. Abarcaba con sus negocios casi todos los rubros y tenía la representación de la compañía de seguros *Sun Insurance Office* desde 1904, y la *Guardian Insurance*, de Williams Balfour. Era, tal vez, el más activo. Creía en la publicidad, a pesar de la pequeñez del pueblo a principios de siglo. Su tienda *La Castreña* era una de las más grandes y de las mejor abastecidas. Su propaganda en la prensa local decía: "¡¡¡ Ocurrid, ocurrid parroquianos!!! Y una vez visitada la Tienda *La Castreña* encontraréis lo que es de gusto y de moda"³¹⁵.

³¹⁴ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 226.

³¹⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1904.

Ruperto Triviño³¹⁶ era, tal vez, más poderoso e influyente que aquél en los años veinte y treinta. Como dueño del periódico *La Voz de Castro*, de tendencia radical, monopolizaba la noticia y sabía influir en la opinión pública en sus disputas con los conservadores. Por otra parte, tenía la hacienda *Carmela* en el sector "La Chacra", y era quien distribuía el guano nortino -*Chipana* y *Punta de Lobos*- entre los agricultores, desde que el gobierno ordenó abrir un depósito en Castro, en 1921, además de su negocio *Las Tres BBB* en los años treinta.

Destacaban también otros por su espíritu empresarial, como el chonchino Ciriaco Álvarez, reconocido como "el más activo y valiente de los industriales chilotos", al decir de Pedro J. Barrientos. Además de maderero, era armador. Con sus barcos, recorría el litoral hasta El Callao, llevando maderas y regresando con carga surtida. La explotación maderera en las Guaitecas le valió el pseudónimo del "rey del Ciprés"³¹⁷.

II. Empleados locales y foráneos

Los profesionales y empleados con altos cargos no podían ser muchos. En esto había marcada diferencia con Ancud, pues allí se encontraba el mayor número de profesionales y allí también los jefes de las oficinas públicas, como ciudad cabecera de Chiloé. Incluso después de 1927, en que la capital se trasladó a Puerto

³¹⁶ Ruperto Triviño nació en 1885. Sus padres fueron Bernardino Triviño Miranda y Felipa Gallardo Pérez. Alcalde varias veces, Director del Hospital, Juez de Subdelegación, candidato a diputado, Presidente del Partido Radical, Presidente Honorario de la Sociedad de Socorros Mutuos *Galvarino Ríveros*, Subdelegado Marítimo en 1926, Gobernador Interino. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 107-108.

³¹⁷ Ciriaco Álvarez Vera nació en 1873. Estudió en el Liceo de Ancud. Maderero y armador. Falleció en Chonchi en 1933 a los 60 años de edad. El poeta Francisco Barrientos dice de él: "Ha muerto hace poco un rey singular y anónimo. No tenía trono ni palacio de brillantes. No mantenía ejércitos uniformados y sin embargo era un rey y supo como ninguno serlo... El rey del ciprés ha muerto como mueren los árboles triunfantes del bosque. Casi sorpresivamente. Unos cuantos hachazos minan su base y luego se desploman a los pies del diminuto leñador. El rey del ciprés ha muerto y la noticia ha sido como si se estremeciera dentro de mi toda el alma del Archipiélago", en: Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 148-150. Véase también a Gómez Andrade, Álvaro, "Ciriaco Álvarez Vera: el Rey del Ciprés", en: *Revista Chiloé*, N° 1, Valdivia, 1946, pp. 19-22.

Montt, los profesionales siempre tuvieron en Ancud más clientela que en Castro. Médicos, abogados, contadores, matronas, ingenieros, arquitectos, profesores, etc., podían llevar una mejor vida allí donde la sociabilidad y la cultura eran más refinadas y el vecindario más habituado a contar con servicios de médicos, matronas o arquitectos. El mayor número de colegios también estaba en Ancud y, por lo mismo, los mejores profesores tanto de educación primaria como secundaria.

En Castro estaban las oficinas públicas dependientes de Ancud y atendidas por jefes de menor rango: Obras Públicas, Tesorería, Correos, Ferrocarriles, etc., que tenían un jefe, un secretario y algún otro funcionario cada una. Sólo con la creación del Liceo de Niñas, en 1928, la ciudad se benefició de la presencia de profesores de educación secundaria. Los gobernadores que hubo a lo largo del período, y sus secretarios, formaban también parte del grupo de empleados fiscales, así como los subdelegados marítimos, el juez de letras, el jefe de Impuestos Internos, los inspectores escolares, del Trabajo, del Seguro Obrero, el jefe de Reclutamiento, el oficial civil, el jefe de Aduana, etc.

No era mucho decir, tanto que en conjunto apenas representaba un ínfimo porcentaje de la población. Una minoría, pero notoria en el contexto del vecindario, con excepción de los comerciantes de calle Blanco que eran más visibles por la naturaleza de su trabajo y relación cotidiana con la gente. Tampoco formaban todos los empleados un grupo homogéneo. Los jefes solían ser afuerinos y los empleados, chilotes, diferenciándose unos de otros en estilo de vida, aunque no siempre se cumplía esta regla. El Oficial Prefecto de Carabineros siempre era afuerino, como Rafael Mecklins, en 1934³¹⁸. En cambio, los secretarios de la Gobernación, como Oliverio Garay en 1913³¹⁹, o los agentes de la Caja de Ahorros eran, en ocasiones, castreños, como Olegario Garay en 1934, igual que los

³¹⁸ *La Voz de Castro*, Castro, 1934.

³¹⁹ Oliverio Garay Enriquez nació en Castro en 1879. Hijo de Juan Garay y de Matilde Enriquez Vargas. Oficial de la Intendencia de Llanquihue desde 1898 hasta 1906. Secretario de la Intendencia de Chiloé hasta 1913. Secretario de la Gobernación de Castro entre 1913 y 1916. Superintendente del Cuerpo de Bomberos de Ancud y luego de Castro. Presidente de la "Liga pro Patria" en Castro. Presidente Provincial del Partido Conservador. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 132-133.

subdelegados marítimos y algunos otros funcionarios de diferentes reparticiones a lo largo de las tres décadas.

En 1936, Juan Garay era secretario de la Gobernación; Alberto Sepúlveda, juez de Letras; Francisco Vidal, jefe de Impuestos Internos; Pedro Norambuena, inspector escolar; Isabel Barría, jefa de Correos y Telégrafos; Vicente Álvarez, inspector del Trabajo; Augusto Gutiérrez, jefe del Seguro Obrero; Carmela Givovich, Directora del Liceo; Juan Manuel Asencio, jefe de Reclutamiento; Benjamín Rojas, oficial civil; José Larrea, jefe de Aduana; en fin, Temístocles del Canto, Juez Subdelegado³²⁰. En 1939, el Jefe de Agua Potable era Alfonso Martínez; de Aduana, Rafael Flores; Juan Gómez, juez de Letras; Alonso Zumaeta, director del Hospital; Marcelino Soto, Tesorero; Augusto Riffart, de Salud³²¹, es decir, muchos foráneos y algunos castreños y chilotes.

La mayoría de los foráneos permanecían en Castro sólo un corto tiempo. Los médicos que hubo eran de rotación permanente: un "médico de ciudad" y en ocasiones, uno particular. No dejaron huellas en el pueblo, excepto el Dr. Juan Kappes en los años veinte, quien tuvo una residencia más prolongada y contrajo matrimonio con chilota, o el Dr. Augusto Riffart que sirvió a lo largo de los años treinta, haciéndose castreño³²². Entre los farmacéuticos, Luis Espinoza se quedó a vivir en Castro. En cambio, no hubo dentistas estables, salvo las visitas ocasionales del odontólogo de Ancud. Tampoco hubo matronas, y las que llegaban a Castro lo hacían por pocos días, como Sofia Bergmann, que en 1920 atendía en calle Serrano, o Leonarda Martínez, en calle Blanco, el mismo año. En

³²⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 1936.

³²¹ *La Voz Insular*, Castro, enero de 1939.

³²² Era alemán. Médico del acorazado *Dresden* que se refugió en Chile durante la guerra europea. Obtuvo la nacionalidad chilena. Se estableció en Castro después de un viaje al Sur en que conoció esta ciudad y se sintió atraído por ella y su entorno, así como por la hospitalidad y sencillez de su gente. Desde entonces, se incorporó a la vida chilota. Casó con Laura Goguel Pérez, distinguida vecina que sería regidora de la Ilustre Municipalidad de Castro entre 1941 y 1943. El Dr. Riffart falleció en 1949 y en reconocimiento de su labor, el Municipio perpetuó su nombre en la antigua calle del Cementerio, que pasó a llamarse Calle Dr. Augusto Riffart Keller en 1950. Sobre nuevo nombre de calle, Sesión 2ª Ordinaria, Castro, 7 de febrero de 1950, AMC, p. 174. Antes, aún en vida del citado médico, el Municipio intentó, sin conseguirlo, cambiar el nombre de la céntrica calle Thompson por Dr. Riffart. Solicitud de cambio de nombre a calle Thompson. Sesión 5ª Ordinaria, Castro, 4 de junio de 1946, AMC, p. 457.

los años treinta, en cambio, ya se contaba con una matrona permanente.

No siempre había ingenieros, a pesar de registrarse 14 en las estadísticas de 1907. Sólo a fines de los treinta comenzaron a verse con más frecuencia. Julio Jul, de la Dirección de Obras Públicas, y Julio Jones, Jefe de la Oficina de Caminos. Este último de residencia estable. Antes, a lo largo de las tres décadas, llegaba de vez en cuando el ingeniero de Ancud o el de Puerto Montt para atender alguna obra: malecón, muelle, ferrocarril o caminos, lo mismo que los arquitectos, cuyos servicios sólo comenzaron a tener alguna demanda en el pueblo después del gran incendio, como Ismael Edwards Matte y José Carlini, en 1936, o Ernesto Muñoz, en 1937, ocupados todos en diseñar edificios particulares o remodelar el sector céntrico y lugares públicos, dentro del plan de reconstrucción de la ciudad.

Los abogados fueron numerosos entre 1900 y 1940, pero, al igual que todos los profesionales, la mayoría de estada breve, a pesar del alto número de compra-ventas de terrenos, que en 1921 llegaban a mil escrituras anuales, de las cuales más de 400 iban a juicio por el excesivo número de predios sin sanear por carecer de títulos, por herencia o por compras "de palabra"³²³. Destacaron algunos como Rafael del Canto, vinculado a la sociedad chilota en los años quince y siguientes, o el castreño Félix Díaz Bórquez, activo desde los años veinte³²⁴. En cambio, los "tinterillos" solían ser más permanentes, y los "procuradores", como Tirso Montiel, de residencia estable desde los años treinta.

Tanto los profesionales de estada breve como los funcionarios afuerinos de rango mayor solían mantener distancia respecto del vecindario común. Era una tendencia bastante notoria, sobre todo en aquellos que pregonaban su origen santiaguino y que manifestaban en toda ocasión su pronto regreso a la capital y a la

³²³ *La Voz de Castro*, Castro, 21 de octubre de 1921.

³²⁴ Félix Díaz Bórquez nació en Lemuy en 1898. Sus padres fueron Félix Díaz Vargas y Elisa Bórquez Girard. Estudió en Ancud, Temuco y Santiago. Se recibió de abogado en 1922. Se radicó en Castro en 1923, donde comenzó a servir como secretario judicial. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 100-101.

vida de la gran ciudad. Por eso, mientras cumplían sus funciones en Chiloé, sus relaciones sociales las buscaban casi siempre entre los profesionales afuerinos, formando una suerte de "círculo de foráneos", aunque esta tendencia no era de validez absoluta.

Entre los profesionales se contaban, además, los agentes del *Banco de Punta Arenas*, desde su apertura en 1913 hasta que cerró sus puertas con el nombre de *Banco de Chile y Argentina*. Entre ellos figuran Finn Arentsen, en 1913, y E.T. Pierce; Luis Alegre Luna, en 1922; Lautaro Navarro, en 1926; los contadores Carlos Rizzardini, entre 1912 y 1915, y Augusto Gutiérrez, en 1925, que servían al mismo Banco. En fin, éstos y los médicos, abogados, incluso "tinterillos", y otros, hacían un solo grupo con los funcionarios públicos, grupo al que, a veces, se incorporaban los relegados políticos en los años treinta, pero también algunos comerciantes y profesionales chilotes, como Aníbal Warner³²⁵, cuando era secretario del Juzgado, en 1922, y otros con quienes compartían en el *Club Social*, desde 1913 en adelante, y en los clubes políticos, en los años veinte y treinta, lugares de encuentro de los hombres ricos de Castro, los políticos locales y el pequeño grupo de los afuerinos. Se compartía entre gente de cierto *estatus* social, pero el afuerino presumía de tal, y siempre tenía ocasión de exteriorizar alguna diferencia con los chilotes por importantes que fueran éstos. Waldo Brünig, por ejemplo, no pierde la ocasión de ridiculizar a Ignacio Díaz, a quien llama "viejito Ignacio"³²⁶. Éste era dueño del *Hotel Plaza*, donde tenía su habitación el relegado político santiaguino Eduardo López, quien le pidió que hiciera algunas mejoras en el

³²⁵ Los Warner eran activos vecinos de Castro. Carlos Warner, secretario del Juzgado, falleció en 1906; Ignacio Warner, presidente del Club Musical en 1913, vivía en calle Lillo en 1919; Eberardo Warner era dueño del caballo *Cometa*; y Aníbal Warner era secretario del Juzgado en 1922. En 1945, Ignacio Warner residía en Magallanes. Allí organizó un "Comité pro-ayuda para la erección de un busto de Martín Ruiz de Gamboa" con la participación de chilotes de Punta Arenas, Puerto Natales y Porvenir. La iniciativa no se concretó. Comunicación de Ignacio Warner sobre erigir un busto al fundador de Castro, Sesión 3^a Ordinaria, Castro, 15 de mayo de 1945, AMC, pp. 323-324.

³²⁶ Ignacio Díaz Oyarzún era hijo de Pedro Díaz y Candelaria Oyarzún. Fue secretario judicial, notario público en Castro, procurador del Número, gobernador de Quinchao, presidente honorario del Partido Radical y comerciante, dueño del *Hotel Plaza*. Casado con Elcira Krautz. Suegro de Luis Espinoza Fernández-Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 281.

piso, porque como se veía muy opaco había que pasarle virutilla. Asintió el "viejito" Ignacio, luego de lo cual hizo depositar en la sala "una gruesa capa de viruta de madera de unos veinte centímetros de espesor". El relegado no lo podía creer, y Brüning exclama: "¡Qué ignorancia más supina... ¿Cómo era posible que el "viejito" Ignacio, que estuvo viviendo un tiempo en Valparaíso, no conociera la virutilla de acero y pensara que se trataba de aserrín?". Agrega que, cuando se le hizo ver el error, don Ignacio se enojó y "vociferó contra todos los "nortinos", señalando que porque habían estudiado en la "nubersidad" se creían con derecho a criticarlo todo y a llamarle la atención"³²⁷. Así se marcaban las diferencias entre afuerinos y locales y se sacaba partido a costa de los castreños. Sin embargo, el mismo Brüning reconoce que "por el injusto desdén y la odiosa prevención con que se miraba a su tierra y el abandono de que fue víctima de parte de los poderes centrales... algunos insulares no miraban con buenos ojos a los 'hombres del norte' o 'continentales', a los que consideraban incluso como entrometidos"³²⁸.

Los foráneos buscaban establecer relaciones entre iguales o entre personas que tenían algo en común: la profesión, la educación, la cultura intelectual o ciertos hábitos. Importaba el origen geográfico que los identificara como afuerinos, concepto que en lugar de ser peyorativo como en otras partes del mundo, en Chiloé era testimonio de mayor estatus social y cultural. Un profesional de Punta Arenas, como los funcionarios del Banco, o el mismo Waldo Brüning, que era de Osorno, eran iguales o parecidos a otros provenientes de Santiago, porque ser del continente era suficiente para distinguirse de los chilotes. Algunos comerciantes de origen extranjero solían integrar también este grupo de afuerinos, aunque esto no siempre quería decir amistad con criterio grupal, pero sí mutua consideración. Tal vez Manuel Omar, Francisco Sigoña o Juan Bertrand Suñol se contaban entre ellos. Un pequeño grupo que, además de estatus social, podía ostentar un mejor pasar, un estilo de vida más refinado y formas de relación social que distaban del modo de ser del vecino común a quien solían criticar. Al menos, el

³²⁷ Bruning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., pp. 160-161.

³²⁸ *Ibidem*, p. 23.

español Tomás Meñique³²⁹ no tenía reparos en manifestar abiertamente los defectos de los chilotes, como el modo de hablar. Tampoco le importaba ofender, como ofendió en 1913 a un grupo artístico de Ancud que se presentó en Castro, parándose de su asiento y abandonando la función porque no le pareció bien la interpretación. Bochorno de proporciones. Se le pidió explicaciones a través de la prensa³³⁰.

El chileno era menos directo, no era capaz de menospreciar en público, como sí se atrevía Meñique, pero se creía más y lo expresaba en miradas, gestos y distancia o, en ocasiones, decía su parecer a través de la prensa capitalina, como lo hizo el Dr. Erwin Reed en 1906, afirmando que en Chiloé no había "gente decente" y que las pocas que había emigraban³³¹, o el Dr. Brüning en 1932, cuando se refería al contador santiaguino Ramón Pérez como "uno de los pocos habitantes de Chonchi con el que se podía sostener una conversación racional y edificante"³³². Brüning hacía clara diferenciación entre chilenos y chilotes y, a pesar de manifestar su cariño por Chiloé, prefirió trasladarse a Puerto Aysén en 1935, subrayando que allí había muchos servicios públicos de mayor categoría "y una población compuesta en su mayoría por gente venida del norte del país"³³³.

Entre todos los foráneos del periodo 1900-1920, sobresalían Carlos Rizzardini y su esposa ancuditana Juana Pieretti, bien considerados por su distinción social, lo mismo que Domingo Paffetti y su señora Rosa Troncoso, dueños del *Hotel Paffetti*, o Finn Arentsen y su esposa Margarita Leyghton Mc Cullock. Tan distantes del común eran estos caballeros que, cuando se casó, Finn Arentsen fue a pasar su luna de miel a Europa, suceso muy comentado en Castro y todo Chiloé.

³²⁹ Tomás Meñique estaba activo en Castro en 1908. Martillero en 1912, ese año vivía en calle Blanco y su casa era la única que por entonces estaba iluminada con gas acetileno. *La Voz de Castro*, Castro, mayo de 1912. En 1913 era dueño de un hotel en casa arrendada a Vicente Paredes en la acera sur de la Plaza de Armas. El hotel se llamaba *Chile y España*.

³³⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 1913.

³³¹ *La Cruz del Sur*, Ancud, 28 de julio de 1906.

³³² Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 267.

³³³ *Ibidem*, p. 243.

Pero, no siempre los esquemas eran tan rígidos, ni las diferencias tan marcadas, ni los grupos tan cerrados, porque también había relaciones abiertas. El foráneo de estada larga solía modificar su comportamiento y, al cabo de un tiempo, era asimilado por el medio y asumía las costumbres locales, como es el caso de tantos extranjeros que terminaron siendo chilotes y funcionarios que echaron raíces en Castro. El aislamiento jugó, a la postre, un papel importante en la aculturación; el matrimonio con mujer castreña fue decisivo y, en algunos casos, el cariño que terminaron sintiendo por la tierra que los acogió, hizo desaparecer o atenuar cualquier prejuicio.

El medio local hacía su parte. Los funcionarios foráneos eran pocos y los subalternos, muchos, y de psicología chiloense, como dice Subercaseaux. Las relaciones entre ellos era en la oficina: el que mandaba y el que servía. El empleado común, de terno, cuello, corbata y sombrero, como sus jefes, no se diferenciaba mucho, sin embargo, del castreño medio en su modo de ser que, a veces, terminaba por influir en sus superiores.

En general, los empleados castreños eran de aspecto apagado y cansado, trato servicial con el jefe, pero duro y tosco con la clientela que acudía a la oficina, poco educados y menos refinados, aunque algunos habían estudiado Humanidades en los años treinta. Pero había excepciones en todas las reparticiones públicas. Entre jefes y empleados nacían distintos grados de relación, desde el frío orden jerárquico hasta la estrecha amistad.

Era perceptible la tenue franja fronteriza donde se producía la interacción social entre jefes foráneos y empleados locales, con un movimiento que solía ir de éstos hacia aquéllos. No eran pocos los casos en que las relaciones terminaban siendo muy familiares, como cuando se imponía en la oficina el concepto *gauchada*, haciendo desaparecer o suavizando las diferencias de estatus entre jefes y empleados. El trato de "don" y "usted" podía desaparecer con la primera parranda, para luego pasar a tutearse o a tratarse de "compadre", y con ello relajar la relación vertical que debía haber, aligerando también las responsabilidades. Se iba transformando la autoridad del jefe de estada prolongada en la misma medida que asumía una forma de ser "paleteada" que se traducía en una mayor

laxitud en la oficina, donde, si era posible, las obligaciones se dejaban "para después".

Y, si bien el empleado local era algo más formal en vestuario que el castreño común, y se veía o parecía menos espontáneo, se sentía, sin embargo, prisionero de la oficina donde el tiempo cronométrico intentaba imponerse. De ahí los recursos para aflojar las ataduras. Los giros "no hay apuro" o "más o menos", testimoniaban una tendencia natural que no se conciliaba con los horarios fijos y el imperio del reloj, porque el vivir del varón castreño era un concepto bastante más abierto que la vida sujeta a reglas. Constreñido, se ahogaba. Por eso, la costumbre de salir de la oficina en horas de trabajo con el pretexto de hacer una diligencia, o la sociabilidad después de la jornada para conversar largamente en el bar, como era en *El Palace* a principios de los cuarenta, donde se veían empleados en torno al jefe, compartiendo hasta altas horas de la noche y sin horario para retirarse a casa, mientras hubiera vino en la jarra y dinero que gastar. Así nacía el "chupamedias", el "aserruchador de piso", pero también el leal amigo.

Obviamente que no era siempre así. Podríamos decir que estos ejemplos sólo tienen valor relativo por estereotipado, pero es ilustrativo del fenómeno que se producía en las relaciones entre jefes de estada larga y empleados: el asado, la fiesta, el bar, la gauchada y el compadreo siempre han tenido similares efectos. Las autoridades se "acriollan", se decía, porque se dejaban llevar por el flujo vital del lugar donde residían. La paleteada era, en el pueblo chico, un modo de integrarse, más fácil cuando el jefe era funcionario del Estado. Al portero que no llegaba a la hora para abrir la oficina o simplemente no llegaba, no se estilaba seguirle sumario o despedirlo, cuando se había establecido alguna amistad con él. Al empleado que se presentaba al trabajo con unas copas de más, se le mandaba de vuelta a casa con alguna recomendación y pocas veces merecía sanción cuando el jefe conocía a su familia y la estrecha relación con él se había transformado en solidaridad. De ahí también los casos de corrupción, abandono de funciones y otras faltas nacidas de la excesiva confianza, como sucedía también entre los inspectores municipales y los obreros que laboraban en las calles, obreros a quienes el vecindario hacía frecuentes críticas, al verlos conversando con sus palas al hombro en lugar de estar cumpliendo

con el trabajo, pero no se tomaban medidas contra ellos porque generalmente eran personas conocidas del inspector o del alcalde y tratadas como amigos. En cambio, no siempre sucedía lo mismo con los empleados y obreros de empresarios privados, como algunos madereros, quienes mantenían una relación más fría y mayor vigilancia en el trabajo.

La forma de relacionarse en la oficina era, a todas luces, más humana y democrática, pero al diluirse las jerarquías, las obligaciones se aligeraban y la oficina no marchaba. Nada menos deseado por los empleados que un nuevo jefe que no conociera o no quisiera integrarse a la sociedad castreña, que tratara de "usted" y exigiera el mismo trato para con él. Muchos gobernadores mantuvieron distancia y se hicieron impopulares, como Santiago Carlos Gómez, entre 1906 y 1912, lo mismo que Erasmo Ramírez, en 1931. Y los jefes de reparticiones que rehusaron ser asimilados fueron los que buscaron realizar su vida social entre personas similares y, por ende, diferentes al modo de ser castreño y chilote. Naturalmente, hubo excepciones entre los gobernadores foráneos. Eduardo Gana, por ejemplo, se relacionó muy bien con el vecindario y por su actitud mereció que lo consideraran "el mejor gobernador", incluso se vinculó afectivamente con Chiloé contrayendo matrimonio con Ema Barrientos González, en 1926.

Pero ser empleado público o particular era un privilegio en una ciudad que tenía muy poco que ofrecer en este campo, cuando los trabajos posibles para el grueso de la población eran el comercio, desde el formalmente establecido hasta el callejero, y las labores manuales, desde los oficios hasta la simple gañanía, o gente de servicio que trabajaba para empresarios locales como Carlos 2° Barrientos, dueño de la planta eléctrica, o madereros como Santiago 2° Gallardo, bodegueros de frutos del país, como Pedro Yurac, empresarios de aserraderos como Oluf Nielsen, o industriales como Carlos Wöhlke, etc., que necesitaban de unos pocos trabajadores cada uno.

Tal vez algo más de un centenar de personas en los años treinta hayan conformado el mundo de los empleados que desempeñaban todas las funciones, desde oficinistas hasta auxiliares, cuando para ocupar el puesto bastaba con saber leer y escribir y la mecanografía

era conocimiento exclusivo de unos pocos. Las oficinas públicas carecían, por lo general, de máquinas de escribir como las *Remington* de comienzos de siglo, época de los escribientes y secretarios de provincia que transcribían textos con buena letra o tomaban actas con lapiceros de madera, pluma de metal y tintero con tinta *Belfast*, en los años treinta, o estilográfica de émbolo, a fines de la misma época, cuando escribir con "plumas-fuente", que cargaban y conservaban la tinta en su interior, era darse aires de caballero.

No había que estudiar para ser empleado. Los de Correos y Telégrafos recibían las bolsas con la correspondencia, al principio de manos de un postillón que las traía, cabalgando desde Ancud, y después por vapor y ferrocarril. Se ordenaban las cartas, se distribuían por casillas desde 1921, y disponían su reparto por la ciudad, cuando había que conocer a los destinatarios, porque las casas todavía no estaban numeradas antes de 1920. Otro funcionario atendía la ventanilla y vendía las estampillas. No se necesitaba más personal ni se exigía otra preparación que la honradez. La única persona con conocimiento misterioso era el telegrafista, capaz de enviar telegramas a Ancud y a otros pueblos, porque en cada uno había un telegrafista, y un *guardahilos*, que cuidaba de que no se robaran los cables tendidos sobre los postes.

Durante las tres décadas primeras del siglo, trabajaban en estos empleos fiscales o particulares más hombres que mujeres. Tareas monótonas por repetitivas, personas de rostros apagados y carentes de "chispa", y casi anónimos por poco visibles durante el día. Las mujeres estaban más presentes en la educación. Sólo en el Correo había mujeres en calidad de jefas, como Zoila Barrientos en 1908 o Isabel Barría en 1936. Otras cumplían funciones en el Hospital, donde cuatro o cinco enfermeras y auxiliares atendían a los enfermos sin más estudios que la práctica, lo mismo que las monjas que sirvieron allí en diversos periodos.

III. Ocupaciones manuales y vendedores callejeros

En el resto del vecindario, predominaban las ocupaciones manuales propias de los hombres. Había algunos que tenían conocimiento técnico profesional, como Recaredo Oberreuter, diplomado en Artes y Oficios, capaz de construir complejos aparatos

de fierro y hacer planos de edificios en su taller *Universo*, en 1905, y otros como Lauro y Augusto Andrade, prácticos en la fabricación de veleros, en 1919, en su propio astillero de El Tejar.

Los que tenían conocimiento en construcción y disponían de capital, nutrían el grupo de los contratistas que se presentaban a las propuestas públicas abiertas por el Municipio para ripiar o empedrar calles, construir edificios, pavimentar veredas o proveer de materiales. Siempre había cinco o seis contratistas que aportaban su propio personal, carretas e instrumentos de trabajo. En 1913, Juan Barrientos se ofrecía para construir el Malecón; José Ramón Mansilla era contratista en trabajos de calles en 1931; Roberto Andrade Oyarzún proveía de maderas para cunetas, lo mismo que Oluf Nielsen y otros, el mismo año; Moisés Pavez, en veredas de concreto, en 1937; Pedro Nahuelneri y José del Tránsito Miranda, contratistas en emparejadura y ripiadura, también en 1937; Zoilo Barrientos, en pavimentación de veredas, y, en fin, Maximiliano Soto, en nivelación de terrenos, ambos en 1938.

Los llamados herreros eran de dos clases. Unos fabricaban cocinas, braseros y otros artefactos, como Carlos Wöhlke en los años treinta, o Ignacio Hãeger, ambos más cerca del oficio de constructor, el primero de ellos con un taller calificado de industrial. Otros eran los herreros tradicionales, que hacían y ponían herraduras, con talleres en distintos puntos de la ciudad, en especial en los accesos, como en el barrio Gamboa, al otro lado del río, donde los jinetes que ingresaban o salían hallaban herraduras para sus caballos. Allí mismo había un abrevadero. No sólo herraduras. Hacían diferentes objetos en sus talleres, donde la fragua y el fuego solían provocar incendios y, por lo mismo, estaban sujetos a inspección permanente de acuerdo a las Ordenanzas Municipales. Algunos herreros solían improvisar el taller dentro de sus casas o lo instalaban en los patios, razón por la que el Municipio ordenó, en 1927, que todos los talleres debían estar a no menos de 10 metros de las aceras y a 20 metros de las casas³³⁴. César Vera Werner recuerda la herrería de Pedro Paillamán en los años treinta, en un destartalado edificio que apenas se sostenía "en el barranco situado

³³⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 18 de julio de 1927.

en calle Chacabuco con Portales". El sector era conocido como "La Herrería", porque allí siempre había un "festival de chispas", ámbito del fogón, del fuelle y del yunque³³⁵. Y, aunque se mandaba también que tuvieran una campana para prevenir incendios, no siempre cumplían con esta obligación.

Más numerosos eran los plomeros. Reparaban cocinas a leña, como lo hacía Francisco Alarcón en 1936. Pero también eran entendidos en ollas estañadas, cafeteras, bacinicas, lavatorios y toda clase de recipientes para los que usaban trapos y plomo para tapar agujeros; en fin, reparaban planchas de fierro y, braseros o instalaban chimeneas de latón. Para mantener estas últimas, estaba el deshollinador, como era Delfin Soto en 1935, lo mismo para deshollinar cocinas.

Abundaban los carpinteros de ribera que construían y reparaban botes, goletas, *chatas*, *chalaras* y lanchas, y carpinteros constructores de casas, muebles y artefactos de madera, como Juan Miranda en 1936, que tuvo a su cargo la fábrica de veinte bancas para la Plaza de Armas, o Manuel Muñoz Pérez, entre otros muchos, de reconocido prestigio, que levantaron casas a lo largo de las tres décadas. Eran los más necesarios en una ciudad que se hacía y deshacía después de los incendios. Se los llamaba "constructores". En 1945, el Municipio precisaba que la ciudad se había reconstruido, después de los grandes incendios de 1936 y 1937, gracias a los "constructores autodidácticos", sin título, "como se acostumbra en Chiloé", y los calificaba de personas "técnicamente preparadas para confeccionar planos y dirigir las construcciones"³³⁶.

Para la juventud, la carrera pedagógica era lo más apreciado en los años treinta, cuando la Escuela Normal de Ancud acaparaba la atención de los adolescentes. Pero no eran todos. Algunos soñaban con poner un negocito, labrar la tierra o conseguir un trabajo de empleado. Otros sentían inclinación por las sotanas e ingresaban al convento San Francisco de Castro para ser frailes, o al Seminario

³³⁵ Vera Werner, César, "Nuevas crónicas de entonces", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 12, Castro, 1990, p. 13.

³³⁶ Sobre los constructores chilotos, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 15 de mayo de 1945, AMC, p. 319.

de Ancud para ser curas seculares. Los de vocación marinera podían ingresar a la Escuela de Pilotines cuando estuvo en Ancud, y después también cuando se trasladó a Coquimbo, pues todos los años había allí estudiantes chilotes. En 1913, por ejemplo, estudiaban para pilotines en el puerto nortino Manuel Villarroel, Josías Rosas, Abraham Asencio y Pedro Vargas³³⁷. Las sotanas, los libros y el mar eran vocaciones suficientemente importantes para que se hiciera tradicional afirmar que los chilotes eran profesores, curas o marinos. En 1907, había en el Departamento de Castro 10 curas y 52 religiosos, y 134 marinos³³⁸. Si no, esperaban heredar el negocio del padre comerciante, a cuyo amparo abrían mientras tanto un baratillo. El sueño era llegar a ser tendero grande, o sueños más alcanzables, como aprender algún oficio manual, y si era mujer, aspirar a preceptora, o a labrarse un mediano pasar como costurera. Con un poco de suerte podría, tal vez, llegar a tener una casa de pensión.

Pero aspirar a pensionera era esperar a que llegara la adultez, tener casa propia o arrendarla para tal fin, en una época en que abundaban las pensiones sencillas, de aquellas sin letrado que ofrecían *alojo* a los viajeros que desde el interior y, sin *conocencias* en Castro, llegaban al pueblo a tomar vapor o tren. Generalmente, eran mujeres viudas las que se ocupaban en estos negocios que se concentraban preferentemente en calle Lillo. Excepcionalmente en otras arterias, como la de Aníbal González, algo más formal y con el nombre de *Casa de Pensión Italo-Chilena* en calle Serrano, frente al Telégrafo, activa en 1913.

Las pensioneras vivían de los campesinos, de ancuditanos y de comerciantes ambulantes nortinos o puntarenenses de poco caudal. Era una alternativa más barata que los hoteles, entendiéndose por hotel toda casa para recibir pasajeros, con seis o más habitaciones, y pensión la que tenía menos de seis piezas, como se precisaba en los años treinta. Allí se comían cazuelas, pan amasado y *milcaos*. Con la chicha se alegraban las tardes contando chascarros. Una pensionera de los años cuarenta era así:

³³⁷ La Cruz del Sur, Ancud, 8 de febrero de 1913.

³³⁸ Censo de la República de Chile, Año 1907, *op. cit.*, p. 1.210.

cincuentona, ancha de cuerpo, baja estatura, rostro claro y redondo, ojos grandes y verdes, labios gruesos. Una falda ancha, oscura y larga hasta media pierna y, encima, un chaquetón de lana color marrón. Y calzada de botas deslustradas. Más numerosas eran las pensiones en Ancud, y algo más decentes, por exigirlo así el alto número de estudiantes que desde el interior de Chiloé y otras ciudades sureñas iban a estudiar allí. Por eso, solían merecer el nombre de "casas de familia", dando la impresión de que allí los estudiantes podían sentirse como en su propio hogar.

Pensioneras, costureras, lavanderas, vendedoras de algo en La Playa, formaban el sector social femenino y popular que terminaba matizando el rostro humano de la ciudad. Las costureras podían llevar un buen pasar por el alto número de clientes que solían tener cuando casi no había otra alternativa que "mandar a coser", por no ser costumbre comprar ropa hecha o "de fábrica" antes de los años veinte, a pesar de existir en el pueblo tiendas regularmente surtidas. En 1907, había 178 costureras o modistas en el Departamento³³⁹. Costurera era sinónimo de modista, aunque estas últimas eran las que, se suponía, estaban al tanto de la moda y su trabajo era más original que el de aquéllas. Pero, en el lenguaje corriente, todas eran costureras.

Era una actividad decente y respetada. Generalmente, las propiamente modistas eran mujeres que lograban hacer una mediana fortuna con sus máquinas de coser *Person* y las más apreciadas *Singer*, que distribuía el representante Julio Muñoz en calle Latorre, en 1931. Trabajaban en casa y se valían de las revistas de moda, como la famosa *Pictorial Review*, o *El Arte de Vestir* o *Reina de la Moda*, que circulaban hacia 1919. Tal vez la más conocida modista haya sido Isabel Muñoz, en 1931.

Una ocupación más humilde era la de lavandera y planchadora. De éstas había 178 en el Departamento en 1907³⁴⁰. Antes que hubiera agua de cañería, lavaban con agua acarreada desde las vertientes, pesado trabajo que comprometía a los hijos con recipientes, jarros y *chungas*. Lavaban con jabón *gringo* y *Vic-Nol* en

³³⁹ *Ibidem*, p. 1.224.

³⁴⁰ *Ibidem*.

1915, y blanqueaban con añil N° 9 en 1927, cuando ya disponían de agua potable. A fines de los años treinta, contaban con calugas de "azul". Usaban artesa de madera y tabla corrugada para escobillar con escobillas y escobillones de quilineja. Secaban la ropa en el cordel del patio, en verano, y en la cocina, en invierno. Pero la ropa se ahumaba y reclamaban los clientes. Planchaban sobre un paño extendido sobre la mesa de la cocina, usando planchas de fierro con brasas en su interior o calentadas sobre el brasero. Trabajaban para las pensiones, hoteles y vecindario. Pero las posibilidades de clientela no podían ser muchas en la medida que aumentaba el número de empleadas domésticas que entre sus funciones tenían la de lavar y planchar.

La prostitución era otra ocupación que comprometía a cierto número de mujeres chilotas y afuerinas; éstas últimas preferidas por ser más desenvueltas con los clientes. Cumplían con su trabajo en las "casas de remolienda", generalmente regentadas por mujeres mayores que hacían de este negocio una actividad importante regulada por un Reglamento de Casas de Tolerancia, en 1915 y, por lo mismo, sujetas a control sanitario. A diferencia de otras ocupaciones, estas mujeres recibían toda suerte de críticas en una ciudad más bien moralista que las calificaba de atrevidas, soeces y groseras, y reconocidas por sus nombres en toda la ciudad. Pero estas casas no eran tan visibles como podrá suponerse, al menos en la frontera de los años veinte y treinta. El Dr. Waldo Brüning, quien no deja de mencionar ni el más ínfimo detalle de la vida cotidiana, dice que en 1932 había un solo burdel que él llama "quilombo" y lo define como "modesto y ajeno a toda estridencia musical", con tres o cuatro asiladas "que se esforzaban por satisfacer sanamente el apetito carnal de unos pocos parranderos". Añade que era una casa con "cuatro o cinco piezas" y ubicada a "varias cuadras de la Plaza de Armas"³⁴¹. La presencia de estas casas de tolerancia era resistida por el vecindario porque desprestigiaban al barrio donde estaban ubicadas. En 1939, cuando se anunciaba la apertura de uno de estos "salones" en calle Sargento Aldea, los vecinos del sector intentaron oponerse, pidiendo "no se autorice el

³⁴¹ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., pp. 205-206.

funcionamiento de un cabaret que piensan instalar en dicha calle, por ser barrio populoso, sobre todo en población infantil, y porque "esta clase de establecimientos perturban la tranquilidad de los vecinos"³⁴².

Las empleadas domésticas eran más numerosas. En 1907 había 194 en el Departamento³⁴³. Pero su número fue aumentando con el tiempo en la misma medida que crecía la población urbana de Castro y Ancud. En 1940, las domésticas eran 1.746 en la Provincia³⁴⁴. En ambos casos, se incluyen también sirvientes varones bajo el nombre genérico de servidumbre.

Los hombres ofrecían más amplia gama de ocupaciones callejeras y eran más visibles que las mujeres. Daban también más que hablar por las muchas situaciones disonantes provocadas por la naturaleza de sus trabajos. Pero nadie podía desconocer que, sin estos personajes, las calles hubieran carecido de pintoresquismo.

En general, los distintos componentes de este estrato popular parecían alegres y pícaros, aunque faltos de voluntad e iniciativa para empresas mayores. Habían nacido para conformarse con la mera subsistencia. Espíritus más pasivos que activos, pero las caras risueñas y pícaras de algunos contrastaban con la imagen más apagada de ciertos empleados públicos o funcionarios menores de cuello y sombrero, cuyos rostros se avenían muy bien con la bruma invernal. Al menos, eso veían o creían ver los foráneos de paso.

De entre todos, parece que los repartidores de pan o los de la carne eran más felices que los demás, por bromistas y jocosos, cuando sin recato ni disimulo derrochaban chanzas mientras iban con sus mercaderías, lanzando picardías a voces al público. Se parecían entre sí por bebedores. No obstante, son impresiones que no siempre reflejan bien la realidad, aunque las escenas del diario vivir quedaban grabadas de ese modo. Tal vez los cuadros callejeros del pícaro local no sean sino imágenes rebuscadas, acaso las excepciones de la vida cotidiana, pero era lo que quedaba fijado en

³⁴² Representación de los vecinos de calle Sargento Aldea, Sesión 8ª Ordinaria. Castro, 25 de agosto de 1939, AMC, p. 358-359.

³⁴³ Censo de la República de Chile, Año 1907, *op. cit.*, p. 1.224.

³⁴⁴ Anuario DIC, 1946, *op. cit.*, p. 290.

la retina del cronista de prensa. En general, los divertidos y alegres eran pocos y los menos expresivos, muchos. Estos últimos llevaban una vida mortecina aún a fines de la tercera década. Tal vez por el predominio de los hombres pobres y taciturnos, poco comunicativos y anónimos, Héctor Emilio Márquez, al hacer recuerdo del Castro de los años treinta, ponga el acento en "la idiosincrasia triste y resignada del isleño"³⁴⁵.

Los simpáticos y bromistas eran los necesarios en los grises días de invierno. Ayudaban a romper el tedio, pero merecían frecuentes críticas por su desaseo. El repartidor de pan era uno de ellos en 1909 y servía a la panadería *La Primitiva* de Elorrieta y Goyak, en calle Blanco, y en otras dos o tres en los años veinte. Cada repartidor representaba a la panadería de su patrón con las características del pan. Usaban una gorrita blanca, pero no siempre limpia. El resto del vestuario era la misma ropa que usaban todo el año. Tampoco eran cuidadosos con el canasto del pan, porque no siempre lo cubrían con un paño, y si no estaban atentos, los siempre listos lustrabotas, en cualquier descuido les robaban la mercadería. Eran objeto de continuos reproches, especialmente en los hoteles hasta donde iban con sus canastos. La prensa los describe como "individuos sucios", en 1927, y el Municipio les exigió el uso de un delantal blanco con mangas, y así servían a las tres panaderías que había en 1931: la *Amasandería Lepe*, en calle Gamboa; la Panadería *Rodríguez*, en calle Ramírez; y la Panadería *Otero*. Gritaban el producto por la calle: ¡leucas!, ¡hallullas!, o ¡pan francés! Y siempre alguna gracia añadida. Tiempos en que se daban nueve panes por 1 peso y la harina era marca *Mariposa*, como en 1931.

El mismo año 1931, la *Amasandería Lepe* dejó de funcionar y en su lugar se instaló otra, la de Antonio Saldivia, que por ser amasandería, no estaba sujeta a inspección, como sí lo estaban las formales panaderías *Otero*, *Rodríguez* y la del nuevo panadero Omar Siate³⁴⁶. Todos, en general, cumplían en los años treinta con las exigencias de canasto adecuado, panes con el peso correspondiente y repartidor aseado. Así lo constató el Municipio en 1931, porque

³⁴⁵ Revista *Surcos*, op. cit., p. 52.

³⁴⁶ Sobre ventas callejeras de pan, Sesión 6ª Ordinaria, Castro, 18 de abril de 1931, AMC, p. 109.

"los canastos que usa [Saldivia] para reparto... se llevan aseadamente, como igualmente el que lo lleva, aparte de que el precio es más bajo que el de las panaderías", dice el Municipio en respuesta a las quejas de los demás panaderos que veían en Saldivia un competidor³⁴⁷. Desde 1936, todos los repartidores de pan debían hacerlo en carretón, poniéndose como ejemplo el que tenía el citado Omar Siate.

El repartidor de la carne era otro que merecía críticas. Su aspecto era sucio. Usaba un saco de color indefinido y sanguinolento a modo de cobertor para cargar y descargar la carne que distribuía en una carreta por todas las carnicerías. Oía mal, y en verano era seguido por un enjambre de moscas. Para mejorar su aspecto, se ordenó que usara un delantal blanco, en 1927.

En 1931, se criticaba que la carreta llevara las carnes a la vista, sin cobertor, con la consiguiente falta de aseo y peligro para la salud. Para resolver el problema, el Municipio encargó al herrero Ignacio Häeger hacer un "cajón-camada con sus respectivos departamentos para el carro conductor de carnes muertas, forrado por dentro con planchas galvanizadas"³⁴⁸. El transporte se hacía desde el matadero que, desde 1930, estaba situado en la "Bajada Portales" frente a la Plazuela Henríquez, y con un solo carretón y repartidor que se consideraba suficiente para distribuir la carne de los 1.655 vacunos, 460 ovejunos y 6 cerdos sacrificados y consumidos anualmente por la población en 1933, cuando Castro contaba con 3.000 habitantes y cuando los matarifes eran José del Carmen Aguilar y Ramón Mamai, en 1936. Pero los repartidores no eran los únicos que distribuían toda la carne que se consumía. Había matanzas clandestinas de corderos y cerdos, "porque muchos burlan el pago de derechos y benefician en sus hogares, a pesar de la fiscalización"³⁴⁹, y los mismos dueños hacían el reparto por las noches al vecindario, o en el mismo lugar de la matanza improvisaban un lugar para las ventas. El inspector municipal no

³⁴⁷ Sesión 6ª Ordinaria, Castro, 18 de abril de 1931, AMC, p. 110.

³⁴⁸ Sobre el carretón de la carne, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 26 de febrero de 1934, AMC, p. 301.

³⁴⁹ Matanzas clandestinas, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 26 de febrero de 1934, AMC, p. 301.

cumplía bien con su obligación de vigilar a los abasteros ni se aplicaba el Reglamento de Carnicerías con sus 22 artículos. Todos los carneos de cerdo que se hacían en los patios de las casas particulares eran clandestinos y, por ende, los repartos de carne que consumía el vecindario no pasaban por Sanidad.

Los trabajadores que tenían oficios como éstos, eran conocidos por sus apodos, porque una cosa eran los nombres oficiales bien escritos en el carné que comenzó a exigirse en 1926 y que, excepto él, nadie conocía, y otra cosa el sobrenombre que no era sino la imagen que se tenía de él, mote, por lo general, más real y certero porque recogía el rasgo más sobresaliente de su personalidad, de su carácter o alguna peculiaridad física. En ocasiones, el trato de "don" se usaba para con los repartidores mayores sin importar su humilde oficio o condición social, y hasta los mendigos ancianos eran tratados así, a veces en diminutivo: "don Juanito", trato cariñoso y respetuoso. Pero, cuando se usaba el diminutivo para el apellido, ello reflejaba otra cosa: "Gonzalito" -diminutivo de González- era sinónimo de hombre humilde tratado con evidente paternalismo.

El recogedor de basura o basurero era otro personaje típico de las calles. Trabajaba con una carreta pagada por el Municipio desde los años veinte, en que se introdujo este adelanto para el aseo de la ciudad. Se le describe como un hombre lento y pausado, poco animoso e indiferente. Recogía sólo la basura que los vecinos dejaban en las puertas de las casas en cajas o cajones cerrados, y no la desperdigada en las veredas o calzadas. De ahí los reproches del vecindario y de las autoridades. Se le acusaba de abandonar su trabajo, estacionar su carreta con el palo parado apoyado en los yugos, para ir a calmar la sed a la cantina, o conducir sus bueyes tan distraídamente que en ocasiones causaba atropellos a los transeúntes. "Los bueyes no son guiados -dice la prensa en 1939- porque el carretero va muy bien sentado adentro de la carreta", sin preocuparse de que pudiera atropellar a los niños que jugaban en la calle³⁵⁰.

El trabajo más pesado lo tenía en calles Lillo y Nueva, porque cargar la basura allí significaba regresar al basural, subiendo con

³⁵⁰ La Voz Insular, Castro, 1939.

la carreta cargada por Blanco, calle que tenía una especie de barranco muy pronunciado aunque breve, en la esquina con Pedro Montt, que no podían superar los bueyes sin ser sometidos a severo castigo con picanas que herían al animal. Para evitar estos maltratos, se prohibieron las "picanas con punta de hierro" o garrotes y sólo se permitió el látigo. Asimismo, se fiscalizaba que los bueyes llevaran "un cuero o arpillera detrás de los cachos en la parte que da en el yugo", como se contiene en el proyecto de Reglamento de la Municipalidad de Dalcahue³⁵¹. Recoger la basura en las calles de la meseta era más sencillo y menos pesado para los bueyes, lo mismo que llevarla al depósito de desperdicios sito en el extremo poniente de calle Ramírez, en un rincón que miraba al río, a principios de los cuarenta.

El mayor número de personas, así hombres como mujeres, se ganaban la vida como vendedores callejeros. Unos vendían golosinas en la Plaza de Armas a fines de los treinta, otros recorrían las calles o se estacionaban en lugares de mayor concurrencia, como la Cancha de Fútbol o *pampa* de San Martín, o en las afueras del Hospital, ofreciendo frituras hechas en casa. Las mujeres de los alrededores vendían los productos del mar en *sartas*, *atados* o *platillos*, o *bolitas de chuño*, o las mujeres locales salían en buen número, en verano, con sus canastos con grosellas o frambuesas, pero también *cauchagües* y *murtas*, manzanas y *nalcas*, chicha fresca y *chupones*. Cotidiana era la presencia de hombres, que ofrecían platos y cucharas de madera o escobas de *quilineja*, o gallinas, que conducían desde el campo atadas al anca del caballo. Respecto de esto último, se ordenó que "las aves deben ser transportadas en canastos o cajones arreglados para tal objeto, y no transportarlas en los tientos de las cabalgaduras, atadas de las patas con la cabeza colgante". Tantos vendedores callejeros había en 1925, que se decretó la prohibición de vender sin permiso municipal, ordenándose que en adelante los únicos autorizados serían los que obtuvieran licencia y certificado de sanidad, y que tuvieran domicilio conocido³⁵².

³⁵¹ Proyecto de Reglamento Municipal para el territorio comunal de Dalcahue. Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, s/folio.

³⁵² Decreto Municipal N° 31, de 7 de marzo de 1925, en: *La Voz de Castro*, Castro, 13 de marzo de 1925.

No muy diferentes eran los que tenían "puestos" en el Mercado Público de calle Lillo después de 1915. Y no eran diferentes, porque preferían vender las frituras fuera, frente a las puertas de sus locales, confundiendo con esa otra clase de vendedores que eran los isleños que se instalaban en la Plaza de Abastos antes de 1936, o "La Playa", en el decir popular, y en completo desorden. Refiriéndose a los que tenían "puestos", el Municipio se quejaba en 1930 de que, por este modo de vender, el mercado "se parece un conventillo", en circunstancias de que "las cocinerías... deben ubicarse dentro, o sea, en el interior y no donde hoy están". La costumbre de cocinar en braseros al aire libre y ofrecer las "fritangas" al público contravenía las ordenanzas. Por eso se prohibió el uso de braseros y se exigió que las cocinerías debían usar cocinas y no braseros³⁵³. Tales eran el desorden y la falta de aseo en el Mercado y la Plaza de Abastos, que un observador dice que la calle Lillo de 1930 se parecía a los barrios de Constantinopla.

Se puede decir, en general, que muchos de los vendedores callejeros y trabajadores manuales subsistían, soñando con emigrar al sur donde podrían, tal vez, prosperar. Pero, los que no sentían el impulso de salir o los que no se sentían capacitados para la esquila, o los menos animosos y carentes de voluntad para enfrentar desafíos fuera de su tierra, se quedaban en sus aldeas e islas, o buscaban algún acomodo en Castro, en circunstancias de que muy poco podía ofrecer ésta, sobre todo en los años treinta en que el comercio estaba en mal pie a causa de la depresión, con aumento de la cesantía. El isleño que buscaba algo en Castro, si tenía suerte, se hacía *picador* de leña o *changuero* de bahía o pescador. Las mujeres campesinas podían tener la posibilidad de contratarse como empleada doméstica a cambio de techo, alimentación y vestido, o vivir de la marisca.

La Inspección del Trabajo llevaba un registro de cesantes cuyo número se incrementaba rápidamente. Se creó una Bolsa de Trabajo, pero no había obras públicas en ejecución, excepto la construcción del nuevo Hospital a fines de los treinta y los frecuentes ripiados de calles y caminos. Mala época, porque hasta los empleados públicos

³⁵³ Cocinerías del Mercado, Sesión 14ª Ordinaria, Castro, 16 de agosto de 1930, AMC, p. 10.

sufrieron la rebaja de sus sueldos decretado por Carlos Ibáñez del Campo en 1930. No podían ser buenos años para el adolescente de estratos populares. El joven ocioso era mirado con recelo cuando deambulaba por las calles. Para el vecindario decente, la pobreza era sinónimo de vicio y delincuencia, y las autoridades buscaban maneras de remediarlo combatiendo el callejeo. En 1927, el Municipio arrendó los terrenos de Lucinda Garay, en calle Chacabuco, para destinarlo a cancha de deportes y "contribuir al desarrollo de la raza y alejar al pueblo de las cantinas y otros vicios"³⁵⁴, como se reiteraba también en 1934, cuando se daban las razones para construir un formal estadio de fútbol.

El muchacho veinteañero salía a las calles cubiertas de barro buscando, tal vez, qué destino dar a su vida. Las nubes oscuras y bajas parecían volar sobre su cabeza, mientras la lluvia lo envolvía en torbellinos. El único ruido que no fuera el viento venía del rechinar de alguna carreta de ruedas desvencijadas. Para él, no había en invierno otro solaz que el cálido refugio de la cantina. Y, al final, cuando el tabernero se aprestaba a cerrar el negocio, el joven, borracho ya, se percataba de que había pasado un día más llevando a cuestas su drama existencial.

Así se iban esfumando los sueños. De repente, ya adulto, caía en la cuenta de que había asumido el fracaso irreversible, pasando a formar parte de los personajes populares, ganándose un apodo que lo identificaba como tal. Al menos, con el apodo superaba el triste anonimato para transformarse en "alguien". La pobreza era así; era la otra cara de la medalla y, quizá, la más real de Castro en los primeros treinta años del siglo.

Un mundo de pobres *changueros* en el muelle y en la Estación de Ferrocarriles, carreteros allí mismo, carretilleros, fleteros de todas las tipologías, picadores de leña, deshollinadores y demás ocupaciones menores. Y muchos lustrabotas. Tantos de éstos había en los años treinta que llegaron a tener su propio gremio que incluía también a los *canillitas* que no eran más que rapazuelos buscadores de *cortes* o *changas* en qué ganarse unos centavos, cuando la moneda de 1 peso era de plata y el "sencillo" o *chauchas*, de 20 centavos, en

³⁵⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de junio de 1927.

los años veinte.

Eran tiempos de las lustradas de todo tipo y de distintos precios. Para los lustrabotas sí que había trabajo. No era lo mismo lustrar zapatos bajos que de *caña*, así como había tarifas para botas, polainas y *pierneras*. Sólo que los más caballeros se lustraban no sin reclamos, porque los tales lustrabotas -denunciaba el periódico- eran "hediondos y borrachos". Sus puntos fijos eran la esquina de San Martín con Latorre y Blanco con Esmeralda. Importunaban a los peatones. Cuando estaban desocupados, como era en días de lluvia, en las mismas esquinas jugaban al bacarat, apostando dinero a la vista de todos. En 1935, San Martín con Latorre se había transformado en un problema para los transeúntes y vecinos de esa calle por las groserías y actitudes irrespetuosas de los lustrabotas. Ernesto Hein Hölnberg, dueño del *Hotel Hein*, situado en esa esquina, denunciaba el mismo año que "los lustrabotas se aglomeran interrumpiendo el tráfico público con insolencias que son muchas veces oídas por las señoras y señoritas"³⁵⁵.

No eran los únicos. La mayoría de los trabajadores manuales que ganaban el sustento en las calles, merecían parecidas opiniones del vecindario, como las que se expresaban en 1913 por el gremio de "gente de mar". Formaban este gremio los fleteros, cargadores, lancharos y *chateros* que en 1933 ya tenían su organización con el nombre de "Sindicato de Obreros Marítimos de Castro", descritos como hombres robustos, picarescos y cazarros, como en todos los puertos. Lo mismo se veía en Ancud, según Darío Cavada. Cuando Benjamín Subercaseaux visitó Castro los vio como muchachos "de caras anchas, sonrientes... bajos, algo rechonchos, pero de amplias espaldas"³⁵⁶. Muchachones como éstos estaban muy lejos de algún recato. Al revés. Ofendían la moral con la costumbre de orinar en plena calle, por lo que se pedía la construcción de una caseta para tal fin y evitar las chocantes escenas a la vista de los viajeros, señoritas de la ciudad y niños pequeños. Por la misma razón, todo fletero debía tener licencia de tal en los años treinta, y su certificado de sanidad al día, es decir, haber sido desinfectado de garrapatas.

³⁵⁵ Reclamos contra lustrabotas, Sesión 16ª Ordinaria, Castro, 10 de septiembre de 1935, AMC, p. 461.

³⁵⁶ Subercaseaux, Benjamín, *Chile, o una loca geografía*, op. cit., p. 225.

Se les describe como desenvueltos y talleres, harapientos y mal hablados por las muchas palabrotas. Y peor dicción, por lo ininteligible de su castellano.

IV. Cesantes, malentretenidos y pordioseros

Algunos campesinos llegaban a Castro con la esperanza de hacer "comparsa" para ir a la esquila. No siempre se tenía suerte. Con el tiempo, se los veía formando parte de los pililos marginados, y en esa condición quedaban, tal vez para siempre. Era un extremo social y muy *sui generis*, compuesto por hombres de todas edades que ayudaban a incrementar las tipologías de callejeros. Algunos representaban la picaresca criolla, pero la mayoría apenas insinuaba su existencia y eran los que parecían más desafortunados y anónimos. Una prenda usada que recibían "de caridad" los acompañaba durante años sin quitársela ni para dormir. Y siempre descalzos, con los pies anchísimos y los dedos abiertos como abanico. En la cabeza, un eterno jockey.

Retraídos y humildes, los más; despiertos y divertidos, los menos. A estos últimos, se los calificaba de naturalmente pililos, talleres y burlones, impertinentes e irremediablemente bebedores. "Hilachentos", los llamaban. Tenían las mismas posibilidades de trabajo que todos los demás, pero daban la impresión de que habían nacido para contemplar la vida desde el ocio. Los pesos de la ocasional *changa* iban a parar al bolsillo del tabernero. Cuando no había vapor o tren en qué ocuparse, holgaban gustosos cerca del puerto y, tras ellos, el fiel perro que les daba calor cuando dormían la borrachera tirados en la calle. Se aferraban a la vida, pero a veces perdían la batalla. Cansado de tanto infortunio se suicidó *Cotoa*, tirándose al mar en 1922. Todo el pueblo lo sintió, porque era parte de la vida de las calles, como se sintió también el suicidio del popular Isaías Barría, al lanzarse al mar desde el muelle en 1934 y, aunque lo sacaron agónico, no pudo el Dr. Riffart salvarlo de la muerte.

Pero, al menos éstos trabajaban en algo, disputando los "cortes" a los cargadores con licencia que tenían el monopolio de la actividad en el puerto. César Vera Werner recuerda algunos de estos personajes populares de los años treinta, como "Cochenías", el

"Jibia" Miranda, el "Chico de la Miñe-Miñe", o el "Cogote de Pita"³⁵⁷. Gente divertida, a veces jóvenes, capaces de hacer esfuerzos mayores, pero que amaban más el ocio, y nunca faltaba el cantinero que les alargaba una caña de vino, porque el ser conocidos por todos traía aparejadas estas ventajas.

La sociedad los conceptuaba como vagos, gente desocupada y errante asociada al delito y al consumo de alcohol. Y como su número se consideraba alto en los años treinta, el Municipio redactó un Reglamento de Vagos, prohibiendo la vagancia dentro de los límites de la comuna. En él se define como vago a "toda persona sin hogar fijo y sin medios de subsistencia". Sospechoso de vagancia era el que deambulaba por las cantinas³⁵⁸.

Pero bajo los términos vago y vagancia no estaban comprendidos los mendigos. Éstos, callados y distantes, parecían lúgubres, sobre todo los viejos que, cansados de este valle de lágrimas, carecían de fuerza y voluntad para vivir. Algunos pordioseros ancianos, si no conseguían un techo en el Asilo, tenían muy pocas posibilidades de pasar el invierno.

Tanto mendigo en las calles llegó a ser preocupación del vecindario, porque daban al pueblo una imagen lamentable, hasta que un decreto municipal prohibió el limosneo callejero en 1920. En adelante, recibieron la caridad en el Cuartel de Bomberos. Al menos por un tiempo. Y no todos. De esto se encargaban las señoras de la *Sociedad San Vicente de Paul*, que recaudaban comida, ropa y dinero entre los vecinos. La Municipalidad, por su parte, aportaba 30 pesos mensuales para socorrer a limosneros adultos y a niños que pedían la caridad. Pero para los mendigos, no había como la calle.

No era mucho lo que se podía hacer. En 1921, la *Sociedad San Vicente de Paul* distribuía juguetes, ropa y comida para Navidad a 22 niños pobres, y vestía y alimentaba a 25 mendigos para Año Nuevo, todo lo cual demandaba 300 pesos. Otra institución, la

³⁵⁷ Vera Werner, César, "Vieja... mi querida vieja", en: *Revista Surcos*, op. cit., p. 56.

³⁵⁸ Sobre la vagancia, Sesión 18ª Ordinaria, Castro, 25 de febrero de 1939, AMC, p. 319.

Asociación Católica Femenina, asistía también a los pobres en 1925, y ofrecía "onces" para reunir fondos y ayudar a los presos en los años treinta, mientras la *Junta de Beneficencia*, activa en 1926, hacía otro tanto. Todas ellas organizaban funciones sociales "para beneficio" con el fin de asistir a los pobres, y contribuían, de paso, a entretener al vecindario con kermeses y veladas que tenían lugar en el Teatro del Cuerpo de Bomberos³⁵⁹.

En 1939 se hablaba del "excesivo número de mendigos que solicitan la caridad diariamente", y se ordenaba "que todo pordiosero tenga el correspondiente permiso de la Alcaldía en conformidad con el Decreto N° 54 de 17 de abril de 1935, y que soliciten la caridad pública sólo los sábados de cada semana"³⁶⁰.

Para los ancianos todavía no había asilo en 1939, a pesar de los esfuerzos de Elena de Melo, Mercedes Solís y Aida Zumaeta. Pero, al menos, el médico municipal atendía gratis a los indigentes previa autorización de la Alcaldía, y el mismo Municipio se encargaba de la inhumación de cadáveres de las personas pobres que morían sin familia y sin medios. En los años cuarenta, contaba con ataúdes para tal fin, cuando la asistencia de los menesterosos estaba, desde 1939, en manos del religioso Fridolin Maier que presidía, por entonces, la *Junta de Beneficencia San Vicente de Paul*³⁶¹.

Viejos mendigos inválidos, y jóvenes sanos con sus sueños frustrados, vagos que en los años veinte y treinta casi siempre eran asociados a los barrios de orilla donde la opinión pública creía estaban concentrados los males: hacinamiento, fealdad, hábitos incivilizados, vagancia, ignorancia, y sobre todo, alcoholismo³⁶². Siempre había sido así. Exceso de borrachos. Pobres y menos pobres rondando los bares. En 1915, se ordenó el cierre de las cantinas entre las 6 de la tarde del sábado y las 8 de la mañana del lunes³⁶³.

³⁵⁹ Otras instituciones eran la Liga de Estudiantes Pobres, la Sociedad Obrera Galvarino Riveros, el Centro Cultural y Musical, y las instituciones deportivas. Correspondencia del Gobernador de Castro al Ministerio del Interior, Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Vol. 92.

³⁶⁰ La mendicidad en Castro, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 25 de febrero de 1939. AMC, p. 319.

³⁶¹ *La Voz Insular*, Castro, 26 de abril de 1939.

³⁶² Boldrini, Gustavo, *Castro y Ancud: crecimiento e interpretación urbana*, en: CA, N° 78, p. 40.

³⁶³ *La Voz de Castro*, Castro, 8 de enero de 1915.

Con esta medida, se quería evitar que el dinero ganado se consumiera en las tabernas, dejando a merced del hambre a sus familias. No podía tener efectos, porque proliferaban los expendios clandestinos. Sólo las tabernas, boliches, bares y cantinas con patente sumaban 65 en 1915 y 76 en la comuna, en 1919³⁶⁴.

Algunos eran tal vez isleños que llegaban con la esperanza de una mejor vida, y terminaban en la mendicidad. Resignados se quedaban en el pueblo por no sufrir la humillación de regresar fracasados a sus islas donde, a pesar de todo, la vida era más digna. Sin embargo, subsistir en Castro no era lo mismo que sembrar papas o hachear el monte, ni había en el pueblo un lugar donde cobijarse que no fuera un miserable "cuchitril" en la barranca. Así nacía el pordiosero que tal vez había llegado soñando con llegar a ser ovejero en la Patagonia.

A excepción de los más despiertos y optimistas, no eran los típicos vagabundos de otras partes, pero sí nostálgicos y de ánimo abatido. A veces solitarios por poco comunicativos y carentes de "chispa", solía vérselos apoyados casi con desmayo en alguna pared, mirando inmóviles cómo pasaba la vida. Gente fatigada, de ojos desalentados y de espaldas al porvenir. Allí estaban como ausentes con la mirada clavada en un pedrusco de la calle. En 1919, el alcalde Ruperto Triviño, viendo tanta gente desamparada y golpeada, además, por la peste de gripe, decidió repartir dinero a los más pililos. Pero, la vagancia infantil era la mayor preocupación. Hijos de padres que se iban a Magallanes y no regresaban. Huérfanos que en la calle ingresaban a la escuela del delito. Así nacía la vagancia que iba de la mano con los hurtos. No sólo en Castro. En 1906 era alarmante el número de chicos pordioseros en Ancud, cuando el Pbro. Francisco Cavada recogía dinero, comida y ropa para ellos, aunque en la misma ciudad, a diferencia de Castro, había una Casa de Amparo para niños³⁶⁵. Vagancia infantil y robos. En Castro había casos graves provocados por pelusitas de 11 ó 12 años, como en 1924, cuando el vecino Pedro Antonio Aguilar salió del Banco con 700 pesos en un gran fajo de billetes. Un pilluelo lo

³⁶⁴ *Ibidem*, 18 de enero de 1919.

³⁶⁵ La Cruz del Sur, Ancud, 1906.

siguió, y al primer descuido le arrebató el dinero y escapó. La Policía encontró los billetes enterrados bajo un poste de la luz. Hechos como éstos superaban con mucho las fechorías habituales, y aunque eran excepcionales, daban origen a alarmantes comentarios.

Chicos bebedores y "pitilleros". Ellos mismos hacían los *fullingues*, y cuando podían, con tabaco marca *Toro* envuelto en papel blanco y delgado que se compraba en el comercio. Los hacían, incluso, con papel de envolver y tabaco de *murra*. La prensa los calificaba de muchachos viciosos, ociosos, sin oficio ni beneficio. En 1904 se denunciaba la presencia de niños menores de edad que acostumbraban a pararse en las esquinas hasta altas horas de la noche, planeando asaltos a las casas, como lo hicieron en la de Ignacio Díaz³⁶⁶, o chicos que salían al paso del transeúnte, tratando de "herirlo afiebradamente con sus dichos, palabras y acciones obscenas arbitrariamente deshonestas". La prensa los llama "caterva de muchachos viciosos"³⁶⁷ que en calle Thompson se reunían por las tardes a jugar a las "chapas", apostando dinero, en 1906. "Da pena -dice la prensa en 1927- ver en las esquinas grupos de niños de doce años que se jactan de saber fumar, mientras el guardián contempla con toda tranquilidad las volutas de humo que ellos despiden"³⁶⁸. De vez en cuando salía a la luz algún atentado contra la moral. El periódico los tildaba de "aspirantes a criminales... futuros pobladores de los establecimientos penales". A veces se los veía "en un rincón del chinchel, ocultándose de la vista del transeúnte... malgastando en el naipe, en el cacho, en el trago, el último maravedí que ganó en el corte o que extrajo del bolsillo del pobre padre o de la infeliz madre"³⁶⁹.

En 1904 cundía el juego de chapitas con apuestas de dinero en calle Latorre a vista del público. En los años treinta, se jugaba al *chupe* en la Plazuela, en la cancha de fútbol, en El Tejar, incluso en las céntricas esquinas de la Plaza Prat. Niños vagos y pillos, y niños mendigos que salían a recoger dinero mandados por sus padres. En 1939 se decía que pululaban por todas partes. Ese año el

³⁶⁶ *La Voz de Castro*, Castro, octubre de 1904.

³⁶⁷ *Ibidem*, 24 de noviembre de 1904.

³⁶⁸ *Ibidem*, 24 de junio de 1927.

³⁶⁹ *Ibidem*, 8 de abril de 1913.

Municipio pidió a Carabineros que "prohíban en forma terminante que niños de corta edad se estacionen en la Avenida Pedro Montt a la llegada de los vapores, especialmente los de mayor tonelaje, a pedir limosna a los turistas o pasajeros que bajan a la ciudad, llegando en algunos casos hasta obstaculizar el libre tránsito"³⁷⁰. De la vagancia infantil se pasaba a una adolescencia y adultez marcadas por la bebida y los juegos ilícitos en las cantinas donde campeaba el *truco* y el *baracat*, este último prohibido en 1934, pero nunca extinguido. Idénticas escenas en Ancud, donde a las tomateras las llamaban *francachela*. Los fleteros iban a la cantina *El Amigo del Pueblo* donde "el alcoholismo -dice Darío Cavada en 1914- hacía su obra destructora a vista y paciencia de los tímidos pacos que, a hurtadillas, en los días nublados o lluviosos de invierno, confortaban sus estómagos con repetidos vasos de guachucho". Y agrega que a la cantina "iban a parar las chauchas trabajosamente acumuladas durante una semana de faena, entre chascarros de grueso calibre y narraciones de aventuras de mar"³⁷¹.

Pero, a pesar del crecido número de *changueros* ocasionales, mendigos, pilluelos y eternos desocupados, y a pesar también de los desórdenes que se veían en las cantinas, Castro era una ciudad que se conceptuaba segura. Todos, pobres y ricos, se conocían por sus nombres entre 1900 y 1930. En Ancud y Chonchi también. Los delitos más comunes eran los robos de poca monta como en los gallineros por los huevos o la misma gallina. Un horrible asesinato en un apartado lugar de la Provincia causaba la mayor conmoción, o la muerte de alguna muchacha al intentar abortar un feto del *Trauco* en manos de una *meica*, o el encarcelamiento de algún presunto brujo traído a Castro desde alguna isla, eran situaciones excepcionales en que debía actuar la Policía. El mayor peligro era en casos de incendio porque todos los malandrines acudían con la apariencia de ayudar, como cuando ardió el negocio de Manuel Chijani en Ancud, en 1906³⁷². Entonces desvalijaron la tienda sin que los policías se atrevieran a intervenir.

³⁷⁰ Sobre niños limosneros, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 25 de febrero de 1939, AMC, p. 320.

³⁷¹ Cavada, Darío, *Vida Isleña, op. cit.*, pp. 59-60.

³⁷² *La Cruz del Sur*, Ancud, 26 de marzo de 1906.

En general, los policías eran pocos y, salvo situaciones excepcionales, con poco que hacer. En Ancud había una Tenencia en 1908, a cargo de un alférez, y con destacamentos en Quemchi y Dalcahue. En Castro otra, también a cargo del alférez que ese mismo año era Luis A. Luco, con 14 efectivos y con destacamentos en Huillinco, Queilen y Quellón. Ambas tenencias dependían del Escuadrón de Carabineros de Puerto Montt.

Castro contaba con 20 policías que disponían de 7 caballos en 1909³⁷³. Todos los efectivos eran conocidos por sus nombres o apodos, de los cuales sólo cuatro estaban destinados al recorrido de calles, especialmente en calle Lillo donde ocurría casi todo por el tumulto de gente que allí se congregaba, y por los pícaros más despiertos amigos del hurto que aprovechaban estas ocasiones. En 1920 hubo 346 denuncias por robos, peleas callejeras y borrachos tirados en las veredas³⁷⁴.

Otros ocho policías servían de vigilantes en la cárcel, que desde 1908 estaba anexada a la Prefectura de Policía, turnándose de cuatro en cuatro: uno hacía de guardia en el Cuartel, otro estaba permanente en el Hospital cuando había algún reo enfermo, y otro servía para los mandados u ordenanzas, incluso para atender las caballerizas. Los restantes eran los que permanecían en el Cuartel, entre los cuales estaban los jefes en sus oficinas y eran quienes concurrían a los actos oficiales. En 1921 se contaba con un guardián 1º, dos guardianes 2dos., catorce 3eros. y dos ordenanzas. Pero se necesitaban cuatro guardianes 2dos. y veinte 3eros.³⁷⁵.

Tal como el vecindario común, los policías no se veían bien presentados. Sus uniformes eran viejos y raídos por años de uso. Lucían mejor montados. Pero en 1919 la dotación recibió uniformes nuevos con sus respectivas gorras, y nuevamente en 1922. En 1927 estaban bien dotados y mejor organizados. Entonces se fusionaron policías y carabineros, y Castro pasó a ser la 2da. Comisaría de Carabineros mandados por un teniente y parece que ese año los efectivos habían aumentado a 30 y a 47 en 1936³⁷⁶.

³⁷³ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1909, Tomo II, Imprenta Universitaria, Santiago, 1910, p. 182.

³⁷⁴ *La Voz de Castro*, Castro, agosto de 1921.

³⁷⁵ *Ibidem*, 1921.

³⁷⁶ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1936, *op. cit.*

Operaban sobre la base de un mapa urbano, como en todas las ciudades, con división en barrios o sectores, y con distinción de edificios públicos, clubes, hoteles, escuelas y, sobre todo, prostíbulos y cantinas. La mayor actividad giraba en torno de estas últimas. En 1927 había cinco cantinas en calle Blanco, tres en Lillo, cuatro en calle Marina, dos en la Plaza, dos en Serrano, dos en calle Gamboa, dos en calle Aysén, además de cinco restaurantes en las calles Lillo, Blanco y Pedro Montt, sin contar los bares clandestinos de la ciudad y de la comuna.

La Policía disponía, además, con un plano de los terrenos adyacentes al área urbana, con precisión del número de predios y los nombres de sus dueños. Sin embargo, no faltaban las críticas a los policías que abandonaban sus obligaciones para entrar a escondidas a las cantinas tras la "caña", sobre todo a principios de siglo cuando todavía el cuerpo policial carecía de la disciplina que tendría después.

AMBIENTE URBANO, LUGARES PÚBLICOS, Y SOCIABILIDAD

I. Vida callejera y color en la Plaza de Abastos

El trajín cotidiano no podía ser mucho en un pueblo tan pequeño y con calles poco hospitalarias con el peatón por el barro y las lluvias de inviernos en extremo rigurosos y prolongados. Vida puertas adentro era de mayo a septiembre. Sólo en primavera y verano se alegraba un tanto la ciudad, porque las temperaturas eran más agradables y los días más largos, cuando el barro y las pozas estaban en retirada para animar un poco la vida callejera.

Monotonía de la existencia. Se buscaba la novedad. Y novedad era el incidente callejero protagonizado por algún personaje popular, el campanillero que anunciaba la muerte de un vecino conocido e importante, o la riña política entre un conservador y un radical a gritos en *callelillo*. Y novedad era también la llegada del vapor, el arribo de la nueva autoridad departamental, la elección del alcalde o el rumor sobre el nuevo médico "de ciudad". Pero, la vida era tediosa la mayor parte del año. Por eso se estaba atento a los casos bochornosos que afectaran a la autoridad edilicia o a algún vecino principal. Pero nunca la indiferencia incluso ante el más insignificante suceso.

El diario vivir no podía ser sino opaco. La prensa decía en 1904: "Los días de Castro son monótonos, parejos, lisos, sin sabor ni color"³⁷⁷. Si algo de interés sucedía era en las calles Blanco y Gamboa o "calles del demonio", como las llamaban, porque todo lo poco que ocurría tenía lugar allí, aunque desde 1916 el mayor colorido estaba en "La Playa" y en Lillo.

La gente se movía por tres calles: Blanco, Gamboa y Lillo. Las tres constituían el eje del pueblo. Calles de barro o de polvo según la estación. Lillo era la más poblada en los años veinte. Vivían en ella 1.000 personas en 1922, pero para entonces ya era importante

³⁷⁷ La Voz de Castro, Castro, 1° de septiembre de 1904.

la calle San Martín, la más larga de norte a sur, aunque irregularmente poblada. En esta última vivían unas 400 personas el mismo año³⁷⁸. La lluvia la convertía en pozas y lagunas a lo largo de toda su extensión. Las cunetas, cuando estaban limpias de malezas, se transformaban en perennes riachuelos que los chicos aprovechaban para jugar a las "tomas" y poner allí sus botecitos de madera.

Era San Martín desconsoladamente triste en el mes de julio. Una carreta que viene, otra que va, tirada por bueyes mojados a más no poder, y en sus miradas, la misma tristeza de los jotes que, entumidos, se posan en hileras sobre los techos. Unos cuantos vecinos a tranco lento para allá y otros para acá, sólo de tránsito, o para entrar a algún negocito. Por aquí don "Pegua", de poncho y sombrero viejo rumbo al centro; por allá la octogenaria doña Bertila, de regreso a casa después de su diaria visita al "Santísimo" de la iglesia franciscana, arropada de negro, arrastrando apenas el débil andamio de sus huesos. En una esquina, unos hombres desocupados se protegen de la lluvia bajo un alero, con sus rostros tan *apensionados* como los *guarros* y sin despegar la vista de la cantina de enfrente.

Por ahí, unas señoras conversan con expresivos ademanes en la puerta del negocio de abarrotes, mientras va pasando el suplementero muy de prisa voceando el periódico. Una pareja de policías sin nada que hacer, que a paso lento va rumbo a El Tejar. Y de pronto la campana de la Iglesia que anuncia el mediodía, y poco después, una explosión de chicos de las escuelas salen de carrera bajo la llovizna y con sus cuadernos arrugados como repollo. Un torrente de niños que por breves minutos rompen con su zalagarda la monotonía de San Martín en invierno de 1926.

Blanco era más concurrida y arquitectónicamente más atractiva a mediados de los años treinta. Gente de compras, bajando hacia calle Lillo en busca de pescado y marisco; otras subiendo lentamente la pronunciada cuesta con sus canastos llenos. El pitazo de un vapor aumenta el movimiento por calle Blanco a cualquier hora del día. Tropel de chicos *changueros*, pasajeros con sus maletas, y gente

³⁷⁸ *Ibidem*, 1922.

camino del muelle por sólo *novedear*, mientras las doñas asomadas en las ventanas miran el paso de la gente que se va y la que llega, porque por Blanco entra y sale todo. Los que viven allí se enteran mejor que nadie de cuanto acontece. Pero, sin la feria de calle Lillo y sin vapores en la bahía, las tardes de calle Blanco se vuelven silenciosas. Hay que esperar hasta las seis para oír nuevamente un poco de rumor callejero en los lánguidos inviernos de los años treinta.

Todos los días llegaba la gente de los alrededores por sus ventas y sus compras. Era la población campesina que animaba la ciudad. Los de Llau-Llao y Ten-Ten ingresaban por El Tejar para seguir por San Martín hacia el centro, montados o a pie. Otros preferían evitar la empinada cuesta y tomaban la Avenida Pedro Montt, que orillando terminaba en calle Lillo. Las carretas sólo podían entrar al pueblo por esta calle. Los que llegaban desde La Chacra lo hacían por Los Carrera, porque el camino empalmaba con ésta, antes que se abriera Freire por ese lado. En cambio, los que lo hacían desde Chonchi, Rauco y Nercón, ingresaban al pueblo por "la cuesta Portales" si eran peatones o jinetes, y por Avenida Pedro Aguirre Cerda si conducían sus carretas, como era a fines de los años treinta. La mayoría, sin embargo, llegaba por mar y echaba el *sacho* frente a la Plaza de Abastos y calle Lillo.

El campesino y sus comercios ponían la nota distintiva durante el año, pero más notorio en verano, cuando las mujeres descalzas y de largas polleras equilibraban sobre sus cabezas desde canastos hasta latas de manteca para la venta en "La Playa", y pasaban los jinetes en sus caballitos peludos, las carretas de la paja, las cargadas con sacos de papas y las que llegaban con paquetes de tablas para la construcción.

A excepción de Gamboa, Blanco y Latorre, las demás calles orientadas de este a oeste eran poco transitadas por los ciudadanos. Sotomayor y Ramírez se veían tristes y solitarias en invierno, lo mismo que Chacabuco, casi despoblada. Parecido abandono se veía en las orientadas de norte a sur, como Freire que terminaba por el norte en la calle del Cementerio, y O'Higgins, que sólo llegaba hasta Sargento Aldea. Calle Serrano, en cambio, era activa y bien poblada entre Blanco y Latorre. Thompson, casi desierta, era sólo transitada

por los vecinos que vivían en Pedro Aguirre Cerda, que la tomaban como atajo para comunicarse con el centro de la ciudad a fines de los treinta.

La vida en las calles secundarias parecía sólo de los chicos. Sargento Aldea, entonces periférica, era de silencio casi absoluto en invierno y de bullanguería de niños en verano, con la pelota de trapo o de *huiro*. De vez en cuando pasaba por allí alguna carreta leñera o un jinete de regreso a La Chacra en su "rocinante". Pero, tenía olor a manzanas en marzo de los años veinte por las arboledas que había entre San Martín y O'Higgins.

Así eran también las demás. Balmaceda y la recién abierta Aldunate, a fines de los treinta, eran cortas y poco transitadas, aunque mostraban alguna gracia arquitectónica, lo mismo que Guillermo Eyzaguirre o "calle de la Plazuela", que más parecía calle de niños. La calle del Cementerio, aunque extrema y breve, era la antítesis. Por ella se iba al camposanto y por ella pasaban los funerales con ataúdes y gente de luto. Y también por ella se iba al Hospital en domingo a visitar a los enfermos, o al cerro *Millantui*, cuando había que hacer mandas con velitas a la Virgen. Excepto el Hospital y la capilla de las Monjas en los años treinta, ni una sola casa había en aquel callejón de gente de paso, cabizbaja y llorosa. Calle tenebrosa cuando en la noche salían las ánimas del camposanto a asustar a los vecinos.

Otra vida era la de los senderos, irregulares callejuelas que unían la meseta con las orillas y que, no obstante, tenían el encanto de las huellas nacidas del trajín. Entre calle Serrano y la Estación de Ferrocarriles se precipitaba la barranca o "Cuesta de los Alderete" en los años treinta, surcada por un senderillo casi oculto en medio de las *murras*, del crecido pasto, de los arroyos cantarinos y de la basura, para ir a terminar en la costanera, frente al muelle, casi ahogándose en un perenne barrizal.

Callejuelas como éstas rompían el esquema urbano regular, como la "Subida Ramírez", El Tejar, o la extrema sección de Thompson, o la "Cuesta Portales", que iba a dar al río, o el sinuoso sendero que era la "Subida Magallanes", alternativa para los peatones que ingresaban al pueblo desde Ten-Ten, o aquella otra

huella que se deslizaba a espaldas de calle Eyzaguirre y de la Plazuela Henríquez, con el nombre o "alias" de "calle sucia", casi cubierta de matorrales de cara al río. Nunca se pudo ordenar el trazado de calles en las barrancas y menos frente al puerto. Las callejuelas torcidas y su pobre apariencia no hicieron sino desmejorar la imagen que desde el mar ofrecía el pueblo. En 1908 se acordó trazar la calle Barros Arana para unir la parte alta con el muelle que se pensaba construir³⁷⁹. La citada arteria debía pasar por los terrenos de Belisario Bahamonde, estimándose que ofrecían espacio suficiente para hacer, además, una plazoleta que serviría de paseo³⁸⁰. Pero la plazoleta fracasó, porque esos terrenos fueron reclamados por otros propietarios que de inmediato pusieron cercos, mientras que la proyectada calle, que más tarde intentó formalizar el presbítero Isidro Díaz Bórquez desde la Estación hasta Serrano "pasando por predios particulares" en 1932³⁸¹, nunca superó el aspecto de huella dispareja, inclinada y barrosa.

En estos escondidos y periféricos lugares, los ritmos cotidianos eran más pausados, porque carecían de comercio, excepto la infaltable cantina pobre y clandestina y algún boliche de menestras. La gente no tenía nada que hacer, sino asomarse a la ventana al paso de algún peatón. El Tejar, en cambio, como extremo norte de San Martín, era muy trajinada por peatones y jinetes que entraban y salían del pueblo, subiendo y bajando por esa calle, más ancha que los senderos, pero incómoda por empinada.

El ritmo de lo cotidiano en las arterias centrales cambiaba en verano. "La calle adquiere vida cuando sale el sol y los accesos de las casas se convierten en lugares donde se da el pequeño encuentro de la gente", dice Anguita³⁸². Más gente en días cálidos. Un vapor grande de pasajeros podía provocar un desusado movimiento portuario, como el 13 de febrero de 1913, ocasión en que "entraron no menos de 500 pasajeros a la ciudad" en los vapores *Magallanes* y *Maule*, y los que lo hicieron por tren desde Ancud en dos carros el

³⁷⁹ Decreto Alcaldicio N° 1, en: *El Sur de Chiloé*, Castro, 1908.

³⁸⁰ *El Sur de Chiloé*, Castro, enero de 1908.

³⁸¹ Información sobre un "camino-calle" abierto por el cura Isidro Díaz, Sesión 10ª Ordinaria, Castro, 10 de mayo de 1932, AMC, p. 202.

³⁸² Anguita, López, Modiano y Zecchetto, *Casas de Chiloé*, op. cit., p. 25.

mismo día. "Nuestras calles llenas de gente -decía el periódico- le dan un aspecto animado y bullicioso". Y exagerando agregaba: "Se parece Castro el día de hoy un Valparaíso por su gran movimiento"³⁸³.

El verano era así. Cuando los vapores se juntaban en la bahía, los pasajeros desembarcaban, y los que seguían viaje se daban tiempo para visitar el pueblo. Pero, a veces, se alteraba mucho más la tranquila existencia, como el 10 de febrero de 1920, cuando fondeó el navío de guerra inglés *Southampton* de 5.400 toneladas y 450 marinos que convirtieron la ciudad en una bacanal, llenando las tabernas con su desorden y algarabía³⁸⁴. Y sucedía lo mismo con todo barco de guerra, porque los marinos no dejaban cantina sin recorrer ni prostíbulo sin visitar. Sólo que, en ocasiones, con alguna medida, como cuando echó anclas la chilena *Baquedano* con los jóvenes guardiamarinas en 1922, más formales que otros marinos, o cuando toda la flota de guerra nacional visitó Castro en 1926. Entonces sí que fue invasión con desusado ajetreo porque recalaron los buques *O'Higgins*, *Condell*, *Lynch*, *Riveros* y *Williams* con sus guardiamarinas. Las calles se colmaron. Era una muchedumbre azul más numerosa que toda la población de la ciudad, agitando abruptamente la solitaria vida castreña³⁸⁵.

Las muchedumbres tenían un encanto especial y más si eran foráneos. Sin embargo, no pasaban de ser excepciones de la vida diaria. La gente atraía más gente. Por eso gustaba tanto ir a Lillo porque allí se podía ver gente, a pesar de su incomodidad. Esta calle carecía de atractivo estético por sus desencuadernados palafitos y su calzada dispareja. Ni veredas tenía. El vecindario la calificaba de "feo manchón de la ciudad" por desaseada y foco de epidemias. Un barrio que más parecía "las ruinas de Palmira", no podía ser del agrado de nadie, y sin embargo, encantaba por su gentío, sus gritos, su desorden en las puertas del Mercado Público, sus cocinerías, sus fritangas, sus cantinas y sus borrachos tendidos en el suelo. Era el sector más activo y visible y, a pesar de las críticas, la calle más original de la ciudad. Más apreciada por los ocasionales

³⁸³ *La Voz de Castro*, Castro, 13 de febrero de 1913.

³⁸⁴ *Ibidem*, 10 de febrero de 1920.

³⁸⁵ *Ibidem*, 18 de septiembre de 1922.

visitantes que reconocían lo positivo de lo espontáneo, tuvo tantos enemigos internos que, en 1931, el gobernador Erasmo Ramírez ordenó su demolición, pero sin efecto ninguno, hasta que el incendio de 1936 hizo desaparecer sus singulares casas sobre lumillas.

No era recta, sino ligeramente sinuosa y algo más angosta que las demás. Y de dos fachadas, porque en la acera junto al cerro -antes que se llamara Irarrázaval- estaban las mejores casas de connotados vecinos. La acera de la orilla, en cambio, era de casas sobre pilotes, la mayoría pobres, pero había también algunas grandes y hermosas, como la de Juan Cárdenas, que se extendía varios metros mar adentro³⁸⁶. Calle polémica no sólo por su estética. Muchos palafitos se habían levantado sin licencia en esa playa fiscal. Se unieron el Municipio, el Gobernador y el Ministro de Marina Carlos Frodden para tomar la medida en 1931.

Y gustaba también el muelle cuando embarcaban y desembarcaban pasajeros. Entonces el vecindario dejaba sus quehaceres hogareños para salir "a mirar". La vida solitaria la mayor parte del año explica el gusto por ver gente. Se entiende entonces la curiosidad de todos cuando comenzaron los contratos de trabajadores para las obras del ferrocarril en 1909. Centenares de obreros acudían a Castro, alterando la quietud. Y cuando las faenas se iniciaron, la prensa no podía ocultar su entusiasmo. Imaginaba el ir y venir de trabajadores con "nubes de polvo que levantan a su paso los rápidos caballos, cabalgan jóvenes jinetes que se encaminan a lugares lejanos a la línea, llevando unos rollos de papel que se suponen copias del plano general, otros armados de instrumentos para verificar sobre el terreno la exactitud de los planos... acullá un

³⁸⁶ Mirada desde el muelle, Lillo, en su sección más oriental, era una prolongación de construcciones palafíticas en el costado sur de la Plaza de Abastos, en 1935, y tenía por el oeste la fachada de calle Irarrázaval. Todas eran casas de dos pisos, de madera, y la más grande y oriental, era la de Juan Cárdenas, al mismo tiempo almacén, posado sobre una plataforma de madera que descansaba, a su vez, sobre pilotes. Entre las casas había angostos callejones de madera. En conjunto, Lillo e Irarrázaval mostraban idéntica arquitectura. Por entonces, "La Playa" era un estrecho rincón a los pies del almacén del citado Juan Cárdenas donde anclaban las goletas y botes del comercio. Desde allí se accedía a la Plaza de Abastos a través de una escalera que llegaba directamente al referido almacén. Era el rostro más interesante de ese extremo de calle Lillo.

grupo numeroso de futuros carrilanos, comentando el precio del jornal diario, del metro cúbico, etc., se oye en una algarabía las palabras chaflanes, cortes, túneles, explanadas, alcantarillas, durmientes, rieles...³⁸⁷

Pero, si el atractivo estaba en la calle Lillo, el punto de reunión cotidiano era "La Playa", el corazón de aquella. Allí se congregaban los castreños "de lustre", los comerciantes, los vecinos de clase media, los pobres urbanos y los pintorescos isleños y campesinos de los alrededores. Ese rincón era, en verdad, una síntesis de Chiloé y los chilotes, el espacio público más colorido del pueblo y solaz cotidiano de los vecinos.

Se llamaba "La Playa" a la Plaza de Abastos o lugar donde se hacía la feria de productos isleños, espacio que en los años veinte no era más que una pequeña explanada frente a Irarrázaval³⁸⁸, entre *Calletillo* y Blanco. Era "La Playa", porque allí descansaban las embarcaciones provenientes de las islas cargadas con productos del mar, de las huertas y del bosque y con tejidos salidos de las esteras hogareñas, choapinos, lanas, chales, frazadas teñidas con anilina o tinturas de extraña preparación local, y mil menudencias más, porque el isleño que tenía algo que vender, por apartado que estuviera de Castro, tomaba el lanchón y viajaba a instalarse en la original feria a hacer sus *empleos*, como llamaban al comercio.

Pero, "La Playa" de Castro, como feria al aire libre, se formalizó sólo en los años treinta, cuando se prolongó el malecón³⁸⁹ después del incendio que convirtió en escombros las calles Blanco y Lillo. Entonces se ganó en superficie para el gentío y las ventas,

³⁸⁷ *El Sur de Chiloé*, Castro, 13 de febrero de 1909.

³⁸⁸ Situada en la intersección de Blanco y Lillo, mirando al mar. Calle corta, identificada como calle Lillo sin serlo. Carecía de nombre hasta 1936. Entre otros propietarios, vivían allí Tulio Alvarado García y Santiago Serka. Ese año, el Municipio acordó llamarla "Calle Manuel José Irarrázaval" en homenaje al defensor de la Comuna Autónoma, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 10 de febrero de 1936, AMC, p. 546.

³⁸⁹ El proyecto de la extensión del malecón nació en 1936 para "que partiendo de la terminación del actual circunde la calle Lillo hasta el puente Gamboa". Proyecto construcción del malecón de calle Lillo, Sesión 6ª Ordinaria, Castro, 25 de marzo de 1936, AMC, pp. 557-558.

apreciándose mejor las curiosidades antropológicas de Chiloé.³⁹⁰ En "La Playa" no se pagaba derecho alguno por vender y comprar, aunque de vez en cuando se discutía el asunto en el Municipio. Sin embargo, era tan poco lo que cada isleño comercializaba que en 1918 se reglamentó que no se impusiera el derecho de *alcabala*³⁹¹ -todavía se usaba este concepto- y sólo se vigilaran las ventas, tarea ésta a cargo del *fiel ejecutor* que en 1919 era Manuel Cárdenas Navarro. En esto del *fiel ejecutor* se seguía también la tradición colonial, y la fiscalización consistía en ver ocularmente que se respetasen los pesos y medidas que por entonces eran libras y varas con su equivalente en *almudes*, *chiguas*, *atados* y *cargas* de isleños y ciudadanos³⁹². Unos y otros vendían tortillas, empanadas de manzana, castañas cocidas, *chupones*, *nalcas*, pescados y mariscos, sin restricción alguna, hasta que, en 1925, el Municipio exigió ciertos requisitos.

Desde entonces, todos los ciudadanos vendedores debían solicitar permiso, exhibir certificado de Sanidad y tener domicilio conocido³⁹³. Y en 1927 se ordenó la extinción de la libra y la vara para manejarse en adelante sólo con kilogramos y metros. Allí mismo, en calle Lillo, estaba el Mercado Municipal, que desde 1915 disponía de diez locales que se entregaban en arriendo a comerciantes establecidos³⁹⁴. En el mismo sitio, y frente a Irarrázaval, había dos kioskos de propiedad municipal que el municipio ponía en arriendo a comerciantes de la ciudad. En 1937, uno de ellos era ocupado por

³⁹⁰ En 1937 se modificó el plano del nuevo malecón para dejar "una rampa de 10 metros de ancho para subida y bajada de vehículos [entiéndase carretas] y peatones... pues [si no se hace] quedará totalmente interrumpida la entrada al puerto haciéndose, en consecuencia, imposible la descarga de los artículos de la región en mar bajo". Proyecto rampa para el comercio, Sesión 2ª Ordinaria, Castro, 25 de febrero de 1937, AMC, pp. 68-69.

³⁹¹ *La Voz de Castro*, Castro, 1918.

³⁹² El sistema decimal de pesos y medidas se había introducido oficialmente en Chiloé en 1865. Pero siguió usándose el sistema tradicional que regía en la Provincia desde la Época Colonial: la vara (0,83 metros), la libra (460 gramos), el almud (8,08 litros), incluso la cuadra (1,57 metros). Sólo en 1927 se pudo conseguir poner en vigencia el nuevo sistema.

³⁹³ Decreto Municipal N° 31, Castro, 7 de marzo de 1925.

³⁹⁴ Ocupaba una superficie de 520 metros y lindaba con Blanco por el norte; con el mar por el sur; con un callejón sin nombre que daba a la playa ocupada por Bernardino Triviño, por el este; y con calle Lillo, por el oeste, *La Voz de Castro*, Castro, 26 de agosto de 1927.

Francisco Vera Gómez, y el otro estaba siendo solicitado por Eduardo Márquez Oyarzún el mismo año.

Visitar "La Playa" a fines de los años treinta, cuando ya estaba remodelado el sector, era el pasatiempo más entretenido de todos, así para los que iban a comprar como para los que "bajaban" a mirar aquellos cuadros donde se apreciaba mejor que en ninguna parte la interacción entre ciudadanos e isleños: en el lanchón de aquí, se huele a comida que una mujer prepara en un curioso fogón sobre la cubierta. En la goleta del lado, dos hombres cargan una carreta medio metida en el mar, con palos de leña traídos de quizá qué isla. Allí mismo, otro con semblante indiferente está sentado sobre el borde de su *chalupón* junto a las *sartas* de cholgas a la espera de comprador. Y más allá una goleta recostada y varios hombres en plena actividad sacan corderos a hombros de robustos *changueros*. Por aquí va zarpando silenciosamente una chalupa a alguna remota insula; por allá viene arribando otra, mientras se van juntando algunos compradores para saber qué trae. A gritos preguntan, pero el *chalupero*, inmutable, no contesta.

Escenas cotidianas. Más coloridas en verano. Pero no eran escenas propias sólo de Castro. Parecidos cuadros se veían en Chonchi y Achao, y sobre todo en Ancud. Benedicto Chuaqui visitó el mercado ancuditano en los años veinte. Lo vio así: "hombres que venden frutas del bosque, en unas carretillas redondas, y otros, sartas de cholgas secas. Las mujeres tomaban mate, comiendo pan de papas, o sea, tortas de milcao, como allí lo llaman. A cada instante, llegaban hombres a ofrecernos, con aire misterioso, como si se tratara de un contrabando, ostras por cientos". Y precisa que tales ostras "no eran de desecharlas, porque jamás creo que se podrá saborear, en parte alguna, ostras de mejor calidad y finura que las de Ancud"³⁹⁵.

Ostras en Ancud, *choros-zapato* en Castro, picorocos en Chonchi, centollas en Quellón, jaivas en todas partes. Y todo el borde costero pintaba un llamativo escenario de botes, goletas, lanchones y chalupones. Agitada mañana de verano en "La Playa" de Castro. Cinco o seis veleras de cascos color alquitrán posadas

³⁹⁵ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 247.

en desorden sobre el limo de tonos verdes a causa de la *lamilla* en bajamar. Escenas de embarcaciones que semejaban un bosquecillo de mástiles inclinados para allá y para acá y una confusión de cordeles de *voqui*. Y allí los isleños, que se diferenciaban claramente de los castreños, cargaban dos o tres carretas que se movían al grito de los carreteros ciudadanos con chasquidos de *huipes* y punzazos con largas varas con las que maniobraban las yuntas de bueyes.

Se comprende el atractivo que ofrecía "La Playa" como complemento de calle Lillo. Allí estaba todo: la vida, la gente, el comercio, el rumor, la noticia, el lugar de encuentro, el hurto del rapazuelo, la policía, la riña política y el insulto a viva voz. Papas, tejuelas de alerce, botellas de chicha, canastos con perejil, nabos, zanahorias, habas, enormes ajos. Cada mujer vendía lo suyo, pero sin decir palabra, mientras los hombres hacían lo propio con el pescado seco, los picorocos, las *sartas* de cholgas, las *apancoras*, los erizos o los choros en la cubierta de sus embarcaciones, y tan mudos como las mujeres. Benjamín Subercaseaux vio grandes lanchones cargados con sacos de papas, "y sentada sobre ellos alguna mujer con un pañuelo negro sobre la cabeza, que le cae recto sobre los hombros y el cuerpo, comunicándole un aspecto hierático de gran inmovilidad"³⁹⁶.

Más allá un isleño casi oculto detrás de un castillo de cochayuyo, mientras en la rampa varias lanchas forman un abanico atracadas por la proa. Una decena de personas embarcan y desembarcan paquetes, bolsas y canastos. Acullá los compradores recorren de almud en almud indagando productos y precios, regateándolo todo. En un costado del malecón, un lanchero y su ayudante con mucha prisa venden sierras, congregando con más alboroto a numerosas personas que reciben el ejemplar atado la cola con la agalla, usando para ello un junquillo para bien cogerlo y regresar a casa por calle Blanco con el almuerzo asegurado.

Mañanas concurridas, activas y pintorescas. Al crepúsculo, lo opuesto, cuando la vida quedaba como en suspenso. Entonces, todo parecía cubrirse con un manto de silencio y los lanchones y goletas no tenían más actividad que la de los isleños, merendando y

³⁹⁶ Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, op. cit.

conversando en voz baja junto al curioso fogón instalado sobre la cubierta y bajo las velas dispuestas en forma de carpa. El único ruido era el chillido de tiuques playeros y gaviotas, disputándose la comida. Hora de la conversa entre isleños de Chauques, Chelín, Talcán o Llingua. Eran cuadros cotidianos de "La Playa" en los atardeceres de verano a fines de los treinta.

El resto de la ciudad era residencial y, excepto a ciertas horas, predominaba el silencio. En 1921, el pueblo estaba dividido en cinco barrios o sectores para una mejor atención médica en casos de epidemia. El primero lo conformaban las calles de orilla: Lillo, calle Nueva, Pedro Montt que incluía la naciente Punta de Chonos, el Mercado, el Muelle y la Estación de Ferrocarriles. El segundo sector era "el centro": Blanco, Serrano, Thompson, Esmeralda, Chacabuco, Plaza Prat, Latorre y Portales. El tercero comprendía la calle Gamboa, desde la Plaza hasta la Plazuela Henríquez, que la gente prefería llamar Plazuela Gamboa, y calle Los Carrera. El cuarto: O'Higgins, Sargento Aldea, calle del Cementerio y San Martín "hasta el río Damas". El quinto lo conformaban las cuatro cuadras situadas entre las calles O'Higgins y Freire y entre Sotomayor y Ramírez.

No era cómodo transitar por las calles en invierno, por el barro y las pozas. Se salía de casa sólo por urgencias. Se hacía difícil bajar a "La Playa" y mucho más subir por la empinada calle Blanco cuando estaba barrosa y resbalosa. Las señoras más finas pedían que las cargasen "al apa" para evitar las pozas. En invierno era así. Por otra parte, antes de 1920, las calles se reconocían por sus nombres, pero de memoria, porque ninguna los tenía señalados en sus esquinas. Nombres de Padres de la Patria o héroes nacionales. Más corriente era que se identificaran por el nombre o apodo del vecino más conocido. La "calle de don Alberto". Bastaba para ubicarse. Sólo que en 1920, el Municipio puso 25 placas en las esquinas para que los viajeros pudieran orientarse. Se numeraron también las casas con ovaladas placas azules con letras blancas pegadas en las puertas, luego de levantarse un padrón de todas las viviendas de la ciudad³⁹⁷. Duraron muy poco por innecesarias. A fines de los treinta ya no existían.

³⁹⁷ *La Voz de Castro*, Castro, 1920.

Por aquí y por allá, faroles a parafina permitían transitar de noche hasta que se inauguró el alumbrado eléctrico en 1917, y en 1922 todo el pueblo quedó dotado de 50 ampolletas, tan pocas que no se resolvió el problema de la oscuridad de las calles, porque, además de escasos, los cacos robaban las ampolletas, excepto en el "palo" -asi llamaban a los postes- de la esquina del *Hotel Hein*, y en el Muelle, donde había una ampolleta que el Subdelegado Marítimo prometió que se mantendría "hasta que se quemé". En 1931, el servicio eléctrico público contaba con 65 ampolletas, 11 de ellas en la Plaza, 54 para el resto del área urbana, y ninguna en las calles de orilla del sector norte³⁹⁸.

Calles rectas, pero muy precarias. El barro cubría todo el pueblo. En otoño se rípiaban, especialmente Lillo, la más polémica por desordenada y concurrida. Rípiados periódicos, incluso empedrados, construcción y reparación de cunetas de madera facilitaban la circulación de peatones en las calles centrales. Sin embargo, ningún esfuerzo municipal o particular podía neutralizar el barrizal que se formaba en Pedro Montt entre el Muelle y la Estación. Era el más grande de la ciudad. Le llamaban "pantano". En las mismas puertas de la iglesia franciscana se formaba una enorme poza -laguna la llamaban- que impedía pasar de la esquina de calle Latorre con San Martín a la Plaza Prat. La gente ponía tablones a modo de puentes o hileras de piedras grandes para pasar equilibrándose. Por el agua y el barro, los chicos iban descalzos a las escuelas y las señoras usaban zapatones de goma.

No había como el verano. Calles secas y transitables, sociables y más animadas. Se podían lucir zapatos nuevos y la ropa recién comprada sin peligro de mojarla o ensuciarla. En verano se arreglaban también las aceras de calle Blanco, y en los años veinte se suavizó la pendiente en el extremo que la unía con Pedro Montt. Las demás se desmalezaban de tarde en tarde del mucho pasto y cicutas que crecían en las cunetas y junto a los cercos. Había momentos, como a fines de marzo, en que toda la ciudad parecía rebosar de frescura y limpieza, porque las calles se veían libres de malezas, basuras y papeles desperdigados. Pero el aseo duraba poco.

³⁹⁸ Número de lamparillas del alumbrado público, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 2 de mayo de 1931, AMC, p. 113.

El resto del año, la ciudad se mostraba poco hospitalaria con el transeúnte por sus calles incómodas y desaseadas.

Los particulares debían mantener limpios sus patios, caballerizas, chiqueros y gallineros, como se ordenó en 1921³⁹⁹. Sin embargo, ni esto se cumplía, ni se pudo erradicar la costumbre del vecindario de lanzar los desperdicios a la calle. La basura estaba tan repartida por todas partes que la ciudad se veía permanentemente poblada de crecido número de *guarros* y *tiuques* que vivían de las materias en descomposición. Era el sistema gratuito de limpieza.

Antes de 1924, el Municipio no recogía la basura por carecer de medios. Eran los mismos vecinos los que debían arrojar los desperdicios más allá de los límites urbanos. Así estaba ordenado, pero pocos cumplían. En 1922, las calles Serrano y Latorre, bastante decentes del punto de vista arquitectónico, eran descritas como "basurales". Era un modo de vivir. Por entonces era corriente ver caballos pastando en los lugares públicos, mientras los cerdos deambulaban por todas partes. La presencia de chanchos callejeros era de larga data. En 1904 la prensa decía: "A toda persona que por primera vez tiene la humorada de visitar Castro, no le han de dejar exhalar que en las principales calles de la población, los transeúntes tengan que ceder no sólo el paso, sino también la vereda a enormes cerdos que permanecen tendidos con toda tranquilidad". Y agregaba: "y en pos de éstos vienen las inmundicias y papeles sucios que los vecinos arrojan a las veredas"⁴⁰⁰.

Sólo en 1924 aparecieron las primeras "carretas de la basura". Para ello, el Municipio abrió propuestas públicas. El carretero quedaba obligado al aseo durante un año. Pero el carretero tenía un concepto muy particular de la limpieza. Parece que sabía que su trabajo era infructuoso a causa de la basura que desperdigaban los perros y los papeles que tiraba la gente en cualquier parte. La prensa decía que el carretero recogía un poco y sentía sed, que dejaba la carreta y se iba a la cantina más próxima tras la caña de vino y la conversa.

³⁹⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 23 de septiembre de 1921.

⁴⁰⁰ *Ibidem*, 17 de noviembre de 1904.

En los años treinta, en lugar de carreta había un carretón, pero seguía sin cumplir bien su cometido. En 1935, calle Blanco y la Plaza, que eran el rostro de la ciudad, se veían tan sucias que daba vergüenza ante los visitantes. Tampoco se tomaban medidas con los chanchos y seguía siendo costumbre cebarlos con lo que encontraran en las calles. Parecidos cuadros se veían en Ancud en 1902, según Weber: "Al desembarcar en Ancud -dice- el viajero se siente profundamente desilusionado al observar a pasos del muelle, una dársena mugrienta, depósitos de basura, y sentados en fila algunas docenas de holgazanes, mudos, descalzos, harapientos, y a su lado, otra fila compacta de jotes, tan indiferentes y apáticos como aquéllos, y más allá, algún grupo de mendigos en toda su asquerosa indigencia. A poca distancia del muelle, cesan ya todas las señales de comercio o se presentan a las puertas los dueños de pobres y escasos despachos con las manos en el bolsillo. Más allá, en la Plaza de Armas, que parece cementerio de aldea, pasta algún caballo, o se revuelcan los puercos entre las malezas"⁴⁰¹. Lo mismo en Chonchi. Un vecino se quejaba en 1904 porque el alcalde no hacía nada por mejorar el aspecto del pueblo, ni se preocupaba "un poquito siquiera del aseo y arreglo de la localidad. Náuseas causa ver la multitud de chanchos que día y noche pululan por las calles y plaza, formando lodazales e infestando el aire con sus inmundicias. Las rastras sobre las mismas veredas impiden el paso de los transeúntes y los perros bravos que andan en entera libertad son una continua amenaza para los que salen de sus casas"⁴⁰². Durante todo el período fue así. Incluso hasta los años cuarenta, se veían cerdos en las calles y la gran cantidad de chiqueros que había en Castro esparcían su mal olor por todo el ámbito urbano.

La ciudad se desenvolvía entre los barrizales, el desaseo y el pavor que causaban los incendios. Se vivía connaturalizado con un ambiente poco hospitalario. Pero los incendios eran lo más temido por frecuentes. Braseros, estufas, quemas de espinos, pastizales y basura, velas, faroles a parafina y chimeneas, provocaban reiterados siniestros, y el pueblo no crecía en los años diez porque se construía poco y el fuego consumía mucho. A veces ardía, por descuido, la

⁴⁰¹ Weber, Alfredo, *Chiloé, su estado actual y su porvenir*, Imprenta Mejía, Santiago, 1903.

⁴⁰² *La Voz de Castro*, Castro, octubre de 1904.

paja almacenada en la pesebrera, y en cada incendio el fuego comprometía a varias casas, sobre todo en Lillo o en Punta de Chonos, donde no faltaban los provocados por las chispas que lanzaba el tren, lo que era más frecuente en los años treinta y cuarenta.

Había pozos para incendios. En 1920 se instalaron otros en las calles, y algunos grifos, unos y otros revisados periódicamente por los bomberos o los boy-scouts, sobre todo después de las críticas que se hacían de los pozos abiertos en medio de la calzada, donde solían caer no pocas personas, o pozos secos llenos de inmundicias, como el que estaba en calle Latorre, frente a la casa de José Damián García, en 1904⁴⁰³. Entre 1900 y 1920, la ciudad no estaba en buen pie para sofocar incendios. Pero diez grifos se instalaron en 1925 y un pozo de cemento en Blanco con Thompson⁴⁰⁴. Para esa fecha ya se estaba en mejores condiciones para hacer frente a los siniestros, porque se contaba, además, con la 3ª Compañía de Bomberos "Guardianes y Salvadores de la Propiedad" desde el 6 de enero de 1922, y el vecindario parecía mostrar un mayor sentido de responsabilidad en cuanto a velar por los bienes propios y ajenos.

Época de bombas y bomberos. Se adquirió una máquina a vapor, la primera de Castro, en 1925, y pomposamente bendecida el 14 de junio. El mismo año llegó otra más moderna importada de Alemania. Costó 14.000 pesos, y era tan eficiente que era capaz de lanzar 800 litros de agua por minuto con sus poderosos pitones y potente motor. Su cuerpo era "completamente de bronce, poseía refrigeración triple, [y] eje móvil que permitía poner la bomba en posición tan firme

⁴⁰³ *Ibidem*, 17 de noviembre de 1904.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, 8 de enero de 1925. En 1940 la ciudad contaba con cinco pozos en las calles Irrarázaval, Blanco esquina Thompson, Plaza Prat y Los Carrera, entre Portales y Gamboa. El mismo año los grifos eran 21: Irrarázaval esquina Lillo; Blanco esquina Luis Espinoza, Blanco esquina Serrano; Serrano esquina Latorre; Sotomayor esquina Serrano; Sotomayor esquina San Martín; San Martín esquina Ramírez; Plaza Prat esquina Gamboa; Blanco entre Balmaceda y Esmeralda; Balmaceda esquina Portales; Gamboa esquina Freire; Freire esquina Sotomayor; Los Carrera esquina Ramírez; O'Higgins esquina Ramírez; O'Higgins esquina Sargento Aldea; Sargento Aldea esquina Los Carrera; San Martín esquina Sargento Aldea; San Martín esquina Gabriela Mistral; San Martín esquina Magallanes; El Tejar al llegar a Avenida Pedro Montt y Freire al llegar a calle del Cementerio. Referencia Plano de la ciudad de Castro, Municipalidad de Castro. Dirección de Obras, Castro, 1940. (Gentileza de Dante Montiel Vera.)

como un carro de cuatro ruedas⁴⁰⁵.

Era la época de Teodoro 2° Kamann como superintendente del Cuerpo de Bomberos. Y época de veladas, *kermeses*, bailes y biógrafo con el fin de reunir recursos para mantener las tres compañías, construir los tres cuarteles y adquirir, de cuando en cuando, las mangueras. Preocupación explicable, porque 1927 fue un año de sobresaltos en todo Chiloé. En agosto se incendió el Palacio Episcopal de Ancud y en el siniestro falleció el sacerdote salesiano Augusto Melzer. En octubre fue el turno del edificio de *La Cruz del Sur*, también en Ancud, consumido parcialmente.

A raíz de ello, en Ancud y Castro se extremaron las precauciones, aumentaron los ejercicios bomberiles, al tiempo que se revisaban los pozos y grifos, y se probaban periódicamente las máquinas y mangueras. Los particulares aumentaban sus compromisos con las firmas aseguradoras, porque cualquier gran incendio traía a la memoria los dantescos siniestros del siglo XIX en Ancud y los más recientes de Castro, dando paso a la psicosis colectiva en ambas ciudades, lo que ayudaba, sin embargo, a valorar la institución bomberil. Y hasta hubo vecinos castreños que donaron fuertes sumas de dinero al Cuerpo.

Castro contaba con tres bombas en los años veinte: una, la más antigua, manejada a palanca, perteneciente a la 3ª Compañía. Otra era la bomba a vapor adquirida a la 3ª Compañía de Santiago. Y otra, la alemana *Gaff*. Pero cuando en 1927 comenzó un incendio en el *Hotel Hein*, la nueva y flamante bomba no pudo operar porque no había quién entendiera en hacerla funcionar. O eso decía la prensa, con evidente exageración. El siniestro tuvo que ser controlado por la veterana bomba de palanca⁴⁰⁶ cuando el fuego ya amenazaba la calle Latorre frente a la Iglesia.

Teodoro Kamann adquirió también una sirena en 1926 con potencia suficiente para que su ulular se oyera a cinco kilómetros de distancia. Sin embargo, quizá por la escasa energía eléctrica, se oía muy poco. No había como la campana del Cuartel, que data de

⁴⁰⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 26 de agosto de 1927.

⁴⁰⁶ *Idem*.

1908 cuando la trajo Alberto Behrens y la instaló José Häeger con el carpintero Antonio Cárdenas. La otra campana era la de la Iglesia San Francisco⁴⁰⁷.

Tres compañías y tres bombas: una de agua y dos de hachas. En 1934, los vecinos de calle Lillo formaron la 4ª Compañía de Agua, compraron una bomba y en 1935 comenzaron a construir su propio cuartel en Pedro Montt, junto a la Estación de Ferrocarriles⁴⁰⁸. Pero no faltaron los inconvenientes. Cuando en 1935 comenzó un incendio en el convento franciscano, los bomberos demoraron mucho en abrir la tapa del pozo situado en la Plaza, y el fuego tuvo que ser combatido por los vecinos y los frailes con infinidad de baldes, tal como antaño.

II. La sencilla sociabilidad urbana

Excepto los hombres y el juego de los niños, la sociabilidad no era un asunto que caracterizara a los castreños de estratos populares. El hombre podía llevar su vida en los lugares públicos, pero la mujer permanecía casi recluida en casa. Se esperaban determinadas celebraciones religiosas, porque era ocasión de comunicarse con la gente. Navidad, Año Nuevo, Fiestas Patrias, Semana Santa eran festividades en las que aparecían las mujeres del pueblo, así señoras como niñas adolescentes, para compartir y ser vistas. Pero, sucedía lo mismo cuando se ofrecía alguna novedad como la visita de alguna alta autoridad del gobierno, un accidente que costara la vida a alguien o los incendios.

Cada incendio impactaba fuertemente en la vida cotidiana, pero ayudaba a romper el tedio, pues al siniestro seguían días de interminables comentarios sobre la familia afectada, las colectas

⁴⁰⁷ Véase a Montiel, Dante, *El Cuerpo de Bomberos de Castro. Segunda Compañía. Ochenta años de Historia: 1900-1988*, Castro, Imprenta Valle Sur Ltda., 1988 (23 págs.). Del mismo autor, *La Segunda Compañía Cuerpo de Bomberos de Castro. Historia centenaria, 1900-2000*, S.p.l (287 págs.), enriquecida con nuevos documentos y fotografías inéditas.

⁴⁰⁸ La fundación del Cuerpo de Bomberos tiene fecha 8 de marzo de 1896 con la 1ª Compañía de "Hachas y Escalas". Época de Belisario Bahamonde, Juan Christie, Manuel Miranda, José Canobra, Manuel Vargas, entre otros. La 2ª Compañía nació en 1900, la 3ª en 1926, la 4ª en 1934. Véase a Gómez, Carlos, *Historia de la Quinta Compañía de Bomberos de Castro: 31 años, 1959-1989*, Santiago, Olimpo Artes Gráficas, 1989, p. 8.

para ir en su ayuda, la solidaridad de todos, explosión de deseos de contribuir. Los incendios unían a la gente en torno a los bomberos cuando había que hacer *kermeses* para allegar fondos, y la sociabilidad en el Teatro del Cuerpo se hacía más frecuente, como en los años veinte, cuando sus esfuerzos se centraban en comprometer al vecindario con el tema bomberil, haciendo que casi toda la vida social tuviera su centro en las *kermeses* que organizaban los Bomberos, en algún espectáculo teatral y en los ejercicios en la Plaza, que era lo más esperado por el vecindario. Lo mismo en Ancud⁴⁰⁹.

No era todo. La vida social estaba regulada por las estaciones. Los castreños aprovechaban el verano para la sociabilidad en los lugares tradicionales de encuentro como la "cancha de los García", el Muelle, la Plaza, las calles Blanco, Lillo, Gamboa y el lugar de todos que era "La Playa", puntos de referencia de la ciudad en los años treinta, así como las cantinas, restaurantes y hoteles, centros de sociabilidad crepuscular y masculina puertas adentro. Y el Teatro, que era de grandes y chicos.

En los años quince se había progresado un poco respecto de principios de siglo, cuando el pueblo era muy pequeño, miserable y con sólo un local decente para la sociabilidad, porque en esos tiempos no había espectáculos que ver, ni fútbol en qué entretenerse. Así, el vecindario masculino no tenía otros lugares posibles que las cantinas, testimonio de la ninguna prevención de la gente. Y excepto la misa dominical, las mujeres no tenían oportunidad de salir de casa. Los visitantes reparaban en la falta de lugares de alguna decencia donde reunirse a compartir. El sueco Carl Skottsberg dice que, estando en Castro en 1902, concurrió a un café que describe así: "El piso era de tierra, nos sentamos en un banco sucio al lado de un brasero tradicional, y una chilota maltratada con una guagua en su pecho nos sirvió unas mezcolanzas muy dudosas. Luego entró una viejita, tomó un vaso con nosotros y animó la conversación. Ellas sabían quiénes éramos y el chismorreó no se hizo esperar por todo Castro"⁴¹⁰.

⁴⁰⁹ Barrientos Díaz, Pedro J., *Algunos aspectos de la vida social isleña*, Impr. Claret, 1920.

⁴¹⁰ Skottsberg, Carl, *A wilds of Patagonia...*, op. cit., p. 109.

Lo que Skottsberg llama "café" no debió ser otra cosa que una simple cocinería y no el formal y decente Café de Cristina Estae, activo por entonces. Y sobre la limpieza, ¿qué podía esperar un europeo si a esa altura del siglo todavía no había agua potable?. La necesaria para lavar, beber y cocinar se sacaba de las vertientes y arroyos sin ninguna prevención sanitaria. En este punto, ricos y pobres estaban en igualdad de condiciones.

Entre los años quince y veinte se había ganado en algunos pequeños adelantos y la vida se hacía algo más refinada para los caballeros. El *Club Social*, el *Café Nacional* de Selma Berger, en Serrano, o el *American Bar*, de calle San Martín, eran algunos progresos que favorecían la relación social. El *American Bar* era el más concurrido, pero no el más distinguido. Se ofrecía asado al palo, los lunes; patitas de ternera, los martes; los miércoles había pollo arvejado; congrio, los jueves; anticuchos, los viernes y, para los sábados, criadillas al canapé. Otros lugares para comer eran las cuatro "Casas de Cena" que había en el pueblo para los clientes menos exigentes.

Se buscaba el esparcimiento en casamientos, celebraciones de santos, o reuniones políticas a las que se invitaba al fotógrafo José María León, en 1908, o Antonio Perich, en 1909, para hacer retratos individuales o de grupo. Los más caballeros acostumbraban hacer cabalgatas a Piruquina al fundo de Arturo Yunge los fines de semana, o en tren desde 1913 en adelante, para saborear curantos en hoyo. La Chacra o campos inmediatos a la ciudad ofrecían asimismo un hermoso paisaje para ir a pasear a pie o a caballo, porque allí había casas campesinas donde se preparaban asados con abundante chicha de manzana y donde no faltaba la música de intérpretes locales. Allí mismo, en la hacienda de Ruperto Triviño, tenían lugar las carreras de caballos. Se iba, también, en bote a la quinta *Miramar*, de Carlos Rizzardini, por la misma fecha. Pero, excepto los gustos que podía darse la élite social, los pasatiempos en los alrededores eran populares, sencillos y ocasionales.

Otra alternativa eran los viajes a Ancud desde 1912, cuando se inauguró el ferrocarril. Gracias a este medio se sacudía la modorra y el tedio, se inventaban trámites, visitas al médico o a los hijos que estudiaban allí. Pero viajar no era algo frecuente o regular. El

castreño casi no conocía los pueblos vecinos, como Dalcahue, Curaco de Vélez o Achao. A Chonchi se iba sólo por alguna urgencia, en tiempos de Ciriaco Álvarez. Viajar era tan ocasional que la sociabilidad no estaba asociada a los desplazamientos fuera de Castro, excepto a las fiestas religiosas en las capillas inmediatas de Llau-Llao, Quilquico, Nercón, Rauco o Rilán en la estación de verano, para cumplir con las mandas y rogativas y relacionarse con las *conocencias*. Días santos, pero también de esparcimiento para escapar de la monotonía. Predominaba la gente de estratos populares que aprovechaba el día del patrono para levantar feria y participar en la fiesta mundana que seguía a la misa y a la procesión, con abundancia de comida, bebida y baile que no cesaba hasta la noche.

Con todo, la vida castreña se define en cuanto sedentaria circunscrita al recinto de la ciudad. El pobre a las cantinas, el rico a sus clubes, las mujeres a sus quehaceres hogareños. Poco en qué divertirse. Para los pobres y los isleños que visitaban la ciudad se daba una curiosa sociabilidad callejera en "La Playa" y en las tabernas de calle Lillo, donde se bebía y conversaba, y en las cocinerías situadas allí mismo donde se ofrecía pescado frito, *milcaos* y chicharrones "carnudos". Para los de clase media y no pocos distinguidos caballeros estaban los palitroques que se jugaban en la cancha destinada a tal fin en calle Freire esquina Gamboa. Se llamaba "Recreo y Palitroques Gamboa". Era de Carlos White y tenía luz eléctrica en 1917. Allí se jugaba también a la rayuela y se preparaban *curantos*⁴¹¹.

La vida social con alguna mayor pretensión giraba en torno de unos cuantos castreños distinguidos, y algunos afuerinos. Para ellos era el *Club Social*, fundado en 1913 por prominentes vecinos que fueron, a su vez, los primeros socios, como Salvador Castañeda, Bernardo Andrade, Teodoro Kamann, Máximo Furstenberg, Ramón Canobra, entre otros⁴¹². Época de Carlos Rizzardini, Domingo Paffetti⁴¹³, Finn Arentsen, éste último presidente del *Club Social* en

⁴¹¹ *La Voz de Castro*, Castro, 1917.

⁴¹² El *Club Social* se incendió en 1920, junto con el *Hotel Paffetti*. Fue restablecido frente a la Plaza. En 1927 el citado club era de Prosperino Barrientos, *La Voz de Castro*, Castro, 24 de junio de 1927.

⁴¹³ Carlos Rizzardini y Domingo Paffetti eran italianos. En 1920 estaban solicitando carta de ciudadanía ante la Municipalidad de Castro, *La Voz de Castro*, Castro, febrero de 1920.

1919. Una sociabilidad mejor avenida con el buen comer, con las formas y con la cultura intelectual. El club contaba con una sala de lectura y en 1928 tenía 60 socios⁴¹⁴.

En la sociabilidad de los clubes se observaba sobrada distancia respecto del castreño popular. De los caballeros eran los grandes banquetes, como reflejo periférico de la *Belle Epoque*. Cenas formales que salían de lo común, ofrecidas a las visitas ilustres, o despedidas de personas del mismo grupo social, reuniones a las que se exigía asistir con las mejores tenidas y donde las señoras tenían la oportunidad de lucir trajes o vestidos a la moda, peinados decorados con horquillas, pasaderas de fantasía, broches y encantadores sombreritos que se usaban sólo en ciertas ocasiones.

En los banquetes no se comía, rebosando los platos, como se veía en las populares "Casas de Cena", pero se comía bien y se conversaba más. En una despedida que se ofreció a Francisco Gallardo en 1913 se sirvió mayonesa de centolla, consomé de gallina en salsa de champiñón, chanco a la criolla, lengua a la italiana, cordero a la campesina, bacalao a la española, vino de todas las marcas y café⁴¹⁵. A veces se escribía también en francés, como el menú que recogemos al azar de un banquete de 1912. En esa ocasión se ofreció *mayonnèse de homard, dindon aux olives, soupe à la jardinière, agneau à la mode, fonde de Valenciennne, petit cochon envelopé, rôti d'agneau aux asperges, flan aux chocolat, crème a la vainille*⁴¹⁶.

Banquetes con sus rituales, porque comprendían "recibimiento" y aperitivo en el salón. Luego, la comida en el comedor decorado para la ocasión, discursos en medio de la cena, los repetidos ¡salud! en honor al invitado a intervalos muy cortos, y nuevamente discursos. El banquete que ofreció Camilo 2º Menchaca en 1913, al que asistieron caballeros, señoras y señoritas, duró desde las nueve de la noche hasta las tres de la mañana⁴¹⁷. Generalmente, se hacían en el *Club Social*, pero no estaban ausentes los banquetes en casas particulares, como el ofrecido por Ignacio Díaz en 1912, al que asistieron 50 personas de lo más granado de la sociedad castreña⁴¹⁸.

⁴¹⁴ Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Libro 14.

⁴¹⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 7 de noviembre de 1913.

⁴¹⁶ *Ibidem*, enero de 1912.

⁴¹⁷ *Ibidem*, 1913.

⁴¹⁸ *Ibidem*, octubre de 1912.

En las despedidas de personas importantes se decoraba el comedor de acuerdo con la calidad del homenajeado. Cuando en 1925 se despidió a Héctor Moena en el *Hotel Central*, "el gran comedor... presentaba un magnífico golpe de vista, con una hermosa iluminación, la mesa del banquete, artísticamente adornada con flores naturales, presentaba el más espléndido aspecto"⁴¹⁹.

Se bebía buen vino, y a principios de siglo se fumaban cigarrillos *Yolanda* para amenizar la conversación en el salón donde, además, se cantaba al compás del piano que tocaba generalmente la anfitriona para lucir sus dotes, tanto en las teclas como en el canto -ella o sus hijas-, para deleite de los invitados. Era regular, sin embargo, invitar o contratar a la más aventajada pianista del pueblo. En 1904 destacaban pianistas como Honoria Oyarzún, Carmen Rosa Swart, Flora Sánchez o Elena Morait, o violinistas como Daniel Segundo Barria⁴²⁰. Vida de buen tono, aunque sólo como un paréntesis de una cotidianidad mucho más rústica que refinada. El pueblo los llamaba "empinados", "palogruosos" o "pijes", entre los que, de vez en cuando, sobresalía algún caballero galante de buenos modales si por tales entendemos un modo bastante desdibujado de las galanterías propias de la élite del Santiago o el Valparaíso de entonces.

No faltaban las tertulias en casa y entre amigos locales y foráneos residentes, y comidas entre parientes en cualquier ocasión del año o con amigos para celebrar alguna efeméride. Recogemos una de 1904 en que Belisario Miranda ofreció una tertulia, calificada de fina y elegante, con motivo del 18 de Septiembre, en "dos extensos salones arreglados con el mejor gusto y comunicados entre sí [que sin embargo] fueron estrechos para contener tan numerosa como escogida concurrencia"⁴²¹. Por los años treinta, las tertulias en casa eran acompañadas de mistelas servidas en grandes bandejas en que se apilaban varias hileras de copas. Mistelas *de oro*, de *apiáo*, de *murtillo*, de *quemado*, es decir, preparada con aguardiente y azúcar quemado, en fin, pasteles, tortas, emparedados y *roscas*⁴²².

⁴¹⁹ *La Cruz del Sur*, Ancud, 18 de septiembre de 1925.

⁴²⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 6 de octubre de 1904.

⁴²¹ *Ibidem*, 22 de septiembre de 1904.

⁴²² Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 151.

Lo mismo en los almuerzos. Waldo Brüning recuerda el que se le ofreció en Chonchi, en casa de Ciriaco Alvarez, en 1932. Además del Dr. Brüning, asistieron algunos connotados vecinos, como el Dr. Raúl Morales Beltramí, de Ancud, y el castreño Ernesto Hein. Se sirvieron vinos selectos, y "un interminable desfile de bandejas con ostras, choros zapato... y otras delicias del mar", un exquisito *chadupe*, un plato de corvina y postre de receta chonchina⁴²³.

Pero las comidas y banquetes eran las pocas ocasiones que tenían las señoras de acompañar a sus maridos. En los clubes, la sociabilidad diaria era sólo de hombres y se hablaba de asuntos ajenos a las mujeres, como la política en los años quince o veinte, o se conversaban las noticias de Chile en la sala de lectura y se jugaba billar en el salón que había para tal fin. Las reuniones en casa eran sólo de tarde en tarde, y en verano. Según Waldo Brüning, en los años treinta "en las interminables y melancólicas noches de invierno sólo algunas [familias] se reunían en la intimidad de sus hogares. En la cocina y el fogón -lugares simbólicos de la amistad- solían cultivar sus tradiciones en largas conversaciones"⁴²⁴. Así vivían los castreños la estación lluviosa. No obstante, Brüning recuerda la casa de Pedro Vera, donde eran frecuentes las reuniones sociales, y dice que su esposa Avelina ofrecía excelente buffet, buena música y tertulia.

Otra ocasión eran los casamientos. La "gente bien" casi siempre se casaba "en grande" y "tiraban la casa por la ventana". Algunos matrimonios famosos fueron el de Ruperto Triviño con Rosario Navarro García, celebrado en 1906 y parece que en Ancud, o el de Ruperto Subiabre con Teresa Henríquez en 1912; el de Manuel Haro con Ercira Subiabre en 1915. No menos importantes fueron el de Carlos Wöhlke con Coralía Barrientos en 1917; el de Ernesto Guglielmi con Daifilia Montiel en 1918, el de Arturo Miranda con Encarnación Vidal en 1919; o el Dr. Juan Kappes con Cecilia Barrientos, en 1921; en fin, el matrimonio de Roberto Andrade con Martina Barrientos, en 1923, entre otros, por su resonancia social en Castro, y a veces en todo Chiloé, a causa de estar la Provincia emparentada por lazos de consanguinidad.

⁴²³ *Ibidem*, p. 215.

⁴²⁴ *Ibidem*, p. 151.

Además, eran los tiempos dorados de los hoteles que servían de otros tantos centros de sociabilidad, como el *Hotel Castro* en 1912⁴²⁵, el más antiguo del pueblo, donde se acostumbraba a compartir con pasajeros del Norte o de Punta Arenas. El *Hotel Chiloé*, de Roberto Subiabre, también frente a la Plaza y con sala de billar⁴²⁶, o el restaurant *Chileno*, en calle Blanco, eran lugares de pasatiempo de los caballeros deseosos de noticias y de establecer relaciones con los afuerinos de paso o con diputados y senadores de visita, lo mismo que el *Hotel Paffetti* hasta 1920, en que se incendió, y el *Hein*, como se llamaba al *Hotel Central*, en 1927.

Más exclusivos eran los clubes como lugares de sociabilidad masculina. Además del *Club Social*, había otros, llamados clubes "políticos", como el *Centro Liberal Democrático* en 1915⁴²⁷, que parece es el mismo que pasó a llamarse *Club Unión* en 1919, y el *Club Radical*, que tenía su local en calle Thompson, inaugurado en 1920, con luz eléctrica, salones, cantina, comedor, piezas de alojados, etc., en casa de Ignacio Díaz⁴²⁸.

Excepto el *Club Social*, que era exclusivo de la élite local, los clubes "políticos" admitían a todos los correligionarios y simpatizantes sin importar la condición social o económica. De todos era también el restaurant-cervecería de Manuel Omar. Éste, que no era un club, estaba entre los más concurridos y, obviamente, no se exigía formalidad alguna. En lugares como éstos se podían ver caballeros como Santiago Serka, Ricardo Oberreuter, Oscar Gesell, Ignacio Warner, Francisco Linebrink o Felipe Covacich, pero también bebedores comunes en 1919, aunque los lugares propios de estos últimos, además de las cantinas y restaurantes, eran las "Casas de Cena", lugares preferidos por empleados y comerciantes de paso los fines de semana.

⁴²⁵ Tuvo varios dueños y varios nombres. Estaba en Blanco esquina Plaza. En 1912 era de Jemar y Cía. El mismo año figura como de Cristina E. Viuda de Cárdenas, que luego pasó a manos de Victoriano Quinteros con el nombre de *Hotel Quinteros*. Pero en adelante se le sigue llamando *Hotel Castro*. En 1917 era de Martín Elorrieta y el mismo año fue adquirido por Meñique y Torrecilla con el nombre de *Hotel Chile y España*. En 1921, se llamaba *Hotel Plaza* y era de Manuel Omar.

⁴²⁶ *La Voz de Castro*, Castro, enero de 1912.

⁴²⁷ *Ibidem*, 18 de enero de 1915

⁴²⁸ *Ibidem*, enero de 1920.

Las reuniones eran así. Los políticos a sus clubes Liberal y Radical; los vecinos comunes de apellidos locales a sus comilonas de "cachás grandes"; y la élite social y los foráneos importantes al *Club Social*, como seguía siendo todavía en los años treinta en tiempos del alcalde Lauro Andrade, a quien Brüning describe como "fornido barrigón de connotada apetencia". Todo era en círculos cuando se trataba de sociabilidad entre iguales, incluso los relegados políticos ingresaban a estos compartimentos cuasi cerrados. Precisamente, la élite social incorporó a su grupo a los políticos de Santiago que fueron "desterrados" a Castro. Los había también en Achao. En Castro vivían bien, tenían algunas comodidades y disfrutaban de la siempre cálida hospitalidad de vecinos y autoridades, excepto algunos que vivieron su destierro eludiendo el contacto con la gente.

Eran caballeros distinguidos social y políticamente, como Hermógenes Azócar en 1932, miembro de la masonería, ex ministro de Estado y abogado de un Banco de Santiago. Tenía 41 años. Era jovial, "gran señor" y de mucha simpatía, como lo recuerda Waldo Brüning. Consolaba su destierro compartiendo con los castreños en el *Hotel Hein* y con la visita que de cuando en cuando le hacía "una dama alta... de hermoso cutis, cabellera rubia... y delicadas facciones".

Otro relegado era Eduardo López, director de la Escuela de Carabineros en 1928, en tiempos de Ibáñez. Llegó a Castro con su esposa. Era, sin embargo, hombre de pocas palabras. No hizo muchas amistades. Marmaduke Grove también estuvo relegado el mismo año 1932. Pero no todos vivían bien. Por la misma fecha había en Achao un grupo de desterrados entre los que destacaba Luis Rodríguez, quien, no obstante su posición, se veía "desgreñado y muy despreocupado en el vestir, incontables manchas cubrían por doquier su vestimenta y cuello, y los puños de su camisa, de color incierto, se veían asimismo sucios y muy arrugados", dice Brüning⁴²⁹.

En Castro, compartían en el *Hotel Plaza* con los caballeros castreños, viajeros y autoridades locales a la hora de las comidas y

⁴²⁹ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 168.

pasaban el tiempo en diferentes diversiones, chismes, sucesos propios de una ciudad pequeña y las noticias de los diarios de la capital que llegaban dos veces por semana, excepto Eduardo López, para quien "su mundo conocía una sola alternativa, del dormitorio al comedor y viceversa". Era encierro forzoso, dice Brüning⁴³⁰. Grove, en cambio, parecía encantado en Chiloé, ya que su primer destierro había sido Melinka y, por enfermedad, le autorizaron quedarse en Castro. Se admiraba de la vida chilota. "Es una lástima -decía- que en el resto del país se desconozcan estos principios de igualdad y sana convivencia que existen en Chiloé"⁴³¹.

El abogado Arturo Varas, relegado también, era apodado "El Varilla". Después de cumplido su destierro, decidió quedarse junto a su esposa a ejercer en Castro. Se lo describe como "muy delgado y huesudo". ¿Por eso el apodo "Varilla"? Mediana estatura, ojos grandes y prominentes porque los tenía congestionados. "Ingenioso, vivaz y dicharachero" con su "fino y estudiado humor". De su "baúl de anécdotas, contaba chistes hasta en los más conspicuos velorios"⁴³².

Los centros de sociabilidad más concurridos de los años treinta eran el *Hotel Plaza* y el *Club Social*. Este último congregaba a socios e invitados, algunas veces sólo para "matar el tiempo" y otras para saborear las mejores comidas que, según Brüning, "excedían mucho a lo común". Se almorzaba y luego venía la sobremesa, que solía prolongarse hasta el atardecer. Una vez al año competían los mejores comedores de ostras. En 1930, el mejor comedor fue Ángel Cárdenas. En 1932, se presentaron doce competidores: once chilotes y un afuerino. Brüning describe así la competencia: "La consigna consistía en engullirlas de una sentada" entre el mediodía y las siete de la tarde. El ganador sería el que comiera más. Había "doce sacos de ostras... que se servían en bandejas de 50 unidades cada una, además de limón y vino. El premio de 1932 era de 200 pesos y un juego de copas. Un original modo de entretenerse y de vivir la sociabilidad entre amigos. En esa ocasión, y para sorpresa de todos, el ganador fue Alfredo Vargas, el afuerino Jefe de la Aduana y descrito

⁴³⁰ *Ibidem*, p. 160.

⁴³¹ *Ibidem*, p. 165.

⁴³² *Ibidem*, p. 150.

como "flacuchento y de físico debilucho"⁴³³.

Así se pasaban los días entre amigos. Otros eran los pasatiempos comunes a todos, porque ocasionalmente se presentaba alguna novedad. Entre 1900 y 1940, el atractivo eran las compañías de espectáculos, aunque no siempre de buena calidad. Llegaban sólo de vez en cuando, y en verano. Zarzuelas y óperas, barítonos y pianistas, magos y comediantes. Era un pasatiempo esperado, en especial los números de prestidigitación. La mayoría de las compañías tenían pomposos nombres, pero en general, eran de calidad mediocre aunque, no obstante, resolvían el problema de la falta de entretenimientos, al menos de las no tradicionales. Cada verano llegaba una, a veces dos. Algunas eran importantes, como en 1912, en que actuó la *Compañía de Zarzuelas de José Ramón Saullo*⁴³⁴; en 1915 se presentó la *Compañía Pellicer*, y otras antes y después. Pero había veranos en que no llegaba alguna. Entonces, un grupo castreño o ancuditano hacía su presentación: coros, recitaciones, danzas, o retretas ofrecidas por la Banda y, lo que era más corriente, alguna película exhibida en el *Cinema Castro*, activo en 1917.

De pronto se anunciaba el circo. Una novedad para los chicos, como en 1920, cuando se presentó el *Circo Americano*, cuya principal atracción era el equilibrista argentino Alberto Moreno, apodado "El rey del alambre flojo", porque se equilibraba a 50 metros de altura con la vista vendada. Eso decía la propaganda. La gente imaginaba que caminaría sobre un cable tendido entre las torres de la iglesia franciscana.

Las presentaciones se hacían en el Teatro de los Bomberos. Sin embargo, no era éste un local de espectáculos como suena la palabra "sala", ni mucho menos como los teatros de las capitales de provincia. Tenía capacidad para 200 personas, pero carecía de butacas para todos. Un ejemplo podría ilustrar lo que por entonces era este teatro. La compañía de operetas *Florit* pasó por Castro en 1912 con su primera actriz Lola Mendoza y su barítono, un tal Serrano. Iba a Punta Arenas en el vapor *Chiloé* de Braun y Blanchard.

⁴³³ *Ibidem*, pp. 199-203.

⁴³⁴ *La Voz de Castro*, Castro, diciembre de 1912.

El teatro estaba frente a la Plaza y era descrito como un gran galpón de zinc con un espacio tablado en un extremo que servía de proscenio y dos oficinas que se usaban como camarines. Sin embargo, carecía de sillas.

Para la función de la *Florit*, Tomás Meñique facilitó 30 sillas, el Jefe de Bomberos aportó todas las de su casa, el piano lo ofreció una señora de nombre Aurora. Hubo que fabricar un telón de papel a falta de género, y se distribuyeron volantes que decían: "Hoy, en el local del Cuerpo de Bomberos, a las 21,30 horas, la *Compañía de Operetas Florit Mendoza* presenta *El Conde de Montecristo*, el gran éxito de la Compañía en Lima, Santiago y otras capitales". Y agregaba: "Se ruega traer pisos o sillas".

Así era siempre. El guardiamarina Lautaro Clavel Dinator recuerda que el local se llenó de público que acudió con sus "pisos de tijera" o de totora, sillas livianas, "y algunas damas llegaron con esas pequeñas alfombras que usaban en las iglesias cuando iban a oír misa"⁴³⁵.

Así era cada vez que se presentaba una compañía de espectáculos. Y todavía seguía siendo la entretención que acaparaba toda la atención en los años veinte, aunque para entonces la sala contaba con 89 plateas formales y 95 galerías, como cuando se presentó el barítono Roberto Saa en 1922, o cuando lo hizo la compañía *Kuma y Leonor* en 1927. Pero las compañías de espectáculos habían comenzado a eclipsarse en los años treinta, desplazadas por el cine. Una de las últimas presentaciones fue la realizada por la *Compañía de Clotilde Calvet*, en 1931, con cuatro funciones.

Pero, en general, los pasatiempos y entretenciones nocturnas en locales cerrados eran muy escasos a principios de siglo y debían hacerse sin más luz que las lamparillas a parafina, o con velas, porque la luz eléctrica tardó en llegar a Castro. Las mismas limitaciones al aire libre, porque las noches eran completamente oscuras en las calles. Sólo algún farol guiaba los pasos de los pocos

⁴³⁵ Clavel Dinator, Lautaro, "Una opereta en Castro", en: Varios Autores, *Caleuche, barco del recuerdo*, Valparaíso, Imprenta de la Armada, 1990, p. 140-145.

que transitaban por alguna urgencia. La novedad fue en 1912, cuando apareció la luz a gas acetileno en la casa del martillero español Tomás Meñique, en calle Blanco, en tiempos del electricista Aníbal González, que instalaba el gas, cuando en Ancud ya había vecinos que disfrutaban de este adelanto.

No obstante, había momentos en que los pasatiempos tomaban dimensiones desacostumbradas y muy entretenidas. Eran los Bailes de Disfraces o de Máscaras. Nadie conocía a nadie. Una incógnita que hacía más interesante la ocasión. Salían de sus casas disfrazados de condes, reyes, princesas, o de "cielo estrellado", de "primavera" o de "amor". Había que ser ocurrente. Modistas, como Lidia Montoya en 1913⁴³⁶, se esmeraban en hacer los más originales trajes para clientas que no querían pasar desapercibidas. En 1916, en tiempos de Ramón Canobra, Ignacio Díaz y Albino del Fierro, tuvo lugar una de estas fiestas y fue calificada de "grandiosa"⁴³⁷.

Cuando no había una compañía de espectáculos, actuaban los artistas locales con música instrumental, cantos y danzas. El *Castro Musical Club*, que data de 1910, cumplía un papel importante en amenizar las veladas. El mismo papel amenizador cumplía la *Agrupación de Profesores*, que ofrecía actos teatrales, aunque sólo ocasionalmente y en verano, pero con bastante éxito, pues no sólo se presentaba en Castro, sino en Ancud, donde el público era más exigente. El mismo *Club Musical* amenizaba con sus retretas el paseo dominical en la Plaza después de la misa, y nuevamente al crepúsculo, congregando al vecindario desde que se construyó el kiosco en 1915, contribuyendo a hacer más agradable la sociabilidad de verano. En 1921, el Municipio reorganizó la banda de músicos, ahora con el nombre castellano *Centro Musical Castro*, bajo la dirección del profesor Toribio Guglielmi, reemplazado en 1922 por Alfredo Águila, banda capaz de interpretar la marcha *Trompetas de avance* o el vals *Te daré mi prueba de amor*, como lo hicieron en la retreta ofrecida el mismo año 1922. Los boy-scouts organizados por Ruperto Triviño, amenizaban también los actos oficiales con pitos y tambores hasta 1920, para pasar a formar parte de la Escuela

⁴³⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 1913.

⁴³⁷ *La Justicia*, Castro, 1916.

Superior en 1921. En 1928 había activas dos brigadas de scouts⁴³⁸. La banda scout coexistía con otra de mayor pretensión, como era la Orquesta Jazz Band, en 1925.

Prolongar el día hasta la noche comenzó a ser posible en 1917, cuando se inauguró el alumbrado eléctrico el 22 de junio de ese año. Eran sólo cinco lamparitas que se pusieron en la Plaza, y otras diez en el *Hotel Paffetti*, situado en la acera oriente del mismo paseo público. Un contento general del vecindario. Pero alegría efímera, porque el mismo mes de junio, el Tranque no resistió la presión de las aguas y se derrumbó estrepitosamente. Hubo que reconstruirlo. Mientras tanto un motor proveía de luz aunque sólo a ratos, lo que sin embargo, permitía que las reuniones al crepúsculo se fueran haciendo más frecuentes. Eran las "veladas" en casa, más que pasatiempos callejeros, porque la Compañía de Alumbrado Eléctrico ofrecía luz para sólo 50 ampolletas en las calles del pueblo, en 1921, mientras que en las casas existía -cuando fallaba la electricidad- la alternativa de las linternas a pilas para colgarlas en las paredes, en 1926.

En 1931 se inició la instalación de una nueva planta eléctrica, ya que entonces el Tranque estaba reconstruido. Pero, aunque los años treinta fueron años de la luz, ésta fue siempre débil y racionada a causa de los continuos desperfectos. Década de la electricidad, pero en mal pie, a pesar de Conrado Krause y Ernesto Arend, encargados de resolver los problemas técnicos. Las nuevas ampolletas *Osrám* en casas y postes de las calles pestañeaban intermitentemente⁴³⁹.

No obstante, fueron también años del radiorreceptor. Un remedio al tedio en casa, aunque había sólo unos pocos aparatos

⁴³⁸ Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Libro 14. Los scouts estaban bien organizados por Ruperto Triviño, quien financiaba el periódico del grupo scout con el nombre de *El Scout de Castro*, activo en 1918.

⁴³⁹ La luz eléctrica llegó primero a Ancud gracias a Francisco Mücke, ingeniero electricista que en 1913 proyectaba instalarla en esa ciudad con un "poderoso motor". Hasta entonces se usaban faroles con luz de parafina, *La Cruz del Sur*, Ancud, 7 de marzo de 1913. Francisco Mücke nació en Ancud en 1884. Sus padres fueron Francisco Mücke y Augusta Hoffmann. Estudió en la Escuela Alemana, Liceo de Ancud y Escuela de Ingenieros de la Armada, y obtuvo el título de ingeniero en 1906. Era dueño de un molino de trigo y concesionario del alumbrado eléctrico de la ciudad. Su hermano Federico poseía una fábrica de cerveza. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 162-163.

en 1930. Eran radios marca *Victor* con electrola RE-45. Una novedad, sin duda, pero que, sin embargo, sólo se podía oír de vez en cuando, porque la débil energía eléctrica no lo permitía. Había una de esas radios en la Escuela Superior de Hombres. Era "un aparato largo", de forma rectangular, negro, con una especie de bocina, como los fonógrafos. Con una antena de dos mástiles se podían captar las transmisiones, y mucha gente llegaba a escucharlas. Así se entretenían las familias en casa. Al principio, el oído se ponía pegado a la radio para captar algo por los muchos chirridos, hasta que a fines de los treinta se hizo más nítida. Pero, además, fueron años de las victrolas que animaron las tardes hogareñas, al menos en algunas casas, escuchando música con discos de seda inquebrables, los mismos que alegraban las fiestas en las ahora más frecuentes matinées y veladas. Por entonces, había una decena de aparatos en el pueblo.

En el cine también hubo progresos, a pesar de los problemas con la energía eléctrica. Del Teatro de los Bomberos se pasó en 1926 al formal *Cine Centenario*⁴⁴⁰, construido por el Gobierno con motivo de la conmemoración del aniversario de Chiloé. De ahí su nombre *Centenario*⁴⁴¹. El edificio era de propiedad fiscal, pero administrado por el Municipio⁴⁴². Estaba situado en calle Esmeralda y en 1937 lo administraba el concesionario Carlos Hein⁴⁴³, hasta que, en 1939, Zoilo Barrientos se hizo cargo de él, adelantándose a Mustafá Essedín, que pretendía lo mismo⁴⁴⁴. La gente iba a ver películas, todavía mudas, como *El proceso de Bellamy* o *La magia de la mujer*, en 1931, y en 1935 ya se disfrutaba del cine sonoro⁴⁴⁵,

⁴⁴⁰ Ver a Werner, César, "Vamos al Teatro Centenario", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 7, Castro, 1987, p. 26.

⁴⁴¹ Parece que estaba activo en 1926, aunque en 1928 se describe como inconcluso, según informe de la Intendencia. Intendencia de Chiloé, 1928, AMI, Libro 14.

⁴⁴² El Fisco cedió en 1936 el derecho de uso del edificio a la Municipalidad de Castro "por el término de veinte años", Sesión 12ª Ordinaria, Castro, 10 de septiembre de 1936, AMC, p. 8-9.

⁴⁴³ Sobre el Cine Centenario, Sesión 4ª Ordinaria, Castro, 26 de abril de 1937, AMC, p. 102.

⁴⁴⁴ En 1939 se entregó en arriendo a Zoilo Barrientos González para el funcionamiento de un cine sonoro, espectáculos teatrales y similares, con la obligación de prestar el Teatro para fines educacionales, a fin de que las escuelas y profesores pudieran desarrollar programas educativos. Arriendo del Teatro Centenario a Zoilo Barrientos González, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1939, AMC, p. 348-350.

⁴⁴⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1935.

formalizado en 1939. Ahora sí, era la entretención más esperada por el público. En determinadas fechas, el biógrafo se ofrecía gratis a todos, especialmente a los niños, como en Semana Santa, en que se exhibía una película "de religión", como la llamaba la gente.

Pero el esparcimiento más popular atractivo y al mismo tiempo que instancia de sociabilidad, desde comienzos de siglo, era el fútbol, aún antes de la formación oficial de clubes. En realidad, no había como jugar y ver jugar "a la pelota". Parece que los primeros equipos fueron los nacidos en las dos calles principales y rivales que agruparon a jugadores y vecinos: el *Blanco F.C.*, que comprendía desde la Plaza hasta calle Lillo, y el *Gamboa F.C.*, desde la Plazuela Henríquez hasta la Plaza Prat, ambos activos en 1920. En 1921, figura el *Obrero F.C.*, o *Unión Obrero*, como también se le llamaba. El fútbol ya estaba consolidado en 1925. Ese año se fundó la Asociación de Fútbol Amateur⁴⁴⁶ con los equipos *Arco-Iris*, que se formó en 1927⁴⁴⁷, *Estrella del Sur*, *Carabineros*, *Austral*, *Gamboa* y, por breve tiempo, el *Apolo F.C.* Atraían mucho público y más cuando se jugaba contra equipos de Ancud o de Puerto Montt, ciudad esta última que tenía el club *David Arellano*; y, en ocasiones, contra clubes de Osorno, a fines de los treinta.

Eran entretenciones domingueras y ocasión de sociabilidad en la cancha entre hinchas, y en el bar más próximo después del partido para comentar sobre jugadas y jugadores. Ya había ídolos. En 1932 destacaban "Coñeco" Cárdenas y Rafael Parera; este último considerado el mejor delantero en 1931, cuando se disputó la "Copa Compadre" entre selecciones chilotas desde Calbuco hasta Achao, auspiciada por la *British American Tobacco*, cuando se jugaba en alguna pampa de calle San Martín, más allá de Sargento Aldea.

El problema mayor era la permanencia de los jugadores, pues muchos se iban a Punta Arenas. Parera, que jugaba por *Estrella del Sur*, emigró en 1931. Debe haber regresado, porque en 1934 la

⁴⁴⁶ Cedesco/Municipalidad de Castro, *Diagnóstico de la comuna de Castro*, Imprenta Chilena, Santiago/Castro, diciembre de 1997, p. 131.

⁴⁴⁷ La ceremonia se hizo en casa de Alfredo Marzán. El presidente fue Antonio Cárcamo; Carlos Díaz, secretario; Horacio Barriá, tesorero; Álvaro Márquez, capitán. Se comprometieron a que "este club regirá todos sus años de vida con el nombre de *Arco Iris F.C.*", *La Voz de Castro*, Castro, 17 de octubre de 1927.

selección de Castro contaba con un Parera. Ese año jugaban Silva como *goalkeeper*, Mansilla y Cárdenas como *backs*; Valderas, Márquez y Parera en la línea media o *halfs*; Gómez, Piumarta, Mercado, Cárdenas y Bórquez como *forwards*⁴⁴⁸. Todavía se imponía el inglés pronunciado a la chilena: "fául", "réferi", "cornel".

Chonchi también participaba con el club *Libertad*. En Castro estaba activo el *Nacional*. El *Gamboa* había desaparecido, y *La Estrella del Sur* era uno de los principales equipos. Sus jugadores eran Vargas, González, Nauto, Téllez, Gallardo, González, Arriagada, Canobra, Tirachini, Miranda y Macías. Los mejores partidos eran entre *Estrella* y *Arco-Iris*, los que atraían mucho público que se instalaba de pie en los costados de la cancha de tierra. Los hinchas abrigados y de paraguas cuando llovía y se jugaba en cancha de barro.

Era lo más atractivo que había en Castro para todo público, y era tanto el entusiasmo que despertaba este deporte que cada barrio quería tener su club. Así se formó el *Independiente* en 1936, que, sin embargo, tuvo corta duración, tal como el *Insular* en 1937, el "*Deportivo Castro*" en 1939, el mismo año que se formó otro con el nombre *Julio Utrovicich*⁴⁴⁹, de duración tan breve como los anteriores. Por entonces destacaba el zaguero Manuel Cárdenas Haro, alias "Mañuquito", perteneciente al *Arco-Iris* y a la selección castreña, cuando los más conocidos árbitros eran Aníbal Pinto y Eduardo Valderas. Todavía se recuerda a Manuquito, no sólo en Castro, sino también en otras ciudades del Sur, donde se tiene memoria de sus hazañas futbolísticas.

Hasta 1939 se jugaba en cualquier pampa. Al principio, en la cancha de los García, en San Martín, luego en la "pampa" de calle Chacabuco y otras, hasta que, en 1936, el Ministerio de Educación aportó recursos para un estadio⁴⁵⁰ y el Municipio adquirió los terrenos de Alberto Andrade Vera, en 1937⁴⁵¹, y el campo deportivo

⁴⁴⁸ *La Voz de Castro*, Castro, 1934.

⁴⁴⁹ Julio Utrovicich Peresovic era un activo comerciante de calle Los Carrera.

⁴⁵⁰ Oficio del Alcalde al Ministro de Educación y respuesta de éste. Sesión 10ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1936, AMC, p. 580.

⁴⁵¹ Adquisición de los terrenos de Alberto Andrade, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 25 de marzo de 1937, AMC, pp. 84-85.

comenzó a construirse en 1938⁴⁵². Al año siguiente estaba terminado y se llamó *Pedro Aguirre Cerda*, en calle Freire.

Y aunque el fútbol era deporte de jóvenes, los asiduos a la cancha eran los adultos, lo mismo que los asistentes a los ocasionales encuentros de box. Y pasatiempo era también la hípica. No eran simples carreras de caballos. Se aprovechaba para compartir. Se anunciaban en el periódico y se iba en familia, porque era ocasión de paseo. En 1919, había que caminar hasta la "Cancha de los Padres Franciscanos", al poniente del Cementerio. En los años veinte, las carreras se hacían en la hacienda *Carmela* de Ruperto Triviño, o en la cancha de Juan de Dios Ávila, ambas en La Chacra.

Famosos fueron los caballos *Mulato*, de Tulio Alvarado, *Alazán*, de Roberto Ahumada, las yeguas *Mona*, de Juan Ávila, o la *Torda*, de Antonio Estefó, así como los potros *Carol*, de Manuel Barrientos, y *Pericolo*, de Roberto Andrade. Otros eran la *Celosa*, de Francisco Vidal, el *Centello*, de Bernabé Gómez, la *Mora Plateada*, de Julio Utrovicich; en fin, el *Pililo*, de Pedro Cárcamo. Antes de la carrera principal, se hacía un preliminar con caballitos lecheros o carboneros que corrían con montura de madera y pellejos de oveja, carreras estas últimas que despertaban no poco atractivo por lo pintoresco de mampatos y jinetes.

El tenis tenía también sus cultores. En 1926 se formó el *Lawn Tennis Club* con Leonidas del Canto, Lautaro Navarro, Juan 2º Barrientos, Enrique Davis, Carlos Hein y Víctor Espejo⁴⁵³. Por su parte, el tiro al blanco contaba con un club, el *Pedro Montt*, en los años treinta. Lo formaban Miguel Aguilar, Ramón Pérez, Juan Radich, Juan Manuel Asencio, David Schwencke, Álvaro Márquez, Tirso Montiel y Froilán Figueroa. En 1931 contaba con 14 fusiles *Mausser* N° 95/12, 1.500 cartuchos de fogeo, 11 cargadores *Mausser* y 70 cargadores de ejercicio⁴⁵⁴.

⁴⁵² Construcción de la cancha de fútbol, Sesión 2ª Ordinaria, Castro, 25 de mayo de 1938, AMC, pp. 210-211. Los trabajos se encargaron a Pedro Nahuelneri y Maximiliano Pérez en la nivelación del terreno, mientras el contratista Oluf Nielsen Larsen quedó a cargo de la construcción de las tribunas.

⁴⁵³ *La Voz de Castro*, Castro, 1926.

⁴⁵⁴ *Ibidem*, 1931.

III. Pasatiempos de adolescentes

A principios de siglo los jóvenes eran muy pocos. Había más mujeres que hombres, pues éstos, si eran hijos de familias pudientes, se ausentaban para ir a estudiar al Liceo o al Seminario de Ancud, y si eran jóvenes más humildes, emigraban al Sur. En cambio, las mujeres eran de residencia permanente, porque comúnmente se quedaban con sus padres. En 1907 había 530 hombres y 713 mujeres de todas edades. Un pequeño porcentaje de éstas salía a estudiar, también al Liceo de Niñas de Ancud o al Colegio Inmaculada de la misma ciudad. Sólo en los años treinta, el grupo juvenil se incrementó algo y se hizo más estable, notorio y activo, cuando el Liceo de Castro ofreció a los adolescentes la oportunidad de educación secundaria.

Los pocos jóvenes que había en los primeros veinte años del siglo, organizaban sus pasatiempos en verano con la sociabilidad de veladas y matinées en casas particulares, aunque sólo ocasionalmente. Los días de sol eran de paseos en bote por la bahía o en el río, en tiempos de Aurelia Díaz, Virginia Garay o Zoila Barrientos, cuando en 1904 compartían con jóvenes como Patricio Díaz, Ruperto Triviño o Fructuoso Díaz, y cuando la Plaza de Armas no era todavía un lugar a propósito para la sociabilidad, al menos para los jóvenes "bien", porque aunque se llamaba Plaza Arturo Prat, lo era sólo de nombre. Estaba cubierta de malezas y pastos altos, carecía de diseño, pastaban los caballos de la policía y los cerdos la recorrían como si estuvieran en el campo. La prensa la llamaba "chiquero", "campo a propósito para sembrar papas" o "potrerillo".

No era para la gente decente. Sólo se juntaban allí los muchachos ociosos, o enamorados que hallaban privacidad en medio de los arbustos. Las noches eran peligrosas, no sólo por la oscuridad, sino por los perros que en 1904 tenían allí su guarida. Idéntica impresión se tenía de la Plazuela Henríquez. Por eso, los adolescentes se reunían en casas particulares, en las esquinas de Blanco con Esmeralda y San Martín con Latorre, el muelle, la Estación desde 1913 y "La Playa", que eran los lugares de encuentro.

Chicos como éstos se distinguían por su estatus, generalmente

hijos de comerciantes o empleados, y por sus formas y maneras de mejor tono, y algunos hasta de cierta distinción, que los hacía sobresalir dentro de un contexto social mucho más rústico que refinado. Por lo menos, en la primera década del siglo, los muchachos enamorados regalaban flores, chocolates o escribían cartas y poemas a las niñas en esquelitas perfumadas. Había quienes eran capaces de expresar sus sueños de amor, esmerar sus galanterías y hasta expresarlo con buena pluma. El joven A. Miranda Larco escribía en 1912: "La sueño. Quiero algo de ojos verdes, cabellera color champagne, boca menudita y cutis pálido mate. Un ángel que sueña con lo ideal, que ame la naturaleza por sus mil encantos variados. Alguien que me desvíe del sendero de la desilusión por donde vago incierto. Esa es la novia que busco... no la encuentro"⁴⁵⁵.

Pero desde 1915, la Plaza se transformó en lugar de paseos porque ese año se construyó un kiosko con madera donada para tal fin por Ciriaco Álvarez, y donde la Banda interpretaba sus melodías, y la juventud y los adultos la frecuentaban los domingos después de misa, atraídos también por los jardines y senderos protegidos con alambre que ofrecía la Plaza desde que el Municipio y particulares se dieron a la tarea de hermosearla.

Muy periférico, sencillo y falto de letras era Castro en los años veinte, pero a su modo vivía la "época bella". Al menos, se exteriorizaban los sentimientos amorosos con cierto refinamiento. Un anónimo joven describía así a la mujer que le robó el corazón en 1920, después de haberla conocido en un baile: "Era como una virgen del Nilo -dice- envuelta en un gracioso cendal blanco que me subyugaba con los destellos de su espíritu refinadamente culto, y parecía esconder a mi investigación altanera, el magnífico tesoro de sus observaciones sutiles y exquisitas"⁴⁵⁶.

Los *malones* y las *matinéas*, propias del grupo juvenil más selecto, eran pasatiempos privados. Incluso los *dancy-parties* entre los jóvenes de igual condición eran distintos de los bailes que se hacían en el Cuartel de Bomberos en los años veinte, porque éstos eran abiertos a todos. En el mundo juvenil se notaban más las

⁴⁵⁵ *Ibidem*, 15 de noviembre de 1912.

⁴⁵⁶ *Ibidem*, 26 de marzo de 1920.

mujeres, especialmente en verano. En 1920, había 1.241 hombres y 1.399 mujeres de todas edades en la ciudad. Unos y otras aprovechaban la ocasión para lucirse. Se iba a bailar, a mirar y a ser vistos. Pero con recato. Lo mismo en el biógrafo desde que comenzó a funcionar en el primer piso del edificio del Cuerpo, en 1921, con el nombre de *La Bomba*, o *Cinema Castro*, como se llamaba en 1922. Bien vestidas iban las niñas. Los muchachos también, pero lo hacían aparte. Los padres vigilaban a sus hijos en las *kermeses*, veladas y bailes. Así se aseguraba el buen comportamiento y se evitaba algún bochorno familiar. Igual vigilancia había en los cumpleaños y en la calle. Los onomásticos se celebraban con torta y los invitados regalaban bombones en preciosas cajas de colores, y chocolate *de Luxe* que ofrecía el negocio de Bernardino Triviño. Se bebía *Bilz*, limonada y *Bichi*, que distribuía la fábrica de bebidas gaseosas de Ciro Oberreuter en los años veinte⁴⁵⁷. Todo el mundo se enteraba de fiestas o veladas como éstas, porque eran de "gente bien" y suficientemente importantes para aparecer en la página social de la prensa local y en *La Cruz del Sur* para que los ancuditanos lo supiesen. Sociabilidad adolescente que no se prolongaba más allá de las 9 ó 10 de la noche. En estos casos, el salón se iluminaba con luz de lamparillas a parafina o velas, o linternas de pared en las casas más pudientes. La calle nocturna no era a propósito para señoritas decentes. Pero cuando llegó la luz eléctrica, cambió el estilo de la sociabilidad juvenil, extendiendo el día a la noche en los años veinte.

Era el modo de entretenerse y conocerse. Para las veladas, cada invitado llevaba algo para comer o beber o la guitarra para tocar y cantar. Eran encuentros privados lejos de las miradas de los demás, excepto de los padres. Pero, nunca una fiesta general, un día de alegría desbordante, o de disfraces, en que todo el vecindario expresara alguna exteriorización bulliciosa y colorida de vieja tradición; ni trajes típicos había que pudieran siquiera recordar el concepto "fiesta", excepto, claro está, las festividades religiosas, pero de mujeres graves y compungidas, arropadas de negro, como se estilaba en los pueblos y aldeas de la Provincia. Por eso, Manuel Díaz Bórquez decía en 1934: "La vida social de nuestro pueblo y de

⁴⁵⁷ *Ibidem*, 17 de noviembre de 1926.

nuestros comprovincianos carece de la exhibición aparatosa y brillante que domina en los grandes pueblos... nosotros vivimos una vida más real, con una cultura más agreste, que parece obedecer a un fenómeno natural de mimetismo"⁴⁵⁸.

La única que comprometía a todos era la "Fiesta de la Primavera", que venía a ser un paréntesis en el ambiente general de mutismo y melancolía la mayor parte del año, si se exceptúan las diversiones de la "gente bien", pero puertas adentro en casas particulares o en los clubes. El pueblo sólo tenía la ramada popular y dieciochera para derrochar exterioridades. O el *chalilo* con su irrespetuoso frenesí de pequeñuelos y adolescentes del pueblo⁴⁵⁹, o el fútbol de los muchachos de los distintos barrios.

Las fiestas de la Primavera, en cambio, eran encantadoras. Comenzaron a hacerse regulares desde 1920, cuando los jóvenes quisieron aportar su dosis de alegría a la estación de las flores, comprometiendo a todos los sectores sociales. Se esperaba la estación con entusiasmo. El pueblo gris iba adquiriendo colorido con las primeras flores y con la gracia de las chicas quinceañeras que decoraban las calles con su presencia sonriente y graciosa. Elciria Alvarado, Rosalía Maldonado, Carolina Águila y Blanca Viereck Christie eran las niñas hermosas que se disputaban el trono en 1925⁴⁶⁰.

La prensa anunciaba el protagonismo adolescente en 1927: "Se acerca el rumor delirante de las farándulas -decía- y el cristal de las carcajadas juveniles desarruga los ceños adustos y graves, inunda decididamente los corazones de alegría, aligera el espíritu, insinúa al alma confundirse con el aroma a flores"⁴⁶¹. María Elena Ojeda fue reina en 1930, Julia Riffart Goguel en 1931. Todo el pueblo participaba. Había premios al mejor elogio a la reina, poemas que eran leídos en el acto final que se hacía en el Teatro Centenario desde 1926, premios a la mejor murga y a la mejor comparsas, que

⁴⁵⁸ De Manuel Díaz Bórquez a Francisco Cavada. En: Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 13.

⁴⁵⁹ Gómez Vera, Carlos, "Las celebraciones religioso-festivas de Chiloé: desde el chalilo a San Juan Bautista de Tey", en: *Chiloé a 500 años*, Gráfica Andes Ltda., Santiago, 1992, p. 22-29.

⁴⁶⁰ *La Voz de Castro*, Castro, agosto de 1925.

⁴⁶¹ *Ibidem*, 17 de octubre de 1927.

en 1931 fue de gitanos, *chulos* y sevillanas. No menos hermosa que la reina eran ese año Ángela Kamann y Graciela Gómez.

Carros alegóricos, ropa de fantasía, el rey bufo vestido como caballero de frac y sombrero de copa, los heraldos, los pajes, los gritos alusivos a las candidatas, las cantinelas compuestas para la ocasión, y la banda musical recorriendo las calles. Un exceso de alegría en la gravedad general de la vida castreña, contento tan ocasional que, a las señoras pechoñas, la fiesta primaveral les parecía pecado.

Pero, con ella despertaba la vida de su letargo invernal. La fiesta comenzaba vacilante hasta terminar comprometiendo a todos. La reina y su corte recorrían alegremente los barrios pobres, repartiendo regalos; compartían con los presos en la cárcel, visitaban las instituciones, el comercio, la Iglesia. La coronada cumplía con otras formalidades, como decretar actividades "por escrito" y datadas en su residencia o "Palacio del Amor".

Sólo que no todos los años era así. Hubo períodos más apagados, como en las postrimetrías de los veinte a causa de la escasez de jóvenes de los que podía esperarse algo positivo. Así fue en 1927 cuando, a pesar del entusiasmo que quiso infundir la prensa, no hubo fiesta primaveral, y a falta de reina juvenil, se eligió una infantil: Nenita Andrade, quien se paseó en su cochecito seguida de una corte de niñitos de su misma edad.

Los años treinta fueron mejores para las fiestas primaverales. Los jóvenes de residencia permanente se incrementaban de la mano con las posibilidades de educación que ofrecía el Liceo, la ciudad estaba más consolidada como centro urbano y, por lo mismo, a fines de la década y comienzos de los cuarenta eran, también, más regulares las elecciones de reinas, así como los bailes de fin de semana y las matinées, que ahora se hacían en el *Hotel Hein*, cuando la vida juvenil estaba representada por Margarita Barrientos, Rosita Radich, Mimi García o Adela Montiel, las niñas hermosas en la frontera de las dos décadas. Tiempos de la colonia *Atkinson*, preferida de las mujeres, y tiempos de las fotografías "sociales" tomadas por Gilberto Provoste, así como en los años cuarenta el fotógrafo Leiva, con su cámara de cajón sobre un trípode, tomará fotos individuales

y colectivas en la Plaza Prat, acompañado de su organillo para deleite de la concurrencia. La Plaza estaba, asimismo, más atractiva. Desde 1919 tenía cuatro bien diseñados jardines, y en los años veinte, se veía arbolada en sus cuatro costados con crecidos tilos que ensombrecían las veredas. Especialmente atractiva era en verano, a pesar de los pajarotes que ensuciaban a los paseantes desde sus nidos en las copas de los árboles. En 1931, se pusieron dos cañones españoles sobre sendos monolitos de cemento. Para entonces, la Plaza era el principal paseo público de la ciudad y el más importante lugar de encuentro de la juventud.

Sin embargo, ni en los mejores años entre 1900 y 1940 podía Castro compararse con el más alegre ambiente ancuditano, a pesar de que Benjamín Subercaseaux decía que "Ancud es el triunfo del aburrimiento sin esperanza ni gloria"⁴⁶², o "capital fantasma", como la llamará después⁴⁶³. Así lo vio él, pero Ancud era, en verdad, ciudad bastante más alegre, más juvenil y más culta.

Porque aún cuando la capital de Chiloé estaba por entonces bastante deprimida en lo comercial, seguía siendo muy importante en lo educacional, tanto que de todas las ciudades del sur llegaban jóvenes a estudiar allí, aportando a la vida cotidiana el colorido que no se veía en otros lugares de Chiloé. Si Castro era la "Fenicia chilota" por su vocación comercial de los años veinte, Ancud era la "Florencia insular" por sus prestigiosos colegios, con cerca de 700 estudiantes adolescentes y el doble de niños de Preparatorias en 1925⁴⁶⁴.

Más juventud no sólo ancuditana, sino de todo Chiloé y no pocos estudiantes que llegaban al Seminario y a la Escuela Normal en los años treinta desde Cautin a Magallanes y que explican el mejor pie cultural, juvenil y entretenido de la capital provincial. Y de otro estilo por el aporte del crecido número de extranjeros vecindados. Ciudad más cosmopolita que, no obstante, vivía casi de espaldas al interior. Castro era más chilota. Chonchi, también. Ancud, en cambio, parecía pretenciosa y orgullosa, y más

⁴⁶² Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, p. 225.

⁴⁶³ Subercaseaux, Benjamín, "Ancud, capital fantasma" en: *Revista Zig-Zag*, Santiago, 1947, pp. 30 y ss.

⁴⁶⁴ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 96 y ss.

extravertida como para dar a las fiestas una cierta mayor dosis de locura que los apagados castreños no daban a las suyas.

La vida social de Ancud era variada al menos en el sencillo contexto de la Provincia, con lugares de reunión de estudiantes que departían en los cafés y hacían *malones* en casas particulares en los años treinta. Época del *rompón*, del *colemo*, de la cerveza *Mücke*, de la *Papaya* y de la *Bilz*, de las "onces" con pastel, cuando se recitaban poemas, se bailaban y cantaban tangos y valsés⁴⁶⁵.

Los caballeros ancuditanos iban al *Club Social Chiloé* o al *Club Social Radical*. Y todo el mundo, al *Cine La Bomba* en los años veinte y treinta, cuando todavía era mudo y alguien tenía que hacer la música de fondo con piano y violín. Y más tarde, al *Splendid* ya sonoro, después que se incendió el anterior, en tiempos en que era mal visto que las chicas se instalaran en otro sitio que no fuera la platea. Época en que se pololeaba a escondidas de los papás y de los profesores, como ocurría en todo Chiloé. En esos años, padres y abuelos temían que las niñas se encontraran con el *trauco* en alguna calle oscura de la ciudad.

Y porque había más colegios y más juventud, la Fiesta de la Primavera de Ancud se celebraba con más entusiasmo que en Castro. Derroche de flores y decorados carros alegóricos que preparaban los distintos colegios. Los disfraces y las challas comprometían a todos, porque hasta los infantiles imitaban con sus reinas lo que veían en los adolescentes⁴⁶⁶.

⁴⁶⁵ Radio Estrella del Mar, *Ancud, testimonio...*, op. cit., p. 153-161.

⁴⁶⁶ *Ibidem*, p. 133-144.

TIEMPOS DE LA POLÍTICA Y DE DISPUTAS CON ANCUD

I. La política y las riñas de periódicos

Los chilotes eran conscientes de su lugar en el contexto nacional, de su identidad y de su solidaridad frente a la indiferencia del Gobierno y frente a los chilenos cuando eran víctimas de menosprecio. En el interior de la Provincia, en cambio, se exteriorizaban los prejuicios de unos chilotes respecto de otros, así como marcadas diferencias políticas e ideológicas que dividían a la sociedad en banderías contrarias, como opuestos eran también Ancud y Castro por sus jerarquías urbanas y por sus características socio-culturales.

La política era una de las fuentes en que se originaban las riñas entre Castro y Ancud, y lo mismo se vivía en el seno de toda la sociedad chilota, porque allí donde había Veras, Andrades, Barrientos o Gómez, generalmente había desencuentros. Cuando Roberto Maldonado define a los castreños en 1895, dice que Castro "es esencialmente agricultor y politiquero. Esta última es, puede decirse, la nota dominante en esa sociedad". Y agrega: "Sería de desear se dedicaran más a lo primero que a lo segundo, como medio de alcanzar mayor merecimiento ante el país"⁴⁶⁷. Políticos y politiqueros eran los vecinos, es decir, aquellos pertenecientes a antiguas familias de la Isla que tardamente conocieron el concepto "democracia", que llegó a la Provincia sólo mucho después del Tratado de Tantauco y, por lo tanto, una actividad nueva a la que se entregaron con tanta pasión como desconocimiento. Por eso, cuando se fundó el Cuerpo de Bomberos de Castro en 1896, el vecindario de Ancud aconsejaba que ojalá la honorable institución no fuera malograda por la política que todo lo arruina. Los otros, es decir, los "naturales", no estaban comprendidos en la categoría de "hombres políticos" y ellos mismos se consideraban "menores", tal como en la Colonia, y ajenos al partidismo de la "gente". Pero, los "naturales" no sólo no eran estrictamente vecinos de la ciudad de Castro, sino que no los había a principios de siglo XX, porque, como

⁴⁶⁷ Maldonado, Roberto, "Reconocimiento...", *op. cit.*, p. 239.

lo constató Roberto Maldonado, "los pocos indios civilizados... eran forasteros" y todos los vecinos eran "de origen español [y] pocos mestizos"⁴⁶⁸.

Época álgida. Los periódicos se dividían en católicos y laicos. No había punto en que se pusieran de acuerdo estos semanarios de vida breve, pero agresiva. Aparecían llenos de vitalidad y desaparecían al poco tiempo. En 1905, el Partido Conservador de Castro tenía el órgano *La Verdad*, título muy ilustrativo de cómo consideraba este periódico a la prensa adversaria, si por prensa consideramos a los pasquines, llamados también "suelos" o simplemente "la hoja", porque no eran más que eso. Los hubo de tan corta duración que sólo cubrieron el periodo de tal o cual campaña electoral. Pero los había también formales y con pretensiones de verdadera prensa. En Ancud se editaba *El Independiente* en 1906, de tinte conservador. Sin embargo, no trepidaba en lanzar sus dardos contra el Obispo Angel Jara y toda la curia, no obstante que el cura ancuditano Carlos Miller⁴⁶⁹ se contaba entre sus colaboradores. El obispo, ofendido, prohibió a Miller seguir prestando servicios en ese periódico. El mismo año 1906 estaban activos *La Patria* y *La Defensa*, ambos de Ancud, y *La Industria* y *El Austral*, voceros de Castro. Época del radical ancuditano Juan Burr, del conservador castreño Ignacio García Sierpe⁴⁷⁰, de Agustín Gómez García o de Camilo 2º Menchaca, castreños también, y de los curas de pueblo comprometidos con las cosas terrenales, cuando el ancuditano Antonio Bórquez Solar se declaraba antirreligioso ganándose el desprecio de los católicos⁴⁷¹. Y época

⁴⁶⁸ *Ibidem*, p. 239.

⁴⁶⁹ Carlos Miller nació en Dalcahue en 1866. Sus padres fueron Francisco Miller y Rosa Muñoz. Estudió en el Seminario de Ancud y se ordenó sacerdote en 1889. Falleció en 1916. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 234-235.

⁴⁷⁰ Ignacio García Sierpe estudió en el Seminario de Ancud. Siguió la carrera de Derecho y se recibió de abogado. Fue notario público en Castro y San Fernando. Miembro del Partido Conservador fue diputado por Chiloé durante veinte años.

⁴⁷¹ Más que antirreligioso, Antonio Bórquez Solar era altanero y carente de humildad. Discrepaba por todo y con todos. Pero reconocía el valor de la fe. En 1934 escribió al Pbro. Francisco Cavada, desnudando su alma: "Creo en Dios y en Jesús, el divino perdonador de las iniquidades humanas. Nunca he dejado de tener, en lo más recóndito de mi espíritu, mi joyelero, en donde guardo las santas palabras de mi santa madre... Soy un místico, profundamente místico... yo enseño a rezar a mis hijitas...". Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 78.

de *La Voz de Castro* y de *La Cruz del Sur*, liberal castreño, el primero, y conservador ancuditano, el segundo, con su redactor el Pbro. Francisco Cavada, cuando *La Cruz del Sur* criticaba sin descanso a los "garciistas" y defendía a los "mattistas" en 1906, en tiempos en que Arturo Pieretti administraba aquel periódico clerical.

Ancud tuvo una veintena de periódicos desde el siglo XIX hasta los años treinta del siglo veinte, y Castro otros seis, todos de distintas posturas políticas e ideológicas, pero también de corta duración, excepto *La Cruz del Sur*, que data de 1898 y que se editó ininterrumpidamente hasta los años ochenta del siglo XX⁴⁷², y *La Voz de Castro*, desde 1906 hasta 1939, en que cambió su nombre por *La Voz Insular*.

La prensa distaba de ser objetiva, muy particularmente la de Castro. *La Cruz del Sur* de Ancud era más mesurada y seria, aunque no exenta de agresividad cuando debía defender el catolicismo y el conservadurismo. Pero, en general, abundaban los redactores improvisados y poco éticos en la mayoría de los periódicos que hubo especialmente en Castro durante el periodo. La principal tarea era la caza de rumores de los que nacían especulaciones, calumnias e infamias que escandalizaban al público. Un simple rumor oído en las calles era convertido en verdad por la prensa si con ello se enlodaba al contrario. No era necesario tener pruebas. Por eso tantos desmentidos o columnas completas con palabras denigratorias contra el periódico responsable del chisme, o descargos redactados, generalmente, con la misma liviandad.

Los ataques virulentos eran frecuentes. Las víctimas eran los vecinos principales, alcaldes, gobernadores, intendentes, curas y hasta el propio obispo. Mientras más alto el rango, mayor el escándalo que provocaba en toda la Provincia. Conservadores y liberales se quitaban el saludo en las calles o se enfrentaban a golpes. El Obispo de Ancud sancionaba a los curas que entablaban

⁴⁷² Comenzó con *El Católico* en 1884, cambió su nombre por *El Austral* en 1891, y finalmente se llamó *La Cruz del Sur* en 1898, nombre que mantuvo el resto de su existencia hasta 1982. Navarro Navarro, Cecilia, "Origen y desarrollo de la prensa en Chiloé: sus órganos periodísticos más importantes que han existido a través del tiempo. Importancia del periódico mural en las escuelas primarias", Memoria, Escuela Normal, Ancud, 1956.

relaciones con los políticos contrarios y particularmente con los masones. *El Independiente* denunciaba en 1906 que el Obispo había separado de su cargo al párroco de Rilán, Paulino Gallardo, sólo "por haber saludado a Ignacio García Sierpe", que, siendo conservador, estaba peleado con el Obispado, incidente que trajo cola, porque Antonio Gómez llevó la denuncia ante la Cámara de Diputados, dejando en muy mal pie al prelado de Ancud, y a todo Chiloé, por la forma en que se llevaba la política y por los excesos que se cometían por los asuntos más baladíes.

Eran los periódicos los que capitalizaban las rivalidades y hostilidades entre Castro y Ancud, y entre conservadores y liberales, porque siendo la prensa la que intentaba representar a ambas ciudades, Ancud era considerado conservador y católico por ser *La Cruz del Sur* el periódico del Obispado⁴⁷³, y Castro liberal y masón, por ser *La Voz de Castro* periódico de esa ideología desde 1906 y propiedad de Ruperto Triviño, y al mismo tiempo su director, uno de los hombres más prominentes e influyentes de Chiloé.

De todas las hostilidades entre Ancud y Castro, era la política la más antigua y la que causaba más alboroto. En el resto del país sucedía lo mismo entre católicos y laicos desde los años cuarenta del siglo XIX. A fines de esa misma centuria, comenzaron a sentirse en Chiloé los ecos de esta rivalidad ideológica, cuando la secularización se hizo presente en un sector de la población. Entonces estaban activos los periódicos *El Católico* y *El Liberal* como en toda ciudad provinciana que invariablemente contaba con prensas opuestas. Pero cuando apareció *La Cruz del Sur* de Ancud en 1898, la disputa se hizo más seria, porque los liberales de Castro eran también más agresivos. No obstante, había conservadores y liberales en los dos pueblos y, en cada una, el vecindario estaba dividido en católicos y "comecuras".

Entre 1912 y 1915, ambos periódicos no descansaron en hacerse mutuas agresiones. *La Voz de Castro*, que por esos años tenía sus oficinas en calle Latorre, en la casa de propiedad de Ramón

⁴⁷³ Nació como periódico oficial del Obispado de Ancud, pero desde 1902 dejó de serlo, aunque mantuvo su condición de "clerical". Cavada, Francisco, *Historia Centenaria de la Diócesis de San Carlos de Ancud*, Imprenta San Francisco, Padre las Casas, 1940, p. 352.

García, denunciaba en 1913 que *La Cruz del Sur* desde mucho tiempo venía provocando la pelea, "arrastrando el poncho, como los borrachos para encontrar con quien reñir y descargar su ira". La prensa ancuditana era, a todas luces, más refinada y hasta sus críticas sobre los mal hilvanados artículos redactados por *La Voz de Castro* eran expresadas por *La Cruz del Sur* en un bien cuidado castellano, pero críticas al fin, ante lo cual la prensa castreña replicaba: "Uds., señores de levita, no es admiración que escribáis en estilo elevado y retumbante: toda la vida sobre libros, sin otra ocupación que estudiar y rezar"⁴⁷⁴.

Pero, había otra diferencia. Los redactores del periódico castreño eran chilotes, y los de la prensa ancuditana provenían, generalmente, de Chile, cuando todavía se decía así por el resto del país, subrayando con esto la diferencia que separaba a isleños de continentales. Por eso, *La Voz de Castro* se refería a ellos como "alquilados redactores", y trataba al católico periódico de Ancud como "la sucia y asquerosa publicación clerical". *La Cruz del Sur*, por su parte, menospreciaba a la prensa castreña, y además de criticar la pluma y ortografía de sus columnistas, la combatía en cuanto órgano de los masones liberales representados por Ruperto Triviño, quien no por ello dejaba de ser oportunista. La prensa ancuditana ironizaba: "Afortunados los que como el señor Triviño son hombres de suerte, porque baila como le toquen y según quiera le toquen; es periódico y redactor que baila con toda música", porque de amigos que eran radicales y monttinos, pasaron a ser encarnizados enemigos de conservadores, clérigos y frailes⁴⁷⁵. *La Cruz* advertía sobre los peligros del liberalismo. Este debía ser detenido a tiempo porque podría traer la ruina moral, porque el liberalismo "no conoce más Dios que el éxito"⁴⁷⁶. Y replicaba *La Voz de Castro*: "La rabia se ha apoderado de ellos de un modo alarmante, los mortifica, los desespera, sus dientes llegan a rechinar como verdaderos endemoniados".

Eran palabras ásperas, ofensivas e irreverentes contra el periódico de Ancud, tanto que escandalizaban al propio vecindario

⁴⁷⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 7 de marzo de 1913.

⁴⁷⁵ *La Cruz del Sur*, Ancud, 18 de enero de 1913.

⁴⁷⁶ *Ibidem*, 7 de mayo de 1913.

conservador castreño, tradicionalmente devoto de la Iglesia, y mucho más cuando *La Voz de Castro* se refería a todos los curas como "miserables de sotana"⁴⁷⁷, mientras *La Cruz* se burlaba de *La Voz* por sus argumentaciones "débiles y enfermizas, alimentadas tan sólo por cerebros bastardos y desequilibrados"⁴⁷⁸. El liberalismo era, para *La Cruz*, "escuela de costumbres corrompidas e infames enseñanzas"⁴⁷⁹.

Es cierto que había periodos de paz entre ambas ciudades, y sus respectivos periódicos se ocupaban de asuntos más edificantes, pero era una paz breve, porque cualquier pequeño asunto volvía a encender las pasiones y mucho más cuando llegaba el tiempo de las elecciones. Entonces estallaba la contienda y no había límites éticos o morales para mancillar a la prensa contraria y a sus seguidores.

En 1918, a propósito de las elecciones de ese año, *La Voz de Castro* se refería irónicamente a los redactores de *La Cruz del Sur* como "los místicos escritores", y a su campaña política a favor de los conservadores, como cosa de "locos furicosos" o "infelices enajenados" por embestir contra los liberales de Castro y candidatos de la Alianza. *La Voz de Castro* usaba términos tan ofensivos, pero también vulgares respecto del equipo de la prensa de Ancud, que sobre sus comentarios decía "Salpican con su asquerosa y pestilente baba"⁴⁸⁰.

Mientras el periódico ancuditano permaneció como católico y conservador durante todo el período, *La Voz de Castro* experimentó un tránsito de liberal que había sido desde su nacimiento en 1906, a radical, al compás de las mutaciones políticas que se veían por esos años, como efectivamente lo hizo Ruperto Triviño en 1919. Y así como la prensa castreña daba este paso, comenzaba también a hacer ostentación de su visión de futuro, a autodefinirse como progresista, y a usar un lenguaje más agresivo pero coherente con la posición radical y masona. Se quería marcar distancias frente al tradicional y moralista periódico de Ancud, prensa que, no obstante,

⁴⁷⁷ *La Voz de Castro*, Castro, 19 de diciembre de 1913.

⁴⁷⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 5 de marzo de 1913.

⁴⁷⁹ *Ibidem*, 7 de mayo de 1913.

⁴⁸⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 8 de febrero de 1918.

dirigía con mucha habilidad y éxito la campaña política, pero a juicio de *La Voz de Castro*, "en forma solapada y miserable". El objetivo era ofender y debilitar al Obispado y a la derecha, usando un lenguaje denigratorio, refiriéndose a los curas como "hormigas y escarabajos", que escribían al amparo de la Iglesia, y los ridiculizaba, diciendo "que por miedo a la propia luz solar que pudiera denunciar sus podredumbres... se arrastran por el propio fango en que se generan". Los llama "negros insectos que han querido arrogarse en la tierra la representación del Divino Maestro". A juicio de la prensa castreña, ninguno de los redactores y funcionarios de *La Cruz del Sur* eran personas morales. Los acusaba de no practicar lo que predicaban, de que todos estaban fanáticamente comprometidos con el conservadurismo y, por lo mismo, eran merecedores de todas las injurias. A uno de sus columnistas le llamaban irónicamente "héroe de Putemún", una persona que, como muchas otras, estaba o visitaba Castro sólo para reunir material para su página, una especie de "quintacolumnista", porque todo lo irregular, ilegal o simples rumores que veía u oía en Castro lo enviaba luego a Ancud. Por eso *La Voz de Castro* sacaba a la luz algún defecto de este "héroe", calificándolo de "degenerado por el alcohol". Otro de los curas de Ancud era ridiculizado por su afición a tocar el piano. Hasta ahí era normal en su calidad de cura, pero se agregaba, sin embargo, que "sale de noche", dejando el motivo de esta afición a la imaginación de los lectores, lo que surtía efectos que incomodaban a toda la curia. Un tercero, abogado de profesión, era calificado de "oprobio del foro chileno"⁴⁸¹.

Cuando el tema era la pugna entre conservadores y radicales, cualquier otro asunto que separase a castreños y ancuditanos pasaba a segundo plano. El vecindario se solazaba en las "amenidades" que se lanzaban una y otra prensa porque afectaba a vecinos importantes de partidos opuestos de la misma ciudad o de ambas ciudades rivales.

Una prensa como la de Castro auto-calificada de avanzada, no podía mirar a *La Cruz del Sur* de Ancud, sino como aferrada al pasado -"sentimental y nostálgica", la llamaban- y, por lo mismo,

⁴⁸¹ *Ibidem*, 21 de marzo de 1919.

excesivamente temerosa de todo aquello que pudiera menoscabar a la Iglesia y a los católicos de una y otra ciudad, es decir, a aquellos que acudían a misa, que practicaban devotamente la doctrina cristiana y vivían dentro de los cánones de la moral. *La Voz de Castro* era atea y como tal se burlaba del Obispado porque éste no veía más que "Soviet Rojo" por todas partes, y porque dedicaba sus columnas a enjuiciar al bolchevismo y al comunismo⁴⁸². Se refería a *La Cruz del Sur* como formada por los "aristócratas de la oligarquía episcopal de Ancud", que vivían temerosos de las supuestas amenazas que se cernían sobre "el pueblo sano", en una época en que la masonería se hacía fuerte y las posiciones políticas eran más extremas y agresivas.

El vecindario católico de toda la Provincia se escandalizaba del tono que alcanzaban las ofensas contra la Iglesia. Los frailes del Convento Franciscano de Castro y los curas del Seminario Conciliar de Ancud solidarizaban con *La Cruz del Sur* contra *La Voz de Castro*, de modo que las relaciones entre castreños tampoco podían ser pacíficas. Efectivamente, al interior de la ciudad, el vecindario estaba dividido en tres grupos: una mayoría conservadora, una importante fuerza liberal y radical, y un pequeño, pero selecto e instruido grupo de masones. Estos últimos estaban representados por Víctor Manuel Chiappa Lay, industrial de Quellón; Juan Kappes, médico de Castro; Ramón Moena Mellado, abogado; Federico Drapela, industrial, y Lauro Andrade Barrientos, comerciante, quienes formaron en 1921 el núcleo masónico *Triángulo Galvarino N° 18* de Castro, con Chiappa de presidente. En 1927, se fundó el *Triángulo Ormuzd* de Ancud⁴⁸³.

A diferencia de *La Voz de Castro* bajo la dirección del citado Ruperto Triviño, los masones en general no eran hostiles, pero consideraban a la Iglesia chilota como negativa y persecutoria, aunque no lo expresaban públicamente. Y, a pesar de ser pocos, y casi siempre foráneos, contribuyeron a acentuar la separación entre católicos y laicos, separación tal vez más radicalizada en Ancud donde los anticatólicos que, dentro del contexto de la época, eran

⁴⁸² *Ibidem*, 9 de septiembre de 1921.

⁴⁸³ Sepúlveda Chavarría, Manuel, "Magia y masonería en las islas delectosas (Visión masónica de Chiloé)", en: *Revista Masónica de Chile*, Año LI, N° 7 y 8. Santiago, septiembre-octubre de 1974, p. 44.

una ofensa para la Iglesia, parecían serlo mucho más al estar en la misma ciudad de la sede episcopal.

La política se vivía con euforia sin límites, y las campañas eleccionarias eran una pasión desenfadada en todo Chiloé. El más leve rumor daba ocasión a interminables artículos en la prensa de Ancud y Castro. Toda la vida cotidiana se encontraba, de pronto, en un estado de éxtasis. Y el día de los sufragios, ocurrían los acarreos, las presiones, el cohecho, los falsos testimonios y las enemistades eternas. Nunca hubo, como entre 1900 y 1930, tanta distancia entre la locura de las urnas y la completa indiferencia de los elegidos por hacer algo importante en beneficio de la Provincia. Cuando Subercaseaux visitó Ancud, las disputas entre cristianos y ateos eran el pan de cada día. Dice que la Catedral parecía no tener otro fin que servir de campo de batalla entre los incrédulos y los conservadores: "Ahí se lo pasan disputando con el Obispo, apedreando a los santos e inventando leyendas de castigos inverosímiles"⁴⁸⁴.

Cada pueblo pequeño, isla o aldea tenía su propio dictador que dominaba la voluntad de la gente. Los gobernadores, alcaldes y curas cumplieron el papel de caudillos y fueron causa de graves conflictos. Se injuriaba a través de la prensa, en la calle, en la cantina. Los anticatólicos inventaban supuestas aventuras amorosas de los frailes franciscanos con las mujeres del pueblo donde cumplían su ministerio. Rumores como éstos enlodaban a la Iglesia y al Partido Conservador. Uno de los más activos y combativos conservadores era Fr. Felipe Oyarzún⁴⁸⁵, apodado "Cura Chaqueta" en los años treinta y, por lo mismo, el más mancillado por los contrarios. Parecida actitud había contra el cura "Chulo" y, contra Fr. Jesús María Estefó⁴⁸⁶, haciendo correr rumores sobre la sospechosa amistad de éste con unas señoras beatas de Castro. Todo esto sin prueba ninguna, pero dando ocasión a los maliciosos comentarios del pueblo.

⁴⁸⁴ Subercaseaux, Benjamín, *Chile o una loca geografía*, op. cit., p. 224.

⁴⁸⁵ Fr. Felipe Oyarzún nació en Vilupulli, cerca de Chonchi. Siguió la carrera sacerdotal en el Colegio Franciscano. Era el religioso más popular de la época y descrito como afable y risueño, sarcástico y satírico, bromista e ingenioso, hábil con los puños y activo político del Partido Conservador.

⁴⁸⁶ Fray Jesús María Estefó nació en Quilquico. Misionó entre los indígenas de la Araucanía. Después regresó a Castro, donde estaba activo en los años treinta.

La política era así. El más lamentable suceso se produjo en 1915 cuando llegó a Castro Guillermo Eyzaguirre Rouse, de la Alianza Liberal. Al decidirse a viajar a Chiloé ese año, lo hizo consciente de los riesgos que corría en una provincia muy alterada por el grado de agresividad entre facciones rivales. Llegó primero a Ancud y desde allí tomó el tren a Castro. Y notando el peligro, se apresuró a escribir a su esposa: "Antes de venir aquí, supe que me matarían si llegaba a Castro; pero no vacilé... hemos padecido lo indecible... los más grandes horrores y las más hondas angustias... Antes de partir me besó el nene y me dijo: no vayas papacito a Chiloé"⁴⁸⁷. Su presencia en Castro fue causa de una batalla campal entre aliancistas y coalicionistas, con piedras, palos y balazos en la Plaza y calle Blanco. *La Cruz del Sur*, pro coalición, informaba de la llegada de Guillermo Eyzaguirre Rouse y Domingo Matte Larrain, "quienes se han hecho acompañar de varios jóvenes exaltados de la capital y de una turba de gente inconsciente y malhechora" a la que llama "chusma radical y anarquista", que provocaba con "cánticos groseros y soeces", suscitándose serios problemas en Castro⁴⁸⁸. En la refriega, murió el niño de 13 años Francisco Gallardo y, según la prensa, "otra bala atravesó la pierna de Carlos del Canto"⁴⁸⁹, hermano de Rafael, el diputado, y resultaron heridos Emiliano 2º Márquez y Abraham Arias, todos de la Coalición, víctimas de "más de 100 disparos en un minuto" de los Aliancistas, que portaban 6 pistolas, 10 revólveres, 1 carabina, 10 puñales y varias manoplas⁴⁹⁰. Después de la refriega siguió un duelo entre Eyzaguirre y Rafael del Canto. El sitio elegido fue Punta de Chonos, a pasos del muelle; el arma, el revólver. Llegaron con sus padrinos a las 7:30 de la mañana bajo la llovizna. Alejandro Arce Suárez y Jorge García, padrinos de Del Canto; Luis Espinoza y Arturo Fernández Pradel, padrinos de Eyzaguirre. Fernández dio la señal. Se contaron los

⁴⁸⁷ Montiel, Dante, "Testimonio histórico de un duelo en Castro", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 3. Castro, 1985, pp. 2-6.

⁴⁸⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 23 de junio de 1915.

⁴⁸⁹ Carlos del Canto nació en Cauquenes. Se le describe como simpático y cordial. Vestía capa española de gabardina negra. Fue, entre otras cosas, Inspector de Tierras y Colonización. Casado con Adriana Alfaro. Cárdenas Tabies, Antonio. *Legendarios de Chiloé*, Ed. Nascimento, Santiago, 1982, pp. 78-79.

⁴⁹⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 25 de junio de 1915.

pasos y Del Canto disparó primero. Eyzaguirre cayó muerto⁴⁹¹. La triste fama de Castro y los chilotes como pueblo de fanatismo político recorrió el país. Por la muerte de Eyzaguirre, llegó a Castro en noviembre una comisión formada por los diputados Agustín Gómez, Alejo Lira Infante (conservadores), Luis Urrutia Ibáñez (Liberal Democrático), Enrique Bermudes (Doctrinario), Pedro Aguirre Cerda (Radical), Robinson Paredes (Demócrata), Alamiro Huidobro, Eduardo Palma (Delegados del Gobierno) y Julio Echaurren Orrego (Secretario de la Comisión), "para averiguar la conducta funcionaria de todos los empleados del orden administrativo, con las facultades extraordinarias de suspender y juzgar a cualquier funcionario que se le compruebe intervención política". En la misma Comisión llegaron el ministro de la Corte Suprema de Justicia, Julio Centeno Barros, para conocer la actuación del Juez Letrado y del ministro de la Corte de Valdivia, Ramiro Herrera⁴⁹².

Sucedía lo mismo en cada elección desde el siglo XIX, cuando se hicieron costumbre las irregularidades⁴⁹³, el cohecho y los interventores. Era la forma de hacer política. No podía ser peor la impresión que de los chilotes tenía la opinión pública del país. El periódico *El Chileno* de Valparaíso, refiriéndose a las elecciones de

⁴⁹¹ *Ibidem*. *La Cruz del Sur* publicó otra versión proporcionada por Arturo Fernández Pradel el 25 de junio: "El Sr. Eyzaguirre llevaba su revólver, que ya había dado pruebas de estar descompuesto, en un bolsillo de su sobretodo, y como le molestara lo pasó al pantalón, pero con tan mala suerte que al ir a guardarlo se le escapó una bala, que pasando por entre dos costillas fue a romperle una de las principales arterias. 'Estoy herido', fue todo lo que alcanzó a decir, y cayó en brazos de su amigo: estaba muerto". *La Cruz del Sur*, Ancud, 25 de junio de 1915. Cinco días después, *La Cruz* insistía en esta explicación: "se han atrevido a lanzar la falsa noticia - dice - de que el Señor Eyzaguirre había sido asesinado, después de haberse batido en duelo con el diputado coalicionista Don Rafael del Canto". Agrega que "esta calumnia dio origen a desfiles de gente armada con gritos, insultos, palos y piedras... que fue dirigida para hacer más violenta la lucha electoral". Termina diciendo que "los mismos correligionarios del Sr. Eyzaguirre, el Ministro Visitador y un Delegado del Gobierno han podido testificar personalmente que el fallecimiento obedeció a un accidente casual por descuido en el manejo de las armas". *La Cruz del Sur*, Ancud, 30 de junio de 1915.

⁴⁹² Sobre el tema véase Alagan, Mario, *La muerte misteriosa de Guillermo Eyzaguirre*. *R. Historia documentada de los acontecimientos en Castro*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1915. Barros Valdés, Luis et al., *Corona fúnebre a la Memoria de Guillermo Eyzaguirre Rouse*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1917.

⁴⁹³ Partido Liberal-Democrático, *Reclamo de nulidad de las Elecciones de Diputados en los Departamentos de Ancud y Quinchao*, Imprenta El Mercurio, Santiago, 1876.

1915 expresa que "en esa apartada provincia no se dejó incorrección ni atropello por cometer, que las actividades desde el más alto magistrado hasta el agente de la más mínima cuantía fueron unos descarados interventores". A esa Provincia, agrega el articulista, "no ha llegado la civilización, porque viven como primitivos y salvajes"⁴⁹⁴.

En los demás pueblos, lo mismo. En Queilen imperaba la ley del más fuerte en 1919. Radicales contra conservadores. Se salía a la calle armado de revólveres. En esos sucesos murió Pedro Mansilla, asaltaron la casa de Pedro Gómez y al propio Comandante de Policía, Luis Guerrero⁴⁹⁵. Las pasiones queilinas abarcaron todo el periodo y se prolongaron hasta los años cuarenta, transformando al pueblo en un campo de batalla⁴⁹⁶. No sólo en Queilen. Algo parecido vio Benedicto Chuaqui en Curaco de Vélez. "Allí -dice- la gente se lo pasa en permanentes rencillas... no sé qué razón habrá para que estos chilotes de Curaco de Vélez sean tan peleadores y se lo pasen en constante algazara". Califica a los curacanos de "endemoniada gente", aunque sin precisar si eran disputas políticas o de otra índole⁴⁹⁷.

Después de la muerte de Eyzaguirre, la impresión que sobre los chilotes tenía la opinión pública nacional era francamente desfavorable. *El Correo de Valdivia*, por ejemplo, decía en 1921 que "Ancud, o Chiloé, es una población politiquera hasta la médula. Allí hablan y se mezclan en política el doméstico, el peón gañán, el policía, el artesano, el empleado de comercio, el maestro de escuela, el sacerdote y todo el mundo. Política y chismografía es la ocupación cotidiana de esas gentes"⁴⁹⁸, expresaba el articulista, sin ocultar sus prejuicios por Chiloé y los chilotes.

Y *El Mercurio* de Santiago observaba: "Las gentes se dividen en Ancud... antes que todo... muy en primer término... en conservadores

⁴⁹⁴ Reproducido por *La Cruz del Sur*, Ancud, 30 de julio de 1915.

⁴⁹⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1920.

⁴⁹⁶ Larrocau Mellado, Andrea, *Queilen: 300 años de Historia*, Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001, p. 76.

⁴⁹⁷ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., pp. 234-235.

⁴⁹⁸ Reproducido en *La Voz de Castro*, Castro, 28 de octubre de 1921.

y radicales. Y las familias participan del color de sus jefes, las calles del color de sus habitantes, los teatros del color de sus asistentes. Hay un biógrafo unionista y otro aliancista, calles conservadoras y calles radicales, un club para unos y un club para otros. Asistí a una fiesta -dice el periodista- a beneficio de los Boy-Scouts de Castro, que por ser de iniciativa radical, no contaba entre sus asistentes ninguna familia conservadora⁴⁹⁹.

Opiniones como éstas parecen contradecir las que Francisco Muñoz Barrientos emitía en 1934, cuando decía que "Chiloé, tierra del orden, no sabe nada de revueltas políticas, y en sus pueblos de vida sencilla y honrada se cultivan las viejas virtudes de nobles castellanos"⁵⁰⁰. Pero Muñoz Barrientos estaba pensando en esa otra suerte de chilote, efectivamente ajeno al partidismo y que llamaba "mentira" a la política. Por eso, cuando falleció el vecino de Castro Samuel Subiabre, en 1924, no se omitió señalar como un mérito suyo haber vivido "enteramente alejado de las luchas políticas", añadiendo que éstas "engendran odio, siembran las discordias en la sociedad y en las familias". Se valoraba, en cambio, que el extinto se hubiera dedicado "únicamente al comercio y a las atenciones de su respetable hogar"⁵⁰¹.

Los mayores conflictos entre Ancud, Castro y los demás pueblos tuvieron su punto más alto entre 1906 y 1915, seguido de períodos de paz y nuevos períodos de riñas hasta 1940. Hubo momentos de relaciones amistosas y solidarias en los años veinte. Un joven de Tenaún escribió un poema, en 1925, que habla de la unidad y armonía a propósito del Centenario. Dice: "De entusiasmo y de ilusiones / De patriotismo acedrado / Por este suelo adorado / De Castro la juventud / Lanza un hermoso proyecto / A una magna convención, / Con justísima razón / Invitan a los de Ancud / A orillas del Gamboa / con su brisa perfumada / Estás ahí colocada / Oh Castro, bella ciudad / Tus felices moradores / Tus hijos entusiasmados / Estuvieron congregados / con los de Achao y Ancud"⁵⁰².

⁴⁹⁹ *Ibidem*, 18 de noviembre de 1921.

⁵⁰⁰ Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 18.

⁵⁰¹ *La Voz de Castro*, Castro, 8 de febrero de 1924.

⁵⁰² *La Cruz del Sur*, Ancud, 4 de octubre de 1925.

Pero la lucha política era mucho más fuerte que las solidaridades. Ancud siempre representó mejor a los conservadores y Castro a los radicales, en los años treinta. Pero en cada una había activos políticos de uno y otro bando que esperaban con impaciencia las elecciones. El centro de la politiquería y de las estrategias eran las Secretarías, porque en ellas se organizaban las acciones y las captaciones de votos a través del cohecho, que era el procedimiento corriente de todos los partidos.

Había dos formas. La primera era salir a los pueblos y campos a conseguir el voto. Iban políticos locales pertenecientes a los comandos, o personas respetables que, por su ascendiente, podían comprometer a los electores a cambio de alguna promesa pecuniaria. En estos casos se dejaba una "seña", como se decía por el adelanto de dinero. El resto se pagaba después de votar. La otra era el cohecho en las mismas Secretarías, sistema que se prolongó hasta los años cuarenta. Allí acudían, *motu proprio*, los interesados en dejarse comprar. O se iba a cohechar directamente a los campos. Enrique Caro recuerda que en Ancud, en la esquina de Ramírez con Chacabuco, había una Secretaría del Partido Conservador y que allí se pagaba el voto. Primero se traía gente del campo "y en un galpón le daban vino y empanadas". Un tío del informante era liberal y hasta "tenía su trato social". Todos se conocían políticamente y, además, se publicaba en el diario la lista de los votantes "con sus nombres y domicilios". Dice que su tío llegó a cobrar el voto al Partido Conservador pero, como lo conocían como simpatizante del Partido Liberal, no le pagaron, "y en un momento de descuido, la señorita Luisa Chijani, que estaba ahí, le mandó una patada en el traste"⁵⁰³.

Todo el mundo sabía en cuánto estaba cotizado el voto o qué partido estaba en condiciones de ofrecer alguna otra conveniencia. El ambiente incentivaba a dejarse cohechar. Por eso también las variadas formas que usaban los partidos para asegurarse que el cohechado cumpliera con su voto. El "acarreo" al lugar de votación, las "encerronas", la vigilancia de las urnas, los "soplones", los espías, los interrogatorios después de votar y a la hora de cobrar, eran

⁵⁰³ Radio Estrella del Mar, *Ancud, testimonio de un siglo que se fue*, (Recuerdos de Enrique Caro), *op. cit.*, pp. 80-81.

procedimientos regulares de cada Secretaría. Pero, no siempre era fácil. Waldo Brüning recuerda que "el día de la elección se formó una larga fila de votantes frente a la Plaza de Armas de Castro. Radicales y conservadores estaban muy alertas, vigilando de cerca a los numerosos electores que no tenían una militancia política inmaculada y que habían recibido anticipos monetarios. Todos sabíamos que muchos votantes inescrupulosos aceptaban sin asco, de varios candidatos a la vez, estas señas de dinero y que iba a ser muy difícil establecer por cuál habían de sufragar a la postre"⁵⁰⁴.

En medio del creciente radicalismo castreño, en tiempos de Ruperto Triviño y Carlos Hein, se movían de prisa los conservadores, entre ellos principalmente los frailes franciscanos, quienes, a pesar de su estado, participaban activamente en el cohecho. Fr. Felipe Oyarzún, el famoso "Cura Chaqueta", acaparó la atención en los años treinta como reconocido bromista, ágil de mente y discutiador de fuste. Recorría los campos, dejando "señas" de cinco pesos, como lo hacía también el Padre Isidro Díaz. Este último era conocido como "el amo de Quilquico", porque allí tenía su capilla. El cura de Queilen, por su parte, mantuvo una sórdida lucha con los radicales en tiempos en que se salía de casa armado. En fin, "todos los frailes y curas eran insignes politiqueros... y mercaderes de votos para consolidar la supremacía de las fuerzas conservadoras seriamente amagadas por la creciente expansión del radicalismo", dice Waldo Brüning, testigo de la vida política de Chiloé. Brüning recuerda que "los curas se trasladaban durante el día, de acuerdo a un plan prefijado, a las diversas comarcas rurales aledañas a Quilquico. Se movilizaban en botes, a caballo, e incluso a pie, según las circunstancias. En un maletín portaban el dinero", y prometían "que llegarían al cielo o al infierno, según cómo emitieran su voto"⁵⁰⁵. El mismo Brüning se vio envuelto en el juego político en 1933, tomando partido por los liberales de Rafael del Canto. Dice: "Optamos con Augusto [Kamann] por visitar durante la noche a los electores. Además de nosotros, había otros insignes cohechadores liberales en campaña nocturna. Estas visitas, tarde en la noche, fueron un gran acierto, porque encontrábamos a todos los maridos en casa.

⁵⁰⁴ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 185.

⁵⁰⁵ *Ibidem*, p. 185.

Los hacíamos levantarse y después, al calor del fogón, realizábamos nuestra labor de convencimiento de la manera más diplomática posible. En la mayor parte de las viviendas ya habían pasado los curas, dejando señas y recaditos con las señoras; en otras moraban electores de reconocida militancia radical o conservadora. A todos visitábamos por igual, ofreciendo un menú electoral bien balanceado, a base de una seña de 10 pesos y asistencia médica gratuita para todo el grupo familiar, por un año⁵⁰⁶. Añade Brüning, sin embargo, que no eran extraños los casos en que los chilotes ajenos a estas prácticas las consideraban vergonzantes y "propinaban sendas palizas, tanto a acarreados como a acarreadores"⁵⁰⁷.

Los frailes franciscanos solían amenazar a la gente más humilde y sencilla con la excomunión si no votaban por los conservadores. Y todos los partidos practicaban las "encerronas" en las Secretarías políticas "y con los votos marcados, los cohechados, conducidos por individuos llamados 'acarreadores', se dirigían a cobrar la sucia paga", siendo comunes las recompensas con almuerzos. Los candidatos se rodeaban de "matones" contratados en Santiago, "desde pugilistas a homicidas, para realizar actos intimidatorios y de fuerza"⁵⁰⁸.

Así se vivía la política. Se peleaban los conservadores con los liberales, después con los radicales, los "Unionistas" contra los "Aliancistas", se peleaban los periódicos de las distintas tendencias, y se peleaban castreños con ancuditanos. Así se pasaron las tres primeras décadas de la centuria, con largos períodos de guerra abierta, y cortos intervalos de paz. En 1936, *La Voz de Castro* se quemó en el gran incendio de la ciudad y Ruperto Triviño, al restablecer la prensa, aprovechó el momento para cambiar el nombre al periódico y pasar a llamarse *La Voz Insular*, pretendiendo con esto representar al radicalismo de toda la Provincia y destronar de su inexpugnable sitio al conservadurismo y hegemonía de *La Cruz del Sur*, lo que, sin embargo, no consiguió. Las disputas entre ambas ciudades y entre derecha e izquierda continuaron en los años cuarenta hasta que *La Voz Insular* cerró sus puertas y *La Cruz del*

⁵⁰⁶ *Ibidem*, p. 183.

⁵⁰⁷ *Ibidem*, p. 182.

⁵⁰⁸ *Idem*.

Sur de Ancud monopolizó la información y la propaganda. Al no haber ya dos periódicos rivales, la paz fue también imponiéndose en la Provincia, y si las riñas entre Castro y Ancud continuaron, no tuvieron el tono de antes.

II. Tiempos de disputas: "¡Castro es mejor que Ancud!"

Ninguna significación tenían Castro y Ancud para los chilenos, pero para los chilotes ambas ciudades eran los centros de la noticia porque allí ocurrían las cosas que merecían algún comentario. Por entonces, las palabras castreños y ancuditanos sonaban a rivalidad, y a riñas que comprometían también a los demás pueblos de la Provincia, que se veían arrastrados por una y otra en las eternas disputas.

Y no podía ser de otro modo, pues como entre 1900 y 1940 los chilotes vivían ajenos a las cosas de Chile -excepto en la política de la que siempre estaban informados e interesados- necesariamente pasaban mirándose a sí mismos y, por ende, noveleros de todo lo que hacía el vecindario. Era pura vida local con el sabor provinciano que por esos años era tan propio de los interiores del país, y limitada a lo que permitían los inacabables inviernos. Lo máximo que podían hacer los castreños para cambiar de ambiente era tomar el tren para ir a ver algo a Ancud, ciudad que en 1912 -cuando el ferrocarril comenzó a operar- la doblaba en población, y viceversa, porque los ancuditanos viajaban a Castro buscando lo mismo. En los años treinta, cuando ambas ciudades ya se parecían en tamaño y población, las disputas se extendieron también al tema de la jerarquía urbana, a su importancia comercial y a sus atractivos.

Fue el ferrocarril el que permitió que se conocieran ambos pueblos en sus intimidades y que en cada visita se reuniera bastante material para sus desavenencias y agravios que fueron *in crescendo* hasta comprometer a vecinos, prensa y autoridades. Hasta la propia Iglesia se vio envuelta en disputas mundanas y poco edificantes.

Se peleaba por las escasas obras públicas que el gobierno proyectaba para la Provincia, por la educación, por el puerto, por el tren antes y después de 1912, porque el puerto y el ferrocarril

terminaron beneficiando más a Castro. Y en la misma medida que esta ciudad ganaba en importancia, disputaba también la capitalidad, al tiempo que la creciente enemistad derivaba hacia las referidas riñas políticas entre radicales y conservadores de una y otra ciudad, asunto que, como hemos dicho, acaparaba toda la atención como expresión del encono con que se miraban, muy alentadas por los periódicos de una y otra en tiempos en que los castreños tenían como *slogan* el grito: "¡Castro es mejor que Ancud!".

1. El tema portuario

Las rivalidades por la hegemonía portuaria comenzaron a insinuarse en 1908, cuando se aprobó la construcción del "Ferrocarril de Chiloé", asociado al proyecto de un muelle para Castro. Los ancuditanos suponían que un puerto allí sería, a la postre, la pérdida de su jerarquía de cabecera portuaria de la Provincia, en momentos que la ruta marítima de vapores se estaba inaugurando por los canales.

Había razón en Ancud para inquietarse. Un puerto en Castro, unido al ferrocarril que se proyectaba a través de los bosques de Piruquina, podía significar que la madera saliese por Castro con más comodidad que por Ancud. El tema era la puesta en valor de los terrenos interiores y los aserraderos que se instalarían, teniendo el ferrocarril y puerto a la mano, asunto en el que la prensa nacional era también optimista en 1911, porque "la línea férrea atraviesa casi en toda su extensión inmensas montañas vírgenes en que predomina el laurel, el coigüe, el tenío, el muermo y la luma. "Es seguro -decía *La Unión* de Valparaíso- que con el ferrocarril han de llegar a esos bosques varios aserraderos que impulsarán poderosamente la industria y el comercio de la Provincia. Desmontados los terrenos -agrega- viene el desarrollo de la agricultura"⁵⁰⁹. Y toda esa riqueza saldría por mar.

Hasta los primeros años del siglo, la ventaja la tenía el puerto de Ancud, porque la navegación por el Mar Interior, es decir, hacia Castro, había sido insegura para los veleros de mayor tonelaje.

⁵⁰⁹ *La Unión*, Valparaíso, 31 de diciembre de 1911, entrevista a Eleazar Lazaeta, reproducida de *La Aurora* de Valdivia.

aunque el tráfico era regular desde y hacia Puerto Montt⁵¹⁰, e insegura también para los vapores. Las cartas náuticas que habían sido levantadas en el siglo XIX fueron rectificadas por la Marina en 1906, luego que el ancuditano y capitán de navío Roberto Maldonado hiciera los reconocimientos hidrográficos⁵¹¹. Asegurada la línea de navegación a vapor por los canales, se consolidaba también el puerto de Castro, y los castreños, seguros de sus ventajas, no perdían oportunidad de criticar el mal puerto de Ancud, y hasta llegaron a decir que la existencia de esa ciudad no se debía a otra razón que al antiguo temor de los buques veleros peruanos de navegar por el Mar Interior hacia Castro en el siglo XVIII⁵¹².

⁵¹⁰ Siempre navegaron los veleros, guiándose a estima o por las cartas náuticas vigentes en el siglo XIX. Entre ellos, los veleros de la firma *Federico Oelckers Detleusen*, que inició sus actividades en 1883 con base en Puerto Montt para llevar madera hasta Vancouver y Australia, además del cabotaje a Chiloé con los veleros *Tenglo*, *Maillén*, *Llanquihue*. En 1894 esta misma firma pasó a llamarse *Oelckers Hnos.* con los buques *Calbuco II* y *Huar*, en 1894; el *Quemchi*, en 1897; el *Emblem*, en 1902; el *Temuco*, en 1904; la fragata *Llanquihue II* y la barca *Nelson*, en 1906; y la fragata *Caremapu*, en 1907. Véase a Tampe, Eduardo, *Desde Melipulli hasta Puerto Montt: trayectoria de ciento treinta años*, Tomo I, Santiago, publicación particular, 1983, p. 183. Otras noticias sobre los Oelckers en Barruel, Esteban y Floridor Cárdenas, *Historia cotidiana y contemporánea del pueblo de Calbuco en el siglo XX*, Impreso por Salesianos S.A., Santiago, 2002.

⁵¹¹ *La Cruz del Sur*, Ancud, 21 de abril de 1906. Roberto Maldonado nació en Ancud en 1862. Sus padres fueron Francisco Maldonado y Dolores Coloma. Egresó como guardiamarina en 1883. Se especializó en matemáticas e hidrografía. En 1896 era Capitán de Fragata. Publicó *Estudios geográficos e hidrográficos de Chiloé* (1897), y *Relación de los trabajos efectuados en la Isla Grande de Chiloé* (1895). Casó con una hija de Francisco Vidal Gormaz. Falleció en Iquique en 1914. Las exploraciones hidrográficas de Roberto Maldonado están contenidas en "Viaje de exploración a los Archipiélagos de Llanquihue y Chiloé", en: *AHMCh*, Tomo XXV, 1905: *Informe preliminar relativo a la exploración de la costa de Chiloé, por Roberto Maldonado, Capitán de Corbeta*, Santiago, Imprenta Nacional, 1896; "Reconocimiento de las costas Oeste y Sur de Chiloé entre Cocotué y Cogomó, por el Capitán de Corbeta Sr. Roberto Maldonado en los años 1895-1897", en: *AHMCh*, Tomo XXI, Valparaíso, 1898, pp. 143-330. Roberto Maldonado Coloma fue designado "Delegado del Territorio Marítimo de Puerto Montt", en 1908, y continuó trabajando en el abalazamiento de los canales de Chiloé e Islas Guaitecas con las escampavías *Toro*, *Valdivia* y *Yáñez*.

⁵¹² *La Voz de Castro*, Castro, enero de 1931. Cuando Carlos de Beranger fundó la villa de San Carlos de Chiloé (huego Ancud) en 1768, lo hizo para resguardar la boca del canal de Chacao con el fuerte *San Carlos* y para que los barcos no se expusieran a la peligrosa navegación al interior del Canal hasta el puerto de San Antonio de Chacao. Durante los siglos coloniales era más riesgoso navegar hasta la ciudad de Santiago de Castro, que se mantuvo ajena al comercio marítimo con El Callao. Desde 1768, todo llegaba a Ancud y desde allí se distribuía al partido de Castro por medio de piraguas o por el "camino de la playa" y desde 1788 por el Camino Real o *Caicuméo*.

Castro comenzó a adquirir importancia como puerto intermedio hacia y desde Punta Arenas, cuando Ancud estaba siendo desplazado del comercio exterior de la madera por Talcahuano y Corral, y del comercio interior, al quedar excéntrico de la nueva ruta por los canales que capitalizaba Puerto Montt y beneficiaba a Castro, así como a los pequeños puertos de la costa oriental de la Isla Grande, especialmente en el caso de Chonchi hacia 1909, que concentró por un tiempo el tráfico marítimo⁵¹³.

El cabotaje de Chiloé se hacía con varios vaporcitos particulares subvencionados por el Estado para cubrir la ruta Puerto Montt-Ancud-Castro, con dos líneas en 1912: una se dirigía a Ancud dos veces por semana, y otra a Castro, prolongándose a Quellón y Melinka; más tarde se redujeron a sólo una línea que servía la ruta de Puerto Montt a Ancud y de Ancud a Castro hasta las Guaitecas.

Crecía el cabotaje de vapores grandes y pequeños y se incrementaba el comercio. A la compañía naviera *Braun y Blanchard*, de Punta Arenas, que inauguró su escala en Castro en 1907⁵¹⁴, se fueron sumando otras, como la *Pacific Steam Navigation Company* (PSNC)⁵¹⁵; la *Compañía Sudamericana de Vapores* (CSV); la *Compañía de Vapores Chile*, de Jackson y Cía.; la *González-Soffia y Cía.*; los vapores de Carlos Oelckers, entre los que estaba la famosa barca

⁵¹³ Cavada, Francisco. *Chiloé y los chilotos...*, op. cit., p. 43. Ese año, el puerto de Ancud recibía 250 naves, de las cuales 52 eran inglesas, 1 alemana y 25 noruegas, con un total de 253.382 toneladas. Le seguía en importancia Quemchi con 170 naves y 59.364 toneladas; Quicaví con 133 barcos, 13 de los cuales eran ingleses, y 45.400 toneladas, y Quellón con 20 naves, de las cuales 2 eran inglesas, y 13.632 toneladas. Anuario Estadístico correspondiente a 1909, Imprenta Universo, Santiago, 1910, pp. 302-303.

⁵¹⁴ *Braun y Blanchard* y *Menéndez Behety* fundaron en 1930 la *Compañía Chilena de Navegación Interoceánica*. Pero ambas compañías siguieron también operando independientemente. En 1938 Menéndez Behety vendió sus barcos a la Empresa Marítima de Ferrocarriles del Estado, y *Braun y Blanchard* hizo lo mismo a la Interoceánica. Parker Parada, María Teresa, "El tráfico marítimo por las costas de Chile entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX", en: *BAHNMCh*, N° 3, Valparaíso, 1998, p. 153.

⁵¹⁵ Su presencia en Chiloé data de 1853, fecha en que se estableció un servicio mensual de vapores entre Valparaíso y Ancud con escalas en Constitución, Talcahuano y Corral. Para servir esta ruta, la PSNC recibía una subvención anual del Estado. Parker Parada, María Teresa, "El tráfico marítimo...", op. cit., p. 150.

Tinto que hizo noticia en 1916⁵¹⁶; los barcos de la *Sociedad Austral de Maderas*, además de los vaporcitos regionales que hacían la ruta de Chiloé y Aysén. En 1917, era ya notoria la importancia portuaria de Castro. Ese año recalaron 288 naves con 62.037 toneladas, 4.194 tripulantes y 2.315 pasajeros, incluso 25 buques de guerra con 10.960 toneladas y 944 tripulantes⁵¹⁷.

Se inauguraban así los tiempos de fleteros, cargadores y *chateros*, y bullicio de pitazos en el puerto, cuando Roberto Andrade era Teniente Administrador de la Aduana y Subdelegado Marítimo, y cuando Castro contaba con tres agencias de vapores: la de Andrade-Oberreuter y Cía., la de Juan Christie y la de Camilo 2º Menchaca, mientras Olegario Miranda atendía la oficina principal de vapores nacionales, en 1919.

Para entonces Ancud y Castro seguían disputándose la supremacía portuaria de la Provincia y los castreños aprovechaban cualquier oportunidad para menospreciar el puerto de Ancud por desabrigado y ventoso, en contraste con la bahía de Castro, tranquila y protegida. Pedían que Castro se elevase a la categoría de "Puerto Mayor" al tiempo que exigían que los vapores regionales se pusieran a tono con los requerimientos del activo comercio castreño y, por lo mismo, hacían ver la necesidad de un sistema de transporte más eficiente y con itinerarios fijos.

"Está demostrado prácticamente -decía la prensa en 1919- que el movimiento comercial de este puerto adquiere cada día mayor importancia y su creciente desarrollo aumenta considerablemente, siendo insuficientes los cinco o seis vaporcitos que hacen escala semanalmente para transportar toda la mercadería destinada al comercio de esta plaza"⁵¹⁸. La prensa se quejaba, con razón, porque

⁵¹⁶ Véase Parker de Bassi, María Teresa, *Los veleros de la intriga: el Hoerzoquín y la barca Tinto*, Santiago, Ediciones Tusitala, 1990. Federico Oelckers falleció en 1909. Sus hijos Carlos y Germán continuaron como armadores. Germán conservó el nombre de la Sociedad (*Oelckers Hnos.*) con los buques *Calbuco III*, en 1914; la fragata *Puerto Montt* del mismo año; el *Calbuco IV*, en 1925; el *Laura*, en 1927, y el *Gualtecas*, en 1928. Tampe, Eduardo S.J., *op. cit.*, p. 183-184.

⁵¹⁷ Los barcos regionales pertenecían en su mayoría a la Empresa Naviera *Jorge Segundo Ditzel*, como el *Corcovado* y el *Caupolicán*, adquiridos a *Grace y Cía.*, además del *Calbuco*, el *Yates*, el *Chacao*, el *Armando*, el *Atlas* y otros. Tampe, Eduardo S.J., *op. cit.*, p. 185.

⁵¹⁸ *La Voz de Castro*, Castro, 19 de junio de 1919.

el conjunto de los vapores no eran capaces de transportar la cuarta parte de las papas, a pesar de considerarse mejor servido que el de Ancud. Tampoco cumplían bien su cometido los vapores grandes. Las naves de Braun y Blanchard sólo cargaban 5.000 ó 6.000 sacos -se decía en 1919- y a veces pasaban sin cargar. El mismo año se pedía una flota de barcos rápidos, y se ponían como ejemplo los 20.000 sacos de papas que había en el puerto esperando vapor para Valparaíso.

Se quejaban también los castreños porque los vapores regionales tenían que pasar primero por Ancud, lo que entorpecía el comercio al retardar los viajes y la correspondencia. Se criticaba que con mal tiempo el vapor no podía zarpar de Ancud, con perjuicio para Castro; que Ancud era un mal puerto, calificándolo de bahía "insegura y agitada", y que pasar primero por Ancud, estando tan alejado de la ruta, era sólo por el negocio de "favorecer a dicha ciudad con el movimiento de pasajeros que por la fuerza deben desembarcar, los que dejarán algunos pesos en el comercio"⁵¹⁹.

En los años veinte, eran más evidentes las ventajas del puerto de Castro sobre el de Ancud. En 1920 recalaron 420 vapores con 68.309 toneladas, 6.432 tripulantes y 2.574 pasajeros entrados y 2.837 salidos⁵²⁰. Finalmente, Ancud fue rebajado a "Puerto Menor" en 1926. Sin embargo, no se alegraron los castreños porque, por entonces, toda la Provincia estaba atenta a los pasos que daba el Gobierno en perjuicio de Chiloé, la delicada situación por la que atravesaba la Provincia y la indiferencia de Santiago respecto de las gestiones hechas por el Comité Pro Centenario de Chiloé en 1925. Además, toda la Provincia se había unido ese año para pedir un Liceo de Niñas para Castro y Unidad Militar para Ancud⁵²¹. Pero no había esperanza. En Chiloé corría el rumor de que, en vez de guarnición del Ejército, se enviaría a los subversivos del Norte a Castro, como obsequio del Gobierno para el Centenario de Chiloé⁵²².

⁵¹⁹ *Ibidem*, 26 de junio de 1919.

⁵²⁰ *Ibidem*, Castro, 1921.

⁵²¹ En Ancud había una guarnición con el nombre de Batallón N° 2, *Llanquihue*, que se ordenó fuera trasladado a Puerto Montt el mismo año 1925, lo que significó que abandonaran la ciudad más de 800 personas, es decir, 150 familias, con el consiguiente decaimiento del comercio. *La Cruz del Sur*, Ancud, 15 de febrero de 1925.

⁵²² *La Cruz del Sur*, Ancud, 26 de junio de 1925.

Sólo rumores. El Gobierno prometió un Batallón de Zapadores en reemplazo del Regimiento Chiloé (Batallón Llanquihue) y luego rectificó, ofreciendo una Compañía Disciplinaria. Los chilotes se preguntaban ¿para qué? Ironizaban que el Gobierno quería poner en orden a los chilotes⁵²³. En lugar de hacer astillas del árbol derribado, la prensa solidarizó con Ancud y con todo Chiloé, porque al perder Ancud su condición de Puerto Mayor, era para beneficiar a la competidora Puerto Montt, a la que se miraba con recelo, y "asi como marchan los acontecimientos -decía *La Voz de Castro*- es de creer que existe un plan premeditado de desprestigio contra Chiloé para hacerlo desaparecer intelectual y comercialmente del resto del país, porque de otro modo no se explica la tenaz y cruda guerra que se vive ejercitando contra esta abandonada provincia"⁵²⁴.

El 21 de mayo de 1926 no hubo actos patrióticos en Castro. Se miraba con desagrado al Gobierno. Lo que perdía Ancud no beneficiaba a Castro ni a otro pueblo de la Provincia, sino a Puerto Montt, más claramente desde 1927, año en que pasó a ser capital de Chiloé para desdoro de los chilotes que lo interpretaban como el más manifiesto desprecio del Gobierno hacia el Archipiélago.

Pero, excepto las muestras de solidaridad pasajeras, Castro miraba más por sus propios intereses. Solidarizaba con Ancud frente al continente, pero disputaba con esa ciudad en todos los planos y en 1926 hacía ostentación de sus adelantos, poniendo énfasis en el creciente movimiento portuario, porque todos los días había un vapor en la bahía, y tres o cuatro los días jueves⁵²⁵. En los años siguientes, recalaban dos o más diarios y los castreños hablaban de la "marcada hegemonía" sobre Ancud⁵²⁶. En 1930 la carga entrada por el puerto de Castro era de 8.427.041 pesos y 4.261.665 las salidas. El mismo año, las entradas por el puerto de Ancud sólo llegaron a 3.437.857 pesos⁵²⁷. No obstante, Ancud registraba 502 naves en 1928 y 632 en 1930, con 146.272 toneladas, cuando su aduana había pasado a ser sólo una Tenencia. Eran los últimos estertores de un puerto que había sido el principal de Chiloé, vencido

⁵²³ *Idem*.

⁵²⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 21 de mayo de 1926.

⁵²⁵ *Ibidem*, 1926. El mismo año se puso un faro frente al muelle con una luz roja fija a 5 metros sobre el nivel del mar. Antes, en 1920, se había instalado una boya en los bajos del río Gamboa.

⁵²⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 1931.

⁵²⁷ *Idem*.

por la mayor importancia de Puerto Montt y la ventajosa situación geográfica de Castro en el tráfico Puerto Montt - Punta Arenas; el puerto de Castro en 1930 registraba 973 buques con 307.050 toneladas⁵²⁸.

La decadencia de Ancud se refleja también en el libro de Miguel Roquer⁵²⁹. Un entristecido ancuditano añoraba los tiempos pasados cuando se juntaban en ese puerto hasta 60 veleros y arribaban más de 400 al año. Francisco Cavada recuerda que en 1909 recalaron en Ancud 424 naves y que en 1910 lo hicieron 502 barcos de todas las clases con 12.736 toneladas movilizadas⁵³⁰ en una época en que el puerto de Castro recién comenzaba a abrirse al comercio.

Así era antaño. En la tercera década, en cambio, y a pesar de un repunte en 1930, la bahía de Ancud se veía casi solitaria y la prensa castreña procuraba sacar partido de la situación desmedrada de aquel puerto. En 1931 decía: "Como muchos pueblos de la Historia, tuvo [Ancud] sus días de brillo y de relativa grandeza, pero sus elementos de subsistencia fueron artificiales y no podían, por lo tanto, ser duraderos". En cambio, Castro tiene un puerto "que cada vez más... se traduce en una marcada hegemonía... diez veces superior al de Ancud", ciudad a la que califica de devenida y nostálgica⁵³¹.

⁵²⁸ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., pp. 237-254. Todavía se hablaba del tema en los años cincuenta. Véase Cobo, Salustio, *Muelle en Quetalmahue y sugerencias para la construcción de obras portuarias*, Seminario sobre Problemas Regionales de Chiloé, Ancud, 1957.

⁵²⁹ Roquer, Miguel, *Caravana de nubes (Crónicas de un puerto perdido)*, Imprenta La Cruz del Sur, Ancud, 1946.

⁵³⁰ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 42.

⁵³¹ Decaía Ancud, crecía Puerto Montt y crecía lentamente Castro. El decaimiento de Ancud no era sólo marítimo, sino demográfico. En 1925, junto con el Regimiento, abandonaron la ciudad unas 800 personas, y en 1934 Manuel Díaz Bórquez lo ponía como "un triste ejemplo de la despoblación de Chiloé". Era perceptible en la vida cotidiana. En un artículo titulado *Decadencia de mi pueblo*, la niña ancuditana Irina Muñoz, dice: "No puedo permanecer indiferente ante la decadencia de mi pueblo. A todos nos causa pena ver que nuestro querido Ancud está decayendo social y comercialmente. Desde la ida de nuestro Regimiento ya palpamos su decadencia. La supresión de la Intendencia, el Liceo de Niñas y otras instituciones se han dejado sentir en nuestro Ancud. La decadencia comercial se nota aún más. Da pena salir a recorrer las calles de nuestro Ancud. Hay veces que ni una sola persona se encuentra en el camino y ni un solo cliente entra en los negocios. Los agricultores no pueden vender sus producciones porque en Ancud no hay plata. La pobre gente campesina recorre las calles inútilmente y nadie le compra los pocos artículos que trae en venta". *El Escolar*, Año 1, N° 4, órgano oficial del Centro de Lenguaje y Educación Social de la Escuela N° 1, Ancud, 4 de diciembre de 1930.

Por entonces, ya se evidenciaban las dificultades insalvables del puerto de Ancud y las malas políticas seguidas por el Gobierno para dotar a esa ciudad de un puerto alternativo en Lechagua al extender la línea del ferrocarril hasta allí. Se lamentaba Pedro J. Barrientos en 1931, "porque se cometió el error de tender un ramal hacia Lechagua, pasando por el centro de la ciudad y hacer en esa playa un muelle costoso para que algunos años más tarde, en vista de lo inútil que resultó la obra, se levante la línea, se deshaga el muelle y se desarmen los edificios"⁵³².

La bahía de Ancud no era buena. El viento la azotaba y los barcos no siempre podían acercarse al muelle, debiendo guarecerse en la Isla Cochinos y desde allí esperar que calmara el viento para que los fleteros pudieran trasladar los pasajeros hasta la ciudad y las lanchas transportar la carga. De ahí las demoras, los riesgos, los accidentes que los ancuditanos achacaban al despilfarro de dinero que significó habilitar el puerto de Lechagua para embarque de madera, en lugar de haber destinado esos recursos para proteger el puerto de Ancud con un rompeolas para abrigo de los vapores sin las molestias que ocasionaban los trasbordos, la pérdida de tiempo, las quebraciones de mercadería y los recargos de precios consiguientes, como dice Barrientos⁵³³.

Castro había desplazado a Ancud en movimiento portuario. En 1933 recalaron 443 vapores, entre los cuales se cuentan los de la *Compañía Naviera y Comercial de Chiloé*, que data del mismo año⁵³⁴.

⁵³² Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 325.

⁵³³ Los límites de la Bahía de Ancud eran por el Norte la línea que une la isla Cochinos con la Punta Aguí; por el Sur la costa de la Isla Grande, incluso el Golfo de Quetalmahue; por el Este la línea que une la Punta Agui con la Punta Huafhuén; por el Oeste la costa de la Península Lacuy. *La Cruz del Sur*, Ancud, 1931. En el siglo XIX, Ancud tenía un muelle que protegía una dársena profunda, buen abrigo para embarcaciones menores y goletas. Pero se embancó a causa de la basura y escombros que arrojaban los habitantes. En adelante, el puerto era accesible sólo para botes en marea creciente y no con bajamar, pues los botes debían esperar afuera para atracar al muelle. Maldonado, Roberto, "Reconocimiento...", op. cit., p. 302.

⁵³⁴ La *Compañía Naviera y Comercial de Chiloé* la formó Jorge Segundo Ditzel y otros propietarios con los barcos *Colo-Colo*, *Mercedes* y *Santa Elena*, además de los barcos que tenía Ditzel en su ex empresa naviera. La Compañía operaba en los puertos de Llanquihue, Chiloé y Aysén, y su actividad se prolongó hasta 1938, cuando se creó el Servicio Marítimo de los FF.CC del Estado o "Feronave" con los vapores *Tenglo*, *Trinidad*, *Taitao*, *Lemuy* (ex *Santa Elena*) y *Dalcahue* (ex *Laurencia*). Tampe, Eduardo, S.J., op. cit., pp. 185 y 187.

Con el mayor movimiento, aumentaba el colorido de botes fleteros, chatas de carga y trabajadores portuarios o "gente de mar" que en 1934 organizó el Sindicato de Obreros Marítimos. Y la prensa castreña reflexionaba el mismo año sobre la decadencia de Ancud, señalando que su progreso duró sólo hasta que el tren longitudinal llegó a Puerto Montt⁵³⁵, porque entonces las compañías de vapores "suspendieron sus servicios, iniciándose con este hecho el decaimiento en que se encuentra la ciudad de Ancud, desligándola por completo de la unión que por vía marítima tenía con todos los otros puertos del archipiélago, para ceder su puesto al puerto de Castro que, por encontrarse en contacto directo con los demás centros poblados del archipiélago y los de otros puertos del litoral chileno, inició luego su era de resurgimiento hasta encontrarse en el grado de adelanto que hoy ostenta a la vista del visitante"⁵³⁶.

En 1937, los castreños solicitaron la elevación de Castro a la categoría de "Puerto Mayor", dando como razones "la importancia que día a día va tomando la ciudad... e intensificación de su tráfico marítimo". La solicitud apuntaba a que fuera declarado "puerto mayor de 3ª clase, a fin de que puedan recalcar buques extranjeros, exportar e importar mercaderías"⁵³⁷. Por entonces, recalaban más de 400 vapores al año. Sin embargo, la petición no tuvo éxito. El Ministro de Hacienda respondió el mismo año que "previo informe de la Superintendencia de Aduana... no existe, por el momento, conveniencias de otorgar al puerto de Castro la categoría solicitada. Aún cuando Castro es un importante centro agrícola y comercial... la naturaleza de su movimiento marítimo y aduanero, y de sus actividades industriales y comerciales, no justifican, por ahora, la adopción de la medida indicada, pues pesaría sobre la Caja Fiscal sin beneficio de importancia para ese puerto"⁵³⁸. Sólo en 1958 consiguió la jerarquía de Puerto Mayor y Aduana Mayor, con creación de la Sección Postal dependiente de la Aduana Mayor de Castro.

⁵³⁵ La línea férrea se extendió desde Osorno a Puerto Montt en 1911 y la primera locomotora llegó el 15 de octubre. Los trabajos se habían iniciado en 1907. La inauguración fue en junio de 1912. Desde entonces, Puerto Montt pasó a ser "punta de rieles" y "emporio de las islas".

⁵³⁶ Montiel, Felipe, et al., *Memorial...*, op. cit., p. 6.

⁵³⁷ Sobre puerto mayor, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 25 de agosto de 1937, AMC, p. 130, Oficio N° 4 del 12 de julio de 1937, Del Intendente al Ministro de Hacienda, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 25 de agosto de 1937, AMC, p. 137.

⁵³⁸ Del Ministro de Hacienda al Intendente de la Provincia de Chiloé, Sesión 7ª Ordinaria, Castro, 25 de agosto de 1937, AMC, p. 139.

con sección de Encomiendas Internacionales⁵³⁹.

2. La Escuela de Pilotines

En sus mejores años del siglo XIX, Ancud tuvo la Escuela Náutica fundada por Esteban María König en 1844⁵⁴⁰, refundada luego como Escuela Náutica de Pilotines por el comandante ancuditano Basilio Rojas⁵⁴¹ el 21 de agosto de 1890 para la formación de los marinos chilotes⁵⁴². Sin embargo, comenzó a funcionar sólo en 1895 y con número completo de alumnos. Estuvo activa durante dos años, porque en 1897 fue trasladada a Talcahuano por decreto supremo a instancias del mismo fundador, dándose como razones la inseguridad de la bahía de Ancud para el buque-escuela. Más tarde, el diputado Ignacio García Sierpe recordaba, ironizando, que en Ancud "había constantemente mal tiempo, mar embravecido... hacía imposible la comunicación regular entre el buque y la ciudad, por lo menos durante el invierno", razón por la que la Escuela fue trasladada a Talcahuano⁵⁴³. La sorpresiva e insólita decisión de Basilio Rojas fue considerada una deslealtad hacia su tierra natal, como lo expresa también Francisco Cavada en 1914, cuando dice que "la prensa local señaló en aquella época a un hijo de Chiloé como el inspirador de esa traslación que levantó tan violentas protestas de parte de la opinión unánime

⁵³⁹ Del Departamento de Correos, Servicio Internacional al Alcalde de Castro, De la Junta General de Aduanas, Sesión 12ª Ordinaria, Castro, 25 de agosto de 1958, AMC, p. 332, Sesión 14ª Ordinaria, Castro, 10 de octubre de 1958, AMC, p. 348.

⁵⁴⁰ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 121. Esteban María König era francés. Casó con Carlota Velásquez. Hijo de ambos fue Abraham König Velásquez, quien fue Ministro de Guerra en 1889. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 109-110.

⁵⁴¹ Basilio Rojas nació en Ancud en 1848. Sus padres fueron el Coronel Mariano Rojas Cueto y Melchora Velásquez Cárcamo. Estudió en la Escuela Naval desde 1861. Tomó parte en el Combate de Abtao el 7 de diciembre de 1865. Entró en el Combate de Angamos y en la toma del Pilcomayo. Alcanzó el grado de Contralmirante. Murió en Valparaíso el 11 de abril de 1923. Estaba casado con Amalia Guzmán Velásquez. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 197-198.

⁵⁴² Caso, Carlos de, "La Escuela Náutica de Ancud o Escuela de Pilotines", en: *Revista Mar*, N° 87.

⁵⁴³ Cámara de Diputados, Discurso pronunciado por el diputado Ignacio García Sierpe solicitando el traslado de la Escuela de Pilotines a Chiloé. Reproducido en *La Cruz del Sur*, Ancud, 23 de agosto de 1913.

de la Provincia"⁵⁴⁴.

Desde Talcahuano, la Escuela pasó a Coquimbo y allí permaneció⁵⁴⁵. Pero en 1916, el Gobierno decidió devolverla a Ancud en respuesta a las gestiones del citado diputado castreño Ignacio García Sierpe, quien recogió, a su vez, las peticiones que desde 1907 venían elevando al Gobierno las autoridades ancuditanas. La opinión pública de Chiloé se resistía a creer que la Armada pudiera argumentar el factor clima. El diputado García Sierpe se preguntaba: "¿Acaso se pensó... que los futuros capitanes, pilotos y grumetes habían de navegar siempre, durante el ejercicio de su profesión, en un mar bonancible, en una taza de leche?". Pero, aún aceptando estas razones, ¿acaso Valparaíso no era peor que Ancud en invierno?, y ¿por qué la Armada prefirió trasladar la Escuela a las apacibles aguas de Coquimbo y no se decidió por el puerto de Castro, el más protegido de los inviernos y el más seguro de Chiloé? Precisamente, desde 1907 los castreños venían solicitando también una Escuela Náutica para Castro, aprovechando la admiración que produjo la hazaña de Liborio Vera⁵⁴⁶. No dejaron de mencionar las bondades

⁵⁴⁴ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotos...*, op. cit., pp. 39-40. De los primeros alumnos que ingresaron a la Escuela de Pilotines de Ancud, se recibieron 22, de los cuales 20 fueron capitanes y dos pilotos. De los chilotos incorporados a dicha Escuela en Coquimbo, 6 eran capitanes hacia 1913. Discurso del diputado Ignacio García Sierpe, en: *La Cruz del Sur*, Ancud, 23 de agosto de 1913. Entre los que egresaron de la Escuela de Pilotines de Ancud se cuentan algunos destacados marinos castreños, como Lauro Andrade, que en 1921 era dueño de un astillero y fábrica de barcos junto a Augusto Andrade, en Castro: Alfonso Bórquez, Francisco Miranda, Tulio Moreno, Antonio Rojas, Benedicto Ruiz, Juan Oyarzún, todos capitanes en 1907. Lauro Andrade era capitán del vapor *Lircay* en 1909. Otros alumnos sobresalientes fueron Francisco Cárcamo Díaz, Daniel Gómez, Aníbal Pinto, Nicanor García, todos castreños. *El Sur de Chiloé*, Castro, 19 de junio de 1919.

⁵⁴⁵ En Coquimbo se estudiaba a bordo del pontón *Abtao*. Los alumnos hacían viajes de instrucción en naves mercantes nacionales, transportes del Estado y naves extranjeras. Al egresar se contrataban como pilotos en las compañías de vapores y podían obtener el título de Capitanes de la Marina Mercante Nacional. Sinopsis Estadística i Geográfica de la República de Chile, 1904, Imprenta Cervantes, Santiago, 1906, p. 237.

⁵⁴⁶ El más conocido capitán parece haber sido Liborio Vera, quien, a principios del siglo, era dueño de los astilleros de Vilupulli y calificado de "inteligente y hábil capitán de la Marina Mercante". En 1907, condujo seis chatas a Valparaíso. El mismo dirigió la operación desde la chata insignia, haciendo las señales con banderas durante el día y con faroles en la noche. Cubrió 600 millas en siete días. Saltó de Ancud el 23 de enero y llegó a Valparaíso el 30. La prensa castreña no ocultó su orgullo: "Acaba de realizarse por dieciocho o veinte chilotos la más atrevida, la más altiva empresa marinera que registra la historia de la navegación de los últimos tiempos, y que deja de manifiesto... la fama de marino del hijo de Chiloé". *El Sur de Chiloé*, Castro, noviembre de 1907. En 1909 Liborio Vera estaba construyendo en sus astilleros de Vilupulli otras "seis gallardas embarcaciones para zarpar... a Valparaíso". *El Sur de Chiloé*, Castro, 1909.

del puerto castreño y el Mar Interior para el buque-escuela, al tiempo que subrayaban lo tempestuoso de la bahía de Ancud, adhiriéndose a los argumentos esgrimidos antes por el referido Basilio Rojas⁵⁴⁷. Al año siguiente, los castreños insistían sobre la necesidad de una Escuela de Pilotines con anexo de grumetes⁵⁴⁸.

Peticiones en vano. Se lamentaba la prensa en 1909: "No hemos podido [los castreños] conseguir ni Escuela de Pilotines... ni Escuela de Grumetes, aún cuando para conseguirlo hemos puesto fundamentos irrefutables"⁵⁴⁹. Tampoco habían tenido éxito las gestiones ancuditanas, a pesar de la decisión gubernamental de restablecerla en ese puerto.

Coquimbo no quería desprenderse de dicha Escuela y la terquedad de los nortinos dilató el asunto. En adelante, todo hacía presumir que finalmente se establecería en Castro. En 1912, se prometía una Escuela de Grumetes en Chiloé cuando en la Provincia se consideraba sería una injusticia negársela, porque no había nada más natural para los chilotes que el mar, porque en él realizaban sus actividades cotidianas y porque "el navegar a vela o a remo por los canales, que son los únicos medios de comunicación que tienen, es lo mismo que para los habitantes de la Zona Central montar a caballo, y de ahí su familiaridad con el mar y las tempestades y su decidida afición a los estudios náuticos. Estas son cualidades que no tienen los habitantes de ninguna otra región del país", decía la prensa⁵⁵⁰.

Sin embargo, nada se pudo conseguir ni para Castro ni para Ancud. Las gestiones continuaron y en 1921, nuevamente, se aseguraba que la Escuela volvería a Chiloé y que tendría su base en Castro. A esa altura parecía que Ancud había perdido la batalla. Sin embargo, los oficiales de la Armada opinaban desfavorablemente sobre Castro, prefiriendo Ancud o Puerto Montt, posición que reiteraron los oficiales del buque-escuela *Errázuriz* en 1924,

⁵⁴⁷ *El Sur de Chiloé*, Castro, 12 de febrero de 1908.

⁵⁴⁸ *Ibidem*, Castro, 1908.

⁵⁴⁹ *Ibidem*, Castro, 19 de junio de 1909.

⁵⁵⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 30 de agosto de 1913.

agregando que en Castro se padecía un "frío glacial", entre otras razones.

Entre 1921 y 1925 se sintieron ofendidos los castreños por los juicios de la Armada. Ésta consideraba que residir en Castro era como estar desterrados en un frío siberiano; que la ciudad carecía de todo lo necesario para vivir; que ni siquiera había casas para arrendar⁵⁵¹, que los estudiantes chilotes que había en dicha Escuela no eran tantos como se quería hacer creer, y que, además, mostraban escasa capacidad intelectual⁵⁵² ya que su rendimiento había sido tan bajo que sólo un pequeño porcentaje aprobaba los cursos. El *Mercurio* de Valparaíso añadía en 1922 que, de 54 alumnos chilotes que había tenido la Escuela de Pilotines, 24 fueron separados y 3 repitieron cursos en los años 1896 y 1921⁵⁵³.

Opiniones como éstas ofendían tanto a castreños como a ancuditanos, y a todos los chilotes. Pero, los castreños no podían aceptar que los de Ancud hubieran permanecido silenciosos frente a juicios tan denigratorios.

Finalmente, ni Castro ni Ancud merecieron la tan deseada Escuela. En 1925, otro chilote, el Ministro de Marina Braulio Bahamonde⁵⁵⁴, no hizo nada por impedir su traslado a Puerto Montt⁵⁵⁵, pueblo que por entonces era mirado con simpatía por el Gobierno. Ese año se decidió trasladar la Escuela de Pilotines para instalarla junto al Apostadero Naval de esa ciudad. El Decreto dice:

⁵⁵¹ *La Voz de Castro*, Castro, 1921.

⁵⁵² *Ibidem*, 1924.

⁵⁵³ *Ibidem*, 1º de diciembre de 1922.

⁵⁵⁴ Braulio Bahamonde Montaña nació en San Juan en 1874. Sus padres fueron Salvador Bahamonde y Bahamonde y Rosa Montaña y Andrade. Estudió en la Escuela Naval en 1892. Contralmirante y Ministro de Marina en 1925. Como Capitán de Fragata dirigió la construcción del *Almirante Latorre* en Inglaterra desde 1912 a 1915. Colaboró con el Almirante Luis Gómez Carreño en el terremoto de Valparaíso de 1906. Falleció en 1935. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, *op. cit.*, pp. 117-119.

⁵⁵⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 1925. Se estableció en Puerto Montt cuando era Gobernador Marítimo de esa ciudad el Capitán de fragata Roberto Stone Novajas. El buque escuela era el ex crucero *Errázuriz* que fue remolcado desde Talcahuano por el escampavía *Piloto Sibbald*. El Director de la Escuela de Pilotines, al mismo tiempo que Gobernador Marítimo, era el Capitán de Fragata Francisco Fernández Otaegui, desde 1926. Pero la Escuela de Pilotines tuvo corta vida en Puerto Montt, pues fue trasladada a Valparaíso y suprimido también el Apostadero Naval a fines de 1931, cuando era Gobernador marítimo el Capitán de Corbeta Alejandro Gallegos. Tampe, Eduardo S.J., *op. cit.*, p. 179.

"Art. 1º, Deróguese la Ley N° 496 de 21 de agosto de 1890. Art. 2º, Trasládese a Puerto Montt (Canal de Tenglo) la Escuela Náutica y Pilotines... Art. 4º, Consúltese la cantidad de ciento veinticinco mil pesos oro de 18 décimos para la instalación de dicha Escuela y expropiación de los terrenos en la Isla de Tenglo, deduciéndose los fondos de los comprendidos en el Art. 8º de la Ley de Tonelaje N° 3219 de 29 de enero de 1917"⁵⁵⁶. Para congraciarse con los ofendidos chilotes, el Gobierno ordenó reservar "quince becas pagadas por el Estado para la Provincia de Chiloé", como se contiene en el Art. 3º del Decreto de traslado de la Escuela de Pilotines a Puerto Montt, el 29 de marzo de 1925.

Las rivalidades entre Castro y Ancud jugaron aquí un papel negativo con perjuicio para ambas ciudades. Francisco Cavada, refiriéndose a la pérdida de la Escuela dice que se "segó en flor el porvenir de muchos jóvenes chilotes que, en caso de haber tenido a la mano y en su propio suelo natural los medios de instruirse, hubiera llevado un considerable contingente a la Marina Nacional"⁵⁵⁷. Pero la Escuela de Pilotines no tuvo tan larga vida en Puerto Montt. En 1931 dejó de funcionar y se trasladó a Valparaíso. Hubo vacilaciones. En los años treinta se volvió a plantear su retorno a Ancud, ante lo cual, Castro aprovechó de reiterar sus ventajas. En 1937, el Alcalde escribía al Ministro de Defensa que "Castro ha tenido el informe favorable de la Marina de Guerra y Mercante, vistas las condiciones de su bahía, que ésta es "superior a cualquier otro puerto del país", que allí "pernoctan diariamente los vapores de cualquier tonelaje", que es el puerto "de gran movimiento comercial del Sur" y que "con ningún viento salen los marinos a capear". El Alcalde hacía el postrer esfuerzo para lograr la Escuela de Pilotines y, para lograrlo, relacionaba su petición con el incendio de 1936 que destruyó la ciudad, señalando que "Castro ha pasado gran catástrofe y necesita ayuda de poderes del Estado", y como el Intendente de Chiloé hacía por entonces las gestiones a favor de Ancud, el Alcalde terminaba diciendo que el Intendente "debe demostrar que es jefe de toda una provincia y no de un reducido grupo"⁵⁵⁸.

⁵⁵⁶ La Cruz del Sur, Ancud, 29 de marzo de 1925.

⁵⁵⁷ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 40.

⁵⁵⁸ Del Alcalde al Ministro de Defensa, Sesión 4ª Ordinaria, Castro 26 de abril de 1937, AMC, p. 92.

3. La capitalidad

Los reveses de Ancud eran reveses de toda la Provincia. No era extraño, entonces, que se suspendieran las riñas entre Ancud y Castro cuando había que oponerse a las pretensiones de Puerto Montt, la rival común de los chilotes en los años veinte y treinta, particularmente desde 1927, en que esa ciudad pasó a ser capital de Chiloé con comprensión de Llanquihue.

Los portomontinos, jóvenes todavía, porque sólo contaban 80 años de vida como ciudad, se sentían merecedores de todas las atenciones de las autoridades centrales. Cuando querían algo, miraban a la más antigua Chiloé para arrebatarle sus colegios y oficinas, y el gobierno autorizaba el despojo. La víctima era Ancud, que en los años treinta se lamentaba de la larga sucesión de pérdidas en beneficio de Puerto Montt. Es cierto que la Escuela de Ostricultura, que fue cerrada al poco tiempo de su instalación, se reestableció después, estando activa en 1934; pero no pudo evitar perder el rango de Puerto Mayor, y con ello la Aduana. Y había quienes pretendían que hasta el obispado fuera retirado de Ancud⁵⁵⁹.

Ancuditanos, castreños, y chilotes, en general, se manifestaron contrarios a reconocer una capital extraña enclavada en la tierra firme. En los años treinta, los insulares unidos hicieron gestiones para recuperar la autonomía y restituir la cabecera administrativa al interior de la Provincia. Los ancuditanos comenzaron a protestar en 1930, dando como razones, en primer lugar, el perjuicio que significaba para los chilotes hacer viajes riesgosos y onerosos hasta Puerto Montt para realizar sus gestiones administrativas y, en segundo lugar, porque la capitalidad en Puerto Montt estaba significando el decaimiento de Ancud⁵⁶⁰.

⁵⁵⁹ En 1920, el candidato conservador Osvaldo Martínez creía que el Obispado debía trasladarse a Castro. *La Voz de Castro*, Castro, 1921.

⁵⁶⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 31 de diciembre de 1930. Desde 1927, en que el Archipiélago fue agregado a Llanquihue, se formó una sola entidad político-administrativa con el nombre de Chiloé. Fue una decisión inconsulta. El Decreto 8582 del 30 de diciembre de 1927 que llamó Chiloé a la nueva provincia fue una "mezquina concesión", dice Pedro J. Barrientos, "que no logró acallar las justas quejas... ni satisfacer la ofensa inferida". Ancud fue rebajada a Gobernación "con sus servicios desquiciados, destruida su unidad geográfica, porque no solamente sufrió con el alejamiento de muchas familias, el comercio, las industrias, la economía propiamente dicha. La reforma hecha con tanta premura

Pero cuando las autoridades centrales daban alguna esperanza de restituir la capitalidad, resurgían las disputas entre Ancud y Castro, porque cada una quería para sí el rango de capital de Chiloé, exponiendo sus ventajas y opacando a su rival, denigrándola cuanto fuese posible, en una época en que Pedro J. Barrientos ponía su pluma al servicio de Ancud, mientras Manuel Díaz Bórquez entraba en polémica con aquél, llevando la batuta por Castro, en 1931.

Mucho tardó el Gobierno en darse cuenta de la perjudicial decisión de reemplazar a Ancud por Puerto Montt y de unir a Chiloé con Llanquihue. Cuando Esteban Montero hizo su campaña para la presidencia de Chile, prometió a los chilotes emancipar la Isla, esgrimiendo razones históricas y geográficas, postura que despertó comprensible entusiasmo en la Provincia, donde obtuvo el 90% de los votos. Pero Montero perdió la elección.

Desde entonces, las tradicionales rivalidades entre Ancud y Castro se centraron en la capitalidad, que era el tema más conflictivo de los años treinta. En 1934, el vecindario de Castro argumentaba que el Departamento ocupaba las dos terceras partes de la superficie del Archipiélago, que la población alcanzaba a 65.592 habitantes contra 29.825 del Departamento de Ancud; que la densidad de población por km² era de 10,3 en Castro y sólo 7,4 en Ancud, que el Departamento de Castro lo formaban cinco comunas y más de cincuenta aldeas; que el puerto de Castro ofrecía ventajas geográficas respecto del de Ancud; que, por esa razón, el 80% de la población chilota se relacionaba con Castro; que el pueblo más importante del Departamento de Ancud era Dalcahue, pero a 70 kms. de distancia por tierra y sin comunicación marítima con su cabecera; que, en cambio, dicho pueblo no distaba de Castro más de una hora a caballo y dos horas en vapor, de modo que todos sus

y sin un estudio serio, produjo desconcierto. Luego que se puso en práctica aparecieron los vacíos y con ellos las dificultades de todo género, creadas por el cambio de categoría de Intendencia a Gobernación, de Gobernación a Departamento, de Gobernación Marítima a Subdelegación, de Aduana a Tenencia, de Juzgado de Letras a Juzgado de Cuarto Orden. En el resto de Chiloé, desaparecieron el Departamento de Quinchao, las comunas de Quemchi, Curaco de Vélez, Quenac y algunas subdelegaciones totalmente refundidas con otras. Fue un despojo de muchas cosas queridas que hacían honor a la República y a la Provincia, sólo con el fin de dar vida a Puerto Montt... Pretendió unirse lo que la naturaleza ha desunido". Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 226.

negocios los hacían los dalcahuinos en Castro y no en Ancud; que los habitantes de Queilen y Quellón distaban de Castro sólo 4 y 9 horas, respectivamente; que esos mismos habitantes para ir a Ancud debían pernoctar en Castro y seguir viaje al día siguiente en tren; que esto demandaba tiempo y gastos; y que todo estaría resuelto si la capital de Chiloé estuviera en Castro⁵⁶¹.

Sin embargo, Ancud se movía mejor y tenía a su favor haber sido la capital antes de 1927, año de la unión de Chiloé con Llanquihue. Y se movía mejor a pesar del "sentir unánime de los habitantes insulares [que pedían se designase] la ciudad de Castro como capital de la Provincia... pues así lo exigen más de 80% de los isleños por ser Castro parte céntrica de la Isla, seguro y abrigado puerto donde se surten y pernoctan más de cien puertos vecinos con triple movimiento comercial, industrial, agrícola, maderero, bancario, escolar, etc., que Ancud"⁵⁶².

Diez años después, en 1937, la balanza se inclinaba a favor de Castro. El alcalde Felipe 2° Montiel viajó a Santiago en 1936, en representación del Municipio y de todos los partidos políticos para solicitar de los parlamentarios el apoyo al deseo de los castreños "en mérito a las numerosísimas razones que así lo aconsejan como una medida de buen gobierno"⁵⁶³. No obstante, Ancud llevaba en Santiago una gestión bien encaminada, y cuando ese mismo año se verificó el nuevo mapa político-administrativo, Ancud volvió a vencer y pasó a ser capital de Chiloé, como lo había sido desde 1834. La capitalidad la obtuvo por 32 votos contra 6 en la Cámara de Diputados, "a pesar de la defensa [que a favor de Castro] hizo el diputado Jorge Urzúa". La ganó, porque "el trabajo estaba muy adelantado desde mucho tiempo antes a favor de Ancud"⁵⁶⁴, según salió a la luz en 1938, cuando se gestionaba la instalación de una unidad militar en la Provincia y el Alcalde de Castro pretendía adelantarse a Ancud, ofreciendo para ello los terrenos de Juan de

⁵⁶¹ Montiel, Felipe et al., *Memorial...*, op. cit., pp. 4-5.

⁵⁶² *La Voz de Castro*, Castro, 2 de marzo de 1935.

⁵⁶³ Gestiones alcaldías para conseguir la capitalidad, Sesión 18ª Ordinaria, Castro, 26 de diciembre de 1936, AMC, p. 53.

⁵⁶⁴ Sobre la capitalidad, Sesión 1ª Ordinaria, Castro, 25 de enero de 1937, AMC, p. 64-65.

Dios Ávila o los de Luis Tirachini, terrenos que "la comisión militar consideró muy superiores a los ofrecidos por Ancud"⁵⁶⁵. En esa ocasión, el Alcalde expresó que "cuando se discutió con Ancud la capital de la Provincia de Chiloé a restaurarse, se encontró [el Alcalde] en los pasillos de la Cámara con el actual Intendente Sr. Drago, quien le ofreció hacer cuánto esté de su parte por conseguir la creación de una Unidad Militar en Castro a trueque de que a ellos [los de Ancud] les toque la capital"⁵⁶⁶.

Por entonces, Castro y Ancud tenían la misma población, unos 4.000 habitantes cada una, pero la primera mostraba más dinamismo comercial que la segunda. Por eso la decisión de la Cámara de Diputados fue recibida con sorpresa e incredulidad por los castreños. Las relaciones entre ambas ciudades estuvieron, desde entonces, en el peor pie de lo que llevaba corrido el siglo, y continuó así en los años cuarenta.

⁵⁶⁵ Terrenos para Unidad Militar en Castro, Sesión 5ª Ordinaria, Castro, 10 de agosto de 1938, AMC, p. 243.

⁵⁶⁶ Gestiones para instalar una Unidad Militar en Castro, Sesión 5ª Ordinaria, Castro, 10 de agosto de 1938, AMC, p. 244.

TIEMPOS DEL DÍA Y TIEMPOS DEL AÑO

I. La medida del tiempo

La vida de los castreños era mucho más que rivalidades con Ancud, más que afición por la política y más que disputas entre vecinos. La mayor parte del año era vida apacible y en un ambiente familiar como sólo podía serlo en un pueblo pequeño de 1.200 habitantes en 1900 y de poco más de 4.000 en 1940. Se vivía sin prisa, pero atento al pequeño detalle, porque la indiferencia no era posible en tan corta población. Es cierto que se reñía por cualquier cosa, pero también se solidarizaba y se compartía en el hogar cuando los castreños valoraban la cocina o el fogón como centro de la vida cotidiana con el mate de la tarde o el *apiao* del crepúsculo.

Los tiempos del día marcaban las pulsaciones de la vida, aunque la medición del tiempo ni podía ser exacta, ni lo exigía la pausada existencia, cuando el reloj de los primeros años todavía no tenía el sentido que tendrá después. Para medir el tiempo estaban las campanas que iban señalando el transcurso del día con su principio, mitad y fin, como en las escuelas la campanilla ordenaba las horas de clases y las de recreo. En los alrededores, en cambio, bastaba con la lectura del cielo y la inclinación del sol para saber la hora. Por eso también los chilotes fijaban el tiempo "aproximadamente" o "entre las tres y las cuatro", como se decía para concertar una cita. Esa vaguedad era, a principios de siglo, la cultura del tiempo laxo y ambiguo, cuando aún no se había asentado el "tiempo cronométrico".

Por la misma razón, tampoco había un reloj público en el pueblo, excepto el de la Policía, que no era tan público como pudiera pensarse. El reloj que estuvo en la iglesia San Francisco se perdió cuando una de las torres fue derribada por un temporal en 1911, y cuando se reconstruyó no fue necesario reponerlo. En Ancud, como ciudad más grande y compleja, si se sabía la hora, pues el reloj sito en la torre de la catedral desde 1906 permaneció visible en toda la ciudad hasta el terremoto de 1960. Pero fallaba, y cuando esto sucedía reclamaba el público. "Es realmente una calamidad lo que

sucede en Ancud con los relojes públicos -se quejaba la prensa en 1913- No pasa semana que no se adelanten o se atrasen media hora, produciendo en la población, como es natural, un verdadero *revolutis*, sobre todo en los establecimientos de instrucción que se guían por la hora pública"⁵⁶⁷.

En Castro no era necesario el reloj público. Pero había caballeros que usaban relojes con no poca ostentación. Eran grandes y pesados, aquellos de bolsillo que en 1919 se compraban en la tienda de Bernardino Triviño y, según aseguraba la propaganda, la cuerda duraba ocho días. Usarlo era darse aires de modernidad. Y había que lucirlo en el chaleco con una cadenita de oro prendida del ojal y caminar echado para atrás con tres dedos de cada mano metidos en los bolsillos superiores del chaleco. Sin embargo, todos se guiaban por la campana porque marcaba los tres hitos del día: las ocho de la mañana, las doce al mediodía, y las seis, u hora de la oración, aunque sin ninguna exactitud, porque la hora quedaba a criterio del campanero. En esto de medir el tiempo, no había cambiado mucho desde el siglo XIX. Por Charles Darwin sabemos que en 1835, las campanas de la iglesia de Ancud repicaban a mediodía o "sexta", con variación de diez o más minutos respecto de la hora real, porque por esos años para dar los repiques no se usaba reloj, sino "la opinión de un anciano"⁵⁶⁸. En Castro también. El mismo Darwin dice: "Ninguno de ellos [los castreños] posee un reloj de bolsillo ni péndulo, y un anciano, que tiene fama para calcular bien el tiempo, da las horas con la campana de la iglesia en absoluto cuando a él le place"⁵⁶⁹.

Pero, hablaba la campana. Más elocuente no podía ser a principios de siglo con sus repiques con pausas largas y pausas cortas. Todo lo decía con suficiente claridad. Para eso sí que los castreños tenían el oído atento y nadie ignoraba los tres tiempos del día, como tampoco el significado del alegre y festivo "talán talán"

⁵⁶⁷ *La Cruz del Sur*, Ancud, 29 de mayo de 1913.

⁵⁶⁸ Vergara Quiroz, Sergio, "El tiempo, la vida y la muerte en Chile Colonial", en: Varios Autores, *Historia de las mentalidades*, Valparaíso, Edeval, 1986, p. 75, nota 13.

⁵⁶⁹ Darwin, Charles, *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Edición preparada por David Yudilevich y Eduardo Castro Le Fort. Santiago, Editorial Universitaria, 1995, p. 159.

de la noche del Año Nuevo, el lastimero y pausado repique de misa de difunto o el alocado repiquetear sin ton ni son en caso de incendio que convertía al pueblo en un caos. En este último caso, se sumaba al unísono la campana de Bomberos y la de la Policía. Con el sonido de las campanas para todo anuncio, se ordenaba la vida cotidiana, y el Castro de los años veinte traía a la memoria el papel de las iglesias en las ciudades medievales. El silencio general del pueblo, la lentitud del quehacer y la casi absoluta ausencia de novedades permitían captar mejor el lenguaje de las campanadas de Bomberos que, debiendo ser cuatro como estaba mandado, no siempre era cumplido, porque esa campana se volvía loca al grito de ¡Incendio, Incendio! Y loco también el vecindario disparado de sus casas para ser testigos del espectáculo de principio a fin.

Cuando el fraile campanero de la iglesia anunciaba los tiempos del día, lo hacía columpiándose del grueso cordel que desde la torre poniente del templo de San Francisco se descolgaba hasta el suelo. El campanero de Bomberos daba también la señal del mediodía, antes o después que el fraile, porque se guiaba por el reloj de la Policía, reloj que en 1915 era un desatino ya que marcaba la hora con adelanto o atraso a falta de alguien que supiera repararlo, a pesar de los esfuerzos de algún relojero. Sólo en 1921, Francisco Díaz sabía de composturas en su relojería y joyería *Omega* de calle Serrano, el más entendido en relojes de bolsillo y en ayudar al "minutero" del reloj de la Bomba para cronometrar el tiempo. Y tal vez, Valeriano Gómez pudo hacer lo mismo, enterado, como estaba, de los secretos de la medición del tiempo en su relojería *Clinton* de calle Blanco.

Los tiempos del día que marcaba la campana eran también las horas de las comidas: a las 8, el desayuno; el almuerzo, a las 12; la cena, a las 8 de la noche. Pero, la "hora del café" no merecía campanadas. La anunciaba el canto de los gallos a las 4 de la tarde, o entre las 4 y las 5 cuando los chicos regresaban de la escuela. La campanada de las 6, o de la oración, era también señal para tomar el mate, cuando en invierno era ya crepúsculo, u hora del brasero, como preámbulo de la cena.

En los campos no había campanadas ni relojes. Los habitantes

riberreños medían los tiempos del día por la altura del sol, por el canto de los gallos y por las mareas. Los chanchos eran los primeros en bajar a la playa al percibir el comienzo de la bajamar, anunciando la hora de la marisca, y tras ellos salían de sus casas las mujeres con sus canastos para la cotidiana recolección en la despensa playera. La marea era una manera *sui generis* de regular los tiempos y los quehaceres de bordemar. Con la marea se nacía, con la marea se moría.

El tiempo diario era tan lento como el desplazamiento del sol. El trabajo también. El tendero abría su negocio a las 10 de la mañana y cerraba a las 12 con la campanada del mediodía que señalaba la hora del almuerzo. Volvía a abrir a las 4 de la tarde para cerrar a las 8. No era un horario que se cumpliera rigurosamente. Dependía de la actividad callejera, de ciertos días y de las estaciones. En el trabajo no había apuro. El herrero laboraba con lentitud al compás de las conversas; el carretero al ritmo de la carreta; las vendedoras de "La Playa" en pasiva espera del comprador; el obrero de municipio en el ripiado de las calles combinaba las paladas con las tallas. El tiempo no era oro. Tampoco el ocio era tiempo perdido, ni las esperas lo eran. Daba la impresión de que los castreños estaban siempre a la espera de algo. En la Estación se juntaba la gente a esperar el arribo del tren, larga y tediosamente bajo la lluvia, como se esperaba el vapor con la correspondencia o se esperaba la hora del cine. Siempre a la expectativa, cuando la precisión del tiempo era vaga, los itinerarios inciertos, y cuando sin reclamos ni prisa se vivía el "más o menos".

Tampoco había en los campesinos un claro concepto de la relación tiempo-trabajo-ganancia. El isleño de Chaulinec cargaba su lanchón con sartas de mariscos para ir venderlas a Castro. El viaje duraba tres días con paradas en casa de amistades. En Castro, estaba otros tres días para vender el producto por un precio que no compensaba el tiempo empleado en el viaje. Nula ganancia.

Excepto los empleados fiscales y particulares, los profesores y los escolares, que debían cumplir horario fijo, los castreños -y los isleños en general- eran dueños de su tiempo. Trabajaban para vivir, pero no vivían para trabajar. El zapatero remendón contemplaba la

vida desde su taller con vista a la calle, como la contemplaba la campesina parada junto a su canasto con coles y achicorias en la Plaza de Abastos; daba la impresión de que la venta era sólo algo adjetivo y había viajado a Castro únicamente para "mirar" cómo pasaba la vida y cómo pasaba el tiempo.

II. Los "tiempos" del calendario

El transcurso de los meses ordenados en el calendario era más claro y puntual a lo largo del año. Los ciclos estacionales asociados al tiempo atmosférico condicionaban la vida. Cada sección del año tenía sus tonos, sus colores y sus aromas, y la psiquis mostraba sus altibajos en relación con el clima, alentando o apagando los rostros del vecindario. Se podían notar los "tiempos psicológicos" y los rituales propios de cada estación en los pueblos, mientras en los campos los ciclos de la luna condicionaban los trabajos agrícolas, y los ciclos de las mareas diarios y anuales hacían lo propio con la recolección y con la navegación; así eran en Chiloé los "tiempos rurales" en la primera mitad del siglo XX.

La rueda de las estaciones giraba sin pausa, y la vida parecía ir de la mano con el ambiente climático, con la luminosidad de la estación estival o con la bruma de invierno. Cada nuevo año era un volver a empezar para repetir imágenes fijas e inmutables de la naturaleza, cual ciclo del eterno retorno. ¿Cómo será este año? El misterio de la vida, el inescrutable futuro, el destino incierto eran los temas al comienzo de cada calendario cuando se reiniciaba el giro de la rueda en el mundo de los vivos. Los recién nacidos llegaban con el estío y los viejos abandonaban su trozo de tiempo en el mes de agosto. Tiempos del nacer y tiempos del morir.

El año, una sucesión de trozos de tiempo, secciones claramente definidas por la inclinación del sol, o por la mayor o menor intensidad de la luz y por las temperaturas. Y con hitos o nudos a lo largo del año, como eran las fechas de festividades que, a modo de postas en el transcurso del tiempo, constituían descansos civiles y religiosos. Entre hitos, el diario vivir era de esperas. Se esperaban las fiestas públicas señaladas con rojo en el calendario, y se aguardaban las

fiestas privadas de la familia: santos, cumpleaños, aniversarios de matrimonio. Era un modo de dar sentido a la vida, rituales del tiempo cíclico y del trabajo estacional. En cada hito, había ocasión de lucir las prendas nuevas, de vivir la sociabilidad, la comida y la bebida. Y según las fechas y las estaciones, eran las exterioridades al aire libre o las privacidades al interior del hogar. Las estaciones lo condicionaban todo: los fragantes aromas de la naturaleza en primavera ambientaban las fiestas juveniles con sus reinas; los olores a fritura en la cocina en invierno acompañaban a San Juan.

El ritmo del universo medido por el calendario, versus el ritmo cotidiano medido por el reloj y la campana. El año, sucesión de estaciones y sucesión de trabajos en los alrededores de Castro: la trilla, la tala, la siembra de papas, la marisca, el carneo iban marcando los tiempos de la vida rural, y cada tiempo o estación predisponía. El verano llegaba con la luz y con ella la alegría; el otoño, con sus colores cansados y sus brisas, predisponía a la sensibilidad; el invierno, con sus vientos y lluvias, entristecía el espíritu y apagaba la vida; la primavera, con sus colores y aromas, predisponía a las ganas de vivir y estimulaba las relaciones sociales.

El año transcurría entre el verano y el invierno, entre los cielos azules y los grises. Otoño y primavera eran intermedios o preámbulos. Con los primeros manzanos floridos en septiembre comenzaban los preparativos para la Fiesta de la Primavera. Con la Semana Santa se inauguraba el otoño. Todos los años se repetía el esquema. La misma secuencia estacional, idénticas actitudes ante cada trozo de tiempo por el que se debía transitar. Ciclos del tiempo cósmico eterno y ciclos del tiempo perecedero de la vida humana⁵⁷⁰.

Se animaba la plaza Prat, esperando las campanadas para recibir el Año Nuevo y despedir al Viejo. Repiques, explosión de buenos deseos, rostros sonrientes y amistosos a medianoche casi sin reconocerse cuando este paseo público tenía sólo unas cuantas ampolletas en 1922, pero para entonces algo decorada, arbolada y hasta aseada para disfrutar de la sociabilidad diaria. Antes era sólo un pastizal y el Nuevo Año se esperaba en casa con repetidos brindis.

⁵⁷⁰ El tiempo en las distintas culturas puede verse en Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1991.

Desde 1915 contaba con kiosko y música de banda, más a propósito para la recreación del vecindario. La prensa decía en 1923: "¡Qué contento, qué bullicio, qué satisfacción! Todas las personas se confundían en efusivos abrazos, deseándose felicidades de toda clase... la noche era preciosa... la luna iluminaba la ciudad y con sus luces de plata convidaba a divertirse"⁵⁷¹. Ricos y pobres, caballeros bien trajeados y rotitos hilachentos. Se abrazaban iguales y desiguales. Pero no faltaban las situaciones bochornosas. Se enojó una distinguida señorita de calle Blanco porque la abrazó un cargador del puerto que sintió un impulso irresistible. Pero con torpeza. La cogió como acostumbraba a coger sacos de papas en "La Playa" y la damisela se indignó. Solían producirse situaciones como éstas porque, como la bebida comenzaba con mucha anticipación, al llegar la noche ya no se atinaba mucho y el tufo a vino se olía desde lejos. La noche de Año Nuevo era así.

Todos los estratos sociales en la plaza, dando sentido al "ámbito público". Pero después se ordenaban las clases. Cada uno con sus pares. La élite se retiraba al *Club Social* como venía haciéndolo desde 1913 cuando se inauguró este selecto local de exclusivas reuniones de "gente bien". Así fue la noche de Año Nuevo de 1915, ocasión en que no faltaron los actos literarios, música de piano, estudiantinas, comedias, monólogos y discursos. Tiempos de las pianistas Amalia de Andrade, Ester de Canobra, Otilia de Miranda. Y tiempos de los "dancy party" de la juventud en los años veinte, cuando las noches de Año Nuevo se celebraban con bailes en casas particulares, ya con luz eléctrica.

Los caballeros que no pertenecían al *Club Social* celebraban el Año Nuevo en el hotel *Castro* o en el *Paffetti*. Los "sectores medios" iban a la *Pensión Luna* del "turco" de ese nombre, en 1916, a beber vino, cerveza o chicha sin medida, tal vez en compañía de algunos rezagados comerciantes foráneos de poca monta y menos refinamiento.

Mientras las familias pudientes inauguraban el año con mesurada alegría, los sectores sociales populares se entregaban a

⁵⁷¹ *La Voz de Castro*, Castro, 5 de enero de 1923.

las comilonas en casa y *bebiendas* en las cantinas. Se creía que había relación entre lo bien que se pasaba el primer día y lo bueno que habría de ser el resto del año. Una atmósfera de felicidad invadía el pueblo cuando los bomberos se presentaban como actores principales del espectáculo digno de tal nombre que se hacía el 1º de enero con carros alegóricos, desfiles de voluntarios al compás de la banda de improvisados músicos, como se celebró en 1905. Más grave y devoto era cuando los padres franciscanos se sumaban a la celebración en los años quince con procesiones y actos litúrgicos.

Y así llegaba el estío, el tiempo de la canícula que nunca podía ser mucha por la mezquindad del sol. Estación positiva, ansias de vivir, de relacionarse, de visitar a parientes, de los niños en vacaciones, de las ropas ligeras; tiempo de casamientos, del culto al amor y de las galanterías, de la diversión y de las fiestas religiosas de los pueblos. Y tiempo del trabajo rural, porque se apuraban las cosechas, las trillas, las *majas*, y se recolectaban los frutos silvestres para las mermeladas de marzo; tiempo de las compra-ventas en las ferias locales, y tiempo de abrir ventanas y puertas para deshumerdecir piezas con torrentes de luz. En la rueda de las estaciones, el tiempo de verano era, sin embargo, el más breve.

El tono del verano se apreciaba bien en domingo. En los años veinte, la misa de 11 era a iglesia llena, y luego todo el mundo a la plaza para el paseo, las miradas, los saludos, la sociabilidad, y ocasión de lucir las prendas nuevas. El *Castro Musical Club* interpretaba algunas piezas que se apreciaban como impagable regalo para el día dominical, ocasión que aprovechaba algún vendedor de *sustancias*, de pan de huevo o de *cachos*, las golosinas de entonces, para instalarse junto al kiosko con un enjambre de chiquillos alrededor.

Y en domingo también, la bomba y los ejercicios bomberiles, el espectáculo más esperado por su colorido y por ser ocasional. En los años treinta, se instalaban las escalas frente a la casa de Santiago Gallardo y junto al pozo de la Plaza para hacer los ejercicios de agua que eran la felicidad de los niños. Concluido el espectáculo, se retiraban los bomberos y, con ellos, la banda, los vendedores y el

público. La Plaza quedaba desierta.

Pero las tardes de domingo eran de silencio en *Callelillo* y en La Playa, con isleños reposando sobre la cubierta de sus lanchones; de silencio en calle Blanco, con sus negocios cerrados, y de silencio en la plaza inanimada como a las 4 de la tarde, antítesis de la sociable mañana. La vida se iba a otros lugares: la cancha de los García, los paseos a La Chacra, los pololeos en el cerro Millantui, las visitas al Cementerio y al Hospital. Sólo a las seis de la tarde las calles céntricas recobraban vida con el transitar de la gente rumbo al biógrafo en los años treinta, cualquiera fuese la película, mientras la Plazuela Henríquez se animaba con los pelusitas y el juego del *chupe*, cuando las "casas licenciosas" de las *mayocas* cerraban sus puertas para el descanso de la Pancha y la Panchaza, las chicas pícaras de principios de los cuarenta.

Verano era estación de visitantes, de vapores en la bahía, de diputados y correligionarios en torno, de vecinos ancuditanos que llegaban al pueblo, de estudiantes de regreso a casa, de ropas coloridas, de calles concurridas, de pichangas callejeras en los arrabales del pueblo. El verano era como un suspiro. A fines de febrero ya se notaban los signos del fin de la estación, cuando los pocos visitantes abandonaban la ciudad y soplaban las primeras brisas que deshojaban manzanos y ciruelos.

Entre marzo y abril los colores del paisaje se tornaban más tenues, los verdes más pálidos y los amarillos más intensos en los campos inmediatos. Sólo el cielo regalaba sus colores fuertes en las nubes rojas del atardecer. Y olores a paja y a manzanas. Tiempo de la *maja* y de la chicha fresca, de los cuadernos nuevos y de los mamelucos de mezclilla. Unos quinientos niños y unos quince profesores reiniciaban en marzo el período escolar en las humildes escuelitas urbanas de los años veinte, cuando la gente parecía ir frunciendo el ceño y apagando las miradas, junto con el declive de los ánimos, en la segunda quincena de marzo con los anuncios del otoño que parecían notarse primero en las señoras de tercera edad que, arropadas de oscuro con rebozos y chales, iban al "rezo" con sus libros de oraciones y el rosario colgando. Un bajón en el ambiente. Entonces, se daban la mano el ánimo depresivo y la

luminosidad cansada a esa altura de la estación.

Sin embargo, se esperaba con impaciencia el mes de marzo, porque regresaban los braceros desde Magallanes con sus fajos de billetes atados a la cintura para alegría de la familia y de los comerciantes que entre marzo y abril duplicaban sus ventas. Los retornos de trabajadores hacían positivo el mes, y las caras sonrientes comprometían a todo el pueblo y campos vecinos, incluso a los fleteros del puerto, con tanto pasajero y paquetes. Pero eran opuestos los rostros satisfechos en las animadas cantinas, con el recogimiento general del vecindario en Semana Santa.

Ocasionalmente, algún acontecimiento trascendente alteraba la vida cotidiana. En marzo de 1931 llegó el presidente Carlos Ibáñez del Campo a visitar a los castreños⁵⁷². Arribó en el destructor *Riquelme* y fue recibido por más de treinta embarcaciones engalanadas, y tres mil personas lo ovacionaron, a lo que siguió un desfile. Sucesos como éstos no eran para tomarlos con indiferencia por el pueblo ni por los caballeros. Arturo Yunge agasajó al Presidente con un curanto en su fundo de Piruquina, al que asistieron 60 personas. Pero eran sólo paréntesis. A veces, paréntesis de marzo que dejaron huellas imborrables, como el incendio de la ciudad en 1936. La vida quedó en suspenso. La tristeza se adueñó de marzo. La ciudad olía a carbón.

La rueda comenzaba a descender, la naturaleza a perder su energía, la gente a apagarse. Abril era de la cocina y del "tiempo de los *churrascos* y *calzones rotos*". Se iniciaba con las regadas cazuelas de gallina "con repetición" para resarcirse de una mezquina Semana Santa que sólo permitía sopas, caldillos y "agüitas", cuando las calles estaban volviendo a su tradicional soledad para inaugurar el "tiempo del silencio" y el "tiempo del buen comer", porque a esa altura de la estación, el chanco esperaba su turno en el chiquero para iniciar los bien comidos Juanes y Luises puertas adentro.

El otoño pasaba rápidamente de los tonos claros a los oscuros. Se podía percibir día a día cómo se inclinaba el sol. Abril y un poco

⁵⁷² Barrientos, Pedro J., *Para la Historia. Visita que S.E. el Presidente de la República Don Carlos Ibáñez del Campo hizo al Archipiélago de Chiloé en los días 13, 14 y 15 de marzo de 1931*, Imprenta del Asilo de Huérfanos, Ancud, 1931.

de mayo, tiempo de las brisas frías y cielos progresivamente agresivos cuando las nubes se arremolinaban con sures y con nortes, deshojando álamos, manzanos y castaños. Mayo ya gris. Muy de prisa se iba haciendo presente el invierno. No se puede detener el transcurso del tiempo ni la lluvia que lo acompaña, todavía de chubascos, preparando el ánimo para la estación en que el cielo descarga copiosamente sus aguas sin pausa. Los 13° de abril descendían a 10° en mayo, y había que ponerse abrigos, ponchos, bufandas, sombreros, zapatos de caña y botas para el barro. Mayo era de calzoncillos largos y calzones de lana para las señoras, de medias gruesas y de refajos. Se preparaban las ollas, se instalaba el brasero y, en las calles, los carneadores ofrecían sus servicios para las matanzas, las carretas pasaban cargadas de leña, y el picador con su hacha oteaba los patios donde pudiera haber trabajo de "picar", las últimas carretas de la chicha, las mujeres con sus canastos de *quilmahues*, los chicos del colegio con sus bolsoncitos de género, y los carboneros en sus caballitos peludos con el producto para el brasero. Por mayo entraba el invierno con su rostro melancólico.

El invierno era de carneos de cerdos que se engordaban durante el año en los chiquereros urbanos. El olor a frituras comenzaba al interior de las casas y en la mediagua calentita que desde el mes de mayo pasaba a ser el centro de la vida, de la conversa y de las oraciones por la tarde. En junio caían las primeras heladas cuando el sol se inclinaba más y más. Escarchaba para alegría de los chicos, porque se congelaban las pozas, se endurecía el barro y se jugaba a las resbaladas en las pampas. En ocasiones, la temperatura podía llegar a bajo cero. Si la noche estaba despejada, seguras eran las heladas. La mayor fue en 1927, cuando el termómetro marcó menos 7 grados. Se congeló la bahía, immobilizando botes, goletas y chatas. La ciudad amaneció blanca, la atmósfera quieta y los deshojados manzanos yertos de frío.

El invierno era de chisporroteo de manteca y olor a sopaipillas y *milcaos* en días de copiosas lluvias y temporales. A veces, de inusitados huracanes, como la noche del 8 de agosto de 1911 cuando la furia eólica derribó estrepitosamente la torre oriente de la iglesia San Francisco recién reconstruida después que se incendiara en

1902⁵⁷³. Un desastre más que se sumaba a la larga historia de hechos infaustos de Castro y Ancud, porque si no era el fuego, era el viento el que alteraba la tranquila existencia invernal. Los temporales se sucedían en junio, julio y agosto. En 1905 parecía que la ciudad iba a salir volando azotada por un inusitado temporal. La gente corría a refugiarse en las casas más seguras. Se desplomaron varias y otras sufrieron graves daños. Cuatro casas cayeron en La Chacra y también la "iglesia" del finado Pascual Mancilla⁵⁷⁴. Se presentaban más fuertes en el oeste de la Isla sacudiendo sin compasión la ciudad de Ancud⁵⁷⁵ y las humildes casas de Cucao. Y de repente alguna noticia infausta de naufragios, de viviendas destruidas, de árboles derribados, como el 7 de junio de 1927 en que un tornado sureño sin nombre de mujer pasó por Ancud y casi se llevó el pueblo "entrando desde la bahía a la ciudad por detrás del Colegio de la Inmaculada Concepción, empezó su obra destructora hasta derribar sesenta casas de los barrios La Arena y Regimiento"⁵⁷⁶. Y todos los chilotes, de un extremo a otro de la Provincia, comentaban lo sucedido, empeñados en la tarea de socorrer a los damnificados. En casos como éstos, afloraba el espíritu solidario. En Castro se juntaron 903 pesos para los ancuditanos, lo que no era poco, tratándose de pueblos rivales.

En general, el invierno era de tristeza y monotonía, excepto por la alteración que causaba alguna tragedia como las señaladas o un accidente ferrocarrilero o la muerte de vecinos que "no pasaban el invierno", o por ocasiones más positivas, como la celebración del Día del Trabajo, el 1º de mayo de 1924, con un grandioso desfile de más de 300 personas, o la más tradicional celebración del 21 de mayo, que era el remedio para el tedio en la ciudad blanca por la escarcha por donde pasaba marcialmente la banda al compás de cajas, presidida por el guaripola que anunciaba la hora de izar las pocas banderas que había en el pueblo. El vecindario salía a la calle para presenciar el desfile de chicos arregladitos formados por

⁵⁷³ Guarda, Gabriel OSB, *Iglesias de Chiloé*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1984, p. 62.

⁵⁷⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 29 de junio de 1905.

⁵⁷⁵ Knocke, Walter, "Observaciones de una tempestad en San Carlos de Ancud", en: *RChHG*, N° 10, Santiago, 1913, pp. 225-232.

⁵⁷⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de junio de 1927.

cursos y por escuelas, las liceanas, los altivos bomberos de las tres compañías, la banda de músicos, marciales carabineros de botas y espuelas, mientras todo el pueblo olía a costillares de chanco, y a sopaipillas que por entonces llamaban *pestiños*.

Excepto estos paréntesis, el invierno era lento y de calles solitarias. La vida más significativa se vivía en el hogar y se llamaba "tiempo del buen comer", por los costillares, tocinos, longanizas, jamones y *milcaos* que eran parte del ritual de la cocina donde nunca faltaba el vino de *miñe-miñe*, ni la chicha fermentada y *calorosita*. De comer era la estación. Pero también de tardes cantineras fuera de casa, en el *American Bar*, en San Martín, o en las cocinerías donde se comía "cachás grandes". Y de rezos crepusculares para las mujeres que siempre han estado más cerca de Dios que los varones. Eran tristísimos los cánticos en la iglesia franciscana, en la vieja iglesia Matriz y en la capilla de las monjas hospitalarias, donde se rezaba con una devoción no cualquiera en los años veinte. A las señoras que cumplían el medio siglo, les venía casi de súbito el fervor por los rezos y las novenas, misas y comuniones, porque el ambiente invernal se conciliaba mejor con el deseo de purificar el alma, quizá por ser la estación en que rondaba la muerte. Otros aprovechaban las largas noches para hacer del invierno el "tiempo" de encargar guaguas en los barrios pobres.

Un paréntesis esperado eran las vacaciones de julio con el juego del *trompo* en calles llenas de pozas. Se alegraba un poco el pueblo con los chicos que, indiferentes a la lluvia aprovechaban al máximo las dos semanas libres de lápices y cuadernos. En fin, el invierno se sintetizaba en el brasero en la hora del aromático café de higos que distribuía Elías Fuentealba, en la hora del mate con bombilla y en la hora de la cena de costillar y papas cocidas.

Y se estaba atento a los primeros signos de la primavera. Comenzaba con la fiesta del 18 de septiembre y el traje dieciochero, la camisa blanca, el cuello duro y el sombrero nuevo de los pijes, el jockey de los pobres y la boina del "coño" Meñique. Todo el mundo a lustrarse los zapatos en la calle, porque era de caballeros lustrarse con el lustrabotas que sacaba brillo con betún, tinta, escobilla y paño. Y a la vista de todos. Era una manera de hacerse notar. Así se

iba a la plaza el día patrio, o al club o a las ramadas. Y así también el 19 a presenciar los juegos populares de los chicos ensacados, del palo encebado, de las regatas en la bahía, y de los esperados carros alegóricos que se incorporaron a la fiesta dieciochera en los años veinte. Caras de contento. La zalagarda de los chicos con sus cornetas de cartón y banderitas chilenas de papel coloreando las calles, alegraban el mes de septiembre.

Pobres y ricos con su mejor tenida, porque no tener algo nuevo que ponerse en Fiestas Patrias -aunque fueran trajes "virados"- era sentirse muy desdichado. Olor a asados de cordero y a empanadas de pino en todo el pueblo, empanadas que sólo se veían para el "18". Y abajo, en *callelillo*, el guitarreo, las *cordionas* y las *cuecas* daban vida a una o dos ramadas populares animadas sobremanera por las empleadas domésticas que acudían bien arregladas para la ocasión, ramadas que se instalaban también en la Plaza Prat y en la Plazuela Henríquez, con mayor mesura en los años veinte cuando se decretó la prohibición de vender alcohol. Pero aún sin él, había peleas entre "corajosos" cuando caía el crepúsculo en las ramadas de Lillo. En cambio, los más caballeros preferían vivir las fiestas en la reposada intimidad al interior de sus casas de calle Blanco, donde parecía estar la justa medida de burguesa distancia respecto del resto de los mortales, distancia notoria, al menos en esto.

Con el "18", las calles comenzaban a retomar el movimiento que les negaba el invierno. El pobre gustaba de la calle porque allí hallaba la siempre bien dispuesta cantina cuando dejó de regir la prohibición de expender vino, para emborracharse hasta más no poder y ostentar la curadera de tres días sin parar. Y gustaba de la calle el vendedor de dulces por la chiquillería que salía a gastar sus chauchas, así como gustaba al limosnero el mayor concurso de gente porque hacía grande acopio de monedas. Pero más gustaba a los chicos el día 19 de septiembre, porque de los juegos populares de la mañana se pasaba al cine gratis en la tarde. Locura de los niños y temor del administrador del biógrafo en los años veinte y treinta a causa del desorden que producían los malandrines con su zalagarda en platea y galería. Nada había comparable al cine para la población infantil. La prensa de 1920 decía: "Con cuánta atención

veían (los niños) desfilan los distintos pasajes de la película ante sus ojos ávidos de cosas nuevas". Y era efectivamente la novedad del siglo, y los chicos aplaudían con regocijo "al personaje que les proporcionaba tan agradable expansión"⁵⁷⁷. El 19 de septiembre incluía fuegos artificiales que venía siendo práctica del Municipio desde 1904, a pesar de que ese año nadie izó la bandera en el pueblo⁵⁷⁸. Pero en 1920, los fuegos de artificio fueron mucho más atractivos porque el escampavía *Pisagua* disparó salvas e iluminó la noche con una espectacularidad antes nunca vista⁵⁷⁹.

Con todo, los excesos de las ramadas y el espectáculo del desfile eran apenas humildes exterioridades, pálido reflejo de lo que se podía ver en otras ciudades. No obstante, era desfile y comprometía a todos los alumnos e instituciones. Sólo las niñas de la Escuela Superior ocupaban dos cuadras que, sumadas a las otras dos escuelas y los bomberos, completaban seis cuadras formados de dos en dos en los años quince. La marcha comenzaba en la Plaza, seguía por Latorre, Serrano y Blanco al compás de los bronce de la banda que data de 1912 y fue dotada de instrumentos en 1913. Era la atracción del vecindario, aunque demasiado sencillo comparado con los desfiles que se veían en Ancud.

Ritmos del año, color de las estaciones. Con septiembre llegaba el tiempo de la luz y los días comenzaban a ser más largos. Asomaba la primavera con sus aromas a pasto tierno y a flores, se renovaba la vida, se descubría el amor, renacía el paisaje cuando los prados se cubrían de margaritas y la ciudad se alegraba con los trinos de pajaritos entre septiembre y octubre, meses de los esquiladores isleños que iban en comparsa a la faena magallánica esperanzados en los buenos salarios, atestando el muelle y ofreciendo un extraño cuadro de ponchos y sombreros. Pero septiembre era de frontera desde el punto de vista climático. Días confusos con un poco de invierno que se resistía a abandonar la ciudad, y un poco de primavera que tímidamente trataba de asomarse. Tiempo de los

⁵⁷⁷ *Ibidem*, 1920.

⁵⁷⁸ Sólo se izaron las banderas de Bomberos y la de los franciscanos. Entonces no hubo desfile, porque según la prensa, las autoridades se olvidaron. *La Voz de Castro*, Castro, 22 de septiembre de 1904.

⁵⁷⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 1920.

vientos *virazones*. Llovía y salía el sol a intervalos.

Atmósfera inestable. De repente el viento sur en cielo despejado calaba los huesos durante tres días seguidos, formando espumosas olas en la bahía e inclinando las goletas que surcaban el fiordo a todo andar con las velas infladas. A fines de la primavera, pasaba de súbito el *travesía* "como un disparo de cañón". Era el *llanteo de las ánimas*, o *cordonazo de San Francisco*, como le llamaban los antiguos. Arrancaba los nidos de los gorriones y *llique-lliques*, desprendía los techos de lata, volaban las chimeneas, se tumbaban los árboles y se arruinaban los manzanares. Por eso la gente decía: "el Cordonazo de San Francisco / por tierra y por mar / se ha de notar".

La primavera era de contrastes. Sucesión de secos y fuertes *sure*s, de huracanados *travesías* y de mesurados pero lluviosos nortes, de días sin una brisa y días de lluvias copiosísimas que terminaban, sin embargo, en deliciosas tardes soleadas; de encapotados nubarrones de diferentes tonos que alternaban con cielos despejados, transparentes, y el generoso sol que elevaba el vapor de los musgosos techos de alerce. En primavera, las nubes tomaban tonos blanquecinos, desplazándose a mayor altura, y en los patios había olor a vegetación nueva, a eucalipto en el bosque de los Christie cuando llegaba noviembre, a orégano en los patios en diciembre, y a grosellas y frambuesas en vísperas de Navidad, cuando las chicas bonitas se vestían de reinas en sus carros alegóricos, simbolizando la alegría juvenil de la estación.

III. Los "tiempos santos" de la Iglesia

El calendario marcaba con rojo los "tiempos santos" del año, con rituales presididos por una Iglesia sencilla que seguía teniendo la significación de siempre. Chiloé podía ostentar una singular historia de catolicismo desde los siglos XVII y XVIII, cuando Castro era capital de la "última cristiandad" con sus iglesias y conventos jesuita, franciscano, mercedario y la iglesia Matriz de los seculares. Años coloniales en que los naturales veliches eran calificados como los más devotos entre todos los del Nuevo Mundo, en tiempos de la Compañía de Jesús, que llamaba a Chiloé "Jardín de la Iglesia", por

su multitud de capillas y buenos cristianos⁵⁸⁰.

Todavía en la primera mitad del siglo XX, los frailes franciscanos de Castro se hacían notar. Los curas seculares y las pocas monjas también, porque la vida giraba en torno a los "días santos". Es verdad que por entonces otras ciudades chilenas tenían más iglesias y más curas. La vocación apostólica de las órdenes religiosas y de los seculares ha seguido, por lo general, las curvas de las isotermas, porque los templos han sido más numerosos allí donde las temperaturas se muestran más agradables y los cielos más azules, coincidentes también con los curatos más rentables. Por eso La Serena tenía, en proporción, más iglesias, y más curas y religiosos que cualquier otra ciudad chilena. En Chiloé predominaban los sacerdotes nacidos y criados en la Isla. Hasta los años cuarenta, la Iglesia era para los chilotes el más importante punto de referencia por sus templos, por los frailes y curas visibles diariamente en Castro, Ancud y en los pueblos pequeños, cuando la Provincia contaba con dos centros espirituales: el clero secular con asiento en Ancud y el clero regular con su cabecera en Castro. En este convento se formaban los jóvenes según la regla de San Francisco bajo la dirección del Padre Provincial, que en los años treinta era Fr. Ángel Subiabre⁵⁸¹, Fr. Manuel Cárcamo como Guardián del Convento, y Fr. Felipe Oyarzún, Fr. Juan Baustista Aguilar⁵⁸² y Fr. Felipe Bórquez como Consejeros y Definidores. Años de sotanas de color marrón, de sandalias, de tonsuras, de cruces y de procesiones, y años de la "Orden Tercera de San Francisco", activa en 1921, formada por vecinos devotos comprometidos con el Seráfico.

Se notaban los Padres. En Ancud también, y más, porque allí estaba el obispado. Neruda, que no era inclinado a la Iglesia, reparó en el mundo de las sotanas en Ancud de 1925. "La ciudad tenía

⁵⁸⁰ Véase Urbina Burgos, Rodolfo, "Aspectos de la actividad misional del Colegio Jesuita de Castro en los siglos XVII y XVIII", en: *AHICH*, Vol. 4, Santiago, 1986, pp. 77-96.

⁵⁸¹ Nació en Curaco de Vélez. Hijo de Mateo Subiabre y Josefá Oyarzún. Fr. Ángel fue maestro de novicios, Superior de distintos conventos, Custodio y Definidor de la Provincia de Chillán, y Provincial por seis años. Creó el noviciado de Castro, levantó iglesias. Veló por los intereses de la orden franciscana. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 293-294.

⁵⁸² Nació en Yutuy. Fue párroco, misionero, Guardián y Superior en distintos conventos. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 309.

una fábrica religiosa -dice- de cuyas puertas grandes, en la tarde inanimada, salía como un largo coleóptero un desfile negro, de sotanillas bajo la lluvia"⁵⁸³. Lo mismo en Castro. "Frailes con aire recogido y severo", observa Chuaqui en 1926. Tranquilidad y monotonía en el convento San Francisco de Castro, cánticos que en las noches de invierno se oían lejanos y nadie sabía lo que ocurría en su interior. El convento era un mundo cerrado, pero, como todo el pueblo, siempre amenazado por el fuego. El 1° de octubre de 1902 estalló el incendio y la iglesia franciscana fue consumida por las llamas cuando era Guardián Fr. Ángel Custodio Subiabre Oyarzún⁵⁸⁴. Una desgracia. En 1925 tocó el turno a la iglesia y convento franciscano de Ancud.

La Iglesia regía la vida cotidiana pública y privada. Se sentía su influencia. El vecindario seguía de cerca los cambios que en 1905 y siguientes significaron las nuevas disposiciones de la *Provincia Franciscana de los Siete Gozos de María* en cuanto que los frailes quedaban obligados a vivir dentro del convento de la Orden sin la posibilidad de servir, al mismo tiempo, de párrocos, como había sido hasta entonces. Los fieles comentaban las consecuencias de otra disposición que autorizaba a los franciscanos para pasar a seculares, desafiliándose de la Orden. Y hubo sorpresa, cuando Fr. Gabriel Oyarzún y Fr. Vidal prefirieron hacerse curas, en 1906, el mismo año en que Fr. Antonio de Elgueta, Fr. Miguel Cárdenas, Fr. Angélico Oyarzún y Fr. Bautista Aguilar eran estudiantes del Colegio, deseosos de comprometerse de por vida con la orden.

Un pueblo de sotanas, curas y religiosos de apellidos locales. En Ancud también. Allí se formaban los seculares. Para eso estaba el Seminario Conciliar, donde estudiaron tantos chilotes y foráneos que se ordenaron sacerdotes a lo largo del siglo, como Leopoldo Cárdenas en 1930, en tiempos del obispo Abraham Aguilera⁵⁸⁵,

⁵⁸³ Mansilla Pérez, Luis, "El año que Neruda vivió en Chiloé", en: *Cultura de y desde Chiloé*, op. cit., p. 56.

⁵⁸⁴ Montiel, Dante, *Segunda Compañía Cuerpo de Bomberos de Castro...*, op. cit., pp. 26-28.

⁵⁸⁵ El Obispo Abraham Aguilera falleció en 1933. Cavada, Francisco, "Oración fúnebre pronunciada el 6 de mayo de 1933, en el Templo de la Gratitud Nacional de Santiago, a la memoria del Excmo. Sr. Obispo de Ancud Monseñor Abraham Aguilera por el Prebendado don Francisco J. Cavada, canónigo honorario de la Catedral de Ancud", en: *Revista Católica*, N° 745, Santiago, 1939, p. 309.

siguiendo la tradición que ya llevaba un siglo de ordenaciones. La gente los conocía desde que ingresaban al convento. Respetaba sus personas porque el sacerdote desempeñaba un papel preponderante "Es la persona -dice Mutizábal- de mayor consideración en cada parte del Archipiélago. El señor cura es realmente el conductor de sus feligreses. Raros casos hay en Chiloé en que no se hubiera respetado por sobre todo la personalidad del sacerdote"⁵⁸⁶. Llamaba la atención de los foráneos el poderoso influjo de la Iglesia. "Desde la catedral [de Ancud] se gobierna la comunidad entera", observa Skottsberg en 1902. Pero hace una diferencia: "A los habitantes hombres en general, no les gusta mucho la influencia desproporcionada de los curas, pero acá, como en todas partes, el sexo débil lo fomenta"⁵⁸⁷.

Así le parece al sueco. Pero todos por igual, hombres y mujeres sentían el mismo respeto y apego a la Iglesia, quizá sólo con diferencias de grado. Por eso se leían y comentaban las cartas pastorales del Obispado que publicaba *La Cruz del Sur*. Y los curas y frailes conservaban su gran ascendiente, a pesar del partidismo político que solía debilitar la imagen de los sacerdotes. Se los conocía por sus nombres, como se conocía a los Padres Salvatorianos desde que llegaron a Castro en 1938 para ejercer, como ejercieron, una enorme influencia en la ciudad. La Iglesia era vista como la "Madre" y se acataban sus dictados, como la prohibición de ciertas lecturas, incluso prohibiciones extremas e impopulares a principios de siglo, en tiempos del Obispo Ángel Jara, cuando ordenó quemar y destruir los poderosos por grotescos. La Iglesia era la Iglesia.

Los jóvenes con vocación religiosa se recibían de curas, dignificando a sus familias y a sus pueblos de origen. Ya ordenado, la primera misa la hacía con todo el ceremonial de la Iglesia, como la que ofició el Pbro. Gabriel Oyarzún en Curaco de Vélez, en 1925, acompañado de un gentío local y vecinos de otros pueblos. Misas como éstas se hacían con la presencia de sus progenitores. La de Gabriel Oyarzún la oficiaron diez sacerdotes, con la asistencia de diáconos y subdiáconos, seminaristas y franciscanos, entre los

⁵⁸⁶ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo. *Monografía Geográfica...*, op. cit., pp. 68-69.

⁵⁸⁷ Skottsberg, Carl. *A wilds of Patagonia...*, op. cit., p. 107.

cuales había curas que hicieron de "Padrinos de Altar", y otros curas, frailes y laicos que sirvieron de "Padrinos de Ceremonia". No faltó el coro. Después de la misa se hizo el "Besamanos", mientras la iglesia lucía engalanada con flores y guirnaldas, y su acceso decorado con arcos de laurel⁵⁸⁸.

Eran los "días santos" del año, los que congregaban a los fieles y daban sentido a la tradición religiosa popular. El serio, grave y lloroso Día de Todos los Santos se celebraba en el Cementerio de los años treinta porque era el día en que se recordaba a los muertos y se hermo세aban las bóvedas. El recinto del Cementerio ofrecía un mejor aspecto en 1930, pero seguía siendo insuperable el desorden por la absoluta falta de diseño de calles y callejuelas. La familia, junto a la tumba ya barrida, aseada y florida, gemía la oración frente a la cruz que destacaba en la parte más visible del sepulcro. Era una escena muy extraña. La muchedumbre con sus oros y lloros tristísimos ofrecía un lamento que sonaba parecido al *cante jondoy* que conmovía a los más pequeños.

Explosivamente aparecían las vendedoras de flores. Se paraban con sus ramos, haciendo buen negocio en la esquina de Freire con calle Cementerio, a la que a fines de los treinta llamaban calle del Hospital⁵⁸⁹, y en los pocos jardines particulares del pueblo, allá donde los García, en San Martín con Sargento Aldea, donde se compraban ramilletes de claveles o rosas a fines de la misma década. Los más pobres recogían las primeras margaritas que decoraban las pampas aledañas al pueblo para hacer sencillos ramos y ponerlos en tarros con agua en las humildes sepulturas de pura tierra, enmarcadas con un pobre cerco de madera sin pulir, a veces pintado de blanco, y una oscura cruz mediana que llevaba inscrito el nombre del "angelito" que se fue al Cielo con sus dos monedas en el bolsillo. No pocos arcaísmos se veían en las demostraciones pías del "Día de los Muertos". Reminiscencias de herencia española medieval se reconocían en los ritos. Se hablaba con los muertos como si pudieran oír; se les pedía consejos, ayuda, milagros.

El Mes de María, en cambio, era vivido como en toda la

⁵⁸⁸ La Cruz del Sur, Ancud, 15 de mayo de 1925.

⁵⁸⁹ Esta calle después se rebautizó "Dr. Carlos Riffart".

cristiandad. Entonces la estación ya alargaba sus tardes hasta las ocho y media; con la puesta del sol y el ambiente primaveral se volvía perfumado cuando las mujeres y los niños iban al Rosario con ramos de azucenas y gladiolos, rosas y jazmines para María, en las dos iglesias que había en 1904, y para la Virgen del cerro Millantui desde que fuera instalada allí por Fr. Eduardo Navarro el 8 de diciembre del mismo año e inaugurada con un gran acto por el Padre Antonio de Jesús Márquez⁵⁹⁰. Todo el vecindario de los años veinte tenía la misma pía actitud. Las iglesias mostraban sus bancos y reclinatorios decorados, mientras a los pies de la Virgen, había un verdadero jardín que muchas mujeres de toda condición social ayudaban a formar.

En todo Chiloé se vivía el tiempo santo del Mes de María. En Chonchi se adornaba la iglesia con luces y *colgaderas* en 1913, las que la prensa describía como de "severa elegancia". El coro de mujeres lo formaban Amanda Suárez, Lucrecia Velásquez, Isabel Suárez, Blanca Vera y Carmela Andrade. En esa ocasión, la imagen de la Virgen fue "llevada en andas primorosamente arreglada [y] paseada por las calles del pueblo, siguiendo luego la procesión hasta la estatua de Nuestra Señora del Carmelo... situada a pocas cuadras fuera de la población en el camino que conduce a Castro", cuyo trayecto estaba decorado con arcos⁵⁹¹.

Los cánticos sagrados alusivos a María, el Rosario, las mujeres ancianas y las más jóvenes, los adolescentes y los más pequeños colmaban la iglesia franciscana de Castro cada tarde. Y a la salida del templo, se producía la esperada y animada sociabilidad de los vecinos, los adolescentes a sus miradas de conquista, y los pequeños a sus juegos. Los que estaban en edad de hacer su Primera Comunión se quedaban con el Padre a oír sus lecciones de Catecismo, preparándose para la confesión del 7 de diciembre por la tarde, irse a la cama sin decir groserías ni probar bocado para recibir la comunión el 8 en la mañana. El Padre franciscano Diego

⁵⁹⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 1904. Fr. Antonio fue Guardián del Convento de Castro, misionero, Prefecto Apostólico de Misiones, Definidor General de la Orden Franciscana con asiento en Roma. Elocuente y celoso predicador, en 1889 fundó en Angol el Colegio de Hermanas Terciarias Franciscanas. Cavada, Francisco. *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 292-293.

⁵⁹¹ *La Cruz del Sur*, Ancud, 19 de diciembre de 1913.

Barrientos daba las lecciones de Catecismo e Historia Sagrada en 1915. Los chicos lo esperaban con impaciencia porque explicaba teatralmente, tanto que los chicos creían estar en el mismo Monte Carmelo. Así se preparaba la Primera Comunión.

El 8 de diciembre amanecía muy temprano para los niños, en ayuno y bien arreglados con trajecitos "de sastrería", negros o azules, pantalones cortos y ajustados hasta las rodillas, medias blancas, zapatos nuevos, y bien peinados. La cinta blanca con el nombre grabado en letras doradas colgaba de la manga izquierda; se mandaban a grabar en la Imprenta *Márquez* a fines de los treinta. El libro de oraciones, los guantes y las tenidas marcaban diferencias entre unos niños y otros, lo mismo que en las chicas con el vestido blanco decorado con vuelitos encantadores. En esto de hacer trajecitos competían también las mamás y las muchas costureras del pueblo. Un delicado cintillo blanco también de género hacían de las niñas unas virgencitas en la iglesia *San Francisco* o en la capillita del *Sagrado Corazón de Jesús* de las monjas hospitalarias. Diferencias también entre niñas, porque había quienes no tenían más que un humilde vestido de percal, zapatos remendados, pero una carita dulce que reflejaba toda la emoción del momento.

No faltaban los desmayos por el prolongado ayuno y el mucho nerviosismo. "Y con la comunión lloran las mamás de emoción", decían. Una treintena de chicos en 1932. No era como antaño cuando no pasaban de diez o veinte. Trece niñas hicieron su Primera Comunión en la Iglesia Parroquial en 1904: Daifilia Montiel, Ester Gómez, Clotilde Cárdenas, Lavinia Andrade, Cornelia Triviño, Emilia Andrade, Casilda Vera, Carmen Márquez, Tránsito Serpa, Carmen Díaz, Candelaria Pérez, Carmen Barría y Balbina Cárcamo⁵⁹². Todos los años lo mismo, como cuando en 1915 los niños eran preparados por el Padre Manuel Villar Recio tres veces por semana: domingo, jueves y viernes con pláticas, y todas las noches un coro de niños y niñas a 15 voces mostraba sus progresos acompañado de armonio y violines en la iglesia parroquial⁵⁹³. Ese año fueron 15 las niñas que hicieron la Primera Comunión: Otilia Montiel, Graciela Márquez,

⁵⁹² *La Voz de Castro*, Castro, 1904.

⁵⁹³ *La Cruz del Sur*, Añud, 22 de diciembre de 1906.

Ángela Cárcamo, Clarisa Garay, Amalia Gómez, Rosa Díaz, Fidelia Alvarado, Carmen Muñoz, Irene Silva, Catalina Sánchez, Arcelia Mansilla, Carmen Barrientos, Antonia Chauman, Blanca Vergara y Doraliza Alvarado. Y dos niños: José María Pérez y Eulogio Segundo Andrade. El desayuno de Primera Comunión era de leche con chocolate, pequeños panecillos amasados y galletas que preparaba Fr. Buenaventura Pérez con no poco esfuerzo para que los chicos los devoraran en un santiamén.

El 8 de diciembre el sol picaba fuerte, porque a esa altura del año el tiempo se mostraba apacible, luminoso y aromático. Los chicos permanecían todo el día con sus trajecitos de Primera Comunión, eran invitados por sus padrinos, visitaban a los parientes y recibían las felicitaciones y demostraciones de afecto, pero también recomendaciones sobre la moral y el buen comportamiento. Después del desayuno de chocolate, se sucedían a lo largo del día especiales almuerzos para ellos, onces, golosinas e invitaciones de los tíos, padrinos y vecinos de barrio.

Y ya se iba preparando el ambiente de Navidad. Progresivamente sociable en calles más animadas que alcanzaban su clímax cuando llegaba el "tiempo de los pesebres" en las casas del pueblo, una semana antes de la Pascua. El término del año escolar, las exposiciones de "trabajos manuales" en las escuelas y en el Liceo de los años treinta, daban inicio a la locura de los juguetes de madera que eran los regalos de Pascua, mientras los negocios de calle Blanco ofrecían juguetes "de fábrica", inalcanzables para muchos papás, como las apreciadas muñecas de loza, coloridos tambores de lata, cornetas doradas y guaripolas, sueño de los chicos amigos de los desfiles. Un deseo imposible para los niños de los barrios de orilla para quienes la Navidad no era otra cosa que la pelota de trapo o la muñeca de lana hecha por la mamá cuando finalizaban los años treinta, excepto los regalos que hacía la Sociedad de Beneficencia con sus repartos gratis de juguetes usados para los chicos pobres del pueblo.

Y la rueda del tiempo religioso con su eterno ciclo anual retornaba con la celebración de la Semana Santa, en que se vivía verdaderamente la pasión de Cristo y se tenía por muy ateo, *caruto*

o masón al que no mostrase respeto por los días santos. Los frailes franciscanos y las Hermanas Hospitalarias se recogían a sus rezos; los chicos de la Acción Católica de los años treinta llamaban a la oración crepuscular, haciendo sonar sus *matracas*, y el templo San Francisco no lucía otra gala que los gruesos cirios y los santos cubiertos con grandes telas granates. Las monjas se veían silenciosas en sus tareas habituales con los enfermos del Hospital, con los rostros compungidos. Estaba prohibido a los niños jugar, reír o silbar en Viernes Santo para no ofender el día más infausto de la cristiandad. Era tiempo de callar. Las señoras pechoñas se veían cabizbajas, y de riguroso luto o de color café de la cabeza a los pies. Y el Sábado Santo, todo el mundo al biógrafo, como en 1927, a ver la película ofrecida para la ocasión: *Vida, milagros, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo*, que se exhibía tres veces el mismo día: a las 3, a las 6 y a las 9.

Pero había periodos más alegres, porque el calendario religioso incluía, además, otros días "santos" en la privacidad de los hogares, sin rezos ni actitudes pías. San Pedro, San Luis o San Juan eran celebraciones en las que todo recogimiento estaba ausente para dar paso a las comilonas y bebidas en familia y con amigos, y cuyo fin era la sociabilidad. Un paréntesis en el calendario grave y reposado de las festividades más santas. Mejor parecían los santos de invierno, porque las celebraciones coincidían con los carneos en los años veinte y treinta, cuando la gente se preparaba con meses de anticipación para tener bien abastecida la despensa.

San Juan era la celebración general de todo el pueblo, porque ofrecía la singular oportunidad de esperar la fortuna que llegaría a manos llenas. En la noche, los castreños, aperados de chuzos y palas, oteaban las posibles llamaradas indicadoras del *entierro* para desenterrar imaginarios cofres colmados de monedas de oro. Era la "Noche de San Juan". Pero, la prensa castreña, fría, pragmática e incrédula, ironizaba en 1907: "A picotazos y a pala quieren arrancar de la tierra el dinero, que según creen, han ocultado nuestros antepasados"⁵⁹⁴.

Entre diciembre y abril se hacía más apretado el calendario religioso, porque en la estación estival se ordenaban

⁵⁹⁴ *El Sur de Chiloé*, Castro, 1907.

escalonadamente las festividades dedicadas a los santos patronos de las capillas rurales adyacentes a Castro. No eran celebraciones graves como Semana Santa ni llenas de fantasía como la noche de San Juan. Las fiestas patronales eran una curiosa combinación de devoción piadosa con excesos mundanos, excesos que ponían en serio aprieto la rigidez de los curas y del obispado: devota la mañana, desenfrenada la tarde. Los castreños acudían en gran número a los pueblos inmediatos de Rauco, Quilquico o Llau-Llao, este último muy concurrido cada 24 de enero, cuando se iba a caballo o en tren; y a Nercón, adonde por su cercanía, era fácil asistir a pie. Todas sólo pobres capillas ya sin sus poderosos en los años diez, después de la gran prohibición. La de Nercón fue decorada en 1906 con cinco nuevos ornamentos donados por el Padre Augusto Klinke. A la fiesta de Rilán se iba cruzando el mar en el vapor de Benigno Díaz, en 1924.

Eran fiestas patronales de larga data, cuyo ceremonial se seguía con grave devoción. Pero, concluida la ceremonia religiosa, comenzaban los desbordes por la bebida y comilonas sin medida. Reparando en esta costumbre, los capitanes de carabineros recién llegados no veían en la fiesta patronal más que un pretexto para las borracheras, y solían suspender las bacanales y mandarlos a todos para sus casas, creando rencores difíciles de olvidar en los vecinos de las capillas de los alrededores de Castro⁵⁹⁵.

⁵⁹⁵ Sobre algunas festividades religiosas y profanas véase el trabajo de Gómez Vera, Carlos, "Celebraciones festivo-religiosas en Chiloé, desde 1935", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 10, Imprenta Olimpo, Santiago, 1989, pp. 43-54.

NACER, VIVIR Y MORIR EN LOS TIEMPOS DEL FOGÓN

I. Temores y males: herencias de la gentilidad

El invierno se vivía puertas adentro. La vida privada predominaba sobre la vida pública. Las calles quedaban desiertas cuando los vientos y las lluvias se adueñaban de la ciudad con sus excesos climáticos. El brasero y la cocina a leña asumían el rol sociológico de congregar a la familia por las tardes, y la palabra tomaba su lugar cuando se disfrutaba del mate y café de higo, previos a la "cena de las ocho", para terminar el día con el lavado de los pies antes de acostarse, la botella de agua caliente para la cama y la oración familiar que ponía término a la jornada diaria.

Era la "cultura del fogón". Los crepúsculos se animaban con la conversación y con cuentos locales como *La pescadorcita de Peuque*, que se contaba en 1908, o lecturas de novelas que las madres solían hacer en voz alta, o cuentos tradicionales como *El dragón del infierno* y *Las dos bandurrias* o *La niña que se enamoró del culebrón*⁵⁹⁶, o las siempre edificantes "Vidas de Santos" y pasajes de la Biblia para comentar entre todos. Lo más corriente era, sin embargo, alguna novedad del día que acaparaba la atención de la familia.

Chiloé era, sin duda, de aquellas "zonas refugio" donde se atrincheran los arcaísmos culturales, un modo de ser ya extemporáneo y que tanto llamaba la atención de los afuerinos al compararlo con el país que comenzaba allende el Canal de Chacao⁵⁹⁷. Entre 1900 y 1930 se vivía en casi completo aislamiento y la fe cristiana, como sustento de la cultura, mostraba sus permanencias coloniales a través de una religiosidad popular *sui generis* que mezclaba la doctrina con supersticiones y mitos locales. En el fogón hogareño se apreciaban los sincretismos nacidos de la doble herencia. Lo sensible que se era a los vaticinios y pronósticos y lo atento que se estaba a los signos anunciadores que sabían

⁵⁹⁶ Cárdenas Tabies, Antonio, *Abordaje al Caleuche*, Editorial Nascimento, Santiago, 1980.

⁵⁹⁷ Helfritz, Hans, "Los chilotes y sus costumbres", en: *Revista Geográfica Americana*, Vol. XIX, Buenos Aires, 1943, pp. 36-38.

interpretar y comentar las abuelas en las cálidas reuniones en la cocina, testimoniaban un concepto de mundo que a ojos foráneos parecía estar fuera del cauce normal de la existencia. Era una actitud mítica⁵⁹⁸. Se hablaba de las creencias y supersticiones, y se creía en el providencialismo.

Tiempos del temor a Dios y al demonio. Años de arcaísmos. A principios del siglo XX, la cultura popular aún creía en los brujos o *maldecidos* que seguían siendo realidades vivas junto con los demás seres de la mitología. El *Trauco*⁵⁹⁹ embarazaba doncellas en el monte, en los rincones de la calle Nueva o en la barranca Barros Arana en medio de las zarzamoras; danzaba la *Pincoya* en la marisma del Gamboa vestida de sargazos, sembrando *quilmahues* al amanecer, y el *Camahueto* continuaba oculto en la poza más honda y oscura que formaba el recoveco del río. Años en que la *Viuda* vagaba de noche, gimiendo en el bosque de los Christie, cuando el *Basilisco* acechaba bajo la ruinoso casona de calle Los Carrera, donde fijó su guarida durante años hasta que el Padre Gallardo sacralizó el sitio, y tiempos en que la *Fiura enlesaba* al jinete que se aventuraba al crepúsculo por el sendero de Putemún⁶⁰⁰.

Años del brasero, del mate y del café de malta *La Campesina* o café de higos *Dos Mundos* de los años treinta, que ayudaban a crear el ambiente a propósito para los relatos de casos de *aparecidos*, para hablar de las ánimas que penaban en el *soberado* o para contar hechos acaecidos en tiempos distintos pero acumulados en un pretérito sintetizado sólo en un "antes", cuando la cocina de invierno era también lugar de anécdotas y comentarios sobre las cosas curiosas del día. Aventuras de mar, encuentros con el *Caleuche* y

⁵⁹⁸ Dannemann Rothstein, Manuel, "La actitud mítica en Chiloé", en: *Chiloé y su influjo en la XI Región*, Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Universidad de Santiago, Santiago, 1988, pp. 75-82. También Blume, Jaime, *Cultura mítica de Chiloé*, Facultad de Filosofía, Departamento de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1985, y Román, Viola, "Aportes antropológicos al tema de los mitos chilotes", en: *Revista Aisthesis*, N° 17, Santiago, 1984, pp. 54-70.

⁵⁹⁹ Munizaga Aguirre, Carlos, "Mito y pequeñas comunidades rurales: el Trauco en Chiloé", en: *Antropología*, Año II, Vol. II, Universidad de Chile, Santiago, 1964, pp. 49-63.

⁶⁰⁰ Sobre la presencia cotidiana de los seres de la mitología, véase Azócar, Pedro Rubén, "Chiloé, presencia viva de los seres míticos", en: *BUCH*, N° 74, 75, 76 y 77.

cuentos de ultratumba. Puro realismo mágico era la hora del brasero, donde se apreciaba el arte de contar antes que la radio viniera a alterar esta rutina. Se combinaban verdades y ficciones, creando imágenes insólitas con la magia de la palabra y los gestos. Una anciana que vivía en la parte más empinada del "Otro Lado" a principios de los cuarenta -juraba tener 105 años, pero picaba leña como una muchacha- contaba que cuando niña había sido testigo de la fundación de Castro. Describía una flota de veleros, o los españoles con sus atuendos y las primeras casas. No podían ser ciertos ni el cuento ni su edad. Pero, no era la verdad o la ficción, sino la capacidad expresiva y la detallada descripción lo que encandilaba a los presentes.

La elocuencia en el hablar del castreño popular y de los chilotes rurales a la hora del fogón era, no obstante, algo excepcional. Compartimos la opinión de Francisco Cavada cuando dice que: "el chilote habla poco y piensa mucho". Agrega que "rara vez se esponea con los de afuera, y aún con sus propios paisanos es poco comunicativo. Su dicción es también un tanto lenta y pesada; no posee esa chispa y ese desenfado del roto chileno para la manifestación de su pensamiento y narración de sus verdaderas o supuestas aventuras"⁶⁰¹. Lo que afirma Cavada es cierto. Sin embargo, había grandes habladores. Y las mujeres eran en general, más expresivas que los hombres. Veían *traucos* y *caleuches* por todas partes y brujos en forma de animales. Sus relatos ponían la piel de gallina.

Había "tiempos psicológicos" o estados anímicos a lo largo del año. La internada era la estación más larga y la más propicia para la fantasía y para los temores. Se sentían los espíritus de los muertos cerca de los vivos, se creía en el *barco fantasma* y en los mil demonios ocultos en cada rincón del paisaje. Por un lado, el bestiario casi siempre maligno, y por el otro, la fe católica, como consuelo a las acechanzas de los brujos⁶⁰². "A cada paso tropieza el lancharo con

⁶⁰¹ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 72.

⁶⁰² Álvarez Sotomayor, Agustín, *Los brujos de Chiloé*, Archivos del Folklore Chileno, Santiago, 1954, pp. 89-106. Otros aspectos en Contreras, Constantino, "Mitos y brujerías de Chiloé", en: *Estudios Filológicos*, N° 2, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1966, pp. 161-198.

alguna ánima en pena, con algún trauco, invunche o fiura -dice Francisco Cavada en 1914-. El grito del chucao, el silbido del viento, el arrullo de la paloma, el aullido del perro, el susurro de los árboles, todo le trae alguna nota de ese mundo misterioso con que sueña a todas horas su calenturienta fantasía", termina diciendo con indisimulada crítica a las creencias populares⁶⁰³.

Se miraba al cielo, se aguzaban los oídos en el bosque oscuro, se interpretaban los signos de las nubes anunciadoras de algo o se observaba con atención el color del mar. De pronto, al poniente una nube roja sangre en forma de pájaro con las alas abiertas. ¡Pájaro de fuego!, decía la gente en el verano de 1920 a la hora del ocaso del sol. Se creía era de mal agüero. Se persignaban en medio del alboroto general. Siempre que se escudriñaba el entorno, se hacían fantásticas lecturas anunciadoras. Benedicto Chuaqui observaba esta curiosa actitud isleña en los años veinte y reparaba en el ambiente propicio a la fantasía, de modo que "a poco de iniciarse la conversación con los chilotes, -dice- éstos aluden a alguna de las supersticiones que andan de boca en boca y llegan así a constituir una realidad dentro de su cotidiana existencia⁶⁰⁴".

Voltejeaban los brujos con sus *macuñes* haciendo figuritas, como luciérnagas en las noches de Quicavi, cuando las enfermedades se achacaban al *mal tirado* para el que no servían los doctores, porque era *mal malo* o *encantamiento*, como decían las señoras de El Tejar, ese barrio supersticioso y periférico de Castro. Presencia de los brujos, porque la *Recta Provincia* seguía tan activa en los años veinte como en el siglo anterior. El "Proceso a los brujos" seguido en Ancud en 1880⁶⁰⁵ no acabó con las muertes y los males

⁶⁰³ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 74.

⁶⁰⁴ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 205.

⁶⁰⁵ *Proceso a los brujos de Chiloé*, en: AChHM, Vol. I, Año II, Santiago, 1960, pp. 124-162; Barrientos, Prudencio, *Los brujos de Chiloé, célebre proceso del Juzgado de Ancud. Declaración de reos*, Imprenta Ponce Hnos. Santiago, 1908; *Los brujos de Chiloé en 1881*, en: RChHG, N° 56, Santiago, 1927, pp. 58 y ss; Osorio, Cipriano; Marino, Mauricio, *Chiloé, cultura de la madera. Proceso a los brujos de Chiloé*, Ancud, Imprenta Cóndor, 1982; Barrientos Grandón, Javier, "Nuevos antecedentes al proceso de los brujos de Chiloé", en: Revista *Chiloé*, N° 9, Concepción, 1988, pp. 3-8; Riveros Bustos, Joaquín, "La Recta Provincia: país de brujos", en: *El Mercurio*, Santiago, 25 de enero de 1988, sección Artes y Letras, E-24-25; Lenz, Rodolfo, *Los brujos de Chiloé*, Santiago, 1908; Barrientos, Prudencio, "Horribles crímenes por los brujos de Quinchao", en: *El Chilote*, Ancud, 17 de junio, 8 y 15 de julio de 1880.

extraños⁶⁰⁶. Estaba en la psiquis⁶⁰⁷. En 1906 había en Detif más brujos, machis y hechiceros que en cualquier otro lugar de Chiloé⁶⁰⁸. En los alrededores de Castro también. En 1919 "fueron sorprendidos -decía la prensa castreña- cinco de estos brujos y una bruja en el momento que celebraban una acalorada sesión en la que le hacían cargo a uno de ellos por haber cobrado la *contribución* para los gastos de la *cueva* sin estar autorizado". La policía encontró en dicha *cueva* "una cantidad de frascos y paquetes que contienen quizá que sustancias venenosas que emplean para causar enfermedades... además, un pedazo de piel humana, unos huesos y un frasco de aceite extraído, sin duda, del cadáver de alguna persona"⁶⁰⁹. En 1906 dieron muerte, en Rauco, al machi Isidro Rain⁶¹⁰. En 1920, el brujo "Peúcho" fue expulsado de Quinchao⁶¹¹.

Noticias como éstas no podían estar ausentes a la hora del fogón. Y así también el interés por todo aquello que estuviera fuera de lo real, aunque se tenía por cierto lo que para otros podía ser pura ficción, producto de ese imaginario que hablaba de lo que se había oído decir o de lo que se creía sobre ese "más allá" del límite de la experiencia. Curiosidad por los hechos situados al margen del espacio y del tiempo, como los relatos utópicos o como los sueños o las interrogantes sobre la muerte. Todo lo que la razón negaba, tenía cabida a la hora del brasero. Las esferas de lo invisible o la presencia de los difuntos, la proximidad de los santos o del demonio, los mensajes de ultratumba, el errante vagar de las almas entre los

⁶⁰⁶ Véase Flores Abalos, Máximo, *Sociedad y brujería en Chiloé, 1850-1900*, Tesis Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1994.

⁶⁰⁷ Slater, Fernando, "Cultura y creencia en Chiloé", en: *Aisthesis*, N° 17, Santiago, 1984, pp. 21-34.

⁶⁰⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 5 de noviembre de 1906.

⁶⁰⁹ *La Voz de Castro*, Castro, 19 de junio de 1919.

⁶¹⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 27 de enero de 1906.

⁶¹¹ "Peúcho" era casado y tenía una hija. Fue expulsado de su casa. Desde entonces vivía en una quebrada de quilas. Parece que era demente. Se le suponía brujo por su aspecto. Vestía poncho, pantalones hasta la rodilla y sombrero. Sus piernas las envolvía con trapos, pellejos y voquis. Era un marginado. La gente comenzó a llamarlo "Peúcho brujo" o "brujo perro". En 1920 estaba viejo y quiso abandonar Chiloé. Schwarzenberg dice que se echó al mar en un bongo. Su propósito era llegar al Departamento de Osorno y vivir con los "cholos" en los campos más recónditos. Pero su viaje terminó en Calbuco, donde falleció. "Sus miserables despojos yacen en la fosa común... pero su alma está en el Cielo, junto a la de San Cipriano". Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., pp. 82.

vivos, el imaginario del Infierno, del Cielo, del Purgatorio y del Limbo. Y la mirada de Dios en la vida cotidiana.

Se encadenaban los nacimientos, los hitos de la vida y la muerte con las pulsaciones del mar; se hablaba de la suerte, del acaso, del futuro de cada uno que Dios ya conocía. Pero también de episodios sacrílegos, de gente endemoniada, y de curiosas fórmulas para tener éxito en la vida y en el amor. En fin, de los temores reprimidos, de lo angustiante y de lo esperanzador. Era la mentalidad colectiva que venía desde muy antiguo a través de la oralidad que juntaba a la familia a la luz de la vela en los años veinte, cuando se cortaba la electricidad y el brasero olía a eucalipto y a sahumero para combatir los resfríos y para expulsar los malos espíritus.

Pero, subiendo en la escala social se disipaban estas creencias y temores. O se aparentaba. Al menos, esa era la actitud de los más instruidos que miraban las supersticiones como creencias de ignorantes, propia de los últimos estratos sociales, "porque la brujería -decía la prensa castreña- es una plaga funesta... que causa vergüenza que esté propagada de un modo alarmante... y hasta en las ciudades hay personas que creen en semejantes barbaridades"⁶¹². La Iglesia, la Escuela y los vecinos más letrados, que no eran precisamente los que emigraban a Punta Arenas, horadaban poco a poco los cimientos del mundo mágico, especialmente en Ancud, donde la cultura intelectual era, a todas luces, superior a la de los castreños y demás habitantes de la Provincia.

Entre los caballeros era de buen tono tener una postura crítica, como Francisco Cavada. "Absurdas ideas -decía- y ridículas prácticas que reinan todavía en nuestra Provincia". Se refería a las supersticiones como "extrañas aberraciones... errores [que] tienen raíces tan profundas en la creencia popular que pasarán todavía muchas generaciones antes que nuestros insulares lleguen a desprenderse del todo de esas preocupaciones que así nos rebajan y empequeñecen en el concepto de nuestros connacionales y del mundo civilizado"⁶¹³.

⁶¹² *La Voz de Castro*, Castro, 19 de junio de 1919.

⁶¹³ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., pp. 83-84. Parecidas opiniones emiten Jorge Schwarzenberg, Arturo Mutizábal y Waldo Brüning, entre otros chilotes o residentes en Chiloé durante el período.

Eso hacía decir la cultura intelectual. Otra cosa era la psiquis y, por lo mismo, las críticas a las supersticiones eran más aparentes que reales. Desde la base hasta el vértice de la escala social y cultural, y por los cauces más profundos de la mente del chilote, cualquiera fuese su condición, transitaban las mismas creencias disimuladas apenas en situaciones normales, pero espontáneamente exteriorizadas ante cualquier hecho infausto. Enfermedades, catástrofes o simples fenómenos naturales poco corrientes eran atribuidas a poderes ocultos, así como las inseguridades, temores y hasta la propia muerte, comprometían a todo el vecindario que terminaba apelando a las creencias heredadas por igual por "blancos" y "naturales".

Por eso, la distancia social y cultural de las familias pudientes y educadas respecto de la masa popular campesina o urbana, no impedía visualizar esa cierta uniformidad psicológica, porque, a pesar de todo, eran las mismas actitudes mentales y, en el quehacer diario, las mismas repeticiones cotidianas de la existencia. Visiones de mundo reconocidas por la sociedad global isleña, con parecidas percepciones y sensibilidades que, por entonces, eran posibles por vivir todos por igual como a intramuros, con idéntica expectación ante cualquier novedad que rompiera la monotonía de lo repetido, similar conciencia de la desventaja frente al exterior y parecidos temores ante lo sobrenatural, así como la introversión, el estar "más o menos no más" y el apagamiento general, comprometían a instruidos y analfabetos con apenas diferencias de grado.

En la infancia se originaba todo. Se heredaba la cultura. A los cuentos fantásticos de las mamás y abuelas se sumaban las supersticiones que traían las "empleadas" desde la islas. Y con ese cristal se aprendía a mirar el mundo desde la infancia, se continuaba en la adolescencia con cierta pasajera actitud crítica, para volver a la fantasía en la adultez. Curiosas mezclas de opuestas herencias que dibujaban mundos de realidad y mito que impregnaron el imaginario de urbanos y rurales, notorio en la primera mitad del siglo, cuando a ojos continentales las actitudes de los chilotes resultaban insólitas en el punto de las creencias.

II. El consuelo de la Fe Católica

Y así también se sentían las cosas de la Fe católica. Fervor religioso de misas, rezos crepusculares y novenas. Se nacía con las medallitas y el escapulario que se compraban en todas partes a principios de siglo, cuando el Padre Telésforo Pieretti, de Ancud, abastecía a la Provincia de candelabros, estampas, rosarios, imágenes sacras y variados objetos piadosos que la gente acostumbraba a tener en sus casas⁶¹⁴. Eran corrientes las imágenes de bulto: Virgen de Lourdes, del Carmen, San Antonio, San Luis, ángeles, Niño Dios o Sagrado Corazón de Jesús⁶¹⁵. Así, el hogar se sentía protegido de los peligros y de las enfermedades, para las que no faltaban las rogativas de las mamás con velitas encendidas por el gran temor que se tenía a ese bestiario negativo y fantástico, y al "mal de ojo". Para eso estaba el "Ángel de la Guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día" que los chicos repetían cada noche al acostarse.

Doña Tránsito, de los palafitos de la calle Nueva, era así. Vivía en una pieza colmada de estampitas. Un gran crucifijo de madera pendía de la pared de su humilde dormitorio. Jamás se separaba de su ajada Biblia y ella misma iba a misa con todos sus colgajos puestos. Medallas, crucecitas ocultas bajo su envoltorio de lana, y rezando por el camino con la cabeza gacha y la mirada fija en la punta de sus zapatos. Como ella, que era octogenaria, todas las señoras creían en la eficacia de las imágenes, en los *poderosos* y en las cruces. Lo que era más notorio en los campos.

En un ambiente así tenía que tomarse muy en serio el "tiempo de las cadenas", explicables por los incendios y los hechos infaustos con los que había que vivir. ¡Castigo de Dios!, se decía. Las "cadenas" de cartas eran de un mismo texto. Se pedía a Dios consuelo para el espíritu y protección para los males. Era cadena, porque el que recibía una carta debía copiarla y enviarla a diez personas distintas. Así, todo Castro andaba en esa función en 1949. Y como la "cadena" no debía interrumpirse, al final del texto se incluían varios ejemplos de desgracias ocurridas a quienes omitieron hacerlo. Es verdad que

⁶¹⁴ *La Cruz del Sur*, Ancud, 4 de agosto de 1906.

⁶¹⁵ *Ibidem*, 18 enero de 1913.

había incrédulos, radicales masones que se burlaban de estas cosas, pero la mayoría, preferentemente mujeres adultas, actuaba en consonancia con el comprensible temor al castigo divino.

Temor al *llancazo*, temor a la muerte, al infierno, temor a Dios por los pecados. Notorio en los pueblos y aldeas, donde se expresaba casi teatralmente la Fe en la capilla donde estaba el santo excesivamente decorado con colgajos y sacado en andas bajo arcos vegetales. Romerías de fieles arropados de negro. Devoción del "tiempo santo". Los pecadores a sus confesiones y comuniones para purificarse, liberándose de las faltas más gruesas o de los simples pecadillos por veniales que fueran que, no obstante, se sentían como un lastre. En un pasado aún más remoto, el "tiempo santo" se hacía con "disciplinas de sangre", laceraciones más dolorosas mientras más graves fueran las faltas, y hasta iban de capilla en capilla, repitiendo las penitencias, picándose la piel a la vista de todos. Por eso se les llamaba *picaos*, como era en siglo XVIII, en tiempos de los jesuitas.

Pueblo de rezos, súplicas a Dios, a Cristo, a la Virgen, a los santos milagrosos, a los difuntos del cementerio o a la animita del altillo junto al barranco de la playa, porque en Chiloé no había animitas de caminos tierra adentro. Preocupaba la salvación del alma y se creía con sombría fascinación en el Juicio Final y el Apocalipsis. Se debía estar preparado para sortear las tentaciones de Satanás. ¡Dios castiga, pero no a palos!, se enseñaba a los chicos, o ¡El ojo de Dios está en todas partes!, sentenciaban las abuelitas. Se nacía temiendo esa mirada oculta que vigilaba día y noche, y se crecía en ese ambiente cargado de sobresaltos, porque las tentaciones mundanas, que eran muchas, arrastraban hacia la perdición, dejando al pecador en el umbral del infierno. Las mamás tranquilizaban a los chicos con relatos de episodios milagrosos, con Historia Sagrada o historias de apariciones de la Virgen que aliviaban el espíritu, calmaban las angustias y reforzaban la Fe. Años de las confesiones con penitencias, comuniones con ayuno y regulares "visitas al Santísimo", como se hacía en la Capilla de los Padres Alemanes a principios de los cuarenta; y años en que los Padres describían el infierno a los chicos que se preparaban para la Primera Comunión, y luego, con no menos vivos colores, pintaban

el Cielo, el lugar de Dios, de los ángeles, arcángeles, serafines y querubines. Se tocaban las fibras más sensibles de los niños y así se reeditaba el imaginario colectivo católico por el que había pasado toda la Humanidad desde los albores del Cristianismo.

Se tenía un concepto de Lutero asociado a la palabra Lucifer, rechazo a los "canutos" y a los masones, en una época en que hasta los niños más pequeños sabían de memoria *Los Mandamientos de la Ley de Dios*. Al menos en la "Escuela de los Padres", había que saberlos antes de conocer las tablas de multiplicar. De ahí se pasaba a la *Historia Sagrada* y a *La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo* con todas sus "estaciones". El Espíritu Santo, la Santísima Trinidad, la virginidad de María y demás dogmas y misterios debían aceptarse sin cuestionarlos, porque la razón humana jamás podría penetrarlos, y muy bochornoso era ignorar el Padrenuestro, el Ave María o el Credo. Cuando un chico no los sabía, el cura mandaba llamar a los papás para pedirles explicación.

El mundo parecía estar llegando a su fin cuando se supo en Chiloé la noticia del terremoto de Valparaíso en 1906. Se hablaba de "la ruina de América" y del "fin del mundo". Lo mismo cuando estalló la "Guerra del 14". Todo transcurría entre la Creación y el fin de los tiempos, y la guerra era uno de los signos anunciadores. Las viejitas decían: "Está escrito en la Biblia". En 1939 ya se identificaba a Hitler con el Anticristo, y el anciano Padre Berardo que llegó de Alemania en 1938, lo llamaba "Maligno", en 1944, cuando se pensaba que el mundo se estaba acercando al extremo final del tiempo y que todo acabaría en un holocausto.

Para la mayoría, la Iglesia era el punto de referencia en la vida cotidiana. Por eso se sabía quién era cada Padre y nadie era indiferente a la vocación por las sotanas de los adolescentes que ingresaban a la carrera eclesiástica secular en Ancud, ni se ignoraba quiénes eran los vecinos que fungían de Padrinos de Ordenación o de Padrinos de Altar o de Padrinos de Misa, como se estilaba tener para los aspirantes a curas de la diócesis. Ni nadie ignoraba los nombres de los muchachos que ingresaban al Colegio Franciscano de Castro para vestir la sotana del seráfico. Se seguían sus pasos con interés hasta recibir el hábito, para continuar luego en el convento San Francisco del Barón, en Valparaíso, hasta recibirse

en Santiago. Se comentaban las distintas vicisitudes por las que pasaban. Y hasta los chascarros se sabían en 1926, en tiempos del Provincial Fr. Angel Subiabre⁶¹⁶. Eran tiempos muy católicos, y la Iglesia insular era considerada "enérgica, rica y poderosa", y el Obispado, casi como la misma Santa Sede.

Y es que la autoridad del Obispo se sentía en todas partes. La feligresía era conducida por el recto camino a través del periódico *La Cruz del Sur*. Por entonces se publicaban las obligaciones del católico, incluyendo el calendario anual de los ayunos y abstinencias, así como los "catecismos" en cartillas de los años treinta, en tiempos del obispo Abraham Aguilera. La moral y las virtudes religiosas eran, no obstante, sendas muy angostas. Por ahí se iba, sorteando tentaciones, hacia la Salvación. Pero, la vida moral era vigilada. *La Cruz del Sur* del Obispado tenía un reportero desconocido que estaba atento a la vida privada y pública para denunciar las faltas a través del periódico. Era el famoso "Colaborador X" en 1931⁶¹⁷.

La Fe aliviaba efectivamente el valle de lágrimas por donde transitaban los más pobres. Se asumían con estoicismo las desdichas y la vida se ponía en manos de la Providencia, a veces, con una actitud casi mística de devoción a los curas y con una disposición resignada ante el destino. "Estará de Dios" o "Era su destino", palabras que testimoniaban la resignación del chilote melancólico, supersticioso, soñador, creyente fervoroso, inclinado a lo sobrenatural, temeroso de Dios y milenarista. Los sábados por la tarde se llenaba el confesionario de la Iglesia Franciscana. En lo externo, las formalidades y rituales de la Iglesia; en lo interno, el mundo de la fantasía y creencias de herencia amerindia. Al menos, ese sincretismo se podía apreciar a simple vista en los más humildes castreños, y en los isleños cuando se congregaban en sus capillas rurales para el día del "santo patrono".

III. Nacer y vivir: "¡Que sea lo que Dios quiera!"

En Castro se nacía en cualquier época del año y en toda circunstancia como en el resto del mundo. Sólo que los nacimientos

⁶¹⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 12 de noviembre de 1926.

⁶¹⁷ *La Cruz del Sur*, Ancud, 1931.

parecían ser más numerosos en verano. Si no era en el Hospital, se llamaba a la partera que por entonces las había en gran número en los pueblos, islas y campos, o a la matrona profesional Carmen Barrientos, que, en los años treinta, atendía gratuitamente a las parturientas pobres de la ciudad.

Los chicos de Castro y Ancud nacían bajo aries, acuarios o capricornios. Los signos marcaban el camino y vicisitudes de la vida. Los de los pueblos e islas nacían de otro modo. Se tomaba en cuenta la marea en creciente y vaciante. "Si una mujer encinta se siente con síntomas de alumbramiento y la marea crece -dice el ancuditano Roberto Maldonado-, las comadres anuncian a la paciente que debe tener resignación, porque el parto no tendrá lugar hasta tanto no repunte el reflujo"⁶¹⁸. Pero también se tomaban en cuenta los ciclos de la luna, y acaso nacían más guaguas con luna llena. Pero, no era bueno parir en pleamar, porque el chico podía nacer leso, o deforme, o morir en breve tiempo.

Se llegaba al mundo con el nombre de los padres, abuelos o padrinos. Nombres antiguos y cristianos. Un solo apelativo. El Obispo aconsejaba "que se evite el excesivo número de nombres". Por eso, raras veces se ponían dos, y nunca nombres "ridículos, fabulosos o de falsos dioses impíos". El párroco debía cautelar que se llamen con nombres cristianos⁶¹⁹. Abundaban las Saturninas, Primitivas, Ercilias o Aurelias; los Eustaquios, Lindores, Rupertos o Policarpos. Crecido número de Juanes, Luises y Pedros; y muchas Marías, por primer nombre, porque para las Marías sí que había del Tránsito, del Carmen o de los Dolores. Hubo tiempos de explosión de Rosas, así como eran comunes las Fedinas, Clarisas, Doralizas, Loretos y Leonilas. Y para los varones, cuando el nombre del padre pasaba al primogénito, se estilaba agregar "Segundo", como José Segundo, "cuando José se llamaba el padre". Menos corrientes eran los Pacomios y Cayetanos. Pero los había.

Y se esperaba que naciera varón. Y para que así fuera, el padre campesino colgaba sus calzoncillos en el *coillín* de la cocina, y la

⁶¹⁸ Maldonado, Roberto, *Estudios geográficos e hidrográficos sobre Chiloé*, op. cit., p. 147.

⁶¹⁹ Obispo Ramón Ángel Jara, *Sínodo Diocesano de Ancud*, S.p.1., Ancud, 1907, p. 234.

madre en trance de parir miraba al sol para que el hijo fuera hermoso. La partera hacía su trabajo. Cortaba el cordón umbilical y lo amarraba con lana roja para evitar que lo *ojeen*. Luego, el bautizo que lo incorporaba a la familia cristiana. Y con el bautismo, la gran fiesta. En las islas apartadas, los chicos se bautizaban un año o más después de nacidos. Mientras tanto se los llamaba *gentiles* con toda la significación que ese concepto tenía en los tiempos coloniales.

Después venían las interrogantes sobre el futuro y la afición a verse la suerte. Se nacía con el camino trazado y no había cómo modificar el destino. El tránsito por este mundo estaba ya escrito en el Cielo. "¡Será lo que Dios quiera!", se decía resignado, excepto si se acordaba un pacto con el *Caleuche*, como se aseguraba por esos años cuando había quienes entregaban su alma al demonio a cambio de riquezas, bienestar y salud en esta vida para condenarse en la otra. De pactos como éstos hablaba la gente a la hora del fogón. Y se daban nombres de vecinos que habían optado por este camino y que en la primera mitad del siglo todo el pueblo los conocía.

Pero, ¿cómo saber los hitos por los que habría de pasar la vida? La afición a verse la suerte era más de mujeres que de hombres. Saber si les estaría reservado sólo un humilde trabajo de labradora o mariscadora o si se casarían con alguna conveniencia, considerando que sobraban mujeres y faltaban hombres, o acaso se irían a Punta Arenas donde sobraban éstos y faltaban aquéllas. Abundaban las adivinas que conocían todos los signos del buen o mal agüero. Y de repente comenzaron a llegar las gitanas. Las primeras lo hicieron en el vapor *Colo-Colo* en 1934. Esas sí que sabían decir la suerte, como lo hacía también el famoso "Fakir Chamilkán", considerado el mejor *adivino* de Castro. A las gitanas se les tenía miedo, pero eran irresistibles. La prensa arremetía contra ellas en Ancud. "Pandillas de gitanos que están explotando... los bolsillos de nuestros paisanos con toda clase de embustes", decía *La Cruz del Sur*. "El pueblo de Ancud está ya completamente satisfecho de su prolongada visita y que se vayan cuanto antes con su música a otra parte"⁶²⁰.

Pero el pueblo supersticioso quería saber su *suerte*, y ese interés

⁶²⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 20 de agosto de 1913.

creaba el mercado a propósito para tantos *adivinos* que hacían buen acopio de dinero, aprovechándose de la ignorancia de la población. Tan numerosos eran los que se ocupaban en este oficio que las Ordenanzas Municipales de Ancud precisaban que "los que por negocio en cualquiera forma dijera la buena ventura, interpretaren sueños, hicieran pronósticos o abusaran de la credulidad de otra manera semejante, sufrirán la pena que señala el Art. 496 (inciso 9) del Art. 495 del Código Penal"⁶²¹.

La suerte decía también sobre las enfermedades futuras, porque apenas se nacía comenzaban los temores por la salud. Partos defectuosos en los campos, *meicas* inexpertas, guagüitas envueltas como momias, tan tiesas que a veces les provocaba malformaciones a los huesos. Y siempre el temor a los *encantamientos*. Si sobrevivían a la lactancia, debían sortear los males siguientes en la infancia, la adolescencia y la adultez, porque había enfermedades al acecho y repetidas epidemias que se sucedían de invierno en invierno.

En Castro había un hospital y un dispensario. En Ancud, un hospital y un lazareto. Pero siempre faltos de médicos. Entre 1900 y 1930 Castro contaba con un doctor, a veces dos, uno o dos "practicantes" y dos boticarios con sus respectivas boticas no siempre bien surtidas de "oblas" y "papelillos" que se recetaban para todo. Brebajes también se recetaban y se preparaban en la botica de Luis Espinoza y en la botica *Bórquez*, de la profesional Ana *Bórquez* de Andrade desde 1930. El Dispensario-Sanatorio era "anti-tracomoso" para los enfermos de tracoma desde que este mal llegó a Chiloé. Le llamaban "mal oriental", porque llegó desde Japón -o eso se suponía- a Punta Arenas y desde allí pasó a Tenaún en 1912, de donde se extendió por todo Chiloé. Atacaba los ojos y, quizá por qué razón, sólo a los más pobres. Cundió tanto esta enfermedad que el practicante Ramón Silva no daba abasto para atender a tantos pacientes en los años treinta, cuando renació este mal.

A los mil males estomacales provocados por hepatitis, cirrosis, vesículas, etc., se sumaban las asma, las pulmonías, los tullimientos, las deformaciones óseas por descalcificación.

⁶²¹ *Ibidem*, 23 de agosto de 1913.

Poderosísimas gripes y mortales influencias, tos convulsiva, en fin, tifus exantemático, a causa del agua contaminada entre 1900 y 1917 por la mucha suciedad que escurría por las vertientes de las que se abastecía todo el pueblo. La tos convulsiva, que solía presentarse con carácter de epidemia, como entre 1900 y 1909, se debía a lo mismo. Y no había cómo combatirla.

A principios de siglo, se recetaban las famosas píldoras pectorales *Scott*, que la propaganda decía que curaban como por encanto las bronquitis, catarros, dolor de pecho, asma, toda afección pulmonar y aún la tisis incipiente. También había el *Lino-Tarin* para el estreñimiento y las píldoras para purificar la sangre. El dolor de cabeza se quitaba con las cápsulas de nervalina, y la estitiquéz con las "píldoras japonesas" o purgante vegetal. Los sarpullidos y picazones se combatían con *Bálsamo de los Chartreux*. Sin embargo, en estos "remedios" sólo creía la gente de Castro y Ancud. En las áreas rurales, no se les daba crédito.

En los campos e islas, los dolores estomacales eran tratados por *meicas* y *curanderos*. Chuaqui cuenta su experiencia en Chiloé, y dice, refiriéndose a la vida en las islas y pueblos del interior: Por "La frecuencia de una comida fuerte, de difícil digestión, me tenía el estómago en pésimas condiciones. En esos desamparados pueblos, ni siquiera existía un botiquín en donde procurarse algunos remedios de primera necesidad. ¡Ay del que se enfermara gravemente en una de esas aldeas! No le quedaba otro recurso que entregarse a uno de esos médicos brujos que hacen ingerir al paciente los más extraños y misteriosos brebajes para que después pasen a mejor vida"⁶²². Y eso sucedió con la niña Clementina Barriá, de Puqueldón, que a sus 15 años murió envenenada con los remedios que le dio la yerbatera María Águila, en 1915.

Nadie sabía cómo llegaba el mal que llamaban *llancazo*. "Uno recibió daño mientras escuchaba la misa; otro mientras bebía una copa de agua; aquél sintió de repente una puntada terrible, y así -dice Schwarzenberg- nunca falta una forma u otra para explicar cómo y por qué una enfermedad cualquiera debe proceder de un "mal tirado"⁶²³. Sólo cuando no había remedio se iba a buscar al

⁶²² Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 269.

⁶²³ Schwarzenberg, Jorge, y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 76.

médico de Castro a caballo o en bote. Más corriente era que "precisaran" al "practicante". Uno de ellos llegó a ser famoso. Ignoramos su nombre, pero sospechamos era el citado Ramón Silva. Lo llamaban de todas partes por *curioso*, que así se decía por lo ingenioso. Sacaba el máximo partido a su oficio, usando la teatralidad. Cuando el mal era la estitiquez, y sabiendo que se curaba dando a beber un purgante, preguntaba: ¿hay una escopeta en casa? Si la había, prefería que fuera de dos cañones. Entonces ponía la escopeta en la boca del paciente y por el cañón derramaba el *preparado* de jaboncillo. Era un actor que conocía muy bien la psicología de la gente. Sabía impresionar y obtener dinero. No era lo mismo dar a beber el líquido a través de la escopeta que servir el purgante en un vaso. Ahí estaba la gracia, la magia y su fama en los años treinta en los parajes aledaños a Castro.

Los dolores estomacales eran los más corrientes. El origen estaba en el mucho comer costillares, *llocos*, *curantos*, *milcaos*, chicharrones rebosantes de manteca, y en el exceso de bebida. Una comilona de éstas antes de acostarse era una bomba que *desbarataba* el hígado, porque "de las grandes cenas están las sepulturas llenas", se decía. Otra cosa era el reumatismo. Se sanaba bebiendo líquido de apio picado y hervido, y luego recocado con leche y harina, raspadura de nuez moscada -que se compraba en los negocios del pueblo- mezclada con pan y papas. ¡Santo remedio! "En el acto desaparece el mal", se aseguraba en los años veinte.

Así se combatía el reumatismo en Castro. Pero en las islas había males peores, y también curiosidades medicinales más rebuscadas. El *aire tirado* iba secando lentamente el cuerpo a causa de sapos en el estómago, o eso se creía. Se llamaba a la *machi* y, quizá cómo, sacaba sapos y culebras. Había infinidad de *males malos*, como los causados por el *pahuedún* o *árbol del trauco*. El médico de Castro no sabía de estas cosas; el curandero local sí. Éste hacía una ceremonia mágica, golpeando con voqui un palo de este árbol hasta que comenzaba a expeler un líquido que era recogido en un tarro, mientras el palo se llevaba arrastrando y golpeándolo hasta la casa del enfermo. Entonces se le daba de beber el líquido extraído y luego

el *pahuedún* era fondeado en el mar con grandes piedras "para ahogarlo"⁶²⁴.

El Dr. Waldo Brüning conoció al curandero Manuel Teca en Compu. Lo describe así: "Era un tipo grotesco, de baja estatura, cara redonda, curtida... vestía de frac, con pantalones a media pierna, una gran corbata papillón y ojotas confeccionadas de una pieza de cuero sin curtir". Así se presentó ante Brüning. Pero, según el sargento de Compu, "andaba siempre a 'pata pelá', con un ropaje de burdos tejidos a telar". Muy altanero se enfrentó al médico, señalándole "el enorme respaldo que gozaba en la población" y explicándole cómo curaba las enfermedades y síntomas, como el *mal malo* después de haberse *chañado*, es decir, malogrado, con tratamientos contraproducentes indicados por médicos⁶²⁵. Otro curandero era José Coliboro, que gozaba de gran fama en Compu, Quellón, Queilen e islas próximas.

No era sólo eso. Los *aires de fiura*, los *llancazos* o los simples males "misteriosos" causados por brujos, eran el pan de cada día en las islas del Mar Interior. Se curaban con purgantes de *huínque*, sahumeros de *palqui*, hojas de *quilmai*, friegas con savia del árbol tenio, brebajes de aceite de lobo o preparados de *yape-yape*, únicos antidotos para esos males que podríamos llamar antropológicos⁶²⁶. Si todo fracasaba, la enfermedad seguía su curso, pero si se suponía quién era el causante, se iba a pedir justicia al Presidente de la Cueva o Consejo. Famosos llegaron a ser brujos como el "Rey del Alto Perú" y la "Reina de España", en Paildad, por sus *males tirados*. De allí también eran los Coñoecar, todavía en los años veinte⁶²⁷.

Corrientes y más concretas eran las fracturas de hueso. Para eso estaba el *amarrador*, que no era *machi* ni curandero y que a fuerza de dedos, manos y tirones ponía los huesos en su lugar. Se

⁶²⁴ Cárdenas Tabies, Antonio, *Legendarios de Chiloé*, op. cit., pp. 50-51.

⁶²⁵ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 120.

⁶²⁶ Véase Cárdenas Tabies, Antonio, *Usos y costumbres de Chiloé*, Santiago, Editorial Nascimento, 1978, p. 163.

⁶²⁷ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, op. cit., pp. 76 y ss. El más reciente estudio es de Rojas Flores, Gonzalo, "La Recta Provincia de Chiloé: Brujería entre los siglos XIX y XX", en: *RChHG*, N° 165, Santiago, 2000, pp. 103-128.

usaba la *virna*, como llamaban al género con hoyitos a manera de parche poroso. Pero la garantía de efectividad estaba en el embetunado de jabón rallado, sal molida, clara de huevo, harina, raspadura de habas y hasta tabaco y ceniza de cigarrillo⁶²⁸, y, si era posible, raspadura de *cacho de camahueto*, haciendo un todo mezclado con barro. Así era en los campos. Los castreños, en cambio, llamaban al *entablillador* – que podía ser el médico u otro entendido – que usaba sólo tablitas de alerce para mantener unidos los huesos con el mismo resultado. Había que tener inventiva a falta de yeso.

El *amarrador* resolvía los problemas. Pero los había hábiles y también inexpertos. Por eso se veían tantos cojos o *chuecos* por ajustes mal hechos. Pero al menos seguían en pie. Otros males no sanaban nunca en los barrios pobres de Castro. Entonces, en el apuro más extremo, se tañía el riel colgado en "Puntechonos" y que se oía en todo el pueblo. Acudían los "camilleros" de la Cruz Roja⁶²⁹ a buscar al enfermo con sus 40° de fiebre para conducirlo al Hospital. Demasiado tarde. Así morían los pobres en los años treinta. La camilla, los camilleros y el moribundo tapado con una lona eran un triste espectáculo. La Cruz Roja de Ancud tenía también camillas cerradas con lona sobre la cual había una cruz roja pintada. Pero, además, una ambulancia. El vecindario de Castro solicitaba en 1939 se dotase al Hospital de un coche-ambulancia como el que había en Ancud, pero nunca llegó. Cuando la gente oía el tañido del riel decía: "¡Otro que va a morir!".

⁶²⁸ Altamirano, Miriam; Díaz, Valeria; Vidal, Valeria; Aguilar, Gladys, "Amarrando lugares, palabras y huesos, en: *Panorama desde Chiloé*, N° 4, Año 2, Castro 1988, pp. 18-21.

⁶²⁹ La Cruz Roja de Castro fue fundada el 30 de diciembre de 1921. Recibía aportes del Municipio y contribuciones particulares. En 1939 tenía al gobernador de Castro como presidente honorario, un presidente, un vicepresidente, un secretario, un pro-secretario, un tesorero, un capitán, un teniente 1°, un teniente 2°, un subteniente 1°, un subteniente 2°, un ayudante 1°, un ayudante 2° y cuatro directores. Ese año la Cruz Roja realizó 60 servicios. Recibía una subvención de \$120 fijada para el año 1940. Comunicaciones de la Cruz Roja de Hombres, Sesión 3ª Ordinaria, Castro, 10 de abril de 1940, AMC, p. 403. La institución contaba con una "Brigada de Camilleros" y su lema era "caridad en la paz y en la guerra". En los años cuarenta pertenecía al Sindicato Marítimo, organismo que tenía una sección de camilleros con sede en Punta de Chonos, donde estaba el riel. Su actividad era humanitaria y social. En 1947 su presidente era Emilianio Rogel, y secretario, Arturo Álvarez. Ese año solicitaban al Municipio una subvención de 100 pesos anuales.

IV. "En el mal de muerte no hay médico que acierte"

Todos los inviernos lo mismo. El tañido del riel, los camilleros de blanco y muy de prisa, el Hospital al que sólo se llegaba a bien morir, y el reposo final en el Cementerio. La campana de la Iglesia anunciaba las misas de difuntos a lo largo del año, pero era en invierno cuando el tañido del riel colgado en "Puntechonos" parecía sonar a muerte, quizá porque el silencio general del pueblo permitía oírlo con más nitidez y porque la tristeza de la estación hacía que la gente estuviera más sensible. Estación del morir. En verano se casaban, en primavera y verano nacían, pero en julio y agosto morían los que tenían que morir. En 1936, por ejemplo, el peor mes fue agosto con 131 decesos. En cambio, en noviembre sólo fallecieron 72⁶³⁰. Invierno, desafío para los viejos. Cuando los chicos pelusitas veían un anciano por la calle, decían: "¡Éste no pasa el invierno!". Las enfermedades solían ser largas por no ser costumbre consultar médico. Era corriente saber de hombres que llevaban años postrados sin conocer la causa de su mal. Las mujeres parecían más resistentes, porque fallecían de vejez, excepto en el difícil trance del parto o en los naufragios, cuando arrebozadas de la pesada indumentaria de lana se iban sin alternativa al fondo del canal. Morían más hombres, excepto ciertos años. En 1910 fallecieron más mujeres que varones: 1.187 y 1.076, respectivamente⁶³¹. Años excepcionales, porque en el conjunto de la población chilota se podía constatar la mayor longevidad de las mujeres. En 1920, por ejemplo, había 1.304 viudos y 3.288 viudas en la Provincia⁶³². Parecida proporción a nivel local. En 1930, había en la jurisdicción de Castro 228 viudos y 769 viudas⁶³³. Las mujeres vivían más. Bautizadas con óleo de la Santa Sede, superaban el siglo. Eso se creía.

Por asesinato rarísima vez se moría, porque las venganzas por

⁶³⁰ Anuario Estadístico de Chile, Año 1936, Vol. I, Demografía y Asistencia Social, *op. cit.*

⁶³¹ *Ibidem*, Año 1910, Tomo II, Movimiento de Población, II Parte Defunciones. Imprenta y Litografía Universo, Santiago, 1912, p. XI.

⁶³² Resultados Generales del Censo de la República, Año 1920, Imprenta Universo, Santiago, 1925, p. 10.

⁶³³ X Censo de Población, Año 1930, Imprenta Universo, Santiago, 1931, p. 6.

robo de alguna oveja no terminaban en muertes, sino a puñetazos en las fiestas religiosas de los pueblos cuando la víctima y el ladrón se encontraban en la ramada. Y cuando se cometía algún horrendo crimen, toda la Provincia se estremecía, como se estremeció con Ñancupel, que pasó a la Historia como el criminal de Chiloé⁶³⁴. Y aunque hubo otros asesinos, como el de Nahuelhuén, no lograron alterar la imagen de Provincia pacífica y segura, al menos en esto.

Sin embargo, morir de cualquier mal antes de tiempo se tenía como una posibilidad cierta en una época en que las expectativas de vida eran también más cortas. De ahí que se tuviera por costumbre asegurar todo "por si acaso", incluyendo a los hijos con una variedad de padrinos y en primer lugar, el que se hiciera cargo de los huérfanos. Por eso, las tipologías de padrinos incluían a los *compadres de barriga* durante el embarazo, *compadres de bautismo* para que se encargara de los *medios* e hiciese su aporte económico para la fiesta, *compadres de sanguinidad* para que se comprometiera a educar al ahijado al faltar el progenitor.

El que caía en cama a la edad de 50 años o más se daba por perdido, especialmente en las áreas rurales donde, en caso de enfermedad y después de haber fracasado el curandero, no se podía hacer otra cosa que rogar a Dios y encomendarle el alma. Era "el destino". Estaba "escrito". La muerte se aguardaba con estoicismo y resignación cuando ya no hacían efectos las yerbas y agüitas milagrosas de la farmacopea local. Y cuando parecía inútil todo esfuerzo, comenzaba la "preparación para la muerte".

Sólo había que esperar la marea para dejar este mundo. Por eso, cuando alguien entraba en agonía se decía que estaba "trabajándolo la marea". Roberto Maldonado fue testigo de la relación entre la marea y el deceso. Si un moribundo se halla en las ansias de la muerte -dice- los deudos no se amilanan si la marea se encuentra de flujo. No sucede lo mismo si el estertor de la agonía comenzó con el reflujo; entonces el ayudar a bien morir y las ceremonias propias de tales extremos no escasean; comienzan los

⁶³⁴ Osorio, Cipriano, "Piratas de las Guaitecas", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 7, Castro, 1987, pp. 15-17.

llantos y los preparativos para el entierro. El paciente se va con la vaciante⁶³⁵.

"En el mal de muerte no hay médico que acierte", se decía. En el lapso de tiempo entre caer a la cama y el desenlace final se sucedían las visitas, los consejos, los preparativos, el sacerdote, y las recetas caseras ya ineficaces porque la psiquis había aceptado el fatal destino, y la familia también. Así comenzaba "la danza de la muerte". El moribundo pedía la presencia de un rezador para "bien morir"⁶³⁶. Así era en los campos, porque a falta de cura era el *fiscal* el que dirigía los rezos. No era muy distinto en Castro de finales de los treinta, cuando había rezadores populares en los barrios pobres, como era don Leandro, presente en todo velorio. Pero a principios de siglo había familias que tenían el *Manual de la buena muerte* para ayudarse en estos trances. El moribundo era testigo - si estaba consciente - de todo lo que sucedía a su alrededor, y hasta solía ordenar personalmente el funeral. Con la confesión y la extremaunción el alma se libraba de pasar por el mundo de las tinieblas. Y tenía cuidado de asegurar que después de muerto se dijeran misas y se hicieran las ofrendas. La psiquis aceptaba el desenlace. ¿Para qué resistirse a la muerte si Dios lo ha resuelto así? En las islas se hacía *minga de funeral*. Los vecinos aserraban la madera para el cajón, cepillaban las tablas y fabricaban la cruz. Y cuando llegaba la hora del último aliento y con ella el deceso, el rezador abría la boca del difunto para dar salida al alma. Porque la muerte cambia el estatus ontológico del hombre. El alma se separa del cuerpo y se convierte en espíritu, dice Mircea Eliade, refiriéndose a los pueblos primitivos⁶³⁷. En las islas chilotas era precisamente ese espíritu el que se rehusaba a salir de la casa. Y para evitarlo, se abrían también las puertas y ventanas, echando el alma fuera de la morada, empujándola con ramas de arrayán, luego de lo cual se hacía la convocatoria, haciendo correr la voz por la aldea con un simple ¡ya murióoo, ya murióoo! que se oía por todo el paraje.

⁶³⁵ Maldonado, Roberto, *Estudios geográficos e hidrográficos sobre Chiloé*, op. cit., p. 147.

⁶³⁶ Sobre el tema Juan Guillermo Prado publicó un artículo titulado "Los rituales de la muerte", en: *El Mercurio*, Santiago, 1° de noviembre de 1981, p. D-9.

⁶³⁷ Eliade, Mircea, *Ocultismo, brujería y modas culturales*, Buenos Aires, Editorial Paidós Orientalia, 1997, p. 53.

Entonces se iniciaban los ritos del tránsito.

Pero cuando se presentaban las pestes no había tiempo para los preparativos del desenlace. La muerte pasaba como un huracán, como en 1919, en que una destructora gripe asoló la Provincia. En agosto, Castro y todo Chiloé estaba en cama pidiendo clemencia a Dios. El Dr. Kappes y el farmacéutico Luis Espinoza corrían de una casa a otra. Los curas y frailes no eran suficientes para tantos requerimientos. A todas partes no podían llegar las extremaunciones. Se cerraron las escuelas, mientras en los campos eran infructuosos los esfuerzos de los yerbateros⁶³⁸. En Quilquico hubo días en que fallecieron entre tres y cinco personas. El 30 de septiembre murieron cinco en Rauco. En Putemún falleció una familia completa y no había cómo sepultarla, porque toda la población del paraje estaba postrada en cama. Sólo un campesino pudo llevar los muertos en una carreta y darles entierro. Cerca de mil personas habían fallecido en el Departamento de Castro hasta octubre de ese año⁶³⁹. Cuando se difundía la epidemia, la gente corría gritando ¡Llegó la peste, llegó la peste!, que el inconsciente colectivo asociaba a las epidemias de viruela que durante la Colonia traían los barcos del Callao. Morir en lugares apartados, como Cucao, significaba, además, conducir el cadáver hasta Chonchi, donde estaba el Registro Civil. Si el lago estaba "malo", había que esperar hasta 4 ó 5 días con el cadáver insepulto. Así era morir en Chiloé a principios de siglo⁶⁴⁰.

Tiempos de epidemias y años de defunciones por males inexplicables. Sorprende la frecuencia de muertes después de "una breve enfermedad", o "ligera dolencia", o por "extraño mal". Cuando la prensa informaba sobre la muerte de alguien, solía decir la frase cliché: "los adelantos de la ciencia médica no impidieron su deceso". Decesos muy sentidos cuando se trataba de párvulos. Las muertes prematuras eran golpes demoledores para la familia y para toda la comunidad, como cuando en 1906 falleció en Ancud el niño José Alcaide Westhoff, hijo de Delfin Alcaide y de Melinka Westhoff

⁶³⁸ *La Voz de Castro*, Castro, agosto de 1919.

⁶³⁹ *Ibidem*, 3 de octubre de 1919.

⁶⁴⁰ *El Sur de Chiloé*, Castro, mayo de 1908.

Cavada⁶⁴¹. En 1910, fallecieron 873 menores de un año en la Provincia, es decir, el 219, 1 por mil⁶⁴². En 1936, el 53,4% de los fallecidos murió antes de cumplir los diez años y el 58,4% antes de cumplir los veinte⁶⁴³. Conmoción general en todo el pueblo cuando morían adolescentes, como el 15 de septiembre de 1922 al fallecer Emma Henríquez a los 22 años, hija de don Ignacio, la más hermosa de Castro. Con diez días de diferencia fallecieron las dos hermanas de Tulio Alvarado: Rosalía y Mercedes el mismo año. En 1921 murió en Ancud Luisa Kamann Gesell, enlutando a familias de ese pueblo y de Castro. Casi todos los años parecidos dramas, como en 1934 con el deceso de Elsa Andrade Menares, la hijita de don Roberto. Todo el pueblo anonadado. El mismo año murió la pequeña Georgina Mansilla, el joven de 21 años Rubén Cárdenas Asenjo y la colegiala Edita Bórquez Bórquez⁶⁴⁴. Año infausto.

La muerte, un misterio angustioso. La vida solía ser más breve que un suspiro en esos años trágicos. Por eso, vivir tenía todo su sentido. El castreño se aferraba a la vida con rezos, medallitas y escapularios. La inexistencia de suicidios testimoniaba el apego al mundo de aquí, cuando la vida se entendía como "jornada sin paréntesis", o "lucha sin treguas". En todo caso, un "camino abrupto", para algunos; "suave pendiente", para otros. En fin, un "ameno y desolado valle", una "colina risueña o agreste" o "senda sinuosa", algunas veces, "camino franco", en otras, como se contiene en algunos discursos fúnebres de 1908⁶⁴⁵. No había suicidios, pero de pronto alguno venía a trastornar a todo el vecindario de Castro, como en 1926, cuando la bella niña Blanca Viereck Christie se suicidó en la Plaza de Armas de puro amor que sentía por Augusto Kamann y por la indiferencia de éste⁶⁴⁶. La prensa recogía el drama así: "El domingo a la hora de la oración pasó sobre la ciudad un hálito desconocido y misterioso que pareció hacer a las gentes de pronto más buenas; puso ternura en las mujeres, dolor en los

⁶⁴¹ *La Cruz del Sur*, Ancud, 18 de agosto de 1906.

⁶⁴² Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1910, *op. cit.*, p. L.

⁶⁴³ *Ibidem*, Año 1936, *op. cit.*, p. 31.

⁶⁴⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 1934.

⁶⁴⁵ *El Sur de Chiloé*, Castro, mayo de 1908.

⁶⁴⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 7 de agosto de 1926.

hombres, admiración en todos. Fue el alma de Blanca Viereck que se elevaba lentamente a lo infinito"⁶⁴⁷.

Otras veces morían personas anónimas en naufragios, o morían de maneras extrañas, desconocidas en Chiloé, como el accidente que causó la muerte de Agustín Gómez en Santiago, atropellado por un tranvía en 1926. Parece que fue el primer chilote en morir de esta forma. El tifus exantemático, en cambio, era local y, a principios de siglo, una verdadera plaga que el Dr. Reed llegó a combatir en 1905. Se bebía agua contaminada de los arroyos y de infinidad de vertientes que corrían por aquí y por allá. En 1907 se consideraban "potables" sólo cuatro surtidores. El agua originaba el tifus, cuando la muerte llegaba a la casa dentro de la *chunga*.

Los males más frecuentes atendidos en el hospital de Castro eran el tifus, que los chilotes llamaban *tabardillo pintado*; el tracoma, que afectaba especialmente a los campesinos y que llamaban *Santa Lucía*; la conjuntivitis, que llamaban *de fogón*, porque la producía el humo; la pediculosis o enfermedad de la piel producida por el insistente rascamiento a causa de los piojos; la tuberculosis; la tifoidea o *chavalongo*, que se presentaba con dolor de cabeza, el sarampión, la coqueluche, la difteria, la escarlatina, la rubéola, la varicela, la blenorragia, la sífilis, esta última traída por los temporeros al regreso de Punta Arenas, según se creía por entonces; en fin, el raquitismo, la alergia, las luxaciones, contusiones, heridas y fracturas⁶⁴⁸. El médico de hospital hacía lo que podía. Los

⁶⁴⁷ *Ibidem*, 13 de agosto de 1926. Era hija de Beatriz Christie de Viereck. Blanca pertenecía a la familia formada en Castro por el escocés Roberto Christie, quien en 1888 solicitó la nacionalidad chilena y pidió el monopolio de la explotación de las islas Guaitecas, Chonos y del litoral continental, ante la Municipalidad de Castro y por el tiempo de doce años. Pero protestaron 59 comerciantes y no obtuvo la merced del Gobierno. Sus descendientes, en cambio, poseyeron millares de hectáreas al oeste de la Isla Grande. Grenier, Philippe, *Chiloé et les chilotes*, op. cit., p. 347. Roberto Christie falleció en 1918. Estaba casado con Walburga, fallecida el 5 de noviembre de 1926. Juan Roberto Christie, hijo de ambos, era agente de vapores de Braun y Blanchard y de la PSNC. Falleció el 22 de noviembre de 1922. Beatriz Christie de Viereck era madre de Blanca Viereck Christie, fallecida tempranamente el 10 de agosto de 1926, y de Nenita Viereck Christie. Los Viereck descienden de Casterio Viereck, S que en 1908 era importador de licores en Castro. Entre los ancianos castreños todavía se recuerda el suicidio de Blanca. Véase Uribe Velásquez, Mario, *Cronogramas de Castro en el siglo XX*. Editorial Pata de Liebre, Ancud, 1998, p. 16.

⁶⁴⁸ Brúning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., pp. 82-90.

tracomosos eran atendidos en el Dispensario Municipal. Pero las enfermedades más graves obligaban a llevar al paciente al Policlínico del Dr. Alfredo Brunke de Osorno⁶⁴⁹. Las causas más frecuentes de muerte eran, en 1910, la neumonía, la gripe, el sarampión y las "no específicas"⁶⁵⁰.

V. "Velorios comidos y bebidos"

Más del cien por mil de los niños de pecho morían anualmente en la primera mitad del siglo. Toda familia pasaba por este dolor. De allí la frecuencia de *velorios de angelito*, aunque más corriente en los campos que en el pueblo.

El padrino se hacía cargo de la mortaja blanca; las flores las aseguraba el vecindario, y los padres o los mismos vecinos ponían el ataúd. Todos colaboraban también con la *merienda* durante los dos o tres días que duraba el velorio del niño fallecido. En las islas y campos se acostumbraba poner una varilla en la urna para que, en su camino al más allá, el alma del *angelito* pudiera defenderse de los peligros. A veces, también, un pañuelo para que tuviera con qué secar sus lágrimas, y una monedas para pagar en Cucao al *balseiro de los muertos*, que lo barqueaba hasta el otro lado del océano. Eran resabios de la gentilidad.

Sin embargo, no eran estos velorios escenas tan tristes como podría pensarse, o de dolor punzante, pero sí serenas, y a veces algo festivas, con amigos y parientes, con rezos, cantos⁶⁵¹ y versos de vieja tradición oral⁶⁵², como se hacía en las islas, porque el *angelito* se iba al Cielo y desde allá cuidaba de sus padres. *Angelitos* vestidos de celeste, *angelitas* de blanco, como se estilaba en Castro. En los pueblos e islas, la mortaja era de cualquier color, fuera niño o niña. El *angelito* era puesto en posición vertical en el salón y, en ocasiones, con los ojos abiertos, lo que se conseguía con delgadísimos palitos para levantar los párpados y dar la impresión

⁶⁴⁹ *La Voz de Castro*, Castro, mayo de 1924.

⁶⁵⁰ Anuario Estadístico de la República de Chile, Año 1910, *op. cit.*, p. 753.

⁶⁵¹ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, *op. cit.*

⁶⁵² Véase también a Vázquez de Acuña, Isidoro, "Ritos funerarios del pueblo de Chiloé", en: *La Cruz del Sur*, Ancud, 16-17 de marzo de 1956.

de estar vivo. Los chicos simulaban jugar con él, como se suponía que jugaban los angelitos en el Cielo alegre y festivamente al momento de recibirlo⁶⁵³. Los padres castreños solían fotografiarse con el cadáver, como se estilaba también en España por la misma época, donde la "fotografía de la muerte" representaba niños vestidos para la ocasión en brazos de sus padres de rostros tristesísimos, o cadáveres de niños sobre la cuna adornada, vestidos, calzados y maquillados. Sin embargo, en España no se observaba el ambiente festivo de que hablamos, ni el rostro del *angelito* mostraba estar aparentemente vivo, sino siempre con los ojos cerrados⁶⁵⁴.

Los velorios de niños o de adultos eran concurridos. Asistía toda la parentela, conocidos y vecinos. En el centro del salón, el ataúd con el finado, rodeado de flores. Pero no siempre era así. Las familias campesinas solían poner el cadáver sobre la mesa, envuelto en una mortaja negra mientras se fabricaba el *cajón*, cuatro velas encendidas, dos en cada extremo y dos maceteros con flores naturales o artificiales a cada lado; banquetas y sillas para los rezadores y concurrencia. El Dr. Waldo Brüning describe la siguiente escena de 1932: "En las piezas aledañas [al dormitorio del moribundo] -de muy modesta apariencia y mal iluminadas- se habían reunido unas cuarenta personas, entre atribulados familiares, amistades y vecinos, sentados silenciosamente en bancas y sillas, que aguardaban anhelosos, al calor del fogón, el fatal desenlace... Era un ambiente en que todo propendía a la tristeza y la desesperanza⁶⁵⁵. Quizá estos cuadros testimonien una sensibilidad macabra, un espíritu sombrío en la agonía. ¿Chiloé, tierra de lo lúgubre? El velorio duraba dos noches, a veces tres. En la última se

⁶⁵³ Sobre velorios de angelitos en épocas más recientes, Boldrini, Gustavo, "El velorio de angelito: la otra cara del luto", en: Revista *Krítica*, Santiago, 1998. Costumbre muy difundida en los barrios serranos de Valparaíso en el siglo XIX y principios del XX. Urbina Burgos, Rodolfo, *Valparaíso, auge y ocaso del viejo "Pancho". 1830-1930*, Editorial Puntángelos, Universidad de Playa Ancha y Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1999, p. 221.

⁶⁵⁴ López Mondejar, Publio, *Las fuentes de la memoria: Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Barcelona/Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas. Lunberg Editores S.A., 1988, p. 68. Véase, además, un interesante estudio de León, Marco A., "Imágenes Perennes": Aproximaciones al retrato mortuorio en Chile. Siglos XIX y XX", en: *BACH*, N° 106, Santiago, 1996, pp. 185-203.

⁶⁵⁵ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 99.

ponía al difunto en el ataúd que permanecía abierto hasta el amanecer. Entonces se clavaba⁶⁵⁶.

Velorios de campo y velorios de pueblo, velorios de pobres y de ricos. Variaban la exposición del cadáver, los adornos mortuorios y los *velantes*. Pero, en todos había un rasgo común. Se rezaba un poco, se conversaba mucho y se observaba todo. Los rezos se intercalaban con largos momentos de silencio. De cuando en cuando, se servía la "comida funeraria" con *corridas* de sopaipillas o *churrascos* que preparaban las vecinas y, casi sin pausa, el café. Velorio era sinónimo de café. Por eso, cuando los chicos veían a un anciano que apenas podía con sus piernas, decían: ¡Está que da café!, queriendo decir que andaba anunciando su velorio. Pero, infaltable era la chicha de manzana y los licores, entre ellos el *glorio* o mezcla de aguardiente con azúcar quemada y agua, que se servía para mejorar el ánimo de los *velantes*.

En ocasiones, se contrataba una *llorona*, cuando la viuda ya no tenía lágrimas que derramar. Más corriente en los campos de principios de siglo, la *llorona* llanteaba expresivamente, o sólo gemía. Era la necesidad de exteriorizar los sentimientos, una demostración pública de dolor y de desolación. Luego el vecindario comentaba: "El finado fue muy llorado". El velorio era, en general, un suceso conmovedor, como es la actitud del hombre ante la muerte en todo el mundo. Sólo varía en intensidad según la cultura, como era el caso de Chiloé. Pero, el llanto desconsolado, la tristeza infinita y la desolación coexistían con actitudes más serenas, resignadas y, a veces, festivas. Esto último porque la falta de resignación se asimilaba a falta de Fe, y las excesivas demostraciones de dolor se interpretaban como la no aceptación de la voluntad de Dios. Por eso en los velorios se pasaba bien. Marco León apunta que los velorios se hacían en "un ambiente de alegría y no de congoja, pues la pena, el llanto y la nostalgia retrasan el viaje del difunto a su nueva realidad". Agrega que "el alcohol cumple un rol fundamental al catalizar y exacerbar los sentimientos de tristeza, generando alegrías pasajeras y una atmósfera donde el dolor se vuelve más

⁶⁵⁶ Cárdenas Tabies, Antonio, *Usos y costumbres de Chiloé*, op. cit., p. 175.

distante, al menos mientras dura el velorio⁶⁵⁷. Pero, más que festiva, la atmósfera era una curiosa combinación de lloros y rezos, seguidos de ratos de silencio, y café, ocasión de la conversa entre los *velantes* y a veces en voz alta por efecto del *glorio*, pasando revista a la vida del difunto en las cosas serias de su vida y las divertidas.

No era extraño que, en medio de la gravedad de la reunión, se oyeran contenidas risotadas de los menos refinados y más irreverentes, aunque tales excesos no se estimaban ofensivos en los velorios de los deudos más humildes, como el que describe Darío Cavada de un marinero pobre en Ancud. El cadáver se ponía sobre dos mesas juntas, lo tapaban con una sábana y luego ponían las velas, sirviendo de palmatoria las botellas de cerveza. Las mujeres se instalaban a un lado y los hombres en otro y todos juntos rezaban el Rosario. Se rezaba y se conversaba. "Las conversaciones -dice- versan siempre sobre el finado, ponderando sus buenas cualidades... en presencia de los deudos con chascarros ilustrativos, refiriendo los deudos a su turno las últimas palabras del finadito... y sus deseos póstumos, interpretando todo esto de un modo misterioso"⁶⁵⁸.

Con todo, el velorio era la escena más traumática para los hijos pequeños. Las letanías de los oros, el conmovedor efecto de los lloros, las flores, el cura y los compungidos rostros de los presentes. Imágenes que golpeaban la psiquis. El finado padre dentro del *cajón*, vestido con traje negro, camisa blanca y corbata. Y en su pálido rostro, el rictus de la muerte. Era lo más macabro que podía ver un chico de seis años. Horror de los niños ante el vacío dejado en casa. Gemidos que testimoniaban la desolación en que quedaba la familia. Los abrazos, los pésames para consolar a los deudos, el desfile de gente extraña con rostros de tristeza, dejaban huellas tan profundas que no se borraban nunca. Y, allí, siempre don Leandro -que después apellidaron *Fuira*, sin que sepamos por qué- el rezador de velorios en los barrios pobres de Castro a fines de los años treinta.

En la islas más retiradas se conservaba más que en el pueblo

⁶⁵⁷ León, Marco A., *La cultura de la muerte en Chiloé*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1999, p. 52.

⁶⁵⁸ Cavada, Darío, *Vida isleña, op. cit.*, p. 31.

la vieja tradición colonial Se acostumbraba a rezar varios rosarios para atenuar el dolor de la familia y como indulgencia para el alma del difunto. Los rosarios "dolorosos" eran cinco: la oración de Jesús en el huerto, Jesús azotado, Jesús coronado de espinas, Jesús con la cruz a cuestas y Jesús crucificado⁶⁵⁹. Cárdenas Tabies dice: "Después de enunciado cada misterio, se canta la parte correspondiente a cada uno, se reza un Padrenuestro y diez Avemarías entre misterio y misterio" hasta completar los cinco. Al final se rezaba la letanía y una oración, se cantaba una *salve chilota* y terminaba con una bendición para todos⁶⁶⁰. Si el difunto era *angelito*, entonces los rosarios eran *gozosos*.

VI. Funerales de ricos y pobres

Velorios burgueses, silenciosos, graves, recatados y solemnes, con funerales "tan espléndidos como tristes" o con "grandiosas honras", como en 1908 cuando murió Juan Krautz⁶⁶¹, o como el funeral de Cristina E. de Cárdenas en 1913, el mismo año que falleció Zoila López de Bahamonde, que fue acompañada al camposanto por un enorme cortejo de vecinos importantes cuyos nombres se publicaron en dos números de la prensa castreña. Así moría la "gente bien" en Castro, Ancud y Chonchi. En este último pueblo, de cierta importancia por entonces, falleció en 1917 Federico Lagreze, cuyo funeral fue uno de los más concurridos en la historia de esa villa, sólo comparable al cortejo que acompañó los restos del castreño Roberto Christie el 6 de mayo de 1918, o cuando las exequias de la también castreña Rosa Troncoso de Paffetti en 1919, muerta trágicamente al caer al mar desde una lancha a la salida de Chonchi. Un pomposo cortejo acompañó los restos de Clara Pereira, esposa de Aníbal Andrade, en 1922, la misma pompa cuando murió Felipa G. de Triviño, la madre de Ruperto, en 1923. Pero nada igual al grandioso funeral de Antonio Burr, en Ancud, en 1919, uno de los

⁶⁵⁹ Cárdenas Tabies, Antonio, *Usos y costumbres de Chiloé*, op. cit., p. 177.

⁶⁶⁰ *Idem*.

⁶⁶¹ Juan Krautz era natural de Hannover. Nació el 11 de mayo de 1816. De muy joven se radicó en Castro, donde vivió por más de 50 años. Falleció a los 92. *El Sur de Chiloé*, Castro, 18 de diciembre de 1908.

más distinguidos vecinos de esa ciudad. Asistieron vecinos de Castro y de todo Chiloé⁶⁶².

No menos conmovedoras fueron, en 1935, las exequias de Tránsito Álvarez, esposa del fallecido Ciriaco Álvarez, el "rey del ciprés", o los funerales de la profesora Dorila Águila, el mismo año. La muerte de los ricos era la más comentada y casi siempre con las mismas reflexiones: "¿De qué le valió la riqueza?" o, "¿De qué le sirve el dinero ganado si ya está sepultado?". Porque ser vecino *principal* era morir con pompa, y mucho más si a su caudal añadía pertenecer al Cuerpo de Bomberos. En su casa, la *capilla fúnebre*, luego el ataúd cubierto de flores y cintas negras en el carro mortuorio rumbo a la iglesia. El catafalco así decorado representaba toda la importancia del difunto, como fue el caso de Manuel Miranda Velásquez en 1906, "cuya suntuosidad casi no podemos describir", decía el periódico castreño⁶⁶³. Y de la iglesia al cementerio, seguido del largo cortejo de caballeros: primero el carro con las coronas de flores; más atrás el carro mortuorio con el ataúd, en cuyos costados asomaban los cordones que llevaban cogidos los familiares y otros señores de la élite. Repentinamente murió Adolfo Montiel en 1927. Sus funerales fueron "grandiosos" carros lujosamente adornados, misa fúnebre a la altura de su importancia social, y de allí al camposanto con "gran acompañamiento" de bomberos con sus respectivos estandartes, jefes de Policía, representantes de todas las instituciones castreñas y sus hijos Manuel y Julio Montiel Haro⁶⁶⁴. Tres discursos fúnebres testimoniaban la importancia social del occiso.

Funerales tristes, pero serenos, y funerales llorosos. La despedida de la joven profesora Rosalía Alvarado García, en 1922, fue uno de los más conmovedores porque el cortejo incluía a sus colegas profesoras y a sus alumnas portando varios estandartes. Lloraban en el trayecto de la iglesia al cementerio. El discurso

⁶⁶² Otro Burr, Roberto, construyó en 1928 el primer aserradero mecanizado en Dalcahue. Sobre la familia Burr, véase a Burr, T.C.H. *A general history of the Burr family*. New York, Knickerbocker Press, 1902. Y Vázquez de Acuña, Isidoro. "Burr", en: *REH*, año XXXVII, N° 30, Santiago, 1986.

⁶⁶³ *La Industria*, Castro, 1906.

⁶⁶⁴ *La Voz de Castro*, Castro, 9 de noviembre de 1927.

fúnebre estuvo a cargo de la profesora Victoria García. Era conmovedor. Pero, si hemos de creer a Francisco Cavada, uno de los más grandes funerales fue el de Isidro Bórquez, en 1888⁶⁶⁵.

Velorios bien comidos, concurridos y conversados en los barrios pobres que, sin embargo, contrastaban con el funeral que sólo era de cortejo corto y sin pompa, como es el morir de los humildes. Para ellos no valía aquello de "pompas fúnebres". Sin pompa era, también, en las islas y campos. Sólo un cajón hecho en casa de tablas a la rústica conducido en la carreta o a pie por cuatro hombres al cementerio del lugar, seguido por la breve comitiva con las mismas ropas de siempre. Sólo la familia del difunto llevaba luto. Pero se estilaban peculiaridades desconocidas en el pueblo. Al salir de casa, se detenía brevemente el cortejo para que el alma pudiera ver por última vez la que había sido su morada. Luego, la lenta marcha entre oraciones y cantos a la capilla para el responso. Desde allí al entierro que terminaba con un rosario.

Los discursos de despedida no se acostumbraban en los campos, tampoco en el pueblo para los finados pobres. Unos se iban de este mundo bien vestidos y acompañados de un cortejo de sombreros de copa y bastones hasta la bóveda familiar, bóveda a veces fastuosa, comparada con las tumbas de los pobres con simples cruces negras sobre el foso. Éstos, sólo amortajados con el mismo mameluco de uso diario, se iban a su última morada, que no era más que un hoyo abierto para tal fin en un rincón del cementerio. Ricos y pobres, urbanos y rurales sólo se parecían en cuanto finados pobladores de la misma ciudadela fúnebre y llena de cruces, de epitafios, de dibujos de corazones negros atravesados por una espada, simbolizando todo el dolor⁶⁶⁶. La gente iba al cementerio a visitar a sus muertos todos los domingos y aprovechaba de mirar

⁶⁶⁵ Isidro Bórquez nació en Castro. "Fue uno de los castreños más distinguidos y más honorables del pueblo por su linaje, por su caballerosidad y... por sus excelentes virtudes... Sus funerales fueron de los más solemnes que... se recuerdan. El cementerio... semejava un inmenso manto negro por los numerosísimos trajes de luto de los concurrentes a la sepultación. Agustín Gómez García le dedicó a su muerte un hermoso artículo necrológico que se publicó en *El Católico*, de Ancud, el 27 de mayo de 1888". Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 271.

⁶⁶⁶ Cavada, Darío, *Vida isleña*, op. cit., p. 34.

las tumbas más hermosas. Entre las bóvedas de cemento y las tristes cruces de madera clavadas sobre el montículo de tierra, había gran distancia, como la había en vida entre el rico y el humilde. Si el difunto pobre hubiera podido hablar, ¿qué habría dicho? El poeta Emilio R. Sádía habla por él y dice: "Hombre opulento que a mi tumba llegas / y miras con mirada desdeñosa / el pobre ornato de mi triste losa: / ¿Piensas ser más que yo?, mucho te ciegas. / Ese boato necio que despliegas / es ilusión fugaz de mariposa; / y en el borde desagua una fosa / ese río de plata en que navegas"⁶⁶⁷.

Sin embargo, no era digno el camposanto. No había en Castro de los años veinte un cementerio que mereciera el nombre de tal. El de Ancud estaba más presentable. El Sínodo de Ancud de 1907 ordenaba que en cada parroquia hubiera un cementerio, cuya erección debía ser aprobada por el Obispo. La obligación de los párrocos era conservarlo limpio, aseado y cerrado para evitar la entrada de animales, y un portón o puerta con llave a cargo de un cuidador. En medio del camposanto debía levantarse una gran cruz que separase dos espacios: los sepulcros eclesiásticos y los de los laicos con distinción de párvulos y adultos. Una tercera sección debía reservarse para párvulos hijos de padres católicos que hubieran fallecido sin bautismo⁶⁶⁸. Se contemplaba un cementerio público común "para sepultar a los indignos de sepultura eclesiástica, como los infieles, herejes, cismáticos y los excomulgados"⁶⁶⁹. Pero el cementerio de Castro era un pastizal y carecía de calles, excepto las simples huellas. En 1905 se lamentaba la prensa castreña: "Apena el ánimo cada vez que uno se ve obligado a visitar la mansión en que yacen los restos de nuestros deudos. Cuesta trabajo acostumbrarse a la idea de que los afectos desaparecen al borde de la tumba, y no obstante otra cosa no significa el abandono en que se mantiene ese lugar sagrado. El pasto ha cegado las estrechas avenidas y las malezas se desarrollan sin que nadie las estorbe". Agrega el articulista que "en todos los pueblos, sus habitantes se esmeran por adornar y embellecer sus

⁶⁶⁷ Habla un difunto obrero desde su tumba. Poema de Emilio R. Sádía. *La Cruz del Sur*, Ancud, 28 de julio de 1915.

⁶⁶⁸ Obispo Ramón Angel Jara, *Sínodo Diocesano de Ancud*, op. cit., p. 230.

⁶⁶⁹ *Idem*.

cementerios, sólo en Castro se ve que ninguno se preocupa⁶⁷⁰.

En 1919 seguía siendo un desorden por la "confusión de sepulturas". Indigno lugar, decía la prensa, por el "desaseo tan grande que se observa en la mansión de los muertos". La emigración de familias completas dejaba en el abandono las sepulturas, arruinándose al poco tiempo. "Rejas inclinadas, cruces caídas, todo en el más completo abandono y descuido"⁶⁷¹. Los que regresaban a su tierra después de largos años de ausencia, no hallaban ni vestigios de las sepulturas de sus padres, y en el sitio solía haber otros nombres y otras cruces. Sólo los que quedaban en bóvedas de cemento permanecían.

Cuando fallecía alguien, sus deudos solicitaban al párroco el permiso para la sepultación. El cura entregaba la llave al deudo y éste al sepulturero para abrir la fosa. "Este peón, sin darse cuenta de lo que va a hacer -criticaba la prensa en 1919- trabaja la sepultura en cualquier sitio, casi todas las veces en el mismo lugar en que se hallan los restos de otro cadáver que todavía no se ha convertido en polvo", de modo que allí no había otra cosa que "un montón de cadáveres sepultados unos sobre otros", porque el recinto "es muy reducido para una población que va adquiriendo un considerable aumento"⁶⁷². Idénticos juicios merecía el cementerio de Chonchi en 1909. Allí "no podía sepultarse un cadáver sin tener que remover los despojos de muchos otros"⁶⁷³. Sólo en 1931 comenzó la preocupación por arreglar el cementerio de Castro y darle mejor aspecto. En el foso, al menos, morían los pobres, porque los ricos tenían sus bóvedas de material sólido, más dignas, permanentes y hasta hermosas en los años treinta, aunque dispuestas en el mismo desorden, porque el cementerio carecía de un trazado racional dando la impresión de una pequeña ciudad árabe por sus bóvedas sólidas y cúpulas.

Para los ricos, distinguidos y respetables había despedidas con sonoras palabras. Un torrente barroco que se avenía muy bien con

⁶⁷⁰ *La Voz de Castro*, Castro, 15 de junio de 1905.

⁶⁷¹ *Ibidem*, 26 de septiembre de 1919.

⁶⁷² *Idem*.

⁶⁷³ *El Sur de Chiloé*, Castro, junio de 1909.

los finados pudientes, para los bomberos, para las autoridades, para los profesores y para los políticos. Había quienes discurseaban en toda ocasión por su reconocida elocuencia. Solían tener sus discursos escritos y encarpetados. Cuando había que despedir a alguien, revisaban sus papeles y juntaban un poco de éste y un poco de aquél, como lo hacía "Nino" García en los años cuarenta.

Palabras de alabanzas al finado. Se ponían de relieve sus virtudes, porque siendo un ritual doloroso, debía ser, al mismo tiempo, enaltecedor del difunto, de modo que la memoria de sus actos fuera un consuelo para los deudos y sus amistades. Discursos para católicos, y discursos para ateos. Para estos últimos tenía sentido aquello de "polvo eres y en polvo te convertirás", o "si la tierra te crió, la tierra te consumió". Eran los escépticos, que a juicio de los católicos llevaban sus almas "sobre un pavoroso vacío", y para quienes la muerte era sólo "un sepulcro en el negro hueco de la bóveda". No había un "más allá" para los incrédulos. A lo más, entendían la vida como "el paso de un aerolito que roza la atmósfera para ir a perderse en la inmensidad del espacio". En el Sínodo de 1907, el obispo de Ancud aludía a estos discursos ateos y prohibía se pronunciasen palabras laudatorias contrarias a las leyes de la Iglesia "fundados en principios falsos e irreligiosos". Ordenaba que los "párrocos impidan esta costumbre, y si no lo pudieran impedir, que cuiden de no aparecer como cómplices de tales profanaciones"⁶⁷⁴. Por eso en los años de las grandes disputas políticas entre liberales y conservadores, los curas llegaban a negarse a officiar en los funerales de los agnósticos, o prohibir los discursos fúnebres en entierros de ateos⁶⁷⁵. Era la diferencia entre ser católico y ser masón. El rico comerciante liberal, pragmático, racionalista, amigo del dulce sonido del dinero y distante de la religión, no creía en el cielo ni en el infierno, ni en el premio o castigo en el más allá. Entendía que la vida era aquí y ahora. Contra éstos hablaba el Obispado: "La vida es breve, la muerte cierta ¡de aquí a unos pocos años, el hombre que disfruta de la salud más robusta y lozana habrá descendido al sepulcro y sabrá por experiencia lo que

⁶⁷⁴ Obispo Ramón Angel Jara, *Sínodo Diocesano de Ancud*, op. cit., p. 234.

⁶⁷⁵ *El Sur de Chiloé*, Castro, mayo de 1909.

hay de verdad en lo que dice la religión sobre los destinos de la otra vida!... cuando suene la última hora será preciso morir y encontrarme con la nada o con la eternidad"⁶⁷⁶.

A los católicos se los despedía con palabras esperanzadoras, porque, para el cristiano, la muerte es sólo un dormir, un reposar "hasta que por mandato del Señor sean despertados de ese largo sueño, para que, uniéndose de nuevo las almas a sus cuerpos, se presenten todos al Señor a recibir de Él, el galardón o castigo según que sus obras hayan sido buenas o malas", decía el obispo Ángel Jara en 1907. Para los creyentes, morir se era sólo un "ausentarse para hacernos ver mejor el puesto que ocupaba en medio de nosotros", decía un discurso fúnebre de 1906, y agregaba que el difunto quedaba "liberado por la muerte misma de las sombras pasajeras que acumulan en torno las pasiones y los errados juicios". Lo que se iba era "la envoltura mortal", pero el alma quedaba en la eterna compañía de Dios a la espera de los deudos y del Juicio Final. La muerte libera al hombre de este valle de lágrima, se decía en la despedida fúnebre de Mercedes Torres, de Ancud, que había pasado su corta vida enferma. "Ha volado al Cielo un alma justa. La virtuosa joven... ha cambiado esta vida que estuvo para ella llena de tristezas, por las alegrías de su verdadera patria, el Cielo... allí donde los quebrantos no llegan, ni las dolencias oprimen, ni se conocen los dolores humanos"⁶⁷⁷. Morirse así era un alivio para la difunta y su familia.

El cuerpo perece, el alma no. Como todo en la naturaleza, el cuerpo muere de vejez. Y cuando se fallecía después de una vida larga de 100 años, se explicaba: "porque cuando nació lo bautizaron con óleo legítimo traído de Roma". De un difunto se decía en 1912: "Como caen los robles seculares que después de desafiar los vientos y las tempestades por centenares de años, al fin, en día de calma, la más ligera brisa los derrumba; así también don Félix Navarro, después de haber desafiado las tempestades de la vida, plácidamente, sin que se diera cuenta que el fin de la jornada se acercaba... cerró sus ojos y con la conciencia tranquila de viejo

⁶⁷⁶ *La Cruz del Sur*, Ancud, enero de 1913.

⁶⁷⁷ *Ibidem*, 30 de abril de 1913.

luchador que ha peleado duras batallas en la vida, tranquilamente se desprendió su alma de las ataduras de la carne para seguir viviendo en la eternidad⁶⁷⁸. El alma liberada del cuerpo es el morir: "La vida es como los ríos que van a dar a la mar", dice el poeta.

Y después, el luto distintivo que acompañaba para siempre la vida de la viuda. Al menos en los barrios pobres era así y en los campos también, como los lutos de las españolas granadinas de antaño envueltas de negro de la cabeza a los pies. Los hermanos del finado y los hijos mayores de éste llevaban todo el año la corbata negra, la franja, también negra, en la parte superior de la manga izquierda o una más pequeña en la solapa en señal de duelo. Para las niñas menores, una cinta negra en el pelo testimoniaba que no estaban en condiciones de jugar ni de reír. Y así se iba la infancia, abruptamente y entre lágrimas, cancelando antes de tiempo la inocente fantasía de los chicos para pasar a la sombría existencia de la orfandad, empujándolos de golpe a la adultez. En los años veinte, se usaban "rositas de aro" para el luto, mantillas de lana negra, crespones y pañuelos de luto como testimonio de duelo y de respeto de los demás para quien lo llevaba.

Los deudos recordaban al finado, expresando su sentir de diversas formas. Carmen Oberreuter decía de su fallecido padre en 1918: "Ese ser que fue la base de mi vida / que me amó como nadie comprendería / que dio a mis actos su bondad sincera / con su muerte dejome horrible herida / El estigma mortal con su tormento / se aposentó con fe en mi pensamiento"⁶⁷⁹.

Lutos, recuerdos, rituales. Porque después del entierro, seguía el novenario que duraba nueve noches en el salón alrededor de una mesa cubierta con un mantel negro, dos velas y una imagen de Cristo. Si el novenario se hacía en las islas, se ponía también el libro del *fiscal* sobre la mesa, y él mismo cumplía con su papel de rezador. El novenario tenía sentido en los campos, pues rogaba que el alma del difunto no se quedara vagando por la casa. Pero el finado no siempre descansaba en paz. En los campos se temía que los

⁶⁷⁸ *La Voz de Castro*, Castro, 17 de mayo de 1912.

⁶⁷⁹ *Ibidem*, mayo de 1918

brujos profanaran la tumba en busca de la piel y aceite humanos para hacer sus *macuñes* o chaleco volador. Por eso, los deudos solían sepultar al occiso con un cordón franciscano atado a la cintura, o ponían un cuero de oveja en el ataúd o una rama u hoja de laurel benditos.

No todo era oros y lloros. Al final, en la novena noche, se estilaba ofrecer un banquete a los asistentes sin fijarse en gastos, porque se decía que si "el finado hubiera seguido viviendo, no sólo eso habría comido, sino mucho más"⁶⁸⁰. El recuerdo del occiso no terminaba allí. Después de un año se hacía otro novenario de nueve noches que llamaban "aniversario de rezos" y que en los campos terminaba igualmente con un *remate*, es decir, una cena preparada con el aporte de todos. El segundo y tercer años se repetía lo mismo y con esto se ponía fin a las novenas, porque se estimaba que "el finado ya no necesitaba de plegarias pues descansaba en paz". Así era en el medio rural, donde las tradiciones coloniales estaban más vigentes que en los pueblos de Castro o Ancud, pueblos más fríos y ajenos a la tradición campesina.

Sin embargo, los deudos sentían que el finado seguía acompañándolos. Visitas al cementerio, rogativas para que intercediera ante Dios, velitas frente a la foto para que amparase a su familia, encargos, mandas, promesas, consejos que la viuda y los hijos pedían al difunto, eran actitudes que se prolongaban por años.

⁶⁸⁰ Cárdenas Tables, Antonjo, *Usos y costumbres de Chiloé*, op. cit., pp. 178-179.

TIEMPOS DE VIAJAR: VIAJEROS POR TIERRA Y POR MAR

I. Viajar por caminos y senderos

Las comunicaciones terrestres eran tan lentas como el paso del tiempo y de la vida a principios de siglo, cuando todo se hacía en lanchones, goletas, botes, caballos, carretas y a pie. Las cartas y valijas demoraban semanas y a veces no llegaban a su destino dentro del Archipiélago. Poco se sabía en Ancud sobre lo que ocurría en el Interior, y los habitantes de los archipiélagos más distantes vivían sus soledades la mayor parte del año. Ancuditanos y castreños raras veces viajaban a las islas. Pero, los isleños, cuando podían, iban a Ancud, a Castro, a Achao, o Angelmó. Comunidades-islas eran también los diversos pueblos de la Isla Grande a principios del siglo XX, cuando aún se vivía la etapa de frontera caminera.

Las rutas eran senderos barrocos. En 1906, no había en toda la Provincia un camino que mereciera el nombre de tal. Sólo entre Chonchi y Huillinco podían las carretas transitar relativamente bien, decía el periódico castreño *La Industria*, y en 1908 lo reiteraba *El Sur de Chiloé*, castreño también, calificándolo como "el mejor camino de Chiloé". Roberto Maldonado lo recorrió en 1897 cuando todavía era un sendero áspero. "Es agradable -dice- pero un tanto accidentado. Por ambos lados de él se veían bonitos trigales y otros cultivos, principalmente cebadales y papales muy bien desarrollados. En la medianía del camino se halla la capilla de Notuco y algún caserío que dan cierto aspecto de vida a la comarca"⁶⁸¹. En 1906 estaba recién abierto, pero carecía de puentes sobre los ríos Quimillé y Huillinco. Antes, en 1904, se proyectaba abrir camino entre Huillinco y Cucao bordeando la banda sur del lago. Lo normal era cruzar el lago a remos⁶⁸². Entre Rauco y Chonchi el camino era

⁶⁸¹ Maldonado, Roberto, *Reconocimiento...*, op. cit., p. 177.

⁶⁸² En 1908 el pasaje de Cucao vivía en total abandono. Había 1.500 personas diseminadas. La mayoría pobres ocupados en la marisca y en la extracción de cochayuyo o en la fabricación de sogas y esteras vegetales, todo lo cual acostumbraban venderlo en Chonchi y Castro. Algunos se ocupaban de extraer oro de lavadero. Por entonces, la única vía de comunicación era navegar el lago Huillinco. *El Sur de Chiloé*, Castro 4 de diciembre de 1907.

intransitable en invierno y se le calificaba como peor que el de Chonchi a Queilen el mismo año, mientras que el de Castro a Chonchi ofrecía todos los peligros imaginables en 1904. Un vecino lo describe así: "Hay acullá un puente caído; más lejos una honda quebrada que bajar... donde la vida del transeúnte pende de una mala pisada". En un camino así tenían que ser frecuentes los accidentes. Un jinete cuenta: "Yo viajaba de noche, y al amanecer divisé una cosa negra a pocos pasos delante de mí; bajéme del caballo, me acerqué al objeto negro y vi que era un sombrero; lo tomo y dejado de él descubro con sorpresa una cabeza, cuyo cuerpo estaba sumido en el barrizal. Como pude tiré de aquel hombre y lo saqué de aquel sepulcro en donde se había enterrado vivo. Cuando ya pudo hablar, me dijo: Señor, ya que me sacó a mí, ayúdeme a sacar a mi pobre bestia que está más abajo. Por más esfuerzo que hicimos no pudimos extraer al pobre animal que de nada habria valido sacarlo"⁶⁸³.

Todos eran senderos parecidos. Sólo huellas siempre hundidas en el barro, excepto un tramo por aquí y por allá pavimentado de tablones atravesados en la senda para neutralizar el lodo. Eran los coloniales *planchados*, conservados con dificultad por la pudrición que les causaba la excesiva humedad.

El sueco Carl Skottsberg que visitó Chiloé en 1902, no vio más que senderillos barrocos en las cercanías de Ancud. Su excursión a Lacuy tuvo que hacerla en su mayor parte por la playa en bajamar, mientras que "en pleamar -dice- andábamos por tramos a tuestas, chocando con rocas lisas como vidrio y piedras escondidas que preocupaban por igual a jinete y caballo". Relata que después salieron a "un verdadero camino", y lo describe "curvado sobre una empinada colina... y construido sobre un sistema de zanjas en paralelo donde el barro alcanza hasta las rodillas del caballo, los surcos son tan angostos que de vez en cuando la bestia tiene que afirmar una pata sobre la pared angosta para mantener el equilibrio, y si intenta caminar por la cresta intermedia, se resbala cubriendo de lodo al jinete"⁶⁸⁴.

⁶⁸³ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de noviembre de 1904.

⁶⁸⁴ Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia...* op. cit., p. 111.

En verano se viajaba mejor, ya que se secaban los pantanos y se hacían innecesarios los puentes, porque, era "preferible vadear esteros y ríos antes de exponer a los animales a quebrarse cualquier hueso -decía un vecino en 1905- pasando por estas trampas, siempre con las cubiertas o superestructuras rotas, podridas o con maderas zafadas"⁶⁸⁵. Cuenta la tradición oral que el chonchino Ciriaco Álvarez hizo a caballo una carrera con un vapor entre Chonchi y Castro cuyo trayecto era de 23 kms., debiendo sortear las lomas "pasando por Vilupulli, Quinched, Rauco y Nercón, y además una empinada cuesta a la llegada a Castro"⁶⁸⁶. Y ganó, aunque el caballo no pudo resistir el esfuerzo y murió poco después. Viajar en invierno entre Castro y Chonchi era casi imposible, porque los puentes de Nahuiltad, Nercón y Gamboa "se hallan en ruinas, completamente inútiles para todo atravesado"⁶⁸⁷, de modo que los viajeros que llegaban a Castro desde Nercón debían pasar en bote o esperar las bajas mareas para cruzar a pie el río e ingresar a la ciudad.

En los años treinta todavía no se transitaba bien entre Castro y Chonchi. La senda, que sólo era a propósito para peatones y jinetes, mostraba irregularidades, interrupciones y muchas sinuosidades. Generalmente, se veía descompuesta por profundas grietas y derrumbes. El camino de Castro a Llau-Llao era algo mejor y transitado con relativa comodidad. El de Mocopulli a Dalcahue se consideraba en buen estado en 1930. Pero ningún camino del Departamento de Castro estaba en condiciones para vehículos a motor. Por eso, sólo un automóvil había en Castro en 1932. Era un Ford Modelo 1930 cuya dueña, una profesora jubilada, lo usaba de vez en cuando para dar una vuelta a la plaza⁶⁸⁸. En Ancud, había un auto Nash de un tal Witwer y una *góndola* de Ramón Vuenin⁶⁸⁹, y a fines de los treinta, dos burritas en Castro que apenas podían aventurarse por los alrededores de la ciudad.

⁶⁸⁵ *La Voz de Castro*, Castro, 8 de junio de 1905.

⁶⁸⁶ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 217.

⁶⁸⁷ *La Voz de Castro*, Castro, 8 de junio de 1905.

⁶⁸⁸ Brüning, Waldo, *Vivencias de un galeno*, op. cit., p. 17.

⁶⁸⁹ Trautmann, Alex, "Recuerdos de antaño: dos vehículos en Chiloé", en: *Revista Chiloé*, N° 4, Concepción, 1985, pp. 31-32.

En los años veinte los caminos del Departamento de Ancud se conservaban algo mejor, lo mismo que el de Carelmapu a Maullin. Pero no mucho más. El puente sobre el río Pudeto, en las afueras de Ancud, se hallaba tan débil que temblaba al paso de las carretas hasta 1930, en que fue reparado. Es verdad que la campiña de la franja norte y oriental de la Isla Grande estaba surcada por innumerables huellas que comunicaban unos parajes con otros, pero todas igualmente umbrias y lodosas en invierno e insufribles para jinetes y peatones. Sin embargo, las cifras dan otra impresión, porque en 1903 registran 29 caminos públicos, con 538 kms., lo que sugiere rutas formales, pero eran sólo senderos, y 167 vecinales que no eran más que huellas, con 930 kms., todos igualmente precarios⁶⁹⁰ y sólo transitables en verano. En 1913, 255 kms. de caminos merecían este nombre y era la provincia menos favorecida en rutas después de O'Higgins, que sólo registraba 221 kms. de vías formales⁶⁹¹. De Ancud salían sendas a Quetalmahue⁶⁹², a Pudeto, a Chacao, a Colonia Huillinco, a Colonia Mechaico. En los años treinta, los caminos de Ancud se conceptuaban imposibles para los pocos vehículos a motor que había en el pueblo. Desde Ancud al sur por el camino de Caycumeo, sólo se podía alcanzar en automóvil hasta Mechaico, a 10 kms. de la ciudad. Por el Oriente era posible llegar hasta el otro lado del puente Pudeto. Desde allí se seguía a pie, a caballo o en carreta. A Lechagua se podía conducir sólo por la playa en bajamar por no haber camino⁶⁹³. Por el viejo Caycumeo se iba a pie o a caballo desde Ancud a Castro, y a Dalcahue por la variante de Mocopulli. Lo mismo de Castro al norte, a Llau-Llao y Mocopulli, y por el sur a Nahuiltad, Llicaldad, Nercón; en fin, a Chonchi y laguna Huillinco en 1906, con las dificultades antes dichas. Cuando Bernardo Fuentes era Inspector de Caminos ese mismo año, se rieron todos ellos y se entablaron algunos trechos, se compusieron los puentes y se dotó de barandas a los más transitados⁶⁹⁴. Todo un esfuerzo que el invierno destruía. Entre

⁶⁹⁰ Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 52.

⁶⁹¹ Sinopsis Estadística de la República de Chile, 1913, Imprenta Universo, Santiago, 1914, p. 107.

⁶⁹² Barrientos Díaz, Pedro J., "Camino a Quetalmahue", en: *Revista En Viaje*, N° 182, Santiago, 1948, pp. 64-65.

⁶⁹³ Trautmann, Alex, *Recuerdos...* op. cit., pp. 31-32.

⁶⁹⁴ *La Cruz del Sur*, Ancud, 4 de agosto de 1906.

1900 y 1940, a pesar de las reparaciones, los caminos permanecieron casi en el mismo pie.

En 1913, el Intendente de Chiloé reflexionaba sobre las dificultades de comunicación terrestre. Las huellas distaban de parecer caminos en una provincia que por la subdivisión territorial exigía un presupuesto varias veces mayor que el que se destinaba a otras provincias del país, y mucho más porque "cada dos, tres o cinco leguas existe una pequeña población de regular importancia, donde viven muchas familias que necesitan comunicarse con los centros más poblados". Los pocos caminos existentes eran destruidos por el clima "y con esto -dice el Intendente- se origina a los vivientes enormes perjuicios"⁶⁹⁵.

Ese año 1913 se pedía la reparación del camino de Mocopulli a Dalcahue y la apertura de una vía entre Ancud y Quemchi para dar vida a los lugarejos de Caipulli, Colonia Huillinco, Linao, Lliuco, Aucho y Huite. Comunicar por tierra Ancud con Quemchi se consideraba muy importante, aunque se admitía que su apertura ofrecía grandes dificultades. Pero si se abriera la senda, "el viaje puede hacerse... en siete horas y con comodidad, pues el viajero tendría en los lugarejos ya citados oportunos socorros en caso de necesidad". Por entonces, ya estaba operable el de Ancud a Colonia Huillinco. Desde allí a Linao era intransitable en la extensión de cuatro leguas. Pero entre Linao y Quemchi se podía aprovechar la playa en todo su trayecto. Otros caminos necesarios eran el de Chonchi a Queilen y de Chonchi a Quellón⁶⁹⁶.

Si se quería evitar el rodeo hasta Dalcahue viajando desde Castro a Achao, en los años treinta, se cruzaba en bote hasta el "Otro Lado" de la bahía y desde allí a pie hasta la banda opuesta de la Península de Rilán, luego en bote para cruzar el Canal que la separa de la isla de Quinchao y nuevamente a caballo hasta Achao. Entre este pueblo y Curaco de Vélez había un camino que se podía recorrer en verano de los años veinte y con relativa comodidad a pie o a caballo, lo mismo que entre Curaco de Vélez y la costa frente a

⁶⁹⁵ Memoria del Intendente de Chiloé correspondiente a 1913, en: *La Cruz del Sur*, Ancud, 2 de junio de 1913.

⁶⁹⁶ *Idem*.

Dalcahue. El Canal se cruzaba en bote a remos. A Chonchi se viajaba en vapor, caballo o bote; a Melinka, en vapor; a Putemún, a caballo; a Queilen, en vapor o a caballo; a Quehui, en bote; a Quellón, en vapor o a caballo; a Quilquico en bote o a caballo, lo mismo que a Rilán; de Chonchi a Cucao, en bote y a caballo. Eran viajes lentos y peligrosos. Para viajar desde Castro a Curaco de Vélez sin pasar por Achao, había que cruzar en bote la ensenada a la altura de Quilquico, de 2 kms. de ancho, atravesar después a caballo o a pie la Península de Rilán, de 9 ½ kms. de ancho, y luego hacer un balseo a la Isla de Quinchao a través del brazo de mar de 3 kms. de ancho para arribar a Curaco. De Castro a Quellón se iba en vapor, pero si se hacía a caballo había que hacerlo hasta Queilen, después en bote a remos hasta la isla de Tranqui en una extensión de 4 kms.; se cruzaba esta isla a caballo o a pie (7 kms.), después se balseaba hasta Chadmo y desde allí se cubría a caballo el trayecto de 21 kms. hasta Quellón.

Ni las carretas podían superar el barro de invierno, tanto que para los cortos trayectos dentro de los parajes se prefería el trineo o *bongo* de tierra diseñado para deslizarse sobre el espeso lodo. Y el peatón no podía moverse por esas huellas sino descalzo, incluso para transitar por caminos de acceso a la ciudad. Por eso se veían hombres y mujeres caminando descalzos y con los zapatos al hombro con los cordones anudados para, ingresando a Castro o Ancud, lavarse los pies y ponérselos a la entrada al pueblo.

Para ir de un pueblo a otro de la costa oriental, se prefería la orilla del mar. De Dalcahue a Calen o a San Juan, o de Quetalco a Quicaví o a Tenaún o a Quemchi se hacía bordeando la marina, porque no había otro camino que la vieja *Ruta de la Playa* en bajamar, mientras que durante la pleamar, se aprovechaba algún *desecho*, como se llamaba a los cortos tramos de senderos pavimentados de tablones. En esto no se había superado el modo colonial de moverse. Desde el litoral oriental se iba a Ancud por la playa, y por la playa a Castro. Eran viajes lentos, y se hacían por jornadas, *parando* en casas de *conocencias*. Por eso el viaje duraba una semana o más desde Dalcahue hasta Ancud.

Pero, excepto por mar, no era mucho lo que se desplazaba la

gente en la Isla Grande durante los primeros años del siglo. Por eso, también, los campesinos trataban de vivir de lo que producían sus propias sementeras y el siempre generoso mar, procurando que la dependencia respecto de las ciudades de Ancud o Castro se redujese al mínimo. Sin embargo, en el viajar por tierra había ritmos a lo largo del año. De las comunicaciones esporádicas de invierno, se pasaba a los desplazamientos de verano que, sin ser muchos, incrementaban algo más la actividad al interior de la Isla, y lo mismo sucedía con los viajes por mar. Los habitantes de los pueblos o campos inmediatos a Ancud o Castro se movían en pos de sus *empleos*, como llamaban todavía a las compra-ventas o trueques de lo que producían sus huertas a cambio de artículos "de fábrica". Pero el verano era también ocasión de viajar por sólo visitar el pueblo y las adolescentes poder lucir sus *chompas* nuevas tejidas durante el invierno. En caballos, en carretas o a pie por senderos secos era más cómodo y hasta placentero viajar, aunque tomara días. A veces viajaba toda la familia en la carreta y con el *matalotaje* necesario para merendar por el camino, como el infaltable *ulpo*, la bota de vino, la chicha, las tortillas o el jamón, pero también se llevaban mantas, frazadas y hasta presentes -unos huevos o una gallina o algún pañito hecho a crochet- para las amistades si era necesario pedir *alojo*.

No eran grandes desplazamientos y, sin embargo, los chilotes parecían en eterno movimiento. El paisaje no se concebía sin gente caminando. Mujeres con niños a lo largo de la playa para ir de un paraje a otro, campesinos a caballo rumbo al pueblo o tomando un bote para cruzar el canal que lo separa de la isla o chicos rumbo a la escuela a pie desnudo bajo la lluvia. Todo parecía moverse en Chiloé: la gente, el mar, las nubes.

En familia se iba también a las fiestas religiosas de las capillas rurales. Los hombres de traje negro, de sombrero o de boina; las mujeres de polleras, chales y rebozos, negros también, mientras las adolescentes con todos los colores imaginables. Y la carreta bien cargada con el cordero, la *lata de manteca* o la chicha para las acostumbradas compra-ventas en la pequeña feria que se improvisaba después del acto religioso. Lenta la carreta. Por aquí subiendo, más allá bajando. Un corto trecho llano entre pampas

verdísimas y mojas por el rocío de la mañana. Un piño de ovejas que arrea un muchacho cruza de pronto el sendero. Más allá un jinete que viene en sentido contrario. Saludos y preguntas. Se prolonga la conversa, se *notician*, se comparte la bota de vino. Así se viajaba por la campiña chilota en 1910.

Mucho más era el movimiento en las cercanías de Ancud o de Castro donde, por próximos, los campesinos se surtian de lo necesario en los almacenes urbanos. Skottsberg vio la siguiente escena en 1902: "A medida que nos acercábamos al pueblo -se refiere a Ancud- más gente encontrábamos en el camino, iban en carretas tiradas por bueyes, del tipo tradicional con ruedas de un solo bloque de madera sobre un eje, cargadas con numerosos paquetes. Una mujer anciana pasó montando un caballito hirsuto, y un viejito de blanca barba cojeaba por el barro, apretando fuertemente una botella recién adquirida en el pueblo"⁶⁹⁷.

Viajaban de madrugada y regresaban por la tarde. De Chacao, de Caipulli, de Pudeto o de Nal, eran los que cotidianamente iban a Ancud por sus ventas. De Chonchi, de Rauco, de Nercón, de Llau-Llao o de Putemún, los que se dirigían a Castro, y siempre a caballo, en carreta o a pie y con las mismas dificultades, porque los que viajaban desde Chonchi se encontraban con el río de Nahuiltad que carecía de puente en 1908, debiendo cruzarse sobre tablones atravesados sobre el cauce o hacer un rodeo de una legua monte adentro. Y como el río Gamboa tampoco tenía puente por la misma fecha por haberse destruido, las mujeres se veían obligadas a cruzarlo a pie con los refajos subidos hasta los calzones si no había un varón que se ofreciera a pasarlas *al apa*. Unas cuantas cosas constituían la carga para venderla en la feria de Castro: sacos de papas, canastos con repollos, zanahorias, lechugas, ajos o *atados* de perejil. En las afueras del pueblo, las jovencitas se calzaban y acicalaban para presentarse con alguna decencia en la ciudad. Predominaban los que llegaban en caballitos peludos, con una original montura hecha de madera sobre un pellejo de oveja para cubrir el lomo del mampato, bozal de palo de luma, un simple lazo a manera de bridas y la carga colgando a ambos costados en la

⁶⁹⁷ Skottsberg, Carl, *A wilds of Patagonia*, op. cit., pp. 104-129.

parte delantera. Al anca iba el acompañante.

Los lecheros y carboneros de los alrededores llegaban muy temprano con sus tarros y sacos. Ingresaban al pueblo sin el ritual de respeto que acostumbraban, por lo general, los demás campesinos. Éstos, en su mayoría, hombres y mujeres que viajaban a pie desde las cercanías. Darío Cavada describe así las féminas que llegaban a Ancud: "Todas son de baja estatura, bien conformadas y eximias andarinas, como que sus robustas pantorrillas que deja ver el corto zayalejo de carro, tejido burdo, color negro, devoran sin esfuerzo alguno diez o más kilómetros diariamente, por un camino pedregoso y lleno de lodazales". Y agrega que "las hay tan esforzadas que regresan en las tardes con medio quintal de harina sobre la cabeza y hasta con un tarro de parafina, mientras las manos llevan los tarros de lata lecheros o los canastos vacíos de chupones, calafates, murtas, cauchahues o quilmahues pescados en el pródigo Pudeto". Cavada termina diciendo que "con esta carga en perfecto equilibrio, la caipullina camina derecha y ágil dos o tres leguas, con el semblante risueño, en una amena charla con sus aparceras, o dando recias chupadas al fullingue mal oliente, al que es muy aficionada"⁶⁹⁸.

Eran caminos por la playa o senderos de tierra adentro que dibujaban mil figuras a lo largo y ancho de la campiña ondulada, senderos que a veces tenían algún tramo *planchado*, o simplemente se caminaba cruzando las pampas. Al sur de Chonchi era más difícil. Sólo por la playa se podía ir desde Queilen al sur hasta Paildad en 1909. Desde allí se balseaba hasta Chadmo para luego cruzar el estero de Auqueldán y seguir nuevamente por la playa hasta Quellón⁶⁹⁹. En casos de urgencias, no había como el mar, lo que explica el alto número de embarcaciones.

Cruzar pampas era lo más habitual en trayectos cortos de una casa a otra dentro del mismo paraje. Así se caminaba por la campiña hecha de minifundios como figuras geométricas de distintos tamaños y colores. Quinchos, cercados, tranqueras. Sólo simbólicas divisiones que no impedían el libre tránsito en lugares donde todos

⁶⁹⁸ Cavada, Darío, *Tipos, bosquejos y leyendas insulares*, op. cit., p. 6.

⁶⁹⁹ *El Sur de Chiloé*, Castro, 13 de junio de 1909.

sabían quién era cada cual. Libertad de desplazamiento, excepto con los extraños. Entonces, ojos curiosos oteaban ocultos tras la cortina, tratando de indagar de qué "cristiano" se trataba, mientras los perros se ponían alertas, levantando las orejas. La campiña chilota era lo más cercano a la idea del *open field* y lo opuesto a propiedades rigurosamente cercadas. Los que cruzaban por estos parajes sabían que debían dejar cerrada la tranquera. Era la cultura del campo. Nunca un incidente, nunca una prohibición. Excepto en Gamboa, en las afueras de Castro en 1926, cuando se difundió la noticia de que en el río del mismo nombre habían descubierto minas de platino. Entonces los propietarios cerraron sus predios y a través de la prensa se anunciaba la prohibición de transitar por ahí, y mucho más cuando en 1927 llegó a Castro el famoso químico-metalúrgico Alfredo Mühlhausen junto a Ludovico Dalforno, quienes confirmaron la existencia de platino. Desde entonces, Gamboa fue campo cerrado.

Pero había otra suerte de camino: el famoso *Caycumeo*, que unía Ancud con Castro a lo largo de 90 kms. Era el viejo *Camino Real*, pero casi sin uso, excepto en las cercanías de Ancud o Castro. Había sido construido en 1788⁷⁰⁰, pero en 1900 existía sólo de nombre porque, a pesar de su cuidado y conservación a cargo de la Guardia Nacional, que trabajaba repartida en *suertes* y por batallones para las reparaciones anuales de médanos, puentes y *planchados*, eran invencibles sus barrizales, grietas y barrancos. Se llamaba camino, pero era apenas una huella, aunque más formal que las demás, al menos en ciertos tramos, porque no obstante las reparaciones que podían hacerse en verano, estaba en vastos sectores casi desaparecida bajo la espesura que la invadía en invierno, los *planchados* podridos y los puentes tan descuadernados que apenas soportaban el paso de los caballos. El puente San Antonio se hallaba "en pésimo estado" en 1913. Por eso, no era corriente viajar entre Ancud y Castro usando esta vía que se consideraba riesgosa y molesta, tanto que, según épocas, había

⁷⁰⁰ La obra es mérito del gobernador-intendente Francisco Hurtado en 1788, después de fracasar los gobernadores anteriores en abrir la senda, como Carlos Beranger y Antonio Martínez y la Espada. Véase Urbina Burgos, Rodolfo, *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1983, pp. 79-81. También del mismo autor, "El camino de Caycumeo", en: *Revista Chiloé*, N° 2, Concepción, 1984, pp. 3-7.

que pasar a nado ciertos ríos cuando el puente cedía por los efectos de los temporales.

El ancuditano Roberto Maldonado dice, en 1895, que, saliendo desde Castro, el camino era "bastante regular, de ancho variable", y había algunas casas dispersas hasta Mocopulli, desde donde comenzaba un tramo del camino conocido como El Sendero, "que es muy temido por los que viajan a pie, porque está calzado con arena y piedrecilla". Después había que cruzar el Río Puntra para llegar a Degañ, a mitad de camino entre Castro y Ancud. Luego el Río San Antonio y desde allí a Ancud⁷⁰¹.

Imposible viajar de noche porque no se veía la senda, como dice Nicasio Tangol⁷⁰², o porque se temía al *Inwunche* o a la *Viuda* en esas soledades. De día, sí, y no faltaban las personas que viajaban entre Castro y Ancud usando esta ruta en 1904, porque era el medio más barato para llevar animales, aunque riesgoso aún a caballo, tanto que los jinetes veían "nadar en el lodo a sus cabalgaduras". La prensa criticaba que al Gobierno "no le importa que el atrevido caminante de Chiloé muera sumido en el fango o ahogado en el río que por falta de puente quiso vadear..."⁷⁰³. Un viaje a caballo entre Castro y Ancud demandaba 20 horas a principios de siglo. Darío Cavada recuerda que viajar de Ancud a Castro por el *Caycumeo* era "una verdadera proeza, si se toma en cuenta la soledad o aspereza del camino que atravesaba senderos pantanosos, quebradas profundas y laderas arcillosas que con las lluvias tan frecuentes del invierno convertíanse en serios peligros para el caballejo chilote, y más aún si a esto se añaden las crecidas de arroyos y ríos". Agrega Cavada que en uno de esos viajes se cayó del caballo don Pedro Montt, y por eso se comprometió a construir un ferrocarril para la Isla⁷⁰⁴.

El correo llegaba por mar. El vapor pasaba por Ancud y luego seguía a Castro. Se llamaba *El Primer Chilotito* y estaba activo a

⁷⁰¹ Maldonado, Roberto, "Exploraciones hidrográficas de la cañonera 'Pilcomayo', 1894-1895", en: *AHMCh*, p. 299.

⁷⁰² Tangol, Nicasio, *Huipampa, tierra de sonámbulos*, Editorial Cultura, Santiago, 1944, p. 88.

⁷⁰³ *La Voz de Castro*, Castro, 10 de noviembre de 1904.

⁷⁰⁴ Cavada, Darío, *Centenario de Chiloé, 1826-1926: Tipos, bosquejos y leyendas insulares*, op. cit., pp. 91-92.

principios de siglo. La correspondencia se demoraba una semana. En 1904 que Saturnino Mancilla inauguró el correo terrestre entre Ancud y Castro por *Caycumeo*. Esperaba la llegada del vapor en Ancud, cargaba sus valijas y salía al alba hacia Castro, arribando al día siguiente como a las 9 de la mañana. Hacia 1913 era camino obligado para los correos hasta Mocopulli, donde un postillón esperaba la correspondencia destinada a Dalcahue, mientras el otro postillón seguía a Castro. Sin embargo, nunca llegó a ser regular, pues la correspondencia se llevaba y traía más fácilmente por vía marítima. Con todo, por mar o por tierra, las cartas solían perderse. Pasaban a quedar extraviadas en algún lugar por descuido del postillón o valijero. A veces los interesados se enteraban por casualidad, porque todos se conocían y se informaban sobre una carta encontrada por azar. Así pasaban semanas para saber de sus parientes ausentes o recibir el esperado giro, decía la prensa castreña en 1909⁷⁰⁵.

Hasta Piruquina, saliendo desde Castro, el camino estaba expedito y en regular estado, sobre todo en verano. Por ella solían hacer sus cabalgatas de fin de semana los caballeros castreños para ir al campo de Arturo Yunge, como lo hacían también al campo que Ruperto Triviño tenía en La Chacra, en las inmediaciones de la ciudad. Otro tipo de jinetes eran éstos y otros sus caballos. Un mundo de diferencias respecto del jinete rural. No era extraño verlos con montura inglesa, estribos y espolines plateados, dos pares de bridas de buen cuero trenzado, fino y esbelto corcel con los crines cortados y el pelaje raquetado y brillante para lucirse en paseos de recreación. No faltaban las señoritas Amazonas sentadas "de lado" en monturas con "tomador".

Y de pronto un hecho insólito. El candidato radical Lautaro Benham quiso impresionar, en 1915, saliendo desde Ancud en automóvil con destino a Castro por el camino *Caycumeo*. Una osadía nunca vista ni oída. Fracasó. Sólo pudo llegar hasta Puntra. Después la prueba se asumió como un desafío y otros hicieron lo mismo, algunos con éxito, sólo que con la ayuda de bueyes para superar los pantanos y riachuelos. Una semana de viaje por sólo vencer el

⁷⁰⁵ *El Sur de Chiloé*, Castro, agosto de 1909.

insufrible *Caycumeo* que estaba en peor estado que cuando lo recorrió a caballo Tomás O'Higgins en los años noventa del siglo XVIII⁷⁰⁶. En 1930, saliendo desde Ancud, se podía recorrer en automóvil hasta el paraje de San Antonio⁷⁰⁷.

II. Viajar en tren de Castro a Ancud

El camino *Caycumeo* era sólo una reminiscencia del viejo *Camino Real*, ya casi inútil en 1912, cuando, además de su poco trajín, quedó desfuncionalizado por el ferrocarril que ese año vino a cambiar radicalmente el ritmo del moverse de los isleños. De la significación arcaica del concepto "tiempo" en los desplazamientos terrestres, se pasó con el tren al "tiempo cronométrico", con horarios e itinerarios. Pero el "tren de Chiloé" era, en verdad, una miseria, porque no era otra cosa que el abandonado e inútil ferrocarril al Volcán que el Gobierno destinó a la Isla. Pedro J. Barrientos lo califica de "una especie de juguete" que en esos años se consideraba bueno para "ascender alturas y salvar cajones de cordillera a paso de buey". No estaba concebido para pasajeros ni para unir dos ciudades⁷⁰⁸. Pero para los chilotes aquella máquina era un hallazgo. Una línea de montaña tendida en un valle, como era el terreno entre Ancud y Castro. Un valle de 90 kilómetros⁷⁰⁹. Una miseria de tren que, sin embargo, provocó el mayor entusiasmo en ancuditanos y castreños, que interpretaron el gesto del Gobierno como el punto de partida de la modernización de Chiloé. Cuando se proyectó el ferrocarril para la Isla, supuso sería expedito el transporte de madera, mayor actividad en los puertos de embarque y, por ende, desarrollo económico. Todos entendieron que con él se inauguraba un modo

⁷⁰⁶ Viaje del Capitán de Ejército don Tomás O'Higgins, de orden del Virrey de Lima, el Marqués de Osorno, 1796-1797, AN, FA., Vol. 33, f. 19.

⁷⁰⁷ *La Cruz del Sur*, Ancud, 1930.

⁷⁰⁸ Ferrocarriles, *Bases del Contrato para la Construcción del Ferrocarril de Ancud a Castro y documentos anexos* (Del proyecto presentado por la Société Anonyme d'Etude de construction et d'exploitation de chemin de fer au Chili), Imprenta El Globo, Santiago, 1908. El tema era debatido en la época y fue presentado en el Congreso de Ferrocarriles en Buenos Aires por Heusler, Jorge, con el título: *Ferrocarril en estudio de Ancud a Castro. Anexos de las publicaciones para el Congreso Internacional de Ferrocarriles de Buenos Aires*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1910.

⁷⁰⁹ Barrientos, Pedro J., *Historia de Chiloé*, op. cit., p. 234.

moderno y cómodo para comunicarse por el interior de la Isla Grande. La experiencia demostró a la postre que se movía a paso de tortuga. Pero, para los chilotos, volaba el tren. Cinco horas de viaje entre Ancud y Castro para cubrir 88 kms. era como viajar en un santiamén. Sin embargo, al principio eran pocos los viajeros. Hubo un lapso de tiempo en que el chilote tuvo que adaptarse al modo de desplazarse sobre rieles, asumir el nuevo concepto de tiempo y, a pesar de su admiración por la máquina, perderle el miedo. Por eso había tren sólo dos veces por semana: martes y viernes, de Ancud a Castro; y lunes y jueves, de Castro a Ancud. Pero, en los años veinte hacía tres viajes semanales: de Ancud a Castro los domingos, miércoles y viernes con salida a las 9 A.M.; y de Castro a Ancud, los lunes, jueves y sábados, con salida a la misma hora, cuando todavía no había bus-carril como habrá después con otros dos viajes semanales. Al principio, el tren salía a las 8:30 de la mañana y llegaba a destino a las 4 de la tarde si no había imprevistos. Lo corriente era que los hubiera. Entonces el viaje podía prolongarse hasta las 8 de la noche, como recuerda Benedicto Chuaqui⁷¹⁰.

Los boletos se compraban en las estaciones de Ancud y Castro al momento de embarcarse. Los que subían al tren en las estaciones intermedias recibían un boleto en el mismo carro con la fecha del día marcada con una maquinita llamada *fechadora*. Los pasajeros "decentes" -autoridades, funcionarios públicos, vecinos distinguidos de ambas ciudades, comerciantes, foráneos, curas y religiosos- ocupaban, por lo general, el coche de "primera clase". Para el resto había un carro de segunda, y un tercero para la carga. Este último se llamaba "carro de reses" cuando transportaba animales. Lo corriente, sin embargo, era la carga de madera y, ocasionalmente, papas.

Los responsables de la máquina, del itinerario, del tiempo, de las detenciones en las estaciones, de la seguridad de los pasajeros y carga, era el maquinista o conductor, secundado por el asistente de pasajeros, ambos uniformados. El fogonero se encargaba del combustible. En los trenes de carga era necesario el *palanquero*. Además, a lo largo de la vía estaban los *matasapos* responsables de

⁷¹⁰ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 257-258.

la mantención de durmientes y rieles. Un jefe-estación en Ancud y otro en Castro administraban sus respectivas oficinas, donde servían también un empleado de Correos y un telefonista. Al tener aviso de la proximidad del tren, se tocaba la campana y, con una bandera amarilla con franja negra en diagonal, se anunciaba la llegada a la estación. Para la salida se usaba una bandera verde. En 1913 trabajaban 88 personas. Había tres locomotoras, cada una con su nombre: la *Castreña*, la *Chonchina*, y la *1901*, que comenzaron moviéndose a leña, más tarde reemplazada por carbón. Cada una consumía 3.500 litros de agua y 1.000 kilos de carbón.

La línea del ferrocarril cruzaba el interior de la Isla de norte a sur, y casi paralela al apenas perceptible camino *Caycumeo*. Paisaje boscoso, todavía casi inhabitado. Chuaqui recuerda que "el tren avanzaba, cruzando bosques, tupida vegetación de quilas, arrayanes, ulmos y otros árboles... [que] bordean todo el trayecto. A ratos se ven campos que no presentan ninguna huella de haber sido cultivados". Y lo decía en fecha tan tardía como 1927, corroborando lo que pronosticaban los contrarios a la idea del tren en cuanto que dudaban pudiera significar progreso para la Isla. Prosigue Chuaqui: "Esteros, lagunas y ríos de aguas cristalinas sobre las cuales vuelan los pájaros selváticos... un cielo nuboso daba a ratos una apariencia triste al ámbito. De pronto el cielo se limpiaba, presentando un azul purísimo y entonces los campos de la isla adquirirían una belleza poética por sus variados accidentes". Fue debido al tren que comenzó a adquirir vida el interior de Chiloé, porque nacieron las minúsculas estaciones de tierra adentro: Pupelde, Coquiao, Km. 25, Puntra, Butalcura, Mocopulli, Piruquina, Pid-Pid. La última estación antes de llegar a Castro era Llau-Llao, pero este era pueblito de vieja data. De todas, la más importante era Puntra, porque allí los pasajeros disponían de 20 minutos para *merendar*, como se llamaba al almuerzo en Chiloé. Sin embargo, la parada se podía prolongar hasta una hora o más porque, como aseguraba el citado Chuaqui, el maquinista era dueño del único hotel que había en esa estación, y su señora monopolizaba la venta de comida y bebida. Describe el hotelito como "amable y limpio"⁷¹¹. Después hubo otros negocitos para atender a los pasajeros.

⁷¹¹ *Ibidem*, p. 257.

Asombrosa y tediosa lentitud del trencito de trocha angosta, cuyos 60 centímetros apenas permitía una máquina minúscula. En cada carro iban los pasajeros sentados unos frente a otros y separados por un estrechísimo pasillo. La lentitud desesperaba a los foráneos. Se reían los chilotes, para quienes nunca había *apurancia*, como lo testimonia el citado Chuaqui y lo recuerda Juan Gálvez⁷¹². Chuaqui se pregunta: ¿Qué objeto tiene vivir apresuradamente, cuando a la postre todo llega a la misma paz, al mismo silencio eterno? Reconoce que en Chiloé no hay premura relacionada con el tiempo y piensa que en esto los chilotes hacen bien⁷¹³.

Y era que, a pesar de las estaciones de paradas obligadas, el tren funcionaba, en la práctica, como los vapores. Se detenía allí donde lo pedía el pasajero. Protestaban los afuerinos, que siempre buscaban la forma de hacerse notar y presumir. A veces un tronco caído con el temporal quedaba atravesado sobre los rieles. Entonces los pasajeros de segunda clase debían bajarse a despejar la línea, como lo hacían también para ayudar a empujar el convoy cuando no podía subir la cuesta por demasiado cargado, según cuenta la tradición que todo lo exagera, o "el fogonero... se ponía adelante, en la trompa de la máquina, se afirmaba con una mano y con la otra sacaba arena con un tarrito de otro tarro grande e iba tirando arena en el riel para que no patinara la locomotora en dichas subidas"⁷¹⁴. Y, de repente, el frenazo por un vacuno que a paso lento iba por la misma línea y no había forma de hacerle cambiar su rumbo, recuerda Alex Trautman. Entonces, el maquinista se bajaba y con un palo de quila corría tras la vaca para sacarla de la línea⁷¹⁵. Era lo pintoresco. Risas y bromas. Viajes entretenidos, al menos para los chilotes.

Neruda dedicó unas líneas a esta curiosa locomotora. La vio chica, lenta y casi confundida con la vegetación por donde pasaba: "Débil fierecillo apercantado, oxidado -dice- y en donde los líquenes

⁷¹² Gálvez, Juan, "Un viaje en el tren chilote de Ancud", en: *Revista En Viaje*, N° 249, Santiago, 1954, pp. 52-53.

⁷¹³ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., pp. 257-258.

⁷¹⁴ Radio Estrella del Mar, *Ancud, testimonio de un siglo que se fue*, (Recuerdo de Raúl Huineo), op. cit., p. 115.

⁷¹⁵ Trautmann, Alex, "El tren de mis recuerdos", en: *Revista Chiloé*, N° 3. Concepción, 1985, p. 18.

brotaban a cada parada. Y, aunque las sanguijuelas de la Piruquina trataron de succionar algo de aquella tristeza que emanaba de sus fierros, fue en vano, lo digo porque era como la sangre del carrilano huilliche, de los ámbitos del cielo...⁷¹⁶.

Reventaba sus pulmones la insólita máquina para cubrir la distancia entre Ancud y Castro. No faltaban los descarrilamientos en la Cuesta de Butalcura. Cuando esto ocurría, solía haber muertos y heridos. Una tragedia que conmovía a todo Chiloé. El maquinista Juan Parada pereció en uno de esos accidentes provocados, a veces, por los derrumbes, por los durmientes podridos o por la debilidad de los puentes de madera que eran "el peligro más grave para los viajeros... porque se sacuden como cuerdas flojas al pasar los trenes", decía *La Voz de Castro* en 1918. Así eran los puentes Huenchocoi, Butalcura y San Antonio, en 1926⁷¹⁷.

Pero se viajaba. Y bien provisto de todo. Infaltable era el canasto con las tortillas, el pan de huevo, bocadillos que llevaban los chicos estudiantes y la infaltable botella de chicha de los pasajeros de segunda que viajaban bien vestidos para presentarse en la ciudad capital de la Provincia. Los que iban a Ancud por algún trámite o negocio en 1915, regresaban en el próximo tren, es decir, al día siguiente. Se alojaban en casa de parientes, porque todo chilote tenía algún Barrientos, Andrade, Gómez u Oyarzún en Ancud y, si no, no faltaban las amistades o la casa de pensión. Allí se *paraba*, nunca en hoteles que se justificaban sólo para foráneos. Los ancuditanos hacían lo mismo cuando viajaban a Castro. Y así también se llevaban y traían noticias, enterándose todos de cuanto ocurría en ambas ciudades, suficiente material para comentar y avivar las riñas entre los dos pueblos que ya rivalizaban en 1913.

En ocasiones, las riñas estallaban en el mismo tren entre castreños y ancuditanos, porque éstos no miraban a aquellos con respeto, ostentando que Ancud tenía el doble de habitantes en 1915. Tampoco había mucho que hacer en Castro, a no ser algún negocio

⁷¹⁶ Mansilla Pérez, Luis, "El año en que Neruda vivió en Chiloé", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 12, Castro, 1990, p. 56.

⁷¹⁷ Hasta 1913 no se reportaban fallecidos por accidentes ferroviarios, según las estadísticas de ese año. Sinopsis Estadística de la República de Chile, Año 1913, Imprenta Universo, Santiago, 1914, pp. 106-107.

en esta "Cartago" que, abundante de comercio, carecía de colegios o liceos, excepto cuatro escuelas primarias. Pero la juventud ancuditana gustaba de los viajes a Castro cuando se ofrecía alguna gira artística o deportiva, especialmente en los años treinta, cuando los partidos de fútbol entre las dos ciudades comenzaban a acaparar la atención. Los estudiantes castreños tomaban el tren con más frecuencia porque dependían de Ancud, que monopolizaba la educación con sus liceos, Seminario y Colegio de las Monjas y, en los años treinta, la Escuela Normal. Los viajes de estudiantes eran los más alegres.

No obstante, los ancuditano consideraban que el tren era suyo. Lo llamaban "Tren de Ancud", porque, además, los jefes estaban en esa ciudad. Y como "Tren de Ancud" comenzó su vida. Fue bendecido el 12 de abril de 1912 en la Estación de Puntra, donde se dieron cita las autoridades de ambas ciudades⁷¹⁸. Después, el 27 de julio, se hizo el viaje inaugural a Castro con seis vagones que llevaban a los vecinos más importantes, muchas jovencitas y jóvenes rebosantes de entusiasmo en un tren embanderado y con uno de los vagones abierto ocupado por la banda del Regimiento Chiloé. Llegaron bulliciosamente a las 2 de la tarde. Pero sin aviso. Nadie los estaba esperando. Se enojaron las visitas y tildaron a los castreños de "chilotes del interior, faltos de trato social". Regresaron indignados. Por entonces comenzaban las desavenencias, las ofensas y las disputas.

Aunque los ancuditano lo llamaban "Tren de Ancud", servía más a Castro, porque por su puerto salía la carga, especialmente en los años treinta, tanto que en 1936 el Municipio castreño solicitó al Ministro de Fomento que "ordene el traslado de Ancud a Castro" de la Inspección de Ferrocarriles y Maestranza respectiva "por aconsejarlo así los intereses regionales y de la propia empresa". Se fundamentaba esta petición porque "con las entradas de la Estación de Castro que produce más de las 2/3 partes de la entrada total, se sostiene este servicio". El Municipio añadía "que la Estación de Castro no puede satisfacer los pedidos de carros que le hacen los

⁷¹⁸ Véase Boldrini, Gustavo, *El tren de Chiloé*, CEFOMA, Ancud, 1986.

interesados por la circunstancia de encontrarse en Ancud la jefatura de este servicio y maestranza⁷¹⁹. Sin embargo, la solicitud no tuvo éxito.

El tren de Chiloé fue una decisión gubernamental que hizo fruncir el ceño a los chilenos. En realidad, nació con mal signo. Había muchas plumas santiaguinas que las emprendieron contra el tren insular, como si la Provincia no fuera merecedora de tanta inversión o porque se suponía que los chilotes no estaban a la altura como para administrar el ferrocarril. Muchos veían en el ferrocarril chilote un medio de transporte que no se conciliaba con una provincia insular cuyos habitantes se movían por mar. La opinión pública de la capital solía expresar sus reservas frente a la utilidad que podía prestar el tren en la Isla, porque a los ocho meses de inaugurado se veía en mal estado a causa de la deficiente administración. Las críticas apuntaban al Jefe con sede en Ancud, Juan Koch, porque no era ingeniero y, por lo mismo, se lo suponía incapaz de hacerse cargo de un medio de transporte que por entonces era el símbolo de la modernidad y del progreso en una isla que, sin embargo, vivía aferrada al pasado.

En 1913, *La Cruz del Sur* reproducía las críticas de los diarios *La Razón* y *El Ilustrado* en cuanto que el material, que todavía no cumplía un año de uso, se hallaba "en completa ruina, los coches de pasajeros, desvencijados, con los vidrios hechos mil pedazos, los pasajeros de tercera viajando en carros de rejas herméticamente cerrados y expuestos a una muerte segura y cruel", porque todo el largo de la vía estaba "totalmente deslastrada" y el puente San Antonio "próximo a caerse y sus pilotes completamente sueltos", mientras que el puente Puntra se sostenía "milagrosamente"⁷²⁰. No era tan cierto, pero tampoco tan falso. Se viajaba temiendo descarrilamiento por las muchas curvas, cuestas, deslizamientos, y por los 14 puentes que había que cruzar.

Sin embargo, los chilotes pedían se extendiera la línea hasta

⁷¹⁹ Petición de traslado del Inspector de FF.CC y Maestranza de Ancud a Castro. Sesión 10ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1936, AMC, p. 586.

⁷²⁰ *La Cruz del Sur*, Ancud, 2 de abril de 1913.

Quellón⁷²¹ y se trazara otra a Quemchi, otra entre Mocopulli y Dalcahue, como gestionaba el diputado Guillermo Pereira en 1919, y otra entre Dalcahue y Quicaví, como se pedía en 1930⁷²². Pero estos proyectos nunca se concretaron. El litoral oriental de la Isla Grande quedó al margen de este beneficio. Lo mismo los pueblos al sur de Castro, lo que hacía difícil a los quelloninos, queilinos y chonchinos tomar el tren a Ancud. Debían viajar primero por mar hasta Castro, pernoctar allí y luego *embarcarse* en aquella máquina increíble. Lo mismo practicaban los de Achao, Curaco de Vélez y Dalcahue, aunque podían hacerlo viajando a caballo o a pie hasta alguna de las estaciones intermedias. La mayoría lo hacía a Castro. Allí esperaban la salida del convoy. Tiempos de los hoteles para los pocos viajeros foráneos, y pensiones para aldeanos de paso que solían ser objeto de pullas en ambas ciudades, porque si los castreños miraban el campo como lo de atrás y con no pocos prejuicios, mucho más acentuada era esta actitud en los ancuditanos. Para ellos, el resto de la Provincia era como el patio trasero donde vivían chilotes más sencillos y más apagados, comúnmente llamados *ñangos* -los castreños también los llamaban así- para aludir a los campesinos de pies descalzos, los de chales negros, los de las goletas, los de los caballitos peludos, habitantes del interior que representaban la antítesis del urbano ancuditano.

En fin, el tren de Chiloé era una curiosa maquina a ojos de foráneos y un coloso de otro mundo para los isleños. Neruda lo llama "tren lluvioso, lento" y lo describe como "un delgado hongo húmedo que reptaba por la montaña"⁷²³. Era una pequeñez comparado con el tren grande que comenzaba en Puerto Montt, y tan débil que en otras partes sólo se usaba para mover carros dentro de las estaciones o comunicar haciendas y minas con la línea troncal⁷²⁴. Aún así era el orgullo de los chilotes, a pesar de funcionar

⁷²¹ El proyecto de extender la línea hasta Quellón pertenece al diputado Ignacio García Sierpe y fue presentado al Congreso en 1916. Por entonces la opinión pública de Chiloé pensaba que el Ferrocarril isleño era una obra incompleta porque no recorría toda la Isla. *El Cometa*, Chonchi, 2 de septiembre de 1916. El diputado Enrique Balmaceda prosiguió el esfuerzo de aprobar su extensión hasta Quellón, en 1921, pero sin éxito.

⁷²² *La Cruz del Sur*, Ancud, 21 de septiembre de 1930.

⁷²³ Mansilla Pérez, Luis, "El año en que Neruda vivió en Chiloé", *op. cit.*, p. 56.

⁷²⁴ Guajardo Soto, Guillermo, "El ferrocarril de Chiloé: el mito del progreso", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 11, Castro, 1990, pp. 25-26.

a pérdidas. En 1913 se informaba que las entradas eran de 13.194 pesos oro y los gastos ascendían a 54.385 pesos oro⁷²⁵. Así pasó toda su vida.

III. Viajar en goletas y vapores

El grueso de la población se movía por mar, porque no había otra opción. Se viajaba a lo largo del año, pero era entre septiembre y abril cuando los isleños del Mar Interior llenaban de embarcaciones y sus comercios los puertos y caletas de la Isla Grande. Juntaban las cholgas, picorocos, luce o cochayuyo para comercializarlos en Castro, Ancud o Angelmó, dando origen a las más originales y pintorescas ferias marineras. Toda la familia se subía a bordo del lanchón para pasar tres o cuatro días en "La Playa" de Castro para vender y comprar, pero también para mirar todo lo posible. Si la venta era buena, podían regresar a sus islas con suficiente harina, café de higo, azúcar o chancaca, fósforos, velas, la garrafa de vino o algunas botellas de aguardiente, y mucho que contar, sobre todo las familias de las islas más retiradas que hacían uno o dos viajes como éstos durante el año, para lo cual preparaban los tejidos, el pescado seco, las sartas, papas o maderas a lo largo del invierno, y con no poca expectación de las jóvenes en "edad de merecer" para su primera visita al pueblo.

Desde las islas Apiao, Chaulinec, Chelín o Tranqui, tomaba días llegar a Castro porque se navegaba al ritmo de las crecientes y las vaciantes, de las corrientes, de los vientos y de las forzosas paradas. Pero navegar así era un modo de vida para los isleños que seguían derroteros que se fijaban por jornadas a la vista de las capillas ribereñas. Entonces la goleta se transformaba en la prolongación del hogar, porque durante el viaje se hacían los mismos quehaceres a bordo que en la casa campesina: el hijo picaba la leña, las hijas encendían el fogón, pelaban las papas y la madre cocinaba. Se comía sobre la cubierta reeditando en el mar la vida de la cocina hogareña. En Castro se encontraban con otros goleteros

⁷²⁵ Sinopsis Estadística de la República de Chile, Año 1913, Imprenta Universo, Santiago, 1914, pp. 106-107.

de distintas islas o pueblos, posibilitando la sociabilidad en la feria de calle Lillo⁷²⁶, tal vez, la ocasión más esperada que la misma venta.

Se esperaba el verano para viajar por placer de unas islas a otras y visitar a los parientes o amigos, o para asistir a las fiestas religiosas. Los de las islas inmediatas iban a Queilen, a Chonchi, a Achao a ver al cura los que estaban en compromiso de casarse, o al rebautizo del recién nacido después que lo hiciera "por mientras" el *fiscal*, pero también al retén más cercano por alguna denuncia. Y siempre de la misma forma: la goleta, el chalupón o el lanchón, y, si la distancia era corta, el bote a remos en los años veinte y principios de los treinta, antes que se introdujera el motor y se hiciera necesaria la bencina que a la postre había que comprarla en Castro cuando llegaba en tambores a fines de la década.

Los de las islas más orientales y sureñas navegaban también a los Chonos y Guaitecas tras el marisco y allá se quedaban uno o dos meses⁷²⁷. El chalupón era, tal vez, la embarcación más común en estas tareas. Pedro Rubén Azócar la describe así: "Es una embarcación de unas doce varas de eslora, unas cuatro de manga, una y media de puntal, aparejada con mayor y trinquetilla"⁷²⁸.

Para viajes como éstos, el padre de familia se acompañaba de algún pariente, alguno de sus hijos y uno o dos perros y cargaban el lanchón con "harina blanca, algunas arrobas de sal, azúcar y café, yerba mate, una chungu de manteca, uno o dos tarros de parafina para el fanal, quizá doce paquetes de velas, vasijas, el arconcillo para el tabaco, el hilo y las agujas, la pólvora y las municiones de la antigua escopeta de cargar por la boca, y bien cuidados fósforos, distribuidos bajo los depes"⁷²⁹. La navegación era a estima. Azócar dice que "ni brújula, ni carta de marear, ni

⁷²⁶ Véase Rodolfo Urbina Burgos, "La gente de mar de Chiloé en la primera mitad del siglo XX: Una aproximación a los estudios de Historia Marítima de Chile", en: *BAHNMCh*, N° 2, Valparaíso, 1997, pp. 67-82.

⁷²⁷ La navegación a vela se prolongó hasta los años sesenta del siglo XX por los isleños de los archipiélagos orientales. Carlos Muntzaga ha estudiado el tema: "Una categoría socio-económica de Chiloé: los navegantes-empresarios-agricultores", en: *RdUCh*, Santiago, 1978.

⁷²⁸ Azócar, Pedro Rubén, "Chiloé, las islas y su mundo", en: *BUCh*, Santiago, 1966, p. 78.

⁷²⁹ *Idem*.

nada, aparte del conocimiento o la intuición. Y el mar -la mar de nuestro hablar- con su espejismo de fortuna al otro lado del Canal de Moraleda, en donde esperan dos o más meses de soledad y distancia, entre lluvias y ventolinas, cumpliendo afanoso trabajo". En el lugar elegido se hacía el "cuartel de pesca" con "seis maderos hincados en la tierra, cuatro paredes de bien tupida 'quincha', con una abertura para entrar y salir, un techo improvisado, un amplio fogón". Y en la misma caleta, el chalupón varado cerca de la 'raya' de la marea donde se hacía el hoyo para el 'curanto'. El trabajo era "mariscar desde la media vaciante hasta la media creciente", ocupar las horas de la pleamar del día en hacer el 'curan', y mientras éste se cocía, se preparaban las quilas para hacer las sartas, desgranar el marisco, tejer los secadores, armar un 'quillin', ensartar las cholgas hasta hacer una 'quicha' y con doce quichas formar un paquete⁷³⁰.

Isleños como éstos se concentraban para sus ventas en "La Playa" de Castro y aportaban con su presencia los originales cuadros de gentes y productos que se veían en los años treinta. Isleños de Desertores, de Cailín, de Chauques con sus singulares embarcaciones, de insólitos viajes a estima en largas jornadas que, sin embargo, no compensaban el escaso beneficio de sus ventas⁷³¹.

Los viajes cortos entre pueblos vecinos o entre islas cercanas se hacían en *chalana* a remo, embarcación tan común como el *bongo* que se conducía sirgando. Incluso los pasajeros que bajaban del tren o vapor tomaban bote fletero para trasladarse a sus casas sitas en la Península de Rilán, frente a Castro. Cargaban sus maletas y bultos, a veces bajo la lluvia, para un viaje que, según el lugar, demoraba una o dos horas remando. Se llamaba "balseo al Otro Lado", es decir, a Tongoy, Quento, Chañihué, Yutuy o Ten-Ten, y era considerado servicio irregular y oneroso, porque los fleteros cobraban con exceso. Dejaban a los pasajeros en la playa y éstos debían seguir a pie hasta sus casas si no los estaban esperando con caballo o trineo. Pero en los viajes regulares por negocios o asuntos administrativos, como los chonchinos que lo hacían

⁷³⁰ *Ibidem*, pp. 78-79.

⁷³¹ Véase a Philippe Grenier, "Los problemas de la pesca en la región de Chiloé", en: *RGV*, Vol. III, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1964.

diariamente a Castro, es decir, de un extremo a otro del sinuoso fiordo enmarcado por la Península de Rilán, el volumen del tráfico era mayor. Y en bote de recorrido, es decir, una especie de góndola de horario más o menos fijo, pero muy elemental porque los pasajeros debían remar, tanto el más caballero como el más humilde. Los bultos, canastos, sacos diversos para las ventas iban a popa; los pasajeros iban sentados de tres en tres en las tablas horizontales del bote, y ellos mismos remando por turnos, unos, y *achicando* el agua, otros. Tiempos de la boga, de las *chumaceras*, de los *sachos* de quilineja, o lumas en forma de ancla y su piedra al medio. Por entonces era inconcebible que alguien no supiera manejarse a remos, o ignorase cómo orientar el bote para enfrentar el *cachón* de las olas. Tiempos más arcaicos y sufridos, pero la vida se llevaba con un estoicismo que los chilenos continentales no podían concebir. De Chonchi se salía en la mañana para regresar en la tarde. Los pasajeros "pagaban su pasaje remando", dice Antonio Cárdenas. Y precisa: "Las mujeres se amarraban el rebozo a la cintura y afirmaban sus pies en el banco de enfrente para remar con más fuerza, y el dueño del bote hacía de piloto"⁷³².

La misma incomodidad en todas partes. En 1927, Benedicto Chuaquí fue conducido en bote a remo y con temporal entre Quemchi y Tenaún, entre ésta y Quicaví y desde allí a Achao, y en bote a remos cruzó el Canal Dalcahue para llegar al pueblo del mismo nombre. Entre Quemchi y Tenaún demoró 14 horas. No pudo tomar vapor porque éstos estaban monopolizados por los bandos políticos que ese año, y como siempre, recorrían la Provincia en sus campañas electorales.

La "cultura del velamen" coexistió con el transporte en lanchas a motor a fines de los treinta, y con los barcos desde principios de siglo. Época del tráfico marítimo de vapores y vaporcitos que cambiaron el ritmo de los viajes, como *El Primer Chilotito* de Teodoro Kamann⁷³³, de Ancud, que servía la línea Ancud-Castro con

⁷³² Cárdenas Tabales, Antonio, *Legendarios de Chiloé*, Santiago, Editorial Nascimento, 1982, p. 18.

⁷³³ Teodoro Kamann fue Teniente de Administración de Aduanas de Melinka en 1882, y Subdelegado Marítimo del mismo puerto. Fundó la Casa Kamann en Ancud y adquirió su primer vapor, que bautizó *Primer Chilotito*. Luego construyó el vapor *Intendente Rodríguez*, de 172 toneladas, en su astillero de Ancud. Más tarde compró el vapor *El Imperial*, de 75 toneladas, y la barca *Luisa Kamann*.

pasajeros y correspondencia, o del vapor *Angamos*, de Agustín Gómez o del *Intendente Rodríguez*, de 172 toneladas de Registro, también de la Casa Kamann, con motor alemán, los dos últimos activos en 1906⁷³⁴ en la línea Ancud-Castro-Melinka, o como el *Calbucano* de Carlos Oelckers o el *Yates*, activos en 1920. El vapor revolucionó la comunicación marítima en el Archipiélago. Hasta los pueblos más aislados eran visitados ocasionalmente a principios de siglo. El primero que llegó a Curahue fue el vapor *Intendente Rodríguez* en 1909. Todo el pueblo salió a esperarlo, mirando el horizonte desde lo alto de la loma. Apareció como cosa de *encantamiento* y hubo alegría y gratitud del pueblo al capitán Kamann.

Pero los itinerarios dependían del capitán en la primeras décadas. Incluso puertos importantes como Castro solían pasar hasta un mes sin comunicación. "Castro, más aislado que Punta Arenas", decía el vecindario en 1908. Peor abandono en Melinka el mismo año, según se quejaban los 800 trabajadores que laboraban allí. Todavía en 1930, los habitantes de Linao tenían que ir primero a Calbuco para tomar al vapor a Ancud⁷³⁵. Tiempos del *San Pedro*, del *Imperial* de Augusto Holnberg, del *Dalmacia* de Pedro Yurac, de Castro, o del *Huandad*, con 99 toneladas, a carbón y propiedad de Juan Barrientos, también de Castro, y de los primeros viajes a la *Trapananda*, cuando estaban activos los vaporcitos *Llanquihue* y *Palena*, y el pueblo de Puerto Aysén llevaba unos tres años de vida. Para allá iban los aventureros chilotes en barcos "piratas", porque no todos los vapores particulares tenían licencia para hacer esa ruta. Época del *Minuta* que navegaba entre Castro y Quellón cuando este pueblo no tenía más que "cuatro casas", o del *Río Gallegos* o de la famosa barca *Melinka* en 1920 del también famoso Ciriaco Álvarez.

Por entonces, se seguía la tradición constructora que venía del siglo XIX. En diversos puertos y caletas de Chiloé, se construían chatas, goletas, botes, chalupones, barcas para vecinos de Castro, Ancud, Chonchi o para armadores de otros puntos del país. Famosos eran, en 1920, los hermanos Lauro y Augusto Andrade con sus astilleros de El Tejar, en Castro, y Liborio Vera, de Vilupulli, reconocido a nivel nacional en 1906. En 1919, fue lanzada al mar la

⁷³⁴ *La Cruz del Sur*, Ancud, 16 de diciembre de 1905; 9 de junio de 1906.

⁷³⁵ Grenier, Philippe, *Chiloé et les chilotes*, op. cit., p. 310.

barca *María Adelaida*, de la Cía. Comercial Andrade-Oberreuter y Tulio Alvarado. Fue construida en Castro y tenía 55 metros de eslora, 9 de manga y 5 de puntal, con capacidad para 1.000 toneladas. El día de la botadura se deslizó del astillero tirada por el vapor *Olga*⁷³⁶. Fue destinada al transporte de carga entre puertos chilenos y Buenos Aires, incluso Santos. En 1920 pasó a manos de Tulio Alvarado y Platón Moreira. El mismo año 1919, Andrade Hnos. construyó en El Tejar una barca de 900 toneladas para Ciriaco Álvarez. Otra de 100 toneladas para Álvarez se construyó en Quicaví, y otra en Huildad para Francisco Kraisel, todas en 1919. En Linao había un astillero de la firma Bórquez Hnos.⁷³⁷, de Valparaíso, que construyó un buque a vela de 2.000 toneladas, el más grande construido en Chile y Sudamérica, dice la prensa de Castro, en 1920. Ese mismo año, el activo Ciriaco Álvarez hizo construir tres barcos de 300 toneladas, uno de ellos con el nombre de *Melinka*⁷³⁸, otra era la goleta *Baudelia*. Ciriaco poseía, además, el vapor *Chío*, en 1921. Alcanzó a tener ocho barcos, además de lanchones y otras embarcaciones menores para carga y descarga⁷³⁹ en tiempos que estaba en la cima como "Rey del Ciprés". Todos los vapores y las embarcaciones a vela llegaban al puerto de Castro, como a los demás, cuando contaba con dos muelles, en 1923: *The Puerto Montt Agencies* y el Muelle de Ferrocarriles⁷⁴⁰. Ancud tenía

⁷³⁶ *La Voz de Castro*, Castro, 20 de marzo de 1919. La *María Adelaida* rompió el trinquete en un temporal, estando en Ancud. Terminó sus días en Antofagasta consumida por un incendio.

⁷³⁷ Bórquez-Hnos. armadores con residencia en Valparaíso. Ocupaban 300 hombres, 200 de los cuales eran chilotes. En su astillero de Linao todos los trabajadores eran de la Provincia en 1920. Se la consideraba "poderosa firma chilota establecida en Valparaíso", *La Voz de Castro*, Castro, 1920. Entonces la firma se llamaba Bórquez-Blanco y Cía. Poseía los barcos *Pisagua*, que hacía el recorrido Valparaíso-Castro e intermedios en 1920, el *Lautaro* y la barca *Falcon*.

⁷³⁸ La *Melinka* se hundió en el Canal de Chacao en 1923.

⁷³⁹ Sobre los vapores regionales, véase el sentido recuerdo que hace Ramón Yáñez en *Almas maríneas en los Archipiélagos*, Imprenta Nahuel, Valdivia, 1ª edición de junio del 2001, obra destinada a rescatar la labor de las personas anónimas que hicieron del mar su vida. Yáñez recoge testimonios orales de una veintena de chilotes testigos de la vida a bordo de principios del siglo XX, y las noticias de la prensa. Abarca desde los vapores de Teodoro Kamann hasta la formación de la Ferronave y la Empreemar (84 páginas).

⁷⁴⁰ Este muelle, construido en 1911, se hallaba en mal estado en 1922. En 1926 se instaló un faro con luz roja fija a 50 metros sobre el nivel del mar, frente al muelle, el que se sumó a la boya existente en los bajos del Gamboa, desde 1920. En 1939 se solicita la prolongación en 50 metros para el atraque de los más grandes vapores.

tres: el *Malecón*, el de Ferrocarriles y el Fiscal, cuando Castro contaba con 2.711 habitantes y Ancud con 4.295, y los barcos de Ciriaco cargaban el ciprés de las Guaitecas, en tiempos, que ya comenzaba a hablarse de abrir un canal en el Istmo de Ofqui para evitar el rodeo por la Península de Tres Montes⁷⁴¹.

Unos eran los vapores de carga, especialmente papas y tablazón, y otros los de pasajeros y carga. Todos por igual, pequeños, de casco de madera y motor, caldera y carbón a leña, como el *Arturo* de Carlos Oelckers, de 50 caballos de fuerza, en 1918. Su figura era casco, cabina y una gran chimenea, muy similar al *Huandad* de Juan Barrientos, con sus dos *lingas* y un par de botes salvavidas prendidos de sus costados. En general, los vapores de pasajeros no tenían más de 20 o 50 metros de eslora, aunque algunos, como el *Fortuna* o el *Inca*, eran de casco de fierro.

Los vapores pasaban por los puertecillos si había carga o pasajeros; si no, seguían de largo. Tampoco eran puntuales. Había horas de espera. Si era de noche, el apurado pasajero debía fletar un bote para esperar el vapor en medio del canal y hacer señas con una sábana o farol a parafina. Con todo, cuando se inauguró la navegación a vapor, se revolucionaron las comunicaciones marítimas en el Archipiélago. Un coloso era el barco, rápido y capaz. Al menos así lo veían los chilotes que comenzaron a mirar con tristeza sus goletas y chalupones. El foráneo, en cambio, no se impresionaba de los vapores por considerarlos incómodos y pequeños. Un viajero de los años veinte relata que a bordo de los vapores "olía a cocina y a otras emanaciones desagradables". Chuaqui lo llama "vaporcito", porque no le pareció sino "un infernal cascarón que hacía equilibrios entre una ola y otra, mientras las máquinas jadeaban, abajo, como animales fatigados". Así viajaban los foráneos, quejándose de todo. Los chilotes no reclamaban por

⁷⁴¹ La apertura del Istmo de Ofqui era una necesidad. Durante el período había chilotes que seguían la tradición colonial en sus viajes al sur. Navegaban en lanchones hasta Ofqui, cruzaban el istmo arrastrando la embarcación por tierra, y desde allí seguían navegando hasta Punta Arenas. *El Cometa*, Chonchi, 2 de septiembre de 1916. El proyecto del canal se fue gestando desde mediados del siglo XIX con la expedición de Hudson de 1859, las de Simpson de 1871, 72 y 73, la de Steffen de 1898 y la expedición de Huidobro de 1904. El canal se proyectó en 1908 para navíos de hasta 1.000 toneladas; sería trazado en el istmo para unir la Laguna San Rafael con la Bahía de San Quintín y, aunque se trabajó en la obra, nunca llegó a concluirse.

nada. Para ellos, el bamboleo era normal y las incomodidades también. Había que nacer marino.

“No había dónde ubicarse a bordo -dice Chuaqui-, porque a aquella estrechez se sumaba la gran cantidad de personas que lo llenaban, aparte de los bultos de mercaderías que ocupaban las cubiertas y todos los rincones... entonces había que resignarse a dormir a bordo, sentados en el comedor y apoyados en la mesa, escuchando el bronco rumor de las olas que se estrellaban en el casco del vaporcito que a ratos comenzaba a tiritar como un enfermo de tercianas. La atmósfera del barco se tornaba caliente, pegajosa e irrespirable”⁷⁴². En los años veinte, a los de primera clase les daban cuatro comidas al día a bordo. El desayuno, por ejemplo, era café servido en un tarrito duraznero.

En 1925, la línea Castro-Quellón era servida por el vapor *Arturo*, reemplazado después por el *Orlando*. Viajar en el *Arturo* era penoso. “¡Ay del que tenía que alojar en sus camarotes! Sus camas eran un enjambre de insectos que hacían arrancar a quien osara dormir en ellos”. El *Orlando* era algo mejor, aunque la prensa criticaba que allí “reina bastante poca higiene en sus camarotes y servicios”⁷⁴³.

Entre Puerto Montt y Ancud había tres vapores semanales y el viaje duraba 10 horas en 1925. Eran viajes algo más cómodos que los de Puerto Montt a Castro⁷⁴⁴ o a Puerto Aysén. El vapor *Caupolicán* era mejor que otros, pero “la comida era escasa y no tan buena como debiera ser”, dice la prensa, mientras el comedor era descrito como “un baño turco en verano, y en invierno un semillero de resfrios y pulmonías”⁷⁴⁵. Un vapor como el *Atlas*, en los años treinta, estaba acondicionado para pasajeros, pero su comodidad no podía ser mucha. Había sido remolcador de alta mar, y para servir en Chiloé se lo dotó de seis camarotes para pasajeros de primera clase. Su velocidad era de 12 nudos por hora, y hacía la carrera entre Puerto Montt y Castro con recaladas en Quemchi, Quicavi, Tenaún, Dalcahue, Chonchi y Rilán. Otro era el vapor *Tucapel* (ex *Llanquihue*) en 1925, de propiedad de Ricardo Kompatzki, de Ancud.

⁷⁴² Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 202.

⁷⁴³ *La Cruz del Sur*, Ancud, 2 de agosto de 1925.

⁷⁴⁴ Entre Puerto Montt y Castro demoraba 10 horas; entre Castro y Queilen: 3 horas y una hora entre Castro y Chonchi, en 1931.

⁷⁴⁵ *La Cruz del Sur*, Ancud, 2 de agosto de 1925.

Otros puertos eran Ancud, Achao, Queilen y Quellón, todos de recaladas obligatorias. Un día de viaje entre Puerto Montt y Castro. Cuando el vapor echaba anclas en cualquiera de los puertecillos, inmediatamente se aproximaban a él toda clase de fleteros y lanchones para recibir la correspondencia, retirar la mercadería, llevar y traer pasajeros con sus maletas y bultos, o embarcar y desembarcar animales, como ovejas y cerdos, que acostumbraban a llevar los viajeros. Incluso vacunos o caballos los que tenían que llevarse a nado atados al bote fletero. El vapor era el correo y el único medio de comunicación que tenían los habitantes de las aldeas más aisladas. De ahí también el interés de la gente por acudir a la playa, cuando las cartas y encargos los llevaba el mismo capitán o la tripulación. Interés también de los vendedores locales que subían a bordo con sus tejidos, artesas, frutos silvestres, o *milcaos*, *chapaleles*, carne ahumada, transformando el barco en una pequeña feria a bordo. Pero, a veces, los vapores pasaban sin detenerse en los puertos intermedios. O echaban anclas y se quedaban por horas en la caleta menos pensada. Benedicto Chuaqui dice que "el más insignificante detalle bastaba para que la partida se retrasara por horas y días". Y lo ilustra con el siguiente episodio. Un hombre llegó a bordo con un recado para el capitán: "Dijo don Antonio Oyarzún que lo esperara porque va a traer un chancho para mandárselo a su mamá". Situaciones corrientes en Chiloé. Así era también el tren.

Y no faltaban las amistades y compadrazgos de los capitanes con los consiguientes compromisos, como pasar el vapor a tal o cual puertecillo fuera de la ruta por alguna interesada invitación en tierra. Con todo, el capitán tenía su halo de prestigio y se le respetaba cual almirante del mar chilote. Para el foráneo, en cambio, el capitán no era más que un hombre corriente, como lo era, en verdad, Luis Alcázar en los años treinta, aunque con el prestigio de ser el más marino de todos sus colegas de la región⁷⁴⁶, o Manuel

⁷⁴⁶ Luis Alcázar nació en Curahue, frente a Castro, el 9 de agosto de 1890. Sus padres fueron Manuel Alcázar y Francisca Aro. Se embarcó como engrasador y fogonero. Llegó a ser capitán de naves a los 20 años. Sirvió en los vapores *Armando*, *Atlas*, *Corcovado*, *Colo-Colo*, *Arturo*, *Huandad*, *Laurencia* (que después se llamó *Dalcahue*). Casó con Candelaria Oyarzún Muñoz, de Curaco de Vélez, con quien tuvo nueve hijos. Yáñez, Ramón, *Almas marineras...*, op. cit., pp. 74-76.

Ulloa, que en 1932 capitaneaba el vapor *Atlas*. Época en que se navegaba casi sin necesidad de instrumentos, porque se llevaba el mapa en la mente, en tiempos en que competían en destreza los capitanes cuando se juntaban los vapores en el puerto de Castro.

Pero siempre hubo capitanes famosos y mucho más a principios de siglo, cuando había que mandar y pilotar los primeros vapores. Hubo una generación formada en la Escuela de Pilotines de Ancud, antes de que se trasladara a Talcahuano y después a Coquimbo, como la de Lauro Andrade, Alfonso Bórquez, Francisco Miranda, Tulio Moreno, Juan Oyarzún, Benedicto Ruiz, en fin, Antonio Rojas, que capitanearon barcos grandes y chicos o se dedicaron a la carpintería de ribera. Nicanor García, Aníbal Pinto, Francisco Cárcamo Díaz, Liborio Vera o Daniel Gómez parece que alcanzaron renombre como pilotos entre 1900 y 1908, especialmente Liborio Vera, quien construía veleros y chatas y los conducía él mismo en convoy a los puertos del norte, en circunstancias que, tratándose de embarcaciones pesadas y sin autonomía y no estar diseñadas para navegar sino para traer carga desde el barco al muelle, como eran las chatas, resultaba una hazaña conducir seis de ellas desde Chiloé a Valparaíso en siete días de navegación, como lo hizo Liborio Vera a pura vela y faroles⁷⁴⁷.

Años de marinos, de vapores, de veleros y de puertos, cuando las comunicaciones eran marítimas y la vida estaba en el mar. Entonces había vaporcitos y barquichuelos osados al pretender navegar el Corcovado, vapores grandes capaces de desafiar el Golfo de Penas y barcos de todos los tamaños que naufragaban en el Canal de Chacao⁷⁴⁸. En Castro se juntaban los chicos y los grandes con sus distintivos pitazos de arriba y zarpe, cuando los vapores, pasajeros y fleteros pintaron el paisaje portuario con los más vivos colores.

⁷⁴⁷ *El Sur de Chiloé*, Castro, 12 de febrero de 1908.

⁷⁴⁸ El Canal de Chacao era el mar más peligroso de Chiloé. En 1858, las Compañías de Seguro no asumían compromisos con los veleros y vapores que navegaban por dicho Canal. De los 635 navíos que recalaron en Ancud en cuatro años, 11 naufragaron. Por entonces no había faro. Véase Vidal Gormaz, Francisco, *Algunos naufragios ocurridos en las costas chilenas desde el descubrimiento hasta nuestros días*, S.p.i, Santiago, 1901. Para el caso de Chiloé, el trabajo de Vidal Gormaz se complementa con Cavada, Francisco, "Naufragios ocurridos en las costas de Chiloé o en sus proximidades", en: *RChHG*, N° 55, Santiago, 1926, pp. 211-254.

Y en medio del temporal echaba anclas el *Tenglo* a las seis de la tarde, casi perdido en el oleaje. Sólo se veía la silueta del vapor y su negro humo desorientado por el viento, casi oculto por una cortina de lluvia torrencial. Los fleteros, prestos al abordaje, apiñados con sus botes junto al barco, esperando la orden de bajar la escalera. "¡Aquí, señorita!, ¡Aquí, señor!", gritaban a los pasajeros, mostrando sus *chapas* de fletero autorizado. Las señoras de tacos demoraban en bajar por la escalera. ¡Madre mía!, decían, sin atinar a poner los pies sobre el bote que se golpeaba contra el casco en continuo vaivén. Del vapor al muelle, equilibrándose en la chalana, fuertemente asidas al fletero con una mano, y con la otra, afirmando sus maletas. Empapadas, pero por fin a salvo en el muelle. Una aventura. Allí, los chicos *changueros* les arrebataban sus maletas para llevarlas al hotel sin que el pasajero supiera dónde.

Se notaban a simple vista los que venían de tierra adentro. Gente que nunca se había subido a un bote. De ahí los gritos y chillidos. En los años treinta había una larga historia de caídas al mar en días de invierno y hasta volcamientos de botes por exceso de pasajeros y bultos, como en Ancud entre la isla Cochinos y el muelle. ¡Qué espectáculos eran éstos cuando había temporal en esa bahía abierta!

El vapor *Coyhaique*, el *Magallanes* o el *Inca* formaban parte del paisaje portuario, o el *Tarapacá*, el *Valdivia*, en fin, el *Margit* o el *Apolo*, todos barcos familiares en Ancud y Castro, que en conjunto movilizaban casi toda la carga de Chiloé y el grueso de los pasajeros en 1930. Unas 400 recaladas al año, que no era poco decir, sólo en el puerto de Castro, cuando los vapores de la Ferronave estaban mejor servidos con "camaroteros" y "saloneros", "lampareros" y "fogoneros", cocineros y mozos de aseo. Hasta piano había en el salón del vapor *Tenglo*. Los pasajeros almorzaban en el comedor un plato surtido que llamaban *carril*, y los de 3ª tenían un rancho de cazuela de vacuno y un trozo de pan, o llevaban su propio cocaví para comer en la cubierta, mientras jugaban al póker, al *monte*, o al *truco* en viajes entre Puerto Montt y Puerto Aysén que comprendían 28 puertos, en 1938. Entre Puerto Montt y Castro había 16 recaladas, y entre Puerto Montt y Ancud, 10. Ese año, la Ferronave estaba

servida por el vapor *Tenglo*, con capacidad para 50 pasajeros de 1ª clase y 40 de 2ª; el *Taitao*, con 40 de 1ª y 50 de 2ª, y el *Chacao*, con 68 de 1ª y 40 de 2ª⁷⁴⁹.

A pesar de las incomodidades en medio de la carga, los mareos que sufrían los pasajeros poco habituados al vaivén de las olas, la lentitud de los vaporcitos y los bichos que abundaban en verano, la vida a bordo podía ser entretenida. El póker, por ejemplo, mataba el tedio y permitía la sociabilidad en las mesas del comedor. Chuaqui dice que "se jugaba con unos naipes que ya parecían pedazos de cuero húmedo por lo sucios y manoseados que estaban. Apenas se distinguía en ellos las figuras que representaban las cartas"⁷⁵⁰. Juegos de naipe, a los que eran tan aficionados los chilotes, prolongaban los encuentros en el comedor, apostando dinero o comidas bien regadas. Pero los naipes eran también el pasatiempo en los largos viajes al sur a bordo de vapores grandes que iban a Magallanes en esa otra suerte de viaje de emigrantes y temporeros.

Lentitud de las comunicaciones terrestres e irregularidad de las marítimas durante los primeros años del siglo. En 1904, por ejemplo, la correspondencia entre Castro y Chonchi era por vapor cada 15 días. Con Queilen era muy distanciada e irregular. El clima y las condiciones que imponían los canales con sus flujos y reflujos, explican el grado que alcanzaba el aislamiento. Y, por lo mismo, no podía ser oportuno el correo. La correspondencia destinada a los parajes rurales distantes de los centros poblados, la llevaba el "valijero" de unas islas a otras al ritmo que permitían los inviernos, los mares y los senderos. Tampoco se confiaba en el correo. Las cartas iban "por mano".

Así eran también las comunicaciones telegráficas⁷⁵¹. Durante la segunda mitad del siglo XIX, había un cable tendido bajo las aguas del Canal de Chacao, hasta que en 1898 no resistió la fuerza de la corriente y los telegramas tuvieron que ser llevados en un bote a uno y otro lado del Canal y pagado por el Gobierno desde

⁷⁴⁹ Yáñez, Ramón, *Almas marineras...*, op. cit., pp. 54 y ss.

⁷⁵⁰ Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, op. cit., p. 271.

⁷⁵¹ Heutsler, Jorge, *Telégrafos y vías de comunicación a favor de las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé*, Imprenta Roma, Santiago, 1895.

1901. Ese año, el Inspector del Telégrafo, Ramón Luis Norero, estableció un sistema de ondas electromagnéticas a través del Canal. Para ello instaló dos líneas de alambre más o menos paralelas en ambas orillas, de 2.000 metros de largo cada una, entre Punta Santa Teresa y Punta Coronel, por el norte, y entre Punta San Gallán y Punta Soledad, por el sur. De este modo se obtuvo una corriente eléctrica vibratoria producida por 200 elementos Leclanché, llevando una plancha de cobre cada extremo de la línea. Se transmitía la vibración por inducción de una a otra línea, recibiendo en un fono las señales alfabéticas por sistema Morse. Este sistema se empleaba por primera vez en América en el Canal de Chacao, dice Roberto Maldonado⁷⁵².

Pero en 1913 se lo calificaba de "muy primitivo" porque "no siempre se puede servir de él". En 1915 las peticiones apuntaban al restablecimiento del cable sobre el fondo del Canal, aunque se estimaba preferible un cable aéreo. Cuando en 1917 se tendió un cable submarino, se volvió a cortar. El mismo año se contaba con dos estaciones radiotelegráficas, una en Pargua y otra en Chacao, reemplazadas en 1925 por las estaciones de Puerto Montt y Ancud con sistema Telefunken⁷⁵³.

En el interior de la Provincia, el tendido telegráfico iba por el camino público o *Caycumeo*, pero hacia 1913 se recomendaba siguiera la línea del ferrocarril. Desde el troncal salían líneas de cables a los pueblos costeros, así como a la isla de Quinchao cruzando el lecho del Canal Dalcahue, como era hasta los años noventa del siglo XIX, reemplazado desde entonces por un cable aéreo. Otro cable comunicaba Chonchi con la isla de Lemuy, y sin embargo, los cortes eran frecuentes, como en la de Quemchi a Quicaví, cortada en 1906, y la de Ancud a Chacao, cortada también el mismo año, en ambos casos por robo de alambre, a pesar de los *guardahilos* que estaban para evitarlo.

En total eran 13 oficinas de telégrafo en 1909 en Ancud, Castro, Achao, Chacao, Chonchi, Dalcahue, Puqueldón, Queilen, Quellón,

⁷⁵² Maldonado, Roberto, "Viaje de exploración a los archipiélagos de Llanquihue y Chiloé, 1899", en: *AHMCh*, Valparaíso, 1899.

⁷⁵³ *La Cruz del Sur*, Ancud, 4 de octubre de 1925.

Quicavi y Tenaún. La oficina de Ancud generaba 8.873 pesos por los 22.865 telegramas recibidos y 19.587 transmitidos ese año. La oficina de Castro ingresaba 5.879 pesos por 11.385 telegramas recibidos y 12.359 transmitidos⁷⁵⁴.

IV. Viajar de los emigrantes

La emigración comprometía a todos los estratos sociales y económicos, a urbanos y rurales. Jubilados que deseaban vivir la vejez en ciudades de climas más agradables, comerciantes que después de amasar una regular fortuna aspiraban a disfrutar de mejor vida en ciudades grandes del centro del país, estudiantes que iban a la universidad y una vez titulados no regresaban; en fin, profesores y empleados públicos que después de algunos años de trabajo en Castro o Ancud, mostraban preferencia por las ciudades de "abajo", como se decía por "el norte". Era la emigración que más perjudicaba a la Provincia. Con ellos se iban los capitales y las ideas. Siempre había sido así. González Barrera escribía en 1888 que la causa estaba en el clima excesivamente lluvioso e incómodo durante gran parte del año, y aunque en verano es "un pequeño paraíso... no impide que sus hijos más activos, inteligentes y acaudalados, lo abandonen por buscar la vida más placentera con que les brindan las provincias del centro, y ésta es, en mi sentir, la causa primordial del atraso relativo en que se encuentra el progreso de este Archipiélago"⁷⁵⁵. Se lamentaba Pedro J. Barrientos en 1930 por la sostenida pérdida de vecinos importantes que, al marcharse, ponían su capacidad comercial o industrial al servicio de otras ciudades del país, emigración que "ha producido entre nosotros males evidentes", decía, mientras "Santiago, Valparaíso, Concepción, Valdivia, etc., están llenas de nuestros coterráneos"⁷⁵⁶. Y Manuel Díaz Bórquez expresaba lo mismo en 1934: "Son incontables las familias que han desaparecido, yéndose a vivir a los grandes centros.

⁷⁵⁴ Anuario Estadístico correspondiente al año 1909, Imprenta Universo, Santiago, 1910, pp. 272-273.

⁷⁵⁵ González Barrera, F. "El fomento industrial de Chiloé". Carta del autor a Guillermo Puelma Tupper, en: *BSFF*, Año II, N° 7, julio de 1888, p. 341.

⁷⁵⁶ Barrientos, Pedro J., *Causas que han impedido el progreso de Chiloé*, reproducido en *La Cruz del Sur*, Ancud, abril de 1930.

modificando substancialmente este éxodo el ambiente de sus ciudades principales... Cuando el elemento conservador de la tradición de un pueblo es arrancado de su seno -añade- es imposible mantener el fuego sagrado de la continuidad de intereses, de apreciación de problemas, etc., y esos elementos disgregados del tronco común, son absorbidos por otras preocupaciones, que se apartan mucho del interés regional o local⁷⁵⁷.

Pero, el grueso de los emigrantes eran trabajadores manuales de estratos populares urbanos y rurales de los alrededores de Castro, como Rilán, Quilquico, Putemún, Nercón, etc., y los isleños del Mar Interior, generalmente descritos como resistentes, dóciles y humildes. La meta eran los puertos: Valparaíso, Talcahuano o Antofagasta, para trabajar en las faenas de carga y descarga, porque los chilotes eran preferidos en estas tareas, como en 1908 cuando se solicitaban 50 chateros isleños para el puerto de Antofagasta⁷⁵⁸. Lo mismo en Iquique. O se iban a las salitreras, donde se requerían trabajadores resistentes y de recia complexión, o a las distintas actividades mineras, como los contratados en 1925 por la *Chile Exploration Company* a través de Tulio Alvarado, representante de la compañía en Castro.

No obstante, eran flujos esporádicos, aunque en conjunto el número de emigrantes llegó a ser significativo si se agregan las salidas individuales que iban a buscar modos de vivir al Norte, Centro y provincias sureñas del país. El destino natural, en cambio, era Magallanes. Hacia allá iba el mayor contingente, pero también a Aysén y provincias de la Patagonia argentina.

Las causas de la emigración eran económicas: la excesiva subdivisión de la tierra, la pobreza general, la inexistencia de industrias y la falta de expectativas en los centros urbanos de Ancud y Castro. Así venía siendo desde el siglo XIX, con distintas pulsaciones a lo largo de la centuria. En 1897, y en el contexto de la "cuestión social", Augusto Orrego Luco veía a Chiloé como "una isla envuelta en brumas inclementes" y pobre, porque "no ha sido

⁷⁵⁷ De Manuel Díaz Bórquez a Francisco Cavada, en: Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., p. 15.

⁷⁵⁸ *El Sur de Chiloé*, Castro, 1908.

animada por la industria que explote sus bosques", razón por la cual se ha visto "arrastrada por las necesidades económicas a vivir entre los farallones de sus costas y frente al mar abierto", un mar que le invitaba a emigrar, porque "le muestra el camino de una vida más abundante, más segura y risueña". Estaba convencido de que Chiloé era "una isla fatalmente condenada a sentir que sus hijos la abandonan [porque] los arrastra la atracción irresistible de la vida... Es, pues, natural -decía-, que una corriente de emigración se desprenda de esas islas"⁷⁵⁹.

Entre 1894 y 1899 emigraron a Punta Arenas 1.500 chilotes a causa del minifundio y del "feroz abrazo de la selva". Curiosamente, por la misma época, el Gobierno instalaba colonos europeos en Chiloé. Aunque las razones eran económicas, el emigrante no siempre lo reconocía. A veces prefería decir que lo empujaba el "gusto por la aventura", por "seguir el ejemplo de sus padres", "para conocer el mundo", o "para hacerse hombre". No se puede negar que estas razones estaban también presentes. Pero, si tuviéramos que jerarquizar los motivos habría que subrayar la pobreza o, como dice Grenier, el binomio minifundio-emigración⁷⁶⁰.

El mismo geógrafo francés dice que la historia de Chiloé ha estado marcada por una "fatalidad natural" que explicaría la "sistemática predestinación de los hombres a emigrar"⁷⁶¹, porque en Chiloé los habitantes estaban condenados a la "inmovilidad y a la repetición", lo que les ha valido ser motejados de "distruidos y flojos", faltos de ideas y pobres de espíritu. Sólo se dinamizaban en la Patagonia y en cualquier otra parte fuera de Chiloé donde, a cambio de algunas conveniencias, eran capaces de desplegar su enorme vitalidad. Antonio Bórquez Solar decía en 1914: "Yo no me sorprendo cuando se habla del empuje de los mineros o *calicheros* del Norte. Grande es ciertamente; pero ved que el veinte por ciento

⁷⁵⁹ Orrego Luco, Augusto, *La Cuestión Social*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1897, en: Grez Toso, Sergio, (recopilación y estudio crítico), *Fuentes para la Historia de la República*, vol. VII, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995, p. 319.

⁷⁶⁰ Grenier, Philippe, *Minifundio et emigration dans Chiloé*, Etudes Géographiques, Bordeaux, 1978, pp. 285-294. Otras explicaciones antropológicas en Munizaga, Carlos, "Algunos aspectos de la migración en Chiloé", en: *Revista Antropología*, N° 1, Santiago, 1974, pp. 3-15.

⁷⁶¹ Grenier, Philippe, *Chiloé et les Chilotes*, op. cit., p. 435.

de esos briosos laboreros y de los de más fuerza, de mayor fortaleza, es de los hombres del Archipiélago, que hoy emigran a centenares porque una serie de administraciones displicentes tolera les quiten y despojen de sus tierras, la santa herencia de sus abuelos, sus hermanos los chilenos"⁷⁶².

El derrame de población insular por todo el país comenzó en el siglo XIX, poco después de la incorporación de Chiloé a Chile⁷⁶³. Entre 1900 y 1940 aumentó la emigración facilitada por las comunicaciones más regulares entre Castro y Punta Arenas, y Magallanes acentuó su condición de imán para los isleños que veían en el austro la esperanza y remedio para la inopia en que vivían en los años veinte, porque "la pobreza y la ausencia de expectativas de

⁷⁶² Bórquez Solar, Antonio, citado por Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotes...*, op. cit., p. 77.

⁷⁶³ Desde mediados del siglo XIX, los barcos que recorrían el litoral chileno y los que navegaban a Europa comenzaron a contratar chilotes como marinería. Gilberto Harris Bücher aporta noticias importantes al respecto, así como enganches de trabajadores y aún niños isleños para ocuparse en las obras del ferrocarril peruano. Como marineros se les consideraba mano de obra eficiente y barata, y siempre había un contingente dispuesto a embarcarse para salir de la pobreza. Sin embargo, todavía no es posible tener cifras precisas de chilotes embarcados durante aquel siglo. "... es altamente probable -dice Harris refiriéndose a los años ochenta del siglo XIX- que después de Valparaíso y alrededores haya sido Chiloé la región que más perdió población ya sea por enganches en la Escuadra -que muchas veces desertaban y se embarcaban al exterior- o por enganches silenciosos para enfrentar los recambios de tripulaciones de naves foráneas". Harris cita al Gobernador Marítimo de Chiloé, quien señalaba en 1886 que "los habitantes de la Provincia parecen decididamente navegantes, por lo menos el 40%, pero sólo 460 han sido formalmente enrolados por la oficina de enganche de marineros". De los que tripulaban barcos que iban al exterior, no todos tenían suerte. Los capitanes solían desembarcarlos en cualquier puerto, donde quedaban abandonados. Harris cita el caso de chilenos desamparados en Europa en 1877. Entre ellos, los chilotes Manuel Panacan, Francisco Mayorga y Juan José Yáñez estaban ese año abandonados en Liverpool, desde donde viajaron a pie hasta Londres. La investigación realizada por Harris sobre emigración de chilenos en varios de sus libros nos permite apreciar lo que pueden ofrecer los archivos nacionales para estudiar la emigración chilota en el siglo XIX y principios del XX. Harris Bücher, Gilberto, *Emigrantes e inmigrantes en Chile, 1810-1915. Nuevos aportes y notas revisionistas*, Editorial Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2001, pp. 100-101 y 120. Sobre enganches de niños, del mismo autor, "Féminas, jóvenes e infantes en la emigración de chilenos al exterior durante el siglo XIX", en: *NHG*, N° 11, Facultad de Humanidades, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2000, pp. 69-80. La situación inversa, desertores extranjeros en puertos chilenos con algunas noticias sobre los que desertaban en Chiloé, en Harris Bücher, Gilberto, *Tres estudios sobre marinería nacional y extranjera en Chile del siglo XIX*, Editorial de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2002.

desarrollo virtualmente crónicas en Chiloé y la fama arraigada de territorio próspero que allí tenía la Patagonia -dice Mateo Martinič- actuaba de manera constante como razones suficientes para mantener activo el hábito migratorio de los habitantes, a los que, desde tiempo atrás habían pasado a sumarse aquellos originarios de Maullín y Calbuco, sectores económicamente deprimidos de la provincia de Llanquihue⁷⁶⁴.

La emigración más corriente era la estacional que comprometía a centenares de isleños en la esquila magallánica o en la trilla de los llanos de Osorno. A esta última, salían en primavera individuos por su cuenta con la esperanza de ocuparse. Viajaban a Puerto Montt y desde allí generalmente a pie dos o más días con una bolsa a cuestas con sus ropas y una bolsita más pequeña con la harina para hacer la *ulpada*. En Osorno los llamaban *paisanos* y se los prefería como mano de obra barata y eficiente. Schwarzenberg dice que estos paisanos temporeros llamaban la atención en Llanquihue por "versados en el arte de leer y escribir"⁷⁶⁵. Unos 5.000 se habían acimentado en Valdivia a fines del siglo XIX, atraídos por los colonos alemanes⁷⁶⁶. Otros iban a las islas Guaitecas, empleados como hacheros a fines del mismo siglo y principios del XX. Los contratos se hacían en Chonchi, como peones de hacha para derribar árboles de ciprés en tiempos del empresario Ciriaco Álvarez y otros madereros que llegaron a tener más de un millar de hacheros *guaitequeros*, especialmente chonchinos⁷⁶⁷.

La mayoría iba a Magallanes como temporeros entre septiembre y marzo a la precisa labor de la esquila, y eran tantos los que se embarcaban que el comercio de Castro decaía mucho por falta de clientes. Efectivamente, el comercio local dependía de estos flujos

⁷⁶⁴ Martinič Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 295, 934 y 940.

⁷⁶⁵ Schwarzenberg, Jorge y Arturo Mutizábal, *Monografía Geográfica...*, *op. cit.*, p. 260.

⁷⁶⁶ Blancpain, Jean Pierre, *Los alemanes en Chile (1816-1945)*, Ediciones Pedagógicas Chilenas (EPC), Santiago, 1985, p. 142.

⁷⁶⁷ En 1904 había entre 800 y 1.000 hacheros chonchinos en las Guaitecas y eran abastecidos desde Chonchi. El pueblo de Melinka tenía, además, tres fábricas conserveras y varios comerciantes madereros. Todas las letras se cambiaban en Chonchi, *La Voz de Castro*, Castro, 1904. Desde entonces se los llama *guaitequeros*. Sobre el tema véase a Cárdenas Tables, Antonio, *Los Guaitequeros*, Editorial Brecha, Rancagua, 1971.

y reflujos de gente. Se preparaba para resistir los meses de baja demanda y se abastecía para los meses de alta. Cuando en marzo regresaban los esquiladores se animaban las calles y las ventas. El temporero sólo tenía como meta reunir algún dinero para mejorar sus condiciones de vida en Chiloé. Esto lo conseguía durante algunos años de itinerancia: salir, regresar y volver a salir, al cabo de lo cual podía comprar un terreno, o una yunta de bueyes o poner un negocito en el pueblo. La esquila era remedio para la pobreza. Isleños de Lemuy, Quehui, Chauques o Quinchao, castreños, chonchinos o queilinos se embarcaban con promesa de trabajo. Cada vapor llevaba entre 200 y 300 braceros. En 1906, el *Thuringia*, de la Compañía alemana *Cosmos*, condujo 264 chilotes en 3ª clase desde Ancud⁷⁶⁸, y desde 1909 en adelante, todos los vapores grandes lo hacían también desde Castro. Salían más y regresaban menos, porque siempre existía la posibilidad de quedarse definitivamente allá, donde además de la esquila, las estancias ofrecían trabajo permanente de ovejero, puestero, amansador de caballos o *alambrador*. A la esquila patagónica se iba contratado por "agentes de estancias", comúnmente llamados *enganchadores*, que cumplían el papel de reclutar trabajadores, formando equipos o "comparsas", y ayudaban a tramitar el viaje. Eran famosos esquiladores. En Magallanes y en Argentina eran preferidos a cualquier otro trabajador para estas faenas, porque sabían sacar el vellón entero y la lana sin despedazar. Concluida la faena, regresaban a sus islas con buenos nacionales argentinos, que en 1926 cambiaban en Castro o Ancud con un veinte por ciento menos que en Santiago. Con los mismos nacionales, se podía comprar en las tiendas de Chiloé, lo que significaba ganancia adicional para el comerciante. En 1935, el Municipio castreño se refería a los braceros que iban a Magallanes señalando que en seis meses de trabajo regresaban con seis u ocho mil pesos, con lo que mantenían a sus familias durante el año y entonaban el comercio⁷⁶⁹. Sin embargo, esa suma era más teórica que real. Antes de retornar a casa, generalmente habían gastado casi todo lo ganado: las apuestas, las cantinas o las mujeres consumían buena parte del esfuerzo. Incluso

⁷⁶⁸ *La Cruz del Sur*, Ancud, 5 de noviembre de 1906.

⁷⁶⁹ Del Alcalde al Director General del Litoral, Sesión 4ª Ordinaria, Castro, 25 de julio de 1935, AMC, p. 232.

los más responsables y ahorrativos debían hacer los forzosos gastos que demandaba el regreso a casa. Philippe Grenier recoge el siguiente dato. Dice que en 1930 un trabajador chilote ganaba 1.150 pesos en cinco meses de trabajo en Magallanes. Pero debía descontar 400 pesos del viaje, 260 pesos de pensión y provisiones en Punta Arenas, otros 30 pesos por concepto de traslado a su casa. Al llegar a ésta sólo contaba con 240 pesos, equivalentes a 312 kilos de pan, es decir, menos que el consumo familiar durante su ausencia, cuando el kilo de pan valía 0,8 pesos. La fuente que utiliza Grenier es el periódico *La Luz Insular*, de Quemchi, número 5 de ese año⁷⁷⁰. Pero, lo normal era enviar dinero a la familia. En 1896, el conjunto de las remesas alcanzaban a 19.458 pesos y en 1901 a 54.084 pesos, según el mismo Grenier.

Otros emigraban definitivamente al sur. Las ciudades de Punta Arenas, Puerto Natales, Comodoro Rivadavia, Río Gallegos, Puerto Aysén o Coyhaique eran los destinos, o las estancias ganaderas a uno u otro lado de la Cordillera. Emigrar para quedarse era una posibilidad que se vislumbraba en la infancia, cuando se nacía oyendo relatos de la vida en el sur y se imaginaban riquezas a manos llenas, o eso decía la *suerte* en los tiempos de los augurios y vaticinios que hacían las adivinas cuando el bienestar material se relacionaba con la palabra "Magallanes" y la pobreza, en cambio, era equivalente a quedarse a vegetar en Chiloé.

El austro del imaginario isleño era un lugar donde se podían construir sueños. Tiraba el sur. Había chilotes que se embarcaban de pavo en vapores regionales con tal de llegar a Puerto Aysén, o pagaban su pasaje sirviendo de marinero para cualquier menester a bordo de vaporcitos que apenas se atrevían a cruzar el Golfo de Corcovado casi perdidos en oleajes como montañas. Y había quienes cruzaban a pie desde Puerto Aysén hasta Comodoro, *parando por aquí y por allá*, ganándose el pan como peones⁷⁷¹.

El flujo migratorio nunca se detenía, aunque había pulsaciones

⁷⁷⁰ Grenier, Philippe, *Chiloé et les chilotes*, *op. cit.*, p. 116. El mismo ejemplo aparece en su artículo "Les Chilotes", en: Varios Autores, *Patagonie, une Tempête d'imaginaire*, Éditions Autrement. Collection Monde HS, N° 94, Paris, 2° Semestre de 1996, nota 9, p. 185.

⁷⁷¹ Mardones, Enrique, "Odisea de un chilote", en: *Revista IV Centenario, 1567-1967*, Castro 1953, pp. 11-12.

de distinta intensidad entre 1900 y 1940. Hubo años en que en Punta Arenas no se admitían nuevos contingentes de chilotes por estar incapacitada para absorber la excesiva mano de obra, como en 1921 en que 500 isleños fueron devueltos a Chiloé y Llanquihue. Pero seguían llegando, tanto que en 1924 había 1.500 chilotes en Punta Arenas que ofrecían su trabajo personal aún a cambio de ínfimos salarios, y en Castro se constataba anualmente un "gran número de ausentes" radicados temporal o definitivamente fuera de Chiloé. En 1926, el gobernador de Magallanes, Luis Dávila, pidió al Ministerio del Interior que se reiterase a los intendentes de Chiloé y Llanquihue controlar la salida de emigrantes, porque Punta Arenas no estaba en condiciones de darles trabajo. Por entonces, muchos chilotes abandonaban esa ciudad para reemigrar a Santa Cruz, en Argentina⁷⁷².

Los años treinta fueron más difíciles por la crisis general que afectó al país. En Chiloé el comercio estaba deprimido, el Presidente Ibáñez decretó rebajas de sueldos y ninguna de las dos ciudades chilotas tenían algo que ofrecer a tantos trabajadores cesantes. Lo mismo se vivía en Punta Arenas y Puerto Montt, desde donde devolvían a los chilotes por idénticos motivos. Pero, la emigración no cesaba. Ésta, que había comenzado siendo preferentemente masculina, era también femenina en los años treinta, cuando una mujer se consideraba afortunada si hallaba ocupación como empleada doméstica, y el hombre un trabajo de obrero en talleres urbanos. Pero emigraban más varones. Las tres poblaciones más importantes de Chiloé mostraban desequilibrio de sexos en 1907. En Ancud había 1.520 hombres y 1.904 mujeres. En Castro, los varones eran 530 y las féminas, 713. En Achao, los primeros eran 721 y las segundas, 850⁷⁷³. La misma desproporción había en años posteriores. En 1926, por cada 100 hombres se contaban 119 mujeres, un contraste con Magallanes, donde el mismo año había sólo 54 mujeres por cada 100 hombres⁷⁷⁴. Chiloé producía gente. Magallanes la necesitaba. En los años cincuenta, eran manifiestas

⁷⁷² Martinič Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 295, 934 y 940.

⁷⁷³ Censo de la República de Chile, Año 1907, *op. cit.*, pp. 1200, 1216.

⁷⁷⁴ Schwarzenberg, Jorge y Mutizábal, Arturo, *Monografía Geográfica...*, *op. cit.*, p. 80.

las diferencias entre ambos departamentos⁷⁷⁵.

Con períodos buenos y períodos malos para el emigrante, se poblaba la ciudad de Punta Arenas de "cabecitas negras" que daban la nota diferente a esa ciudad cosmopolita. En 1906, los chilotes residentes allí representaban el 23% de los chilenos, y el 14% de los puntarenenses, incluidos los extranjeros. Ese año, los chilotes sumaban 1.967 (1.256 hombres y 711 mujeres) cuando la población total de chilenos era de 3.420⁷⁷⁶. En 1908, los chilotes eran 2.000⁷⁷⁷ y siguió en aumento. En 1952 su número alcanzaba a 14.690 en Magallanes y representaba el 28% de la población total que llegaba a los 55.206 habitantes ese año^{778 779}.

Emigrar era una atracción irresistible. Las ansias de salir comenzaban en las tertulias del fogón hogareño en las tardes de invierno. Allí se oían por primera vez los nombres de ciudades australes que parecían encantadas, como si los chilotes de principios de siglo hubieran heredado el imaginario de los Césares. Un pedazo de ese mundo se podía adivinar en el muelle de Castro. Por ahí pasaban las noticias y la gente en los años del vapor y de la comunicación marítima. Viajeros de paso entre Valparaíso, Puerto Montt y Punta Arenas y viceversa, en los vapores de Menéndez-Behety. Rostros dálmatas. Los castreños los identificaban como austriacos y hacían comentarios sobre esos magallánicos que no parecían "gringos", pero poseían el capital, las estancias, las industrias que daban trabajo y pagaban salarios, palabra desconocida en la economía castreña y que sonaba a fortuna.

⁷⁷⁵ Keller, Carlos, "Castro y Magallanes: dos Departamentos chilenos". El Censo Económico Nacional. *Estanquero*, N° 162, Santiago, 18 de marzo de 1950, pp. 4 y 32.

⁷⁷⁶ Díaz Bahamonde, José, "Expansión regional, vida urbana y sujeto popular. Panorama de Magallanes y Punta Arenas, 1877-1920", en: *BACHH*, N° 105, p. 60.

⁷⁷⁷ *El Sur de Chiloé*, Castro, 1908.

⁷⁷⁸ Martinič Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Tomo II, *op. cit.*, pp. 1114 y 1115.

⁷⁷⁹ Véase Muñoz R., Juan y Enrique Zamora, *El inmigrante chilote en la Patagonia Magallánica*, Memoria, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1975. Otros aspectos en Calle Isern, Javier de la, "La emigración de Chiloé a la Patagonia Chilena", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 10, Imprenta Olimpo, Santiago, 1989, pp. 60-64. También Ortega Perrier, Marieta, *Chiloé en Magallanes: inmigrantes en Punta Arenas*, Tesis, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, 1980.

En sus tierras de origen, habitaban islas alargadas y cársticas, luminosas, pobladas de casas de piedra sienita y de techos rojos. Pasaban mirando las islas chilotas, añorando las suyas. Desde la cubierta del vapor *Alejandro*, observaban con curiosidad a los migrantes chilotas que se embarcaban en el mismo vapor. Isleños vestidos de oscuro, con sus valijas y bultos, tomando ordenada y silenciosamente los botes fleteros para subirse a bordo. Eran escenas que recordaban el tumulto de viajeros que los mismos croatas experimentaron cuando zarparon desde el Adriático hacia los confines americanos con iguales esperanzas que los chilotas. Idénticos sueños, parecido equipaje, pero distintos rostros. Los migrantes de todos los colores y culturas se han movido siempre así.

Chilotas de distintos pueblos e islas se juntaban en el muelle. Explosivas migraciones seguidas de períodos de detención, o salidas estacionales en octubre y noviembre con sus rituales de despedidas del padre o del hijo mayor, quizá sin retorno. En el muelle, se veían grupos hablando en voz baja. Contrastaban sus apagadas expresiones con las más vivaces de los fleteros. Joaquín Edwards Bello recogió estas imágenes de migrantes isleños mudos e inexpresivos. Los vio así: "El barco era un poco sórdido. En Chiloé subieron unas docenas de esquiladores, pequeños, sombríos, armados de cuchillas especiales. Eran habitantes definidos por el clima, chatos y como helados, sin reacciones espirituales. Se dirían hombres sacados de tarros de conservas"⁷⁸⁰.

Vapores repletos de isleños que viajaban con paquetes, sacos, canastos. Solían llevar papas, gallinas, huevos, pipas de chicha, sacos de manzanas, y, a veces, también cerdos para la venta, mientras hallaban acomodo en Punta Arenas o Puerto Natales, modo de viajar que seguía practicándose hasta en los años setenta⁷⁸¹, también llevaban encargos para parientes o regalos para la *conocencia* donde se pensaba *parar*.

Una confusión a bordo, en la 3ª clase, donde después de los

⁷⁸⁰ Texto de Joaquín Edwards Bello, en: Roque Esteban Scarpa, *Los desterrados de su patria (Gabriela Mistral en Magallanes: 1918-1920)*, Tomo I, Editorial Nascimento, Santiago, 1977, citado por Díaz Bahamonde, José, *op. cit.*, p. 60.

⁷⁸¹ Morawetz, David, "Castro market. Slices of economic life in a poor Chilean town", en: *World Development*, Vol. 6, N° 6, junio de 1978, pp. 861-880.

saludos y el vapor ya navegando, se compartía la chicha y se jugaba al truco en la cubierta. Era una 3ª clase sufrida. Sólo los chilotes podían resistir las incomodidades que la prensa castreña describe así: "Metida en bodega y separada de ésta por gruesas barras de hierro es sencillamente un conjunto de parrillas de acero, desnudas, superpuestas, frías, sin una ampallasa, sin un gangocho que las cubra... Cuando lo oímos y cuando sentimos la atmósfera que en ella debían respirar los que allí durmieran, cómo pensamos en el olvido que tantos hacen de las prédicas de Cristo". Y para dormir "se les obliga a llevar consigo una frazada, un saco, lo que pueda, para cubrir los fierros de esa parrilla y cubrir el cuerpo"⁷⁸².

Por tales incomodidades cada pasajero de 3ª pagaba 227 pesos en los años treinta. Una fortuna para los chilotes y un mundo de diferencia con la 1ª clase con sus camarotes para turistas y magallánicos de regreso a casa que formaban un grupo aparte en amena charla en el bar del comedor. Otra era la clase intermedia.

V. Viajeros y emigrantes en el Austro

Los migrantes isleños desembarcaban en Punta Arenas. Parecían rústicos, taciturnos, extraños a ojos de ciudadanos. Se los miraba con curiosidad. Si no tenían suerte en Punta Arenas, se iban a las estancias con alguna recomendación del amigo coterráneo ya establecido, a las minas de Río Turbio o a probar suerte con algún armador pesquero, en fin, a instalarse en algún recoveco de los canales magallánicos, anónimamente, a veces viviendo como anacoreta en la choza de palos. Otros buscaban oportunidad al otro lado de la frontera, en Santa Cruz, Chubut, Neuquén, Río Negro, y en ciudades como Río Gallegos o Comodoro Rivadavia. Y una vez instalados, llamaban a sus familiares, dando origen a migraciones en cadena. Marido, mujer, hijos y parientes consanguíneos y colaterales, tanto que, en algunos casos, el flujo hacia el sur casi despobló "comunidades de regular tamaño" en Chiloé, como en 1930 en que, de los 4.000 habitantes que tenía la isla Lemuy, 1.200 estaban ausentes. Agar Corbinos ha llamado a este derrame

⁷⁸² *La Voz de Castro*, Castro, marzo de 1934.

demográfico, "la diáspora chilota"⁷⁸³.

En todas partes se reconocía que el chilote era bien dispuesto para todo trabajo y aceptaba humildemente el salario; y, entre todos los braceros, destacaba por su honradez y sencillez. Luis Loyola subraya la capacidad del isleño para aprender trabajos desconocidos para él, como eran las labores mineras, y dice: "Nuestros compatriotas de Chiloé... son duros para el trabajo, hábiles y asimilan con una facilidad asombrosa, por eso es que donde van son queridos"⁷⁸⁴. Y George Musters valora la "raza sufrida y vigorosa" de los chilotes, su gran capacidad para el manejo del hacha y la frugalidad de su comida. En esto los compara con los irlandeses, "pues viven casi únicamente de papas"⁷⁸⁵, mientras que Enrique Zorrilla los cree una suerte de vikingos por la enorme vitalidad desplegada en la colonización de la "América destemplada" del extremo austral de Chile y Argentina⁷⁸⁶. En cualquier caso, los chilotes eran claramente diferentes de los otros chilenos, como si el clima y la geografía del país dibujara hombres de perfiles distintos según la latitud⁷⁸⁷.

Pero su vida nunca fue fácil. El carácter retraído solía ser un obstáculo para integrarse en la sociedad urbana. Había marcadas diferencias culturales y de mentalidad entre los chilotes, por una parte, y los chilenos y extranjeros, por la otra. Su tendencia natural era buscar relacionarse con coterráneos, formando grupos afines para compartir los ratos de sociabilidad en la ciudad o en la estancia. En todas partes eran identificados como chilotes para diferenciarlos de otros chilenos, ya aquí el "chilote" era gentilicio de contenido peyorativo a ambos lados de la Cordillera, aunque más general era el uso del gentilicio "chilotes" para referirse a todos los chilenos. De ahí también la palabra "chilenada" o "chilotada" que denotaba

⁷⁸³ Agar Corbinos, Lorenzo, *Migraciones internacionales: la diáspora chilota*, Instituto de Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1985.

⁷⁸⁴ Loyola, Luis, *Chilenos en Río Turbio*, Escuela Lito-tipográfica Salesiana "La Gratitud Nacional", Santiago, 1969, p. 64.

⁷⁸⁵ Musters, George Chawoth, *Vida entre patagones: un año de excursión por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro (1871)*, Ediciones Solar/Hachette, Buenos Aires, 1964, citado por Díaz Bahamonde, José, *op. cit.*, p. 54.

⁷⁸⁶ Zorrilla, Enrique, *América Destemplada*, *op. cit.* (véase cap. "Caylén"), pp. 9-19.

⁷⁸⁷ Keller, Carlos, "Cateadores, huasos y chilotes: expresiones del ambiente geográfico", en: *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 8, Vol. VI, Santiago, 1962.

acciones groseras y vulgares, propias del trabajador manual chileno⁷⁸⁸. En 1914 había 34.668 chilenos en Argentina, ¿cuántos eran efectivamente chilotes?

La imagen que se tenía de él en lo social y cultural no era buena. Se lo consideraba primitivo, tosco, de pocas ideas y muy lejos de algún refinamiento, aún después de años de residencia urbana. Y aunque no se puede generalizar, porque había casos que rompían la regla, la mayoría vivía en una suerte de marginalidad en barrios periféricos, mal dotados de los servicios elementales y, por esto mismo, separados de la ciudad patricia, como se veía en Punta Arenas y en las ciudades argentinas.

Desde Punta Arenas se desplazaban a Tierra del Fuego y a la otra banda de la Cordillera, especialmente a Comodoro Rivadavia, en los años treinta y siguientes, ciudad que se conceptuaba atractiva del punto de vista laboral. De 800 habitantes en 1905, había pasado a ser una importante población en los años cuarenta, con 25.561 habitantes en 1947, entre ellos un buen número de chilotes que comenzaron a llegar allí desde los años veinte dispuestos a ganarse la vida como trabajadores manuales. Se instalaban en terrenos fiscales en las afueras de la ciudad, formando comunidades de isleños y otros chilenos en la ladera oeste de Comodoro, barriadas denominadas Chile Chico y Payaguala, con casitas pobres al modo de las *mediaguas* insulares construidas con materiales de desecho, chapa y madera, uno o dos dormitorios, o una sola pieza que servía de cocina, comedor y dormitorio, baño afuera hecho de cuatro paredes, pozo negro, sin agua corriente, sin cloacas, sin gas natural y azotada por el viento que allí sopla fuerte y sin cesar⁷⁸⁹.

⁷⁸⁸ Según un artículo de prensa del año 2002, la imagen que el bonaerense tiene del chileno es hoy mucho más positiva que antes, cuando se asimilaba a chilote, es decir, trabajador manual. "El habitante común de Buenos Aires de edad madura -dice el artículo- conserva el estereotipo del chileno proveniente de Chiloé, que emigró masivamente entre los años 40 y 70 para trabajar como obrero de la construcción". De ahí la denominación de "chilote", como sinónimo de "chileno". Hoy los chilenos están en el segundo lugar de admiración de los argentinos, después de los brasileños. Pero ahora "chileno" no es sinónimo de "chilote". Entre los rasgos positivos del chileno se mencionan: "trabajadores", "ordenados", "servidores públicos honrados", y entre los negativos figura el de "apatronados". *El Mercurio*, Santiago, 21 de julio del 2002, p. A-17.

⁷⁸⁹ Marcos Budiño, Liro, *Comodoro Rivadavia, sociedad enferma*, Buenos Aires, 1971, p. 47.

Lelio Mármora estudió el tema de los migrantes chilenos en Comodoro. Entre las razones que daban éstos para instalarse en esa ciudad eran: "Aquí hay muchos connacionales" o "hay mucha gente amiga" o "hay muchos chilenos". Respuestas como éstas explicarían la existencia de "un fuerte endogrupo donde el migrante que llega -dice Mármora- no cambia prácticamente su estilo de vida"⁷⁹⁰. Persistir en usos y costumbres tradicionales significaba no querer integrarse, y esto mismo consolidaba su marginalidad como migrantes admitidos en la ciudad pero no comprometidos social y culturalmente con ella, lo que explicaría su tendencia endogámica y homogámica, es decir, las uniones endogrupales y entre connacionales de igual condición.

Las diferencias sociales y económicas de los chilotes en Comodoro eran, por lo mismo, marcadas respecto de los argentinos y extranjeros residentes. El modo de vida, la pobreza, la rusticidad los hacía merecedores de fuertes prejuicios, asociados a los barrios marginales, al acento idiomático y a la coloración de la piel. En los estudios sociológicos de Liro Marcos Budiño y Lelio Mármora se recogen prejuicios racistas vinculados a la escasa capacidad de progreso de los chilotes, a las habitaciones antihigiénicas y al alto número de expendios de bebidas alcohólicas en los barrios periféricos de la ciudad. A veces, los prejuicios llegaban más lejos. Julius Beerbohn se refiere a los chilotes como "raza repulsiva", gente "de apariencia miserable", según pudo constatarlo en Punta Arenas en 1881, y los describe de "baja estatura", complexión... morena... frente estrecha... Creo -dice- que hay, en general, poco que escoger entre ellos y los fueguinos"⁷⁹¹. Philippe Grenier apunta que en Argentina se miraba al chilote como los franceses miran a los norteafricanos o los alemanes a los turcos. "Chilote tenía que ser", era una frase que daba cuenta de lo incomprensible o condenable. Chilote era sinónimo de trabajador manual inculto y vagabundo, pero digno de confianza, reconocido como peón dócil y competente, valiente y duro, aunque la palabra "chilotaje" se usaba

⁷⁹⁰ Mármora, Lelio, *Migración al Sur. Argentinos y chilenos en Comodoro Rivadavia*, Ediciones Libera, Buenos Aires, 1968, p. 50.

⁷⁹¹ Beerbohn, Julius, *Vandering in Patagonia or life among the ostrich-hunters*, Chatto an Windus-Picadilly, London, p. 216.

cargada de prejuicios⁷⁹².

Juicios extremos, discriminatorios y racistas que afectaban a todos los chilotes, aunque a lo largo del tiempo la situación de los emigrantes no fue estática, sino dinámica. Muchos progresaron material y culturalmente, y lograron integrarse con éxito a la sociedad de Puerto Natales, Coyhaique, Puerto Aysén, Río Gallegos y en la propia ciudad de Comodoro Rivadavia. En Punta Arenas, por ejemplo, luego de los primeros años, "el componente social de extracción sureña, chilota en especial -dice Martinič refiriéndose a los años cuarenta- iba profundizando su inserción en el nuevo conglomerado social, despojándose del lastre de su rusticidad e indolencia originarias, y asumiendo entre virtudes y defectos el nuevo estilo de vida meridional"⁷⁹³. Algunos, junto con el caballo y el perro, llevaban una buena pluma, y un alma sensible, como Manuel Andrade Leiva⁷⁹⁴ que en Río Grande fue fundador y primer secretario de una sociedad de obreros, y en la Estancia *San Sebastián* organizó un club deportivo y una biblioteca. En Magallanes perteneció a varias instituciones obreras y literarias, y al Círculo de Periodistas Magallánicos⁷⁹⁵. Otros llegaron a formar parte y a estimular el sindicalismo en Punta Arenas⁷⁹⁶; en fin, hasta hubo chilotes que la Patagonia hizo universales, como Francisco Coloane.

⁷⁹² Grenier, Philippe, "Les chilotes", en: Varios Autores, *Patagonie, une tempête d'imaginaire*, op. cit., p. 148. Otros aspectos sobre los chilotes en Argentina en Soja, N., "Chilean emigrants in Argentinian Patagonia", en: *Migration News*, N° 21, 1977, pp. 29-32.

⁷⁹³ Martinič Bero, Mateo, *Magallanes, 1921-1952. Inquietud y crisis*, Ediciones Prensa Austral Ltda., Punta Arenas, 1988, p. 108.

⁷⁹⁴ Manuel Andrade Leiva nació en Castro en 1896. Sus padres fueron Enrique Andrade Miranda y Carolina Leiva. En 1917 se fue a Argentina con sus aperos, sus libros e ilusiones. Publicó algunos trabajos en la *Revista Austral*. En Magallanes escribió sobre el abandono de Chiloé. Publicó *Glosas chilotas* bajo el seudónimo Mandradel. Firmaba también como M. Paria. Una de sus obras es *Treinta libros que todo el mundo debiera leer*. Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos...*, op. cit., pp. 222-223.

⁷⁹⁵ Vega Delgado, Carlos (Recopilador), *Mandradel, el chilote: Mitología, folklore, cuentos y crónicas de Manuel Andrade Leiva*, Impr. Talleres Atelí Ltda., Punta Arenas, 1993.

⁷⁹⁶ Lausič Glasinovič, Sergio, "Migraciones del Archipiélago de la Isla Grande de Chiloé y formación de un sindicalismo obrero en Magallanes", en: *VI Jornadas de Estudios Migratorios*, Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, Viña del Mar, 1997 (Inédito).

Pero nunca desaparecieron del todo los prejuicios, incluso entre chilotes, porque los que progresaban económica y culturalmente iban formando una suerte de grupo o estrato social separado del resto de sus coterráneos menos favorecidos o con menos disposición para mejorar de condición.

Con todo, y hablando en general, el migrante isleño contribuyó calladamente con su grano de arena a hacer posible la humanización del antes despoblado meridión chileno, así como hizo su aporte en otras regiones del país y en la Patagonia argentina. Su carácter dócil, humilde y respetuoso no siempre se conciliaba con los movimientos sindicalistas de sus compatriotas chilenos, y prefirió trabajar sin prestar demasiada atención a los prejuicios que pesaban sobre él. Por eso, el Municipio de Castro, al salir en su defensa en 1935, expresaba: "Los chilotes residentes en Magallanes laboran tranquilamente en beneficio de esa región y los que emigran en épocas de las faenas son personas de bien, siendo preferidos en ellas por su constancia, competencia y tranquilidad"⁷⁹⁷.

A la postre, el chilote fue al sur a dibujar la figura de su país. ¿Y qué otra figura podía haber dibujado sino era la de su propia campiña? En Melinka, en el litoral de *L'Aise* -que así llamaban al Aysén-, o en las escondidas caletas y fiordos magallánicos reeditó pedacitos de su mundo. Allí, donde pudo, abrió un claro a golpe de hacha para hacer su huerta de papas, lechugas, coles o nabos que, con esmerado cuidado, solían fructificar en tierra tan ingrata. Y levantó el *quincho* y una casita humilde que vistió de tejuelas, un *caedizo* con el fogón adentro, y en él las *fritangas* de *milcaos* y *churrascos*. Y un manzano en la parte de atrás. Así se construían las colonias insulares, poblando calladamente el Austro en Puerto Aysén, en Puerto Natales, en Porvenir o en Punta Arenas con Veras, Oyarzunes, Mancillas con "c", o con Caileos, Nancuantes o Chodiles⁷⁹⁸.

Hasta la trasandina Patagonia vio florecer casitas al modo chilote. En Comodoro Rivadavia, en Río Gallegos, en Punta Arenas,

⁷⁹⁷ Discriminación de chilotes en Magallanes, Sesión 18ª Ordinaria, Castro, 10 de octubre de 1935, AMC, p. 469.

⁷⁹⁸ Munizaga, Carlos, "Algunos aspectos de la emigración...", *op. cit.*, pp. 3-15.

los isleños fueron a poblar los márgenes urbanos, porque de chilotes eran los barrios pobres, y de chilotes las estepas abiertas y frías de peones, de ovejeros, de *alambradores* o de amansadores de caballos chúcaros. Para ellos eran las tareas pesadas y sufridas.

Velásquez, Barrias, Bahamonde, sin "s", de Butalcura, de Degañ, de San Juan o de Tenaún. De Quelines, Huineos, Millaloncos de Chelín, Llingua o Tac. Andariegos todos. Desde Punta Arenas solían llegar a pie hasta Río Gallegos con sus atados al hombro, sin distinguir fronteras para ganar el pan y el *alojo* con cualquier trabajillo⁷⁹⁹. En Comodoro, como en toda la Patagonia pampina, se hacían peones por "cuatro nacionales". Tierra de hombres solos. Y ya con la comida asegurada, mandaban a buscar alguna joven chilota que quisiera *matrimoniarse*, porque se las tenía por las únicas compañeras posibles. A veces, algún migrante extranjero las elegía primero si era trabajadora y esforzada. El chilote peón no merecía mujer de Europa, ni menos "la hija del patrón"⁸⁰⁰.

¡Patagonia!, un *Far West* o, por mejor decir, un *Far South*. Vida dura y peligrosa. Se cazaban indios en Tierra del Fuego y se pagaba una libra por cada oreja. Eso decían. Abundaban los bandidos y los patrones déspotas en una tierra que estaba en manos de empresarios. Se rebelaron los peones en 1921. Argentinos, chilenos y chilotes con cuchillo en la faja de cuero. En número de 400 asaltaron y se tomaron el pueblo de Río Gallegos. El almirante Breyon los combatió con ametralladoras. Muchos chilotes cayeron en esa "guerra" y pasaron a la leyenda, como pasaron los de la "Guerra de Chile Chico". Episodios violentos como paréntesis de una colonización que a la postre terminó siendo pacífica.

A fines de los treinta, los chilotes habían diseñado un territorio "sin fronteras" a uno y otro lado de los Andes, desde el Pacífico al Atlántico, y desde Chiloé a Tierra del Fuego. Un país nuevo, desde luego, y curiosamente vertebrado con el ir y venir de los isleños, o con sus cartas, y por el modo de concebirlo. Hablaban de Gallegos, Esquel o Comodoro, con la misma pertenencia que de Porvenir, Achao o Calbuco. Era su mundo, era su "América destemplada".

⁷⁹⁹ Mardones, Enrique, "Odisea de un chilote", *op. cit.*, pp. 11-12.

⁸⁰⁰ Véase Mármora, Lelio, *Migraciones al sur...* *op. cit.*

como la llama Zorrilla, un modo de entender el espacio austral, trascendiendo las demarcaciones fronterizas. Los migrantes europeos, los chilenos y argentinos ponían las ideas y el capital; los chilotes aportaban sus brazos. Y con ellos llegaban los telares de Quinchao, los *gualatos*, los rastrillos con dientes de madera, los azadones y las hachas, pero también los *poderosos* y los santos patronos, así como los mitos, las creencias, las supersticiones, y el *mal de ojo*. Hasta los más recónditos lugares llevaron la fantasía, el temor a las fuerzas ocultas y, junto al fogón, reeditaron también el relato de las cosas de las islas con la tonalidad de su lenguaje que dio sonido a las estepas, animando la conversa crepuscular con el mate gaucho, el mate amargo.

Mateo Martinič tiene otra opinión. Admite, claro está, que "los braceros de Chiloé de radicación transitoria o definitiva... engrosaban el estrato popular de la sociedad regional", pero cree que "sin aportar sus valores culturales originarios como característica enriquecedora"⁸⁰¹. Sólo la fe católica llevaron y conservaron -dice Martinič- pero también las enfermedades endémicas de Chiloé⁸⁰². Nosotros creemos que mucho más⁸⁰³.

Philippe Grenier conoció al chilote Ampuero G. en Ushuaia. Tenía un ranchito de tablas con su fogón. Vivía en plena soledad como "cuidador" o guardia de una estancia. Le contó su vida "saboreando el mate". Dice que salió de Ancud en 1928. Trabajó como peón en Punta Arenas, luego como obrero en el frigorífico de Puerto Natales. De allí a Argentina, pasando de estancia en estancia. En una de ellas trabajó como *campanista* para llamar a los obreros; en otra prestó servicios como *enfardador* de lana; luego, como *marcador*. Tuvo un "puesto" ambulante en Ushuaia. Era un

⁸⁰¹ Martinič Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Tomo II, *op. cit.*, p. 1117.

⁸⁰² *Ibidem*, p. 888.

⁸⁰³ En otra de sus obras, el mismo autor reconoce el aporte en usos y costumbres chilotes e incluye los nombres de obreros destacados, empresarios y profesores. Martinič Bero, Mateo, *Patagonia de ayer y hoy*, Editorial Sociedad Difusora Patagonia Ltda., Punta Arenas, 1980, pp.191 y ss. Más tarde, los profesores chilotes dejarán su impronta. Palavicino, Nancy; Canales, Ramón y González, Eulalia, "La migración de Chiloé y su influjo en el proceso educativo en la Provincia de Última Esperanza", Seminario de Título, s/f, S.p.i.

buscavidas, un viajero, un vagabundo⁸⁰⁴ como otros chilotes que inspiraron novelas⁸⁰⁵.

El chilote patagón terminó haciéndose jinete, vistiendo *campera*, pantalón *bombacho* y musleras de cuero de oveja. Fue atrevido en el abigeato cuando tuvo necesidad, llevó el facón escondido en la faja, se batió a duelo por una mujer y fue baleado en la gran rebelión. En el Norte Grande de Chile también anduvo de paso mientras duró lo del salitre, para después hacerse iquiqueño o antofagastino, así como en los trabajos agrícolas, ganaderos y forestales de "Los Llanos", como llamaban en Chiloé a las provincias de Llanquihue, Osorno y Valdivia⁸⁰⁶. Y anduvo en el Perú como trabajador de ferrocarriles, y más de un Andrade fue pistolero en California, cuando otros andaban por los mares del mundo, formando parte de la tripulación de los grandes *flippers* de todas las banderas.

Pero, al fin, regresaba a sus islas, *arregenta*o de tanto conocer, y con no poca ostentación por ser *andado*, y por lo mismo con más estatus. Con su regreso, el fogón chilote adquiría nuevo atractivo a la hora del mate y sus relatos se llamaron *corridos* porque, en verdad, corrían, difundiéndose por todos los fogones del Mar Interior. *Corridos* de aventuras y de éxitos, como los que contaban los *viajados* de Ancud. "Hay fleteros de fleteros", dice Darío Cavada. "La mayor parte de ellos ha navegado en buques y vapores mercantes que hacen la carrera al norte, hasta Panamá; con estos viajes han adquirido un cierto barniz de ilustración y de sociabilidad, según lo que por tales cosas entienden. Chapurrean el inglés, gastan pipa y camiseta rayada; al hablar dejan notar un tonito norteño zalamero o dulzón, manejan terminachos exóticos, tienen galanterías inusitadas y cuentan unos chascarros que desternillan, cuando no paran los pelos de punta"⁸⁰⁷. Era el estatus de los que habían salido a correr puertos. La antigua introversión desaparecía después de la experiencia afuera; la humildad se transformaba en ostentación

⁸⁰⁴ Grenier, Philippe, "Les chilotes", en: Varios Autores, *Patagonie, une tempête d'imaginaire*, op. cit., pp. 181-184.

⁸⁰⁵ Coloane, Francisco, *El chilote Otey y otros relatos*, Editorial Quimantú, Santiago, 1971.

⁸⁰⁶ Schwarsenberg, Jorge y Arturo Mutizábal, *Monografía Geográfica...*, op. cit., p. 18.

⁸⁰⁷ Cavada, Darío, *Vida Isleña*, op. cit., p. 37.

después de haber conocido mares. Y de regreso, por fin, a Ancud, se les reconocían sus ventajas y pasaban a ser patronos de bote, suprema jerarquía a la que puede llegar el fletero. "Y los que tan alto puesto alcanzan tienen un gran partido entre los muchachos del oficio, que aún no han corrido mundo; pero no así entre los viejos patronos, que los miran con ojeriza, pues ellos vieron e hicieron más en sus mocedades que esos fatuos que hoy cuentan haber amado en Guayaquil, hecho el perro muerto en Iquique, dado una puñalada en Valparaíso y naufragado en la Quiriquina. ¡Bicocas! ¡Niñadas! A los antiguos lobos de mar, con más agallas que un pez, macheteados en California, cuando la sed de oro se apagaba en esa dorada fuente, tan revuelta como disputada"⁸⁰⁸. Los fracasos no se contaban. Pero sí las peripecias y heroicidades, como las de Juan Ignacio Güenten, veliche de Coldita. Estaba en Bélgica en 1914 en víspera de casarse con una rubia de aquél país cuando lo sorprendió la guerra europea. Pospuso el matrimonio para enrolarse en el Ejército Británico y pelear en las trincheras contra los alemanes. En 1915 escribió a su hermano, contándole todo, junto con un giro por 15 libras. De Güenten sí que se hablaba en Coldita a la hora del fogón, cuando tomaba sitio la oralidad. Parece que nunca regresó. Quizá su nombre esté grabado en una cruz en los campos de Francia, o descanse en una tumba sin nombre al soldado desconocido.

O se hablaba de otros que salieron y no se supo de ellos más que algún rumor oído en alguna parte; marinos de la Armada, o de los barcos mercantes, o aquel conductor de caravanas en el desierto de Sahara, o aquel otro que murió con el rifle al brazo con el heroico Dewet por la independencia de Transvaal, como apunta Antonio Bórquez Solar.

El viajero conocía mundos, se desligaba al menos físicamente de su tierra por poco o mucho tiempo. Mientras estaba ausente en Valparaíso, en Santiago o en el extranjero, vivía al ritmo de sociedades urbanas más complejas y, a medida que pasaban los años, se iba sintiendo coetáneo pero no contemporáneo de sus coterráneos isleños. Y cuando regresaba, ostentaba la ventaja de haber estado lejos. Los que retornaban de la Patagonia, lo hacían

⁸⁰⁸ *Ibidem*, p. 38.

calzando botas acordeonadas, chaquetones de cuero, pañuelo anudado al cuello, boina o sombrero y bombachas. A veces llegaban con caballo ensillado a la usanza gaucha con montura de bastos. Incluso los braceros que trabajaban en Argentina por una temporada aparentaban estar convertidos en gauchos. Y había quienes nunca habían pasado a Argentina, pero sí en Coyhaique, donde compraban ropa pampina para pasar por tales. Un fenómeno curioso de aculturación. Usaban giros argentinos, palabras y modos trasandinos. Muchas de las palabras del lenguaje popular de Chiloé que se hablan todavía en las áreas rurales y en las islas menores son testimonio de ello.

BIBLIOGRAFÍA

- Academia Chilena de Historia de la Medicina, *Proceso a los brujos de Chiloé*, en: *Anuario Chileno de Historia de la Medicina*, Vol. I, Año II, Santiago, 1960.
- Agar Corbinos, Lorenzo, *Migraciones internacionales: la diáspora chilota*, Instituto de Estudios Urbanos, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1985.
- Alagan, Mario, *La muerte misteriosa de Guillermo Eyzaguirre R. Historia documentada de los acontecimientos en Castro*, Editorial Zig-Zag, Santiago, 1915.
- Altamirano, Miriam; Díaz, Valeria; Vidal, Valeria; Aguilar, Gladys, "Amarrando lugares, palabras y huesos", en: *Panorama desde Chiloé*, N° 4, Año 2, Castro 1988.
- Álvarez Sotomayor, Agustín, *Los brujos de Chiloé*, Archivos del Folklore Chileno, Santiago, 1954.
- Anguita, López, Modiano y Zchetto, *Casas de Chiloé*, Santiago, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, Universidad de Chile, Santiago, 1980.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1909. Tomo II. Imprenta y Encuadernación Universitaria. Santiago, 1910.
- Anuario Estadístico Correspondiente a 1909. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1910.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1910. Tomo II. Movimiento de Población. 2ª parte. Defunciones. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1912.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1911. Movimiento de Población. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1913.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1919. Vol V. Instrucción. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1920.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1925. Vol. I. Demografía. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1926.
- Anuario Estadístico. Año 1935. Dirección Nacional de Estadística. Santiago, 1936.
- Anuario Estadístico de la República de Chile. Año 1936. Vol. II. Política, Administración, Justicia y Educación. Imprenta Universo. Santiago, 1937.
- Anuario Estadístico de Chile. Año 1936. Vol. II. Demografía y Asistencia Social. Imprenta Universo. Santiago, 1937.
- Anuario Dic. Dirección General de Información y Cultura. Año I. Santiago, 1946.
- Azócar, Pedro Rubén, "Chiloé, presencia viva de los seres míticos", en: *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 75, Santiago, 1967.
- Azócar, Pedro Rubén, "Chiloé, las islas y su mundo", en: *Boletín de la Universidad de Chile*, N° 64, Santiago, 1966.
- Báez, Max: *Descripción de la Provincia de Chiloé*. En *La Voz de Castro*. Castro, 14 de agosto de 1925.

- Barrientos Díaz, Pedro José, *Algunos aspectos de la vida social isleña*, Imprenta Claret, 1920.
- Barrientos Díaz, Pedro José, *Para la Historia. Visita que S.E. el Presidente de la República Don Carlos Ibáñez del Campo hizo al Archipiélago de Chiloé en los días 13, 14 y 15 de marzo de 1931*, Imprenta del Asilo de Huérfanos, Ancud, 1931.
- Barrientos Díaz, Pedro José, "Camino a Quetalmahue", *En Viaje*, N° 182, Santiago, 1948.
- Barrientos Díaz, Pedro José, "Causas que han impedido el progreso de Chiloé", reproducido en: *La Cruz del Sur*, Ancud, abril de 1930.
- Barrientos Díaz, Pedro José, *Historia de Chiloé*, Editorial Andújar, Santiago, 1997.
- Barrientos Grandón, Javier, "Nuevos antecedentes al proceso de los brujos de Chiloé", en: *Revista Chiloé*, N° 9, Concepción, 1988.
- Barrientos, Prudencio, "Horribles crímenes por los brujos de Quinchao", en: *El Chilote*, Ancud, 17 de junio, 8 y 15 de julio de 1880.
- Barrientos, Prudencio, *Los brujos de Chiloé, célebre proceso del Juzgado de Ancud. Declaración de reos*, Imprenta Ponce Hnos. Santiago, 1908.
- Barros Valdés, Luis et al., *Corona fúnebre a la Memoria de Guillermo Eyzaguirre Rouse*, Imprenta Barcelona, Santiago, 1917.
- Barruel, Esteban y Cárdenas, Floridor, *Historia cotidiana y contemporánea del pueblo de Calbuco en el siglo XX*, Impreso por Salesianos S.A., Santiago, 2002.
- Bécquer Mansilla, Cornelia, "Condiciones en que vive el pueblo de Chiloé, causas que han impedido el progreso del pequeño agricultor y el papel que le corresponde a las escuelas en su mejoramiento". Memoria, Escuela Normal de Ancud, 1934.
- Beerbohn, Julius, *Vandering in Patagonia or life among the ostrich-hunters*, Chatto an Windus-Picadilly, London. 1881.
- Blancpain, Jean Pierre, *Los alemanes en Chile (1816-1945)*, Ediciones Pedagógicas Chilenas (EPC), Santiago, 1985.
- Blume, Jaime, "Cultura mítica de Chiloé", Facultad de Filosofía, Departamento de Estética, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1985.
- Boldrini, Gustavo, *Castro y Ancud: crecimiento e interpretación urbana*, en: *CA*, N° 78, Santiago, 1994.
- Boldrini, Gustavo, *El tren de Chiloé*, CEFOMA, Ancud, 1986.
- Boldrini, Gustavo, "El velorio de angelito: la otra cara del luto", en: *Revista Kritica*, Santiago, 1998.
- Brüning Schürmann, Waldo, *Vivencias de un galeno*, Ediciones Graphus, Santiago, 1996.
- Burr, T.C.H. *A general history of the Burr family*. New York, Knickerbocker Press, 1902.
- Calle Isern, Javier de la, "La emigración de Chiloé a la Patagonia Chilena", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 10, Imprenta Olimpo, Santiago, 1989.
- Cárdenas Tables, Antonio, *Los Guaitequeros*, Editorial Brecha, Rancagua, 1971.

- Cárdenas Tabies, Antonio, *Usos y costumbres de Chiloé*, Santiago, Editorial Nascimento, Santiago, 1978.
- Cárdenas Tabies, Antonio, *Abordaje al Caleuche*, Editorial Nascimento, Santiago, 1980.
- Cárdenas Tabies, Antonio, *Legendarios de Chiloé*, Editorial Nascimento, Santiago, 1982.
- Caso, Carlos de, "La Escuela Náutica de Ancud o Escuela de Pilotines", en: *Revista Mar*, N° 87.
- Cavada, Francisco, *Chiloé y los chilotos. Estudios de folklore y lingüística -de la Provincia de Chiloé, República de Chile- acompañados de un vocabulario de chilotismos y precedidos de una breve reseña histórica del Archipiélago*, Imprenta Universitaria, Santiago, 1914.
- Cavada, Francisco, "Naufragios ocurridos en las costas de Chiloé o en sus proximidades", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 55, Santiago, 1926.
- Cavada, Francisco, *Apuntes biográficos de personas y familias de Chiloé Insular*, Editorial Nascimento, Santiago, 1934.
- Cavada, Francisco, *Historia Centenaria de la Diócesis de San Carlos de Ancud*, Imprenta San Francisco, Padre las Casas, 1940.
- Cavada, Francisco, "Oración fúnebre pronunciada el 6 de mayo de 1933, en el Templo de la Graciamiento Nacional de Santiago, a la memoria del Excmo. Sr. Obispo de Ancud Monseñor Abraham Aguilera por el Prebendado don Francisco J. Cavada, canónigo honorario de la Catedral de Ancud", en: *Revista Católica*, N° 745, Santiago, 1939.
- Cavada, Darío, *Vida isleña*, Ancud, 1914.
- Cavada, Darío, *Centenario de Chiloé, 1826-1926. Tipos, bosquejos y leyendas insulares*, Imprenta Gutenberg, Los Ángeles, 1926.
- Cedesco/ Municipalidad de Castro, *Diagnóstico de la comuna de Castro*, Imprenta Chilena, Santiago/ Castro, diciembre de 1997.
- Celade/Mc Caa, Robert (Recopilador). XI Censo de Población. 1940. S/d.
- Censo de la República de Chile. Año 1907. Memoria presentada al supremo Gobierno por la Comisión Central del Censo. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1908.
- Censo de Población de la República de Chile. Año 1920. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1925.
- Censo Industrial y Comercial. Año 1937. Dirección General de Estadística de Chile. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1939.
- Cerda Bintrup, Gonzalo; Fox, Hans; Urbina, Medardo y Urbina, Rodolfo, "Castro, 1930-1960", en: *Arquitecturas del Sur*, N° 12, número especial, Universidad del Bío Bío, Concepción, 1988.
- Chuaqui, Benedicto, *Memorias de un emigrante*, Segunda Parte: *Imágenes y confidencias*, S.p.i. 1945.
- Clavel Dinator, Lautaro, "Una opereta en Castro", en: Varios Autores, *Caleuche, barco del recuerdo*, Valparaíso, Imprenta de la Armada, 1990.

- Cobo, Salustio, "Muelle en Quetalmahue y sugerencias para la construcción de obras portuarias", Seminario sobre Problemas Regionales de Chiloé, Ancud, 1957.
- Coloane, Francisco, *El chilote Otey y otros relatos*, Editorial Quimantú, Santiago, 1971.
- Contreras, Constantino, "Mitos y brujerías de Chiloé", en: *Estudios Filológicos*, N° 2, Universidad Austral de Chile, Valdivia, 1966.
- Dannemann Rothstein, Manuel, "La actitud mítica en Chiloé", en: *Chiloé y su influjo en la XI Región*, Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, Universidad de Santiago, Santiago, 1988.
- Darwin, Charles, *Darwin en Chile (1832-1835). Viaje de un naturalista alrededor del mundo*, Edición preparada por David Yudilevich y Eduardo Castro Le Fort, Santiago, Editorial Universitaria, 1995.
- De Castro, Constanco, *La Geografía en la vida cotidiana: De los mapas cognitivos al prejuicio regional*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 1997.
- Díaz Bahamonde, José, "Expansión Regional, vida urbana y sujeto popular. Panorama de Magallanes y Punta Arenas, 1877-1920", en: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 105, Santiago, 1995.
- El Ferrocarril*, "Odioso impuesto para los habitantes de Chiloé", Santiago, 20 de julio de 1872, en: Grez Toso, Sergio, *La Cuestión Social en Chile. Ideas y debates precursores (1804-1902)*. Fuentes para la Historia de la República, Vol. VII, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 1995.
- Eliade, Mircea, *Ocultismo, brujería y modas culturales*, Editorial Paidós Orientalia, Buenos Aires, 1997.
- Falke, Horst, "Una excursión a través de Chiloé central: bosquejos geográficos", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 81, Santiago, 1934.
- Felsch, Johannes, "Informe provisorio sobre las exploraciones geológicas de los alrededores de Carelmapu y de la Isla de Chiloé", en: *Boletín de la Sociedad Nacional de Minería*, Año 30, Vol. 25, Santiago, 1913.
- Fenner, R. y Silvestre, C., *Informe sobre yacimientos de carbón en Valdivia y Chiloé*, Caja de Fomento Carbonero, Editorial Nascimento, Santiago, 1936.
- Ferrocarriles, "Bases del Contrato para la Construcción del Ferrocarril de Ancud a Castro y documentos anexos" (Del proyecto presentado por la Societé Anonyme d'Etudes de construction et d' exploitation des chemins de fer au Chili), Imprenta El Globo, Santiago, 1908.
- Flores Abalos, Máximo, "Sociedad y brujería en Chiloé", 1850-1900", Tesis Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1994.
- Gallastegui Vega, Joaquín, "Geografía e identidad territorial", en: *Notas Históricas y Geográficas*, N° 11, Facultad de Humanidades, Departamento de Filosofía y Ciencias Sociales, Universidad de Playa Ancha de Ciencia de la Educación, Valparaíso, 2000.
- Gálvez, Juan, "Un viaje en el tren chilote de Ancud", *En Viaje*, N° 249, Santiago, 1954.

Gómez Andrade, Álvaro, "Ciriaco Álvarez Vera: el Rey del Ciprés", en: *Revista Chiloé*, N° 1, Valdivia, 1946.

Gómez Vera, Carlos, *Historia de la Quinta Compañía de Bomberos de Castro: 31 años, 1959-1989*, Santiago, Olimpo Artes Gráficas, 1989.

Gómez Vera, Carlos, "Celebraciones festivo-religiosas en Chiloé, desde 1935", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 10, Imprenta Olimpo, Santiago, 1989.

Gómez Vera, Carlos, "Las celebraciones religioso-festivas de Chiloé: desde el challio a San Juan Bautista de Tey", en: *Chiloé a 500 años*, Gráfica Andes Ltda., Santiago, 1992.

González Barrera, F., "El fomento industrial de Chiloé", carta del autor a Guillermo Puelma Tupper, en: *Boletín de la Sociedad de Fomento Fabril*, Año II, N° 7, Santiago, julio de 1888.

Grenier, Philippe, "Los problemas de la pesca en la región de Chiloé", en: *Revista Geográfica de Valparaíso*, Vol. III, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1964.

Grenier, Philippe, *Minifundio et emigration dans Chiloé*, Études Géographiques, Bordeaux, 1978.

Grenier, Philippe, *Chiloé et les chilotes*, Edisud, Aix en Provence, 1984.

Grenier, Philippe, "Les Chilotes", en: Varios Autores, *Patagonie, une Tempête d'imaginaire*, Éditions Autrement. Collection Monde HS, N° 94, Paris, 2° Semestre de 1996.

Guajardo Soto, Guillermo, "El ferrocarril de Chiloé: el mito del progreso", En: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 11, Castro, 1990.

Guarda, Gabriel OSB, *Iglesias de Chiloé*, Santiago, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, 1984.

Hanke, Lewis, *¿Tienen las Américas una Historia común?*, Editorial Diana S.A., México, 1966.

Harris Bücher, Gilberto, "Féminas, jóvenes e infantes en la emigración de chilenos al exterior durante el siglo XIX", en: *Notas Históricas y Geográficas*, N° 11, Facultad de Humanidades, Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2000.

Harris Bücher, Gilberto, *Emigrantes e inmigrantes en Chile, 1810-1915. Nuevos aportes y notas revisionistas*, Editorial Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2001.

Harris Bücher, Gilberto, *Tres estudios sobre marinería nacional y extranjera en Chile del siglo XIX*, Editorial de la Universidad de Playa Ancha, Valparaíso, 2002.

Helfritz, Hans, "Los chilotes y sus costumbres", en: *Revista Geográfica Americana*, Vol. XIX, Buenos Aires, 1943.

Heusler, Jorge, "Ferrocarril en estudio de Ancud a Castro. Anexos de las publicaciones para el Congreso Internacional de Ferrocarriles de Buenos Aires", Imprenta Barcelona, Santiago, 1910.

Heusler, Jorge, *Telégrafos y vías de comunicación a favor de las provincias de Valdivia, Llanquihue y Chiloé*, Imprenta Roma, Santiago, 1895.

Instituto de Investigaciones del Patrimonio Territorial de Chile, *Chiloé y su influjo en la XI Región*, Universidad de Santiago, Santiago, 1988.

- Jara, Ramón Ángel, Obispo, *Sínodo Diocesano de Ancud*, S.p.i., Ancud, 1907.
- Keller, Carlos, "La popa del Mundo", en: *El Estanquero*, N° 158, Santiago, 4 de enero de 1950.
- Keller, Carlos, "Castro y Magallanes: dos Departamentos chilenos". El Censo Económico Nacional. *Estanquero*, N° 162, Santiago, 18 de marzo de 1950.
- Keller, Carlos, "Cateadores, huasos y chilotes: expresiones del ambiente geográfico", en: *Revista Geográfica de Chile Terra Australis*, N° 8, Vol. VI, Santiago, 1962.
- Knocke, Walter, "Observaciones de una tempestad en San Carlos de Ancud", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 10, Santiago, 1913.
- Larrocau Mellado, Andrea, "Quellen: 300 años de Historia", Tesis presentada para la obtención del grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 2001.
- Latorre, Mariano, "Elogio a Chiloé", en: *Atenea*, N° 151 y 152, Concepción, 1938.
- Lausic Glasinovic, Sergio, "Migraciones del Archipiélago de la Isla Grande de Chiloé y formación de un sindicalismo obrero en Magallanes", en: *VI Jornadas de Estudios Migratorios*, Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso, Viña del Mar, 1997 (Inédito).
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1991.
- Lenz, Rodolfo, *Los brujos de Chiloé*, Santiago, 1908.
- León, Marco A., "Imágenes Perennes: Aproximaciones al retrato mortuario en Chile. Siglos XIX y XX", en: *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 106, Santiago, 1996.
- León, Marco A., *La cultura de la muerte en Chiloé*, Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Santiago, 1999.
- López Mondejar, Publio, *Las fuentes de la memoria: Fotografía y sociedad en la España del siglo XIX*, Barcelona/Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores. Dirección General de Relaciones Culturales y Científicas. Lunwerg Editores S.A., 1988.
- Los brujos de Chiloé en 1881*, en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 56, Santiago, 1927.
- Loyola, Luis, *Chilenos en Río Turbio*, Escuela Lito-tipográfica Salesiana "La Gratitud Nacional", Santiago, 1969.
- Lynch, Kevin, *La imagen de la ciudad*, Editorial Gustavo Gili S.A., Barcelona, 4ª Edición, 1998.
- Macías V., Osvaldo, "Ciudad de Castro: ensayo de Geografía Urbana", Memoria. Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1960.
- Maldonado, Roberto, *Reconocimiento de las costas O. y S. de Chiloé entre Cocotué y Cogomó, por el capitán Roberto Maldonado en los años 1895 -1897*. Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile. Tomo XXI. Valparaíso, 1899.
- Maldonado, Roberto, "Exploraciones hidrográficas de la cañonera 'Pilcomayo', 1894-1895", en: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*.
- Maldonado, Roberto, "Viaje de exploración a los archipiélagos de Llanquihue y Chiloé. 1899", en: *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*, Valparaíso, 1905.

- Mansilla Cárcamo, Liro, "Gilberto Provoste. Fotografía: Testimonio de la vida chilota", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 9, Castro, 1988.
- Mansilla Pérez, Luis, "El año en que Neruda vivió en Chiloé", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 12, Castro, 1990.
- Marcos Budiño, Liro, *Comodoro Rivadavia, sociedad enferma*, Buenos Aires, 1971.
- Mardones, Enrique, "Odisea de un chilote", en: *Revista IV Centenario, 1567-1967*, Castro 1953.
- Mármora, Lelio, *Migración al Sur. Argentinos y chilenos en Comodoro Rivadavia*, Ediciones Libera, Buenos Aires, 1968.
- Martín, Carl, "Apuntes geográficos sobre el interior de Chiloé", en: *Revista de Chile*, Tomo I, Santiago, 1881.
- Martinič Bero, Mateo, *Patagonia de ayer y hoy*, Editorial Sociedad Difusora Patagonia Ltda., Punta Arenas, 1980.
- Martinič Bero, Mateo, *Magallanes, 1921-1952. Inquietud y crisis*, Ediciones Prensa Austral Ltda., Punta Arenas, 1988.
- Martinic Bero, Mateo, *Historia de la Región Magallánica*, Ediciones de la Universidad de Magallanes, Tomo II, Punta Arenas, 1992.
- Montiel Vera, Dante, *Bosquejo histórico. Centenario del Cuerpo de Bomberos de Castro, 1896-1996*, s.p.i.
- Montiel Vera, Dante, "Testimonio histórico de un duelo en Castro", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 3, Castro, 1985.
- Montiel Vera, Dante, *El Cuerpo de Bomberos de Castro. Segunda Compañía. Ochenta años de Historia: 1900-1988*, Castro, Imprenta Valle Sur Ltda., 1988.
- Montiel Vera, Dante, *La Segunda Compañía Cuerpo de Bomberos de Castro. Historia centenaria, 1900-2000*, S.p.i.
- Morawetz, David, "Castro market. Slices of economic life in a poor Chilean town", en: *World Development*, Vol. 6, N° 6, junio de 1978.
- Munizaga Aguirre, Carlos, "Mito y pequeñas comunidades rurales: el Trauco en Chiloé", en: *Antropología*, Año II, Vol. II, Universidad de Chile, Santiago, 1964.
- Munizaga Aguirre, Carlos, "Algunos aspectos de la migración en Chiloé", en: *Revista Antropología*, N° 1, Santiago, 1974.
- Munizaga Aguirre, Carlos, "Una categoría socio-económica de Chiloé: los navegantes-empresarios-agricultores", en: *Revista de la Universidad de Chile*, Santiago, 1978.
- Munsters, George Chawoth, *Vida entre patagones: un año de excursión por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro (1871)*, Ediciones Solar/Hachette, Buenos Aires, 1964.
- Muñoz R., Juan y Enrique Zamora, "El inmigrante chilote en la Patagonia Magallánica", Memoria, Instituto de Geografía, Universidad Católica de Valparaíso, Valparaíso, 1975.
- Navarro Navarro, Cecilia, "Origen y desarrollo de la prensa en Chiloé: sus órganos periodísticos más importantes que han existido a través del tiempo. Importancia del periódico mural en las escuelas primarias", Memoria, Escuela Normal, Ancud, 1956.

Nordenflycht, Luis, *Informe sobre reconocimiento en las pertenencias de la Compañía aurífera de Cucao (Chiloé) para la Corfo*, 1942.

Olavarría Guerrero, Rosa, "Ausentismo en Chiloé y modo de combatirlo", Memoria, Escuela Normal de Ancud, 1938.

Orrego Luco, Augusto, *La Cuestión Social*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1897, en: Grez Toso, Sergio, (recopilación y estudio crítico), *Fuentes para la Historia de la República*, Vol. VII, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1995.

Ortega y Gasset, José, *Meditación del pueblo joven*, Ediciones de la Revista de Occidente, 2ª Edición, Madrid, 1966.

Ortega Perrier, Marieta, "Chiloé en Magallanes: inmigrantes en Punta Arenas", Tesis, Departamento de Antropología, Universidad de Chile, Santiago, 1980.

Osorio, Cipriano; Marino, Mauricio, *Chiloé, cultura de la madera. Proceso a los brujos de Chiloé*, Ancud, Imprenta Cóndor, 1982.

Osorio, Cipriano, "Piratas de las Guaitecas", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 7, Castro, 1987.

Palavicino, Nancy; Canales, Ramón y González, Eulalia, *La migración de Chiloé y su influjo en el proceso educativo en la Provincia de Última Esperanza*, Seminario de Título, s/f, S.p.i.

Palma Godoy, Mario, "El estigma de ser o no ser chilote", en: *Revista Impactos*, N° 6, Año 6, Punta Arenas, noviembre de 1994.

Parker Parada, María Teresa, *Los veleros de la intriga: el Hoerzoquín y la barca Tinto*, Santiago, Ediciones Tusitala, 1990.

Parker Parada, María Teresa, "El tráfico marítimo por las costas de Chile entre mediados del siglo XIX y principios del siglo XX", en: *Boletín de la Academia de la Historia Naval y Marítima de Chile*, N° 3, Valparaíso, 1998.

Partido Liberal-Democrático, *Reclamo de nulidad de las Elecciones de Diputados en los Departamentos de Ancud y Quinchao*, Imprenta El Mercurio, Santiago, 1976.

Pérez Rosales, Vicente, *Recuerdos del pasado (1814-1860)*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1980.

Quintana Oyarzún, Manuel, *Recuerdos de mi actuación profesional y pública. Escritos en mi hogar*, Viña del Mar, 1988 (Inédito).

Radio Estrella del Mar. "Ancud, testimonio de un siglo que se fue", Serie Memorias del Archipiélago. Mil voces y un pueblo. Servicio de Comunicaciones Radio Estrella del Mar de Ancud, Imprenta Wesaldi, Temuco, 1999.

Resultados Generales del Censo de la República. Año 1920. Imprenta Universo. Santiago, 1925.

Retamal, Fernando, *El Primer Sínodo Chileno de la Época Republicana*, Ancud, 1851, Ediciones de la Universidad Católica de Chile, Santiago, 1983.

Rojas Flores, Gonzalo, "La Recta Provincia de Chiloé: Brujería entre los siglos XIX y XX", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 165, Santiago, 2000.

- Román, Viola, "Aportes antropológicos al tema de los mitos chilotos", en: *Revista Aisthesis*, N° 17, Santiago, 1984.
- Romero, M., "Informe sobre el yacimiento aurífero de Pumillahue (Chiloé)", en: *Boletín de Minas y Petróleo*, Santiago, 1932.
- Roquer, Miguel, *Caravana de nubes (Crónicas de un puerto perdido)*, Imprenta La Cruz del Sur, Ancud, 1946.
- Ruiz Aldea, Pedro, *Tipos y costumbres chilenas*, LOM Ediciones, Santiago, 2000.
- Scarpa, Roque Esteban, *Los desterrados de su patria (Gabriela Mistral en Magallanes: 1918-1920)*, Tomo I, Editorial Nascimento, Santiago, 1977.
- Schwarzenberg, Jorge y Mutizabal, Arturo. *Monografía Geográfica e Histórica del Archipiélago de Chiloé*. Wissenschaftliches Archiv von Chile. Concepción, 1926.
- Sinopsis Estadística i Jeográfica de la República de Chile. Año 1904. Imprenta Cervantes. Santiago, 1906.
- Sinopsis Estadística i Jeográfica de la República de Chile. Año 1914. Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1914.
- Sepúlveda Chavarría, Manuel, "Magia y masonería en las islas delectosas (Visión masónica de Chiloé)", en: *Revista Masónica de Chile*, Año LI, N° 7 y 8. Santiago, septiembre-octubre de 1974.
- Skottsberg, Carl, *The wilds of Patagonia. A narrative of the swedish expedition to Patagonia, Tierra del Fuego and Falkland Islands, 1901-1909*, London, 1911.
- Slater, Fernando, "Cultura y creencia en Chiloé", en: *Aisthesis*, N° 17, Santiago, 1984.
- Soja, N., "Chilean emigrants in Argentinian Patagonia", en: *Migration News*, N° 21, 1977.
- Subercaseux, Benjamín, "Psicología chiloense", en: Subercaseux, Benjamín, *Noticias del ser chileno*, Selección y Prólogo de Alfonso Calderón, Editorial Internacional del Libro (RIL), Santiago, 1998.
- Subercaseux, Benjamín, *Chile, o una loca geografía*, Editorial Universitaria, Undécima edición, Santiago, 1995.
- Subercaseux, Benjamín, "Ancud, capital fantasma" en: *Revista Zig-Zag*, Santiago, 1947.
- Tampe, Eduardo, *Desde Melipulli hasta Puerto Montt: trayectoria de ciento treinta años*, Tomo I, Santiago, publicación particular, 1983.
- Tangol, Nicasio, *Huipampa, tierra de sonámbulos*, Editorial Cultura, Santiago, 1944.
- Trautmann, Alex, "El tren de mis recuerdos", en: *Revista Chiloé*, N° 3. Concepción, 1985.
- Trautmann, Alex, "Recuerdos de antaño: dos vehículos en Chiloé", en: *Revista Chiloé*, N° 4, Concepción, 1985.
- Urbina Burgos, Medardo (editor), "Conversaciones con Mañuquito", en: *Revista Surcos*, Primer Centenario, Escuela D - N° 922 "Luis Uribe Díaz", Castro, 1886-1896, Concepción, 1986.

Urbina Burgos, Rodolfo, *La periferia meridional indiana: Chiloé en el siglo XVIII*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1983.

Urbina Burgos, Rodolfo, "El camino de Caycumeo", en: *Revista Chiloé*, N° 2, Concepción, 1984.

Urbina Burgos, Rodolfo, "Aspectos de la actividad misional del Colegio Jesuita de Castro en los siglos XVII y XVIII", en: *Anuario de la Historia de la Iglesia en Chile*, Vol. 4, Santiago, 1986.

Urbina Burgos, Rodolfo, *La vida cotidiana en un pueblo de Chiloé. Castro, 1940-1960*, Iártole Editorial, Viña del Mar, 1990.

Urbina Burgos, Rodolfo, *Gobierno y Sociedad en Chiloé Colonial*, Ediciones de la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso, 1998.

Urbina Burgos, Rodolfo, "La gente de mar de Chiloé en la primera mitad del siglo XX: Una aproximación a los estudios de Historia Marítima de Chile", en: *Boletín de la Academia de Historia Naval y Marítima de Chile*, N° 2, Valparaíso, 1997.

Urbina Burgos, Rodolfo, *Valparaíso, auge y ocaso del viejo "Pancho", 1830-1930*, Editorial Puntángelos. Universidad de Playa Ancha y Universidad Católica de Valparaíso. Valparaíso, 1999.

Urbina Carrasco, María Ximena, *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920. Fisonomía y percepción de una vivienda popular urbana*, Ediciones Universitarias de Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 2002.

Uribe Velásquez, Mario, *Cronogramas de Castro en el siglo XX*, Editorial Pata de Liebre, Ancud, 1998.

Urrutia Lizana, María Carolina: "La vida cotidiana de Quillota a través de la prensa: 1900-1915". Tesis Historia. Universidad Católica de Valparaíso, Viña del Mar, 2002.

Varios Autores, *Caleuche, barco del recuerdo*, Valparaíso, Imprenta de la Armada, 1990.

Vázquez de Acuña, Isidoro, "Ritos funerarios del pueblo de Chiloé", en: *La Cruz del Sur*, Ancud, 16-17 de marzo de 1956.

Vázquez de Acuña, Isidoro, "Burr", en: *Revista de Estudios Históricos*, Año XXXVII, N° 30, Santiago, 1986.

Vega Delgado, Carlos (Recopilador), *Mandradel, el chilote: Mitología, folclore, cuentos y crónicas de Manuel Andrade Leiva*, Impr. Talleres Ateli Ltda., Punta Arenas, 1993.

Vera Werner, César, "Vamos al Teatro Centenario", en: *Cultura de y desde Chiloé*, N° 7, Castro, 1987.

Vera Werner, César, "Nuevas crónicas de entonces", en: *Revista Cultura de y desde Chiloé*, N° 12, Castro, 1990.

Vera Werner, César, "Vieja... mi querida vieja", en: *Revista Surcos*, Concepción, 1986.

Vera, Miguel, "Ancud, ensayo de Geografía Urbana", Memoria, Instituto Pedagógico, Universidad de Chile, Santiago, 1964.

Vergara Quiroz, Sergio, "El tiempo, la vida y la muerte en Chile Colonial", en: Varios Autores., *Historia de las mentalidades*, Valparaíso, Edeval, 1986.

Vidal Gormaz, Francisco, *Algunos naufragios ocurridos en las costas chilenas desde el descubrimiento hasta nuestros días*, S.p.i, Santiago, 1901.

Weber, Alfredo, *Chiloé, su estado actual, su colonización y su porvenir*, Santiago, Imprenta Mejía, 1903.

Weisner, Lotte, "La extracción de oro en las playas de Cucao. Isla Grande de Chiloé", en: *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 139, Santiago, 1971.

Yáñez, Ramón, *Almas marineras en los Archipiélagos*, Imprenta Nahuel, Valdivia, 1ª edición de junio del 2001.

Zorrilla, Enrique, *América Destemplada*, Editorial Orbe, Buenos Aires, 1967.

PERIÓDICOS CONSULTADOS (1900-1940)

La Voz de Castro. Castro

La Industria. Castro

La Cruz del Sur. Ancud

El Cometa. Chonchi

La Luz Insular. Quemchi

El Sur de Chiloé. Castro

La Voz Insular. Castro

La Verdad. Castro

El Independiente. Ancud

La Patria. Ancud

La Defensa. Ancud

El Austral. Castro

La Justicia. Castro

La Provincia. Ancud

Rodolfo Urbina Burgos es autor de "La Política de Poblaciones en Chile durante el Siglo XVIII (en colaboración con Santiago Lorenzo Sch.) (1978); "La Periferia Meridional Indiana; "Chiloé en el siglo XVIII" (1983); "Los Franciscanos de Chiloé a Fines del Siglo XVIII: 1771 -1800" (1990); "La Vida Cotidiana en un Pueblo de Chiloé: Castro 1940 - 1960" (1991); "Castro, Castreños y Chilotes 1960-1990" (1996); "Gobierno y Sociedad en Chiloé Colonial (1998)", "Valparaíso: Auge y Ocaso del Viejo Pancho, 1830 - 1930" (1999).



